No estaba listo para enamorarse… hasta que ella rompió todas sus defensas.

El Último Cambio

Corazones en juego III



EDINE MULL

EL ÚLTIMO
cambio

Nombre serie: Corazones en juego

Título: El último cambio

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del autor, la reproducción parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede ser constituida de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

©Edine Mull

Primera edición enero de 2025

Corrección: Virginia de Novoa Damiá

Maquetación: Tania Huelga Bardo

Aviso legal

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas es pura coincidencia. Este libro es un trabajo de ficción: todos los nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación de la autora, salvo que se indique lo contrario.

Asimismo, todos los títulos y letras de canciones, así como las marcas registradas mencionadas, son propiedad de sus respectivos dueños.

Safe Creative: 2511153705127

Puedes encontrarme en:

NOTA DE LA AUTORA

El último cambio es la tercera entrega de la serie *Corazones en juego*, protagonizada por Kai Jones y Mischa Williams. Su historia de amor se cierra en este libro, aunque ambos seguirán apareciendo como personajes secundarios en las siguientes entregas, donde conoceremos las historias de sus amigos en el apasionante mundo del hockey.

Algunos pasajes de esta novela pueden resultar incómodos o sensibles. Recomiendo al lector que la lea bajo su propio criterio.

Este libro aborda temas delicados como una infancia marcada por progenitores negligentes y dañinos, secuelas psicológicas derivadas de ese pasado, depresión acompañada de bloqueo físico, problemas con la bebida y otros trastornos de salud mental. También contiene situaciones emocionalmente intensas, temáticas adultas, detonantes sensibles y contenido sexual explícito.

Muchas gracias por acompañarme en esta aventura.

Para todos los que cargan con cicatrices que nadie ve, las que dejó una infancia injusta o una mente cansada de luchar.
Porque sobrevivir ya fue una victoria, y seguir intentándolo cada día es un acto de coraje.
Este libro es para vosotros: más fuertes, más libres, más invencibles.

«Muéstrate a ti mismo ante tu más profundo miedo;
después de eso, el miedo ya no tiene poder y eres libre».

Jim Morrison

CAPÍTULO 1

KAI

No estaba siendo mi mejor día. Últimamente, ninguno lo era.

No había pegado ojo en toda la noche y la resaca me taladraba la cabeza, como si alguien me estuviera perforando el cráneo desde dentro. Desde el primer minuto, la sesión de entrenamiento había sido un desastre: cada disco terminaba en el fondo de la portería, uno tras otro.

Lo que estaba haciendo era una basura. Una auténtica vergüenza. Mis reflejos estaban apagados, las piernas me pesaban como plomo y mi concentración era un espejismo. Me sentía fuera de mi propio cuerpo, mirando el entrenamiento desde lejos, daba la impresión de que todo ocurría a cámara lenta y yo estaba atado de manos.

Entonces Conor detuvo el juego.

No gritó desde la banda ni me expuso delante de todos, solo caminó hasta mí. Otros técnicos me habrían acribillado allí mismo, pero él me apartó en silencio, lejos de las miradas. No sé si lo hizo porque éramos amigos o simplemente porque era un buen tipo. Tal vez por ambas cosas.

—¿Se puede saber qué coño te pasa últimamente? Llegas tarde a los entrenamientos, lo que haces en el hielo es un desastre y me estás obligando a dejar a mi mejor portero en el banquillo porque su juego es una puta mierda.

—Lo siento, intentaré estar más atento.

—¿Intentarás? —bufó, agotado—. Eso ya no me sirve. Estás en el punto de mira de todos, Kai. Soy tu amigo, sí, aunque también soy tu entrenador, y ya no hay manera de justificar esta actitud. Ni una más.

Se hizo un silencio incómodo entre nosotros.

Seguramente esperaba que respondiera algo. Que soltara cualquier promesa vacía, que le echara ganas, que me defendiera. Sin embargo, no podía. Ni siquiera yo creía ya en mis propias palabras.

—Venga ya, tío. ¿No vas a decir nada? —Negó con la cabeza, derrotado—. No sé qué mierda está pasando en tu vida privada, porque nos estás apartando a todos, aunque voy a decirte algo, ya que obviamente nos importas. Soluciona lo que tengas que solucionar. Lucha con lo que tengas que luchar. Pero vuelve de una puñetera vez.

»Hasta este momento te ha estado hablando tu amigo. No obstante, ahora te va a hablar el entrenador. —Se puso serio, duro, parecía que las palabras que iba a decir le costaban—. Vete a la ducha. El entrenamiento finalizó para ti. No regreses hasta que estés dispuesto a darlo todo.

—¡¿Te has vuelto loco, Conor?! ¿Sabes lo que significa que hagas esto? La directiva me va a comer vivo.

—Kai…, la directiva ya está metida desde hace tiempo. Si sigues aquí es porque tus compañeros y yo —señaló hacia el hielo— hemos dado la cara por ti. Te hemos cubierto. Nos la hemos jugado. Pero me doy cuenta de que fue un error.

»Ahora ya sabes a lo que te enfrentas. Así que espabila de una puta vez, porque los Rift no se merecen lo que estás haciendo.

Se dio la vuelta y volvió al entrenamiento sin mirar atrás.

Yo salí hecho una furia. En cuanto crucé la puerta del vestuario lancé el *stick* contra la pared. Luego el casco. Los guantes. Todo. Me senté en el banco y lo golpeé con el puño, tan fuerte que sentí crujir mis nudillos.

Aquella sanción podía costarme varios partidos. Y no solo eso: la directiva ya me había avisado. Si seguía así, rescindirían mi contrato por bajo rendimiento y por arrastrar al equipo conmigo.

Entré a la ducha y dejé correr el agua mucho más de lo habitual. La ansiedad y el martilleo de la resaca se fueron disipando poco a poco, reemplazados por algo mucho peor: la culpa, los remordimientos. Cerré el grifo, me envolví en una toalla y fui a por la ropa.

Entonces lo vi. Allí estaba, sentado, esperándome.

Caden, por supuesto.

—Hughes, no estoy para tus sermones. Conor ya me dejó las cosas claras, así que vete al entrenamiento antes de que te sancionen a ti también.

—Vaya… —Caden se levantó despacio y se plantó a mi altura—. Te alejas de tus amigos, no escuchas a quien te quiere, te importa una mierda el equipo y encima te has vuelto un gilipollas de manual.

—¿Pero qué coño te pasa? ¿A eso has venido, a insultarme? Venga ya, tío, lárgate, que no estoy de humor para esta mierda.

—¿Que no estás de humor? Guau…, casi me das pena, capullo. El problema es que tú ya no estás, Kai. Hace tiempo que dejaste de estar. Mírate. —Me agarró del brazo y me plantó frente al espejo—. Esto es en lo que te has convertido: una sombra de lo que eras.

—Déjame en paz, hostia. No necesito un padre, ¿vale? ¿No tienes bastante con tus dos hijos? Búscate un tercero, pero a mí no me toques los cojones.

—Esto es exactamente lo que digo cuando afirmo que eres GI-LI-PO-LLAS. Das pena, colega. De todos nosotros, eras el mejor, el que miraba por los demás antes que por él, el amigo fiel, mi puto mejor amigo. Y ahora… ahora eres alguien que se está autodestruyendo, que dejó de luchar, de vivir, y que, en vez de apoyarse en nosotros, se ahoga en alcohol.

—Cierra la puta boca —lo empujé—. No soy un borracho.

—Todavía, Kai. Todavía. —Negó con la cabeza, y ese gesto me dolió más que sus palabras; no soportaba que me mirara así, y menos él—. Tu abuela…

—¡Cállate! No termines esa puta frase —grité arrinconándolo contra la pared, con los ojos vidriosos—. No lo hagas… —concluí con la voz rota.

—Eh, ¿qué haces, tío? —Juraj, la estrella delantera, entró y me apartó de Caden—. ¿Quieres meterte en más problemas? Está viniendo todo el equipo para aquí.

—Tranquilo, está controlado —aseguró Caden, dándole una palmada en el hombro al chaval. Al pasar junto a mí se detuvo y me susurró al oído—: No pienses que, porque intentes excluirnos de tu

vida o actuar como un capullo, tus amigos vamos a irnos. Y mucho menos yo. Haznos y hazte un favor: la próxima vez que estés jodido, deja la puta botella y llámanos. Si quieres emborracharte, al menos que no sea solo.

Se fue hacia las duchas. Yo me dejé caer en el banco, derrumbado. Ese maldito cabrón y su preciosa mujercita siempre tenían la capacidad de tocarme muy adentro y demoler cada muro que yo había levantado.

—Sé que esto no es asunto mío —Juraj se sentó a mi lado mientras se desvestía—, pero se te ve jodido. Y aunque no te des cuenta, tienes gente a tu alrededor a la que le importas. No todo el mundo tiene ese privilegio. Así que, si no es por ti, haz un esfuerzo por ellos. Siempre hay algo por lo que luchar, aunque sea lo último que te apetezca.

—¿Por qué crees que eso es lo que me pasa?

—Porque conozco demasiado bien esa sensación, tío. —Me dio un golpecito en la pierna y siguió a Hughes hacia la ducha.

El resto de mis compañeros comenzaron a llenar el vestuario. Venían hablando animadamente, pero, en cuanto me veían, las voces se apagaban. Las risas se cortaban. Y yo sentía sus miradas clavándose en mi espalda. Pena. Joder, cómo odiaba generar ese maldito sentimiento.

Cogí la ropa con rabia y empecé a vestirme deprisa. Solo ansiaba largarme de allí de una puñetera vez. No quería verles las caras: en unas se vislumbraba decepción; en otras, lástima; en algunas, incluso, compasión. Cada gesto me dolía.

Entonces la otra puerta se abrió y apareció Davenport.

«Me cago en mi vida…, lo que me faltaba», mascullé, meneando la cabeza. Justo lo que menos necesitaba en ese momento: enfrentarme al presidente de los Rift. Me giré para guardar todo en la bolsa y prepararme para salir corriendo en cuanto terminara lo que narices viniera a decir.

—Chicos, venga, reuníos y cubríos las vergüenzas, que os traigo visita.

Caden y Juraj se colocaron a mi lado, todavía con la toalla y dejando un rastro de agua por el suelo. El resto del equipo, aún con

el equipamiento puesto, se fue agrupando frente al presidente.

Davenport no levantó la voz; no le hacía falta.

—Como sabéis, cada año contamos con jóvenes que terminan sus estudios y vienen al Seattle Rift para hacer las *internships*. Hasta ahora solían ser carreras relacionadas con la administración. Pero esta vez hemos hecho una excepción.

Los murmullos crecieron. Juraj se cruzó de brazos, mojando aún más el suelo.

—La nueva incorporación trabajará con Elijah en el departamento de Relaciones Públicas. Así que la veréis seguido. Y no os he reunido aquí solo para informaros —hizo una pausa—, esta vez, la persona en prácticas va a tener un papel mucho más activo y necesitamos que todos colaboréis para que esto funcione.

Juraj sonrió con esa mezcla de descaro y chulería que siempre sacaba en el peor momento.

—Como sea una tía y esté buena, yo me pido ser el primero en darle la bienvenida como se merece.

Algunos rieron. Yo solo lo miré, desconcertado. Cuanto más conocía a Juraj, menos entendía quién era. Llegó al equipo con la típica actitud de «soy bueno y lo sé», el niñato engreído. Aunque con el tiempo, en los momentos a solas, le había visto otra cara: humana, sensible y, joder, hasta madura para sus veintitrés años. Era como si siempre estuviera interpretando un papel…, uno que no caía bien.

—Ni un comentario más de ese estilo, Juraj. Considérate advertido —lo cortó Davenport con dureza. El vestuario entero estalló en un «¡ooooh!» generalizado.

El presi avanzó un paso.

—Somos muy conscientes de lo que vales. Sabemos que eres una promesa y que las ofertas te llueven. Pero aquí no hay privilegios. En este equipo, el respeto y el compañerismo no se negocian. Ya deberías saberlo: esta es tu quinta temporada. Si decidiste quedarte es por algo. Así que controla esa boca.

Tenía razón. A Juraj le habían llovido ofertas que ningún club como el Seattle Rift tendría manera de igualar. Podría haberse forjado una carrera mucho más brillante en un equipo con historia y

prestigio. Y, sin embargo, se quedó. ¿Por qué? Apenas tenía amigos en el vestuario; la única persona con la que parecía abrirse era River. Siempre encontraba la palabra justa para el delantero eslovaco más odiado. A Caden eso le resultaba desconcertante. A mí, no. River veía cosas que el resto del mundo ni siquiera sospechaba.

Davenport retomó la palabra:

—La chica nueva no es cualquier persona. Es una de las creadoras de contenido más importantes de Estados Unidos, arrasa en redes, tiene millones de seguidores en TikTok y campañas con grandes marcas. Y, por suerte para nosotros, se encargará de nuestras redes. Porque seamos sinceros: ese no es nuestro punto fuerte. Queremos que todos vean quiénes somos de verdad: un equipo joven, con garra, que lucha en cada partido, que sueña, que vibra… y que, por encima de todo, es una familia.

Mis compañeros estaban eufóricos con la noticia. Yo, en cambio, sentía pereza. Todo ese mundo me recordaba demasiado a ella: a sus vídeos de TikTok, a las veces que se grababa bailando y nos liaba a todos. Una sonrisa triste me cruzó la cara, la borré de inmediato y me di la vuelta para cerrar la bolsa.

Un manotazo en las costillas me sacó del trance. Juraj. Otra vez. Le lancé una mirada de advertencia justo cuando escuché a Davenport decir:

—Ella es Mischa, chicos. Algunos ya la conocéis y los que no… no tardaréis en hacerlo. Pasaréis bastante tiempo juntos.

«No. No puede ser. Tiene que ser una broma».

Levanté la cabeza y busqué a Hughes con los ojos. Negué, me enderecé y solté la bolsa de nuevo en el banco.

—¡Mischaaaa ha vueltooo! —susurró mi mejor amigo, solo para mis oídos.

Y ahí estaba.

Esos ojos verdes. Ese rostro salpicado de pecas. Esos labios carnosos. Mischa. A apenas unos pasos de mí.

Joder, estaba guapísima. No era que tres años la hubieran transformado del todo, pero sí la habían hecho mujer. El pelo rojizo, más largo, ligeramente ondulado, con un flequillo que le daba un aire moderno. Tiempo atrás, cuando llegó a mi casa, era muy

delgada; ahora las nuevas curvas le sentaban de maravilla. Incluso su pecho había crecido. Y su estilo era otro: bohemio, atrevido. *Shorts* vaqueros, una camiseta holgada que caía sobre un hombro, botas de cuero gastadas, pulseras hasta casi el codo y varios collares de distintas larguras. Un espectáculo.

Sentí cómo algo dentro de mí se agitaba; como si hubiera despertado de golpe y todo lo que había sentido por ella regresara, más intenso.

Liam fue el primero en saludarla, levantándola del suelo. Después Conor se puso a charlar con los dos y yo aproveché para arrimarme a Hughes.

—¿Tú sabías esto? ¿Ahora es *influencer* o como se llame? ¿Desde cuándo está en Seattle? Joder, ¿cómo no me lo dijiste, tío?

Hughes me miró con calma.

—Kai, han pasado tres años para todos. Hay muchas cosas que no sabes de ella porque no querías ni oír su nombre. Por supuesto que sabía que iba a hacer las prácticas aquí. A diferencia de ti, ella, aunque vivía en Nueva York, nunca dejó de mantener contacto con sus amigos. En vacaciones nos visitaba. Y con Jordan y Prescott pasó mucho tiempo, porque están más cerca. Pero, pese a irse, siempre estuvo ahí.

—¿Cuándo regresó a EE. UU.? ¿Y por qué Nueva York? —las preguntas me salieron a borbotones. Me arrepentí al ver la cara divertida de mi amigo—. Déjalo. No importa. No es asunto mío. Además, ni me interesa.

—¿Seguro? Puedo resolver cualquier duda que tengas. Solo tienes que pedírmelo —aseguró, justo cuando ella llegó a nuestra altura, mirándole solo a él.

«Genial. Esto mejora por momentos», mascullé por dentro. Vi cómo Juraj pasaba delante de mí para abrazarla.

—Ey, tía, te veo muy bien. Estás… más buena. —Le arrancó una sonrisa.

Dios, esa sonrisa. La había echado tanto de menos. Pensé que nunca la volvería a ver. Mischa se echó hacia atrás, recorriéndolo con la mirada y le soltó:

—Pues a ti los años no te han tratado tan bien. Estás hecho una mierda —bromeó, robándole una carcajada.

—Este tío conquista a todas las chicas y no entiendo cómo lo logra con esa forma de hablar tan desagradable —me susurró Caden.

Yo ni respondí. Toda mi atención estaba en ella. La chica que rompió cada una de mis defensas hasta dejarme desarmado y roto.

El rostro de Mischa se puso serio cuando desvió la mirada hacia mí. Por un segundo me perdí en sus ojos. Por un segundo lo recordé todo. Por un segundo me olvidé del vestuario, de todos. Solo ella y yo, otra vez.

—Hola, Kai —murmuró. Era como si le costara pronunciar mi nombre. Ese timbre suave me golpeó en el pecho.

Me obligué a reaccionar.

—¿Qué hay? —solté, cortante, frío, distante. Cogí mi bolsa, me la colgué al hombro y la esquivé.

Me faltaba el aire. En un instante, aquel lugar se había encogido y yo era un hámster enjaulado buscando su rueda para correr.

—Ey, muchacho, ¿a dónde crees que vas? —La voz de Davenport me detuvo en seco. Me agarró del brazo antes de añadir—: Tú y yo tenemos que hablar.

—¿Ahora? —dudé señalando el vestuario, intenté zafarme.

—Sí, ahora. —Me condujo hasta el pasillo. Cuando estuvimos lo bastante lejos del ruido, se detuvo y me miró de frente—. Me he enterado de lo que pasó hoy en el entrenamiento. No te voy a negar que estoy muy decepcionado contigo, Kai. Eres de los nuestros, formas parte de esta familia y sabes el aprecio que te tengo. Pero debo ser honesto: estás en la cuerda floja. La junta quiere rescindir tu contrato. Lo he frenado hasta este momento, aunque, si se enteran de lo de hoy no podré hacer nada.

Mierda. Por la seriedad de su mirada entendí que la había cagado de verdad. Vi, en un destello, a mis compañeros cubriéndome las espaldas una y otra vez; a él, defendiéndome también. Y supe que no quería perderlo. Tal vez el hockey era lo único que me quedaba… o tal vez ya lo estaba destrozando como todo lo demás que amaba.

—Sé que quizá ya es tarde y que no hay retorno —respiré hondo —, aunque quiero que sepas que lo siento. Nunca pretendí fallarte, ni a ti ni a los Rift. Simplemente hay situaciones que me superan. Llevo tres años luchando con ellas y no sé cómo gestionarlas.

—Muchacho… —me apretó el hombro—, ya tengo mis años como para no ver que algo no anda bien en tu vida. Pero si aceptas un consejo: apóyate en la gente que te quiere. Son muchos. Los problemas no van a desaparecer, aunque la carga será más ligera.

Me miró y bajó la voz.

—En cuanto a lo de hoy, tanto los chicos como tu entrenador y yo vamos a fingir que no ha pasado. Haré todo lo posible para que no llegue a oídos de la junta.

—¿De verdad? ¿Harías eso por mí?

—Claro que sí. Pero grábate esto: no hay más oportunidades.

—Gracias. Lo juro, la aprovecharé.

—No te emociones tanto —indicó frunciendo el ceño—. Que te echemos un cable no significa que tus actos no tengan consecuencias. Conor va a exigirte mucho más en los entrenamientos. Y mientras no rindas al cien por cien, no vas a volver a la portería titular. Tendrás que ganártelo cada día, demostrar que puedes dar no solo el cien, sino el doscientos por cien. Si no, pasarás la temporada en el banquillo.

—Sí. Lo haré. Gracias por confiar en mí una última vez. No os defraudaré, lo prometo.

—Eso espero, muchacho, eso espero. —Me dio un par de palmadas en la espalda y se fue por el pasillo, dejándome con sus palabras repicando en la cabeza.

CAPÍTULO 2

MISCHA

Tres años antes…

Cuando vi uno de los ordenadores libres en la biblioteca del instituto, corrí como si me fuera la vida en ello. Las notas finales ya estaban publicadas y no podía esperar un segundo más. Necesitaba verlas antes de regresar a casa para darle las pastillas a mi madre.

Una chica se adelantó, dispuesta a ocupar el lugar, sin embargo, fui más rápida. Me senté de golpe, bloqueando cualquier intento de moverme de allí. Protestó, me insultó, incluso algunos de los que estaban alrededor se unieron a sus quejas. Los ignoré. No había tiempo para ellos. Entré en la página y allí estaban, frente a mí, mis calificaciones.

«No puede ser».

Las repasé una, dos, tres veces, por si al repetirlo pudiera cambiar el resultado. Obviamente, eso no sucedió. No habían sido lo suficientemente buenas. No conseguiría la beca. Y eso solo podía significar una cosa: adiós a la universidad. Adiós a ese pequeño rincón donde había guardado la esperanza de cambiar mi vida.

Me levanté del asiento con el estómago encogido, escuchando todavía los reproches por haberme colado. No me importaba. Crucé los pasillos despacio, consciente de que era la última vez que caminaba por aquel lugar. Y no, no iba a extrañarlo.

¿Cómo vas a echar de menos un sitio al que nunca perteneciste?

Mi vida en ese instituto siempre fue la misma rutina: entrar, cumplir, salir. Sin amigos. Sin nadie. Los profesores apenas recordaban mi nombre. Cuando justificaba mis faltas, ya fuera por la enfermedad de mi madre o por las horas que tenía que trabajar, ni siquiera me escuchaban. Era invisible. Y en cierto modo, lo prefería.

Ser ignorada era mejor que ser un blanco para el acoso. Mi vida ya era bastante complicada como para añadirle más dolor.

Cuando salí al exterior, vi a mis compañeros celebrando. Algunos se abrazaban, otros gritaban, otros lloraban. Aunque todos estaban acompañados.

Debía de ser bonito tener a alguien que festejase tus logros, que te abrazase cuando todo salía mal. Yo solo había conocido el afecto de mi madre, y desde que ella enfermó, ese vínculo se había transformado. Se invirtieron los papeles. Yo me convertí en quien debía cuidarla. Y lo haría siempre, sin dudarlo, con tal de no perderla.

No tardé en llegar a casa y empujé la puerta con fuerza para abrirla. La cerradura no funcionaba, y la madera estaba tan desencajada que cualquier día se caería de la única bisagra que aún la sostenía.

Fui directa a mi habitación, la misma donde dormía mi madre. La mantenía conmigo para protegerla de las borracheras de mi padrastro. Por las noches convertía ese cuarto en un pequeño fuerte. Se levantaba al mediodía, salía a beber y desaparecía. A veces teníamos la suerte de no verlo durante varios días. Más de una vez fantaseé con que lo encontraran muerto en un parque o tirado en una acera.

—Hija… —Me sonrió y estiró la mano para alcanzarme, aunque cuando me acerqué, su rostro se tensó al verme—. ¿Qué le ha pasado a tu pelo? No habrá sido… ¿él?

Claramente se refería al desgraciado de su marido.

—No, qué va. Esto sucedió en el instituto. Con mis amigos hicimos una apuesta: los que aprobáramos teníamos que cortarnos el pelo. Ya ves, una tontería de las nuestras, seguro que mañana me arrepiento —mentí, escondiendo mi rostro mientras me agachaba para besarle la frente.

Obviamente, nada de eso era verdad. Era una experta en adornar la realidad. Los trasquilones de mi cabello no tenían nada que ver con una apuesta, sino con un intercambio desesperado con uno de los maleantes del barrio, de esos a los que mi madre siempre me

prohibió acercarme. Pero cuando las cosas se complican y te ves sin salida, acabas aceptando lo que haga falta.

Mi desesperación era tan grande que, para algunos, habría parecido absurdo: cinco dólares. Ese fue el dinero que me faltaba para pagar las nuevas medicinas, y también el coste de mi melena. Tampoco iba a llorar por ello —al fin y al cabo, solo era pelo—, aunque lo que realmente me asustaba era pensar que, si no conseguía un trabajo mejor, tendría que seguir pidiendo favores a quien no debía. Y la próxima vez, el precio podría ser otro.

Así de tristes eran mi vida y mi economía. Era la única que aportaba en casa, porque mi padrastro se gastaba todo el dinero en bebida, y yo destinaba lo poco que ganaba —entre los turnos de cajera los fines de semana y las horas en el Starbucks entre semana — primero al tratamiento de mi madre, después a las facturas que amenazaban con dejarnos a oscuras y, si quedaba algo, a comprar comida. Aunque la mayoría de las veces sobrevivía con las sobras de la cafetería o con los productos a punto de caducar del supermercado.

Jamás le revelaría ese secreto a mi madre. No soportaría causarle el dolor de descubrir la verdad: lo miserable que era, en realidad, nuestra vida.

—Mi niña, qué orgullosa estoy de ti. —Me abrazó con la poca fuerza que le quedaba, sacándome de mis cavilaciones. Ya casi nunca se levantaba de la cama, salvo para ir al baño, y aun así se agotaba enseguida—. Vas a ir a la universidad y tu vida cambiará para siempre.

—Sí, mamá, nuestra vida mejorará —aseguré tragando saliva, y ahogué también la nueva mentira que acababa de soltarle—. Anda, bébete el batido. Además, debes tomar la nueva medicación.

—Hija, algún día me gustaría conocer a esos amigos de los que tanto me hablas —soltó de repente con una sonrisa cansada.

Más embustes. Había construido un mundo entero de engaños a su alrededor. Pero lo que más me costaba ocultarle era lo que ocurría últimamente en esa casa con mi padrastro. Hasta ahora, gracias a las pastillas para dormir que ella tomaba, no se había dado cuenta de que, por las noches, tenía que empujar el armario y

atrancar la puerta. Ni siquiera se había percatado de que dormía en el suelo, pegada a la puerta, por miedo a que él entrara.

Vi cómo me hacía un gesto con la mano, invitándome a tumbarme a su lado en el pequeño espacio que me dejaba en esa cama diminuta. Me acomodé, pegué mi cabeza a su mejilla y sentí cómo se relajaba. Mientras tanto, mis lágrimas silenciosas empapaban la almohada.

No supe en qué momento me quedé dormida. Cuando desperté, lo hice sobresaltada por los quejidos de mi madre. Ya pasaba la medianoche. Me incorporé con dificultad, el cuerpo me dolía por haber estado tantas horas en la misma posición.

—Mami, voy a traerte las pastillas, pero tienes que tomar el batido, ¿vale?

—No quiero, hija. Dame solo la medicación con un poco de agua.

—Por favor, inténtalo por mí —le supliqué, haciendo un leve puchero. Ella me regaló una pequeña sonrisa. La ayudé a incorporarse con cuidado. Cada vez le costaba más moverse y, aunque me resistía a admitirlo, sabía que llegaría el día en que ya no podría levantarse de esa cama. No quería pensar en eso, así que me obligué a aparcarlo a un lado y fui a la cocina a por agua fresca.

Lo que no esperaba era encontrarme con mi padrastro tambaleándose por la sala, borracho. En cuanto lo vi acercarse, el pánico se apoderó de mí. El vaso me resbaló de las manos y se estrelló contra el suelo. Traté de correr de vuelta a la habitación, pero él me alcanzó antes. Forcejeamos. A pesar de su estado, seguía siendo más fuerte que yo. Lo peor era que, últimamente, se había obsesionado conmigo. Hasta hacía poco, yo solo era un estorbo para él. Me toleraba porque era la hija de mi madre, pero nunca me quiso cerca. Siempre me despreciaba, me culpaba de todo y me odiaba porque, según él, mi madre jamás lo amaría de verdad. Decía que, al mirarme, seguía atada al recuerdo de aquel hombre que la dejó embarazada y sola.

Nunca obtuve información de mi padre. Mi madre no hablaba de él. Solo sabía que era un chico que desapareció después de verse un par de veces con ella. Fin. Cada vez que indagaba en el asunto, sus

ojos se llenaban de lágrimas. Había algo más doloroso, pero aprendí a no insistir.

La única figura masculina que conocí fue la de ese hombre alcohólico, que con los años se volvió cada vez más violento. Al principio mi madre fingía torpezas para ocultar los golpes. Sin embargo, con el tiempo empecé a comprender lo que realmente pasaba al otro lado de mi puerta. Y lo confirmé la primera vez que también me golpeó a mí.

Recuerdo el día en que le supliqué a mi madre que nos fuéramos, que no podíamos seguir viviendo en esa casa. Me rompió cuando me dijo que teníamos que aguantar un poco más, hasta que yo fuera mayor de edad. No entendía por qué no reaccionaba, por qué seguíamos allí. La respuesta llegó más tarde: estaba enferma desde hacía tiempo. Yo era demasiado pequeña para trabajar, a ella no la contratarían en ningún sitio y no teníamos a dónde ir. Además, los servicios sociales podían intervenir. Aunque lo peor era que mi padrastro tendría derecho a reclamar mi custodia. Y eso sería insoportable: separada de mi madre y obligada a vivir con ese hombre.

Así que nos resignamos. Nos adaptamos a ese pequeño infierno. Lo único que nos salvaba era que nos teníamos la una a la otra. Eso era lo que nos daba fuerza para seguir cada día.

Pero la situación se estaba volviendo más peligrosa. Ese desgraciado ya había intentado besarme, ya había intentado algo más. Mi única esperanza era la beca universitaria. Aunque nada salió como lo había imaginado.

Así que, sí, seguir en esa pesadilla era lo único que nos quedaba. Y, a pesar de ello, me consolaba saber que ella no era del todo consciente de lo que pasaba. No alcanzaba a imaginar la impotencia que sentiría si llegara a entender de verdad la gravedad de todo aquello.

Y ahí estaba otra vez, peleando con él, luchando por escapar. Y lo sabía. Sabía que solo estaba ganando tiempo. Que tarde o temprano, mi historia quedaría marcada para siempre por ese hombre.

Mi padrastro agarró un trofeo viejo, uno que había obtenido hacía años en una carrera de atletismo, y me golpeó en la cabeza. Me dejó tambaleándome, aturdida, y aprovechó para inmovilizarme contra el sofá, usando todo su peso para aplastarme. Apenas podía reaccionar, sentía cómo me presionaba, cómo sus manos recorrían mi cuerpo mientras yo luchaba por moverme, aunque no tenía fuerzas.

Intentó besarme. Le mordí con todas mis ganas. La respuesta fue otro golpe, más fuerte. Y en ese momento, presentí que ese era el final.

Un pitido agudo me llenó los oídos, la vista se me nublaba y solo podía ver su rostro deformado, sucio, con ese aliento a alcohol que me revolvía el estómago. Sentí cómo tiraba de mi camiseta y las lágrimas comenzaron a brotar sin control. Cerré los ojos con fuerza, suplicando desaparecer, deseando que mi mente escapara de allí.

Y entonces, un chillido desgarrador rompió el momento.

Él se incorporó bruscamente, intentando llegar con su mano al omóplato. Sangraba. No comprendía qué pasaba hasta que lo vi: mi madre, débil, temblorosa, con un cuchillo en la mano. En un arrebato, él le pegó con violencia y ella cayó al suelo, desplomada, como si le hubieran apagado la vida en un segundo.

El cuchillo rodó hasta mí. Sin pensarlo, lo agarré y me puse en pie. Lo miré directamente, con el corazón desbocado, mientras él se preparaba para volver a atacar a mi madre.

No sé si fue el miedo o la rabia lo que me sostuvo en pie, pero levanté la hoja y lo amenacé con una valentía que desconocía.

Se detuvo. Creo que vio en mis ojos que hablaba en serio. Que, si se acercaba un paso más, esta vez no iba a dudar.

—Yo que tú me iría ahora mismo de aquí —le advertí, cogiendo su móvil de la mesita del centro—. Voy a llamar a la policía, y esta vez no te vas a librar como las otras. ¡Vete, si no quieres acabar en comisaría esta noche!

Él dio un paso hacia mí, aunque se detuvo al ver que le acercaba la mano con el cuchillo, firme, sin temblar.

—Esto no se va a quedar así, muchacha —escupió con rabia. Nos sostuvo la mirada unos segundos, con la respiración agitada, y

posteriormente se marchó dando un portazo tan fuerte que la puerta se descolgó y cayó al suelo de golpe.

—Hija… —escuché la voz débil de mi madre desde el suelo.

Corrí hasta ella, con el corazón en un puño.

—Mamá, ¿estás bien? Vamos, te ayudo a ir al cuarto.

—Sí… solo ayúdame… y trae el teléfono.

Quise levantarla, aunque apenas podía con su peso. Tras varios intentos frustrados, acerqué una silla, me senté y, con esfuerzo, la impulsé hasta dejarla sobre mi regazo. Desde ahí conseguí ponerla en pie, caminamos despacio, casi arrastrándonos hasta la cama. La tumbé con cuidado, le di la medicación y esperé a que recuperara un poco el aliento.

Cuando pareció estabilizarse, me miró con los ojos llenos de culpa.

—Siento mucho lo que te ha hecho. No voy a perdonarme nunca el no haberte podido proteger… Discúlpame, hija.

—No digas eso, mamá. Esto no es culpa tuya. No eres responsable de estar enferma ni de que ese tío sea un cabrón.

—Pude haber hecho algo para sacarte de aquí…, aunque me ganó el miedo a que te alejaran de mí. Sin embargo, ahora me encargaré de que estés bien, aunque sea lo último que haga.

—Mamá, no te preocupes, llamaremos a la policía. Vamos a denunciarlo. Yo soy menor, algo tendrán que hacer.

—Mi niña… —nos señaló a las dos— la policía no se fija en gente como nosotras. Lo interrogarán, lo tendrán unas horas en un calabozo, lo obligarán a ir a un centro de desintoxicación y todo seguirá igual.

—No puede ser… Tiene que haber algo más que podamos hacer.

—Ojalá, pero no lo hay. No te preocupes, ya pensé en algo, solo espero que no me decepcione otra vez —murmuró, casi más para ella que para mí, mientras extendía la mano—. Pásame el teléfono, por favor.

»Ahora ve a colocar esa puerta como puedas. Atráncala. No quiero que vuelva a entrar esta noche.

Lo dudaba bastante. Seguramente estaría fuera un par de días, ya que al día siguiente cobraría, así que teníamos algo de margen. Mi

conclusión fue sencilla: no quería que escuchara la conversación. Aquel misterio me dejó con muchas preguntas rondándome la cabeza, aunque nunca llegué a pronunciarlas en voz alta. La observé tan agotada, tan al límite, haciendo un esfuerzo sobrehumano, que al final me guardé todo para mí.

Después de atrincherar la puerta principal con todo lo que encontré, volví al cuarto. Ella ya estaba dormida, con el teléfono entre las manos. Se lo retiré con cuidado y todavía pude ver el número de la persona con la que había hablado. Moví los muebles en mi habitación y me quedé allí, hecha un ovillo sobre la alfombra, abrazada a mi perrito de peluche, ese que había comprado mi madre con mucho esfuerzo. Lo estrujaba con fuerza cada vez que me encontraba mal o tenía miedo, como en ese momento. Sentía terror porque era muy consciente de que las cosas solo iban a empeorar. Era como luchar en una batalla que ya hacía mucho tiempo estaba perdida.

A las cinco de la mañana, comencé a escuchar sus quejidos. Se revolvía inquieta en la cama, sudaba y su estado había empeorado drásticamente. Le había subido la temperatura. E hice lo que pude para bajársela: le di la medicación, intenté mantenerla hidratada, pero nada funcionaba. Luché con eso hasta casi las nueve, cuando al fin comenzó a estabilizarse un poco.

Unos golpes en la puerta me sobresaltaron. ¿Quién podía ser? Nosotros no recibíamos visitas y, si hubiera sido mi padrastro, habría entrado arrasando con todo.

—Hija, ve a abrir, es para mí —siseó ella. Iba a preguntarle, pero me hizo un gesto apremiante con la mano para que saliera del cuarto.

Desmonté como pude los muebles que había apilado bloqueando la entrada, aunque al soltar el último, la puerta, medio descolgada, se vino encima de mí, y de pronto sentí unas manos que me ayudaron a sostenerla.

Del otro lado había un hombre trajeado, elegante, de cabello castaño y ojos verdes que destilaban dinero en cada detalle. Me quedé paralizada; no era el tipo de persona con la que me cruzaba

en mi día a día. Tras un silencio incómodo, fue él quien finalmente lo rompió.

—Buenos días, soy Mitchell Davenport —se presentó tendiéndome la mano—. Vengo buscando a Olivia.

—Mucho gusto, soy Mischa Williams —le estreché la mano, aún desconcertada—. Olivia es mi madre.

—Ella me llamó anoche —explicó soltándome—. Me pidió que viniera con urgencia.

—Es que… no se encuentra bien, su estado ha empeorado.

—¿Está enferma? ¿Qué le sucede? —preguntó, visiblemente preocupado.

No llegué a responder. Desde el cuarto, la voz débil de mi madre me llamó, pidiéndome que lo llevara con ella. El hombre me miró con compasión mientras caminábamos por la estancia. Su rostro reflejaba pena. No era para menos: la casa era muy humilde y estaba hecha un desastre tras la pelea de la noche anterior. Muebles viejos destrozados, sangre seca, y un fuerte olor a alcohol que impregnaba el ambiente. Al mirar al suelo, vi una botella rota y el líquido derramado manchando la alfombra. Creo que le dolió ver nuestra triste realidad, aunque intentó disimularlo con educación, como si estuviera acostumbrado a moverse en esos ambientes.

Cuando entramos en la habitación, se detuvo de golpe al ver a mi madre. Ella también se quedó mirándolo, y su labio inferior temblaba como si luchara por no romperse en lágrimas. Él se acercó lentamente a la cama, tomó su mano entre las suyas y apenas pudo murmurar:

—Liv…

«¿Liv?», repetí mentalmente. Nadie la llamaba así. Nadie.

—Mitch —murmuró ella, dejándome aún más atónita por la forma en que se dirigió a él—. Has venido.

—Y lo habría hecho mucho antes si te hubieras puesto en contacto conmigo, Liv.

En ese momento, estaban tan concentrados el uno en el otro que casi parecía que me hubieran olvidado por completo. Fue cuando mi madre desvió la vista, intentando contener unas lágrimas, que se dio cuenta de mi presencia. Rápidamente soltó su mano, como si aquel

gesto la hubiera delatado. Eso, más que todo lo demás, me pareció lo más extraño.

—Mischa, cariño. Intenta arreglar la puerta, necesito hablar en privado con un viejo amigo.

Asentí, sin dejar de observarlos mientras salía del cuarto y cerraba la puerta tras de mí. Juro que estuve a punto de quedarme allí pegada para escuchar, porque todo aquel misterio que envolvía a ese desconocido me atraía de un modo que no podía explicar. Sin embargo, tras unos segundos, me sentí mal por hacerle eso a mi madre. Así que obedecí.

Me puse a reparar la puerta con lo que encontré: bisagras viejas y puntas oxidadas. Sabía que era un apaño temporal, algo que apenas aguantaría. Cuando terminé, ellos seguían encerrados, por lo que me dediqué a recoger el desastre de la noche.

Y tuve tiempo de sobra. La conversación entre ellos parecía no tener fin. ¿Qué tanto se podían estar diciendo? La curiosidad me pudo. Estaba a punto de pegar la oreja a la puerta cuando esta se abrió de golpe.

El hombre se quedó mirándome, inmóvil. Había algo diferente en sus ojos: estaban rojos, como si hubiera llorado. Me habría gustado preguntarle si estaba bien, pero no me dio oportunidad. Se fue sin decir adiós.

Entré al cuarto con el corazón latiéndome, temiendo encontrar a mi madre mal, aunque no era su enfermedad lo que la estaba afectando. Estaba llorando.

—Mamá…, ¿quién era ese hombre? ¿Por qué te has puesto así al verlo? ¿Desde cuándo te relacionas con gente como él?

—Hija, por favor. No le des más vueltas a esto. Hace años trabajé para la familia Davenport. Solo le he pedido ayuda.

—¿Y por qué ese hombre haría algo así por una exempleada? —repliqué, cansada ya de tantas verdades a medias.

—Porque antes era una buena persona. Aunque ahora no lo sé. Han pasado demasiados años. Por un lado, reconozco al joven que fue, pero por otro… —Se quedó en silencio, como si no supiera cómo seguir.

—Mamá, podemos salir de esto solas. No necesitamos la caridad de nadie.

—Mischa… —me miró con una tristeza infinita—, seamos realistas. Yo me estoy muriendo y tú eres menor. ¿De verdad crees que hay esperanza? No, hija. No puedo sacarte de aquí sin ayuda. Y si tengo que suplicarla, lo haré. No pienso abandonarte a merced de ese hombre que tarde o temprano terminará lo que quiso hacerte. Las dos lo sabemos.

—Mamá, solo faltan unos meses para que sea mayor de edad. Y… de verdad creo que ayer se asustó.

—No te engañes. En su próxima borrachera lo habrá olvidado todo. Mischa, soy tu madre y, aunque esté en esta situación vulnerable, he tomado una decisión y no es negociable. Así que, por favor, haz que esto sea más fácil. Estoy demasiado agotada para luchar contra tu orgullo. Sé que todo este tiempo tú has cuidado de mí, pero, hoy, permíteme ser yo quien te cuide a ti. Por favor, déjame descansar un rato. Luego hablamos.

Asentí, notando que algo me oprimía el pecho. Salí del cuarto y me eché a llorar en silencio, sintiéndome completamente impotente. Porque, por mucho que lo intentara, no había nada que pudiera hacer para cambiar las cosas.

CAPÍTULO 3
MISCHA

Tres años antes…

Mitchell Davenport, ese desconocido que apareció de repente en nuestras vidas, se convirtió en alguien importante en la última semana que pasé con mi madre. Todo cambió el mismo día en que se reunieron. Apenas una hora después, una ambulancia estaba en la puerta de casa y nos trasladaron a una de las mejores clínicas de Seattle. Era un lugar que no se parecía en nada a lo que habíamos conocido. La habitación era amplia y luminosa, con una cama para ella y un pequeño rincón para el acompañante, equipado con sofás cómodos y hasta un baño privado. Por primera vez, alguien estaba pendiente de ella a cada instante: le realizaban pruebas, la cuidaban con esmero y lo más sorprendente era que él aparecía siempre que su trabajo se lo permitía, asegurándose de que no le faltara nada.

No solo se preocupaba por ella, también pensó en mí. Me regaló ropa nueva, algo que nunca había tenido: habitualmente vestía con donaciones. Aquella sensación de tener algo pensado y comprado solo para mí fue maravillosa, como flotar sobre algodón de azúcar. Me hacía comer, me obligaba a salir a dar un paseo para despejarme mientras él se quedaba con ella. Esos ratos a solas eran importantes para los dos. Era evidente que se tenían cariño.

Los médicos nos explicaron que ya no quedaba nada que hacer, que podía ser cuestión de días, incluso de horas. Aun así, mi madre se fue sin dolor. Por primera vez en mucho tiempo, la vi en paz, con una luz en los ojos que no recordaba haber visto nunca. De algún modo, sentí alivio. Mitchell le había prometido que no volvería a esa casa, que no regresaría con mi padrastro y que yo siempre podría contar con él. No hice ningún comentario al respecto. Permití que se aferrara a esa idea, que se fuera creyendo que estaría bien. Aunque,

sinceramente, no confiaba en que él cumpliera esa promesa. Y yo tampoco me sentía cómoda aceptando su ayuda.

Y allí estábamos, diciéndole el último adiós a mi madre mientras las lágrimas me caían en silencio. Sostenía la urna con las manos temblorosas, y la fui inclinando poco a poco, viendo cómo las cenizas desaparecían sobre Puget Sound. Y cuando terminé, cuando ya no quedaba nada más dentro, sentí que me había quedado vacía.

El mundo se me vino encima de golpe. Las piernas me fallaron y me dejé caer de rodillas sobre la hierba húmeda, estrujando la urna contra el pecho como si todavía pudiera aferrarme a ella.

Mitchell se agachó a mi lado sin decir nada. Simplemente me abrazó fuerte, y yo me agarré a él con todas mis fuerzas, hundiéndome en su pecho, permitiendo que todo el dolor saliera al fin.

No sé cuánto tiempo estuvimos así, arrodillados, perdidos en ese vacío, hasta que sentimos unas gotas de lluvia caer sobre nosotros.

—Venga, cielo. Vamos. —Me ayudó a incorporarme con suavidad y, rodeándome con un brazo, me guio hacia su coche. El chófer nos abrió la puerta, me indicó que subiera y él lo hizo después. El vehículo se puso en marcha sin que nadie indicara hacia dónde ir. Fue en ese momento cuando comprendí que había llegado la hora de despedirnos.

—Mitchell, quiero agradecerte todo lo que has hecho. Me gustaría decirte que te devolveré el dinero, aunque no sé si podré cumplirlo. Y, aun así, hay algo mucho más valioso que nunca podré pagar: el tiempo y el cariño que le regalaste a mi madre.

Él colocó su mano sobre la mía, un gesto cálido, sincero.

—No tienes nada que agradecer, Mischa. Para mí fue muy importante poder despedirme de ella, no te haces una idea. Y ahora que ya no está, tú y yo tenemos que hablar de tu futuro.

—Ya… —me rasqué la cabeza, un poco incómoda—, justo eso quería comentarte. No quiero que te sientas obligado, de verdad, has sido muy generoso, pero hasta aquí llegan nuestros caminos. Te libero de esa promesa. Además, no podría aceptar vivir de la caridad de nadie.

Él se llevó una mano al mentón y sonrió, como si supiera algo que yo no.

—Liv me advirtió que dirías eso. Me confesó que eres una joven orgullosa y que no aceptarías nada que no te ganaras por ti misma.

—¿Mi madre te dijo eso? —Sonreí sin poder evitarlo—. Qué bien me conocía.

—Sí —asintió—. Por eso estuve pensando en cómo ayudarte a salir de ese lugar y alejarte de tu padrastro sin que sientas que me debes algo. Y encontré la solución perfecta.

—¿Ah, sí? —Lo miré con curiosidad.

—Como te conté en una de nuestras comidas, soy el presidente del Seattle Rift, y en mi equipo hay un joven cuya abuela necesita una cuidadora. Su situación no es como la de Liv, ella tiene más recursos y varias personas que la ayudan, aunque su nieto quiere asegurarse de que no esté sola cuando él está fuera por partidos, entrenamientos o compromisos. Son muy buenas personas, estarás bien con ellos. Además, será un trabajo remunerado que te permitirá ahorrar para la universidad. ¿Qué dices? No te regalo nada, todo dependerá de ti.

—Vaya… —fue lo único que logré balbucear. Aquello era como un sueño.

—¿Eso es bueno o malo? —indagó con una media sonrisa.

—Es bueno. Mejor que bueno —respondí con entusiasmo, pero posteriormente bajé la mirada, preocupada—. Aunque… aún faltan unos meses para que sea mayor de edad. Mi padrastro puede reclamar la custodia, después de todo, soy una Williams.

Vi cómo apartaba su mano, cerrándola en un puño que intentó disimular. Se giró para mirarme directamente.

—No eres una Williams. Ese desgraciado no es tu padre. Tu madre me contó lo que te intentó hacer. Y solo voy a decirte algo: nunca volverás a esa casa, ni a su lado. Me encargaré personalmente de que eso no suceda. ¿Está claro?

—Sí —murmuré, aunque en realidad aquello no parecía negociable, y en el fondo, lo agradecía más de lo que podía imaginar.

—A partir de ahora, vas a pensar en ti, en tu futuro. Eso es lo que querría tu madre.

—Gracias. Eres un buen hombre.

Su rostro se ensombreció por un instante, como si no terminara de creerse mis palabras, como si algo dentro de él le gritara que no era cierto. Pero yo no necesitaba conocer su historia. A mí ya me había demostrado que sí lo era.

El resto del trayecto lo pasamos en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos, hasta que el coche se detuvo frente a una mansión. No sabría cómo describirla exactamente, y definitivamente no era solo una casa lujosa de Seattle: era *la* casa. Aparcamos justo en la entrada.

El chófer se apresuró en abrir la puerta de Mitchell, y antes de que pudiera llegar a la mía, yo ya estaba fuera. Caminamos juntos por la escalinata que conducía al porche, y no pude evitar soltar un silbido de asombro. Justo cuando lo hice, me arrepentí al instante, avergonzada.

—Lo siento —farfullé, deseando que la tierra me tragara.

Mitchell solo esbozó una media sonrisa.

—Tranquila, te acostumbrarás a este lugar.

Tocó al timbre, aunque estaba claro que nos esperaban: las verjas ya se habían abierto antes de llegar. Por un momento, me imaginé que nos recibiría una ama de llaves, de esas que salen en las películas. Sin embargo, lo que apareció ante nosotros fue mucho más impresionante que cualquier casa o decoración.

Un chico.

Un chico empapado, con gotas de agua resbalando por su torso moreno, con un bañador mojado que le ceñía las piernas largas y fuertes, una toalla colgada al cuello y el pelo rizado y perfectamente revuelto. Honestamente, parecía una creación de IA hecha para romper corazones.

—Disculpa por llegar sin avisar. Intenté llamarte, aunque me fue imposible comunicarme contigo. Espero que no sea mal momento —comentó Mitchell.

—Estaba nadando, por eso no lo escuché —aclaró el chico, abriéndonos paso—. Pero, por favor, pasad. No os quedéis ahí de

pie.

Todavía no me había mirado. Hasta que lo hizo.

Sus ojos negros me recorrieron por completo. Fueron segundos, pero suficientes para agitarme por dentro. Tenía labios gruesos, mandíbula firme, cuello fuerte y ese algo que era sumamente hipnótico. Mi estómago dio una vuelta entera, y me odié por reaccionar así.

—Kai, ella es Mischa, la joven de la que te hablé para el trabajo.

Kai me observó todavía con más atención, me recorrió de arriba abajo de nuevo y diría que no le terminaba de encajar. Y a continuación, sin filtro, soltó:

—¿En serio? ¿Esta es la chica? Pensé que traerías a alguien…, no sé, un poco más mayor. Parece que acaba de salir del instituto. ¿Cómo va a ocuparse de mi abuela si todavía hay que cuidarla a ella?

Fue abrir la boca y, de golpe, el modelo perfecto se me cayó al suelo con todo su esplendor.

«Idiota».

Me crucé de brazos, alzando la barbilla con dignidad.

—Sí, acabo de terminar el instituto. Y no, no necesito que nadie me cuide, gracias. Para tu información, llevo mucho tiempo haciéndome cargo de cosas que no le corresponden a alguien de mi edad. Ya me gradué de problemas reales hace años.

Kai arqueó una ceja, con una media sonrisa arrogante que me dieron ganas de borrar a sopapos.

—Ah, genial. Me quedo mucho más tranquilo sabiendo que eres una adulta atrapada en el cuerpo de una adolescente. Fantástico. —Su tono era pura ironía.

—¿Sabes qué? —Miré a Mitchell, con la sangre ya en ebullición—. No tengo por qué aguantar las tonterías de un niño rico que se cree que lo sabe todo, cuando lo único que domina en la vida es darle a un palo para empujar un disco. Agradezco mucho lo que hiciste por mi madre, Mitchell, de verdad, pero hasta aquí. Lo intentamos a tu manera, ahora lo haré a la mía.

Me giré sobre mis talones y caminé directa hacia la puerta. Rodeé la manilla con los dedos, dispuesta a abrir, pero otra mano se posó

sobre la mía, firme y cálida, frenándome sin esfuerzo.

Con un solo gesto, empujó la puerta y la cerró, todavía tocándome.

Sentí el calor de su piel antes incluso de notar su respiración tan cerca de mi cuello.

—¿Presumes de madura? —Su voz sonó baja, directa a mi nuca—. Aunque tus actos dicen otra cosa. Parece que eres solo una cría que sale corriendo al primer contratiempo.

Mi corazón se desbocó sin permiso y mi respiración se aceleró, pero no iba a ponérselo tan fácil. Giré el rostro lo justo para clavarle la mirada.

—Y tú presumes de ser hombre, sin embargo, tienes cero educación. ¿O te enseñaron que se trata así a las visitas?

Mitchell carraspeó con fuerza.

—¡Ya basta! —Su reclamo retumbó, tajante—. Lo que estáis haciendo los dos es bochornoso.

Se interpuso entre nosotros, con expresión cansada.

—Kai, tú y yo vamos a hablar fuera. Y tú, Mischa, espéranos en la sala. Ni se te ocurra salir de esta casa.

Maravilloso. Un hombre al que conocía desde hacía apenas unos pocos días ahora me estaba dando órdenes como si fuera mi tutor. Si no hubiera sido por lo que había hecho por mi madre, ya me habría largado de allí.

Y en vez de eso, me crucé de brazos y bufé mientras los veía salir.

Desde donde estaba, escuchaba perfectamente cada palabra de la conversación, aunque intentara no hacerlo. Y cuanto más avanzaban, más enferma me sentía.

—Es una niña, joder —bramó Kai.

—En nada cumplirá dieciocho —replicó Mitchell.

—¿Me estás diciendo que has metido a una menor en mi casa? ¿Te has vuelto loco de remate? —casi gritó, indignado.

—Tranquilo, su padrastro no va a reclamarla. No tiene intención de hacerlo, y aunque quisiera, no se lo permitiría. No podía dejarla en el barrio de Beacon Hill y mucho menos en esa casa. Es un alcohólico que intentó abusar de ella. Y a veces las cosas también se resolvían a golpes.

Sentí cómo me encogía por dentro, escuchando mi historia narrada como la sinopsis de un libro triste.

—A pesar de todo —continuó Mitchell—, terminó sus estudios, trabajó para pagar la medicación y la comida de su madre y la atendió como nadie. Dime, ¿quién podría cuidar mejor de tu abuela que ella?

Fue entonces cuando una voz dulce, cálida, me sacó del trance. Giré la cabeza y vi a una mujer que, en sus tiempos, debía de haber sido una belleza. Afroamericana, con el cabello recogido en un turbante color vino y unos ojos risueños que, sin duda, había heredado Kai. Entendí en ese instante de dónde venía ese moreno tan bonito.

Caminaba con dificultad, así que me acerqué para ofrecerle el brazo.

—Permítame ayudarla.

—Tú debes de ser Mischa, mi nueva cuidadora.

—Bueno, sí, señora. Aunque dudo que me quede —admití con sinceridad.

Ella sonrió, como si supiera exactamente lo que acababa de pasar tras esas puertas.

—Llámame Ava, por favor. Y si es por mi nieto, no le hagas ni caso. Siempre quiere lo mejor para mí. Y, ¿sabes?, creo que ya lo hemos encontrado.

Sus palabras me tomaron completamente por sorpresa. Inmediatamente me tocó la nariz en un gesto tan cariñoso que me descolocó todavía más y, acto seguido, me entregó un pequeño frasco de esmalte de uñas.

—Señora…, digo, Ava, yo no tengo mucha práctica con esto —balbuceé, mirando el pintauñas.

—No te preocupes, cielo. Si sale mal, siempre tiene arreglo —aseguró, y me guiñó un ojo.

Temblorosa, me senté frente a ella y comencé a pintarle las uñas. Al principio parecía que iba a ser un desastre, sin embargo, en cuanto me relajé, el pulso me respondió. La conversación fluyó entre nosotras con una facilidad que no esperaba. Era como si lleváramos toda la vida conociéndonos.

La puerta se abrió y ambos hombres se asomaron. Se quedaron allí, observándonos, y suponía que no esperaban encontrarse precisamente esa escena.

Kai fue el primero en hablar.

—Puedes quedarte —dijo, seco, como si le costara horrores pronunciar esas palabras.

Me levanté con calma, deposité el esmalte sobre la mesa y me acerqué a la puerta. La abrí sin prisa, aunque las lágrimas ya me nublaban la vista.

—No soy la buena obra de nadie —solté, con la voz rota, sin mirarlo.

Antes de que pudiera dar un paso, la puerta se cerró de golpe. Sentí su brazo fuerte empujando contra mi hombro, y de repente estaba atrapada entre la madera y su cuerpo. La proximidad me desestabilizó, el calor de su piel, el leve roce de su aliento. Imponía, y mucho.

—No voy a rogarte —murmuró cerca de mí, con un tono grave—, no es mi estilo. Pero reconozco que me comporté como un capullo. Y lo siento.

No me moví, lo miré desafiante, aunque mis piernas no me acompañaban en la firmeza.

—Si aceptas mis disculpas —continuó, sin apartarse—, serás bienvenida aquí. Y probaremos si de verdad eres tan buena como dicen. ¿Te atreves?

Esa última frase la soltó con un matiz provocador, con la sombra de una sonrisa que luchaba por no escaparse.

Ahí estaba. El reto.

Y, maldita sea, me encantaban los retos.

—¿Y tú? ¿Estás seguro de que puedes lidiar con alguien como yo? —dije levantando la barbilla, desafiante.

Su sonrisa se ensanchó, sin necesidad de responder.

***

Me sentía totalmente fuera de lugar en aquella gran casa, en el cuarto que me habían asignado, rodeada de personas que eran completas extrañas para mí. Hasta que cayó la noche y, con todo lo

que había ocurrido durante las últimas horas, fui realmente consciente de lo sola que estaba.

Sentada en el suelo, con la espalda pegada a la puerta, abracé mis piernas como si en ese gesto pudiera encontrar consuelo ante un vacío que sabía que nunca se llenaría. Con la muerte de mi madre no solo había perdido a la persona que más quería, también se había ido una parte de mí.

Permití que ese dolor saliera en forma de lágrimas y gemidos ahogados contra mi antebrazo. Aunque no debí de ser tan silenciosa como creía. Lo supe cuando escuché unos toques al otro lado de la puerta. Ese simple sonido bastó para detener el llanto. Me quedé inmóvil, en silencio, esperando que Kai se marchara.

Dormía en la misma planta que yo, aunque con varias habitaciones entre nosotros, suficiente —al menos en teoría— para no percibir mis movimientos.

Volvió a insistir. Esta vez, acompañó los golpes con su voz.

—Mischa, ¿estás bien? ¿Sucede algo?

No respondí, y al otro lado no se escuchó nada más. Cuando pensé que se había rendido y se había marchado, abrió la puerta arrastrándome con ella.

Al entrar en el cuarto, me miró completamente confuso. La tenue luz que se colaba desde la iluminación del jardín era suficiente para que se diera cuenta de mi estado. No le pasó desapercibido ver una almohada y una mantita en el suelo; después, desvió la mirada hacia la cama, que seguía sin deshacer.

Me sentí completamente avergonzada. Estaba segura de que, después de aquello, no querría ni que me acercara a su abuela. Y quizá, si fuera él, yo tampoco confiaría en alguien como yo.

Se agachó, colocándose a mi altura, y me observó de un modo diferente al de esa tarde, cuando lo conocí. No sabría decir exactamente qué estaba pasando por su cabeza.

—Lo siento —me disculpé, intentando reunir toda la dignidad posible—. No era mi intención incomodar a nadie. Ahórrate el discursito, ya sé lo que vas a decir. Me ha quedado claro que no me quieres aquí, aunque no te preocupes…, mañana a primera hora me iré y no tendrás que volver a saber de mí.

Lo que no esperaba era que Kai se dejara caer al suelo frente a mí. Ese gesto me descuadró por completo. Pensé que con mis palabras le habría ahorrado el mal trago de tener que echarme. Sin embargo, ahí estaba. Sentado a mi lado, con sus dedos acariciando mis mejillas, secando mis lágrimas con una delicadeza que no comprendía.

—No he venido a pedirte que te marches —aclaró en voz baja—. Ni espero que lo hagas. Solo escuché unos sollozos al subir de la sauna y me preocupé.

No dejaba de mirarme mientras hablaba, su voz era suave, sin reproches.

—Esta tarde no parecías muy contento con la idea de que permaneciera en esta casa. ¿Qué ha cambiado?

—Todo. —Suspiró, bajando la mirada por un segundo antes de volver a encontrarse con la mía—. Mi abuela me recordó algo que ocurrió hace muchos años, algo que me he empeñado en enterrar. Por muy perfecta que creas que es mi vida, no siempre fue así. Yo también perdí a mis padres siendo muy pequeño. Por suerte, mi abuela me acogió y nos mudamos a Estados Unidos. No fue fácil, aunque siempre nos tuvimos el uno al otro. Supongo que es algo parecido a lo que tenías con tu madre.

—Entonces… ¿me dejas quedarme por pena? —pregunté bajito, decepcionada.

—No. —Sonrió y apartó sus manos de mi rostro con cuidado—. No podría sentir pena por alguien tan fuerte como tú. Has luchado más que muchos adultos siendo tan joven, y lo has hecho sola. Eso no merece lástima. Merece respeto.

—Oh…, vaya.

—¿Sorprendida?

—Bastante. Es cierto que estoy hecha polvo y no sé si este vacío va a desaparecer algún día. Aunque te aseguro una cosa: cuidaré de tu abuela como si fuera la mía.

—No lo dudo ni un segundo. —Se inclinó un poco hacia atrás, mirándome con curiosidad—. Pero dime una cosa: ¿qué haces en el suelo con una almohada, una manta y bloqueando la puerta con tu

cuerpo? Deberías estar en la cama, descansando. Te recuerdo que mañana empiezas a trabajar.

—No…, por favor. A la cama no.

—Mischa, no puedes dormir en el suelo. Vas a destrozarte la espalda.

—Ya estoy acostumbrada.

—Pues aquí vas a tener que ir olvidándote de ese hábito absurdo. ¿Por qué haces esto?

Tragué saliva. No quería contarlo, aunque sentí que no me quedaba más remedio.

—En mi casa bloqueaba la puerta de mi habitación con un armario y una cómoda pequeña para que mi padrastro no pudiera entrar. Me quedaba apoyada contra los muebles, muy atenta, por si llegaba borracho.

Kai cerró los ojos por un momento, pasándose los dedos por el pelo.

—Joder… —murmuró, sin mirarme—. No quiero ni imaginar el infierno que tuviste que vivir. ¿Cuánto tiempo estuviste así… apenas descansando, siempre en alerta?

—Demasiado —susurré—. Pero logré lo que quería: protegernos.

—Aquí no tienes nada que temer. Nadie va a hacerte daño, este es un lugar seguro. Así que es hora de dar un paso al frente.

Se puso en pie y me tendió la mano. Yo negué, paralizada por el miedo.

—Vamos, Mischa. Te consideraba una chica valiente. No me demuestres lo contrario.

Resoplé y, temblando, me aferré a su mano. Kai cogió la almohada del suelo, la colocó junto a la otra en la cama, la abrió con cuidado y me hizo un gesto para que entrara. Dudé, aunque finalmente lo hice. Me cubrió con la ropa de cama y, antes de alejarse, acarició con ternura mi cabello.

—Ahora descansa. Poco a poco, tus miedos y ese dolor se irán apagando o al menos aprenderás a vivir con ellos.

Caminó hacia la puerta y la cerró con suavidad. Me incorporé de golpe, sentándome en la cama con las piernas abrazadas contra el

pecho. Las lágrimas regresaron sin que pudiera hacer nada. Kai abrió la puerta de nuevo al oírme sollozar.

—Puedo dejarla entreabierta —murmuró, cruzando el umbral—. Y la de mi cuarto también, si eso te hace sentir más segura.

—No me voy a mover de la cama, te lo prometo —le aseguré entre lágrimas.

—Ya…, pero sentarte ahí, hecha un ovillo y llorando a moco tendido, tampoco va a arreglar nada. Respira, tienes que calmarte.

Se sentó a los pies de la cama, cogió la almohada que quedaba libre y la colocó tras su espalda antes de recostarse contra el dosel, con una pierna doblada, justo frente a mí.

—Mira, vamos a hacer esto: no me voy de aquí hasta que te duermas.

Sus palabras me pillaron completamente desprevenida. No voy a negar que me pareció un gesto precioso, pero al mismo tiempo me invadió una vergüenza horrible; no me gustaba que nadie viera ese lado tan vulnerable de mí.

—¿Y si no me duermo? No quiero que te quedes sin descansar por mi culpa.

—Bueno, si eso pasa serás la responsable —bromeó con una sonrisa—. En serio, deja de darle tantas vueltas y relájate un poco. A ver…, ya sé: cuéntame tus sueños, algo que te gustaría conseguir.

—No sé, supongo que me encantaría ir a la universidad. No obtuve la beca, así que intentaré ahorrar y entrar el año que viene. Una vez dentro, me esforzaré tanto que seguro que me la dan.

—¿Qué quieres estudiar?

—Comunicación y Relaciones Públicas.

—Interesante… ¿Qué más deseas?

—No espero mucho más. Todo lo que realmente quiero no puede ser. Mi madre no va a volver. Y puede que en cualquier momento tenga que regresar con mi padrastro…

Las palabras se me atragantaron al decirlo. Las lágrimas volvieron. Kai se inclinó hacia mí, sujetando mi rostro con ambas manos, con esos preciosos ojos oscuros clavados en los míos.

—Escúchame bien. A tu madre no puedo devolvértela, aunque de algo puedes estar segura: no vas a volver jamás con ese hombre. Te

lo juro.

Lo dijo con una convicción que, por un instante, quise creerle. Solo unos meses más y él ya no tendría poder sobre mí.

—Y ahora, fuera pensamientos tristes. Imagina que puedes pedir algo. Algo posible, claro. ¿Qué sería?

—¿Tienes complejo de genio de la lámpara o qué?

—Solo cuando no estoy sobre el hielo.

—Un perro.

—¿Un perro? ¿De entre todas las cosas que podrías pedir, eliges un perro? Me sorprendes.

—Siempre quise uno. Una vez, encontré uno callejero. Estaba lleno de pulgas, en muy mal estado. Lo llevé a casa toda emocionada. Tenía cinco años. Iba a ser mi mejor amigo.

—¿Y qué pasó?

—Mi madre se asustó al verlo. Decía que no podíamos quedárnoslo. Apenas teníamos comida para nosotras y el perro podía estar enfermo. Le prometí que lo cuidaría, que se pondría bien, pero ella insistía en que no era posible. Cuando vio las ronchas de picaduras en mi piel, lo sacó fuera. Yo lloraba, le rogué que lo dejara quedarse, le dije que compartiría mi comida.

—¿Y lo hizo?

—Al final cedió. Lo bañamos y lo escondimos en mi cuarto. Sin embargo, a la mañana siguiente ya no estaba. La puerta de mi habitación se encontraba abierta. Salí y vi una mancha de sangre que mi madre limpiaba con rapidez. Se puso nerviosa, señaló que se había cortado. Me mintió. Casi la creí. Hasta que vi a mi padrastro entrar con las manos ensangrentadas. Y supe lo que había pasado. Corrí a mi cuarto y lloré. Lloré como nunca.

—Joder, Mischa… Lo siento mucho.

—Después, mi madre me compró uno de peluche. Nadie podía hacerle daño a ese. Se convirtió en mi nuevo mejor amigo. Suena ridículo, lo sé, pero me calmaba. Cuando tenía miedo, me abrazaba a él y contaba hasta dormirme. Era lo único que me daba seguridad.

—No suena ridículo.

—Ojalá pudiera recuperarlo. Está en la casa, junto con las fotos de mi madre. Es lo único que me quedaba de ella…

Bostecé sin poder evitarlo.
—Ahora háblame tú. De tus sueños.
Kai guardó silencio un segundo, antes de responder:
—Yo dejé de tener sueños hace tiempo. Vivo al día.
Eso fue lo último que escuché. Poco a poco, el sueño me venció.

CAPÍTULO 4

KAI

—No me puedo creer que lleve más de seis meses fingiendo que sigue acudiendo a las sesiones y que está limpia. ¿Cómo he sido tan idiota para no verlo? —Me dejé caer en la cama, agotado.

—Kai, no te castigues —respondió la doctora Spencer con calma —. Las recaídas son más comunes de lo que la gente piensa. Entrar en un programa de desintoxicación no es algo milagroso que se resuelva en unos meses. La verdadera batalla empieza después, cuando hay que enfrentarse cada día a la tentación de consumir. Y esa fuerza solo aparece si la persona quiere de verdad salir. Madison, por desgracia, nunca estuvo en ese punto.

—No lo entiendo, doctora. Llevamos casi tres años con esto, ¿eso no significa nada?

—El motivo por el que alguien entra en tratamiento es clave. Hay quienes vienen por decisión propia y quienes lo hacen presionados por su entorno. Madison pertenece al segundo grupo. Se cree que lo tiene controlado, o no es consciente del daño que se hace. Está en esa fase en la que sigue viendo las drogas como algo que le «aporta» lo que cree que le falta. No percibe que el malestar posterior es el síndrome de abstinencia. Es negación, pura y dura.

Era cierto. Madison no había entrado en la clínica por convicción, sino porque era la única forma de que yo permaneciera a su lado. En parte me sentía culpable, como si yo la hubiera arrastrado a su adicción. No podía abandonarla, pero me estaba perdiendo yo también.

Abrí el cajón de su mesilla. Allí guardaba la medicación pautada para el síndrome de abstinencia. Cogí frasco tras frasco: la mayoría no estaban ni abiertos. Cerré de golpe y me tumbé de espaldas en la cama, frotándome los ojos.

—No ha estado tomando el tratamiento —murmuré en voz alta, aunque la doctora seguramente ya lo intuía—. Me voy a volver loco. Últimamente parecía mejor, la creí. Las señales típicas de cuando consumía cocaína ya no estaban. Pero está claro que me estaba engañando y yo se lo puse fácil.

—Para. Esto no es nuevo para mí —intervino Spencer, serena—. Los familiares no tienen un radar. Una persona con adicción aprende a ocultarse y, si está bajo vigilancia, puede cambiar de sustancia. Eso desorienta a los que le rodean, porque buscan los signos que ya conocen y pasan por alto los de otras drogas.

Y todo cuadraba. En los últimos meses Madison había pasado mucho más tiempo fuera por trabajo. Dirigía a todo el equipo médico de las clínicas deportivas de la empresa en varios estados y apenas atendía a clientes de forma directa. Era la cara visible, la que viajaba, la que negociaba. Cuando estaba fuera, era libre para consumir sin ser observada; cuando volvía, tomaba lo justo para fingir que seguía bien.

—Kai —la voz de la doctora me sacó de mis pensamientos—, que deje rastros, como esas pastillas sin abrir, es una señal preocupante. Significa que se siente confiada y que su adicción pesa más que su entorno.

—Dios, ¿qué puedo hacer? Esto es un infierno. Mi vida se cae a pedazos. Tres años así y no he logrado nada. Todo empezó por… ya sabes.

—Eso ya lo hablamos en terapia —replicó con suavidad—. Un hecho traumático puede llevar a tomar malas decisiones, sin embargo, nadie obliga a otro a consumir. Madison eligió ese camino. Tú no la arrastraste. Ella ha usado la culpa para justificarse, pero no puedes seguir cargando con ese peso. Aunque no lo haya visto, ha tenido mucha suerte de tenerte ahí.

—Pero no ha sido suficiente. Nunca lo es.

—No, Kai. No lo será mientras ella no quiera que lo sea. Tú no puedes salvarla. Solo puedes salvarte a ti mismo.

—Gracias, doctora Spencer. Creo que ha llegado el momento de pensar en mí. Si sigo así, el próximo paciente seré yo.

—Cuídate, Kai. Y si necesitas algo, tienes mi número.

No sabía si aquella conversación me había liberado o me había hundido un poco más. Era como si hubiera destapado de golpe todo lo que llevaba tiempo intentando esconder bajo un colchón. Me sentía agotado. Los últimos tres años habían sido un bucle interminable: peleaba cada día contra un enemigo que no me golpeaba de frente, pero que aun así me destrozaba. Y mientras las heridas crecían, también lo hacía mi soledad.

Y en esa soledad solo había un culpable: yo.

¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué alejé a todo el mundo?

Porque la mierda que me rodeaba era demasiada, porque no era justo cargar a otros con mis problemas, porque cada vez que intentaba cuidar de algo terminaba rompiéndolo.

Era muy consciente de que mis amigos nunca entenderían por qué seguía con ella. Lo que ellos no sabían era lo que yo había hecho, el daño que había causado persiguiendo un sueño que nunca debí tener. Una ilusión que se había convertido en pesadilla. Madison salió herida, y… y algo más…, algo que ni siquiera podía pronunciar. Cada vez que pensaba en ese momento —en ese día en que todo se fue a la mierda— me subían a la garganta las náuseas y la imagen me aporreaba en la cabeza una y otra vez, como un martillo.

Entonces llegaban las ganas de beber.

Porque, sí, era triste admitirlo y hasta parecía un chiste sádico: mientras intentaba sacar a Madison de su adicción, yo me hundía en la mía. Cuando no podía más, cuando la presión se hacía insoportable, el alcohol era lo único que me traía un poco de paz.

Deseché todos esos pensamientos que siempre me llevaban al mismo maldito lugar. Tenía que ser fuerte, debía hacer las cosas bien; solo me quedaba una oportunidad para no perder lo único que me hacía sentir vivo: el hockey. Me deshice de la ropa de camino a la ducha y abrí el grifo, dejando que el agua helada golpeara mi cuerpo, cortándome la respiración por segundos. Si eso me calmaba, intentaba aguantar bajo el chorro para no pensar. Cuando creí estar más sereno, subí la temperatura y una sensación cálida me recorrió por entero, y con ella vino la imagen de Mischa. Apoyé la cabeza contra la pared, permitiendo que las gotas golpearan mi cuello y espalda mientras me deleitaba con el recuerdo de ella: lo bonita que

estaba, lo bien que se veía. Yo era como una planta marchita, reseca y quebradiza; ella era el agua que me devolvía la vida. Cada vez que estaba cerca, brotaba algo dentro de mí. Luz, fuerza, vida…, y yo había destruido todo eso.

Entonces, unas manos serpentearon por mis músculos y un cuerpo se pegó a mi espalda, devolviéndome a la cruda realidad de la que tanto intentaba huir. Era Madison. Sus dedos resbalaron hacia mis oblicuos, acercándose peligrosamente hacia abajo, y la detuve de inmediato.

—Amor, te he echado mucho de menos —ronroneó besando mi espalda. Apreté la mandíbula, la rabia recorriéndome de pies a cabeza.

—Hoy tenías sesión de terapia, ¿no? ¿Cómo te fue con la doctora Spencer? —pregunté sin mirarla, sintiendo cómo su cuerpo se tensaba, aunque ella siguió con su reguero de besos, intentando distraerme.

—Bien, como siempre, pero ahora no quiero hablar de eso, cielo. Llevo muchos días sin verte y lo único que deseo es estar contigo.

Cerré el grifo y me di la vuelta, cabreado. Me estaba mintiendo, aunque a estas alturas ya nada me sorprendía. Sus ojos, con las pupilas dilatadas, me lo confirmaron. Joder, había tomado algo. La solté y salí de la ducha con el agua empapándolo todo a mi paso, hasta el vestidor. Madison no tardó en aparecer detrás de mí mientras me vestía con movimientos bruscos, completamente frustrado.

—Kai, amor, ¿qué sucede?

—No lo sé. Dímelo tú —le solté, poniéndome la camiseta a tirones.

—Vale, sé que te avisé en el último momento de que me quedaba un par de días más. No entraba en mis planes, pero hubo complicaciones en la clínica.

—Mientes —escupí mientras me ataba las deportivas.

—Cielo, es verdad que estos meses he tenido que estar más días fuera, aunque te prometo que a partir de ahora voy a hacer todo lo posible para pasar más tiempo en Seattle.

—Qué fuerte lo tuyo. No solo eres una mentirosa, sino que además tus promesas valen menos que nada.

—Kai, ¿de qué hablas? —Su cara era puro desconcierto.

Abrí el cajón de su mesilla y volqué los botes de pastillas en el suelo.

—De esto, Madison. No estás tomando tu tratamiento.

—Claro que lo tomo. Es más, siempre llevo la medicación conmigo. Esas son dosis extra.

—¿En serio? Enséñamelas. Ahora.

El silencio la delató. Vi cómo se ponía tensa. Me dolía tener que hacerlo, pero ya no iba a dejar que me tratara como a un imbécil.

—¿Qué te pasa? Tú no eres así —intentó salir del paso.

—Tienes razón, suelo ser más ingenuo. Si has estado tomando tu medicación, demuéstramelo y deja de desviar el tema.

—No voy a hacerlo. Me parece ofensivo. Me duele que no confíes en mí.

—Tiene huevos tu descaro —bufé, conteniendo la rabia—. ¿Sabes qué? A la mierda.

Cogí la maleta y empecé a llenarla sin mirar.

—Kai, para un segundo. —Me agarró del brazo y me solté—. ¿Por qué estás haciendo esto? Me estás destrozando.

Me giré para enfrentarla.

—¿Yo te destrozo? He hablado con tu doctora. Estos meses has estado feliz consumiendo sin que el idiota, es decir yo, se enterara.

—Esto es un malentendido, permíteme explicarte, por favor.

—¿En serio? Venga, adelante, pero esta vez sin mentiras.

Se acercó para ponerme las manos en el pecho. Se las aparté con cuidado, sujetándole las muñecas.

—Es cierto que no fui a las últimas sesiones. No me cuadraban con el horario. Además, cariño, ya estoy bien, no son necesarias.

—Se acabó, Madison. Hasta aquí hemos llegado. Durante tres puñeteros años he estado a tu lado, viéndote recaer una y otra vez. Permanecí en todo este proceso, aunque me estaba destrozando. Pensé que podíamos lograrlo y me equivoqué. Yo cumplí con mi parte; tú tenías que tratar tu adicción. Y es más que evidente que

nunca te lo planteaste realmente. Solo pretendías evitar que yo me separara.

—Kai, no estás siendo justo. Si yo acabé en esto fue por…

—¡Basta ya! —Me llevé las manos a las sienes—. He sufrido lo que pasó tanto como tú. Cargo con una culpa que me consume al verte así. Pero no puedo seguir haciéndome cargo de tus decisiones. Yo no te meto nada por la nariz.

Cerré la maleta y me acerqué a la cama para coger mi teléfono. Al volver, ella ya estaba atrancando la puerta.

—Cielo, por favor, no hagas una locura —suplicó, acercándose y cogiéndome la cara entre las manos. Yo no podía mirarla—. Escúchame: hablaré con la doctora Spencer, retomaré las sesiones, si quieres me interno unos días. Pero no me dejes. Te quiero. Esta vez va a ser diferente, te lo prometo.

—¡No! —me negué, apartándome—. Me he rendido. Hasta ahora he renunciado a todo por ti: a mi vida, a mis amigos, al equipo. Y no ha servido de nada. Solo tú puedes salvarte. Yo voy a intentar hacer lo mismo con lo poco que queda de mí.

Quité el pestillo y abrí la puerta. Su ira estalló detrás de mí, tirando cosas. Me dolía verla así, pero era la enésima vez que pasaba. Hasta ahora siempre la había calmado. Esta vez no. Era un huracán y yo iba a dejar que pasara sin arrastrarme.

—Kai, si sales por esa puerta juro que seguiré consumiendo. Y si me pasa algo, tú serás el responsable. ¿Podrás cargar con otra muerte en tu conciencia?

Cerré los ojos y apreté la mandíbula. Aquellas palabras eran un puñal. Dolían, mucho. Aunque también me hicieron ver que, rabia o no, sustancias o no, siempre usaría esa culpa para retenerme.

—Madison, si te sucede algo, será tu responsabilidad, no la mía. —Mi voz brotó desgarrada mientras agarraba la maleta y salía sin mirar atrás.

Cogí el coche y conduje sin rumbo. No sé cuánto tiempo estuve dando vueltas; podía haber sido media hora o tres. Las últimas palabras de Madison seguían retumbando en mi cabeza como un eco que no se apagaba. Solo quería olvidarlas, borrarlas, arrancarlas de mí. Y sabía que había algo que podía calmar esa angustia, apagar mi

cerebro. Lo pensé. Lo pensé varias veces. Para qué mentir: estuve a punto de girar hacia un puñetero bar, pedir un trago y dejarme caer en ese viejo abismo.

Entonces la pantalla del coche empezó a iluminarse con mensajes, una llamada tras otra. «Hughes», decía. Lo vi como una señal, la única cuerda lanzada en medio del naufragio. La correcta. Así que descolgué.

—Por fin, colega. Llevamos toda la tarde llamándote. Estamos en casa de Conor y Liam, haciendo una pequeña reunión. Vente, anda —me pidió Caden, aliviado, cercano.

—Venga, tío, todos te echamos de menos. ¿Cuánto hace que no sales con nosotros? Va a ser divertido… o eso espero, si es que Liam y yo no acabamos discutiendo otra vez por cualquier tontería —se oyó decir a mi otro amigo y entrenador por detrás.

—Kai, ¿estás ahí? —Caden retomó la palabra al notar mi silencio.

Mi atención se desvió de la carretera. Me los imaginé a todos juntos, riendo, bebiendo, con esa complicidad que siempre nos caracterizaba. Sentí ganas de estar allí, de volver a pertenecer, de sentirme humano otra vez. Y entonces, un pitido ensordecedor de camión me arrancó de ese pensamiento. Me había desviado de mi carril. Volantazo. Salida brusca de la autopista.

—¡Tío! ¿Qué ha sido eso? Responde, joder, ¿estás bien?

Aparqué en el arcén. El corazón me golpeaba el pecho. El volante me temblaba entre las manos. Y finalmente, con la voz quebrada, pronuncié las palabras que tendría que haber dicho hace mucho tiempo:

—No. No lo estoy. Necesito a mis amigos.

Hubo un segundo de silencio al otro lado. Después, Caden habló, firme:

—No te muevas. Mándame tu ubicación y espérame ahí.

—Voy contigo —añadió Conor desde el fondo.

Hice lo que me pedían. Colgué. Y dejé caer la frente contra el volante. Cerré los ojos. Me sentí vacío, pero por primera vez en mucho tiempo, también entendí que no estaba completamente solo.

***

Hughes y Conor habían venido a buscarme después de su llamada. Estaba tan alterado que me subieron a su coche sin hacer preguntas y me llevaron a un sitio tranquilo, con hamburguesas y patatas fritas, a comer sentados frente al mar.

Ellos hablaban, yo apenas participaba. Me contaron que la casa de los padres de Hughes se había inundado y temporalmente toda la familia vivía con él, con River y los niños. Bromeaba con que aquello parecía una comuna: cajas por todas partes, el sótano lleno, Seany con sus clases de música financiadas por su padre y la pequeña Summer, un terremoto que no dejaba de berrear desde que nació. Al final descubrieron que el hockey la calmaba y ahora le ponían partidos en bucle.

Hughes protestaba porque Prescott había conseguido que Summer —su Summer— se hiciera fan del equipo de Chicago y eso le cabreaba soberanamente. También se quejaba de que no tenía ni un minuto de intimidad con River: que se escapaban al taller del jardín para tener unos minutos a solas y que era triste, a su edad, montárselo escondidos encima de cajas de trastos viejos.

Tuve que reírme. Era un caos total. Jamás habría imaginado a mi mejor amigo en esa situación, pero estaba seguro de dos cosas: una, que nunca en su vida había sido tan feliz, y dos, que se las ingeniaría para estar con su chica donde fuera.

En cambio, la suerte no sonreía a Liam y Conor. Según me había contado este último, el tema de la adopción estaba haciendo mella en su relación. Discutían día sí y día también; la casa se había convertido en un campo de batalla. Conor estaba desbordado, convencido de que Liam se había obsesionado con ser padre y que ya nada lo hacía feliz, ni siquiera él. Pensaba que no era suficiente y eso lo estaba destruyendo. Por su parte, Liam creía que Conor no quería formar una familia, que ahora solo le importaba su papel de entrenador.

Yo me había dado cuenta de que las cosas entre ellos estaban tensas —alguna pulla sí había escuchado en los vestuarios—, aunque jamás imaginé que llegarían al punto de plantearse tomar caminos separados. Dos personas que se amaban con locura, que lo habían afrontado todo juntos… Me costaba creerlo.

Después mencionaron a Prescott y a Jordan: estaban ampliando su casa de Seattle con unos terrenos que habían comprado. A Prescott le llovían ofertas por todas partes —era una maldita leyenda del hockey, imparable—, y Jordan estaba con sus prácticas de medicina deportiva en la clínica donde trabajaba de fisioterapeuta.

Fue justo en ese momento cuando me di cuenta de que no tenía ni idea de lo que estaba pasando en la vida de mis amigos. Me había alejado tanto que todo aquello me resultaba nuevo. Y ahí comprendí que tenía que hacer lo que llevaba tiempo evitando: contar la verdad.

Reuní el valor y les narré el horror que habían sido mis últimos tres años. Cuando terminé, no me dieron discursos ni consejos ni su opinión. Simplemente me abrazaron. Y en ese abrazo me derrumbé. Me puse a llorar porque no tenían ni idea de cuánto necesitaba eso.

Cuando por fin me calmé, fue Hughes quien rompió el silencio.

—Te vienes a mi casa. Me da igual lo llena que esté, siempre habrá un hueco para ti. Además, mi chica te echa muchísimo de menos; le va a encantar tenerte con nosotros.

—Hughes, olvídate —negó Conor, cortándolo de raíz antes de que pudiera protestar—. Es mejor que se venga conmigo.

Después se giró hacia mí, directo, sin rodeos.

—En mi casa hay sitio de sobra. No te prometo calma, pero sí un lugar donde quedarte. Lo que no puedes es volver allí, y mucho menos con esa mujer que te ha jodido la cabeza.

—En eso estamos de acuerdo —lo apoyó Caden, serio—. Necesita estar cerca de nosotros. Pero, tío, tu casa ahora mismo no es precisamente la mejor opción.

—Perdona, Hughes, la tuya tampoco es un remanso de paz —añadió Conor con ligero meneo de cabeza.

Los dos estallaron en carcajadas mientras yo los miraba desde un rincón, como si fueran dos padres divorciados discutiendo sobre la custodia de un hijo sin preguntarle su opinión. Y, para qué mentir, me gustaba. Por un momento no tenía que decidir nada, solo dejarme llevar; lo que eligieran iba a estar bien. O al menos eso ansiaba.

—Espera, ya sé —lanzó de repente Caden, chasqueando los dedos —: tu casa de invitados. Ahí tendrá privacidad y estará cerca de todos nosotros.

«No… Esa casa, no. Por favor, cualquier otro sitio menos ese», pensé mientras veía cómo el rostro de Conor se iluminaba.

—Claro, joder, es una idea genial —admitió Conor, entusiasmado —. Pues nada, Kai, tío, vamos a instalarte en tu nuevo hogar. Va a estar bien tenerte de vuelta.

Y así, sin más, fue como acabé en ese lugar.

Mis amigos caminaban unos pasos por delante. Me detuve. Necesitaba un segundo para observar aquel sitio. La casa de Liam y Conor.

La última vez que estuve allí todavía era una vieja iglesia en obras. Recuerdo perfectamente el polvo, los andamios, las paredes desnudas. Ahora, en cambio, se alzaba ante mí imponente, restaurada, llena de vida.

Mis ojos se desviaron hacia la vivienda de al lado, la del antiguo pastor. Para mí, ese lugar guardaba uno de los recuerdos más importantes de mi vida: mi último momento feliz. Entonces no había agua caliente ni muebles, y las paredes estaban desconchadas, pero aun así lo recordaba como un sitio mágico.

—Eh, tío, vamos. No te estarás echando atrás, ¿no? —La voz de Hughes me sacó de mi ensimismamiento. Estaba en la puerta, sonriendo.

Negué con la cabeza y los alcancé. Cuando la puerta se abrió, todo a mi alrededor estaba perfectamente decorado, con un gusto elegante, cómodo y cálido. Supuse que era cosa de Liam; al cabrón se le daba de puta madre todo eso. Mis ojos, sin quererlo, se desviaron hacia la sala: amueblada, pintada, rebosando luz… Ahora era un rincón acogedor en el que cualquiera disfrutaría de la chimenea. Aunque estaba distinto, eso no impidió que los recuerdos volvieran y todo se transformara en aquel día. Sin poder evitarlo tiré de la puerta y la cerré, como si ese gesto sirviera para bloquear mi mente.

A medida que caminábamos, se iban escuchando voces. Una era de River, la otra de Liam… y la tercera, no podía ser. Era de ella. En

ese momento juro que estuve a punto de dar la vuelta y huir. Ver a Mischa era lo último que necesitaba: estaba derrotado, hecho una mierda, y si ya me costaba mostrarme vulnerable con mis amigos, con ella era mucho peor.

Pero no hubo tiempo. Ahí estaba, plantado en la cocina, recibiendo un cálido abrazo de River que corrió hacia mí. Y, joder, aquello me devolvió el alma al cuerpo. La apreté fuerte, muy fuerte, y nos quedamos así por unos segundos. El vínculo con ella era muy especial: nos comprendíamos sin palabras. Era mi mejor amiga junto con su chico. Con ella fue con quien más distancia tomé; sabía de su mala relación con Madison y la mantuve lejos para que no regresaran viejas heridas con la presencia de mi mujer.

Pero ahí estaba ella y ahí estaba yo, fundiéndome en un abrazo tan sincero que borraba cualquier espacio de tiempo. Nada había cambiado entre nosotros.

—Ey, tío, no te emociones tanto —bromeó Hughes tirando de ella y pegándola a su cuerpo—. Con Conor y conmigo no te viniste tan arriba.

—Ja, este tío es un cabroncete celosillo. En cuanto le tocan a la rubia se pone loco —lo vaciló Liam, haciendo que todos rieran, incluida Mischa.

Dios, aquel sonido… La sentía, la olía, la escuchaba, aunque no la miraba. No quería hacerlo.

—Liam, cariño. Tenemos nuevo vecino: Kai se viene a pasar una temporada a la casa de invitados —informó Conor poniéndole un brazo por encima a su chico.

—Me parece genial, pero no va a ser el único. Le dije a Mischa que se podía quedar aquí.

NO.

No.

Definitivamente no.

¿Mischa y yo bajo un mismo techo? Eso no sucedería jamás.

—Yo puedo irme a un hotel hasta que encuentre otro lugar, así todos estaremos más cómodos —expuse sin mirarla. Seguramente lo último que querría era estar cerca de mí, dadas las circunstancias de lo que había pasado.

—Ni de coña, tío —intervino Caden, serio—. No puedes estar solo ahora. No es el mejor momento para que te aísles en ningún lado, le des a la cabeza y te machaques.

—Tiene razón —lo apoyó Conor—. Nos necesitas cerca.

—Pero ¿qué os pasa? ¿Pensáis que voy a salir por esa puerta y ponerme a beber? Es eso, ¿no? ¿Que no puedo controlarme? Joder, no he llegado a tanto, ¿vale? No bebo todos los días de mi vida; lo he hecho alguna que otra vez y ya —solté con rabia.

Casi me arrepentí al momento. Quizá había sido duro con mis palabras. Muerto de vergüenza por mi confesión delante de ella, la miré. Lo hice por primera vez. Su rostro estaba triste, como si aquello le doliera. O quizá quise ver eso, y lo que reflejaba era pena o lástima por aquello en lo que me había convertido.

—Slash —me llamó River por aquel apodo tan nuestro mientras me abrazaba por la cintura y se pegaba a mi pecho. Joder, esa mujer me desarmaba siempre—. Nadie piensa eso de ti, estás interpretándolo todo mal. Has estado alejado de todos durante mucho tiempo, y ahora nos necesitas y nosotros te necesitamos a ti. Queremos que vuelvas, que estés con nosotros y que no nos apartes. Permítenos formar parte de tu vida y tú forma parte de la nuestra como antes.

«Mierda», bramé por dentro. Se me iban a caer las lágrimas. Aparté un poco la vista; no quería mirarlos a ninguno porque me iba a romper allí mismo.

Aun así, no podía quedarme aunque quisiera. Estar cerca de Mischa era la peor de las ideas.

Y, hablando de ella, se puso en pie tranquilamente. Se sirvió un vaso de agua, rompiendo aquel momento tenso, y me lo entregó. La peor decisión fue aceptarlo. Nuestros dedos se rozaron y nuestros ojos se clavaron el uno en el otro. Por un instante, que debieron de ser segundos aunque parecieron minutos.

—A ver, no voy a negar que no me esperaba tener que compartir casa con nadie. Pero no tengo ningún inconveniente en hacerlo. No sé, al menos yo he pasado página.

Y así lo soltó. «Pasar página, como si fuéramos un libro», pensé para mí, ante su tranquilidad e indiferencia. Joder, cómo me

molestaba.

—Pero si tú tienes algún problema, no estás listo o no puedes soportar mi presencia, me puedo ir. Es mejor que tú te quedes aquí con ellos. Además, mi estancia en Seattle es temporal: hasta que termine las *internships*. Después regresaré a Nueva York; ahí está mi casa.

«Perfecto, claro que sí, vas y vienes cuando te da la gana».

«Mi casa en Nueva York, la *influencer*», me burlé mentalmente.

Si no fuera porque sabía que Mischa me odiaba o, peor aún, que le era completamente indiferente, habría dicho que todos ellos habían orquestado todo eso. Aunque, obviamente, ella jamás se prestaría a algo así. Tenerme cerca seguro que era lo último que querría, igual que yo. Bueno, o eso me decía mi cabeza, porque mis palabras salieron solas:

—Yo tampoco tengo inconveniente en compartir esta casa contigo, o con quien sea. Me es indistinto. —*Boom*, esa fue mi respuesta, y vi una sonrisilla en la cara de todos mis amigos, «malditos capullos»—. Además, será poco tiempo. No creo que tarde en encontrar un lugar donde instalarme.

Y así es como acabé ese día de mierda: de vuelta con mis amigos, viviendo con «ella» en esa puñetera casa. Pero si tenía algo muy claro, era que no cometería el mismo error del pasado.

CAPÍTULO 5

KAI

Tres años antes…

Conocer a Mischa me removió por dentro. Más de lo que me hubiera gustado. Era solo una cría, sí, pero, joder, había soportado más que la mayoría de los adultos que conocía. Cuando supe por qué dormía en el suelo, se me encogió el pecho. Mi abuela tenía razón —como siempre— cuando me dijo esa tarde: «Esa niña es una superviviente. Sin embargo, necesita respirar, mirar por ella. Saber que hay algo más allá del infierno en el que ha crecido».

Por eso permanecí a su lado esa noche. Porque, aunque mi casa todavía no la veía como su hogar, al menos estaba a salvo.

Al quedarse dormida, intenté levantarme para irme, pero la vi tan pequeña, tan frágil, que permanecí a su lado. La observé durante un rato, velando su sueño. Aun así, el descanso no fue tranquilo. Se removía inquieta, murmuraba cosas. Y en una de esas, se despertó sobresaltada, cubriéndose el rostro, acurrucándose como si quisiera desaparecer.

Me acerqué, pero comenzó a forcejear conmigo, asustada, como si no me reconociera. Tardé unos segundos en entender que no me estaba viendo a mí. Estaba reviviendo algo. Algo que no debería haber vivido nunca.

Le hablé bajito, me senté a su lado y la abracé con suavidad, acariciando su cabello rojo, mal cortado, mientras le repetía:

—Estás a salvo, pequeña. Nadie va a volver a hacerte daño.

Entonces abrió los ojos, con las pestañas húmedas y temblorosas, y me miró.

—Kai…, no me dejes.

Y no lo hice. Permanecí a su lado. Y así, abrazados, terminamos dormidos los dos.

Al amanecer, desperté con ella agarrada a mí como si fuera un koala, literalmente. Me sentí extraño. No incómodo, pero sí fuera de lugar. Ella era solo una adolescente, apenas nos conocíamos. Y yo sabía que no podía permitir que eso se repitiera. No estaba bien. No era sano. Aunque, siendo honestos, volvió a pasar. Dos noches más.

Después de eso, empecé a obligarme a marcar distancia. A no fijarme en cómo estaba, a hacerme el ciego pese a que por dentro me jodiera. Porque dormir con ella no era la solución. Por mucho que se sintiera segura a mi lado, por mucho que yo quisiera protegerla, no podíamos construir un hábito que tendríamos que romper.

Además, había días en los que yo no estaría. Y lo más sensato era poner un límite ya. Así que dejé de acostarme en su cama y pasé a la butaca incómoda de su habitación. Una mierda, sí. Pero necesaria.

Entonces recordé algo que me había contado: que tenía un perrito de peluche que le daba seguridad y calma. Y me pareció que era justo lo que necesitaba para sentirse menos aterrada.

Llamé a Davenport. Al principio se negó a darme la dirección de la casa de Mischa, aunque cuando le conté lo que estaba sucediendo, terminó cediendo. Me dio la sensación de que le incomodaba tanto como a mí la idea de que ella y yo hubiéramos compartido cama.

Mi abuela, en cambio, solo se rio.

—Hijo, no le des tantas vueltas. Estuviste donde tenías que estar. Ella necesitaba sentirse segura, nada más. No lo compliques. Tus «moralidades absurdas» no deberían alejarte de esa chica. Está empezando a confiar, y eso es bueno.

Sus palabras me aliviaron un poco, aunque la decisión ya estaba tomada. El peluche era la solución.

Conduje hasta Beacon Hill. Un barrio con muchas casas viejas, pobreza, abandono. Y cuando llegué a la dirección, sentí un nudo en el estómago. La casa parecía a punto de caerse.

Toqué a la puerta, aunque estaba mal cerrada. Apenas encajada. Llamé varias veces. Nada. Entonces pasó un hombre por la calle, con los ojos rojos, tambaleándose, y murmuró sin detenerse:

—No está ahí. Seguro que anda tirado por cualquier parque, borracho.

Así que entré. Técnicamente no forzaba nada: la puerta estaba abierta. Y, al entrar, el olor me sacudió con fuerza. Alcohol, orina, basura. Me dieron arcadas y tuve que cubrirme la nariz con el antebrazo antes de seguir.

Aquello era un infierno. Cristales en el suelo, muebles rotos, botellas vacías por todas partes. Avancé con cuidado, apartando escombros. Hasta que di con una habitación pequeña, donde había una foto tirada en el suelo. Mischa, de niña, con su madre. El cristal estaba fracturado. La recogí con cuidado y seguí buscando. La ropa amontonada era vieja, sucia y claramente no era de su talla.

Encontré un par de fotos más dentro de un cuaderno y también me las guardé. Y por fin, allí, en una esquina, detrás de la cama, vi el perrito. Viejo, gastado, aunque entero. Y de alguna manera intacto. Como ella.

Cuando llegué al exterior y respiré aire fresco, creí que ya había pasado lo peor. Y entonces sentí un golpe, algo me dio en el hombro.

Me giré rápidamente. Ahí estaba un hombre con un aspecto deplorable, cubierto de mugre, apestando a alcohol, con un bate de béisbol en las manos. El mismo cabrón del que Mischa había huido toda su vida.

Por suerte estaba tan borracho que su primer intento fue torpe. Antes de que pudiera volver a levantar el bate, lo empujé con fuerza contra la pared del porche. No lo pensé y le lancé un puñetazo directo al rostro. Se lo merecía, ese bastardo la había lastimado.

—¿Qué coño te pasa? ¿Qué haces en mi casa? —gruñó tambaleándose, escupiendo sangre y palabras al mismo tiempo.

Y justo ahí me miró bien. Lo vi enfocar la vista. Me reconoció.

—Tú… tú eres Jones. El portero de los Rift.

No contesté nada. Lo solté para irme. No valía la pena. Pero sus ojos bajaron hasta el muñeco que llevaba en la mano.

—¡Te mandó ese cabronazo de Davenport, ¿verdad?! Claro, él no tiene cojones para venir aquí.

Seguí bajando los escalones. Y en ese momento soltó la bomba.

—Si cree que me voy a conformar con la mierda de dinero que me dio, va listo. Si quiere a MI hija, tendrá que pagar más. Mucho

más. Porque, aunque él la haya engendrado, en los papeles figura como mía. —Hizo una pausa—. Si no lo hace, reclamaré la custodia y le contaré a Mischa la verdad. Que su querido padre es un ricachón que la abandonó antes de nacer.

Me detuve en seco. Dos pasos y ya estaba otra vez a su altura. Tiré el peluche y las fotos al suelo, lo agarré por el cuello de la camisa y lo arrastré hasta un bidón oxidado lleno de agua.

—¡Eh! ¿Qué coño haces? —balbuceó.

Le metí la cabeza dentro. Quería que espabilara. Que estuviera lo bastante lúcido para entender cada una de mis palabras. Lo saqué. Tosió, escupió, jadeó. Lo volví a hundir. Y al sacarlo por segunda vez, ya tenía los ojos abiertos de par en par.

—¿Te has vuelto loco? —se quejó, tosiendo con fuerza.

—No. Aunque tú no tienes ni idea de lo loco que puedo llegar a estar si vuelves a mencionar a Mischa.

Me incliné hasta que nuestras frentes casi se tocaron.

—Escúchame bien. Si quieres seguir arrastrándote en esta vida de mierda, hazlo. Pero no te acerques a ella. No pronuncies su nombre. No la busques. No la amenaces. Porque si me entero de que intentas algo… te juro, por lo que más quieras, que no volverás a ver la luz del día.

Lo solté y cayó al suelo, medio ahogado, temblando. Recogí el peluche y las fotos y salí de allí sin mirar atrás.

Subí al coche con el corazón desbocado y marqué el número de Davenport. Nada. Mierda.

Apoyé la cabeza contra el volante. Lo que acababa de escuchar me tenía en *shock.* ¿Era cierto? ¿Davenport era el padre biológico de Mischa? ¿Y había permitido que creciera en ese agujero, criada por una madre enferma y un borracho de mierda?

Apreté los puños. No estaba cabreado, estaba furioso.

Porque si eso era verdad, no solo se había desentendido de ella por segunda vez. Me había cargado con su responsabilidad como si Mischa fuera un problema que necesitaba solución.

Y lo peor es que no lo era. Ella no era ningún problema. Era una chica rota, sí. Pero fuerte. Especial. Y ahora… también era mía. Mía para protegerla.

Y, joder, eso iba a hacer.

***

Al abrir la puerta de casa, me llegó una suave melodía de *jazz*. «¿*Jazz*?», pensé, solo podía ser cosa de mi abuela. En otros tiempos lo escuchaba siempre, y cuando el cuerpo se lo permitía, no se perdía ni una actuación. Pero ya hacía tiempo que había dejado de hacerlo, desde que…, bueno, desde que la llevé a la residencia. Joder, cada vez que lo recordaba, me invadía la culpa.

Unas risas que provenían de la cocina me devolvieron al presente. Caminé despacio, con el peluche y las fotografías en las manos, tratando de ocultarlos para darle la sorpresa a Mischa. Aunque el sorprendido fui yo.

Allí estaban, sentadas a la mesa horneando galletas. Por un segundo fue como volver atrás en el tiempo: mi abuela, tierna, sonriente, esa versión suya tan cálida que me recibía al llegar a casa después del colegio. Y a su lado, Mischa, con la cara salpicada de harina y una sonrisa preciosa iluminándole el rostro.

La primera en verme fue la pequeña pelirroja. Sus labios se entreabrieron y murmuró mi nombre en un susurro tan dulce que me llegó muy adentro.

—Hola, chicas, veo que la mañana está siendo muy productiva —comenté con una sonrisa, y no pude evitar fijarme en el cabello de Mischa: más corto, rizado, peinado y sin aquellos trasquilones. Estaba preciosa—. Además de repostería, ¿hubo sesión de peluquería también?

—Ava me arregló el pelo y me peinó —aclaró ella.

—Pues mi abuela hizo un gran trabajo, porque estás aún más bonita.

Vi cómo se le encendían las mejillas mientras bajaba la mirada.

—¿En serio lo crees? —preguntó con una timidez que me enterneció. ¿De verdad no sabía lo guapa que era? Con esos ojos verdes enormes, el pelo como fuego, las pecas en las mejillas, la nariz pequeña y esos labios… Sacudí la cabeza para borrar esa última imagen.

—Claro que lo creo. Habría que estar ciego. ¿Verdad, abuela?

—Tiene razón mi nieto. Eres una jovencita preciosa, por dentro y por fuera.

—Nadie me lo había dicho nunca, excepto mi madre. Aunque eso no cuenta, porque, aunque me asemejara a un gremlin mojado, a ella le parecería encantadora —bromeó, robándonos una sonrisa.

—Hablando de tu familia, estuve en tu casa.

—¡¿Qué?! ¿Por qué fuiste, Kai? ¿Él me está buscando? —preguntó, asustada.

—Ey, tranquila. Nadie te está buscando. Y no, no me crucé con tu padrastro, no estaba allí —mentí. No quería agitarla más, ya bastante tenía con las pesadillas por culpa de ese desgraciado—. Fui porque me hablaste de un peluche muy especial para ti. Pensé que te gustaría recuperarlo, junto con unas fotos.

Le extendí el perrito, que había escondido detrás de mi espalda. Mischa me lo arrancó literalmente de las manos y lo abrazó con fuerza, a pesar de estar sucio.

—¡Kai, no me lo puedo creer! ¡Gracias! —Dio un par de pasos y se lanzó a abrazarme. Sentí su cuerpo temblar contra el mío, con el peluche atrapado entre ambos.

Me quedé rígido. No me lo esperaba. Para no parecer frío, le di un par de palmadas torpes en la espalda, sin embargo, cuando escuché sus sollozos, algo se me rompió por dentro. La abracé con fuerza, acunándola.

—Pensé que te ibas a poner contenta.

—Y lo estoy, Kai. Mucho. Es que esto es lo único que me queda de ella.

Joder, qué pena me dio. En ese momento, solo quería protegerla, cuidarla, estar a su lado hasta verla feliz otra vez. Ese era mi objetivo: que sintiera mi casa como suya, que mi abuela y yo fuéramos su familia.

Crucé una mirada con mi abuela. Ella también tenía los ojos vidriosos. Verla rota nos había removido recuerdos dolorosos.

—Mischa, cielo, ¿me permites ver esas fotos? —solicitó mi abuela.

Agradecí ese gesto; el abrazo ya estaba durando demasiado, al menos para mí. Mischa se apartó y, con ella, se fue también ese calor. Se sentó junto a mi abuela y empezó a mostrarle las fotos,

acariciando con el dedo la imagen de su madre como si pudiera tocarla de verdad.

—Era una mujer muy bella. Te le pareces mucho, hija.

Mischa le devolvió una sonrisa tenue.

—Te voy a contar un secreto. Cuando perdemos a alguien que amamos no tiene por qué ser el final. ¿Sabes por qué?

Ella negó, expectante.

—Porque mientras estén en nuestro corazón, su recuerdo vive. Así que cuando te pongas triste, recuerda esto: tú eres quien la mantiene viva, en ese lugar tan especial.

Mi abuela, viendo su emoción, cambió de tema con delicadeza y se dirigió a mí:

—Kai, hijo. ¿No le trajiste algo de ropa? Solo vino con una bolsa pequeña.

—No, abuela. Lo que había en esa casa no lo va a necesitar. Le compraremos todo nuevo.

—Buena idea.

—No hace falta —intervino Mischa—. Lo que me regaló Mitchell es suficiente. No quiero gastar, tengo que ahorrar para la universidad.

Cerré los puños, frustrado. Me daba rabia que tuviera que pensar en ahorrar con cuatro prendas mal contadas. Con el dinero que tenía Davenport, ¿cómo podía permitir que ella viviera así?

—Nada de eso. Vamos de compras, yo me encargo. Que el dinero no sea un problema.

—No, Kai. Ya habéis hecho bastante. Tengo un techo, comida, y hasta me pagáis por estar aquí. No puedo aceptar más.

Era tan bonita y tan orgullosa… Me encantaba. Pero mientras viviera aquí, no le iba a faltar nada. Eso sí, tendría que buscar la forma de que aceptara.

—No es un regalo. Considéralo un uniforme de trabajo.

—¿Uniforme? Anda ya.

—Tú acompañas a mi abuela a las citas, recibes a las personas que trabajan aquí y debes cuidar tu imagen. Si siempre te ven con la misma ropa, dirán que el portero de los Rift no paga bien. Menudo bochorno para mí —bromeé.

—¡Ja! Kai, mientes fatal. No te esfuerces, no voy a aceptarlo.

—Vale, lo admito, ha sido una excusa terrible. Aunque no puedes negarte. Hay una cláusula en tu contrato que dice que debo proporcionarte todo lo necesario para tu día a día.

Mi abuela soltó una carcajada que me llegó al alma. Hacía tiempo que no la veía tan alegre, salvo cuando Sean estaba cerca. Mischa también sonrió.

—Bua, se refiere al entorno laboral, no inventes.

—El concepto es muy amplio, Mischa. Y como tu empleador, lo veo así. No me gustaría que el día de mañana me demandaras por no cumplir con las bases del contrato —solté, ahogando una carcajada al ver cómo negaba con la cabeza y ponía los ojos en blanco.

—No vas a parar hasta que acepte, ¿verdad, Kai?

—Definitivamente, no. Rebatiré cada uno de tus argumentos.

—Así no se puede.

—Como en el hockey: no siempre puedes ganarle al rival con fuerza bruta, a veces necesitas estrategia. —Tendí la mano hacia ella con una sonrisa desafiante—. Vamos, demuestra que sabes perder con deportividad.

—Kai Jones, no siempre te vas a salir con la tuya. Algún día se darán la vuelta las tornas, y quiero ver si tú también sabes perder con esa «deportividad» que tanto predicas.

Ella suspiró, lanzó una mirada a mi abuela, que le respondió con un gesto cómplice. Finalmente, sellamos el acuerdo.

Cuando nuestras manos se tocaron, algo cambió. Nuestros ojos se encontraron, y por un segundo que pareció eterno, fue como si estuviéramos firmando algo más que un simple trato. Algo nuevo. Algo que, en ese momento, ninguno de los dos alcanzaba a comprender del todo.

El sonido del horno nos devolvió a la realidad. Me acerqué a la mesa y vi a Mischa ir hacia la cocina. Intenté coger una galleta de chocolate, aunque un manotazo de mi abuela me lo impidió.

—¡Au! ¡Qué avariciosa! Solo quería probar.

—Esas no son para ti. Son para Seany, que viene esta tarde.

—Abuela, creo que voy a ponerme celoso de ese pequeñajo. Te ha robado el corazón. Ya no queda nada para tu nieto.

Ella se rio divertida. Entonces un aroma delicioso llegó hasta mí. Me giré y vi a Mischa con otra bandeja: *cookies* de chocolate blanco con arándanos. Mis favoritas. No las había vuelto a comer desde que abandonamos Londres.

—Sigues siendo su nieto favorito, Kai. Tu abuela las hizo especialmente para ti —aseguró Mischa.

—Gracias, chicas. Sois las mejores —dije despeinando a la pequeñaja y plantando un beso enorme en la mejilla de mi abuela.

***

El teléfono vibró en mi bolsillo. Lo saqué y vi que era Davenport. Me incorporé del diván donde había estado sentado, justo frente a los probadores donde Mischa se estaba cambiando. Sabía que no era el mejor momento para hablar con él —quizá debía esperar a estar solo, en un lugar más apropiado—, sin embargo, la ansiedad pudo conmigo.

El día que fui a casa de Mischa, intenté comunicarme con él varias veces, pero fue imposible: estaba destrozado por las deudas de su hijastro Cole y por las discusiones con su mujer. Al día siguiente tuvimos el partido en San José, y, bueno, todo se complicó bastante. Liam, como defensa, hizo un partido horrible; no sé si falló todos los pases o si simplemente no estaba. Y aunque Hughes y yo intentamos darlo todo, no fue suficiente. Nadie lo culpó, sabíamos que estaba preocupado por la lesión de Conor, como todos.

El equipo al completo de los Rift estaba muy contento por contar con un portero de su nivel. Sin duda, era mejor que yo, aunque eso no me importaba en lo más mínimo. Tener a un compañero de su altura era un placer.

El resumen era simple: no había logrado hablar con Davenport, y ese asunto me venía incomodando bastante. Así que decidí retirarme un poco, lejos de los oídos de la chica.

Caminé por el establecimiento, percibiendo las miradas de las dependientas clavadas en mí como si fuera un trozo de carne. Odiaba esa sensación. Había maneras más discretas de mirar sin incomodar tanto. Esa era una de las cosas que más detestaba de ser conocido: la atención constante. Todo el mundo pendiente de cada gesto, cada detalle.

Si no hubiera amado el hockey tanto como lo hacía, no habría aguantado ese tipo de vida. Para mí, el mayor privilegio era pasar desapercibido, ser uno más, perderme entre la gente. Para muchos, los lujos, las fiestas, los eventos… podrían parecer el paraíso. Y sí, en lo económico ofrecía una tranquilidad importante. Pero, sinceramente, eso era lo que menos me importaba. Yo valoraba mucho más un momento relajado en la naturaleza, en silencio, que estar rodeado de gente hablando de todo mientras uno finge una sonrisa y se mete en conversaciones que no le interesan.

Volví a mirar el teléfono antes de contestar.

—Hola, muchacho. Perdona que no me haya puesto en contacto antes. Estos días han sido un caos, ya sabes… Solo espero que eso que tienes que contarme no sea nada grave, porque, de verdad, no sé si puedo con una carga más.

—Creo que es mejor que lo tratemos en persona. ¿Puedes venir a casa? Es importante.

—Te doy mi palabra, será prioridad. Te dejo, que mi mujer ya está gritando otra vez por toda la casa. Santo Dios, esto no es vida —murmuró, más para él que para mí, antes de cortar.

Resoplé y me senté de golpe en el diván. Al levantar la vista, advertí que la puerta corredera del probador no estaba bien cerrada. Desde mi lugar, pude ver su silueta, apenas cubierta por unas bragas blancas de algodón que, a mi parecer, eran bastante feas, aunque en ella hasta eso se veía bonito. Me fijé en cómo se le marcaban las costillas de lo delgada que estaba, y sin querer mis ojos se toparon con el perfil de sus pequeños pechos firmes.

«Mierda», aparté la mirada de inmediato, apretando la mandíbula. «Joder, es una cría. Y encima hecha polvo», me reprendí al instante.

Sí, muchas jóvenes de su edad parecían más adultas, más adaptadas a este mundo, pero ella era distinta. Tenía algo de pureza, de inocencia, como si en lugar de mirarla, uno debiera protegerla. Cuidarla. No fijarse en ella de esa manera, por muy bonita que fuera.

No estaba bien. No, por su edad; no, porque vivía bajo mi techo y no, porque yo no era precisamente el ejemplo de nadie. Y, claro,

estaba ese pequeño detalle de que legalmente seguía casado, aunque mi esposa me hubiese abandonado hacía ya tiempo.

La puerta se abrió del todo y ella salió, con el cabello algo revuelto y cara de agotamiento. Enseguida se le acercó una de las dependientas, claramente interesada en llevarse la comisión.

—¿Qué tal le han quedado las prendas? ¿Le gustan? ¿Desearía añadir tal vez algún complemento a juego? —formuló con una sonrisa tan forzada como falsa.

Mischa pasó de largo, ignorándola por completo, y caminó hacia mí.

—Kai, esto es demasiado. Necesitaría dos vidas para ponerme toda esta ropa. Y los tacones son innecesarios, no sé ni caminar con ellos —me susurró, algo avergonzada, lo que la hizo verse aún más dulce.

Me giré hacia ella, tomé su mentón suavemente y la obligué a mirarme. Sus ojos verdes se clavaron en los míos.

—Solo dime una cosa: ¿todo lo que te probaste era de tu talla?

Ella asintió en silencio. Entonces levanté la mirada hacia la empleada.

—Nos lo llevamos todo. Por favor, prepárenlo y mándenlo a la dirección habitual.

—Sí, señor. ¿Desea añadir algo más? Podemos ofrecerle accesorios que combinen con las prendas para un *look* más completo y vanguardista.

—Quizá también necesitemos algunos conjuntos de ropa interior —agregué sin pensarlo demasiado.

Mischa me dio un manotazo en el pecho.

—¡Au!

—Estás mal de la cabeza —refunfuñó—. Con toda la ropa que ya llevo… ¿y ahora también me vas a comprar braguitas?

Extendió los brazos en señal de incredulidad y no pude evitar echarme a reír.

—Esto es bochornoso.

—¿Bochornoso por comprarte «braguitas»? —repetí, divertido.

—Sí, porque me estaban mirando como si fuera Julia Roberts en *Pretty Woman* —musitó tan seria que me hizo reventar de la risa.

—Anda, vamos —le coloqué la mano en la espalda para guiarla—. Yo me meto en el papel de Richard Gere —bromeé, justo antes de recibir una mirada que casi me fulmina.

Hasta ahí todo iba… aceptablemente bien. Pero maldita la hora en la que se me ocurrió añadir «conjuntos de ropa interior».

La empleada apareció con un montón de modelos, y, honestamente, me sentí en un universo paralelo. Era la primera vez que me encontraba en una situación así con una mujer. Con Madison, ese tema era terreno exclusivamente suyo. Ella compraba sus braguitas —como diría Mischa—, y yo mis *boxers*. Fin.

Sin embargo, ahí estábamos, rodeados de encajes, transparencias, tangas, *culottes*, *bralettes*, sujetadores con relleno, sin relleno, bodis… Una locura. Y lo peor era que mi cerebro intentaba, por todos los medios, no imaginarme a Mischa usando nada de eso. Fracaso rotundo.

—¿Qué estilo suele usar? ¿O qué tipo de prendas le gustan más? Así puedo mostrarle algo que encaje con sus gustos —preguntó la dependienta, muy profesional.

Mischa me miró como si acabaran de decirle que tenía que desfilar en lencería. Roja como un tomate y con los ojos abiertos de par en par.

—Un segundo —le solicitó a la mujer antes de arrastrarme del brazo lejos de ella.

Claramente, desde fuera debíamos parecer una versión cutre de «tío rico cumple caprichos de su joven amante». Era oficial: esta salida había sido un error de proporciones épicas.

—Kai, ¿qué se supone que debo escoger de todo eso? —me preguntó en voz baja.

—Y yo qué sé. ¿Por qué me preguntas a mí? Ni que fuera yo quien lo va a usar. O que tú te lo vayas a poner para mí…

—Ay, no digas tonterías. Yo uso braguitas normales, nada del otro mundo. Todo eso que nos mostró la chica parecía incomodísimo.

A mi mente acudió la imagen de las bragas blancas horribles que tenía puestas. Aquello no era «normal», era un atentado visual y a la libido. Cualquier modelo de los años setenta —incluso los de mi abuela— eran más sexis que eso.

—Y además está… lo otro —añadió, antes de quedarse callada con las mejillas totalmente encendidas.

—¿Lo otro? —pregunté, me sentía idiota.

Debería haberme mordido la lengua. La respuesta fue como un puñetazo directo al cerebro.

—Que no uso sujetador porque no lo necesito. Las tengo pequeñitas y no se mueven de sitio —lo soltó tan bajito que apenas se oyó, pero suficiente para que mis neuronas colapsaran.

«Me cago en mi vida», pensé. Esa imagen mental era lo último que necesitaba.

No, esto no podía seguir así. La dependienta nos miraba con cara de «¿qué demonios están haciendo estos dos?», y razón no le faltaba. Habíamos dado bastante la nota.

—Meta uno de cada, aunque solo la parte de abajo —le ordené, dando por zanjado el asunto.

—¿Incluyo algún bodi?

—Lo que quiera —respondí con impaciencia—. Tráigame la factura, por favor. Tenemos prisa.

Solo quería salir de allí, poner tierra de por medio con tanta lencería, dejar a Mischa en casa y recuperar el aire.

Definitivamente, para el resto de las compras le pediría a River que la acompañara. Seguro que Mischa estaría más cómoda y yo también. Además, ¿quién mejor que mi fisioterapeuta favorita para asesorarla?

CAPÍTULO 6

KAI

Tres años antes…

No podía dejar de mirar a Mischa. Me sorprendía lo fácil que le había resultado conectar con River y con Seany, que en ese momento estaba tumbado sobre ella, riendo los dos sobre el césped del jardín. Escuchar su risa era como una melodía nueva en esa casa, un sonido que no se oía desde hacía mucho. Durante demasiado tiempo, la tristeza lo había cubierto todo: mi abuela, aislada en su dolor, y yo, intentando seguir sin admitir lo que sentía. Sin embargo, ahora mi abuela estaba ahí, riendo con un niño al que trataba como si fuera su nieto, acompañada de dos mujeres que, sin proponérselo, habían cambiado las cosas.

Y sí, River había sido clave en todo eso. Sin ella, dudo que la dinámica se terciara hasta ese punto. Aunque Mischa…, ella era como ese rayo de sol que se cuela por una rendija, calienta sin aviso y de pronto lo ilumina todo. Lo vuelve más llevadero. Más bonito.

—Eh —me llamó Caden, dándome un codazo en el brazo—. ¿La cerveza es para hoy o vas a seguir mirando desde la cocina a tu nueva huésped?

—Eres gilipollas —bufé, abriendo la nevera y tendiéndole la bebida fría con desgana—. No la estoy mirando a ella.

—¿Ah, no? Entonces dime que esa cara de bobo no es por mi mujer, porque ahí sí que tenemos un problema —soltó, divertido, dándole un trago a su bebida. Sabía perfectamente que no era River la que se llevaba mi atención, pero no iba a regalarle la verdad. Y menos con esa sonrisa burlona.

—¿Qué te pasa? ¿El amor te ha quemado las neuronas? Es una cría. Y no, no me estaba fijando en ninguna de las dos. Estaba observando a mi abuela.

—Ya, claro. Entiendo que te alegre verla mejor, aunque esa cara no es la que se pone al mirar a una ancianita encantadora.

—Hughes, ¿hace falta que te recuerde que estoy casado? ¿Y que Mischa es menor?

—¿Hace falta que te recuerde yo que tu mujer se fue? Y, además, esa chica, dentro de nada, será mayor de edad. Mira, no sé qué pasa entre tú y ella, aunque lo que sí veo es que su presencia te ha devuelto algo. Así que deja de complicarte la vida, respira y vive un poco, joder. Que piensas demasiado.

Estuve a punto de contestarle, pero en ese momento sonó el timbre. Lo agradecí. Aquella conversación no me gustaba nada, y sabía cómo iba a continuar: él no pararía hasta que yo dejara de responder. Porque por cada argumento que le diera, él encontraría otro que lo aplastara.

Pasé a su lado sin mirarlo y sin comentar su sonrisa de triunfo. Me acerqué al monitor. Era Davenport. Le abrí la puerta del cierre principal para que entrara con el coche. Y justo entonces me invadieron las dudas. No era el mejor momento para hablarle de Mischa. La casa estaba llena de gente y, aunque su relación con Hughes era muy cercana —casi paternal—, no era asunto para tratar con testigos.

Entonces volvió a aparecer esa palabra en mi cabeza: hijo.

Y apreté los puños con fuerza.

Porque esa palabra…

Esa palabra siempre debió haber sido hija.

—Hombre, tenemos reunión de equipo —señaló nuestro presidente a modo de saludo—. Me alegra veros unidos de nuevo fuera del hielo. Vuestra pelea se alargó demasiado, aunque siempre supe que, tarde o temprano, dejaríais de ser tan cabezotas y lo solucionaríais. Pero… no sé yo si cierta fisioterapeuta tuvo algo que ver en todo esto.

Y sí, River tuvo mucho que ver. Si habíamos conseguido dejar atrás todo lo ocurrido era gracias a ella. Nunca le estaría lo bastante agradecido por haber aparecido en mi vida. Se había convertido, junto a Hughes, en una de las personas más importantes para mí. A

esas alturas, ya no podía imaginarme una vida en la que no estuvieran los dos.

—¿Quieres tomar algo? —pregunté, un poco nervioso, buscando una forma de retrasar la conversación que realmente había motivado su visita.

Pero no respondió. Su mirada estaba fija en Mischa, y en su rostro se dibujó una amplia sonrisa. A cualquiera le parecería entrañable, aunque a mí me revolvía el estómago. Porque esa sonrisa no tenía derecho a existir si entendías todo lo que había detrás. Mischa no estaba así por él. Si brillaba, era a pesar de él.

—Está preciosa y se la ve contenta. Sabía que traerla aquí sería lo mejor —murmuró, como si hablase para sí mismo.

Sentí cómo se me tensaban los músculos. Deposité la cerveza sobre la isla antes de que acabara estrellada contra el suelo.

—Voy a saludarla. Además, tengo una sorpresa para ella. Estoy seguro de que le va a hacer mucha ilusión.

—¿Qué clase de sorpresa? —inquirí con ansiedad. No sabía por qué, aunque sentí una punzada de miedo. Como si fuera algo que pudiera alejarla de mí.

—La he matriculado en la universidad.

—¿Qué? ¡Eso iba a hacerlo yo!

—Kai, da igual quién lo haga. Se lo prometí a su madre. Solo estoy cumpliendo con mi palabra.

—¿Y qué más le prometiste? —arremetí, cruzando la línea que hasta ahora había evitado.

—Baja ese tono, muchacho. No entiendo a qué viene todo esto.

—Voy a ser claro —indiqué, sin importarme que Hughes estuviera delante—. El padrastro de Mischa me aseguró que tú eres su padre. Y encima tuvo la desfachatez de decirme que el dinero que le diste no era suficiente.

Él entrecerró los ojos y se frotó la mandíbula, visiblemente tenso.

—¿De verdad crees que es correcto pagarle a ese tipo para que se olvide de la custodia cuando deberías ser tú quien la reclame?

—¡Basta! No sigas diciendo tonterías. Ese hombre es un alcohólico. No se le puede hacer caso. No soy el padre de la chica, ¿vale? Y punto. No pienso hablar más del tema.

—No te creo. Estás ocultando algo. —Lo señalé con el dedo. Hughes me bajó la mano de inmediato.

—Kai, le conoces desde hace años. Si dice que no es su padre, habrá que creerle. ¿Por qué mentiría?

—¿Tú me lo preguntas? Sabes perfectamente que hay personas que pueden engañarte durante años y destrozarte la vida. —Fue una referencia directa a Cole, nuestro antiguo amigo, que había estado liado con la novia de Hughes y provocó que nuestra amistad saltara por los aires.

—No es lo mismo…

—Claro que no lo es. Es incluso peor. Aquí hay algo muy turbio. Se hace cargo de una mujer moribunda, a continuación de la hija, y le vende la historia de que su madre trabajaba para los Davenport y que las ayudó porque la tenía en consideración. Esa mentira puede colársela a una chica de diecisiete años que ha vivido entre un padrastro borracho y una madre enferma, pero no a ti ni a mí.

—Mira, muchacho —intervino Davenport, con gesto cansado—. Ya sé que todo esto te suena confuso. Pero si estás esperando una explicación, no la vas a obtener. No voy a hablar de Liv. Y si de verdad sientes simpatía por esa muchacha, que ya ha pasado bastante, lo mejor que puedes hacer es no remover más este asunto.

—Esto es increíble… ¿No quieres dar explicaciones y pretendes que me olvide del tema? ¿Sabes lo que pienso? Que estás siendo un cobarde. Que no tienes valor para enfrentarte a ella. La has sacado de esa casa, muy bien. Sin embargo, no la llevaste a tu mansión. No, la trajiste a la mía. Bien lejos, lo justo para sentirte mejor contigo mismo. Le haces algún regalo, la matriculas en la universidad y así calmas tu conciencia.

No terminé la frase. De repente me agarró del cuello y me empotró contra la pared. No me lo esperaba. Siempre lo había visto como un hombre tranquilo, aunque claramente le había tocado la fibra. Hughes lo separó de un empujón.

—¡Mitchell, ¿qué haces?! —gritó. Era el único del equipo que lo llamaba por su nombre—. Esto no es propio de ti. Y sabes que Kai tiene motivos para dudar. Todo esto es muy extraño.

—Lo siento, muchacho —se disculpó Davenport, mientras me daba una palmada suave en la cara—. Escucharte decir esas barbaridades me ha sacado de mis casillas. Nunca le haría daño a esa chica. Me gustaría contártelo todo, pero no puedo. Hay cosas que es mejor dejar enterradas. Lo que sí puedo aclararte es por qué no la llevé a mi casa. Primero, por mi mujer. Está completamente fuera de sí. Haría mil preguntas y acabaría descargando su odio contra la chica. Quizá incluso pensaría que es mi amante. Mischa ya ha sufrido bastante. No la voy a meter en un sitio que ni yo soporto.

»Y segundo, por Liv. Me dejó muy claro que Mischa no permitiría que nadie le regalase nada. Alquilarle un piso habría sido una ofensa para ella. Siempre se comportó como una adulta, desde niña. Jamás aceptaría vivir bajo el ala de nadie. Supongo que tú ya lo habrás notado.

Asentí. Claro que lo había percibido. Mischa siempre rechazaba cualquier ayuda directa.

—Cuando Liv murió, lo único que quería era encontrarle un lugar seguro. Alejarla de su padrastro. Pensé en ti, en tu abuela. Era lo mejor para todos. Ella estaría protegida, libre. Ava ganaba compañía. Incluso pensé en Hughes, si tú decías que no…, que la contratara como niñera para Sean. Solo intentaba ayudar, pero sé que no lo hice de la mejor manera. Siento haberte metido en todo esto, Kai. Prometo que encontraré una solución.

—Para. ¿Qué solución? Espero que no estés pensando en llevártela ahora. No puedes dejarla aquí un día y querer sacarla a las pocas semanas. No funciona así, ¿lo entiendes? La gente se encariña —solté, casi sin pensar. Caden me dio un codazo, probablemente entretenido con mi reacción, aunque me daba igual. Solo podía pensar en Mischa y en que no iba a permitir que se la llevara. Aunque, sinceramente, debería relajarme un poco, estaba siendo demasiado evidente—. Vale, no se hizo bien desde el principio, en eso coincidimos. Pero ahora ella se está adaptando y nosotros a ella. Está mejorando, poco a poco, y mi abuela la adora. Por alguna razón esas dos se han vuelto inseparables. Se hacen bien. Así que dejemos las cosas como están.

—Me alegra oír eso, hijo. Y de nuevo, lo siento.

—Pues ya está —intervino Hughes, con su sonrisita divertida—. Nuestra Mischa se queda aquí y todos felices.

Me guiñó un ojo. Maldito capullo, estaba disfrutando de más.

—Mitchell, ¿por qué no vas y le cuentas lo de la universidad? —sugerí, buscando cortar el momento antes de que Hughes continuara con sus indirectas—. Apóyate en River, en mi abuela y en tu ingenio, vas a necesitar refuerzos con esa pequeña cabezota.

Me lanzó una sonrisa cómplice, como si ya supiera lo que se venía, y salió hacia el jardín. Yo me apoyé contra la encimera y solté el aire que llevaba aguantando todo el rato.

—Para no estar interesado en la chica, casi te da un infarto solo de pensar que se la llevaba —se burló Caden.

—Hughes, no me toques los cojones. Mischa está rota. Lo último que le hace falta es cambiar de sitio otra vez. Necesita estabilidad.

—¿Y esa estabilidad vas a dársela tú?

—Sí. Porque está sola. Porque no sabemos si tiene un padre. Y porque alguien tiene que cuidar de ella.

—Ya te ha dicho que él no es su padre. Sabes que no miente.

—Olvídalo, tío. Solo espero que, al menos, sea sincero. Sería una gran decepción si no lo fuera —le di una palmada en el omóplato antes de tomar mi cerveza—. Venga, dejemos ya el monotema y vayamos con ellos. No me pienso perder la reacción de Mischa. Al presi le va a costar sudor y lágrimas convencerla, y, sinceramente, me encanta verlo sufrir un poco de vez en cuando.

—Tú lo que no quieres es perderte nada de esa muchachita, ¿eh?

—Vete al infierno…

—Kai, sabes que a partir de los dieciséis ya tiene potestad para decidir…

—¡Ni se te ocurra acabar esa frase! —lo interrumpí en seco, girándome con una mueca—. No quiero escucharte, no recordaba que fueras tan capullo.

—Soy un capullo adorable —se rio, siguiéndome—. Y, además, uno que te conoce demasiado bien. Sé que algo te pasa con ella, aunque todavía no lo admitas, señor «todo lo hago bien», «siempre cumplo con lo que se espera de mí».

Suspiré. Qué jodidamente bien me conocía.

***

Estaba tan concentrado en nadar de un lado a otro que no me di cuenta de cuándo Mischa se había sentado en el borde de la piscina. Tenía los pies dentro, los movía suavemente, y su mirada me seguía con atención.

—Hola, Mischa.

—Hola, Kai.

—Imagino que ya se han ido todos, ¿no?

—Sí, y tu abuela se ha puesto a leer —contestó mientras se rascaba la barbilla, nerviosa—. Eh…, yo…

—¿Qué pasa? —Me acerqué nadando hasta donde estaba y apoyé los brazos en el borde, justo junto a sus piernas—. Habla, no tengas miedo.

—Desde donde estábamos en el jardín no lo oíamos todo, aunque era evidente que estabas discutiendo con Mitchell. Cuando River le preguntó a Hughes, él comentó que era por un desacuerdo sobre el próximo partido, pero no se lo creyó nadie. Ava y River fingieron que sí, y ahí supe que todos intentaban protegerme. Así que me imagino que el problema soy yo.

—No digas tonterías —respondí con suavidad—. Es cierto que se mencionó lo de la universidad, y me habría gustado que me lo comentara antes. Ahora que vives aquí, sí, era importante hablarlo. Pero eso fue solo un punto dentro de una conversación más complicada, nada que tenga que ver contigo como tú crees. Discutir con la gente que quieres es normal, porque te importa, porque te sientes libre para decir lo que piensas. Y eso no significa que dejemos de respetarnos o de querernos.

Mentía. O, mejor dicho, adornaba la verdad para que no se sintiera peor. Odiaba tener que hacerlo, aunque no podía revelarle todo lo que había pasado con Davenport sin pruebas reales.

—Kai, no quiero ser una carga. No pretendo que os peleéis por mi culpa. Si hace falta, puedo irme.

—¿Otra vez con eso? —suspiré—. Vale. Creo que ya sé cómo hacer que dejes de decir tantas tonterías.

Antes de que pudiera percatarse de mis intenciones, tiré suavemente de ella hacia el agua. Al principio soltó una risa

sorprendida, aunque en cuestión de segundos el pánico se apoderó de su cara. No sabía nadar. La sujeté de inmediato y la saqué a la superficie. Comenzó a toser, tratando de recuperar el aliento.

—Tranquila…, ya está, estás a salvo —dije, y con fuerza la sujeté contra mi pecho.

Ella se aferró a mi cuello y apoyó la cabeza sobre mi hombro. Sus piernas rodearon mi cintura, buscando seguridad. Permanecimos así unos segundos, respirando al unísono. Yo también estaba asustado. No por lo que había pasado… sino por lo que sentía. No había nada sexual, no era deseo. Era otra cosa. Algo más profundo, más limpio. Más puro.

La llevé al borde de la piscina y la ayudé a sentarse. A mí me costó soltarla. A ella, la noté casi igual.

—¿Estás mejor, pequeña? —la examiné, mirándola con atención.

Ella asintió, aún sin voz, e intentó regalarme una sonrisa.

—Lo siento muchísimo —continué—. No pretendía asustarte. Jamás me hubiera imaginado que no sabías nadar.

Su rostro cambió de inmediato. Algo en mis palabras le llegó hasta lo más hondo.

—No, Kai, no sé nadar. Ni sé hacer muchas otras cosas. No soy una chica normal, ¿vale? Soy… distinta. Y esto es lo que hay.

Se puso en pie con los ojos brillantes por las lágrimas.

—Esta fue la vida que me tocó —murmuró, antes de salir corriendo hacia la casa.

Y ahí me quedé, solo en el agua, con el corazón hecho un nudo. Lo último que pretendía era herirla. Pero lo había hecho. Y lo peor no fue verla enfadada o asustada. Lo peor fue escuchar cómo hablaba de sí misma, como si fuera un error, un bicho raro. Cuando en realidad Mischa era lo más especial que había conocido. Con ella cerca, todo se llenaba de luz.

No podía dejar las cosas así. Salí de la piscina, me sequé a toda prisa y pasé por mi habitación para cambiarme. Cuando estuve listo, caminé hasta la puerta de su cuarto y llamé con suavidad. Escuché su voz desde dentro, apagada, dándome permiso para entrar.

La encontré sentada en la butaca junto a la ventana, con una de mis camisetas anchas —la que le había prestado mi abuela el primer

día para cocinar— y unos pantalones cortos. El pelo mojado le caía en mechones, desordenado, dándole un aire vulnerable. Las piernas recogidas contra el pecho, como si quisiera hacerse pequeña, protegerse. Y, por supuesto, abrazaba el perro de peluche. Sus ojos estaban enrojecidos, y aunque intentó secarse las lágrimas al verme entrar, ya era tarde.

—Lo siento mucho, Mischa —hablé con calma, acercándome—. No quise ofenderte. Fui un idiota.

Ella negó, encogiéndose aún más.

—No, la que lo siente soy yo. No debí reaccionar así. Es solo que no sé cómo encajar aquí, con todos vosotros. —Su voz temblaba, igual que su barbilla—. Siento que no pertenezco a este lugar. Por más que tú intentes hacer que todo parezca fácil, yo sé que no lo es.

—Pequeña…, estás siendo muy dura contigo misma. No ves las cosas como las veo yo.

—Kai, los hechos están ahí —insistió con los ojos llenos de lágrimas—. El primer día que llegué a tu casa me encontraste durmiendo en el suelo, pegada a la puerta. ¿Y sabes qué? Aún me cuesta no hacerlo. Por las noches me abrazo a este peluche como si me fuera la vida en ello, intentando pensar en cosas bonitas, pero en ocasiones no funciona. A veces me levanto, y lo primero que hago es ir a tu cuarto a comprobar si la puerta sigue abierta. Si tú sigues ahí. Después bajo a ver a Ava, solo para asegurarme de que ella también está bien.

Se dio unos golpecitos suaves en la sien, como si tratara de arrancarse los pensamientos.

—Ey, para ya —dije con firmeza, sin elevar el tono. Me incliné y tomé sus manos, y a continuación la ayudé a ponerse de pie—. Nada de eso es como tú lo ves.

La atraje con cuidado hasta sentarla de lado sobre mis piernas, rodeándola con los brazos. Sabía que no debía hacerlo, que tendría que meditarlo dos veces, pero en ocasiones mi corazón iba por delante de todo lo demás. Una mano descansó en su cadera, la otra le alzó el mentón para que me mirara.

—Lo que viviste fue muy jodido, Mischa. Llevas años sobreviviendo, cuidando de tu madre enferma, soportando a un tipo

que te hacía vivir con miedo. No puedes esperar que todo eso desaparezca de golpe. Así que, si alguna noche te sientes mal, vienes a buscarme. Y si no estoy, vas al cuarto de mi abuela. El sofá es mucho mejor que el suelo, ¿vale?

Ella asintió, con sus ojazos verdes clavados en los míos. Y ahí estaba: su sonrisa. Pequeña, tímida, pero auténtica. Una de esas que te iluminan por dentro.

Sin pensarlo, pasé el pulgar por sus labios, trazando el contorno despacio. Ella dejó escapar un leve suspiro, y entonces sentí el roce apenas perceptible de su lengua. Fue como si se activaran todas las alarmas de mi cuerpo a la vez.

«Joder…, ¿qué estoy haciendo?».

Cerré los ojos un segundo y permití que mi frente se apoyara contra la suya, buscando recuperar el control.

—Gracias, Kai. —Su aliento rozó mis labios y tuve que parpadear para darme cuenta de lo cerca que estábamos.

¿En qué momento habíamos acabado ahí?

Me aparté un poco, apenas unos centímetros, lo justo para poder respirar y no hacer alguna estupidez. Liberé su mentón, porque no confiaba en que mi mano no decidiera acercarla más.

—Sé que intentas hacerme sentir mejor, y de verdad te lo agradezco. Pero yo no puedo ignorar la realidad. Mi vida no se parece en nada a la de cualquier chica de mi edad. Desde pequeña conviví con el alcoholismo de mi padrastro. Mi madre intentaba ocultarlo, igual que la miseria en la que vivíamos, porque él gastaba lo suyo y también lo de ella.

Tragó saliva, y yo hice lo mismo. Cada palabra era más dura que la anterior.

—Ella lo adornaba todo. Trataba de que no pareciera tan malo. Cuando íbamos a los centros donde donaban ropa, me decía que era mejor que comprar en una tienda. Que esas prendas tenían historia, y que ahora nos tocaba a nosotras continuarlas. Y que, además, estaba el factor sorpresa…, nunca sabías lo que te podía tocar.

Hablaba con una mezcla de nostalgia y dolor que me desgarró. No quise interrumpirla.

—Para mis cumpleaños siempre inventaba algo. Una vez me dijo que íbamos de viaje. Yo tenía seis años. Fue como un sueño para mí. El «viaje» era subirnos a un autobús y recorrer la ciudad sin rumbo. Me aseguraba que algún día estaría al otro lado de las ventanas, viviendo como toda esa gente que veíamos pasar.

Sus labios temblaban al recordarlo. Las lágrimas caían despacio, y yo…, joder, yo sentía que se me rompía algo dentro.

—Otro año me llevó al cine —sonrió, pese a que ese recuerdo la lastimaba—. Fue mágico. Por desgracia, nos echaron porque unos idiotas empezaron una pelea en la sala. Desde fuera puede parecer poca cosa, pero para mí fue uno de los mejores momentos de mi vida. Porque lo viví con ella. Y fui feliz. Aunque fuera solo por un rato.

—Joder, pequeña… —bramé, secándole el rostro con los dedos, sin saber qué más decir.

—En ese entonces no entendía del todo lo que pasaba. Así que supongo que fueron buenos tiempos. Pero luego, con su enfermedad, todo cambió. Yo cambié. Tuve que hacerme adulta de golpe. Y la adolescencia quedó en las películas que veía, hasta que mi padrastro rompió el televisor.

»Más tarde empecé a leer. Mucho. Los libros eran mi vía de escape. Eran viajes, vidas distintas. Y creo que de ahí nació la gran mentira.

—¿La gran mentira?

Asintió.

—La que le contaba a mi madre para que no se sintiera tan mal. Le decía que tenía amigos en el instituto… Mentira, no tenía a nadie. Nadie se fijaba en mí. Ni los profesores. Era invisible. Como un mueble. Como un bicho.

Respiró hondo, le costaba seguir, pero aun así lo hizo.

—También le hablé del chico que me gustaba. Otra mentira. Le decía que quedaba con él cuando llegaba tarde, aunque en realidad estaba trabajando horas extras. Ilegales, claro. Solo para conseguir algo más de dinero. Pero ¿sabes qué? Cuando le hablaba de mi vida inventada, me sentía bien. Como si por un momento todo fuera verdad. A veces no sabía si lo hacía más por ella o por mí.

Ahí su voz se quebró del todo.

—Recibí golpes al forcejear con mi padrastro, vendí mi pelo para sacar algo de dinero… y aun así decía que eran locuras adolescentes. Excusas. Todo eran excusas.

No pudo más. Se rompió frente a mí y yo ya no me contuve. Tiré de ella hacia mí y la abracé con fuerza. Sentí sus sollozos desgarrándome por dentro.

—Por eso, Kai —susurró contra mi pecho—, yo no soy normal. No soy como vosotros. Y me siento tan pequeñita, tan fuera de lugar…

—Lo que viviste no fue fácil —murmuré sin soltarla, mientras besaba su cabello y la acunaba contra mi pecho—. Conociste la peor cara de la vida cuando eras muy pequeña, y eso marca. Lo sé, porque yo también pasé por algo que no le desearía a ningún niño.

Me quedé un segundo en silencio, asimilando las palabras que nunca decía en voz alta. «Las cosas solo pueden ir a mejor», me repetía entonces… porque si hubieran ido a peor, no sé si lo habría soportado. Aunque eso me lo guardé.

Llevé las manos a su rostro, secando con los pulgares las lágrimas que le quedaban. Después besé sus mejillas, uno de esos gestos que no planeas, que simplemente nacen. Era un beso inocente, suave, pero me recorrió un escalofrío cálido, como si algo dentro de mí se encendiera despacito, sin quemar. Aparté con cuidado su pelo y lo coloqué detrás de sus orejas mientras seguía hablando.

—Eres especial, pequeña. Mucho. Tienes un corazón limpio y eres fuerte. No te sientas fuera de lugar entre nosotros. Aquí nadie tuvo una vida sencilla, ni mi abuela ni mis amigos. Aunque ahora tengamos algo de estabilidad, todos pasamos por cosas duras. Y ¿sabes qué? La gente que te conoce te quiere, te adora, porque eres luz, Mischa. Dulce y valiente.

La noté respirar un poco más tranquila, aunque no bajó la mirada.

—Ahora que tienes tiempo para ti —continué—, vas a poder hacer todas esas cosas que antes te fueron negadas. Y no vas a estar sola.

—¿Tú… tú vas a acompañarme? ¿Las harás conmigo, Kai?

—Claro que sí, pequeña —aseguré con una sonrisa—. Podemos empezar por enseñarte a nadar. Practicamos en la piscina, y cuando estés lista, te llevaré al mar.

—¿De verdad? —Me miró con los ojos brillando, y juro que ese destello me llegó al alma.

—De verdad. Mañana tengo que viajar por el partido, pero mientras tanto quiero que hagas una lista con todo lo que te gustaría hacer. Y cuando vuelva, iremos tachando cada punto. Juntos.

—Gracias, Kai —exclamó de repente, y se me lanzó encima con una alegría que me pilló desprevenido, quedando a horcajadas sobre mí mientras me abrazaba como si fuera un peluche gigante—. Eres muy bueno.

No. Bueno no era la palabra que mejor me describía en ese momento. Porque con ella así, tan cerca, con su calor envolviéndome, con esa forma tan pura de aferrarse a mí, yo no podía pensar con claridad.

Porque había algo en Mischa…, algo tan jodidamente bonito, tan real, que te hacía querer quedarte justo ahí, en ese instante.

CAPÍTULO 7

MISCHA

Deposité el iPhone sobre la isla de la cocina justo cuando empezó a sonar: era un FaceTime de mi mejor amiga, Kelsey. La conocí cuando nos contrataron a las dos para trabajar en el US Open: primero con una prestigiosa firma de ropa y, más tarde, directamente en el evento, con una marca de agua patrocinadora. Desde entonces descubrimos que compartíamos mucho más que trabajo: las dos creábamos contenido, aunque en estilos muy distintos.

Kelsey era pura energía, rompía esquemas con su ropa y con cualquier locura que se le ocurría; yo, en cambio, me dedicaba a mi canal de «primeras veces», donde probaba cosas nuevas y dejaba que la gente me acompañara en la experiencia. Nos unía también nuestra afición por el tenis y unas trayectorias parecidas: ella había terminado Marketing Deportivo, aunque nunca llegó a ejercer. Las cámaras la adoraban y no era casualidad: sus padres habían sido actores que, de jóvenes, triunfaron en una serie adolescente en la que, además, se enamoraron. Ahora Hollywood los tenía un poco olvidados —un día estás arriba y al siguiente no—, pero Kelsey había encontrado su lugar en las redes.

Así acabamos conviviendo en un piso en Nueva York. Para mí se convirtió en mucho más que una amiga, y entre nosotras pasó… algo. Ella se definía como bisexual y yo siempre pensé que lo mío era curiosidad, ganas de experimentar, de probar algo distinto a «él». Pronto nos dimos cuenta de que no había atracción ni sentimientos profundos entre nosotras. Era divertido y muy placentero, sí; hacerlo con una mujer era más pausado, más sensible, con caricias intensas. Pero ahí se quedó. Ella buscaba sentirse querida, convencida de que esa necesidad venía de la falta de afecto de sus padres, y yo simplemente quería olvidar.

Al final descubrimos que funcionábamos mejor como amigas. Dormíamos juntas muchas noches, compartíamos comidas, viajes y un grupo de amigos. Esa era mi vida en Nueva York: buena, llena de momentos con Kelsey, aunque con un trozo de mi corazón todavía en Seattle y en la gente que dejé allí.

—¡Ey, pecosa! —bostezó Kelsey mientras se dejaba caer en el sofá, apenas cubierta por unas braguitas—. Por fin das señales de vida.

Era tan ella: cero complejos, libre, preciosa. Su cuerpo era casi perfecto, salvo por alguna estría en el pecho o la cadera que a mí me parecía que le daba un toque aún más real. Por eso, cuando cualquiera de nosotros pensaba traer a alguien a casa, lo primero era mandar al grupo un emoticono de camiseta, para evitar que los invitados se cruzaran con Kelsey «al natural».

Digo «nosotros» porque ya no vivíamos solas. Compartíamos aquel piso enorme con Owen y Asher, también creadores de contenido. A Asher lo conocí en Londres, en el metro. Sí, en el metro: él grababa vídeos maquillándose allí para normalizar el maquillaje masculino. Así empezó antes de explotar en redes. De hecho, fue él quien me animó a lanzarme y jamás imaginamos que llegaríamos a tanta gente. Asher trabajaba mucho con marcas europeas y pasaba temporadas fuera de EE. UU. A Owen lo conocimos gracias a Kelsey: siempre había sentido algo por él, pero tardaron en dar el paso. En realidad, yo era la única que mantenía amistad con los tres; entre ellos las relaciones tenían su propio matiz.

—Lo siento, Kels —me encogí de hombros—, volver aquí está siendo una auténtica locura. Todo es demasiado intenso.

—¿Ya te cruzaste con el Innombrable? —preguntó, con esa sonrisilla que dejaba claro que hablaba de Kai.

Suspiré y bebí un sorbo de zumo.

—Todo está peor de lo que imaginaba y nada está saliendo como planeé. Los últimos acontecimientos me han obligado a vivir con él —susurré, bajando la voz por si él andaba cerca.

Kelsey estalló en carcajadas. A mí no me hacía ni pizca de gracia.

—¡Qué fuerte, tía! No llevas ni dos días ahí y ya estáis bajo el mismo techo…

De repente dejó de reírse. Desde el fregadero me giré para mirarla y me estaba observando con una expresión rarísima.

—No. Me. Jodas —soltó al fin, con los ojos abiertos como platos.

—Kels, ¿qué pasa? —pregunté acercando al teléfono.

—Pecas, ¿qué llevas puesto?

—Se llama camisón. ¿Qué pregunta es esa?

—Ja, tía, tú no utilizas camisones y menos tan… tan sexis. Leches, si hasta me estás poniendo y todo.

Sentí cómo me ruborizaba. Era cierto: siempre dormía con camisetas y pantalones cortos. Llevar un camisón lencero de *animal print* con encaje rosa, por debajo de las nalgas y con una abertura no era precisamente mi estilo.

—Te has puesto así por él. —Kels se partía de la risa.

«Sí».

—No, claro que no.

Me repetía una y otra vez que no lo había hecho con ninguna intención, que solo quería demostrarle que no era la misma de antes, que ahora era una mujer, que había cambiado. Pero cuanto más lo pensaba, más ridícula me sentía. ¿Qué más le daba a él? Si me ignoraba totalmente. Tampoco es que buscara lo contrario. Kai Jones estaba más que superado.

—Ains, casi casi te creo. Ten cuidado, amiga, porque esto pinta a que te estás adentrando demasiado rápido en terreno pantanoso. Afianza tus pasos, no sea que esta vez te ahogues del todo.

—Kels, no vayas por ahí. Él es pasado, una ilusión idiota de una adolescente, nada más.

—Hola, Pecas —saludó Owen tomando asiento al lado de mi amiga. Lo agradecí; estábamos tocando un tema que no me gustaba nada—. Guau, qué *sexy* estás.

Definitivamente había sido un error ponerme aquello para dormir. En realidad, mentía: no había dormido con él. Me lo puse para andar por la casa, pero jamás se lo diría a esos dos.

—¿Dónde habéis dejado a Asher? —cambié de manera radical el tema. Además, había escuchado una puerta abrirse y temí que Kai

oyera que él era el tema central de la conversación.

—Cogió un vuelo para Francia. Muy pronto lo acompañaremos nosotros también; tenemos un proyecto muy divertido en un *château* francés. Ya te contaremos cuando estemos los tres allí —explicó Owen guiñándome un ojo.

—Qué miedo me dan vuestras cabezas juntas. Todo lo que se os ocurre es una locura. Ahora sí que las redes prenderán fuego.

—Escucha, estamos mirando el viaje para las vacaciones. Tenemos varios destinos que también pueden estar bien para crear contenido. Te mandé una lista; dinos cuál prefieres tú —intervino mi amiga. Siempre era así: esos días que viajábamos a cualquier lugar no eran de descanso. El móvil no paraba y nosotros tampoco. Era la parte que menos me gustaba de todo eso. Y así todos los días.

—Hablando de eso, tengo que deciros que se apuntó alguien más a la escapada.

—No, venga ya —protestó mi amiga—. ¿Es que no entiende la palabra «ruptura»?

—Landon quiere recuperarte, Pecas. De hecho, se puso malo cuando se enteró de que te habías largado sin decirle nada para hacer las *internships* en Seattle.

De repente se detuvo, miró a Kels, que también estaba con la vista fija en la pantalla, y sentí un ligero roce de viento, como si alguien pasara detrás de mí.

—Mischa, ¿quién es el tío que está detrás de ti?

«Oh, no. Mierda. Mierda».

—Es el Innombrable —aclaró mi amiga. Yo deseé que me tragara la tierra—. Pues sí que está bueno, sí.

Quería que se callaran de una vez. Sentía a Kai desplazarse por la cocina, hasta que de repente noté su pecho pegado a mi espalda y me faltó el aire; el oxígeno se había esfumado. Uno de sus brazos pasó rozando el mío y alcanzó mi teléfono para cortar la llamada.

Rumié indignada. «¿Pero qué narices?». Me di la vuelta y esta vez fue mi pecho el que rozó con su torso. Mala idea. Pésima.

—No vives aquí sola. Y mientras tengamos que compartir casa te voy a pedir que los FaceTime o los vídeos que subas a tus cuentas

los hagas en tu cuarto o cuando yo no esté. Hay personas a las que nos gusta preservar nuestra intimidad. Gracias.

Me quedé helada. Había sido duro, frío, distante y hasta desagradable. Y por alguna razón aquello me dolió. Aun así, mantuve el temple. Me fijé en él, en su gesto mecánico al poner la cafetera, en cómo evitaba mirarme. No era justo. No me merecía que me tratara así. Si había vuelto a Seattle había sido por él, para ayudarlo y cumplir mi promesa, pero jamás lo sabría.

—Vaya, pues sí que tienes un buen despertar. No sé…, ¿qué tal un «buenos días»?

—Nunca son buenos —respondió, dándole un trago al café.

—¿Esto va a ser así siempre?

—¿Cómo?

—Venga ya, podrías poner algo más de tu parte. Podríamos tener una convivencia tranquila, llevarnos bien y, no sé, hasta ser amigos. Creo que estaría muy bien.

Cerró los ojos un instante, depositó la taza a un lado y avanzó hacia mí. Por Dios, no recordaba lo grande que era. Apoyó las manos a cada lado de mi cuerpo, atrapándome entre la isla y su pecho. Bajó un poco la cabeza; sentí sus ojos negros clavarse en los míos.

—¿Por qué te largaste a Londres, Mischa? —preguntó con voz grave.

Tragué saliva. No pude responder. Su presencia me estaba alterando más de lo que me gustaría.

—Te lo diré yo. Huías de mí. Te fuiste al único lugar que sabías que no pisaría. ¿Y por qué? Porque yo te lastimé, ¿recuerdas? Pues ahí tienes tu respuesta: tú y yo jamás seremos amigos. Jamás.

Se apartó y empezó a caminar hacia la puerta. Justo antes de salir, se giró y me lanzó una mirada desafiante.

—¿Por qué has regresado a Seattle? Han pasado tres años y, por lo que parece, tienes una vida feliz lejos de aquí.

Silencio.

—¿Por qué, Mischa? —insistió.

«Por ti», grité en silencio.

—Por Mitch —mentí—. Me pidió ayuda con las redes y me ofreció las prácticas. No pude negarme. Él me ayudó mucho en su momento.

—Es cierto. Planeó contigo tu huida a Londres —murmuró antes de salir.

Mierda. Nada iba según lo previsto. Me odiaba, aunque no era justo. Pero lo hacía y eso me lastimaba. Me estaba dando cuenta de que era imposible llegar a él: era como un muro de piedra.

***

Intentaba prestar atención a las explicaciones de Elijah, mi jefe, que me hablaba sobre una reunión fuera del estadio dentro de una hora. Al parecer, teníamos que asistir a un encuentro en el Seattle City Hall, donde él debía presentar una propuesta conjunta entre el equipo y la ciudad para una campaña de inclusión en el deporte. Yo solo debía acompañarlo, tomar notas y observar cómo se movía en ese entorno, algo que me vendría bien si realmente quería aprender.

Pero, sinceramente, me costaba concentrarme. Cada dos frases, el teléfono vibraba en el bolsillo de mi chaqueta. Sabía perfectamente quiénes eran: Jordan, seguramente queriendo saber cómo había sido mi primera noche bajo el mismo techo que Kai, y River, recordándome que habíamos quedado para tomar un café en el descanso.

—¿Mischa, me estás escuchando? —La voz de Elijah me sacó de mis pensamientos.

Asentí de inmediato, intentando recomponerme.

—Bien, entonces encárgate de preparar el material gráfico de la última campaña y deja listas las acreditaciones para la semana que viene. En una hora nos vemos aquí y vamos juntos a la reunión. Tómate también un descanso, te vendrá bien —añadió, haciendo un gesto con la mano para indicarme que podía irme.

Salí de la oficina cerrando la puerta con cuidado. Saludé con una sonrisa a las administrativas del pasillo y me dirigí a la sala de ruedas de prensa, el lugar donde había citado a River para poder hablar con tranquilidad. Ella ya me esperaba sentada en el estrado con dos cafés en la mesa.

Caminé hacia ella mientras sacaba el teléfono: el chat grupal con Jordan echaba humo.

—¿Se puede saber qué locura es esta? ¿En serio ciento veintidós mensajes desde esta mañana? —resoplé, sentándome a su lado—. ¿Vosotras dos no trabajáis o qué?

—No puedes culparnos por querer saber qué está pasando en tu vida —replicó, divertida, alzando las cejas—. Anda, cuenta, ¿cómo ha ido la cosa? ¿Cómo lo ves?

—Te lo resumo rápido: la «cosa» no va. Y lo veo borde, creo que me odia.

—Bah, no seas exagerada. Primero, porque Kai es incapaz de odiar a nadie; y segundo, porque lo que siente por ti está en el extremo opuesto del odio.

—River…, creo que Jordan tenía razón. Esto no fue buena idea —afirmé, poniéndome seria y dándole un trago al café.

La última vez que nos reunimos todos —excepto Kai, por supuesto— fue en Chicago, cuando le entregaron a Nathan el Hart Memorial Trophy. Allí salió el tema que todos esquivábamos: la preocupación por Kai.

Hablaban de cómo bebía cada vez más y de ese miedo a que terminara cayendo en un agujero del que no pudiera salir. No sabían cómo ayudarlo, cómo acercarse. Cada día él los empujaba un poco más lejos y ellos estaban desesperados, viendo cómo se hundía sin poder hacer nada.

Recuerdo perfectamente a Hughes señalándome como si yo fuera la única esperanza para recuperarlo. Liam y Conor lo apoyaron enseguida. Jordan y Nathan, en cambio, no estaban nada convencidos: pensaban que me estaba exponiendo demasiado, que era injusto para mí ahora que por fin tenía una vida estable. River guardó silencio.

Y yo sabía por qué. Por un lado, deseaba recuperar a su amigo —ella tenía un vínculo muy especial con Kai— y, por otro, estaba yo. River era la única que conocía la verdadera razón de mi regreso de Londres, tiempo atrás. El resto del grupo ignoraba muchas cosas y, aunque me dolía no poder contárselo a Jordan, ese secreto no me pertenecía y no podía revelarlo.

La discusión se alargó. Cada uno decía la suya, aportaban razones por las que yo debía intervenir o no. Aunque yo lo tenía claro. Sin pensármelo demasiado, acepté.

Era una locura, claro que sí. Tenía unas prácticas programadas en una empresa importante, una oportunidad enorme para mi carrera. Pero aun así decidí cambiar el rumbo de mi vida. ¿Por qué? Porque tiempo atrás hice una promesa a alguien que quería mucho, y pensaba cumplirla. O al menos intentarlo.

Me dolía demasiado verlo apagarse. Podía soportar que estuviera con otra, que nuestras vidas siguieran caminos distintos, que no me amara o incluso que me odiara, pero no podía quedarme quieta mientras se destruía. No podía verlo convertido en alguien como mi padrastro: tirado en bares, durmiendo en cualquier esquina, sin futuro, violento, sin control de su cuerpo, de su cabeza, de su vida.

Porque, aunque no lo confesara en voz alta, Kai Jones siempre fue, era y sería importante para mí.

Así que levanté el teléfono y le pedí a Mitchell que me permitiera hacer las prácticas en los Rift. De paso me pidió ayuda con las redes sociales. Estaba feliz con mi regreso. Si supiera el verdadero motivo, estoy convencida de que se opondría a todo eso.

—¿Por qué lo dices, Mischa? —preguntó River, soplando su café mientras no me quitaba ojo de encima.

—Porque ha levantado un muro, tía. Un muro de hormigón armado. No hay ni un mísero hueco para colarme. Te juro que parece que no siente nada; apenas me habla y, cuando lo hace, es cortante. Y yo… yo haciendo el ridículo. Esta mañana me puse un camisón que ni en mis sueños más locos —ni con mi ex, fíjate—. Una lencería de esas que dejan poco a la imaginación. Y así, tal cual, me paseé por la cocina —confesé, escondiendo la cara entre las manos mientras veía cómo River luchaba por no soltar la carcajada.

—¿Y qué hizo? —indagó al borde de atragantarse.

—Nada. Ni me miró. Como si hubiera pasado una mosca.

River explotó en una risa sonora.

—Ay, perdona…, pero estoy segura de que se estaba haciendo el duro. Fingiendo desinterés.

—No, ya te digo yo que no —negué con fuerza—. Este plan ha fracasado antes de empezar. Y lo peor es que ya no hay marcha atrás.

River me miró seria de repente, depositó el café en la mesa y me tomó la cara entre las manos para obligarme a mirarla.

—Mischa, ¿te estás arrepintiendo? —Sus ojos se achicaron—. Oh, Dios…, verlo te ha revuelto todo, ¿verdad?

No respondí. «Revolver» se quedaba corto: todo lo que creía superado me había golpeado de lleno. Kai nunca fue un amor adolescente; ¿a quién quería engañar? Siempre había sido el *único*.

—Cielo. Abortemos esto. Jordan y Nathan tenían razón. Ha sido un error monumental exponerte así.

—Ya no se puede parar, River —aseguré alzando la vista—. Para bien o para mal ya estoy dentro. Cuando acepté sabía a lo que me enfrentaba, y mi mayor miedo está ocurriendo. Así que veremos dónde acaba todo.

***

Oí el ruido del motor del coche de Conor aparcando en la entrada. Sabía por Hughes que él y Kai se estaban quedando más tiempo entrenando. Pretendía recuperar a su portero titular, exigiéndole horas extra para que volviera a su nivel de antes o, según Hughes, incluso mejor. Decía que Conor había visto en Kai un potencial enorme para clavar el *desperation save* y quería perfeccionarlo; podía marcar la diferencia.

Yo estaba en la cocina, fingiendo que preparaba una ensalada, cuando entró. Abandonó la bolsa en la entrada, caminó hasta mí sin mirarme y soltó un simple: «Qué hay».

Abrió la nevera, cogió un batido y, sin más, se fue.

Desde donde estaba, vi algo que me paró el corazón: al pasar por el salón, tiró de la puerta y la cerró. Ese sonido me dolió. Mucho.

El día anterior, cuando vi la puerta cerrada, pensé que habría sido cualquiera de nuestros amigos. Pero hoy, al llegar a casa, estaba abierta —supongo que la empleada de Liam y Conor la había dejado así después de limpiar—. Lo primero que hice fue pasearme por esa estancia, igual que la primera vez que entré en la vivienda. Pero él… él no. No quería ni verla. No quería verme a mí.

Subí a mi cuarto, cogí el teléfono y le escribí a Kelsey. Contárselo a River o a Jordan solo iba a preocuparlas más, y ya tenían bastante con sus propios líos como para cargarles también con mis temores.

Yo

Tía, ha sido un error volver. Creo que me odia.

Kelsey

Frena, Pecas. No tiene sentido que esté molesto contigo cuando la GRAN metedura de pata fue cosa suya.

Yo

…

Kelsey

Pero lo que me preocupa de verdad eres tú. Lo sigues queriendo, ¿no?

Yo

No sé lo que siento, de verdad. Creía que lo tenía superado. Hasta hace nada estaba con Landon, ya sabes, él ha sido mi única pareja.

Kelsey

Puf… pues sí que estamos mal. Estabas intentando tapar lo que sentías con Landon. Y déjame decirte, vuestra relación no era tan idílica, rompisteis como diez veces. Que si rumores de infidelidad, que si dramas… y seguro que la mitad eran inventados porque a él le encanta gustar y da pie a malentendidos.

Tenía razón. Landon y yo estábamos lejos de ser perfectos. Siempre volvíamos porque nunca había pruebas reales de lo que se decía y porque me hacía bien estar con él. Me reía, me distraía. Estaba cómoda, y eso era todo.

Kelsey

Pecas, te lo voy a decir claro: nunca estuviste enamorada de Landon. Lo escogiste porque es todo lo contrario al Innombrable. Acéptalo.

Landon era rubio, de ojos azules, obsesionado con su cuerpo, siempre presumiendo en redes…, todo lo opuesto a Kai. Quizá Kels estaba en lo cierto.

Kelsey

Esta mañana cuando hablamos te noté distinta. Y no hablo del camisón, cosa que nunca habías hecho, por cierto, sino de tu cara. Tenías brillo, tus ojos estaban vivos. No sé qué va a pasar, pero sí tengo clara una cosa: tienes que estar ahí y afrontar lo que sientes por el Innombrable.

Yo

Me ignora. Acaba de llegar a casa y es como si no existiera. ¿De verdad no le remueve nada el verme? Pensé que había sido importante para él… Igual nos confundimos todos al creer que había un vínculo especial.

Kelsey

Anda ya, acabas de llegar y ya estás en modo derrotista. ¡Sin pelear! Tienes que llamar su atención. Está claro que el Innombrable te quiere lejos por alguna razón. No se lo permitas. Síguete paseando con esos modelitos, que de piedra no es.

Yo

Vaya mierda de consejo. Y sí, Kai tiene mucho autocontrol.

Kelsey

Bah, hasta que lo pierda. Acércate, insiste, como si no te importara su actitud. Y si no funciona… pues verte cerca de otro igual le hace despertar.

Yo

Olvídalo, no sigas. Esto parece la reconquista y definitivamente no voy a hacer eso. Solo quiero llegar a él, ayudarlo como amiga. Nada más.

Kelsey

Vale, vale, me callo. Suerte con lo de la «amistad». Cualquier cosa, llámame. Ahora te tengo que dejar; salimos para un evento. Te quiero, Pecas.

Yo

Yo también. Saluda a todos.

Desde luego no iba a seguir al pie de la letra los consejos de Kelsey… ¿o quizá sí?

No, definitivamente, sería una locura.

Aunque eso me dio una idea.

Fui hasta mi maleta y saqué el disco de hockey —sí, ese disco— y lo dejé bien a la vista en mi cuarto. Me puse una camiseta grande a modo de vestido, recogí mi pelo en un moño desordenado, muy mi yo de antes. Después abrí de par en par la puerta del salón, esa misma que él se empeñaba en cerrar. Si él la cerraba, yo la abriría hasta que uno de los dos se cansara.

Preparé una ensalada, la serví en dos platos, dejé uno en la sala y con el otro me fui directa a su cuarto. Toqué un par de veces. Nada.

Silencio.

No me contestó.

«Pues no voy a quedarme aquí como una tonta con la lechuga en la mano», pensé, y empujé la puerta.

La habitación estaba vacía. Entonces oí el agua correr.

«Ay, mierda, sal de aquí ya», me ordené en un susurro, dándome la vuelta a hurtadillas para escapar antes de que…

—¿Se puede saber qué demonios estás haciendo?

Tarde. Demasiado tarde.

Respiré hondo, me giré con una sonrisa que se borró al instante cuando lo vi solo con una toalla. El agua le resbalaba por los rizos, bajando por su cuello y torso hasta frenarse en sus oblicuos.

«Genial, Mischa. Te superas cada día».

—¿Vas a hablar o te vas a quedar ahí plantada mirándome toda la noche? —dijo con tono grave—. Te aviso que estoy cansado y quiero dormir.

—Te he traído la cena —expliqué, como si aquello fuera lo más normal del mundo—. Hice para mí y te guardé un poco.

—No tengo hambre, gracias.

«¿Es que este tío no va a ceder ni un poco?», me dije, tragándome el enfado.

—Vale, pues no comas. Allá tú. Yo te la dejo aquí por si cambias de opinión.

Me acerqué a la mesita, deposité el plato y me dirigí a la puerta.

—Voy a estar en la sala viendo una peli de miedo. Si quieres venir, ya sabes dónde encontrarme —solté con tono neutro, aunque lo miré de reojo para ver si reaccionaba, llevándolo al pasado.

Sus ojos se entrecerraron, como si estuviera procesando mis palabras.

—Por cierto —añadí, antes de salir—, sujeta bien la toalla, se te está cayendo.

Cerré la puerta tras de mí, con el corazón a mil.

«Que empiece el juego: a ver quién es más cabezota de los dos».

Ya sentada en el sofá, cogí el teléfono y les escribí a Jordan y River: «No os emocionéis, pero creo que acabo de dar un pequeño paso».

CAPÍTULO 8

MISCHA

Tres años antes…

Coloqué las flores en el jarrón y las acomodé con cuidado antes de depositarlo sobre la bandeja. A continuación, tomé el *muffin* que había preparado, le clavé una pequeña vela en el centro y me alejé unos pasos para comprobar que todo estuviera en orden. Sí, estaba perfecto. Solo faltaba que Kai se despertara.

Todavía dormía profundamente, y tenía sentido. La noche anterior habían celebrado en casa de Liam y Conor que este último se unía oficialmente al cuerpo técnico de los Rift. Para ellos no era solo un grupo de amigos, eran una familia. Y lo entendí aún mejor esa tarde, cuando la pasé con River y conocí a la famosa Jordan, que había viajado desde Chicago para la ocasión.

Me sorprendió lo fácil que fue encajar con ellas. Desde el primer momento me hicieron sentir parte del grupo, de esa especie de hermandad que habían construido con tanto cariño.

Fuimos de compras y, esta vez, fue diferente. Nada de incomodidad o vergüenza como me había pasado la primera vez con Kai. River y Jordan no tardaron en llenar mis brazos de cosas que, según ellas, iba a «necesitar», aunque yo no tenía ni idea de para qué servía la mitad. Entre risas, probadores y recomendaciones de maquillaje, me dejé llevar. Por primera vez en mucho tiempo, me sentí simplemente una chica más. Normal.

También aprovechamos para buscar el regalo de cumpleaños para Ava. Tal vez debería haberle preguntado antes a Kai, sin embargo, River y Jordan me animaron a hacerlo por mi cuenta. Ya estaba hecho. Esa mañana se lo contaría, antes de que llegaran todos para la barbacoa.

Según me habían dicho, los chicos se encargarían de asar la carne —aunque también vendría comida de un *catering*, incluyendo opciones veganas para Jordan— y, por supuesto, postres.

Al llegar a la altura de su habitación, la puerta —como siempre— estaba entreabierta. Era algo que él hacía por mí, por mis miedos nocturnos. Un pequeño gesto que lo decía todo sin necesidad de palabras.

Me detuve en el umbral, sin atreverme a entrar de inmediato. Kai dormía boca arriba, tranquilo, con una de las almohadas tirada a un lado y la sábana enrollada en la pierna. Su torso moreno quedaba al descubierto, marcado, con los pectorales subiendo y bajando al ritmo de una respiración lenta y serena. El brazo bajo su cabeza dejaba ver las venas que recorrían su piel como ríos. No sé cómo no me había fijado antes en lo grande que era, en lo imponente que se veía incluso dormido.

Y era todo él. Ese cuerpo, esa cara de facciones fuertes, los ojos negros como la noche, los labios gruesos y esa sonrisa que podía hipnotizar a cualquiera. A mí ya me había hechizado.

Sí, me gustaba. Mucho.

Me encantaba cómo me hablaba, cómo se preocupaba por mí, cómo me miraba con una dulzura que desmantelaba todas mis defensas. Era la primera vez que sentía algo así por alguien. Cada roce, cada palabra, se me quedaban clavados en la piel. Cuando volvía de entrenar o de algún viaje, no podía evitar sonreír como una tonta. Tenía esa clase de presencia que te hacía sentir segura y al mismo tiempo al borde de un precipicio.

Había días en que parecía que volaba, que todo era posible… y otros, en los que volvía a caer de golpe en la realidad. Porque yo no era nadie. No era una River ni una Jordan. Solo era yo. Y él, bueno…, él podía tener a quien quisiera.

Y aunque sabía que mis sentimientos no eran correspondidos, había momentos —esos breves instantes en los que me miraba como si el mundo se detuviera— en los que me atrevía a imaginar que, tal vez, él también sentía algo. Pero no. Para Kai, yo era solo una cría. No una mujer.

Sacudí esos pensamientos de mi cabeza. Hoy no. Hoy tenía una misión.

Corrí hacia la cama y salté a su lado, zarandeándolo con efusividad.

—¡Vamos, dormilón!

Kai entreabrió los ojos, resopló, miró el móvil y gruñó algo ininteligible antes de girarse, dándome la espalda. Ahora su cabeza descansaba sobre la almohada y su torso quedaba oculto, aunque no importaba, porque entonces mis ojos se desviaron. Maldita sea. Ese pantalón de algodón dejaba muy poco a la imaginación. Me fijé en su espalda ancha, en la forma en que los omóplatos sobresalían con cada respiración… y, sin querer, una ola de calor me subió por todo el cuerpo.

Sacudí la cabeza. «Concéntrate, Mischa».

—¡Despierta, Kai! ¡Hoy es el cumpleaños de Ava! —grité, lanzándome sobre él sin meditarlo dos veces.

—Joder… —gruñó dándose la vuelta con los ojos entrecerrados—. Ya lo sé, pequeña. Te recuerdo que formé parte de la organización.

Me acomodé a horcajadas sobre su abdomen sin pensarlo demasiado, y con el vaivén del giro terminé apoyándome en su pecho, totalmente inclinada sobre él. Su respiración pausada se volvió más profunda bajo mis manos. Tragando saliva, intenté ignorar cómo mi corazón retumbaba desbocado.

Era muy consciente de que debía apartarme. Kai siempre cortaba el contacto cuando estábamos demasiado cerca. Como si hubiera una línea invisible que él nunca cruzaría. Y cada vez que lo hacía, una punzada de vergüenza y rechazo me atravesaba. Pero esa vez no se movió.

Su pecho subía y bajaba con la misma intensidad que el mío, y esa sola señal bastó para que una corriente eléctrica me recorriera entera. Me incorporé un poco, fingiendo inocencia, intentando que no se me notara lo alterada que estaba.

Y entonces, sus manos… sus grandes manos acariciaron mis muslos.

Cerré los ojos un instante, me mordí el labio inferior y deseé, con todo mi ser, que me besara. Era estúpido, lo sabía. Pero ese deseo

me quemaba por dentro, como un fuego que no sabía cómo apagar.

«Contrólate, Mischa. Di algo. O bájate de una vez».

—Eh, Kai —balbuceé, tratando de mantener la voz firme—, tengo que decirte algo. No sé si el regalo que escogí para Ava te va a gustar. Lo hablé con las chicas y les pareció buena idea, así que ya lo contraté.

—Uf, eso me da miedo. Una idea tuya avalada por esas dos… —Sus manos apretaron levemente mis piernas, y yo contuve el aliento.

—Alquilé un coche para llevarla a dar una vuelta por la ciudad. Pararemos en la playa y comeremos en el parque Warren G. Magnuson. Me confesó que le trae buenos recuerdos. Igualmente, necesito que Theodore, el chófer, nos lleve. ¿Te parece bien?

—¿Y esta idea a qué viene?

—Ella siempre me dice que le encantaría recorrer la ciudad de nuevo, sentir la brisa, oler los distintos rincones… Y como no puede caminar mucho, pensé en un descapotable. Así podrá disfrutarlo desde el asiento, como si caminara.

—Sabes que en esta casa hay un par de coches con techo retráctil, ¿verdad? Podías haberme pedido uno. Están para usarse.

—Kai, lo siento, pero esos coches tuyos parecen más de exposición que otra cosa. Son preciosos, sí, pero no me pareció que tu abuela estuviera cómoda ahí. Alquilé un 4x4 rígido, alto, con buena suspensión. Es práctico.

Se hizo un silencio. Me miró fijamente y no pude leer su expresión.

—¿Estás enfadado? Sé que es tu abuela, pero… —No terminé la frase. Kai se movió de repente. En un instante, giró nuestros cuerpos sobre la cama. Me encontré tumbada, con su mano bajo mi nuca y su rostro peligrosamente cerca del mío. Su cuerpo cubría el mío por completo.

Mi respiración se detuvo.

—Solo me enfadaría si no me invitaseis a ir con vosotras —susurró, con la voz más ronca de lo normal.

—¿Tú quieres venir? Pero mañana tienes entrenamiento…

—Me las arreglaré. Nada me gustaría más que pasar el día contigo y con mi abuela. Seré vuestro chófer oficial.

—Ava se va a poner feliz, Kai.

—Pequeña, eres increíble —musitó, rozando mi nariz con la suya. Su aliento cálido acarició mis labios, haciéndome temblar—. Gracias por pensar en ella. Por cuidarla así.

—No es nada. Le tengo mucho cariño. A veces siento que es un poco mi abuela también.

No respondió. Tragó saliva. Sus ojos, tan oscuros que parecían aún más negros bajo la sombra de su flequillo, se clavaron en los míos. Apoyó su frente contra la mía y ambos cerramos los ojos.

El momento era tan intenso que sentí que el aire desaparecía.

Entonces lo noté.

Su miembro había reaccionado.

La tensión entre los dos se volvió casi insoportable.

Y eso fue suficiente para que él se apartara de golpe.

—Espérame abajo —solicitó con premura mientras se levantaba y se dirigía al baño—. Voy enseguida.

Me quedé allí tumbada, intentando calmar mi respiración, con el corazón a mil.

No sabía si sonreír porque su cuerpo había respondido al mío…

O llorar porque, una vez más, había huido de mí como si yo fuera un error.

***

Desde esa mañana, cuando Kai y yo entramos en su habitación con el pastel para que soplara las velas, Ava no había dejado de sonreír ni un segundo. Todavía podía sentir la emoción de ese momento, cuando unió sus manos con las nuestras justo al soplar las velas. Y después, cuando le conté cuál iba a ser su regalo de cumpleaños, sus ojos se llenaron de lágrimas y me abrazó tan fuerte que por un instante sentí que era mi madre la que me rodeaba con ese gesto lleno de calidez. Fue real. De esos momentos que te marcan.

Su felicidad creció aún más al ver la casa llena. Estaban todos: los amigos de Kai, los padres de Hughes, el mismísimo Mitchell y, por supuesto, Seany, que junto a la cumpleañera era el alma de la fiesta.

Me había metido en la casa para cambiarme y ponerme el bikini. Iba a unirme al partido improvisado de waterpolo en la piscina. No sabía nadar del todo bien, pero cuando Kai no estaba usaba un

chaleco para practicar. Hoy no haría falta: me dejaban en la zona donde hacía pie, justo en una de las porterías. El equipo: todas las chicas y Liam contra los chicos. Con Kai de portero en el otro extremo, estaba clarísimo que íbamos a perder.

Justo cuando iba a salir, tiré del pomo de la puerta y me la encontré abriéndose desde el otro lado.

Kai.

Me quedé paralizada.

Él también.

Llevaba solo un bañador y, por Dios…, verlo así debería ser pecado. Retrocedí un paso, aunque él se quedó quieto. Me miró de arriba abajo como si no pudiera procesar lo que veía. Abrió la boca dos veces, intentando decir algo, pero no salió ni una palabra.

Su mirada, sus ojos, su expresión… hicieron que toda esa seguridad que había sentido frente al espejo desapareciera en cuestión de segundos. Jordan y River me habían convencido de ponerme ese bikini color caqui que, según ellas, quedaba perfecto con mi tono de piel y mi pelo. Me había sentido guapa. *Sexy*, incluso. Aunque ahora… solo me veía ridícula.

Me ardían las mejillas, y antes de que las lágrimas me traicionaran, me di la vuelta para correr escaleras arriba. Aunque no llegué muy lejos. Kai me alcanzó. Me sujetó por el brazo con firmeza y me giró hasta quedar justo frente a él.

—Ey, ey, ¿qué pasa? ¿Por qué huyes de mí?

—Suéltame, Kai. Quiero cambiarme —murmuré, evitando mirarlo.

—¿Cambiarte por qué?

—Porque soy un saco de huesos. Nunca debí hacerle caso a Jordan ni a River —contesté, intentando zafarme, aunque él no me soltó.

—Malditas brujas… —bramó con una sonrisa divertida, como si acabara de entender algo. Volvió a mirarme, y esta vez su mirada era tan intensa que tuve que tragar saliva.

»No te cambies. Estás preciosa. Ese bikini… lo eligieron muy bien.

No sabía si hablaba en serio o si solo intentaba que no me sintiera peor.

—No te creo —confesé, bajando la mirada—. He visto cómo me mirabas. Está claro que, por más que lo intente, nunca voy a ser como las demás.

Quise apartarme, pero sus manos rodearon mi cintura, sujetándome con suavidad. Y todo se detuvo. Mi respiración, el nudo en la garganta, hasta la inseguridad.

—Pequeña, claro que no eres como las demás —aseguró, y bajó una mano a la zona baja de mi espalda, acercándome aún más a él, mientras la otra subía lenta por mi mejilla—. Eres única. Increíble. Duele mirarte de lo preciosa que eres.

Rozó mis labios con el pulgar y sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies.

—¿Lo dices en serio? —pregunté, apenas audible, con el corazón golpeando tan fuerte que creía que él también lo oía.

—Joder, si lo digo —masculló, apoyando su frente contra la mía. Su mano me tomó del mentón con ternura, atrayendo mi boca hacia la suya—. No sabes cuánto…

Y justo entonces…

—¡Estamos listos! ¿Vamos o qué? —estalló la voz de Hughes desde la cocina. Nos sobresaltamos, como si nos hubieran pillado haciendo algo indebido.

Hughes apareció en la puerta y, al vernos tan cerca, se quedó congelado.

—¡Hostia! Bueno, tranquilos, tomáoslo con calma, os esperamos en la piscina —lanzó entre carcajadas antes de desaparecer.

Kai soltó un suspiro que parecía contener todas las maldiciones que no pudo decir. Bajé la mirada y entonces lo percibí. Su incomodidad, sí, otra vez su cuerpo estaba reaccionando a mi cercanía. Me ardieron las mejillas.

—Será mejor que salgas —me indicó, sin poder disimular su gesto de fastidio.

—Vale… —asentí, con una sonrisita nerviosa que no pude ocultar.

Mientras caminaba hacia el jardín, una vocecita insistía en mi cabeza: «No te emociones, Mischa. Es una reacción natural, no significa que sienta algo por ti. No te hagas ilusiones, él no es para ti».

Pero, por más que lo intentaba, no podía borrar la sonrisa de mi cara.

Y si ya venía colorada de dentro, fuera fue peor: me llovieron piropos por todos lados. Nunca en mi vida me habían dicho tantas cosas bonitas. Seany caminó hacia mí como un torbellino. Por alguna razón, yo le caía especialmente bien. Su padre bromeaba diciendo que era su primer amor y todos nos reíamos, aunque era verdad que, cuando yo estaba, ese niño no miraba a nadie más. Jordan aseguraba que le había robado el puesto, pero, para Seany, ella siempre sería su tía favorita.

Mitchell vino a buscar al pequeño y me lo quitó con una sonrisa.

—Estás hermosa, hija. Y se te ve feliz. Tu madre estaría muy orgullosa de verte así.

—Gracias a ti, Mitchell. Has sido muy bueno conmigo —le dije antes de darle un beso en la mejilla.

Fue ahí cuando sentí una mirada clavada en mí. Kai. Estaba cerca, serio, observándonos. Aunque su gesto no era por mí, sino por Mitchell. Había algo entre ellos, algo que yo no terminaba de comprender, pero estaba claro que tenía que ver conmigo.

Kai me hizo una seña con la cabeza para que lo siguiera hacia la piscina. Lo hice. No sin antes darle un besazo en la frente a mi chico. Seany.

El partido de waterpolo fue un auténtico desastre, al menos para nuestro equipo. Las chicas y Liam íbamos perdiendo. No importaba cuánto corriéramos, gritáramos o intentáramos tapar la portería, los chicos nos metían gol tras gol sin piedad, y lo peor era que no paraban de reírse mientras lo hacían. Conor era el más vacilón, se burlaba a carcajada limpia cada vez que fallábamos un pase, y Kai…, bueno, Kai no se reía tanto, aunque tenía esa sonrisa en los labios que lo decía todo.

Cuando vimos que no había forma de remontar, River, Jordan y Liam pusieron en marcha el plan B. Fue muy simple: hacer trampas. Empezaron a salpicar, a tirarse encima de los chicos, a abrazarlos para que no pudieran moverse con libertad, y claro, ellos encantados. En cuestión de segundos, el partido se convirtió en una

especie de guerra de cosquillas, risas, besos robados y abrazos bajo el agua. Las reglas del juego desaparecieron por completo.

Yo me quedé un momento quieta, flotando en la esquina de la piscina, observándolo todo. Todos parecían tan felices, tan despreocupados… Me encantaba verlos así, ver cómo las parejas se buscaban, cómo compartían incluso ese momento de pura alegría. Pero luego mis ojos fueron directamente hacia Kai. Estaba al otro lado con el agua hasta la cintura, apoyado en los brazos, observando como yo, aunque sin acercarse. Ni una sonrisa dirigida hacia mí, ni un gesto, ni una mirada que me hiciera pensar que quería estar conmigo en ese mismo descontrol hermoso que se había creado.

Me hubiese encantado que se acercara, que hiciera como los demás, que se zambullera a mi lado solo para abrazarme por sorpresa o salpicarme, aunque fuese con una excusa tonta. Sin embargo, no lo hizo. Y, aunque traté de disimularlo, me dolió.

Así que salí de la piscina fingiendo que no pasaba nada. Caminé hasta donde estaba Sean, que jugaba solo con un flotador gigante en forma de dinosaurio. Le puse uno de los chalecos salvavidas, lo cogí en brazos y regresé con él al agua. Al menos alguien estaba feliz de estar conmigo.

Seany me rodeó el cuello con los bracitos y soltó una risa contagiosa al sentir el agua. Su alegría le dio un pequeño empujón al corazón, y por un instante todo lo demás dejó de importar. Lo apreté contra mí y le di un beso en la mejilla. Él sí que nunca huía.

***

Debía de ser más de medianoche cuando terminé de recoger. La casa estaba en silencio y ya no quedaba nada del jaleo de la tarde. Aun sabiendo que al día siguiente vendría el personal de limpieza, me puse con ello yo misma. No podía dormir y necesitaba distraerme.

Al mirar por la ventana y ver la piscina tan tranquila, se me ocurrió una idea un poco loca: darme un baño. Nunca me había metido en el agua de noche, así que me picó la curiosidad. Me quité las chanclas y me puse el chaleco por encima de la camiseta grande que usaba para dormir. Me senté en el borde y sentí el frescor del agua en los pies. Me gustó. Sin pensarlo demasiado, me dejé caer.

Como era de esperar, el chaleco me mantuvo a flote. Cerré los ojos y disfruté de la sensación. El agua estaba fría aunque agradable, y el cielo estaba precioso. Me puse a mover los brazos, intentando nadar como Kai me había enseñado. Con el chaleco era más incómodo, pero al menos me sentía segura.

Estaba tan concentrada en disfrutar ese momento que no me di cuenta de que Kai se había metido en la piscina. Ni lo vi acercarse. Solo lo noté cuando salió de golpe desde debajo del agua, justo a mi lado. Me dio un susto que casi se me para el corazón.

—¡Kai! —le solté un manotazo en el pecho—. ¡Casi me da un infarto!

Él sonrió, como si nada, y me apartó un mechón de pelo mojado de la cara. Y ahí estaba otra vez ese maldito cosquilleo en el pecho, ese temblor tonto en las piernas. Y entonces me vino a la cabeza lo de la tarde, la distancia que siempre parecía poner entre nosotros. Así que, esa vez, fui yo quien se echó hacia atrás. Me deslicé hasta el fondo de la piscina, dándole ese espacio que tanto parecía necesitar.

Al llegar a la zona donde hacía pie, me quité el chaleco y lo coloqué sobre el borde. Tiré de mi camiseta que flotaba alrededor y la pegué al cuerpo, intentando cubrirme lo mejor posible. Subí el primer escalón de la escalerilla, dispuesta a marcharme, pero de repente sentí unos brazos rodeándome por detrás. Me agarraron firme y me arrastraron otra vez al agua.

Caí entre su agarre, empapada de nuevo. Me giré rápidamente, molesta.

—¿Se puede saber qué haces?

Intenté zafarme de sus brazos, aunque no me lo permitió.

—¿Otra vez huyendo de mí?

—No estoy huyendo —mentí, bajando la mirada—. Solo… ya tuve suficiente agua por hoy. Quiero dormir.

—Ajá, claro. Tienes tanto sueño como hace unas horas, ¿no? Por eso recogiste toda la casa y ahora estás aquí, a las tantas, dándote un baño… bien despierta. Y con esa ca-mi-se-ta…

Balbuceó antes de quedarse en silencio, completamente petrificado. Seguí la dirección de su mirada y entonces lo entendí.

Sus ojos estaban fijos en mi pecho. Bajé la vista y ahí estaban, mis pezones marcándose descaradamente a través del algodón empapado. Lo oí murmurar un «me cago en mi vida» entre dientes.

Me cubrí enseguida con el agua, sintiéndome la reina del ridículo. Con él cerca, algo siempre me salía mal. Terminaba sintiéndome demasiado expuesta.

Y ahí, lo tuve claro: tenía que empezar a tomar distancia. No podía seguir poniéndome en esas situaciones, haciéndome ilusiones. Porque por mucho que él me mirara así de vez en cuando, al final, siempre se alejaba.

—Kai, lo he estado pensando y creo que sería mejor que empiece clases de natación con un monitor —lancé de golpe, sin mirarlo.

—¿Cómo? —Frunció el ceño y carraspeó como si intentara disimular que mis palabras le habían molestado—. ¿Por qué harías eso? Pensé que íbamos a ir tachando juntos toda tu lista de pendientes.

—No, Kai. No hay lista, nunca la hubo. Y tampoco la habrá. —Tragué saliva, intentando mantenerme firme—. Además, ya he abusado bastante de tu tiempo. Tienes una vida, tus amigos, a tu abuela, trabajo…, no puedes seguir perdiéndolo conmigo. Lo mejor es que dejes de preocuparte y me ignores. Haz como si no existiera mientras esté aquí.

Lo vi negar con la cabeza, muy despacio. Y antes de que pudiera dar un paso atrás, me sujetó de la cintura y me arrastró con él hasta el borde de la piscina. Me atrapó con su cuerpo sin darme opción a escapar. Su mirada era intensa. Su respiración, agitada.

—Mischa, no voy a fingir que no estás aquí. No voy a apartarme de ti. ¿Y sabes por qué?

Negué con la cabeza, mientras sentía que todo el cuerpo me temblaba.

—Porque no hay nada que me apetezca más que estar contigo. Que seas lo primero que vea al llegar a casa. Me encanta enseñarte cosas, que me líes en tus locuras… Porque tú, pequeña, has sido la maldita luz en mi vida.

El corazón me latía tan fuerte que me dolía. Por un instante, creí que sentía lo mismo que yo. Pero esa esperanza se evaporó con su

siguiente frase.

—Te tengo mucho cariño, Mischa. Eres como una amiga…, no, como una prima pequeña. Porque ya formas parte de esta familia.

Y ahí fue cuando todo se fracturó. La palabra «prima» me cayó como un balde de agua helada. Yo no era su prima. Ni su amiga. No podía verlo así, porque lo mío no era inocente, ni mucho menos fraternal. Lo mío dolía de lo real que era. Una lágrima escapó sin pedir permiso. Y él, al notarla, la retiró con delicadeza, sin dejar de mirarme.

—Mi niña, ¿qué pasa? ¿Por qué estás llorando?

Y ahí, exploté.

—No soy una niña, ¿vale? Soy una mujer. Una que no puede verte como un amigo, ni un primo, ni parte de ninguna familia. Porque lo que siento cuando estoy contigo no nace solo de la cabeza. Viene de mi cuerpo, de mi alma, de mi corazón.

Sentí cómo sus manos me sujetaban con fuerza, mientras sus ojos se veían cargados de dudas, de deseo y algo más que no supe identificar. Así que, sin pensarlo, me impulsé hacia él, me colgué de su cuello y lo besé. Fundí mis labios con los suyos y, por un momento, mi cuerpo entero vibró, como si una corriente eléctrica me atravesara.

Y justo en ese instante, lo noté. Él no me correspondía. Sus manos se alejaron de mi cintura y su cuerpo se tensó. «No, no, no… Por favor, que me devuelva el beso», supliqué para mis adentros. Aunque no lo hizo.

Me alejé, con los ojos vidriosos, y llevé los dedos a mis labios sintiéndome ridícula. Avergonzada.

Kai intentó tocarme la cara, pero aparté su mano. No quería que me consolara. Eso lo haría aún peor.

—Mischa… —Su voz sonó casi culpable—. Eres muy joven. Ni siquiera has cumplido los dieciocho. Estás confundida, crees que sientes algo por mí porque soy el primer chico que tienes cerca. Soy mayor que tú y todo esto puede parecer algo que no es.

—¡No, Kai! —espeté con rabia—. Seré joven, inexperta… y hasta una idiota, pero si hay algo que sí tengo claro es lo que siento por ti. No lo minimices. No lo conviertas en una fantasía en mi cabeza.

—No quería ofenderte, de verdad. Es solo que… aún eres una cría. Y yo… yo no puedo hacerlo, me sentiría fatal. Porque, definitivamente, esto no está bien.

—¿Por qué? ¿Porque vivimos en la misma casa? ¿Porque no soy mayor de edad? ¿O porque simplemente no te gusto? Dímelo claro, Kai. ¿No te atraigo?

—¡Joder! —gruñó apretando los dientes, desesperado—. Hay que estar hecho de piedra para no sentir nada contigo cerca. Pero…

—¿Pero qué?

—Estoy casado, Mischa.

Sentí como si me dieran un par de bofetadas en la cara. Casado.

Por un momento, deseé que el agua de la piscina me tragara entera. Desaparecer. Quise que todo fuera una broma, una pesadilla, lo que fuera, menos real.

—¿Casado? Si nunca vi fotos, nunca hablaste de nadie…

—Madison y yo no estamos bien. Hace tiempo que nos tomamos un descanso. Bueno, más bien fue ella quien decidió tomárselo. Y, por cómo va todo, parece que ese descanso es indefinido.

—Lo siento… —reconocí, rota, mientras me aferraba al pasamanos como si necesitara algo firme para no desmayarme—. Nunca me lo hubiera imaginado…

Necesitaba huir de ahí, escapar. Me giré para salir corriendo hacia la casa.

—Mischa, espera…, déjame explicarte…

—No. Por favor, Kai. Estoy avergonzada, no quiero seguir hablando de esto. Perdóname.

Corrí hasta mi habitación. Él me alcanzó justo cuando abría la puerta.

—Mischa…

—Kai, te lo pido…, basta. Solo quiero que esto se borre. Olvídalo. Yo necesito fingir que esto no ha pasado —dije antes de cerrar la puerta. Me dejé caer al suelo, apoyando la espalda contra la madera. Por primera vez desde que llegué a esta casa, esa puerta estaba cerrada. Cerrada como cualquier ilusión que alguna vez tuve con Kai Jones.

CAPÍTULO 9

KAI

Tres años antes…

—Ey, Jones, te están buscando ahí fuera —me informó el primer entrenador, que al pasar por mi lado, acabó dándome una colleja en la cabeza—. A ver si con esta visita te centras, que llevas un par de días en los que la portería es de adorno.

Escuché las risas de mis compañeros desde los vestuarios, aunque las ignoré. ¿Para qué fingir? No tenía la cabeza en otro sitio que no fuera Mischa y esa noche. Joder, ese beso me tenía dándole vueltas a todo. Cada vez que lo recordaba, se me erizaba la piel. Por un segundo estuve a punto de rendirme, de dejarme llevar, de besarla como me moría por hacerlo. Pero entonces me sacudió la realidad: era una cría, nueve años menor, y encima yo… casado, con un pasado que mejor ni mencionar.

No podía hacerlo. No podía cruzar esa línea. Porque ella estaba en mi casa, bajo mi techo, bajo mi cuidado. Y no tenía derecho a confundirla, a herirla. Así que lo único que se me ocurrió fue actuar como si nada hubiera pasado. Aunque a quién quería engañar. Mischa se alejó de mí como si yo apestara. Solo hablábamos cuando mi abuela estaba delante. El resto del tiempo, cualquiera diría que yo no existía. Hasta por las noches cerraba su puerta. Y eso era lo que más me preocupaba: el que estuviera volviendo a sus miedos, a dormir atrincherada por culpa mía. Varias veces estuve a punto de acercarme, aunque me detenía a tiempo. Tal vez, por jodido que fuera, esa distancia era lo mejor para los dos.

Al salir al túnel, River me estaba esperando. Me tomó de la mano y me alejó un poco, sin decir una sola palabra. Yo, desconcertado, solo pensaba: «¿Qué se traen entre manos?». El misterio duró poco.

Mischa estaba allí.

Y Davenport también. Le acariciaba la espalda mientras ella le sonreía. Me estaba poniendo enfermo. No solo por el afecto evidente entre ellos, sino porque algo no encajaba. A diferencia de Hughes, yo no me tragaba su versión. Había algo más. Su mirada se iluminaba cada vez que la veía; siempre buscaba tocarla, no de forma rara, sino con un cariño profundo. Como un padre. O algo parecido. Y yo no podía quedarme con la duda. Esa noche, sí o sí, pensaba hablar con él. Y, si no me decía la verdad, lo haría con Mischa.

Entonces lo vi.

Una silla de ruedas, justo al borde de la pista. Y en ella, sentada como una reina…, mi abuela.

Me quedé sin aire. No me lo creía. Llevaba años sin venir a verme jugar. Y ahí estaba. Sonriendo.

Busqué a River con la mirada, necesitaba confirmación. Que no me lo estaba imaginando. Que no era un sueño.

—Sí, Kai. Es Ava. Ha venido por ti. Mischa habló conmigo y con Davenport para ver cómo podíamos ayudarla. Yo me encargué de buscarle un sitio cómodo, y él de colocarla en un lugar desde donde pudiera verte bien, lejos del ajetreo de la gente.

—Joder, reina…, no sé qué decir. —La abracé fuerte y le besé la cabeza—. Gracias.

—A quien de verdad tienes que agradecérselo es a Mischa. Ella lo organizó todo. Ava no podría tener mejor cuidadora. Siempre se las arregla para cumplirle todos los caprichos. Es una gran chica, Kai.

—Lo sé —asentí sin dudar—. Es increíble. Tiene algo… que con solo estar ahí te gana, te roba el corazón sin proponérselo.

Solté a River y caminé hacia mi abuela. Cuando me vio con toda la equipación, los ojos se le llenaron de emoción. Me agaché, la abracé y le besé la frente. Cuánto la quería. Lo había sido todo para mí. Sin ella, jamás habría llegado hasta aquí.

River sacó su móvil y nos tomó una foto. A continuación, otra con Mischa, la gran autora del plan. Entre bromas, risas y algún compañero acercándose para saludarla e incluso sacarse fotos con ella, el ambiente se volvió mágico. Sabía que ese momento no lo iba a olvidar nunca.

Y entonces desvié la vista y lo vi.

Juraj, nuestro delantero eslovaco y rompecorazones oficial, estaba hablando con Mischa. Sonreía de manera descarada y se inclinaba hacia ella, tirándole la caña. Me hervía la sangre.

Fui hacia ellos, le di un toque en la espalda y me acerqué a su oído.

—Lárgate al hielo. Y ni se te ocurra volver a mirarla, ¿me has oído? Porque si lo haces, vamos a tener un problema. ¿Te ha quedado claro?

—Vale, tío. —Levantó las manos, sorprendido—. No tenía ni idea de que era tu chica. Ya sabes que yo no le piso la polla a mis compañeros.

—¡Que te pires, ya! —le solté con un empujón suave, porque encima no paraba de hablar y la estaba liando más. Bastante tensas estaban ya las cosas como para que ese bocazas añadiera más leña al fuego.

—Vaya…, creyó que era tu novia. ¿Tampoco sabe que estás casado? Dios, lo siento, no debería haber dicho eso —murmuró Mischa, incómoda.

—Supongo que como casi todo el mundo piensa que nos separamos… —respondí bajando la voz. Tenía que hablarle de Madison. No podíamos seguir dejando ese asunto sin aclarar—. Espero que no te estuviera molestando.

—No, para nada. Era simpático, incluso. Aunque supongo que después de lo que le murmuraste al oído, no se va a acercar más.

—¿Acaso querías que te prestara atención? —me indigné, más borde de lo que pretendía—. Si te interesa tanto, puedo ir ahora mismo y traerlo de vuelta.

—Venga ya, Kai —gruñó, y me fulminó con la mirada—. ¿De verdad crees que mis sentimientos son tan volátiles? ¿Que hoy siento por uno y al día siguiente ya me he olvidado?

Me quedé callado. Porque por dentro gritaba: «Y me alegro. Porque verte con otro me revienta. Me jode». Pero eso no se lo diría jamás.

—Mischa… —inhalé hondo y cambié de tema—, quería darte las gracias. Lo que hiciste por mi abuela también fue un sueño para mí.

Significa mucho, más de lo que te imaginas.

Llevé la mano enguantada hacia su mejilla, pero me detuve a medio camino.

Y en ese instante, escuché mi nombre.

Me llamaban para salir.

Me puse el casco, lancé una última mirada a Mischa y me dirigí al hielo.

Esa noche estaba más motivado que nunca. Tenía a mis dos chicas mirándome. Y ese juego era por ellas. Para ellas.

***

Cuando entré en casa, todo estaba en penumbra, salvo una luz tenue que venía de la sala y el parpadeo azul de la televisión. Solté la bolsa de deporte junto a la puerta y me encaminé hacia allí, sabiendo perfectamente quién se hallaría dentro. Me extrañó que no estuviera encerrada en su cuarto, como llevaba haciendo desde hacía días, a no ser que mi abuela la acompañara. Pero cuando crucé el umbral, lo comprendí.

Mischa se había quedado dormida en el sofá, estirada a lo largo con una manta medio caída y una película de terror sonando bajito de fondo. Cuánto le gustaban esas mierdas. Estaba claro que no había aguantado despierta ni media hora.

Ellas habían vuelto a casa justo después del partido. El chófer se encargó de traerlas porque yo todavía tenía por delante el cambio de ropa, la rueda de prensa y mi inevitable charla con Davenport. Lo acorralé tanto que no le quedó más remedio que contarme su gran secreto. Y, joder, ojalá no lo hubiera hecho.

Me senté en el borde del sofá y le acaricié con cuidado el cabello, observándola dormir. Tan tranquila, tan ajena a todo… Y entonces me vinieron a la cabeza sus palabras, que se me habían quedado clavadas: «Mischa debe importarte mucho para que vengas a increparme así, Kai. Y, sinceramente, no sé si eso debería alegrarme o preocuparme aún más».

Tenía razón. Me importaba más de lo que reconocería jamás. No solo porque vivía en mi casa o porque deseaba que estuviera bien. Era esa necesidad absurda de protegerla, de verla sonreír, de hacer

que se sintiera feliz. Por eso lo presioné. Le exigí que me contara la verdad o que se la contara a ella. Y él eligió decírmela a mí.

«Una vez que sepas esto, el peso será tuyo, Kai. Su madre y yo escogimos protegerla, evitarle este dolor. Ahora tú decides. A veces la verdad no libera, rompe. Y saber lo que no se puede cambiar no te hará sentir mejor. Sea como sea, yo asumiré mi parte, pero no pienso disculparme por proteger el secreto de Liv».

Tenía razón. Estar al corriente solo me trajo más confusión. Más miedo. Porque ahora era yo el que debía decidir si romperla con la verdad o respetar el silencio que quería su madre.

La miré otra vez. Dormida. Expuesta. Quizá rendida después de noches encerrada en su cuarto, lidiando con un trauma que le dejó un cabrón al que nunca debió llamar padrastro. Y en ese momento, supe que no iba a revelarle nada. No por ahora. No hasta estar seguro de que la verdad no la destruiría más.

Mischa comenzó a parpadear, entreabriendo los ojos, y aún medio dormida me regaló una de esas sonrisas suyas que iluminaban cualquier día de mierda. Cuánto había echado de menos ese gesto. Levantó la mano despacio y sus pequeños dedos rozaron mi rostro.

«Me cago en todo, cómo me gustaba sentirla…», pensé sin atreverme a moverme.

—Kai, eres tan guapo que no pareces real —murmuró mientras acariciaba mis labios, y tuve que aguantar la respiración—. Bueno, sé que solo formas parte de mi sueño, pero al menos aquí puedo tocarte sin que huyas de mí.

«La hostia…, se cree que está soñando», musité para mí, conteniendo la risa.

—¿Y qué haría el Kai de tus sueños? —pregunté divertido.

Sus ojos se abrieron de golpe como platos, y pegó un brinco tan rápido que acabó cayendo del sofá, enredada en la manta. Me eché a reír a carcajadas. Ella, ruborizada como si le hubiera subido la temperatura, me lanzó la manta a la cara antes de intentar huir, aunque le agarré la mano justo a tiempo y acabó sentada de culo otra vez a mi lado.

—Me quiero ir a dormir. ¿Puedo? ¿O vas a seguir riéndote de mí?

—Jamás me reiría de ti, Mischa. Y no, no puedes irte a dormir…, no antes de que hablemos.

—¡Ah, no! —Volvió a levantarse, sin embargo, esta vez la atrapé y terminó en mi regazo. Se quedó rígida como un *stick* y giró la cara con el ceño fruncido, evitando mirarme.

—Pequeña, no podemos seguir así. No me gusta tenerte lejos ni sentirte distante. Estos días sin ti han sido grises. Te extraño, joder. Extraño a mi chica, la que lo ilumina todo.

Se giró despacio, sorprendida por mis palabras. Parecía que necesitaba comprobar que hablaba en serio. Y sí, lo hacía. Nunca había sido tan honesto… ni tan suicida emocionalmente. Pero ya que me había tirado al agua, decidí hundirme un poco más.

—Dime que tú también me has echado de menos —le pedí poniendo cara de cachorro abandonado.

Ella sonrió, aflojando la tensión, y con los dedos hizo ese gesto mínimo entre el pulgar y el índice.

—Casi nada… No eres tan importante, Kai Jones.

—Mentirosa —repliqué, la tiré al sofá y empecé a hacerle cosquillas. Se revolvía, pataleaba y chillaba de la risa.

—¡Para! ¡Kai, para! ¡Lo reconozco!

—¿Entonces?

—Demasiado. Te he extrañado demasiado, Kai. Me sentí… muy triste.

—Joder, ven aquí.

La abracé con fuerza, y por dentro sentí que algo volvía a su sitio. Ese abrazo me devolvió el puto calor al cuerpo.

—Tenemos que hablar de lo que pasó… y de Madison.

Bastó con mencionar su nombre para que se tensara de golpe y se apartara ligeramente.

—Si no queda más remedio… Venga, avergüénzame hasta que parezca una fresa.

—Ja —me burlé tirando suavemente del moflete—. Serás la fresita más bonita del mundo.

—Basta, Kai —rio bajito—. Anda, habla. Cuanto antes empecemos, antes acabaremos con este castigo.

Cogí un cojín y lo coloqué sobre sus piernas. Me tumbé a lo largo del sofá, estirando una pierna que todavía me dolía de una parada a quemarropa del tercer tiempo. Dejé caer la cabeza sobre su regazo, sin mirarla directamente.

Percibí que se quedaba quieta. Era justo lo que necesitaba. Que no huyera. Porque por mucho que me costara decir lo que venía ahora, debía hacerlo.

—Mischa, eres una chica preciosa, en serio. Cualquier chico estaría feliz de tenerte a su lado. Pero…

—Pero tú no —me cortó, directa—. Porque amas a tu mujer.

—No se trata de Madison. Es por mí. No puedo ignorar la diferencia de edad entre nosotros. Si tú fueras mayor o yo más joven, tal vez sería distinto. No obstante, si doy un paso en falso contigo ahora, Mischa, no me lo perdonaría. Me sentiría fatal, y no solo por mí, sino porque no quiero perderte. Eres importante para mi abuela y para mí también. Además, tú tienes toda una vida por delante. Conocerás a chicos de tu edad, te enamorarás y probablemente me olvidarás. ¿Lo entiendes, pequeña?

Soltar eso me costó la vida. Solo imaginarla con otros me revolvía el estómago, aunque era lo que tenía que decir.

—Vale, Kai. Comprendo que no me correspondas, que me veas como una cría y que estés enamorado de otra persona. Pero lo que no acepto es que vengas a decirme qué siento o qué voy a sentir. Yo tengo muy claro lo que hay dentro de mí, sé perfectamente qué me hace bien y qué me hace daño.

Su respuesta me dejó seco. Directa, firme, tan segura…, justo lo contrario a cómo me sentía yo. Un lío de contradicciones. Mis palabras iban por un lado, mis actos por otro. Parecía que se hubieran invertido los papeles y que el adolescente confundido fuera yo.

—Mischa, los sentimientos cambian. Lo que hoy crees sentir, con el tiempo podría ser otra cosa. Cuando empieces la universidad verás el mundo de otra forma, y está bien que así sea. No puedo saber lo que pasa en tu interior, pero sí he vivido un poco más. Y eso da cierta perspectiva.

—Pues tu perspectiva no te ha servido de mucho —disparó sin clemencia—. Porque no tienes ni idea de lo que me pasa. Aunque, tranquilo, no te volveré a incomodar. Si estás con alguien, lo respeto. Y de mis sentimientos ya me encargo yo.

Plas. Otra bofetada invisible directa a la cara. Tenía una respuesta para todo.

Y sí, ¿quién era yo para hablar de experiencia, si fui el primero en perder la cabeza por una chica? A los dos meses de salir con Madison ya le estaba pidiendo matrimonio. Una locura. Eso dijeron todos.

—Kai —murmuró. Dudó unos segundos antes de preguntar, como si le costara soltar las palabras—. ¿Dónde está ella?

—No lo sé, Mischa. Hace meses que se fue y no tengo ni puta idea de a dónde. Solo hablo con su abogado, que es quien se encarga de sus cosas.

—Ay, Dios… —Se llevó la mano a la boca—. ¿Y tú? ¿Cómo estás con todo esto?

—Pues estuve muy jodido al principio. No voy a mentirte. Lo que sentí por Madison fue amor a primera vista. La conocí en la clínica donde hacía prácticas. Me atendió cuando me lesioné en la universidad, jugando al hockey. Me pareció la mujer más guapa del planeta. Al principio no fue más que un coqueteo, aunque, tiempo después, coincidimos en un evento de la NHL. Ella ya estaba trabajando en una clínica deportiva importante, y esa noche simplemente pasó. Poco después nos casamos.

—Guau…, debe ser precioso amar así. Y que te amen igual —afirmó, con una tristeza que se le notó sin querer.

—Sí, suena bonito, aunque ese cuento duró hasta que empezamos a convivir. Ella y yo éramos polos opuestos. Le encantaban los lujos, los eventos, salir en las revistas, vivir frente a un público. Yo odiaba todo eso. Esta casa la eligió ella. A mí me parece fría, sin alma. Llena de cosas que nunca usé. El cine que hay abajo, por ejemplo…

—¿Hay un cine? —preguntó con sorpresa.

—Y muchas otras cosas más, pequeña. Hasta una flota de coches que jamás escogí o usé. Prefiero las motos o una vieja furgoneta y

perderme en medio del bosque. Nada me gusta más que el silencio.

—Vaya, no lo hubiera imaginado.

—Soy un tipo sencillo, Mischa. Lo único que me mantiene en el hockey es el amor por el deporte. Odio las ruedas de prensa, los focos, los *flashes*. Pero cuando piso el hielo… ahí todo cobra sentido.

—Debe ser increíble deslizarse así, girar, correr…

—¿Nunca has patinado?

—Kai, mejor pregunta qué es lo que sí he hecho, acabas antes —rio negando con la cabeza—. Pero deja mi triste currículum. ¿Qué pasó entre vosotros?

—Empezaron las discusiones y, no sé, sentía que cada vez estábamos más lejos el uno del otro. Hasta que un día todo explotó por mi abuela. Ella no la quería con nosotros. Nunca se llevaron bien y, aunque mi abuela jamás me dijo nada al respecto, estaba claro que no le agradaba. Se volvió distante desde que Madison apareció en nuestras vidas. Entonces Mad me dio un ultimátum: o mi abuela o ella.

—¿En serio te puso entre la espada y la pared así?

—Sí. Y yo no sabía qué hacer. Mi abuela estaba peor de salud y yo apenas pasaba tiempo con ella entre viajes, eventos, cenas… Así que, con toda la culpa del mundo encima, busqué una de las mejores residencias y la llevé allí. Aunque fue como si con eso le apagara la luz poco a poco. Nunca me había sentido tan mal. Le fallé a la persona que más me había dado en esta vida.

—Pobre Ava… ¿Y no pensaste en instalarla en una casa con gente que la cuidara?

—No pensaba en nada, Mischa. Tenía la cabeza hecha mierda. Solo estaba Madison y los problemas que teníamos, porque ni siquiera mejoraron cuando mi abuela se fue. Al contrario. Mad viajaba todo el tiempo por trabajo, yo también estaba fuera por el hockey, y cuando coincidíamos era solo para socializar en eventos absurdos. Nada real.

—Vaya, suena como una relación vacía.

—Sí, lo fue. Y aun así yo seguía ahí porque la quería. Pero no bastó. Un día se enteró de algo de mi pasado, algo que creí haber dejado atrás en Londres, y me dijo que necesitaba tiempo para

procesarlo. Que no sabía si podía con eso. Que lo cambiaba todo. Y se fue. Hasta hoy no ha vuelto y, sinceramente, dudo que lo haga.

—No sé qué decir…, bueno, sí sé: esa tía no te merece. Perdona que sea tan sincera, pero me parece muy cómodo y egoísta todo. Ella se va a «pensarlo» mientras tú te quedas hecho polvo, esperándola. Muy bonito, ¿no? —lanzó con enfado, y juro que, aunque no era un tema para reír, no pude evitar sonreír por cómo me defendía, con tanta rabia, como si le doliera a ella también.

—Bueno, su ausencia al menos me abrió los ojos. Me di cuenta de que me equivoqué con mi abuela, y desde entonces aquí está. Y por nada ni nadie voy a volver a apartarla de mi lado.

—Yo tampoco la alejaría si tuviera una abuela como Ava. Es la mejor. Una mujer increíble.

—Como tú, enana. —Le toqué la naricita con cariño.

—Kai, ¿puedo preguntarte algo?

«Mierda, que no pregunte qué pasó en Londres, no puedo volver a ese lugar…».

—¿Todavía la amas? —formuló, bajito. Respiré aliviado—. O sea…, ¿todavía la esperas? Ay, perdón, no tengo derecho a inmiscuirme en algo tan personal. No hace falta que contestes.

—Ya sé que no hace falta, pero quiero hacerlo. Aunque, la verdad, no tengo una respuesta clara. Creo que algo se rompió entre nosotros, Mischa. Y sí, si volviera tal vez sentiría algo parecido a alivio. Sería como que mi pasado habría dejado de perseguirme. Sin embargo, ya no sé si la amo. Estoy perdido. Antes pensaba en ella todo el tiempo. Ahora… hay días que ni recuerdo que estoy casado. Es como si ya no formara parte de mi vida. Solo un recuerdo lejano. Y no sé ni cuándo pasó eso.

—Kai… —Sus dedos se enredaron en mi pelo, jugueteando con mis rizos—. Me alegra que ya no pienses en ella. Y no lo digo por lo que yo siento, sino porque creo que no te merece. Eres demasiado bueno, y ojalá un día estés con alguien que lo vea, que lo valore de verdad.

Se inclinó y me dio un beso en la frente. Yo levanté la mano y acaricié su cara.

Por primera vez, hablar de Madison no me lastimó. Fue como evocar un recuerdo distante, ajeno, que ya no tenía peso en mí. Y aunque eso me dio cierta paz… también me inquietó. Me preocupaba que la causa fuera Mischa.

Me incorporé, sentándome a su lado. Y una idea un poco tonta, pero perfecta, se me cruzó por la cabeza. Una excusa para calmar mi conciencia, y seguir disfrutando de su compañía sin sentirme tan miserable por ello.

—¿Tienes sueño?

Ella negó con la cabeza.

—¿Qué te parece si ahora que hemos hecho las paces, lo celebramos estrenando el cine de la planta baja? Pero, por favor, no me hagas ver una de esas películas de terror tan malas que en vez de asustar dan risa. ¿Te apuntas?

—¿Que si me apunto? ¡Ja! —Se levantó de un salto—. ¡Claro que sí! Eso ni se pregunta. Tú elige la peli —dijo mientras caminaba hasta la cocina—, pero que sea de miedo, ¡y yo hago las palomitas!

—¿Palomitas a estas horas? Estás loca. Lo sabes, ¿no?

—¡Pero te encanta!

Y sí. Me encantaba.

Toda ella.

CAPÍTULO 10

KAI

Aquella mañana habíamos empezado fuerte en el gimnasio. Los porteros teníamos sesión extra de reflejos: tiros rasos, lanzamientos a bocajarro, ejercicios de agilidad con conos y pesas para las piernas. Sudábamos a chorros, pero nos dejaba con la cabeza limpia. Entre serie y serie nos iban llamando a cuentagotas para hacernos las fotos de la cartelera del equipo. Un salto rápido a la ducha, camiseta oficial, guantes y *stick* para posar. Pura rutina.

En un compartimento aparte, montado dentro de la sala de visionado, estaba Mischa. Supuse que grabando algo para las redes. La acompañaban Liam y Juraj en lo que parecía un ping-pong de preguntas. Por las risas, debía de ser divertido. Se la veía en su salsa. Y estaba guapísima: un vestido lencero con una camisa irregular caída por los hombros y un corsé encima. *Uf*. Últimamente sacaba unos modelitos imposibles de ignorar. Hermosa. *Sexy*. Irresistible.

En casa era igual. No volvió a ponerse el camisón del primer día —menos mal, porque cuando la vi con aquello pensé que ni sería capaz de prepararme un café—, pero aun así andaba con camisetas amplias, sin mangas, descalza, luciendo esas piernas torneadas. Canturreaba mientras cocinaba. Todas las noches preparaba la cena para ella y para mí. Al principio yo no tocaba nada, aunque con los días me daba hasta vergüenza y acabé comiendo.

Pero ahí no se quedó la cosa. Yo intentaba cerrar la puerta de la sala, y ella, empeñada, la abría. Hasta que una noche me la encontré dentro, viendo la tele. Casi se me para el corazón. Mi reacción fue cerrar la maldita puerta de golpe. Desde entonces intenté pasar el menor tiempo posible en casa y con ella. Dos veces no iba a cometer el mismo error.

—Jones, es tu turno. —La voz de Elijah, al lado del fotógrafo, me sacó de mis cavilaciones.

Me subí a la plataforma giratoria con el croma y cumplí con las poses que me pedían. Nadie que viera las fotos se imaginaría que, debajo, llevaba unos pantalones cortos y chanclas. Como última petición, hicimos un par de tomas más desenfadadas para las redes. Joder, puñeteras redes.

—Jones, ponte la camiseta técnica de los Rift y la gorra. Vete junto a Mischa, está con las entrevistas para TikTok.

—¿Es necesario? ¿No puedo saltarme esa parte? —bufé, sin ganas de hacer esas tonterías.

—No, es obligatorio. Te esperan en la sala de los trofeos. Las entrevistas se tienen que hacer por todo el estadio. Deja de hacer tantas preguntas y muévete ya. Tenemos trabajo —me apremió Elijah.

Cogí el ascensor y se paró. La puerta no se abría.

«Me cago en todo, ¿qué más me puede pasar?». Golpeé el metal y toqué la alarma con desesperación.

Y sí, podían pasar más cosas. Siempre podían. Decían que había gente que nacía con una estrella en el culo…, y yo debía de haber nacido estrellado.

Eso me quedó claro cuando escuché unas voces. Bien, una era de Mischa, todo normal, trabajaba allí. Pero la otra… era de Madison. Y eso no era solo malo, era terrible. Hoy tenía que firmar la demanda de divorcio; seguro que estaría cabreadísima y, si encima había consumido algo, iba a pagarlo con Mischa. Joder, ella no tenía nada que ver.

Volví a tocar el timbre e iba a aporrear la puerta cuando escuché a Mischa hablar y me detuve en seco.

—Vaya. Es la primera noticia que tengo. Pero me alegro de que, por fin, Kai haya dado el paso de alejarse de ti.

—No te hagas la mosquita muerta —saltó Madison, el tono desafiante—. Seguro que sus amigos y tú lo estáis manipulando para que se aparte de mí.

—Por desgracia ni yo ni nadie tenemos ese poder sobre él. Si así fuera, créeme que hace mucho que habríamos evitado que pasara

tanto tiempo contigo.

—En eso tienes razón —se oyó reír a Madison, pero fue un sonido sin alegría—. Él siempre me eligió a mí antes que a cualquiera.

Tragué saliva. Un golpe bajo.

—¿Elegirte? —La voz de Mischa se quebró un instante y después se endureció—. A mí me parece que tú nunca le diste opción. Lo has condicionado, manipulado, aprovechándote de sus puntos débiles. Eso no es amor. Amar no es destruir ni apagar, tampoco convertir a alguien en un espectro. Y eso es lo que tú hiciste con Kai.

Me dolió oírla. Así me veía. Así me describía. Justo ella.

El ascensor vibró. Toqué otra vez el timbre, desesperado. Pero sus voces siguieron.

—No te olvides de algo, Madison. Él no está solo. Tiene personas que lo quieren.

Hubo un silencio corto, denso.

—¿Y tú estás entre ellas?

Otra pausa. Y después, de forma clara, una sola palabra que me llegó a lo más profundo:

—Sí.

El ascensor se abrió de golpe. Las vi un segundo. Mischa se apartó y siguió andando sin mirarme.

Tiré de Madison dentro, inquieto por lo que venía.

—¿Qué haces aquí? —bramé, presionando el botón.

—Me has abandonado por ella, ¿verdad? —preguntó temblando entre rabia y llanto—. Te escudaste en mi problema para separarte. Eres un desgraciado. Si yo estoy así es por tu culpa.

—¡Basta, joder! —grité—. Tengo la cabeza quemada de escucharte una y otra vez. ¡Me vas a volver loco!

Inspiré hondo para no romperme.

—Mischa no tiene nada que ver en todo esto. Déjala en paz. Solo está aquí temporalmente por Davenport. Tiene su vida en Nueva York.

El ascensor se detuvo con un clic. La empujé hacia fuera y me quedé en medio de las puertas.

—Ella te sigue queriendo, Kai —me lanzó desde el otro lado—. Esa niñata sigue encaprichada contigo. Pero tú y yo sabemos que

jamás podrás estar con ella. No sabe quién eres ni lo que has hecho. Y nunca tendrás el valor para contárselo. Y cuando se entere, se alejará. Y eso te va a romper.

Apreté los puños y tragué saliva, intentando calmarme.

—Madison, esto se acabó. No lo hagas más difícil. Firma los papeles del divorcio.

—¡Kai! —exclamó zarandeándome—. ¿La quieres? ¡Respóndeme!

Me solté de su agarre. Las puertas se estaban cerrando de nuevo.

—Sí —reconocí al fin—. Nunca dejé de hacerlo.

Las hojas de metal formaron una barrera entre nosotros. Y me quedé allí, solo, mientras desaparecía.

***

Aparqué delante de casa y, al bajar, lo vi. Conor estaba sentado en el borde de la fuente, una mano jugando distraído con el agua y la otra sujetando una cerveza. Caminé hacia él porque, con solo mirarle, entendí que había vuelto a discutir con Liam. Me dolía ver cómo dos personas que se querían tanto podían hacerse daño un día sí y otro también.

Me senté a su lado.

—¿Mal día? —pregunté en voz baja.

—Ahora todos lo son —respondió con una mueca cansada—. Joder, ya me estoy pareciendo a ti.

—Debe de ser contagioso —intenté bromear—. Pero te aviso que no mejora.

—Siempre nos quedará el hockey —resopló, dándole un trago.

—Tío, ¿tan mal está todo?

—Peor que mal —respiró hondo—. Liam está mirando vientres de alquiler. No puedo más. Me habla de familia como si él y yo no lo fuéramos ya. Como si yo no fuera suficiente. Y eso me está rompiendo por dentro. Para mí él lo es todo. Si algún día tenemos hijos, bien; si no, también. Mi vida ya es plena con él.

—No seré yo quien os dé consejos —comenté al fin—. Y menos con mi historial, pero quizá ayude intentar ponerse en el lugar del otro. Y si no podéis…, no sé, ¿hacer terapia?

—¿De verdad crees que una psicóloga va a solucionar lo que nosotros no somos capaces de arreglar? —Negó con la cabeza—.

Creo que lo he perdido, tío.

—No digas eso. Todas las parejas pasan baches. Estoy seguro de que lo superaréis.

—Gracias por tus palabras, aunque mientes fatal. —Esbozó una sonrisa rota—. ¿Sabes cuánto hace que no follamos? Meses. Eso no es buena señal. Te apuesto a que Hughes y River no paran, a pesar de toda esa jungla que tienen montada en la casa. Y Jordan y Prescott…, mejor ni hablar.

—Joder, me estás comparando con parejas que están en pleno auge —resoplé—. Mírame a mí: en los últimos tres años casi no he tenido relaciones íntimas.

—Tú no eres ejemplo de nada, colega —se le escapó en tono de broma—. Con el panorama que tenías en casa, ni sé cómo se te levantaba.

Su comentario me golpeó en un punto demasiado sensible. Aparté la mirada.

—Ey, tío… —me tocó el hombro—, no hablaba en serio. Perdona, no sé ni lo que digo. Kai, ¿qué sucede?

Me quedé callado un segundo. Después, la verdad salió sola.

—Estoy más jodido de lo que os conté. Mi polla no funciona bien, Conor. Soy incapaz de eyacular durante la penetración. Se me pone dura, sí, pero hasta ahí: no hay placer.

—¿Te has hecho algún chequeo? ¿Qué te han dicho?

—Que físicamente estoy bien. Pero mi cabeza no. La psiquiatra de Madison dice que puede ser por lo que pasó, que es culpa, una barrera para que no vuelva a suceder.

Conor me apretó la pierna, firme.

—Está bien, tío. Date tiempo. Has pasado por mucho. Las cosas se irán acomodando ahí abajo.

Me arrancó una sonrisa sin ganas, sintiéndome patético.

—Nada se va a arreglar. Mírame. Soy defectuoso. Siempre lo he sido.

—No digas eso —me pidió, tiró de mí hacia él y me abrazó con fuerza—. Cabrón, me vas a hacer llorar. No quiero volver a oírte decirlo. Eres de las mejores personas que conozco, si no la mejor.

Tienes un corazón tan grande que no cabe en el estadio de los Rift. Siempre estás para todos. Por eso te queremos.

Y entonces el que rompió a llorar fui yo. Intenté secarme las lágrimas.

—No sé cómo puedes decir eso. Lastimo a todos los que quiero: a Hughes, a mi abuela, a Madison, a Mischa…

—Me cago en la puta. —Se apartó, enfadado—. Esa tía sí que te ha jodido la cabeza. Colega, eres humano, como todos. A veces las cosas no salen como queremos y en el camino nos lastimamos. Pero no vas por la vida haciendo daño aposta. Y te recuerdo que somos unos cuantos más en el grupo y jamás ha pasado nada contigo.

Bajó la voz.

—Y en cuanto a tu abuela, te mataría si te oyera decir esto. Fuiste el mejor nieto que pudo tener. Lo de Hughes no fue malintencionado: él también se encabronó y se complicó todo. Aunque vuestra amistad es más fuerte que un bache.

Hizo una pausa, como midiendo las palabras.

—Y Mischa…, esa tía está aquí, en esa casa, por ti. Porque le importas, joder.

—¿Mischa? Vino por sus prácticas. En cuanto termine regresará a Nueva York.

—Quítate esa venda de los ojos. Cambió sus prácticas por ti, porque supo que estabas jodido y no lo dudó. Eso no lo hace alguien que no te quiere de verdad.

Me quedé petrificado.

—No puede ser. Yo le hice mucho daño. No tiene sentido.

—Es cierto, lo pasó mal. —Conor se puso de pie y me tendió la mano—. Pero también sé que la hiciste muy feliz. La balanza está en tus manos. Tú decides hacia dónde la inclinas.

Me dio un golpecito en el hombro y sonrió cansado.

—Medítalo con la almohada. Y descansa.

Miré la casa desde el jardín. Todo estaba a oscuras; incluso la luz de su cuarto. Supuse que dormía.

Al entrar, sin embargo, una claridad tenue se filtraba desde la sala. Caminé sin hacer ruido. Ella estaba tumbada en el sofá,

cubierta con una manta, mirando el televisor. Aparté la vista, dispuesto a seguir de largo, cuando escuché su voz:

—Tienes la cena en la cocina.

Cerré los ojos un instante. Fui hacia mi cuarto, dispuesto a encerrarme, pero me detuve con la mano en el pomo. Un impulso me hizo dar la vuelta. Me serví un vaso de agua. El plato estaba preparado sobre la isla. Ni siquiera calenté las berenjenas; las puse en una bandeja. Y rompí la promesa que me había hecho: no acercarme.

Fui hasta la sala. Ella tenía los ojos rojos, pañuelos escondidos bajo un cojín. Se me encogió el corazón. Quizá era culpa mía. Quizá de Madison. Lo único que sabía era que yo había intentado evitarle justo esto: volver a hacerle daño.

—¿Le pasa algo a la comida? —indagó sin mirarme, con la vista fija en la pantalla.

—No, o eso espero. Todavía no la he probado. Me preguntaba si me harías sitio en el sofá. Hoy me apetece ver algo mientras ceno.

Se incorporó despacio, como si viera un fantasma. Tardó un momento en procesar mis palabras.

—Es de terror —murmuró, abrazándose las piernas—. Y a ti no te gustan.

—Creo que lo podré sobrellevar —afirmé sentándome a su lado—. Tiempo atrás sobreviví a maratones enteros. Se puede decir que estoy curtido en la materia.

Mi comentario le arrancó una sonrisa. Joder. Ese simple gesto lo iluminaba todo.

—Kai, aborrecías esos momentos.

—No —negué, bajando la voz—. Aborrecía esas películas tan malas. Pero amaba esos momentos porque eran contigo.

Me odié en cuanto lo solté. Ella apretó los labios y clavó la vista en la pantalla. Menos mal.

El tiempo fue pasando y, sin darnos cuenta, nos relajamos. Por un instante parecía que volvíamos atrás: yo quejándome de lo terribles que eran las escenas, ella pegando saltitos de susto. Hasta que, como siempre, se quedó dormida. Esta vez en mi hombro.

¿Podía despertarla? Sí.

¿Lo hice? No.

Permanecí así, disfrutando de aquel regalo, hasta que la película terminó. Entonces ya no tenía cómo justificarlo. Si se despertaba…

La llamé suavemente. Nada. Intenté moverla y estuvo a punto de acurrucarse otra vez. Así que le quité la manta, la recogí entre mis brazos y ella rodeó mi cuello y enterró la cara en mi piel. Cerré los ojos, tuve que respirar hondo.

«No puedes volver a cometer el mismo error, Kai. No la rompas otra vez».

Con ese pensamiento en bucle la recosté sobre la cama, la tapé y, cuando me iba, sentí sus labios en mi mejilla.

«Por Dios, no puede ser tan dulce. Me va a matar», rumié, tomando distancia.

Me giré para salir. Entonces lo vi: el *puck*, ese *puck* que todavía guardaba. Lo apreté entre las manos y, casi sin voz, pregunté:

—Mischa, dime la verdad. ¿Por qué has vuelto?

—Por ti —murmuró, dándose la vuelta en sueños.

Coloqué el disco en su sitio y salí despacio. «Por mí…», repetí en silencio, sin poder creerlo.

CAPÍTULO 11

KAI

Tres años antes…

Cuando entré a su habitación, dormía plácidamente. Caminé con una ligera sonrisa al ver el caos sobre la cama: la ropa hecha un ovillo en una esquina, una almohada en los pies y, cómo no, el peluche junto a ella. Me senté en el lado opuesto, alcancé un cojín para apoyarme contra el cabecero y rescaté al pobre perrito de peluche. Estaba destrozado, literalmente. Lo deposité a un lado y me fijé en la pelirroja que dormía junto a mí.

Pasé los dedos por su cabello despeinado, recogido a medias con una minicoleta de la que se escapaban la mayoría de los mechones. Joder, parecía un dibujo animado. Y aun así estaba preciosa, tan natural… Mis manos trazaron líneas suaves desde su rostro hasta el cuello. Ella se movió, subiéndosele un poco la camiseta y dejando al descubierto su abdomen. No era consciente de lo *sexy* que podía ser con algo tan simple como esos pantaloncitos de algodón grandes y las camisetas holgadas que apenas le quedaban en su sitio.

Me pregunté en qué momento había terminado sintiendo algo por alguien que, en teoría, no debería despertarme nada. No era bueno para ella. Ella era luz; yo, oscuridad. Y, si se quedaba demasiado cerca, acabaría apagándola. Pero cada día me costaba más frenar. Sin darme cuenta, Mischa se me había metido bajo la piel, en el corazón. A su lado me sentía mejor, reconstruido, ella parecía remendar piezas rotas que ya creía perdidas.

Sacudí la cabeza, borrando esos pensamientos. Hoy era su cumpleaños y teníamos un día lleno de sorpresas preparado para sus dieciocho. Nunca me había alegrado tanto de que cumpliera esa edad: ahora nadie podría controlarla, ni siquiera ese imbécil de su padrastro. Aunque una punzada me atravesó el pecho. Pronto

empezaría la universidad, haría su vida y yo quedaría atrás. Me dolía, pero así debía ser. Mischa tenía que volar, y yo jamás cortaría sus alas.

Acerqué mi rostro al suyo y empecé a depositarle besos suaves: en la frente, en la mejilla, otra vez en la frente. Ella despertó y me sonrió. Mierda, estaba jodido.

No paré. Contaba en mi cabeza: cinco, seis…; bajé a su cuello…, siete. Se revolvió bajo mi contacto. «Dios, qué mala idea». Mi plan eran dieciocho besos para despertarla, sin embargo, ahora me parecía la peor estrategia del mundo. Quince…, volví a su rostro. Sus manos se enredaron en mis rizos y tiró, arrancándome un gruñido que se ahogó en su mandíbula. Diecisiete…, giró la cara y la comisura de mis labios rozó la suya.

Nuestros ojos se atrajeron. «Me cago en mi vida». El último beso esperó que fuera en su boca. Ella entreabrió los labios, el pecho subiendo y bajando rápido. Me incliné… y, justo antes de rozarla, apreté los ojos. «¿Qué haces, idiota? No está bien». La voz de mi conciencia me detuvo en el último segundo.

Suspiré, y en lugar de besarla en los labios, le di un dieciocho en la nariz. Sí. Un maldito beso en la nariz.

Cuando la miré, vi la decepción en su rostro. Estaba tan frustrada como yo. Me recosté contra el cabecero y nos quedamos en silencio. Al reunir valor para volver a mirarla, un par de lágrimas le caían por las mejillas hasta la almohada. Mierda, me sentí fatal.

La atraje para que se acomodara a mi lado, sujeté sus mejillas entre mis manos y, con mis labios, sequé sus lágrimas. Me miró sorprendida e hizo un pequeño ruidito con la nariz que me partió por dentro.

—Pequeña, ¿qué pasa? Hoy es tu cumpleaños. Ya tienes dieciocho y va a ser un día especial. Vas a ver la de sorpresas que te esperan.

Al decirlo, empezó a llorar más. Le levanté la cabeza, que había bajado para esconder las lágrimas, y la obligué a mirarme.

—Hoy… hoy es el primer cumpleaños que paso sin mi madre. Y no puedo estar contenta, porque me gustaría que estuviera aquí, que me abrazara, que me dijera cuánto me quiere. Aunque ya no está. Y eso… me hace darme cuenta de lo sola que estoy.

—Ey, no digas tonterías. Sé que no está aquí de cuerpo presente, pero, como te dijo mi abuela, vive en tu corazón. Y estoy seguro de que le encantaría verte feliz en tu decimoctavo cumpleaños, no triste.

Me crucé de brazos, poniéndome serio.

—Y mira, no sé si enfadarme contigo. Decir que estás sola es ofensivo. Pensé que los que estamos en tu vida éramos importantes para ti. Porque tú lo eres para nosotros. Mi abuela se ha levantado temprano para hacerte una tarta para desayunar. —Ella abrió mucho los ojos.

—¿En serio?

—River ha ajustado su jornada para que pases la mañana con ella y con Jordan, y sí, no pongas esa cara: va a venir en un viaje exprés desde Chicago solo para tu cumpleaños. Después regresará de madrugada para trabajar.

—¿Ella va a hacer eso?

—No lo va a hacer, ya lo ha hecho. Con quien no contamos es con Prescott, que tiene una agenda complicada.

Sonreí y seguí.

—Y habrá una fiesta en la casa que Liam y Conor compraron, sí, la iglesia. Estarán todos: el pequeño Seany, Hughes, sus padres, Davenport, mi abuela, todos. Y ha sido un reto organizarlo, porque tú nos lo ocultaste y hemos estado como locos repartiéndonos tareas mientras tenemos que trabajar. Así que, Mischa, no quiero volver a escucharte decir que estás sola. Mírame —le tomé el rostro entre las manos—, siempre voy a estar aquí para ti mientras no me apartes de tu vida.

—Jamás haría eso, Kai. —Se lanzó a abrazarme y, contra mi oído, susurró—: Te quiero mucho, eres tan bueno que es imposible no…

—Bueno —la corté, antes de que dijera algo que complicara las cosas—, este es tu primer regalo.

Me aparté un poco, tomé el *puck* de la mesita y se lo di. Ella lo miró, sonriendo, aunque con gesto desconcertado.

—Ven. —Tiré de ella para que se apoyara en el cabecero y le pasé el brazo por encima, buena excusa para evitar otro abrazo que me hiciera perder el control—. Este fue el primer disco que me regaló mi

abuela cuando nos mudamos a Los Ángeles. Tenía ocho años. Habíamos pasado algo duro con mis padres y yo me encerré en mí mismo. No hablaba, no mostraba emociones, no me relacionaba con nadie. Del colegio llamaban preocupados.

»Mi abuela, hablando con el terapeuta, decidió meterme en un deporte de impacto. Algo que me ayudara a sacar la ira y la rabia que tenía dentro. Así empecé a jugar al hockey. Al principio como defensa, pero pronto descubrí que mi sitio estaba en la portería. Me sentía protector, confiaban en mí y eso me hizo sentir especial.

—Guau —susurró ella, girando el *puck* entre los dedos—. Por eso es tan importante para ti, Kai. No puedo aceptarlo. —Intentó devolvérmelo, aunque envolví su mano con la mía.

—Mischa, este disco ya cumplió conmigo lo que tenía que cumplir. Ahora es tuyo. Que te guíe al lugar al que perteneces.

Apoyó la cabeza en mi pecho y lo llevó hasta su corazón.

—Gracias, siempre estará conmigo. Porque es algo tuyo, y todo lo que tiene que ver contigo es importante para mí. —Lo dijo tan seria que me hizo soltar una carcajada.

Le besé el cabello, me levanté de la cama y señalé mi espalda.

—Súbete, koalita. Vamos a probar la tarta de mi abuela.

Se aferró a mi cuello, se acomodó en mi espalda y enroscó sus piernas en mi cintura, muerta de risa. Dios…, escucharla reír era la mejor melodía del mundo. Bajamos corriendo hasta la cocina, donde la reina de la casa nos esperaba con todo listo.

Cuando nos vio, soltó una sonrisa tan sincera que me llegó al alma. La deposité en el suelo y Mischa abrazó a mi abuela con tanta fuerza que casi la tumba.

—Te quiero muchísimo, Ava.

—Yo también, mi niña bonita —respondió mi abuela con un cariño enorme.

Se abrazaron otra vez mientras yo colocaba las velas. Para sorpresa de todos, antes de apagarlas, Mischa entrelazó sus manos con las nuestras, igual que había hecho mi abuela en su cumpleaños. Cuando llegó el momento de soplar las velas, me miró y sentí un cosquilleo recorrerme el cuerpo, como si en ese instante

yo formara parte de su deseo. Y, para qué negarlo, me hubiera encantado que así fuera.

«Santo Dios…, esa muchacha tenía la habilidad de tocarte el corazón sin proponérselo».

Mientras comíamos, le manché la cara con un poco de tarta y ella estalló en una carcajada. En ese momento sonó su teléfono: era River, que la llamaba para felicitarla y decirle que la esperaba en el estadio para salir juntas. Mischa estaba tan emocionada que se retiró corriendo sin siquiera acordarse de limpiarse la cara. Antes de que pudiera llegar a las escaleras, la agarré por la muñeca. No sé qué demonios me pasó, acerqué la boca a su rostro y le limpié la tarta con mis labios y mi lengua. El sabor era mejor en su piel. Le quité los restos de la mejilla, de la nariz —lo que la hizo reír— y, finalmente, del labio superior. No sabía qué estaba haciendo, pero no pude evitarlo.

Ella me miró sonrojada y soltó algo que no me esperaba, provocándome una carcajada.

—¿Estás seguro de que estoy limpia? Creo que podrías repasar… por si acaso.

—Estás perfecta. Anda, ve a cambiarte, que te están esperando. Yo tengo que ir a entrenar.

Cuando regresé a la cocina, mi abuela me tendió otro café. «Oh, oh». Conocía esa cara.

—Hijo, hoy estás diferente, hay más luz en tu rostro, como si te hubieras liberado de algo —aseguró, y me tomó la mano.

—Me sentó bien ir al concierto de los Guns N' Roses. —Recordé aquel momento íntimo en el gimnasio con River y Hughes. Me había hecho mucho bien sentirme querido y aceptado por dos personas que conocían mi pasado y no me miraban con repulsión ni me veían defectuoso. Esa sensación me había acompañado desde que Mad se marchó—. Digamos que fue revelador.

—Kai Jones, ¿qué te traes entre manos? Te conozco demasiado bien.

—Vale, a ti no puedo ocultarte nada. Al salir de entrenar, voy a reunirme con el abogado para que prepare una demanda de divorcio. He decidido separarme y seguir adelante, abuela.

—Me alegro, hijo —dijo palmeándome la mano—. Has sufrido demasiado por alguien que no lo merece. Es hora de dejar atrás a tus fantasmas. Ni tus padres ni esa mujer están ya en tu vida. Date un respiro, porque eres demasiado bueno para seguir cargando con los actos de otros. Permítete vivir, sentir y ser feliz de verdad.

—Eso haré, abuela. —Me levanté, cortando una conversación que no me gustaba. Hablar de mis padres siempre traía dolor—. Voy a buscar a Mischa, está tardando demasiado —mentí, y ella lo supo.

Antes de que saliera, la escuché decir:

—Hijo, no todos los amores son como el que viviste con Madison: intensos, fuertes… pero insostenibles. A veces llegan otros que crecen poco a poco, y no vemos su inmensidad hasta que algo los pone en riesgo. No te niegues a sentirlo. No hay nada peor que las trabas que nos ponemos nosotros mismos.

Me giré, frunciendo el ceño. ¿Estaba insinuando que me dejara llevar con Mischa? ¿Tan evidente era lo que sentía?

—No pongas esa cara. Los años me dan perspectiva. Y recuerda algo: cuando las dudas te invadan, pregúntale a tu corazón. Él siempre te llevará al lugar correcto.

—Abuela, me largo antes de que sigas diciendo más cosas raras, porque voy a pensar que estás perdiendo la cabeza —bromeé, alejándome de ella.

—Sigue engañándote, a ver cuánto te dura. Nadie puede resistirse al amor —me gritó desde la cocina.

«Joder, lo que me faltaba».

Cuando llegué a la habitación de Mischa, toqué a la puerta. Estaba medio entreabierta y, como no respondió, empujé suavemente con los nudillos.

Guau…

Estaba bailando, con una camiseta de tirantes y vaqueros que dejaban ver su barriga cada vez que se movía. Cogió una sudadera, se recogió el pelo en una semicoleta y volvió a su coreografía, cantando a todo pulmón:

Two of hearts
Two hearts that beat as one
Two of hearts

I need you, I need you
Two of hearts
Two hearts that beat as one
Two of hearts
Come on, come on

Levantaba las manos haciendo corazones y giraba la cadera con energía. Me imaginé que sería uno de esos *trends* de TikTok que tanto le gustaban; desde que le compré el móvil —con la excusa, claro, de que era material de trabajo para que lo aceptara sin rechistar— no paraba de verlos.

Cuando volvió a hacer el gesto del corazoncito con los dedos, me vio. Se quitó los AirPods de golpe y se puso roja como un tomate. No pude evitar reírme y la imité.

—*Two of hearts* —me desgañité, y formé un corazón con las manos.

Ella estalló en carcajadas. Le hice un gesto para que me siguiera y rematé:

—*Come on, come on*.

En el coche, me confirmó mis sospechas: sí, era un baile de TikTok. Y, por supuesto, puso la canción. Se puso a cantarla otra vez, moviéndose en el asiento y haciendo corazones.

En uno de sus meneos, tiró una carpeta que estaba entre nosotros. La recogió y sus ojos se detuvieron en el nombre de la portada: Madison Jones.

Dejó de cantar. Se quedó mirando por la ventanilla.

La magia se rompió. Yo me concentré en la carretera, porque… ¿qué podía decirle?

Una vez dentro de las instalaciones de los Rift, dejé a Mischa cerca de la sala de fisioterapia. No sabía si River estaba atendiendo a algún compañero, y me parecía incómodo entrar con ella, así que fui solo.

Efectivamente, River estaba terminando una sesión. Le avisé de que estábamos fuera y no tardé ni cinco minutos. Pero al salir…

Ahí estaba Juraj otra vez, hablando con ella.

Apreté los puños. «Me cago en todo, ¿qué le pasa a ese idiota?». ¿No había quedado claro lo que le dije la última vez?

Entonces escuché la conversación.

—No, yo solo soy la empleada de Kai, cuido a su abuela. Entre nosotros no hay nada. Él… él está casado.

PUM. Golpe de realidad en toda la cara. «Me cago en mi vida».

—Vaya, pensé que ya no estaba con su mujer, qué sorpresa. Aunque me alegra saber que vuestro vínculo es solo profesional.

Lo agarré por la espalda y lo separé de ella.

—¿A ti qué coño te pasa? Te dije que no te acercaras a Mischa. ¿Es que no escuchas?

—Cálmate, tío. Si no está contigo, ¿cuál es el problema? ¿O es que decides por la chica? Solo eres su jefe.

Entrecerré los ojos, apretando los puños para no partirle la cara ahí mismo.

—No te quiero cerca de ella. Y punto. Es la última vez que te lo repito.

Tiré de Mischa del brazo y nos alejamos.

—Kai, ¿qué pasa? ¿Qué ha sido eso? —preguntó ella.

—Dímelo tú. ¿Por qué coño le das explicaciones a ese tío? ¿O es que te interesa? —Di un paso más, acorralándola contra la pared.

—De verdad, Kai, alucino contigo —bufó, y cruzó los brazos, desafiante—. ¿Qué problema hay en que diga la verdad? Porque, sí, eres mi jefe.

—Curioso. Solo te acuerdas de eso cuando te conviene —solté con una risa cínica—. Y aun así bien que cruzaste esa línea: me besaste y dijiste que sentías algo por mí.

Ella intentó apartarme sin éxito. Su rabia la empujó a acercarse todavía más, casi nariz con nariz.

—Eres un imbécil. Que yo tenga sentimientos que no correspondes no significa que vaya a asumir un papel que no es mío. No soy tu amante.

—Joder. —Golpeé la pared con la palma abierta—. Lo siento, ¿vale? No lo pensé. Te vi con él y se me cruzaron los cables.

—¿Estabas celoso? —preguntó con una risita que me tocó las narices. A mí, ni puñetera gracia me hacía el tema.

«Sí».

—Claro que no, ¿qué tontería? ¿Por qué habría de estarlo? —fingí lo mejor que pude—. Solo digo que me preocupo por ti. Juraj no es… no es…

—¿No es qué? A ver, ilumíname. Porque yo a simple vista le veo todo en orden: es guapo, directo y encima agradable.

—Venga ya, Mischa. ¿Agradable? Ese tío es como pisar asfalto en agosto.

—Kai, ¿qué más te da? A quien le tiene que gustar es a mí.

—Vale, entonces admítelo. Te interesa.

—Lo que me interesa —me señaló con el dedo— es entender cómo puedes pensar que mis sentimientos son tan frágiles que hoy me importas tú y mañana cualquiera que pase por mi lado. Aunque lo que realmente me cabrea es tu hipocresía.

—¿Perdona? ¿Preocuparme por ti es hipocresía? Fenomenal.

—Sí, Kai. Me dices que tengo que vivir, conocer chicos de mi edad y seguir adelante, pero en cuanto uno se me acerca, aunque tenga un par de años más que yo, lo espantas como si tuvieras algún derecho sobre mí. Como si te importara algo que, en teoría, no debería importarte.

—Es que me importas.

—Sí, ya. Como una amiga, como una prima lejana, estupendo. Pues compórtate como tal y no como un novio celoso.

—Tienes razón, ¿vale? No debería meterme en tu vida ni cabrearme porque otros te miren como te miro yo. Aunque no lo controlo…

—¿No controlas qué?

—Que estoy jodidamente celoso.

—¿De mí? —repitió como si no creyera lo que oía.

—Sí, Mischa. De ti. Y es un asco tener estos sentimientos de mierda.

—Porque estás casado, ¿no?

—No. Porque no está bien. Y sobre mi matrimonio… ya tomé una decisión. La carpeta que viste en el coche eran las cláusulas para el divorcio.

Ella me miró con la boca entreabierta.

—Entonces eso significa…

—Sí, Mischa. —Tomé su barbilla suavemente—. Muy pronto seré un hombre libre.

Y en su mirada encendida algo me hizo perder el control: me entraron unas ganas brutales de besarla.

—¡Felicidades! ¡Ya tienes dieciocho y lo vamos a celebrar por todo lo alto! —irrumpió la voz de River en medio de todo, colándose entre nosotros para abrazar a su amiga. Mischa le devolvió el gesto con una sonrisa radiante.

—¿Es cierto que Jordan va a venir? —preguntó ilusionada.

Me encantaba verla así: feliz, emocionada y sobre todo tan cercana a mis colegas. Ellas eran un diez, el mejor ejemplo y guía que podía tener. A las dos las adoraba, pero por River tenía una debilidad especial; creo que era de las personas que mejor me conocían, de esas que entienden tus silencios.

—Ya veo que alguien se ha ido de la lengua, era una sorpresa —me recriminó River, dándome un manotazo en el pecho que me trajo de vuelta al momento.

—La pequeñaja no me dejó otra opción. —Me encogí de hombros, y esta vez fue Mischa quien me dio otro golpecito en el mismo sitio.

—Au, qué agresivas estáis hoy las dos —bromeé, y fingí dolor frotándome la zona. Entonces vi a Davenport acercándose—. Pequeña, creo que alguien quiere felicitarte —dije señalando hacia el pasillo.

Ella sonrió y salió corriendo hacia él. Davenport la abrazó con ternura, y al verlos así se me encogió el pecho, y más aún sabiendo todo lo que había detrás de esa escena. Sentí la mano de River tirando de mí, alejándonos.

—Oye, Kai…

—Uf, si no me llamas Slash, esto suena a conversación seria —intenté bromear, aunque ella apenas sonrió.

—Escuché lo que hablabas con Mischa y me di cuenta de que estuviste a punto de besarla.

—Reina, yo no… No pienses que ha pasado nada. No la he tocado.

«Aunque, para ser sincero, estuve a punto unas cien veces», pensé para mis adentros.

—No voy por ahí. Lo que digo es que te gusta, y mucho. Y ella se ha enamorado de ti.

—Espera —solté una carcajada—, ¿me vas a decir lo mismo que mi abuela y Caden? ¿Que me deje llevar?

Silencio. Eso no presagiaba nada bueno.

—¿Reina?

Se rascó la nuca, evitando mi mirada. Le tomé la mano y arqueé las cejas, pidiéndole que soltara lo que llevaba dentro.

—Lo siento, pero no pienso como ellos. No me malinterpretes: Mischa me parece perfecta para ti, pero tú no lo eres para ella en estos momentos.

—¿Es por lo que me pasó?

—No, ¿estás loco? Lo que me preocupa es lo que tú le puedes ofrecer. Estás casado, no has vuelto a ver a tu mujer desde que se fue, ¿qué pasará con Mischa si aparece? Y eso sin contar lo otro… Tu pasado. El secreto. No puedes empezar algo con ella sin sincerarte. Si decides callar, vivirás con el miedo de que se entere por otra persona, y eso duele mucho más. ¿Estás listo para confiar?

No respondí. La verdad, no lo había pensado. Desde que llegó la pequeñaja, ni me había planteado volver con Madison. Estaba decidido a separarme, sí, pero lo otro, contarle mi secreto a Mischa, era otra historia. No podría soportar que me mirara con miedo, repulsión o pena. River tenía razón: quizá me había refugiado en lo de la edad para no ir más allá, cuando lo que en realidad me paralizaba era el pánico de volver a un terreno emocional peligroso.

—Kai… —su mano en mi antebrazo me sacó del bloqueo—, quiero que seas feliz. Pero te lo digo por experiencia: ayer le conté toda mi historia a Caden y estaba muerta de miedo y ahora me siento en paz. Te animo a que te enfrentes a tus demonios. Hemos cargado con ellos demasiado tiempo.

—No puedo, reina. No soy tan valiente como tú. Me aterra cómo me verán las personas que quiero.

—Una vez, Jordan me dijo que, si amaba a Caden, tenía que ser sincera. Mis silencios le estaban haciendo daño, y aun así, él seguía a mi lado sin presionarme. Te digo lo mismo: si de verdad te importa esa chica, no la pongas en ese lugar incierto. Y si no sabes lo que

sientes, no avances. Lo ha pasado mal, y estar atrapada en un amor indefinido duele más que un corazón roto.

—Ven aquí —le pedí, abrí los brazos y la abracé—. Eres una buena amiga, River. Pero no te preocupes. No pienso ir más allá con ella. Necesita vivir…, volar.

River me soltó, retrocedió un paso y me miró a los ojos.

—JODER, te has enamorado —dedujo, y se llevó las manos a la boca—. Te importa tanto que la priorizas.

Mierda, si alguien sabía leer mis silencios, era ella.

—¿Qué murmuráis tanto? —Mischa apareció y nos tensamos los dos.

—Nada, hablábamos de una molestia en la ingle —solté lo primero que se me ocurrió.

—Qué mal mientes —afirmó mirándome con sospecha—. Seguro que hablabais de mí y de mi cumple.

Respiramos aliviados los dos.

—Nos pillaste. Por cierto, deberíais iros ya —las apremié.

—Sí, el vuelo de Jordan está a punto de aterrizar —indicó River.

Mischa se acercó y me dio un beso en la mejilla. Sentí el calor subir a mi cara, justo cuando River, divertida, me dio otro.

—Esta chica te encanta. No la dejes escapar por tus miedos, arregla lo que tengas que arreglar —susurró antes de guiñarme un ojo y marcharse con Mischa.

Me quedé mirando cómo se alejaban y me dejé caer contra la pared.

«Me cago en todo… Estoy bien jodido».

CAPÍTULO 12

KAI

—¡Vamos, vamos, vamos! —le gritaba Conor a Juraj, que pedaleaba a toda velocidad en la *air bike*—. ¡Eso es, tío, vamos! —insistió mientras el delantero apretaba los dientes, sudando a chorros, hasta que llegó al límite—. Listo, bien hecho, pero sé que puedes dar más.

Juraj se bajó de la bicicleta, se inclinó con las manos en las rodillas para recuperar el aliento y, a continuación, se dejó caer en el banco, frotándose la cara.

—No sé qué coño te pasa, Conor, pero hoy nos vas a matar a todos.

—Tienes veintitrés años, chaval. Ahora es cuando tienes que darlo todo, no parecer que estás a punto de retirarte.

—¿Y no crees que si mi objetivo fuera llegar más alto habría traspasado mi contrato a otro equipo donde realmente pudiera brillar? Así que no me presiones tanto, son solo los Rift.

—Venga ya, basta. Esta conversación no lleva a ningún sitio —me metí en medio antes de que aquello explotara. Conor llevaba días demasiado susceptible; quizá porque su relación estaba patas arriba y no desconectaba ni en casa ni en el hielo. Y Juraj tampoco era el de siempre. Su papel de bocazas lo había aparcado a un lado y ahora estaba más callado, distraído en el juego. Tenía delante dos bombas de relojería y yo, con mi propia vida desmoronándose por los cuatro costados, era el menos indicado para desactivarlas.

—Kai, ve cambiándote. Tengo que subir a hablar con Davenport. Nos vemos en la pista secundaria. —Conor me dio una palmada en el hombro y le lanzó a Juraj una mirada fulminante.

Me agaché para recoger mis cosas. Sí, estaba pagando penitencia por mis idas y venidas con el equipo, pero también estaba dispuesto a recuperar la confianza de todos y volver al puesto titular. Ese

esfuerzo me ayudaba a no pensar en Mischa ni en cómo la había cagado permitiendo que nuestra «no relación» se volviera «cercana». Desde aquella noche en que compartimos sofá, se había convertido en tradición, como antes. No éramos los mismos, pero estábamos otra vez en esa dinámica de sumar momentos juntos, y eso no era bueno. La verdad —aunque no lo reconociéramos en voz alta— era que en esas dos horas dentro de esa maldita sala no se trataba de ver películas. Eran nuestra coartada para estar cerca: para rozarnos sin que pareciera intencional, para reírnos de cualquier tontería, para cruzar miradas cuando pensábamos que el otro no miraba, para seguir sintiendo, en silencio, esa cercanía que debería estar absolutamente prohibida.

Una respiración agitada me sacó de mis pensamientos. Miré hacia mi compañero: Juraj estaba encogido contra la pared, la cabeza apoyada atrás, los ojos cerrados y una mano en el pecho. Hiperventilaba.

—Dios… —Corrí hacia él, preocupado—. Tío, ¿qué te pasa?

Nada. Ni me miró.

—Voy a llamar al médico —comenté, y esas palabras bastaron para que reaccionara. Aún jadeando, levantó una mano para detenerme.

—No es nada, en serio. No avises a nadie. Se me pasa enseguida.

—No voy a quedarme aquí viendo como te pones así, colega.

—Kai, si quieres ayudarme, tráeme una bebida isotónica, ¿vale? Eso me basta. Y no comentes nada, por favor.

Asentí sin pensarlo demasiado. No me gustaba fallarle a alguien que confiaba en mí, aunque por dentro sabía que aquello no estaba bien y que debía mirárselo. Hablaría con él más tarde, cuando estuviera calmado.

Salí del gimnasio y fui directo a la sala común: un espacio con sofás, una máquina de bebidas y algunos trofeos. En teoría, algún día sería la sala de reuniones de los veteranos del equipo, aunque por ahora solo era un lugar de paso, improvisado para charlar después de los entrenamientos.

En el pasillo escuché dos voces inconfundibles. Me giré y vi a Mischa entregándole unas acreditaciones a River; las dos estaban

tan metidas en su conversación que casi no repararon en mí. Al pasar por su lado, me sonrieron. Les guiñé un ojo y solté un «hola, chicas» demasiado alegre. Joder, me estaba delatando solo: ver a Mischa me provocaba un cortocircuito.

Cogí las bebidas isotónicas y, al salir, la sonrisa que me quedaba en la cara se borró. Por el corredor venía un tipo rubio, alto, buen cuerpo, camisa medio desabrochada para presumir de músculos, vaqueros y zapatillas de *skater*. Me quedé un segundo de más cerrando la puerta mientras lo observaba.

River iba a saludarlo, pero él le hizo un gesto de silencio llevándose un dedo a los labios. Ella se calló al instante. Acto seguido alcanzó a Mischa por detrás y la levantó en brazos. Casi se me caen las botellas de las manos cuando la vi girarse, sorprendida:

—Landon, ¿qué haces aquí? —preguntó, aún sin soltarse de su agarre.

—Te echaba mucho de menos, nena —soltó el imbécil.

«Nena». Noté cómo los dedos se me cerraban alrededor de las botellas hasta que el plástico crujió. Y entonces lo vi: él la besaba. Y ella… ella le devolvía el beso.

Todo se me retorció por dentro. No tenía ningún derecho a sentir celos, ni rabia, ni nada. Mischa era libre, podía estar con quien quisiera. Y yo no tenía nada que ofrecer. Era un tipo roto.

Las botellas se me escurrieron de las manos y cayeron al suelo en un golpe seco. El ruido fue suficiente para que todos se giraran hacia mí. Me agaché, las recogí sin decir palabra y eché a andar de vuelta al gimnasio. Al pasar junto a ellos, mi hombro chocó contra el del rubio. Podría haberlo esquivado. No quise. Si por mí fuera, le partiría la cara ahí mismo.

Cuando llegué, Juraj parecía estar mejor. Le tendí las botellas y abrió una sin mirarme. Yo le di un trago a la mía, con desgana. Él me observó con el ceño fruncido.

—¿Te sientes bien? No sé, tío, estás muy pálido.

—De puta madre. No podría estar mejor —masqué las palabras, tragándome lo que sentía.

Juraj abrió la boca, parecía dudar.

—Oye…, en cuanto a lo que viste antes, quería pedirte…

—Ya sé, que no diga nada. Y esta vez lo haré —le interrumpí—. Pero prométeme que te lo vas a mirar. Porque si se repite, no cuentes con mi silencio.

Asintió, poniéndose en pie.

—Me voy a la ducha. ¿Vienes?

—Sí, tengo que cambiarme para el hielo —respondí, vaciando de golpe el resto de la botella.

Al salir, vi a Mischa alejándose con ese idiota que no la soltaba ni para caminar. Escuché la risa de Juraj y le lancé una mirada de advertencia. Hizo un gesto de cremallera en la boca, aunque la sonrisa le delataba. El muy capullo.

River estaba en el pasillo, mirándome como si me estuviera esperando. Le di una palmada a mi compañero para que siguiera y me quedé junto a ella, cruzándome de brazos.

—Reina, suéltalo —bramé, esperando algún comentario sobre Mischa.

—Solo quería saber cómo estás y si Madison ha firmado ya los papeles del divorcio después del encontronazo con Mischa.

Venga ya, ¿Madison? Ahora el tema tenía que ser otro, uno que me diera información sobre el tipo ese y qué hacía aquí.

—No, no firmó nada, pero puede alargarlo todo lo que quiera, no va a conseguir que cambie de opinión. Y, por cierto, ¿quién era ese tío?

River soltó una carcajada.

—Ja, Kai, eres tan obvio… Pensé que aguantarías un rato más de conversación antes de preguntarme.

La muy listilla lo había hecho a propósito, conocía demasiado bien cómo funcionaba mi cabeza.

—No es que me importe, solo es curiosidad.

—Ajá, claro. Te da igual. Bueno, solo por curiosidad te diré que es Landon. —Y se calló, disfrutando de mi reacción.

—Reina, ¿y quién demonios es Landon? ¿Y por qué cojones la ha besado como si tuvieran algo? ¿O es que lo tienen? —quise saber, y mi corazón empezó a retumbar solo de decirlo en voz alta.

—Fue su novio…, bueno, quizá lo vuelva a ser hoy. Llevan más de un año yendo y viniendo: rompen, vuelven, y así. Supongo que, tras

esta visita, y que han quedado para cenar después de que ella termine de trabajar, ya veremos cómo sigue la cosa.

«¿Novio? Joder, claro, cómo no va a tener pareja, idiota…».

—Kai, ¿estás bien? —River me apretó el brazo—. Que apareciera aquí por sorpresa con la intención de recuperarla no significa que lo vaya a conseguir.

«Claro que no, según su historial van y vienen, así que ahora tocará otra reconciliación».

—No es asunto mío. Si es feliz, me alegro por ella —intenté disimular, aunque mi voz salió dura, más de lo que esperaba.

—Qué mal mientes… —Negó con la cabeza y me dio un beso en la mejilla—. Esta noche vienes a cenar a casa.

—Reina, no voy a hacer ninguna tontería, puedes estar tranquila. Además, por una vez disfrutaré del silencio, así que no me prives de ese privilegio.

Mentía. Odiaba el silencio si ella no estaba. Me encantaba escucharla canturrear, las conversaciones que mantenía consigo misma o cómo chocaba con todo medio dormida. Y ahí fui consciente: esa noche iba a ser muy larga, una pesadilla imaginándomela lejos, con otro.

—Kai, no acepto un no por respuesta. Vienes a cenar, y si quieres, te quedas a dormir con nosotros. Donde caben seis, caben siete. —Me regaló una sonrisa antes de irse. No podía evitar corresponder al gesto; cuánto quería a River…

***

Entrar en casa y encontrarla a oscuras, silenciosa, hizo que el corazón se me encogiera. Encendí la luz de la entrada y me detuve en el umbral del salón. Un carrusel de imágenes me asaltó: Mischa, Mischa, Mischa…, siempre ella.

Cabreado, cerré de un portazo y subí las escaleras hacia mi cuarto. Me detuve frente al de ella: mis ojos se clavaron en el *puck*. Lo cogí con rabia, deseando lanzarlo por la ventana, aunque me contuve y lo deposité donde estaba. Cerré la puerta detrás de mí, quizá así pudiera arrancarla de mi cabeza, de mi corazón, de todos los rincones donde estaba incrustada.

Me quité la ropa y me introduje en la ducha. El agua masajeaba mis músculos, pero la tensión no cedía. Imaginaba a Mischa con él, reconciliándose, y en unos meses de vuelta en Nueva York, quizá cruzándome con ella por casualidad. «¿Por qué mierda has vuelto, Mischa?».

Como si el universo escuchara mi pensamiento, alguien se movió abajo. Salí disparado de la ducha, me puse pantalones cortos y camiseta y bajé corriendo las escaleras. La luz de la cocina estaba encendida. Y allí estaba Liam.

—¡Kai! Joder, casi me matas del susto. ¡Te mueves como un fantasma!

—¿Tío? ¿Qué haces aquí? ¿Y cómo has entrado?

—Tranquilo, todavía tengo llaves de esta casa —sonrió—. Y vine en busca de un amigo.

—Venga, no me digas más —me reí, bajando la guardia—. Déjame adivinar… River te llamó para avisarte de que regresaba a casa y viniste a comprobar que no me estuviera volviendo loco, ¿eh?

Cuando Conor y yo salimos del estadio esa tarde, allí estaba: el «no novio» de Mischa, esperándola en el parque, tirado en la hierba con un libro. Sí, un libro. La imagen me dejó en *shock*; tuve que parpadear varias veces para asegurarme de que no estaba viéndolo mal.

Ella se acercó, él la envolvió con los brazos, la atrajo hacia sí y la tiró encima de él. Mi corazón se partió en mil pedazos. Y, aun así, fui consciente de algo peor: yo ya estaba tan fracturado que lo poco que quedaba en pie estaba defectuoso. No tenía nada que ofrecer a nadie.

Supongo que Conor alertó a todos, porque en casa de los Hughes no me dieron ni un respiro. La pequeña Summer fue, sin duda, la más insistente. Pero, aunque me abrumara, allí me sentía como en casa. Me ofrecieron quedarme a dormir, aunque me negué. Eso habría trastocado la infraestructura familiar que tenían.

Y ahí estaba yo, con mi nuevo vigilante: Liam.

—No te voy a mentir, mamá gallina llamó —así llamábamos a River, porque todos éramos sus polluelos—, aunque siendo honesto, también he venido por mí. Conor salió a cenar con algunos de los

técnicos. No sé, creo que se está viendo con alguien… A veces pienso que todo esto es demasiado para él.

—Frena. Estás diciendo tonterías. Conor nunca te sería infiel. Te ama con locura.

—También lo sé, pero en ocasiones siento que no estamos en el mismo punto, es que funcionamos a tiempos distintos. Me hace mucha ilusión tener hijos, y no sé si él lo quiere de verdad. Temo que algún día me dé a elegir —confesó, luego giró la cabeza y comenzó a batir una coctelera—. Bueno, dejemos ese tema. Es momento de que pruebes mi nuevo cóctel.

«Ay, Dios, su nuevo cóctel…». Las mezclas de Liam eran bombas para el organismo, de esas que podían fastidiarte durante días. Pero esta vez tenía la excusa perfecta para no arriesgar mi paladar.

—Espera, ¿has venido a mi casa para ver si ahogo las penas en alcohol y ahora me lo vas a servir tú? Esta sí que es buena.

—¿Por quién me tomas? Este que tiene tequila es para mí —lo apartó a un lado—. Pero no te preocupes, tu versión es a base de zumos e ingredientes secretos. Todo para ti, guapo.

Suspiré. Estaba claro que esa noche solo podía acabar en desastre: vómitos o diarrea, sin término medio.

—Me han dicho que conociste a Landon.

«Ah, vamos al temita. ¿Estas personas quieren ayudarme o torturarme?».

—Lo vi de pasada. Y, por cierto, vosotros qué os llamáis unos a otros para pasar el informe de mi día, ¿o qué?

—No, tenemos un chat donde registramos todo cada hora. —Bebió con total tranquilidad, parecía que contaba la verdad. Pero debía ser una broma, ¿no?—. Y, bueno, ¿qué te pareció tu rival?

—¿Rival? ¿De qué hablas?

—Del chico que viene a recuperar a su ex. Ostras, esto parece una comedia romántica: ella sale de una relación, vuelve a su hogar, se reencuentra con su amor del pasado y todo resurge.

—No me jodas… Mi vida está lejos de ser una comedia, por si no lo has notado.

—Vale, es un dramón de los gordos. Pero en serio, ¿no tienes curiosidad? ¿No te da un poco de celos ver que se estén

reconciliando mientras tú estás aquí, bebiendo un cóctel sin alcohol con tu amigo deprimido?

—Dios, voy a matar a River. ¿No tienes otra cosa mejor que hacer?

—No. Y no me voy a ir hasta que admitas que te mueres de celos por la pequeña Mischa.

—Te aconsejo que te pongas cómodo, porque eso no va a salir de mi boca.

—Eso ya lo veremos —aseguró, cogió el móvil y empezó a mostrarme vídeos de ella con el tipo ese. Hasta ese momento había evitado saber nada de la vida de Mischa; verla me iba a romper por dentro. Pero allí estaba, forzándome a confrontarlo.

Vídeos de sus amigos, risas, momentos felices… Parecía contenta, incluso con el idiota ese sin camiseta. Después me mostró su cuenta. Y mientras le daba un trago a esa espantosa bebida, Liam soltó:

—Fíjate en la cantidad de seguidores que tiene. Fue un amigo suyo de Londres quien le dio la idea de abrirla, y está genial. Y el nombre…, no me digas que no es provocador, auténtico, especial: «Mi primera vez» —dijo, haciendo que escupiera el trago sobre la isla.

—¿Cómo? —pregunté todavía anonadado.

—Mi primera vez. Impacta, ¿no?

—Yo más bien diría que es desconcertante. ¿Sabes por qué le puso así?

—Porque en sus vídeos hace algo por primera vez y la gente lo vive con ella. Es original; todas las primeras veces son especiales, todo surge de manera natural. —Me miró con curiosidad—. ¿Te has quedado pensativo? ¿Quieres compartir algo?

—NO —negué con firmeza, aunque por dentro estaba de acuerdo con cada palabra. Eso era exactamente lo que Mischa me hacía sentir: que cada momento con ella era como la primera vez.

CAPÍTULO 13
MISCHA

Tres años antes…

No paraba de dar vueltas en la cama. Estaba tan agitada, con tanta energía todavía en el cuerpo, que dormir era misión imposible. Una y otra vez me venían a la cabeza los momentos del día, empezando por la quedada con las chicas, que terminó siendo muy distinta a lo que habían planeado para mí. Después del desayuno todo cambió.

Yo intentaba estar feliz, de verdad, y lo estaba: me sentía agradecida, eran increíbles conmigo. Pero de vez en cuando el recuerdo de mi madre me golpeaba de lleno y el ánimo se me venía abajo. No sé cómo, empecé a abrirme con ellas. Les conté cómo me sentía…, incluso lo de Kai. A ninguna la pilló por sorpresa, claro. Con vergüenza confesé lo del beso fallido y que a veces creía que él sentía algo por mí, pero otras, levantaba un muro enorme entre los dos. Jordan, por supuesto, me animó a no rendirme: estaba convencida de que él también me quería, que lo único que le frenaba era la diferencia de edad.

River, en cambio, se quedó en silencio mucho rato. Yo la miraba y la envidiaba un poco, porque ella y Kai compartían algo que me parecía mágico. Con Hughes también. Entre los tres había una complicidad difícil de explicar: un cariño tierno, mezclado con respeto y admiración. Algo «especial». Por eso, cuando River por fin habló, no fue lo que yo esperaba.

—Kai no podría estar con una chica mejor que tú, y tú no podrías estar con una persona mejor que Kai. Él es increíble. Aunque a veces, para estar bien con alguien, primero tenemos que estar bien con nosotros mismos. Si no, solo arrastramos a la persona que queremos a nuestro infierno y eso no es justo. Y Kai, como yo, tiene ciertos temas que solucionar.

Me dio la impresión de que hablaba de algo más que de la mujer de Kai. Algo que ni Jordan ni yo sabíamos. Y entonces, casi como de pasada nos soltó:

—Le he contado toda mi historia a Caden. Ya no hay más secretos.

Yo no comprendía nada, aunque Jordan sí. La vi tensarse y supe que aquello era serio. Más aún cuando River nos instó a salir de la cafetería y buscar un sitio más privado. Y así fue como terminamos medio escondidas frente al mar, con botellas en la mano. Sí, yo también estaba bebiendo.

Escuchar la historia de River me partió el alma. Tenía que estar destrozada por dentro, y aun así ahí estaba, preocupándose por mí, sonriendo, intentando que mi cumpleaños fuera especial, mientras su vida podía venirse abajo en cualquier momento. De pronto, un pensamiento me vino a la cabeza: si lo de River era tan fuerte, ¿qué estaría guardando Kai?

Después entramos en una especie de cadena de confesiones. Jordan también habló de su historia, creo que lo hizo para que River entendiera que siempre había esperanza, que, aunque una vida estuviera marcada por heridas, también podía sanar.

Y sí, alguien podría pensar que mi cumpleaños había empezado fatal. Pero no. Fue increíble. Porque por primera vez me sentí parte de algo, de ellas, de su grupo. Sentí que tenía a quién contarle mis cosas, en quién confiar, en quién apoyarme. Así que para mí fue perfecto.

Eso sí, después de tanta intensidad, Jordan propuso cambiar de chip. Nada de dramas, había que hacer algo divertido. Primero habló de deportes acuáticos, aunque yo les recordé que no nadaba tan bien y River añadió que con la bebida que llevábamos en el cuerpo no era lo más inteligente. Y entonces se le ocurrió la gran idea.

—¡Vamos al parque temático y acuático Wild Waves!

Jordan y yo aplaudimos al momento. Y así, sin pensarlo mucho, terminamos en un Uber, todavía medio perjudicadas, directas a pasarlo como enanas.

—Somos una pésima influencia —lanzó River con la boca llena de perrito caliente—. La hemos emborrachado y todavía no tiene

veintiuno.

Y nosotras nos echamos a reír, mientras devorábamos comida callejera para bajar un poco el alcohol.

—Yo pienso que somos las mejores —rio Jordan, casi atragantándose de tantas patatas—. ¡Qué leches! Ya era hora de que cogiera su primera borrachera con sus amigas. Además, en la fiesta tendrá que comportarse como una señorita responsable. ¡Ja! —afirmó, y se doblaba de la risa.

—Tienes razón, ha estado bien. Aunque no sé yo si no terminaré vomitándolo todo. Últimamente tengo el estómago revuelto —admitió River, y Jordan se quedó a medias de meterse otra patata en la boca.

—Oh, no. No me digas que… ¡NOOO!

—¿Pero qué dices? Estás loca, Jordan. Me cuido.

—Vale, chicas, no sé si es el alcohol, pero siento que me estoy perdiendo algo —aseguré mientras le daba un trago al batido.

—Es muy fácil —saltó Jordan, muerta de risa—. Que seguramente esté embarazada otra vez. Es que Caden y ella…, bueno, lo de los anticonceptivos no es su fuerte.

—¿Crees que puedes estar embarazada? —pregunté, viendo cómo River se ponía pálida de golpe.

—No, no, imposible. Tomo la píldora.

—¿Seguro? —continuó vacilándola Jordan, hasta que River le lanzó una mirada de advertencia—. Vale, paro ya, pero es que es muy divertido ver tu cara de pánico.

—Eh… eh… —nos miró, más blanca que la leche—, creo que voy a vomitar. ¡Pare, pare! —le pidió al conductor, y en cuanto frenó, vació el estómago.

—Yo de estas cosas no entiendo mucho, pero por si acaso creo que no deberías seguir bebiendo, lo digo por tu estómago, obviamente —bromeé, y Jordan me chocó la mano.

River me fulminó con la mirada. Jordan, mientras tanto, casi se cayó del asiento de las carcajadas.

Llegamos al parque medio tambaleándonos, aunque con la risa floja todavía pegada al cuerpo. El Uber nos dejó justo en la entrada

y las luces de neón parecían gritarnos que la diversión apenas estaba empezando.

—Vale, lo primero es lo primero —anunció Jordan levantando un dedo—: montaña rusa acuática.

—¿Estás de coña? —River la miró con cara de «ni muerta»—. Acabo de vaciar medio estómago, no pienso subirme a eso.

—Bah, exagerada —rio nuestra amiga—. Si vuelves a vomitar, por lo menos esta vez será en caída libre.

Yo no podía parar de reírme. Entre la cara de indignación de River y la mirada de loca de Jordan la escena era cómica.

—Podemos empezar con algo más tranqui, ¿no? —propuse—. No sé, los típicos flotadores gigantes en la piscina de olas.

—Eso sí lo firmo —me apoyó River levantando la mano como si se rindiera—. Con la condición de que no os acerquéis con churros para hacer guerras de agua.

Jordan me guiñó un ojo.

—Trato hecho, aunque no prometo nada.

Al final terminamos las tres subidas a un flotador enorme en forma de flamenco rosa, dando tumbos como si estuviéramos navegando en alta mar. Yo gritaba de la risa, Jordan intentaba remar con las manos como una loca, y River juraba que si volcábamos nos iba a matar a las dos.

Y ahí estaba yo, en medio de todo, sintiendo que mi cumpleaños no podía ser más raro ni más perfecto: borracha, empapada, con las dos mejores cómplices que podría haber pedido.

Nunca me había divertido así, y hasta creo que River consiguió olvidarse de sus problemas. Tanto, que se nos fue la hora. Cuando por fin nos dimos cuenta, teníamos los teléfonos llenos de llamadas perdidas. Sí, así mismo fue como llegamos tarde a mi propia fiesta de cumpleaños.

Nos cambiamos en casa de los Hughes y nos duchamos a toda prisa; estábamos hechas un desastre, pero valió totalmente la pena.

Al llegar a la iglesia-casa de Liam y Conor me quedé muerta. Nunca en mi vida había visto algo tan bonito ni tan bien decorado. Todos estaban allí, mirándome con cariño. Sí, cariño. Y en ese momento mi corazón se llenó de amor. No pude evitar llorar

mientras uno a uno me abrazaban, hasta que llegó él. Tiró de mí, me apreté contra su cuerpo y sentí su olor, su calor, cómo no me soltaba, cómo me mantenía entre sus brazos como si de verdad fuera importante.

—Felicidades, pequeña.

Dios…, esas dos simples palabras, con esa voz ronca, me hicieron estremecer. ¿Cómo me gustaba tanto? No, no, estaba claro: me estaba enamorando perdidamente de él.

Después vinieron las charlas, el baile, las fotos en el *photocall* y la tarta más grande que había visto en mi vida. Los regalos llegaron, y todos eran impresionantes. Aquello parecía un sueño. Me acordé de mi madre; ella habría estado feliz de verme rodeada de gente tan buena. Mitchell estaba más callado de lo habitual. Al principio pensé que la fiesta era un rollo para él, pero cuando habló de Liv, de mi madre, entendí que también estaba emocionado, que la recordaba tanto como yo.

Y entonces llegó la gran sorpresa: el regalo de Kai y de Ava. Me sacaron fuera y ahí me esperaba un coche. Un Honda Civic azul. Me quedé en *shock*.

—¿Qué es eso? —Miré a Kai, todavía incrédula.

—Se llaman coches, sirven para transportar personas. Y ahora es tuyo —bromeó, ganándose un codazo mío.

—Ya, bobo. Pero es demasiado. No puedo aceptar algo así.

Kai me sujetó por los hombros y me obligó a mirarlo.

—Mischa, pronto empezarás la universidad. La casa no está cerca, y no va a ser fácil coordinar transporte público con los horarios. Dime, ¿cómo piensas ir a clase y cuidar de mi abuela si pierdes horas en el camino?

Lo conocía. Siempre encontraba excusas para que no pudiera rechazar lo que me regalaba. Sin embargo, aquello era demasiado.

—Kai, me estás haciendo el lío otra vez —dije, cruzándome de brazos mientras todos reían—. Entiendo lo que dices, pero si necesito un coche puedo comprarme uno sencillo, algo que pueda permitirme con lo que gano.

—Abuela, me rindo. —Levantó las manos—. Es tan testaruda como tú, lidia tú con ella.

—Ven, Mischa —me llamó la anciana—. Mi nieto tiene razón. Te hace falta un coche, y este lo elegí yo. Es mi regalo. Si lo rechazas, me sentiré fatal porque quiero consentirte. Eres como una nieta más para mí.

Y ahí ya me ganó. La abracé fuerte y todos vitorearon. Kai y su abuela siempre conseguían que cediera. ¿Y cómo negarles algo? Definitivamente no podía.

—Aunque hay un problema —confesé tímidamente—: no sé conducir. Así que no sé yo qué utilidad le voy a dar a este cacharro.

Escuché risotadas detrás de mí y, de repente, una mano envolvió la mía. Me giré y esos ojos negros me taladraron, mientras me hacía un gesto con la cabeza.

—Es hora de que pruebes tu nuevo coche.

Y tiró de mí, frente a todos. Vi sonrisas, risitas, miradas cómplices. ¿En serio estaba haciendo eso allí, delante de todo el mundo? ¿Quién era ese hombre y qué había hecho con mi Kai?

Me abrió la puerta del copiloto para que entrara. A continuación, lo hizo él, al volante, y, madre mía, parecía ridículo: el vehículo era demasiado pequeño para su cuerpo enorme. No pude evitar reírme.

—Ni puta gracia —resopló—. Mira lo que me haces hacer, así que un poco de respeto.

Pero él también sonrió. Y jolín, cada vez que lo hacía, mi estómago daba un vuelco. Era guapo de por sí, aunque cuando esa sonrisa perfecta asomaba entre sus labios carnosos, era todavía más irresistible.

No sé en qué momento llegamos a un descampado. Estaba tan perdida mirándolo que el resto del mundo dejó de existir. Solo volví a la realidad cuando detuvo el vehículo y se giró hacia mí. Intenté fingir indiferencia, pero ¿a quién quería engañar? Desde luego, a él no.

Empezó a explicarme cosas del coche, aunque mi cerebro no retenía nada. ¿Cómo iba a hacerlo si mis ojos se desviaban traicioneros a su mandíbula marcada, a sus labios, a ese cuello largo que pedía a gritos mis besos?

—Venga, Mischa, ahora siéntate en mi lugar. La única manera de aprender es practicando.

—No, no, no. ¡Ni de coña! No sabría ni cómo arrancarlo, es muy pronto.

—Confía en mí. Es más sencillo de lo que crees.

—En ti claro que confío. En quien no confío es en mí.

—Mischa…

—Kai… —lo imité, arqueando una ceja—. Para ti es fácil, porque ya lo sabes todo. Me gustaría verte en mi lugar, a ver si eres tan valiente.

—Pequeñaja… —tiró suavemente de mi mentón hasta obligarme a mirarlo—, a diferencia de ti, yo confío en ti al cien por cien. Incluso conduciría con los ojos cerrados solo guiándome por tus palabras.

Me reí incrédula, hasta que de repente arrancó el coche y cerró los ojos.

—¡Kai! ¡No juegues, no tiene gracia! —grité, y me incliné sobre él, medio histérica.

—Mischa, cállate y guíame. Tú eres mis ojos.

«Dios mío, va en serio…».

—¡Joder! Vale, gira un poco a la derecha. ¡No, esa no, la otra derecha!

—¿Qué mierda es eso de «la otra derecha»? —rio, acelerando un poco—. Empiezo a pensar que he sido demasiado suicida confiando en ti.

—Vale, vale, suave a la izquierda. Eso es, ahora recto, no toques nada. —El coche empezó a ganar velocidad y yo me quería morir—. ¡Baja un poco, loco!

Frenó despacio y se inclinó hacia mí.

—¿Ves? Todo en esta vida es cuestión de confianza. Yo la tuve contigo. Ahora quiero que tú también la tengas conmigo.

—Kai, me da miedo.

Entonces echó el asiento para atrás y señaló su regazo.

—Venga, lo hacemos juntos.

Lo miré con los ojos muy abiertos. ¿De verdad estaba insinuando que me sentara encima? Mi cara debió de delatarme, porque sonrió y asintió despacio. No necesité nada más.

Me acomodé entre sus piernas, sintiendo su pecho pegado a mi espalda. Sus manos atraparon las mías, encendió el coche y las guio

hasta el volante. Yo no veía nada, porque toda mi atención estaba en él: en su aliento acariciándome el cuello, en cómo cada roce de sus dedos me erizaba la piel.

Un bache nos hizo brincar y acabé encajada aún más en su regazo. Esta vez no se apartó. Sus manos se deslizaron de las mías hacia mis brazos, bajaron lentamente por mis costados, cada roce era un incendio, hasta atraparme la cintura. Tiró de mí hacia abajo, pegándome más a él.

Su respiración era tan agitada como la mía. Sus dedos se colaron bajo mi camiseta, recorrieron mi abdomen, juguetearon con la cinturilla de mis pantalones. Sentí que me faltaba el aire. Me recosté un poco más contra su cuerpo, y entonces, al notar su erección, no pude evitar buscar más fricción. Él soltó un gruñido ahogado y apoyó la frente en mi hombro.

—Joder, Mischa…, me vas a matar.

El coche se desvió y frenó de golpe. Nos quedamos quietos, respirando entrecortados.

—Será mejor que volvamos. Continuaremos la lección otro día —dijo al fin, con un tono seco que me heló por dentro.

Me pasé al asiento del copiloto y lo miré una última vez. Ya no sonreía. Estaba serio, demasiado.

Tragué saliva, desvié la mirada hacia la ventana con el corazón encogido. Tenía ganas de llorar. ¿Se arrepentía? ¿Y si cada vez que me apartaba era porque la recordaba a ella, a su mujer? ¿Y si todavía la amaba?

Negué despacio, fijando la vista en el paisaje. El silencio que nos acompañó de regreso fue el más incómodo de mi vida.

Y ahí estaba, dando vueltas en la cama sin poder dormir, con mi cabeza hecha un lío. Al final me rendí: necesitaba aire o me iba a volver loca entre esas cuatro paredes. Me puse un pantalón deportivo, mi sudadera gris con capucha —la favorita, la de siempre — y antes de bajar las escaleras mis pies, traicioneros, me llevaron hasta la puerta del cuarto de Kai. Solo quería echar un vistazo, nada más. Pero la sorpresa fue encontrarlo vacío: ni rastro de él, ni siquiera la cama deshecha. Y ya pasaba de medianoche.

Bajé a la cocina, todo en penumbras salvo por las luces de cortesía que daban al espacio un aire tranquilo. Me serví un vaso de agua fría y me asomé a la ventana, por si estaba en la piscina. Nada. Entonces quedaban dos opciones: la sauna o la sala de música. No lo dudé.

El cuarto insonorizado estaba en el sótano, junto al cine. Allí guardaba varios instrumentos, aunque lo suyo era la batería. A veces River lo acompañaba y se montaban su propio concierto privado de «incomprendidos del *rock*». Yo, en secreto, había hecho de ese cuarto mi escondite con Sean. El pequeñajo y yo nos colábamos, tocábamos todo sin ton ni son, y aunque aquello sonara a desastre acústico, era nuestro juego prohibido. Me encantaba ser su cómplice.

Abrí la puerta con cuidado y entonces lo escuché: el retumbar potente de la batería. Kai estaba tan metido en su mundo que no me vio al principio. Cerré tras de mí, no quería que el ruido despertara a Ava. Cuando por fin levantó la mirada, me señaló con una de las baquetas.

—Ven.

Obedecí, aunque lo que de verdad me desestabilizaba no fue el gesto, sino verlo sin camiseta, con el torso brillando de sudor bajo la luz tenue. Debería estar prohibido andar así por la vida.

Me acerqué y él me tomó suavemente por la cintura, colocándome entre sus piernas. El aire se me escapó en un suspiro. Con un movimiento lento, me quitó la sudadera por la cabeza. Otro suspiro más. Me giró, acomodándome sobre sus muslos, de espaldas a su pecho, justo en el taburete frente a la batería.

Kai tomó las baquetas y las sumergió en un cubo de agua que tenía preparado. Un segundo después empezó a golpear los parches, y con cada golpe el agua salpicaba en pequeñas explosiones que brillaban bajo las luces. A continuación, guio mis manos hasta las suyas, entrelazándolas para que lo acompañara.

El ritmo era intenso, húmedo, vibrante. Cada golpe hacía temblar el aire y, de alguna forma, también mi cuerpo, como si cada latido de la batería se sincronizara con el suyo contra mi espalda. El agua nos salpicaba los brazos, el cuello, y esa mezcla de calor, sudor y

gotas frías sobre la piel me erizó entera. Kai no decía nada, solo respiraba cerca de mi oído, tan cerca que cada exhalación me recorría como una caricia.

Era salvaje, intenso, parecía que la batería no fuera un simple instrumento, sino la excusa perfecta para que nuestros cuerpos se movieran al mismo compás, desafiando el deseo que crecía con cada roce. Cuando terminó, se dejó caer hacia atrás, respirando agitado. Yo, todavía sobre su regazo, me giré para mirarlo a los ojos y lo abracé con toda la fuerza y la emoción que me golpeaba por dentro.

—¡Dios, Kai, ha sido increíble! —Y cada palabra era cierta; aún sentía la vibración recorriéndome el cuerpo—. Ojalá este día no se acabara nunca.

Lo dije más como un deseo que como una confesión. Pensé que se apartaría, que ese era el instante en que marcaría distancia, pero no. Aún con la respiración entrecortada, sujetó mi rostro entre sus manos y, tras besarme en la frente, murmuró con voz grave:

—Todavía quedan unas horas antes de que coja el vuelo. Vamos a aprovecharlas.

Se puso en pie, obligándome a seguirlo. Me lanzó mi sudadera y se colocó la camiseta. Cuando estuvo a punto de salir, abrió la puerta, la cerró de nuevo y se giró hacia mí.

—¿Puedes ponerte la sudadera?

—¿Por qué? Tengo calor.

Él apretó los labios, entrecerró los ojos y se inclinó hacia mi oído.

—Por el bien de los dos, prefiero que pases tú calor antes de que sea yo quien se caliente de más, pequeña.

Tiró suavemente de la tela de mi camiseta, que seguía húmeda, pegada a mi piel. No dejaba nada a la imaginación, y mucho menos con mis pezones delatándome.

—Me parece una buena idea… —admití rápido, poniéndome la prenda con un poco de vergüenza.

Él asintió satisfecho, entrelazó sus dedos con los míos y me guio escaleras arriba. No tenía ni idea de a dónde íbamos, y ¿acaso importaba? Con Kai iría a cualquier parte, incluso al fin del mundo con los ojos cerrados. Porque no había lugar más seguro ni más feliz para mí que aquel en el que estuviera él.

CAPÍTULO 14

MISCHA

Tres años antes…

—Kai, ¿se puede saber qué hacemos en el estadio de los Rift a estas horas? —pregunté alucinada. El último sitio en el que pensé que acabaría esa noche era allí.

—Confía en mí. —Se bajó de la moto, me quitó el casco con un gesto suave y lo colgó junto al suyo.

Todavía me temblaban las piernas por la adrenalina. Nunca había montado en moto y, aunque al principio estaba tiesa como un palo —literalmente, iba acojonada—, poco a poco me fui soltando. Claro, con el calor de su cuerpo tan pegado al mío y mis manos escondidas bajo su camiseta tocando ese torso duro… Vale, sí, me aproveché un poquito de la situación. Tenía que distraerme de alguna forma, ¿no? Y al final, con el aire acariciándonos la cara, terminé disfrutándolo un montón. Mi opinión sobre las motos había cambiado radicalmente.

Me dio la mano otra vez. Curioso, nunca había tenido tanto contacto físico con él como ese día, y no voy a negarlo: me encantaba. Por un segundo pensé que quizá el haber tomado la decisión de separarse lo había liberado en cierto modo. Estaba distinto, más cercano. Enseguida me obligué a apartar esa idea: fantasear con que a Kai le gustaba era peligroso. La cachetada de realidad iba a doler demasiado. Así que me limité a disfrutar de lo que me regalaba, de lo bien que me hacía sentir.

El guardia de seguridad nos abrió. Cara de sueño, uniforme arrugado.

—Buenas noches, señor Jones. ¿Dos días seguidos por aquí? ¿Hoy trae nueva compañía para su entrenamiento nocturno?

Kai soltó una carcajada y le dio una palmada en el hombro, cómplice.

«¿Entrenamiento nocturno? ¿Ayer no había ido con River y Hughes a ver a los Guns N' Roses?».

—No, Smith. Digamos que necesito otro pequeño favorcillo. Es para complacer a esta jovencita que está de cumpleaños y nunca ha patinado en una pista de hielo. ¿Podrías encender las luces de la grande? Quiero que sienta la emoción del hielo. Te prometo que no estaremos tanto tiempo como la otra noche.

«¿Tanto tiempo? ¿Con quién estuvo aquí?».

—Claro. Felicidades —se dirigió el guardia a mí, y yo solo pude asentir, todavía procesándolo todo.

Kai caminaba delante de mí. Entramos en un almacén, sacó unos patines y me los tendió.

—Creo que estos te servirán, no parece que tengas el pie más grande que ella.

«¿Ella?».

Me quedé un poco atrás, tragando saliva. Vale, la sorpresa de traerme aquí a patinar era increíble. Todo con él lo era. Pero ¿por qué había dicho que estuvo en un concierto si en realidad había estado en este lugar con «ella»? Aquello me daba vueltas en la cabeza.

—Ey, ven aquí —me llamó desde la entrada de la pista, ya con los patines puestos—. No te estarás acobardando, ¿no?

Me acerqué. Me sentó en la valla del banquillo, justo donde los jugadores esperan su turno para saltar al hielo, y empezó a quitarme las deportivas para ajustarme los patines.

—¿Lista?

—¿Eh?

Separó mis piernas, se colocó en medio y me levantó el mentón.

—¿Qué sucede? —susurró.

Negué con la cabeza, pero él insistió.

—Mischa…

—Vale, vale —bufé, sintiendo que me ardían las mejillas—. Solo que no entiendo por qué me dijiste que habías ido a un concierto si en realidad estuviste aquí con alguien.

Lo solté en un tono que me delataba. Y, claro, Kai lanzó una carcajada fuerte.

«Bravo, genial. Encima se ríe de mí».

—¿Sabes qué? Se me quitaron las ganas de patinar. Quiero irme. —Intenté levantarme, aunque no me lo permitió. Sus manos rodearon mi cintura y me pegaron contra él.

—¿Estás celosa? ¿Con quién crees que vine?

—No. ¿Por qué lo estaría? —fingí francamente mal—. Solo digo que, si no me ibas a contar la verdad, mejor te callabas.

—La que miente fatal eres tú. —Se rio otra vez, disfrutando de mi cara—. Fui al concierto, como te comenté. Y después vinimos los tres. River dañó nuestro orgullo de jugadores. Así que nos vengamos en el hielo.

—Ah… —Abrí la boca, sintiéndome ridícula. Con «ella» se refería a River.

Kai me cerró suavemente la boca con la mano y me acarició los labios con el pulgar.

—Digamos que anoche pasaron ciertas cosas que necesitábamos los tres. Aunque es algo que me guardo, porque no solo me afecta a mí y porque, de momento, tú no estás preparada para esa información.

Iba a protestar —¿que no estaba preparada? ¿qué significaba eso?—, pero no me dio tiempo. Me levantó en volandas y, sin previo aviso, me arrastró al hielo.

El frío me atravesó de repente, aunque la adrenalina lo borró todo. Kai me arrastraba sobre el hielo, sujetándome fuerte de la mano. Yo, incapaz de dejar de reír, abrí los brazos como si volara. Las gradas se desdibujaban a nuestro alrededor y por un instante sentí que el mundo se reducía a ese momento perfecto.

Intenté deslizarme sola… y duré dos segundos antes de acabar de culo contra el hielo.

—¡Joder! —me quejé entre risas.

Kai se desternilló, vino a ayudarme y terminó cayendo encima de mí. Rodamos juntos, resbalando como dos críos, pero cuando por fin paramos, sus manos estaban en mi cintura y su cuerpo pegado al mío, demasiado pegado.

—Eres un desastre —jadeó, con la frente apoyada en la mía.

—¡La culpa es tuya! —le empujé débilmente, aunque tenía el corazón desbocado y las mejillas ardiendo.

Me levantó y lo intentamos de nuevo. Esa vez conseguí avanzar unos metros sola, los brazos abiertos, sintiéndome libre, ligera, casi invencible.

—¡Mírame! —grité emocionada.

Y justo cuando empezaba a creerme profesional… volví a caer de culo.

Kai patinó hasta mí y, a propósito, se tiró, quedando medio tumbado sobre mi cuerpo, sin la menor prisa por levantarse.

Sus pupilas, dilatadas, me atraparon; parecía que podía devorarme solo con la mirada. A continuación, me ayudó a incorporarme, pero antes de que pudiera reaccionar, me alzó en brazos. Solté una carcajada, rodeándole el cuello y escondiendo la cara en su piel. Él avanzó hacia la salida mientras yo lo envolvía con las piernas.

El aire me faltaba, la cabeza me daba vueltas y todo por su culpa. Por lo que despertaba en mí. Por cómo mi corazón se desbocaba, cómo mi cuerpo lo buscaba y cómo mi mente no dejaba de gritar su nombre.

Me incliné y rocé su mejilla con un beso rápido. No pude evitar repetirlo, esta vez tan cerca de su boca que rozamos comisuras.

—Joder… —gruñó, los brazos tensándose—. No puedo…

Fui a besarlo una tercera vez, pero él me tomó del pelo, acercando mi cara a la suya.

—Mischa… —apoyó suavemente su frente en la mía—, no debemos…

—Kai… —susurré—. Quiero que seas tú quien me dé mi primer beso. Por favor…

Me lancé, posando mis labios sobre los suyos. Y, como la otra vez, no fui correspondida. Me liberé de su mano y bajé al suelo con torpeza, tambaleándome con los patines.

Intenté alejarme, pero me detuvo, sujetándome de la muñeca. Me acorraló contra el cristal, tan cerca que sentía su respiración golpeando mi boca.

—Lo siento —murmuré, incapaz de apartar la vista de sus ojos—. Solo me hubiera gustado estar contigo.

Negó lentamente, aunque se acercó un poco más, su cuerpo firme contra el mío.

—Yo también lo siento —dijo, su mirada bajando de mis ojos a mis labios.

—¿Por qué? Si no has hecho nada… —jadeé, con el corazón en la garganta.

Su mano se posó en mi cadera, la otra levantó mi barbilla.

—Porque lo que voy a hacer no está bien —admitió.

Y entonces me besó.

Sus labios.

En cuanto tocaron los míos, el mundo dejó de existir.

El calor me explotó por todo el cuerpo. Subió por mi pecho. Bajó a mi vientre. Un anhelo dulce y feroz me dobló por dentro.

No pensé. No respiré. Solo lo agarré del cuello y lo atraje más, como si besarle fuera lo único que pudiera mantenerme en pie.

En ese instante supe que no quería soltarlo jamás.

Jadeé contra su boca cuando su lengua rozó mis labios, pidiendo paso.

«Oh, Dios…».

Los separé. Le permití entrar.

Me acarició la lengua con movimientos lentos, provocadores. Casi un castigo.

Insegura, imité su gesto. Él gimió. Y eso me volvió loca. Lo atraje de la cintura. Mis manos bajaron. Sí, le toqué el trasero. Él me apretó contra su cuerpo.

Cada roce encendía más el siguiente. Cada caricia de su lengua pedía otra. Hasta que ya no estaba pensando. Solo gimiendo. Solo restregándome contra él.

Tropezamos con las gradas sin dejar de besarnos.

Kai cayó al asiento. Me atrajo entre sus piernas. Sus manos subieron, atraparon mi trasero y lo apretaron con fuerza.

—No dejes de besarme nunca —le rogué, lamiendo sus labios.

—Aunque quisiera, no podría detenerme… Llevo demasiado tiempo soñando con tenerte así, con sentirte solo mía.

Me estremecí.

—¿De verdad?

—Joder, sí —gruñó.

Sus manos se colaron por dentro de mis pantalones deportivos, acariciando mis muslos y juntando mis nalgas. Me guio a su regazo, a horcajadas.

—Besas como un profesional. Aunque no tenga con quién comparar, sé que nadie más podrá hacerme sentir esto —jadeé contra su boca, todavía temblando.

—Joder, pequeña, me vas a volver loco. No sabes lo especial que eres, lo jodidamente única. Cada cosa que haces, cada gesto, cada maldito beso es una adicción. Mi adicción.

Su lengua volvió a buscar la mía. El beso se volvió más exigente, más intenso. Sus manos en mi trasero, empujándome contra él, marcando un ritmo que me arrancaba gemidos y me encendía cada vez más.

Lo sentí.

Duro, palpitante, presionando contra mí.

Cerré los ojos, me moví encima, y un escalofrío eléctrico me recorrió de arriba abajo.

Tiró de mi pelo, bajó a mi cuello y lo besó como si quisiera devorarlo.

Yo no podía parar. Él tampoco.

Hambre. Necesidad. Fuego.

Y justo entonces, un golpe nos devolvió a la realidad.

El guardia nos miraba.

La burbuja se rompió.

—Disculpen, pensé que ya se habían marchado. Solo vine a comprobar que todo estuviera en orden antes de apagar las luces —balbuceó el hombre, incómodo, recogiendo el teléfono del suelo—. Me voy, no los interrumpo más.

—No te preocupes, Smith, es tarde, nosotros ya nos retiramos.

Nos quitamos los patines, y el buen hombre los recogió enseguida, haciéndose cargo del material. Kai se agachó para que me subiera a su espalda, como tantas otras veces. Me encantaba

hacerlo, y más aún cuando me llamaba *koalita*; estaría pegada a él para siempre si pudiera.

Al pasar junto al guarda, Kai le dio una palmada afectuosa a modo de agradecimiento.

—Gracias por todo —alcancé a decir, saludando con la mano mientras me recostaba sobre su hombro, ardiendo de vergüenza por cómo nos había encontrado.

Acabamos riendo los dos, y él, sin pensarlo, me besó el antebrazo que quedaba bajo su mandíbula, como si fuera lo más natural del mundo.

Flotar era poco. Y no solo por la velocidad de la moto, sino porque Kai me había besado. No una, ni dos, ni tres…, había perdido la cuenta. Y cada beso había sido mejor que el anterior, más intenso, más real que cualquier sueño. Una parte de mí esperaba que en algún momento se arrepintiera, que se alejara, pero mientras tanto, pensaba exprimir hasta el último segundo de felicidad. Porque si algo había aprendido en mi corta vida, era que la felicidad estaba hecha de momentos pequeños, de esos que lo cambian todo.

Vi cómo tomaba una salida distinta, lejos del camino a casa.

—Kai, ¿a dónde vamos?

—Todavía me quedan unas horas antes de tener que coger el vuelo. Vamos a aprovecharlas todas.

Sonreí sin poder evitarlo. Mis manos se colaron bajo su camiseta de nuevo, recorriendo su piel caliente, dibujando cada músculo hasta posar la palma sobre su corazón. Sentí el latido acelerado y la moto pegó un tirón; me detuve, insegura. Posiblemente lo estaba distrayendo, quizá lo incomodaba.

—Lo siento —murmuré, retirando la mano.

Pero él la atrapó, presionándola contra su pecho, obligándome a dejarla ahí.

—No pares —su voz salió ronca—, me vuelve loco cuando me acaricias.

«Y a mí me vuelve loca hacerlo», pensé, sonriendo contra su espalda.

Detuvo la moto en Alki Beach Park. Se bajó primero y, como en el estadio, me ofreció la mano. Otra vez nuestros dedos encajaron,

como si lleváramos años haciéndolo.

—Kai, ¿por qué estamos aquí a estas horas?

—¿Recuerdas que te prometí que, cuando aprendieras a nadar, te traería al mar? —Se quedó pensativo—. Vale, no es que seas una profesional, no nos engañemos, aunque confío en que no te ahogues. Al fin y al cabo, los perros tampoco lo hacen y tú sigues su estilo.

Reí, dándole un empujón mientras avanzábamos por la arena.

—Estás loco. Si nos pillan aquí, nos vamos a meter en problemas, lo sabes, ¿no? —bufé.

Él me miró divertido, inclinándose para rozar mi nariz con la suya.

—Tranquila. A partir de las cuatro se puede estar aquí. Así que, lo siento mucho, seguimos siendo unos ciudadanos ejemplares.

Se detuvo junto a la orilla y, sin más, empezó a desvestirse.

«Madre mía…», fue lo único que salió de mi boca cuando se quitó la camiseta, dejando a la vista ese torso que parecía esculpido a mano. Pero no se quedó ahí. Los zapatos y el pantalón cayeron y se quedó con un bóxer blanco.

«Oh, Dios…». Abrí la boca como una idiota. Lo había visto en bañador, pero aquello era otra liga.

—Ey —rio, acercándose para cerrarme la boca con los dedos—. No sé si me miras así para bien o para mal.

—Bien —contesté sin pensar—. Demasiado bien. Imponente.

Se carcajeó con fuerza, y yo me tapé el rostro a toda prisa. Sentí cómo la vergüenza me cubría de pies a cabeza. Se iba a pensar que era una cría, que jamás había visto a un hombre medio desnudo. Y sí, los había visto, bueno, en películas. Y a mi padrastro, pero ese recuerdo me revolvió el estómago. Kai, en cambio, era otro nivel. Lo miraras por donde lo miraras, era impresionante.

—Me alegro de que te guste —susurró con picardía—. Venga, quítate tú la ropa. No pensarás meterte con la sudadera puesta, ¿no?

—¿Que… que me desnu… desnude? —balbuceé, más roja que un semáforo. Pánico puro. Quedarme en ropa interior delante de él era una pesadilla. ¿Y si no le gustaba lo que veía? Era demasiado consciente de mi cuerpo. Había cogido algo de peso, aunque todavía

no lo suficiente. Y mis pechos…, mejor ni pensarlo. En ese instante maldije por no haberme puesto un sujetador con relleno, de esos que disimulan lo que no hay.

—Mischa… —Su voz se volvió grave pero suave, como si supiera lo que estaba pasando por mi cabeza—. Vamos, es para hoy. Tenemos dos opciones: o te desvistes, o entras al agua con todo. Y créeme, volver en moto empapada no es el mejor plan.

Temblorosa, empecé a desatarme las deportivas. Después la sudadera y por último los pantalones, que aparté junto al resto de la ropa. Me quedé solo con la camiseta, respirando hondo, intentando reunir valor para afrontar mis propios complejos por la delgadez. Agarré el bajo para quitármela, pero la mano de Kai me detuvo.

—No hace falta. Puedes dejarla puesta. Tienes la sudadera seca para después.

Lo dijo con naturalidad, aunque sentí un pinchazo en el pecho. Una parte de mí lo interpretó como un rechazo, como si no quisiera verme desnuda. Sonaba ridículo, lo sabía, pero lo que más necesitaba en ese momento era sentirme deseada por él, incluso con mis defectos.

Me tomó de la mano y tiró de mí hacia el agua. Estaba helada. Kai se lanzó de golpe y al salir empezó a salpicarme. Corrí por la orilla riendo, aunque me alcanzó y caímos juntos en la arena. Entre risas y forcejeos lo aparté, me levanté y me lancé al agua yo sola.

La sensación fue increíble. Empecé a mover los brazos, flotando boca arriba, mirando el cielo. Kai apareció a mi lado, imitando mi postura, y nuestras manos se rozaron hasta que entrelazó nuestros dedos.

«Despierta, Mischa. Esto no es un cuento. Mira quién es él y quién eres tú», me recriminé. Rompí el contacto y me incorporé.

De pronto me di cuenta de que no tocaba suelo. Me puse nerviosa.

—Kai, no hago pie.

—Mischa, nada igual que en la piscina. Mantente a flote. Ya lo estás haciendo.

—No puedo…

—Claro que puedes. Y si no, recuerda dos cosas: una, yo jamás permitiría que te hundieras. Y dos, si de verdad estuvieras en peligro ya estarías bajo el agua y yo no estaría aquí hablándote.

—Vaya, tienes razón —suspiré. Su mirada me dio la confianza que necesitaba y, poco a poco, empecé a avanzar hacia la orilla.

—¡Kai, lo he logrado! —chillé, saltando como si hubiera ganado una medalla olímpica. Para mí, en cierto modo, lo era.

—Tienes que confiar más en ti, pequeña —me agarró de la cintura y me levantó para dar una vuelta en el agua. Reímos, nos salpicamos, hasta que de pronto la tensión cambió. Lo vi en sus ojos, ese mismo destello de antes del beso en la pista.

Me apresuré a soltar sus manos y a poner los pies en el suelo.

—Hace frío, creo que mejor nos cambiamos. —Di media vuelta.

Kai me atrapó por la cintura y me pegó contra su pecho mojado.

—Ya te he dicho que mientes muy muy mal —ronroneó contra mi oreja, con los labios rozando mi cuello. Sentí que me moría—. Estás huyendo de mí, y no sé si es porque te arrepientes de lo que pasó.

Me giré de golpe, atrapada en su abrazo.

—¿Arrepentirme? ¿De qué hablas? Kai, ese fue el mejor momento de mi vida. Fue el regalo más especial de mi cumpleaños. Aunque seamos sinceros, si no hubiera insistido tanto, si no te lo hubiera pedido, jamás me hubieras besado. Y lo entiendo. Mírate y mírame. En ningún mundo un chico como tú se fijaría en alguien como yo.

Su expresión cambió.

—Mischa, me estás dejando loco con esas ideas. No sé de qué mundos raros me hablas, ni de dónde sacas esas mierdas. Pero lo único que sé, aquí y ahora, es que llevo mucho tiempo deseando besarte, que me encantas y que me fastidia un montón que no lo veas. Eres preciosa, dulce, jodidamente *sexy*… Una tentación demasiado grande a la que no debería acercarme. Y aun así no sé cómo cojones alejarme de ti.

—Pero míranos… —Señalé su cuerpo perfecto y después el mío—. ¿Cómo te puedo gustar? Soy un saco de huesos. Ni siquiera quisiste verme sin camiseta.

Kai me miró como si hubiera dicho la mayor estupidez del mundo.

—¿En serio pensaste que te pedí que te dejaras puesta la camiseta porque no quería verte desnuda? Joder, no entiendes nada. Lo hice porque me estoy poniendo muy malo contigo. Porque tenerte aquí, mojada, pegada a mí, es una tortura. Porque me cuesta horrores aguantarme las ganas de hacerte mil cosas que no debería. Y porque me importas demasiado como para arriesgarme a joderte de esa manera. Pero rechazo, Mischa…, rechazo es lo único que nunca podrías provocarme.

Enredó sus manos en mi pelo y tiró de mi cabeza para besarme. Y no fue un beso como los anteriores: fue hambre pura, furia, desesperación. Su lengua buscó la mía, dominándola sin darme tregua. Sus manos bajaron a mis nalgas, me apretó contra él y me levantó con facilidad; mis piernas se cerraron a su alrededor mientras el agua nos cubría.

Mis dedos se enredaron en sus rizos cuando una de sus manos se coló bajo mi camiseta, ascendiendo por mi costado, rozando mi pecho sin llegar a tocarlo. Eché la cabeza hacia atrás, el pelo empapado cayendo sobre el agua, y su boca se deslizó por mi cuello, lamiendo, mordiendo, succionando hasta atrapar otra vez mis labios.

Sentí su miembro duro contra mi sexo húmedo, la tela mojada apenas podía contener el calor de nuestros cuerpos. Me moví ligeramente y él jadeó, quedándose quieto un segundo. Lo busqué con la boca y lo besé de nuevo; esta vez fue él quien movió nuestras caderas, friccionando lo justo para arrancarnos gemidos.

—Oh, joder… —escapó de mis labios cuando la presión en mi vientre se encendió, y entonces me restregué con más fuerza. Él cerró los ojos, los dientes apretados, pero no se detuvo. Y menos mal, porque sentí que iba a romperme en mil pedazos. Todo en mí tembló al alcanzarlo, al llegar al orgasmo—. Kai… Oh, Kai… —gemí antes de que me atrapara otra vez la boca, apretando mis nalgas para prolongar ese instante.

Cuando por fin recuperé el aliento, seguía aferrada a su cuerpo, y él me miraba como si yo fuera lo más bonito del mundo. Y ahí, justo en ese momento, me di cuenta de lo que había hecho.

—Ay, qué vergüenza… —Me tapé la cara con las manos—. Yo… yo lo siento mucho…

—Ey, tranquila, no pasa nada.

—¿Cómo que no? ¡Mira cómo estás! Eso… está demasiado grande… ¿quieres que haga algo al respecto?

—NO, Mischa. —Se rio nervioso—. Bueno…, sí. Dame un minuto. Espérame fuera, ¿vale?

—Pero, Kai, yo…

—Mischa.

—Vale, vale… —Me retiré mordiéndome el labio, sintiéndome fatal. «Bravo, Mischa, cada día lo haces mejor».

Antes de llegar a la arena, le di una patada al agua, como si con eso pudiera sacar algo de la frustración. «Genial, lo he jodido todo». Escurrí mi pelo y me quité la camiseta para sacudirla, cuando lo escuché a mi espalda:

—Bonitas braguitas.

Di un respingo y, de puro reflejo, le lancé la camiseta mojada. Después crucé los brazos sobre el pecho, intentando taparme, como si eso tuviera algún sentido después de lo que acababa de pasar. En un segundo ya me estaba cubriendo con la sudadera. Cuando me agaché a por los pantalones, mis ojos, muy traicioneros ellos, se fueron directos a su…, bueno, a eso.

Kai carraspeó con una sonrisilla y yo desvié la mirada tan rápido que casi me mareo.

—No es la primera vez que te veo desnuda, ¿sabes? —confesó tan tranquilo.

Lo miré desconcertada.

—El día que fuimos de compras… tenías el probador medio abierto. Y te vi. A ti. Y a esas bragas blancas horribles que llevabas. Joder, Mischa, un atentado contra la moda y contra mis pobres ojos.

Abrí la boca para protestar, aunque nada salió.

—Te lo juro, creo que habría tenido pesadillas. Si no fuera porque estabas tú dentro de ellas, habría pedido terapia. Espero que ya las hayas tirado, porque si siguen en tu cuarto, las quemo yo mismo.

—¡Kai, no vas a tocar mis braguitas! —le solté un manotazo entre risas.

Él me atrapó la muñeca y tiró de mí hacia él, divertido.

—Ya verás como sí. —Me besó en el pelo y después me lo despeinó con descaro—. ¿Estás lista? ¿Regresamos?

Sujeté su mano, frenándolo.

—Kai, ¿podemos quedarnos un poco más? No quiero que esta noche acabe todavía.

Se dejó caer en la arena, se subió la capucha y me hizo un gesto con la mano para que me tumbara a su lado. Estiró un brazo bajo su cabeza y el otro me rodeó por completo cuando apoyé la mía sobre su pecho. Su calor, su olor, su respiración, todo en ese momento era perfecto.

—Kai…

—Dime. —Él me acariciaba el cabello mojado con los dedos.

—Gracias por regalarme tantas primeras veces. Y no hablo solo de lo del agua o del beso, sino de todos esos momentos que viví por primera vez contigo, porque tú hiciste que fueran especiales.

—Ay, Mischa —suspiró sin detener sus caricias—. Para mí también han sido únicos, ¿sabes? Contigo siento que estoy viviendo todo de nuevo, como si fuera la primera vez.

—Y ahora viene el «pero», ¿no?

—Sí, porque por más que me guste lo que ha pasado entre nosotros, no está bien. No me malinterpretes, no me arrepiento de nada, joder, ¿cómo hacerlo si fue especial de verdad? Pero no podemos seguir, esto no puede ir a más.

—Ya, bueno… —Tragué saliva—. No soy tonta, sé que un hombre como tú no estaría con alguien como yo.

—Ey, no —afirmó, levantó mi cara y secó la lágrima que se me escapó—. Tú eres perfecta. El problema soy yo. No puedo hacerte eso; eres demasiado importante para mí. —Inspiró hondo varias veces, como si lo que trataba de decir le aplastara el pecho—. Hace años viví algo muy jodido, algo que siempre me persigue. Es un secreto del que no hablo porque me aterra que me rechacen, que me miren con repulsión o lástima. Créeme, son sentimientos que nadie querría provocar. ¿Sabes qué pasó cuando Madison lo descubrió? No toleró estar conmigo y se fue. Mischa, no soportaría

que me vieras igual. Porque cuando tú me miras así, de la forma en que lo haces ahora, me das vida, joder.

—Kai… —Acaricié su mejilla húmeda, convencida de que estaba llorando. Aquello que callaba debía de doler demasiado, cualquiera diría que llevaba el peso de una montaña sobre los hombros—. Yo no soy ella. Nada de lo que me digas va a cambiar lo que siento por ti.

—Y no es solo eso, pequeña: todavía estoy casado. ¿Qué podría ofrecerte? ¿Una aventura a escondidas? ¿Verte solo entre cuatro paredes? Porque si lo hiciéramos público, hablarían de ti, de la diferencia de edad, de Madison…, lo único que te daría sería basura.

—No me importa. No necesito nada más. Y no voy a exigirte que hables de lo que te hace daño.

—Dios… —Besó mi frente—. Es que no puedes ser más bonita. Mischa, a mí sí me importa. Tú me importas. Y no voy a permitir que te conformes con tan poco. Ahí fuera tienes una vida entera por descubrir, un mundo por el que caminar. Tienes que aprender que nadie debe ser el centro de tu vida. Esa vida es tuya, y los demás solo somos complementos. Pequeña, tú tienes que volar.

—Kai, aunque pasen mil años, seguiré esperándote. No importa cuánto tardes, estaré aquí cuando por fin estés listo.

—Uf… —resopló, y me abrazó fuerte contra su pecho—. No me lo vas a poner fácil, ¿eh?

CAPÍTULO 15

KAI

Liam se había ido tambaleando, con esa expresión de mártir que se le quedaba tras tragarse sus propios cócteles. Yo permanecí en la cocina, aferrado al vaso. El líquido amarillento giraba lento, hipnótico, mientras mi cabeza no dejaba de proyectar los vídeos de Mischa: su risa, su forma de moverse, los abrazos con Kelsey. Según me contó Liam, al principio ellas dos habían experimentado juntas, pero pronto comprendieron que no iba a ir a más y que lo que se estaba tejiendo era una amistad sincera. Me alegraba que Mischa la tuviera, que viajara, que saliera, que siguiera construyendo vida. Era lo que siempre quise para ella. No esto. No conmigo.

Pero, aun así, dolía. Dolía imaginarla feliz con ese tipo sin camiseta que se pavoneaba en los vídeos como un modelo de gimnasio, con sus capas absurdas de ropa interior y pantalones. Y dolía más porque, al verlo, entendí algo que no había querido admitir: Mischa había estado con personas que no se parecían en nada a mí. Como si buscara borrar cualquier detalle que le recordara lo que fuimos. Y ese pensamiento me mataba.

Me repetía que, a esas horas, estarían celebrando su reconciliación y que eso era lo correcto. Yo debía aceptarlo. Mischa no tenía que estar aquí, a mi lado. Todavía no me entraba en la cabeza cómo pudo dejarlo todo para venir en cuanto supo que yo estaba mal. Ella debería odiarme —era lo que me merecía—, pero no lo hacía. Y ahí estaba yo, tan bajo, tan vacío, que comenzaba a pensar que lo que recibía ya no era afecto, sino lástima. Pena. Quién sabe.

Bzzz. Bzzz. El móvil volvió a vibrar. Miré la pantalla: Madison. Ya lo había silenciado mientras estaba con Liam, pero ni así. Antes, con un par de copas de más, él mismo contestó y le lanzó cuatro

barbaridades. Tuve que colgar antes de que le regalara alguna pista sobre dónde me hallaba. Madison no era tonta; sabría que me estaba refugiando en casa de algún amigo. Desde entonces no paraba de insistir.

Lo apagué. Y, con un gesto brusco, lo introduje dentro del vaso. Quería silencio. Ni su nombre ni su zumbido. Nada.

Fue entonces cuando escuché la puerta cerrarse.

«No, Liam, otra vez no. No estoy de humor para aguantar tu borrachera», maldije, dejando caer la frente contra la encimera.

—Kai. —La voz de Mischa me hizo alzar la cabeza de golpe. Era ella. Había vuelto a casa. Y sí, casa, porque, aunque figurara a nombre de mis amigos, ese lugar siempre había sido nuestro. El corazón me martilleó en el pecho. Quise correr hacia ella, abrazarla, preguntarle por ese imbécil, pero me quedé quieto. Caminó hacia la encimera y, con semblante preocupado, susurró—: ¿Qué has hecho? —Su mirada bajó hasta las copas. Vi la tristeza en ella y me vine abajo. Claro, temía que yo hubiera hecho alguna estupidez. Que acabara convertido en alguien como su padrastro. Dios, no soportaba que ella pensara eso de mí.

Arrastré con brusquedad la copa que contenía mi teléfono hasta ella.

—Adelante. Huélela. Pruébala. Haz lo que quieras. Así confirmarás que no estoy ebrio, que no soy el pobre borracho que pensáis todos. «No sabe lidiar con sus mierdas y se ahoga en alcohol», ¿no?

—Kai, yo no pretendía ofenderte —se defendió, y sus ojos empezaron a brillar de humedad.

—Pues me duele, Mischa. ¿Crees que no me doy cuenta de cómo seguís cada paso que doy? ¿Que os turnáis para vigilarme, para tenerme siempre con niñera? ¡Me jode! ¡Me jode que mis amigos, la gente que quiero, me vea así! ¡Que nadie confíe en que todavía puedo hacer las cosas bien!

—Kai… —repitió, acercándose para tocarme. Levanté las manos, cortando su gesto. La compasión era lo último que necesitaba.

»Por favor, escúchame —dijo—. Nadie piensa eso de ti. Solo queremos apoyarte y estar a tu lado. Sabemos que estás pasando por un mal momento.

—Ya basta, Mischa. Si has venido para comprobar que estoy bien, ya me ves. Ahora vuelve por donde has venido. Vete con tu novio y disfruta de la noche.

—Landon no es mi novio —aseguró, y sus palabras retumbaron en mi pecho—. Lo dejamos dos meses antes de venir a Seattle. Pero hoy, cuando lo vi, creí que era justo tener esa conversación que nos quedó pendiente cuando me marché de Nueva York sin despedirme.

—Claro. —Me reí sin ganas—. No sé por qué no me sorprende. Pensé que yo era el privilegiado, pero veo que salir corriendo es tu marca de fábrica.

—Eres un gilipollas. —Su voz se quebró—. Sabes perfectamente por qué me fui, Kai. En un instante mi mundo se vino abajo: lo perdí todo, mi pasado, mi historia, mi vida y a ti. Y lo peor es que me perdí yo también. Estaba destrozada, no era capaz de asimilarlo.

Sus lágrimas me golpearon más fuerte que sus palabras. Yo también regresé a aquel momento en que todo se rompió.

—Mischa —dije, y respiré hondo—. Esta noche Liam me mostró tu vida. Eras feliz en Nueva York, con tus amigos, con el imbécil ese. Vete. Aquí ya no hay nada para ti. Y yo no te necesito. Ya tengo suficientes cuidadores, como pudiste observar. Tu presencia solo lo complica todo más.

Vi cómo el dolor cruzaba sus ojos verdes. Las lágrimas empezaron a recorrerle por las mejillas y me odié por ello, aunque era por su bien. Anduvo hacia mí y me golpeó el pecho con sus manos pequeñas, fuera de sí. Se las sujeté para calmarla y entonces se derrumbó.

—¿Por qué me odias tanto? ¿Por qué me tratas así? No lo comprendo.

La solté de golpe, frustrado, enredando mis dedos en mi cabello mientras daba vueltas por la cocina. ¿Qué coño estaba haciendo? No quería lastimarla y aun así lo hacía. Me di la vuelta y la sujeté por los hombros. Esta vez hablé sin rodeos:

—Yo no te odio. Lo que siento por ti está muy lejos de eso. Mischa, sé el daño que te causé. De todas las cosas que hice mal en mi puta vida, esa es la que más me duele. Porque yo sabía que no debía dejar que te acercaras, que te lastimaría, y aun así lo permití.

El resultado fue romperte. Y a pesar de todo estás aquí. —Solté sus hombros y me sequé las lágrimas con el dorso de la mano—. A mi lado, cuando no me lo merezco. Y, joder, no voy a consentir que suceda dos veces. Mischa, tienes que apartarte de mí. No soy bueno. No lo era antes y menos ahora. Por favor, vete…

Ella dio un paso más y llevó sus manos a mi cara. Secó mis ojos, mis mejillas, y después me abrazó. Me volví a romper. No correspondí al abrazo; puse distancia y vi la decepción dibujarse en su rostro antes de salir de la cocina. Yo me desplomé sobre la encimera, la cara entre las manos, y lloré.

No pasó mucho tiempo antes de que oyera de nuevo sus pasos. Un golpe suave en mi codo me hizo mirar. Era el *puck*. Levanté la vista: Mischa estaba frente a mí, quieta.

—El día que me lo regalaste me dijiste: «que este disco te lleve al lugar al que perteneces». Y después de dar unas cuantas vueltas lo comprendí. Ese lugar es aquí —afirmó señalando mi pecho—. Aquí es donde siempre he pertenecido, Kai.

Me quedé sin aire. La saliva se me atoró en la garganta. Todo mi cuerpo tembló ante lo que acababa de decir. Mischa me rodeó la cara con una mano y dejó la otra sobre mi corazón, luego se acercó y rozó mis labios. Cerré los ojos. Sentí su calidez, su aliento. Era un sueño. Ella era un sueño. Seguía siendo luz. Y yo no tenía nada que ofrecerle. Estaba vacío. Dañado. Apreté los puños con todo el dolor del mundo y me contuve. No correspondí a ese beso.

Ella se apartó, me miró a los ojos y suspiró.

—Kai, por favor. No me alejes. No nos hagas esto. Quiero estar a tu lado.

—Mischa, estoy roto. No hay nada rescatable en mí.

—Yo pegaré los trozos que estén fracturados, pondré tiritas en las heridas y daré calor donde sientas frío, luz donde reine la oscuridad. Haré que ese corazón vuelva a latir de amor. Por favor, no me hagas a un lado, Kai.

Me llevé una mano a la boca.

—Joder… —susurré—. Esto es una locura.

Me agarró del brazo de repente. Sus ojos verdes tenían un brillo desafiante y su pelo rojo, ondulado, parecía fuego. Tiró de mí y no

pensé: la atraje y la besé. La empujé contra la nevera, sintiendo cómo su cuerpo se tensaba y temblaba contra el mío, su respiración chocando con la mía, caliente, rápida.

Enredó los dedos en mis rizos y tiró de ellos, arrancándome un gruñido. Le respondí apretándola más, mi boca bajando de sus labios a su mandíbula, su cuello, probando su piel con la lengua, mordiendo ligeramente. «Joder, Mischa…, esto no es solo deseo. Es ella. Solo ella», me repetía mientras su sabor me llenaba la boca y me volvía loco.

La levanté y la senté sobre la isla de la cocina sin dejar de besarla. Quedé entre sus piernas, tan cerca que podía sentir cada estremecimiento de su cuerpo. Me miró a los ojos y yo le devolví la mirada, la respiración entrecortada. Un segundo de silencio, luego, casi a la vez, nos arrancamos las camisetas. La suya salió volando al suelo; no llevaba sujetador. Sus pechos quedaron desnudos y temblando delante de mí. Yo me quedé con el torso descubierto, los dos respirando fuerte, mirándonos como si quisiéramos devorarnos.

Me incliné de nuevo. Esta vez mi lengua buscó la suya, la invadió; ella me respondió con un gemido y las uñas clavadas en mi nuca, tirando otra vez de mi pelo. Bajé por su cuello, su clavícula, dejé que mi lengua dibujara su piel mientras mis manos la sostenían por la cintura, pegándola más a mí. Nos movíamos al mismo ritmo, sin prisa pero sin freno, cada beso se volvía más profundo, cada caricia más ansiosa, más desesperada.

Unas voces en el jardín nos interrumpieron de golpe. Paramos en seco. Nos quedamos un segundo pegados, respirando frente contra frente, la piel ardiendo. A continuación, nos vestimos deprisa, las camisetas retorcidas, los dedos temblando, mirándonos todavía con deseo.

Cuando salimos al exterior, aún tenía el sabor de Mischa en la boca y el corazón a mil. Sabía que acabábamos de cruzar una línea y que ya no había vuelta atrás. «Estoy perdido», pensé. «Totalmente perdido por ella».

Nos quedamos clavados en el sitio al ver el espectáculo. Aquello era un auténtico choque de trenes. Nunca habíamos visto a Liam y a

Conor discutir así. El alcohol no ayudaba; al contrario, los volvía más impulsivos, más obstinados.

—Mierda… —murmuré, mirando a Mischa. Ella negó despacio, igual de asustada que yo por lo que se nos venía encima.

—¿Sabes qué? ¡Estoy harto! —rugió Conor—. Harto de no ser suficiente para ti, de que no veas que tú y yo ya somos una familia sin necesidad de tener hijos. Perdóname si no tengo ese instinto, pero para mí no es tan importante. Me basta contigo, ¿no lo entiendes?

—Ves, lo sabía —manifestó Liam con los ojos enardecidos—. Nunca has querido tener hijos. Por eso estamos así. Por eso no eres capaz de ponerte en mi lugar y entender que para mí sí es importante.

—¡Claro que me importa! —Conor golpeó la pared con la mano—. Lo único que me importa eres tú. Pero llevo tiempo aguantándome tu obsesión, apoyándote en todo, y me está destrozando ver cómo esto se mete entre nosotros hasta rompernos.

—No me puedo creer que me digas eso —replicó Liam, la voz desgarrada—. ¿Y tú? Desde que eres entrenador, el hielo ocupa cada minuto de tu vida. Siempre ha sido el hockey lo que ha importado.

—Oh, Dios, Kai, esto se está poniendo muy feo. ¿Intervenimos? —Mischa, entrelazó su mano con la mía. Yo le apreté los dedos sin saber qué demonios hacer.

—¿Que lo más importante para mí es el hockey? Te recuerdo que renuncié a todo por ti. Por nosotros —recalcó Conor.

—Sabía que algún día me lo echarías en cara —contraatacó Liam con lágrimas en los ojos—. Te pedí que no lo hicieras y aun así insististe.

—Y no me arrepiento, joder —alzó la voz Conor, casi temblando—. Lo dejaría todo mil veces por ti. Aunque se ve que no es suficiente. Yo ya no puedo más.

—Vamos, Mischa, esto se está yendo de las manos; están diciendo cosas de las que se van a arrepentir. —Tiré de ella y me puse entre los dos—. Tíos, parad. Dejad esta conversación para mañana. Estáis soltando una sarta de gilipolleces que no sentís.

—Tranquilo, ya no hay nada más que hablar —resopló Liam, quebrado—. Está claro que no estamos en el mismo punto, que nuestras aspiraciones son diferentes. Me siento como si me estuvieras dando un ultimátum: hijos o tú.

—No ha dicho eso, Liam —intercedió Mischa—. Kai tiene razón, tenéis que hablarlo cuando estéis sobrios y en frío.

—Déjalo —se rindió—. Está claro que todos estos años no han servido para que me conozcas. Jamás sería tan mezquino como para obligarte a escoger. Solo quería ser suficiente para ti. Que todo lo que construyéramos sumara a lo que ya teníamos. Quizá tengas razón: no es que estemos en puntos distintos… es que hemos llegado al punto de no retorno.

—Pero qué coño dices, tío, ¿se te ha ido la olla? —Lo agarré del brazo con fuerza y miré a Mischa—. Acompaña a Liam. Yo me llevo a Conor. Esta mierda de conversación se acaba aquí.

Mischa asintió y, sin mucho esfuerzo, logró llevarse a un Liam completamente destrozado. Con Conor no fue tan fácil: opuso resistencia, aunque estaba tan bebido que al final conseguí arrastrarlo hacia dentro. Tropezó primero con los escalones del porche y luego con la alfombra del recibidor; nos costó casi quince minutos llegar hasta mi cuarto. Cuando por fin lo recosté sobre la cama, murmuró con un hilo de voz:

—Lo amo, joder, pero verlo tan lejos de mí me está matando, Kai. Ya no puedo más.

Me senté al borde del colchón, intentando no dejarme arrastrar por su desesperación.

—Venga, tío, mañana lo verás de otra manera. Sois dos cabezotas, y lo que hay entre vosotros es algo real. De ese amor que sobrevive a las tormentas y sale más fuerte.

Conor rio sin humor, con los ojos vidriosos:

—Eres un buen amigo, Jones, aunque mientes fatal. Este amor acaba de naufragar.

—Ahora lo ves todo negro —lo cubrí con una manta—, pero voy a prepararte algo para que bajes la borrachera y después te ayudo con una ducha. Necesitas descansar. Dormir y sacarte esas ideas de la cabeza.

Lo dejé medio dormido y bajé a la cocina. Saqué el móvil del vaso para comprobar si seguía vivo. Nada. Irrecuperable. Cogí agua para el hervidor y entonces escuché unos golpecitos en la ventana. Al girarme, vi a Mischa. Una sonrisa involuntaria se me escapó. Me hizo un gesto para que saliera. Y salí.

—Ey, ¿qué haces aquí? —Le acaricié la mejilla.

—Te estuve llamando. Estaba preocupada por Conor. ¿Cómo está?

—Borracho, roto y dolido. ¿Y Liam?

—Fuera de sí. Empezó a vaciar el vestidor, a tirar ropa y después se encerró en su cuarto para seguir desmontando algo. Ahora parece calmado, pero no puedo entrar. Me asusta, Kai. Después de lo de hoy… Se han dicho cosas muy duras, temo que no haya retorno.

Tembló. Instintivamente la rodeé con los brazos y la apreté contra mi pecho. Ella me correspondió. Nos quedamos así, respirando juntos, hasta que escuchamos el motor de mi coche arrancando.

—¡Conor! —gritamos a la vez. Nos miramos y nos soltamos. Corrí hacia la salida para detenerlo. Estaba ebrio, alterado, y que condujera era una bomba. Golpeé la ventanilla pidiéndole que parara, aunque fue inútil: salió disparado. Regresé dentro, cogí mi documentación y al salir Mischa esperaba con las llaves de uno de los coches. Me las lanzó y se subió también.

—Mischa, es mejor que te quedes.

—No, Kai. Voy contigo. Arranca ya. No hay tiempo para discutir.

Y tenía razón. Arranqué y salimos a toda velocidad. Si no lo alcanzábamos antes de que llegara a la I-5, lo perderíamos.

Para bien o para mal, en la primera curva vimos mi coche estrellado. Frené en seco, puse los intermitentes y bajamos de un salto. Conor estaba de rodillas en el suelo.

—Tío, ¿estás bien? —pregunté agachándome. Él asintió, nervioso.

—Hay que llevarlo a un hospital —indicó Mischa, preocupada.

—Estoy bien —balbuceó al fin—. Además, no puedo ir a un hospital. Mierda, Kai, la he jodido.

Su mirada me lo explicó todo. El entrenador de los Rift, borracho, en un accidente. Una noticia perfecta para hundirse del todo. Me

aparté y fui hasta el coche. Por suerte, solo había daños materiales, aunque el morro estaba destrozado.

—Mischa, llévatelo a casa. Que vomite, hidrátalo bien, no le dejes dormir. Si ves que empeora, llama a una ambulancia sin pensarlo.

—¿Y tú qué vas a hacer? —preguntó, mirándome desconcertada.

—Avisar del accidente. Diré que iba yo conduciendo y que algo se cruzó. No puedo abandonar aquí el coche; está a mi nombre.

—Kai, ¿estarás bien? —Me cogió del brazo. Y yo le respondí con un beso en la frente.

—Sí. Yo no he bebido. Ha sido un simple accidente. Oye, ¿tienes ahí tu teléfono? Necesito hacer una llamada.

Ella asintió, lo sacó del bolsillo y me lo puso en la mano.

—Quédatelo. Así puedo comunicarme contigo y estaré más tranquila. Esta es mi clave.

Cogió mi dedo y marcó unos números. Me quedé mirándola, sorprendido.

—Esa es la fecha en la que…

—En la que nuestros tiempos coincidieron por un instante. Me imagino que no tendrás problema en recordarla.

—¿Cómo olvidarlo? Fue el día más triste y más hermoso de mi vida —afirmé, y luego meneé la cabeza para apartar esos recuerdos —. Vamos, ayúdame a meterlo en el coche antes de que pase alguien y vea este espectáculo.

Entre los dos colocamos a Conor en el asiento trasero. Aún estaba caliente por el alcohol; cuando se le pasara se cagaría en todo.

—Kai… —dijo sujetándome del brazo—. Gracias por ser tan buen colega. Me alegro de que vuelvas a estar entre nosotros.

Le sonreí y cerré la puerta. Me giré hacia Mischa.

—Mantenme informado, ¿vale? Ahora tengo tu teléfono.

Se lo dije con una sonrisa y un guiño, acariciándole la mejilla casi sin pensar. Pero en cuanto sentí el frío del móvil en la palma entendí que no era solo un aparato; era como si ella me estuviera entregando una parte de su vida. Tres años comprimidos en fotos, mensajes, notas de voz. Recuerdos que yo elegiría no mirar cuando ella se fuera. Y, aun así, sin dudarlo, me lo estaba confiando. Era tentador abrirlo y conocerlo todo. Pero prefería quedarme con lo que

ella quisiera contarme, en el orden y el momento que ella eligiera. Con eso me bastaba.

—Mischa —susurré, inclinándome hasta que mi frente tocó la suya —. Me alegro de que hayas regresado, aunque te haya hecho creer lo contrario.

Su aliento rozó mis labios cuando respondió:

—Yo también me alegro de haber vuelto. Ahora sé cuánto echaba de menos este lugar.

—¿Mucho? —pregunté, rozando mi nariz con la suya.

—Demasiado, Kai.

Entonces me besó. Fue apenas un instante, un roce fugaz, pero en ese gesto entendí que cuando hablaba de un lugar no se refería a un hogar. No eran las paredes, ni las calles, ni el frío de Seattle. Éramos ella y yo.

CAPÍTULO 16

KAI

Tres años antes…

Ya habían pasado varias semanas desde la primera vez que nos besamos, justo el mismo día en que decidí que tenía que frenar, parar toda esa locura que se me estaba yendo de las manos. Quise ser maduro, pensar con la cabeza y hacer lo correcto. ¿El resultado? Aguanté exactamente dos días sin besarla. Sí, dos. Y no voy a mentir: habría caído antes si no hubiera tenido partido fuera de la Stanley Cup.

Cuando regresé a casa esa tarde y no encontré ni a Mischa ni a mi abuela, me llevé la sorpresa de que la pequeña pelirroja se las había ingeniado para llevarla a un evento de *jazz*. ¿Y con quién? Con el chófer, que ya parecía más su cómplice que otra cosa. Definitivamente debería darle un aumento: secundaba todos sus planes. Y siempre conseguía regalarle momentos únicos a mi abuela, por eso la adoraba tanto. Ese amor, ese cariño, esos recuerdos bonitos que le brindaba a la mujer más especial de mi vida, nunca le estaría lo suficientemente agradecido. Gracias a ella, en esos meses, mi abuela había vuelto a sonreír.

Durante la cena, ambas me contaban todo lo que habían hecho. Yo las miraba atónito: parecía que había estado fuera medio año, no un par de días. Mischa incluso había visitado la universidad, y fue ahí cuando pensé: «Tienes que frenar». No hacer nada que rompiera ese ambiente tan cordial, que estaba en equilibrio precario y podía irse a la mierda de un segundo a otro.

Cuando mi abuela se retiró, yo también lo hice. Quedarme a solas con Mischa no es que fuera mala idea: era la peor. Así que fingí estar cansado. Pero en la cama solo daba vueltas, peleando contra la tentación de ir a buscarla. Estaba más pillado de lo que imaginaba,

no conseguía sacármela de la cabeza. Terminé levantándome, cogí el coche y me puse a dar vueltas por la ciudad, cualquier cosa para no hacer algo de lo que después me arrepintiera. No sé hasta qué hora estuve fuera. Cuando por fin regresé, aparqué y me quedé dormido en el coche.

¿Sirvió de algo todo eso? No.

Al entrar, la encontré en la cocina, preparando el desayuno y bailando. Y se me fue la olla. La arrastré hasta la nevera y la besé, como un loco, como un animal hambriento. Ella se quedó descolocada al principio, pero enseguida me correspondió del mismo modo. Si no hubiera sido porque mi abuela apareció en ese momento, no quiero ni pensar qué habría pasado. Así que lo único que me quedó fue huir de ella, como si escapara de un incendio.

Entre los entrenamientos, el lío de River con su ex y Hughes hecho mierda, mi atención estaba puesta en mil cosas. Hasta que apareció Mark Reynolds y todo se fue de madre. Y, después de eso, mi fuerza de voluntad se vino abajo por completo.

Si Mischa estaba en el sofá, la besaba.

En la piscina, la besaba.

En la cocina, en la sala de música…, en cualquier rincón, la besaba.

Literalmente, todo se me escapó de las manos. Y lo peor era el miedo a dar un paso más, ese que lo cambiaría todo. Así que cada vez que mi cuerpo se ponía «demasiado alegre», huía. A cualquier parte, pero lejos de ella.

Y ahora ahí estábamos, en el nuevo barco de Prescott, de vacaciones con mis amigos, con un aura de amor y lujuria, y yo encerrado con ella en medio del mar. Siempre me quedaba la opción de tirarme por la borda si las cosas se ponían feas y permitir que me hundiera hasta que mi cuerpo dejara de actuar por su cuenta.

Cuando propusieron el plan de irnos unos días de vacaciones en barco hasta Alaska, me pareció una gran idea, y más aún después de que mi abuela la convenciera de venir con nosotros. Ahora ya no lo tenía tan claro. Porque, ¿a quién quería engañar?, pese a la lucha interna con la que vivía cada día desde que la conocí, creo que nunca me había sentido tan bien. Tenía a mi abuela feliz, a mis

amigos cerca, disfrutaba del hockey y, bajo mi mismo techo, al ser más especial que había conocido nunca. ¿Qué más se podía pedir?

Desde donde estaba los observaba: todos reían, bebían, bailaban. Y, de alguna manera, Mischa había conseguido que hasta Prescott, con lo grande y torpe que era en la danza, terminara bailando vídeos de TikTok. Hughes fue el más listo: cogió el móvil y se puso a grabar, convencido de que así se libraba. Aunque no le duró mucho: en cuanto se dieron cuenta de que algo hacía mal, lo rodearon a gritos. Me miró suplicando ayuda, me señaló, y Liam le tendió dos copas.

Oh, no. Esos eran «sus» cócteles.

No recuerdo de qué país decía que había sacado la receta ni qué «toque personal» les añadía, pero eran un atentado contra el paladar. Nunca en mi vida había probado algo tan espantoso. Y, claro, nadie se atrevía a decírselo.

—Hughes, quita de mi vista esas bebidas, que no quiero ni olerlas —me quejé.

—Lo siento, tío —se encogió de hombros—, fue lo único que se me ocurrió para salir de ahí.

—Genial. En otras palabras, intentas envenenar a tu mejor amigo solo porque no tuviste huevos de quedarte.

—Colega, todo vale. Mira a Prescott: ese iba a ser yo en cuanto me quitaron el móvil. Joder, Liam nos está mirando… Anda, sonríe y haz como que bebes.

Alzamos las copas fingiendo un brindis. En cuanto Liam desvió la vista, giramos la cabeza y escupimos el trago por la borda casi al mismo tiempo.

—¡Dios, qué asco! —Hughes arrugó la cara—. Esto sabe a enjuague bucal con canela.

—¿Enjuague? Yo ya ni siento la lengua —exageré, tosiendo—. No pienso darle otro trago. —Empecé a vaciar mi copa por la borda.

—¡Para, para, se nota demasiado! Deja un poco. ¿Quieres envenenar a los peces o qué?

—Pues lo siento por la fauna marina, pero esto es supervivencia: o ellos o yo —afirmé, y la vacié entera.

—Tienes razón —admitió, por eso me imitó enseguida—. Este cóctel es un vertido tóxico camuflado con azúcar.

Los dos nos reímos. Hughes me dio un golpe en el hombro y posteriormente me miró más serio.

—Venga, va, ¿qué te pasa? Estás ahí empanado, y no le quitas los ojos de encima a tu chica.

—No es mi chica —resoplé—. Solo somos…, joder, no sé ni qué somos.

—La pequeñaja se te ha metido dentro pero bien, ¿eh? —intentó bromear.

Yo no reí. Tenía demasiadas cosas dándome vueltas en la cabeza.

—¿Te acuerdas del secreto de Davenport y de lo que tiene que ver con Mischa? —le solté.

—No me jodas, ¿otra vez con eso?

—Cállate y escucha. Lo acorralé y terminó sincerándose. Ojalá no lo hubiera hecho, porque ahora no sé qué coño hacer: si decirle la verdad o guardármelo. Según él, a veces saber algo que ya no puedes cambiar solo sirve para destrozarte más.

—¿Entonces vas a callártelo? —preguntó, arqueando una ceja.

—No lo sé, tío. Cuando me enteré, Mischa aún estaba hecha polvo, con el miedo constante por culpa de su padrastro. Era demasiado frágil para soltarle algo así. Pero al mismo tiempo siento que la estoy traicionando. Ella confía ciegamente en mí, como si fuera lo mejor que tiene y yo soy una mierda.

—Mira, Kai —dijo serio—. Tú siempre intentas proteger a la gente que quieres, aunque hay golpes que no se pueden evitar. Nunca va a haber un buen momento para decirle algo así. Siempre va a doler. La única diferencia es que estés ahí cuando pase. Si se entera por otra persona, eso sí que va a ser una hostia, y entonces lo sentirá como una traición.

—Puede que tengas razón, colega. Al volver de estas vacaciones hablaré con ella.

En ese momento, River apareció abrazándonos por los hombros con una copa azul en cada mano.

—¿Qué hacen mis chicos favoritos? —canturreó.

Hughes y yo nos miramos, agarramos las bebidas al unísono y, sin pensarlo, las vaciamos por la borda. River estalló en carcajadas.

—¡Santo Dios! —se rio mi amigo, abrazándola—. ¿Quieres quedarte viuda con un hijo y otro en camino?

—Exagerados. Si tampoco está tan mal.

—Reina, lo dices porque ahora no puedes beber. Si estuvieras en nuestro lugar, también lo escupirías por la borda, te lo aseguro. Por culpa de estas malditas bebidas azules voy a acabar cogiéndole manía hasta al color.

—No todos piensan como tú, Slash. Mira Mischa, ella sí que no le hace ascos. Diría que hasta le gusta.

—¿Qué? ¿Está bebiendo esta mierda? —Me giré incrédulo.

—Relájate, protector —me vaciló mi amiga—. Tiene más aguante que yo. En su cumple casi llega al nivel de Jordan.

—¿La emborrachasteis en su cumpleaños? Pensé que erais una buena influencia —dije, indignado.

—Por eso llegaron tarde a la fiesta. Estaban perdidas —soltó partiéndose de risa Caden.

—No seas dramático, Kai —añadió River—. Somos sus amigas, no sus madres. Y mejor que su primera borrachera fuera con nosotras. Y ahora deja de dar vueltas y cuéntanos qué está pasando con ella, porque, aunque ninguno diga nada, la tensión entre vosotros se nota en el aire.

—Mi chica tiene razón —apuntó Hughes—. Que ocultéis el romance al resto del mundo, lo entiendo por las circunstancias. Pero a nosotros, tus amigos, ¿también nos vais a dejar fuera? Y encima pidiendo camarotes separados, venga ya.

—No estamos juntos, joder. Os lo digo en serio, no la he tocado. Bueno…, no voy a negar que la besé. Y no una ni dos, ni tres veces. Perdí la cuenta.

—¡Lo sabía! —Hughes levantó los brazos victorioso—. Nena, ¡he ganado la apuesta!

—Ni de coña —le cortó River—. Tú aseguraste que ya se habían acostado, y yo dije que Kai no iría tan rápido. Así que estamos en tablas.

—¿Me estáis diciendo que habéis apostado sobre mi vida sentimental? —protesté incrédulo—. Qué fuerte me parece.

—Bah, tampoco es para tanto. —Se encogió de hombros Hughes —. Y no somos los únicos…

—¿Cómo que no sois los únicos? —bufé—. Genial, todos mis amigos conspirando a mis espaldas.

—Relájate —indicó River con una sonrisa divertida—. Si es que es imposible no comentarlo, la tensión se nota demasiado. Ver cómo estás atrapado entre lo «correcto» y lo «prohibido» es un espectáculo adictivo.

—Pues en resumen nadie me conoce, porque no habéis acertado ninguno.

—Eso no es del todo cierto… —intervino River, conteniendo la risa —. Alguien sí ganó la apuesta.

—¿Quién? ¡No me jodas que fue Prescott!

Ambos negaron, cómplices. Me estaban tomando el pelo.

—Tío —aclaró Hughes—, fue alguien que te conoce mejor que nadie. Auguró que, tras besarla, reprimir tus sentimientos sería inútil. Pero que tampoco avanzarías más hasta entender la guerra entre tu cabeza y tu corazón.

—Espera… —fruncí el ceño—, si no fuisteis vosotros dos… Oh, Dios, dime que mi abuela no está metida en esto.

—Pues sí —confesó River, riéndose—. Ava y Caden fueron los que lo empezaron todo.

Me quedé alucinado. ¿Mi abuela? Joder.

—A ver, entonces, ¿en qué punto estás? ¿En plan adolescentes besándoos a escondidas? —me pinchó Hughes.

Le solté un manotazo en el brazo.

—Capullo, no tiene gracia. Estoy intentando hacer las cosas bien, pero os juro que me está costando la vida. Esa pequeña no me lo está poniendo nada fácil.

—Kai —dijo River en un tono más serio, y cuando me llamaba por mi nombre sabía que venía algo importante—, puede que me equivocara con el consejo que te di en su momento.

—No, reina. Tenías razón entonces. Yo arrastro un problema con mi pasado y debo solucionarlo. La persona que esté a mi lado se

merece mi mejor versión.

—O sea, Mischa —murmuró Caden, vacilándome. River le dio un golpe en el pecho.

—Calla, bobo —le espetó—. Esto es serio.

—Hazle caso a tu mujer, idiota, y cierra el pico o no sigo hablando. —Caden levantó las manos en señal de rendición, aunque todos sabíamos que no le iba a durar mucho—. En fin, chicos, he decidido tomar cartas en el asunto. River, ¿me pasarías el contacto de tu terapeuta, el que te trató después de lo de Mark Reynolds?

—Guau, Kai. —Sus ojos brillaron de orgullo—. Es una gran decisión. Cuenta con ello, a mí me ayudó muchísimo. Estoy muy orgullosa de ti.

—Y yo también —añadió Hughes—. Estar con Mischa te está haciendo bien, colega.

—No estoy con ella, y no va a cambiar en un futuro cercano. No olvidéis que sigo casado. Madison rechazó por segunda vez la demanda de divorcio y os juro que no la entiendo. Lleva casi un año fuera y, aun así, se niega a firmar. Le dije al abogado que le ofreciera lo que quisiera, que se quedara con todo, me daba igual. Sin embargo, tampoco aceptó. No sé qué demonios pretende.

—No me jodas. —Caden chasqueó la lengua—. Eso huele raro, Kai.

—Coincido —añadió River—. No me gusta nada lo que está haciendo. No se puede jugar así con las personas.

—Tranquilos —negué—. Madison ya es pasado. Pero está claro que esta separación será más complicada de lo que imaginé.

—Entonces no te castigues por dejarte llevar con la preciosa pelirroja —bromeó Caden para quitar hierro al asunto—. Ahora en serio, ¿no se te ha pasado por la cabeza vivir todo esto con Mischa a tu lado? Porque, colega, no puede ser muy sano ir por la vida con las pelotas a lo *bowling*, enormes y pesadas.

Soltamos una carcajada al unísono River y yo.

—Claro que lo he pensado. Arriesgarme y ver qué pasa. Pero resultaría egoísta. Mischa no ha vivido nada aún. Estar conmigo sería meterla en otra jaula. No puedo cortarle las alas así. Además,

siempre me quedaría la inseguridad de si de verdad me ama o si solo me ve como su salvador. Necesito que viva, que se rodee de gente de su edad, que tenga experiencias. Y si después de todo eso me sigue eligiendo, entonces, sí, será real. ¿Lo entendéis?

—La hostia, qué profundo —murmuró Caden.

—No le hagas caso —intervino River con suavidad—. Y, sí, te entiendo. De hecho, me parece una decisión muy madura. Porque sabes que te arriesgas a perderla, y aun así lo aceptas. Eso te hace grande. Aunque, te diré una cosa: o mucho me equivoco o esa chica te quiere de verdad. Quizá esté un poco impresionada contigo, pero para ella todo es nuevo. Y lo está viviendo de la mano de la persona que ama, lo que lo hace más especial. Confía en ella. Si hay algo que define a Mischa es que tiene las ideas claras y que no se rinde.

—¡Ey, aburridos del fondo! Vamos a pillar las tablas de *paddle surf* y cruzar hasta la playa. ¿Quién se apunta? —vociferó Liam.

—Yo paso, voy a descansar un rato —se excusó River, echándole una mirada cómplice a Caden.

—Yo me quedo con mi chica. Tengo que cuidar de ella y del bebé —añadió él, muy orgulloso.

—Sois tan obvios que dais asco —los vacilé mientras me unía al resto.

—Lo que tienes es envidia, Kai. —Me pasó el brazo por los hombros y me zarandeó, inclinándose hacia mi oído—. Hazme caso: échate una buena partida de bolos y regálate un *strike*, deja que esas pelotitas se lo pasen bien.

—Capullo —solté entre risas.

Entonces mis ojos se desviaron inevitablemente a Mischa. Estaba sonriente, abrazada a Conor, con esa camiseta blanca enorme que casi le llegaba a las rodillas. Me había dado cuenta de que nunca se la quitaba salvo para bañarse, y en cuanto salía del agua volvía a cubrirse. Cuando alguien le soltaba un comentario tipo «¿no tienes calor?», ella respondía que era muy blanca para el sol. Pero yo sabía la verdad: se sentía insegura con su cuerpo, sobre todo al compararse con las chicas. Y me hervía la sangre verla así, sin darse cuenta de lo increíblemente preciosa que era. Joder, ojalá pudiera

mostrarle cuánto me atraía. Aunque ni de coña iba a cruzar la barrera de la camiseta y perder la cabeza.

Un poco tambaleante, cogió uno de los remos. ¿Qué demonios iba a hacer? ¿Pretendía ir sola?

—Joder —maldije, acercándome—. Espera, Mischa, voy contigo. Y ponte un chaleco.

—No hace falta, sé nadar —contestó tan tranquila, medio achispada.

—Se te rebelan, colega —se rio Caden.

—La madre que me parió…, ¡si nada como los perros! Y encima va bebida —bufé.

—Los perros no se ahogan —remató él, todavía partiéndose de risa. Le lancé una mirada asesina antes de alejarme, mientras las carcajadas estallaban a mi espalda.

—¡Slash! Eres demasiado obvio —repitió River, devolviéndome mis propias palabras.

—¡Vamos, Kai! Remo yo —Mischa me agarró de la mano y tiró de mí para que bajáramos.

—Ponte el chaleco, hay un buen trecho hasta la playa.

—No, no quiero. Siempre tengo que ir diferente al resto, déjame ser como todos. Además, vienes conmigo, ¿qué puede pasar?

—Entonces tú te sientas y yo llevo la tabla.

—No.

—¿Sabes decir otra cosa que no sea «no»?

—No.

Los dos explotamos en carcajadas.

—Venga, quiero aprender, porfa… —Puso cara de niña buena, con pucheros incluidos.

—Allá vamos, a la aventura, esto promete —resoplé divertido.

Me subí primero y posteriormente la ayudé, aunque casi terminamos los dos de cabeza en el agua. Ella no paraba de tambalearse mientras se moría de risa.

—¿Puedes quedarte quieta? Esto se mueve más que un barco en plena tormenta.

—Pues así estoy yo cada vez que te tengo cerca: me tiembla todo y siento que me voy a caer.

Genial, lo que me faltaba: Mischa sincera con un par de copas de más. ¿Podía ir a peor?

Me coloqué detrás de ella, la pegué a mí y le enseñé cómo sujetar el remo y moverlo. Sus movimientos eran tan torpes que entendí enseguida que jamás llegaríamos a la cala de ese modo. Así que no la solté; entre los dos guiamos la tabla.

Estábamos pegados, tan cerca que podía sentir su olor y el calor que se filtraba a través de su camiseta contra mi pecho. La tenía entre mis brazos, pequeña, encajando perfecta. Y aunque cualquiera diría que yo era el que la envolvía, en realidad era al revés: con ella siempre me sentía a salvo, como si por fin hubiera encontrado mi refugio.

Al llegar a la pequeña playa, Liam sacó de la bolsa una red y una pelota de voleibol. Acabamos jugando un partido entre risas. Mischa iba con Liam y Conor; yo me quedé con Prescott y Jordan. Perdimos, claro. Era imposible competir contra la jugada estrella: Conor levantaba a Mischa en brazos como si fuera un *jumper* de rugby, y ella remataba desde el aire mientras todos nos partíamos de la risa.

Después, Liam y Conor desaparecieron, literalmente, como si se los hubiera tragado la arena. Nadie supo a dónde fueron. Los cuatro que quedábamos nos metimos al agua, hicimos una guerra de «chicas a caballito» y nos reímos hasta que nos dolió la tripa. La verdad, necesitábamos ese rato, aunque también era un recordatorio de todo lo que Mischa y yo no estábamos teniendo. Ver a los demás tan pegajosos solo me daba más ganas de huir de tanta exhibición de amor.

—¿Nos volvemos al barco? —le propuse.

Ella aceptó sin dudar, y esta vez le dejé llevar la tabla. Mientras avanzábamos, el cielo se cubría de tonos cálidos con la luz del atardecer. Me vino una idea a la cabeza que al principio me pareció genial… hasta que pronto me di cuenta de que quizá no lo era tanto.

—Eh, para un segundo y siéntate —le indiqué, dejando que mis piernas colgaran en el agua. La ayudé a colocarse frente a mí. Giré un poco la tabla y la contemplé de perfil, con el horizonte a su derecha. La luz anaranjada se reflejaba en su piel, en sus ojos, en

esa sonrisa tímida. Tenía algo que parecía que disfrutaba cada cosa sencilla como si fuera un regalo. Me dejaba hipnotizado.

—Es precioso, Kai —susurró.

—Sí, lo es…, mucho —respondí, aunque no apartaba los ojos de ella.

—No estás mirando hacia allí, te lo estás perdiendo.

—Es que tengo mejores vistas.

Mischa me sonrió, y esa sonrisa me remató. «A la mierda», pensé. Tiré de sus piernas hasta sentarla sobre mí. Aparté los mechones de su pelo húmedo de la cara y recorrí sus labios con mis dedos antes de rozarlos con los míos. La besé despacio, saboreando cada segundo.

Mischa gimió contra mi boca, se aferró a mi cuello y me atrajo con fuerza, pegando su pecho al mío. Sentí sus pezones endurecidos rozándome y me arrancó un gruñido ahogado. Deslicé mis manos hasta su trasero y la acomodé más sobre mí, hundiéndome en su boca, en su sabor, en sus caricias desesperadas.

Joder. Cada vez estaba más perdido en ella. Sabía que había un límite que no debía cruzar, pero ese pensamiento se deshacía cada vez que la sentía temblar en mis brazos. Un bucle sin freno: deseo, culpa, y otra vez deseo.

No paré. No podía. Solo la besaba más y más fuerte, apretándola contra mí como si así pudiera retenerla para siempre.

Hasta que de pronto, el agua de un chapuzón nos cayó encima. Ambos nos quedamos paralizados, empapados, y entonces escuché la carcajada inconfundible de Prescott.

—Jones, pírate a un camarote, que no estáis solos —me lanzó, divertido.

Y antes de que nadie respondiera, me tiré al agua. Uno: para alejarme de Mischa. Dos: para bajar la erección. Y tres: para hundir al capullo de Prescott.

Buceé hasta donde estaba, lo agarré de un tobillo y lo tiré al agua de golpe. En segundos estábamos los dos forcejeando, hundiéndonos el uno al otro en aguadillas, riendo y jurándonos venganzas entre burbujas.

Cuando por fin sacamos la cabeza y miramos alrededor, nos dimos cuenta de que las chicas ya no estaban.

—¿Están de coña? —Señalé hacia el barco.

—No me jodas… —bramó Prescott, abriendo los ojos como platos.

—Venga, carrera hasta el barco —le reté dándole una palmada en el hombro.

—Mi idea de gastar energía era otra, y no contigo, idiota.

—Pues esto es lo que hay. Si no anduvieras tocando los cojones a los demás, no estaríamos en esta situa…

No terminé. Prescott salió disparado a toda velocidad, brazada tras brazada.

—¡Tramposo! Sabes de sobra que soy más rápido que tú —grité, echándome a nadar detrás de él.

—¡Jones! Lo que no llevo nada bien es no ser el mejor en todo —vociferó el muy capullo.

***

Bzzz, bzzz.

Desvié la vista hacia el móvil y una sonrisa de idiota se me escapó al ver el nombre de la pequeña pelirroja en la pantalla.

Mischa

Kai, ¿estás despierto?

Yo

Sí.

Mischa

Ah…

Yo

¿Ah? ¿Eso es lo que tienes para decir? Venga, nos conocemos. ¿Qué pasa? ¿Pesadillas?

Mischa

No.

Yo

¿En serio vas a hablarme a base de monosílabos? Suéltalo ya.

Mischa

No puedo dormir. No me dejan.

Yo

¿Quién no te deja? ¿No estabas sola en tu camarote?

Mischa

Sí.

Rodé los ojos. Otro monosílabo más y me iba a dar algo.

Yo

O hablas, o me echo a dormir. Tú decides.

La verdad es que ni aunque quisiera iba a pegar ojo. Tenerla en el mismo barco, a dos camarotes de distancia, y no salir disparado hacia ella era un suplicio. Sí, me estaba portando como debía, pero más que orgulloso, estaba cabreado conmigo mismo.

Mischa

…

«Borrado».

A ver cómo te lo explico. Primero Jordan estuvo con Nathan, ya sabes…, estar de estar. ¿Me entiendes?

Solté una carcajada. Aquello prometía.

Mischa

Pero es que después juraría que había más gente en el camarote. Y con «más gente» me refiero a Liam y Conor. Y claro, no pude evitar escuchar porque vas a alucinar: creo que estaban…, pues eso, así… ¡los cuatro juntos! ¿Lo pillas?

Me eché a reír más fuerte todavía. «Pequeñaja, bienvenida a nuestro mundo», murmuré para mí.

Yo

Claro que lo «pillo». Seguramente estaban jugando a algún juego de mesa, ya sabes que les encantan.

No pude resistirme a vacilarla.

Mischa

¡No! ¡Kai! Te digo que a lo que jugaban no era en la mesa…, o sí, pero era sexo.

Yo

Ah, vaya. Pues me parece un buen plan. La próxima vez les digo que me incluyan.

Me estaba descojonando solo. Era tan mona cuando se ponía así.

Mischa

¡¿Quéééé?!

Yo:

Cierra la boca, que apuesto a que la tienes abierta ahora mismo.

Mischa

¡Espera, Kai Jones! ¿Me estás diciendo que ya estabas al corriente? ¡Tú sabías que tienen una relación poliamorosa!

Yo

Ja, ja, ja. No, pequeña. Es otra cosa. Mañana te lo cuento. Ahora duerme. No van a molestarte más, tengo a Liam y Conor en el camarote de al lado y sé que están ahí porque uno ronca como un tubo de escape viejo.

Mischa

No puedo dormir.

Yo

¿Y ahora qué pasa?

Mischa

Porque River y Caden están… destrozando su cuarto. Paran cinco minutos, diez como mucho, y vuelven a empezar. A este ritmo no me extraña que se quede embarazada. ¡No hay anticonceptivo que aguante eso!

Me dio un ataque de risa. Me los imaginé y casi me caigo de la cama. Esos dos, cuando estaban sin críos, parecían competir en los Juegos Olímpicos del sexo. La pequeñaja iba a acabar traumatizada.

Mischa

Kai, ¿cuántas veces se puede…, ya me entiendes…, en una noche? Porque digo yo que habrá un límite, ¿no?

Joder, tenía que sacarla de ahí como fuera.

Yo

Ven a mi camarote, Mischa. Aquí como mucho oyes ronquidos.

Esperé… y nada. Ni un «escribiendo». Cuando estaba a punto de levantarme, la puerta se abrió y ahí estaba ella: camiseta enorme, descalza, el pelo un poco revuelto y oliendo a perfume. Casi me río. No se daba cuenta de que no necesitaba hacer nada para impresionarme.

—Ven —le pedí, y palmoteé la cama a mi lado.

Ella caminó despacio, se metió bajo las sábanas y apoyó la cabeza en mi pecho.

—¿Mejor aquí? —Besé su frente con suavidad.

—Sí, porque estoy contigo, y para mí no hay mejor lugar en el mundo —confesó, luego me miró con esos ojos verdes, dulces, sinceros, que desnudaban todo lo que sentía.

Nos quedamos fijos, atrapados el uno en el otro. Lo que empezó como un instante de ternura se torció en lo inevitable: deseo. Un deseo brutal, imposible de contener, como si algo nos arrastrara sin remedio. Nuestras bocas se rozaron, los labios se reconocieron de inmediato y todo ardió en un segundo. ¿Duda? ¿Remordimiento? Ni uno. Solo el hambre que llevaba días creciendo.

Mi lengua buscó la suya con desesperación; nuestras manos recorrían la piel como si no pudiéramos esperar más. Mischa se incorporó, acercándose más, pegando su cuerpo al mío. Tiré de ella, aparté las sábanas y terminó sentada a horcajadas sobre mí. Un gruñido se me escapó al sentirla; ella jadeó. Solo dos malditas prendas de ropa interior nos separaban justo donde más nos necesitábamos.

Enredé una mano en su pelo, la otra en su trasero. «No me jodas…», maldije por dentro al descubrir que llevaba un tanga. ¿De verdad? Ese era el momento perfecto para las feas bragas de algodón blanco. Pero no, Mischa empezó a moverse sobre mí y supe que estaba jodido. Muy jodido. Tenía que detenerla…, aunque, Dios, me sentía demasiado bien. Su calor, su roce, esos pequeños sonidos que me arrancaban la cordura.

—Mischa, por favor…, tenemos que parar —supliqué contra su boca, aunque mis manos apretaban más fuerte sus caderas. Hipócrita.

—No, Kai… —susurró—. Te deseo.

«Joder, yo también. Más de lo que imaginas. Me estás matando», pensé, mordiéndome la lengua para no decirlo.

—Quiero que estemos juntos —confesó antes de lamerse el labio inferior.

—¿Cómo que juntos? Ya lo estamos, pequeña…, más de lo que deberíamos.

—¿Me vas a hacer decirlo? —Se movió con más ímpetu y yo gruñí, sujetándola con fuerza. Estaba perdido.

—No digas nada. No quiero oírlo —protesté, arrastrando mis labios por su cuello, probando su piel mezclada con el perfume.

—Kai, quiero que seas el primero.

«Santo Dios…».

Y no se quedó ahí. Continuó, mientras la fricción entre nosotros nos arrastraba al límite.

—Y el último.

Se me fue la puta cabeza. Sujeté sus caderas, la acomodé mejor sobre mí y la ayudé a alcanzar el orgasmo que buscaba. La besé como un loco mientras ella gritaba bajito, clavándome las uñas en la espalda. Tuve que cerrar los ojos, pensar en cualquier mierda para no correrme yo también.

Cuando el temblor la abandonó, se dejó caer rendida sobre mí. Apoyó la cabeza en mi hombro, enredó su mano con la mía y poco a poco se quedó dormida. Nunca un «no polvo» me había sentado tan bien. Y aunque tenía las pelotas a punto de reventar, verla excitarse tan rápido conmigo me llenaba de orgullo, y de algo más. Porque sí, más allá del deseo, había ternura, había paz. Había algo que dolía en el pecho, algo nuevo, que me asustaba y me hacía sentir especial al mismo tiempo.

—Kai… —murmuró con voz ronca, medio dormida—. Te amo.

Y esas dos palabras lo cambiaron todo. Como un golpe. Como un recordatorio de que era un cabrón, porque la estaba atando a mí. La estaba confundiendo, y yo mismo me estaba hundiendo. Porque si estaba conmigo, pagaría un precio demasiado alto: vivir en la sombra para protegerla, o exponerse a que todo saliera a la luz y el mundo entero la destrozara.

Me doliera lo que me doliera, tenía que alejarme de ella. No sabía si podría hacerlo. Ni puta idea. Pero no me quedaba otra que intentarlo.

CAPÍTULO 17

KAI

Tres años antes…

Era nuestra última noche a bordo. Para todos, las vacaciones habían pasado volando; para mí, en cambio, habían sido eternas. Desde que Mischa me confesó que me amaba, había tomado distancia. Me volví frío, distante…, aunque por dentro estaba igual de jodido que ella. Sabía que la estaba lastimando, pero quise creer que era lo mejor. En nada empezaría la universidad, una etapa nueva, y estaba seguro de que conocería gente enseguida. Yo pasaría a un segundo plano. Y así debía ser.

En la cena de despedida, ya con unas copas de más, empezaron las bromas. Que si el cuarteto de Prescott, Jordan, Liam y Conor. Que si las historias de cuando estaban en los Toronto Wolves. Que si River y Hughes habían terminado follando en pleno partido —con Caden lesionado, nada menos—. Que si Prescott y mi mejor amigo durante la Copa del Mundo de Hockey… Y, cómo no, me tocó a mí también: las coñas con el famoso momento que compartí con River y Hughes.

Aun así, el cachondeo fue general. Todos reían, menos Mischa. Hasta ese momento no había bebido nada, aunque de pronto empezó a darle al alcohol. Me imaginé que la pilló por sorpresa, que acababa de descubrir que aquella noche de concierto de los Guns N' Roses hubo algo más que música. La observé varias veces, intentando leer qué pasaba por su cabecita, pero nada. Mirada perdida, sonrisas fingidas y evitándome. Puede que no se esperara aquello de mí. O peor: que pensara que entre River y yo había algo más que amistad.

La noche siguió entre música en cubierta, risas, alcohol y algún que otro baño improvisado en el *jacuzzi* del barco. Los primeros en

retirarse fueron Caden y River. Mischa no tardó en excusarse con el clásico «tengo sueño». Mentira. La conocía demasiado bien. Y, sí, tuve que pelear conmigo mismo para no seguirla. ¿Qué le iba a decir? ¿«Sí, es cierto lo que te contaron de mí, lo siento, pero este soy yo. Y cuando te digo que tengas una vida, me refiero a esto: que tomes tus decisiones y hagas lo que quieras, cuando quieras»? Perfecto. Seguro que eso lo solucionaba todo…

Conor se acercó entonces con una copa en la mano y me la tendió. Y, por una vez, le di las gracias a lo que fuera que evitó que esa noche a Liam se le ocurriera preparar esas bombas molotov que él llamaba cócteles.

—Creo que la necesitas, tío.

—Gracias, aunque no sé si esto servirá de mucho —reconocí.

—Venga, dime, ¿qué pasa con la princesa? ¿No están bien las cosas entre vosotros? ¿Problemas en el paraíso?

—No me jodas, ¿de qué paraíso hablas? Conor, no pasa nada. NADA. Y así debe ser. Y antes de que intentes soltarme un consejo, ahórratelo. Ya he escuchado de todo.

—Ja, ¿yo dar consejos? Venga, hombre, me da pereza solo de pensarlo. Solo quería decirte que estoy aquí si quieres hablar. Escuchar se me da bien.

—Lo sé, tío. Gracias por no darme un sermón. Este tema me tiene frito, mi cabeza no para un segundo. Pero sí hay algo que me gustaría preguntarte… Cuando Liam y tú decidisteis confrontar a todos, ¿cómo fue ese proceso?

—Uf…, doloroso, jodido, una puta mierda. Si lo que quieres saber es si, estando con Mischa, va a ser duro, la respuesta es sí. Para ella, sobre todo. Tendrá que enfrentarse a críticas, a que te cuestionen a ti, a que digan que eres un hombre casado, a su edad, a que trabaja para ti y las barbaridades que inventarán. El acoso será terrible. Hay que estar muy fuerte para aguantar algo así. Y pese a todo, siempre queda el maldito estigma. Liam y yo tuvimos la suerte de reinventarnos en otro sitio, pero, sinceramente, si no llega a ser por Hughes, el mundo del hockey se habría acabado para nosotros. Amar significa, a veces, saber renunciar.

—A mí no me importa lo que pase conmigo, pero…

—Pero sí lo que pase con ella —terminó por mí—. No quieres arrastrarla a algo así. Por eso intentas protegerla de ti, aunque te esté costando horrores.

—Nunca me he sentido más perdido en mi puta vida. Parece que haga lo que haga voy a lastimarla. Es como intentar encontrar la manera de causarle el menor daño posible.

—Tío, suerte con eso. Cuando hablamos de amor y sí, aunque lo niegues, lo que sientes es amor, la línea entre la felicidad más absoluta y el dolor más agudo es muy fina.

—Me encanta tu optimismo.

—Se llama franqueza. Y no esperes de mí un discurso poético sobre el amor, porque ese sentimiento es un atentado contra la cordura: o estás en las nubes o estás por los suelos.

—Colega, creo que deberías dejar de beber. Yo mejor me voy a dormir antes de que me hundas en una depresión.

—¿Sabes a lo que sí le haría una oda? —Me pasó un brazo por los hombros mientras caminábamos—. Al puto sexo. Porque, joder, por malo que sea, siempre es bueno. Y ahora mismo voy a buscar a alguien que me ayude a invocar al dios del sexo. Eso voy a hacer.

Solté una carcajada. Me dio una palmadita en la mejilla y se fue, con los brazos abiertos, directo hacia el resto de nuestros amigos.

Al pasar frente al camarote de Mischa, mis pies se detuvieron. Les ordené que siguieran, pero nada, se quedaron clavados al suelo. Y como si no fuera suficiente, mis manos también decidieron ir por libre y golpearon la puerta.

«¿Qué coño haces?», me reprendí.

Volví a llamar. Nada. Silencio.

—Mischa… —murmuré mientras empujaba la puerta.

Oscuridad. La observé desde el umbral: fingía dormir, pero su respiración entrecortada la delataba. Estuve a punto de entrar, aunque me frené. Si estaba actuando así, era porque no me quería cerca. Dolido y decepcionado, regresé a mi cuarto. Me quité la camiseta, el pantalón corto y me dejé caer de golpe en la cama.

Mi cabeza no paraba: vueltas y más vueltas pensando qué estaría pasando por la suya, recordando cada momento, preguntándome si lo que hacía era lo correcto o una soberana cagada. Lo de siempre,

un bucle infinito. Terminé cogiendo el teléfono y me puse a mirar fotos suyas, nuestras. En todas yo sonreía como un idiota, con luz en los ojos. ¿Desde cuándo brillaban así? No tardé en encontrar la respuesta.

Busqué su nombre y empecé a escribir:

Yo

Pequeña, sé que no estás dormida, ya te dije varias veces que finges fatal. No me gusta verte así, ni que me ignores y que ni siquiera me mires. Esos ojos verdes se han convertido en mi luz.

Esperé. Nada. «Joder».

Yo

Si algo te ha molestado, me gustaría que lo habláramos, ¿sí? Te echo de me…

Borré la última parte. ¿Cómo iba a decirle eso si fui yo quien se alejó? Qué mierda estaba escribiendo. Lo eliminé todo y solo me despedí.

Yo

Buenas noches. Descansa.

Ese fue mi gran mensaje. Deposité el móvil en la mesilla antes de poner más tonterías. Bueno, vale, lo cogí varias veces para ver si había contestado, aunque no hacía falta: lo habría escuchado. A ese nivel de desesperación estaba.

«¿Por qué no responde? No, no puedo dejar las cosas así. Voy a hablar con ella».

Me levanté, pero miré la hora: tardísimo. Seguro que ahora sí estaría KO. Llegué a su camarote y toqué otra vez. Silencio. Empujé la puerta. Vacío. ¿Dónde coño se había metido a estas horas? La puerta del baño estaba abierta y todo apagado.

Recorrí el barco entero. Nada. Subí a cubierta y caminé hasta que la vi: estaba en el solárium, con una manta pequeña sobre los hombros.

—Hola, Mischa.

—Hola, Kai.

Empezábamos bien.

—¿Puedo sentarme?

Se encogió de hombros sin mirarme. Cojonudo, esto iba de mal en peor. Giré su rostro suavemente hacia mí. Sus ojos estaban enrojecidos, las mejillas aún húmedas de lágrimas.

—¿Por qué has estado llorando?

Nada. Silencio. Apartaba la mirada. «Me cago en todo».

Retiró la manta e intentó ponerse en pie.

—Buenas noches, Kai.

La sujeté del antebrazo para impedir que se fuera. Su silencio me estaba cabreando casi tanto como su indiferencia y ese comportamiento de niña malcriada.

—¿Puedes dejar de comportarte como una cría y hablar como una persona adulta?

Giró la cara hacia mí y esta vez sus ojos tristes se encendieron.

—¿Qué quieres que te diga, Kai? ¿Lo que no quieres escuchar o lo que finges que no pasa? Pues ya está, te lo estoy poniendo fácil: querías distancia, y aquí la tienes. Así que deja de marearme, ¿vale? Porque el crío pareces tú.

—Joder, es que no entiendes que esto no está bien, que mi puta vida es un desastre tan grande que te arrastraría al fango antes de que pudieras ver lo que hay ahí fuera.

—Yo lo único que veo es que, con tanta protección, no me permites decidir lo que quiero.

—¿Y qué se supone que quieres?

—A ti. Quiero que me veas como a una mujer, no como a una niña. Que te des cuenta de que no soy tan distinta de mis amigas. Que yo… yo… —sollozó y se cubrió el rostro—. Quiero que me desees como a River.

Le aparté las manos de la cara y apoyé mi frente contra la suya.

—Pequeña, lo que siento por ti va mucho más allá de una noche de sexo con cualquier mujer. Mischa, si estoy así es porque me importas demasiado. Intento hacer lo correcto, pero cada día me resulta más complicado, porque lo que hay entre nosotros no para de crecer. Y temo hacer algo irreparable, dejarme llevar por mis impulsos y lastimarte. Míranos ahora mismo. Si seguimos así, esto se complicará cada vez más. No me hagas sentir más miserable.

—Lo siento por ponerme de este modo. Cuando escuché todas esas historias se me partió el corazón, porque yo también quería vivir algo especial contigo. Y tú nunca me has tocado. Siempre he sido yo quien usó tu cuerpo para…, bueno, ya me entiendes.

Suspiré, con la sensación de que lo que iba a decir era, con diferencia, la idea más suicida que se me había pasado por la cabeza.

—Mischa, no voy a tocarte. Pero intentaré ayudarte a que tengas ese momento «especial».

—¿Có… cómo?

—Recuéstate y separa las piernas —le pedí mientras me situaba en medio. «Esto sí va a ser una tortura».

Llevé mis manos a sus muslos y fui subiendo despacio, acariciando su piel suave. Sentí su respiración agitarse mientras mis dedos avanzaban hasta sus senos, arrastrando la camiseta con ellos. Y aunque me moría de ganas de arrancársela de un tirón, de besarle esos pezones erectos que tanto me tentaban, me contuve; sabía que, en cuanto cruzara esa línea, no habría vuelta atrás. Llevábamos días jugando al límite y temía que, si yo caía, arrastraría a Mischa conmigo.

Mis dedos delinearon su abdomen hasta llegar a su bajo vientre. Jugué con el elástico de su braguita, colándome apenas dentro. Mischa jadeó, sus ojos me miraban cargados de ternura y deseo. Sus caderas se movieron, respondiendo al contacto. Llevé mis manos al borde de esta y tiré de ella despacio, queriendo memorizar cada instante. Cuando la prenda cayó a sus pies, ella juntó las piernas, intentando cubrirse. Sonreí y, con suavidad, le separé las rodillas. Sus mejillas estaban encendidas, se mordía el labio, intentando controlar la respiración.

Mis ojos se desviaron hacia su centro.

—La madre que me parió, esto ha sido una idea de mierda —bramé, sabiendo que ya no podía echarme atrás. No después de haberle prometido regalarle ese «momento especial».

Recorrí de nuevo su muslo hasta que llegué a su mano. La envolví con la mía y la guie hacia donde más lo deseaba. Mischa soltó un gemido, y yo gruñí al sentir cómo se perdía en su propio toque,

siguiendo mis movimientos. No la solté, me incliné sobre ella y la besé con fuerza. Su boca ardía igual que el calor que emanaba de entre sus piernas. Mi mano presionó la suya, marcando un ritmo más rápido sobre su clítoris. Dios, verla así, escucharla, sentirla… era lo más erótico y jodidamente hermoso de mi vida.

Deslicé su dedo hasta su entrada y lo arrastré hasta su interior. Se le escapó un gemido, la besé otra vez, y otra más. Quería apartar su mano y dejar la mía en su lugar, ser yo quien la llevara a sentir todo eso. Gruñí y me separé de golpe, el pecho agitado, la polla palpitando bajo los calzoncillos.

Ella me miró, sus ojos bajaron hasta mi miembro.

—Continúa —le ordené, la voz grave, casi un ruego cuando vi que había detenido su mano—. No pares.

Mischa se incorporó un poco y con la mano libre me acarició la polla. Cerré los ojos un instante, gruñendo al sentirla sobre mí.

«Frénala, Kai. Esto no está bien. No era la idea. Resístete».

Le sujeté la muñeca y retiré su mano. La decepción se reflejó en sus ojos, pero antes de que pudiera detenerse por completo, tomé sus dedos y los guie de nuevo a su centro. Una guerra de manos empezó entre nosotros, ninguno parecía querer ceder en esa batalla por el control.

—Mischa, ni yo voy a tocarte ni tú a mí. Pero quiero que lo hagas tú; que disfrutes de tu cuerpo y que me dejes verte.

—Solo si tú también lo haces.

Boom. Aquello cayó como una bomba. ¿En serio acababa de decirme eso?

—Kai, es lo justo. Nada de tocarnos, pero si tú me ves, yo también quiero verte.

—Esto va de ti no de mí, pequeña.

—Pues entonces no va de nadie —concluyó con decepción, intentando ponerse en pie.

La sujeté y tiré de ella, dejándola justo donde estaba. Su cuerpo acabó más cerca del mío, tanto que bastaría un leve movimiento para embestirla.

—Solo mirar —advertí.

Ella asintió, llevándose la mano a su sexo y masturbándose con los dedos entre los pliegues.

Otro paso más hacia el precipicio. Me bajé el bóxer, dejando al descubierto mi erección. Mischa jadeó al ver cómo una gota de líquido preseminal se deslizaba por mi glande hasta humedecerlo por completo. Sus ojos me recorrían con hambre, y yo hacía lo mismo con ella.

Nos observábamos como si el otro fuera lo único que existía, y en algún punto nuestras manos se apoderaron de todo, rápidas, acompasadas con nuestros jadeos. La polla se me hinchaba, el control se me escapaba. Se suponía que debía esperar a que ella terminara, pero mi cuerpo tenía sus propios planes, y la tensión en mis pelotas me consumía como un adolescente en su primera paja.

—Mischa, tengo que parar. Voy a estallar, no aguanto más.

—Kai… —gimió—. Hagámoslo juntos. No te detengas, por favor.

Su voz me alentó. Llevé su mano a su entrada, hundiendo su dedo en su interior mientras frotaba con la palma su clítoris. Soltó un gritito, y al verla así, pronunciando mi nombre, perdiéndose en el placer, exploté. Un gruñido se me escapó justo cuando me corrí con violencia.

Me quedé mirándola, la respiración agitada, las pupilas dilatadas, la boca entreabierta. Era un maldito sueño. Me incliné y la besé: dulce, tierno…, hasta que nuestras partes más íntimas se rozaron y el beso se volvió exigente, hambriento. El calor volvió a crecer entre nosotros. No había alivio posible, no con esa necesidad desesperada de terminar lo que habíamos empezado. Mis caderas se movieron por instinto, buscando refugio en ella, mi mano subió por su muslo hasta su cintura… y entonces lo sentí. Su abdomen estaba empapado.

Me aparté de golpe.

—Oh, joder… —gruñí, subiéndome el bóxer a toda prisa.

La miré desesperado al descubrir el desastre: todo mi semen había acabado sobre ella. Cogí una toalla y la sequé con cuidado, maldiciéndome por dentro. ¿Cómo había perdido así el control?

Alcancé las bragas y las pasé suavemente por sus piernas hasta cubrirla de nuevo. Solo entonces respiré.

—Mischa, lo siento muchísimo. Yo no debí…, ya sabes. ¡Joder, soy un mierda!

—Kai. —Posó su mano sobre mi antebrazo—. No te preocupes, me gustó.

«¡Me cago en mi vida! No, Mischa, no me digas eso, joder».

—Esto no está bien. Lo que pasó aquí, hoy, debería haberte ocurrido con alguien de tu edad, con quien puedas salir, divertirte, hacer cosas públicamente, alguien libre, que solo piense en vivir y en su futuro. No con alguien como yo.

—Yo todo eso puedo hacerlo contigo. No me interesa ningún otro chico. Quiero que seas tú.

Me dolió escucharla, porque lo decía con una convicción que yo no podía sostener.

—Mischa, ahora mismo no puedo darte lo que mereces. Ni siquiera puedo ofrecerte una relación normal.

—¿Sabes qué, Kai? —Su voz temblaba, pero no de miedo, sino de hartazgo—. Estoy cansada. Cansada de que cada vez que das un paso hacia mí retrocedas cuatro. De que cada momento que siento como mágico lo arruines diciéndome que está mal. Estoy harta de que te acerques y luego te alejes. —Se levantó, mirándome con una mezcla de rabia y dolor—. Decídete: si me quieres en tu vida o no.

La vi marcharse enfadada, y era normal. Porque en mi empeño por alejarla con sermones inútiles, siempre fracasaba.

Allí, solo en la cubierta, por primera vez me permití admitirlo: la amaba. Joder, sí, la amaba.

CAPÍTULO 18
MISCHA

Tres años antes…

Todo el trayecto de regreso a casa fuimos en silencio, ese silencio incómodo que se instaló entre nosotros desde lo ocurrido en la cubierta. Kai, en varias ocasiones, intentó suavizar las cosas y buscó, de algún modo, acercarse a mí para romper el hielo. Sin embargo, yo no se lo permití, porque estaba dolida, cabreada y me sentía fatal. Cada momento que para mí había sido mágico, él se encargaba enseguida de destrozarlo, hacerlo añicos, recordándome que no podía ser por la innumerable lista de cosas que nos separaban.

Vale, comprendía que quisiera cuidarme y verme feliz, pero no se daba cuenta de que mi felicidad era con él: día a día, a su lado, en esas pequeñas cosas que compartíamos. No me importaba si teníamos que ocultarnos del mundo para siempre o enfrentarlo juntos, porque estaba dispuesta a todo. Lo amaba.

Puso el intermitente y se adentró en el terreno de la casa. Las puertas del cierre se abrieron y, de golpe, el cielo se oscureció todavía más. El agua comenzó a golpear con fuerza los cristales del vehículo y a mí un escalofrío me recorrió la espalda, parecía que aquello era el presagio de que algo no iba a salir bien. Kai apagó el motor y yo llevé la mano a la manilla de la puerta, pero, antes de abrir, él me sujetó, impidiéndomelo. Giré el rostro hacia él y me encontré con esos ojos cargados de arrepentimiento y desesperación.

Sentí un nudo en la garganta, porque sabía que solo me había detenido para volver a soltar las mismas palabras de siempre: «No puede ser, esto no está bien». Como si repetirlo innumerables veces

fuera a cambiar lo que sentía. Como si escucharlo una y otra vez, en bucle, fuera a lograr que dejara de amarlo.

Esta vez no le di la oportunidad. Me solté de su agarre. Él desvió la mirada hacia su mano, ahora solitaria, y luego la clavó en mí.

—Ahórrate el discurso, ya me lo sé de memoria. No va a ser necesario que me lo recuerdes más veces. Te prometo que será como tú quieres, aunque eso me rompa por dentro. Iré a la universidad, conoceré gente e incluso, si surge, estaré con otros chicos. Y, por supuesto, te daré ese espacio que tanto necesitas.

—Mischa…, yo…

—No, déjame terminar. Pero todo eso no hará que mis sentimientos cambien, porque te amo. Te amo con locura. Y sé que este amor jamás morirá, ni con los años, ni con la distancia, ni con lo que sea que se interponga. Porque, Kai Jones… —toqué mi pecho con lágrimas en los ojos—, esto es lo más real, lo más intenso y lo más hermoso que he sentido, siento y sentiré jamás.

Vi sus ojos brillar mientras su mano alcanzaba mi mejilla y la acariciaba con suavidad. Cerré los míos un instante, sujeté su muñeca y la presioné contra mi piel en un gesto desesperado por no romperme a llorar.

—Tómate todo el tiempo que necesites, porque sé que llegará el día en que te des cuenta de que me amas del mismo modo en que yo te amo a ti. Y ese día estaré ahí, porque nunca dejaré de esperarte.

Rompí el contacto, abrí la puerta y abandoné el coche. La lluvia me golpeó con fuerza, helada, calándome hasta los huesos. No hice nada por cubrirme; dejé que resbalara por mi rostro, que me empapara, sintiendo así que podía arrastrar consigo el dolor. Cerré los ojos, alcé la cara al cielo y abrí las palmas de mis manos, permitiéndome sentir.

—¡Mischa! —la voz de Kai atravesó el aguacero. Lo vi allí, igual de empapado, jadeando, daba la impresión de que la tormenta estuviera dentro de él. Sus ojos se clavaron en los míos y entendí que algo había cambiado. Caminó hacia mí con pasos firmes, no como alguien arrepentido, sino como alguien que al fin había dejado de huir.

Su mirada, que hasta ese momento había estado fija en mí, se desvió hacia el porche. Sentí cómo su cuerpo flaqueaba: los hombros le cayeron bajo el peso de sus brazos y sus piernas se detuvieron en seco. Y entonces, una voz —desconocida para mí, pero capaz de romperlo todo— atravesó la lluvia.

—Cariño, he vuelto. Ya estoy en casa.

«¿Cariño… Casa…?». La voz retumbaba en mi cabeza, cruel, nítida, demoledora.

—Madison… —murmuró Kai, tragando saliva antes de desviar la mirada hacia mí.

Busqué en sus ojos algo, lo que fuera: una señal, una chispa, una verdad escondida que me dijera qué estaba pensando, qué estaba sintiendo. Pero, antes de poder aferrarme a nada, un golpe de aire me estremeció cuando ella pasó corriendo a mi lado.

La vi lanzarse contra su cuerpo mojado, enredar sus manos en su cuello y apretarse con tanta fuerza que parecía querer fundirse en él.

Mi corazón latía tan enérgico que dolía. Las lágrimas me nublaban la vista, confundiéndose con la lluvia que caía sobre mí. Sentí que el suelo se deshacía bajo mis pies. Y, aun así, seguía anclada a él, porque hasta ese instante su atención había permanecido fija en mí. Quizá lo único que me sostenía era esa chispa de esperanza, la absurda ilusión de que, mientras no me apartara la mirada, la realidad de la que tanto me advirtió no llegaría a cumplirse. Pero me equivoqué y lo supe en cuanto correspondió a su abrazo, envolviéndola entre sus brazos.

Fue ahí, justo ahí, cuando la realidad me impactó de lleno: cruel, implacable, sin compasión. La ilusión se hizo pedazos frente a mis ojos. Todo lo que yo sentía, todo lo que soñaba, solo existía en mí.

Y en cambio, delante de mí tenía la prueba de que él pertenecía a otra. A una mujer de verdad. No a una cría de barrio humilde que contaba monedas para comer. No a alguien tan insignificante como yo, que solo estaba allí porque otros se habían compadecido de mi miseria y me habían dejado entrar en sus vidas como quien abre la puerta a un invitado de paso.

Porque Kai Jones nunca estaría con alguien como yo. No en esta vida. Ni en ninguna.

Un dolor punzante se clavó en mi abdomen. Lo comprendí todo de golpe: él había intentado poner distancia, y yo nunca quise verlo. Yo nunca dejé de buscarlo, de acercarme, de inventar una historia que solo existía en mi cabeza. Lo de aquella noche en cubierta, Dios… Fue por mi desesperación no por su deseo. Nunca me había tocado de verdad, nunca había intentado ir más allá. Todo lo confundí. Todo lo soñé.

«Idiota. Idiota. Eres una idiota».

Vergüenza.

Dolor.

Humillación.

Me sentía diminuta. Muy pequeñita.

Insignificante.

Y entonces la vi a ella. A la mujer que ocupaba su abrazo. La vi cogerle la cara entre las manos, obligarlo a apartar los ojos de mí y a centrarlos en ella. Sí, lo iba a besar. Eso iba a hacer.

No.

No.

NO.

No podía mirarlo.

No podía soportarlo.

Mi corazón no resistiría.

Corrí hacia la casa, con las lágrimas cegándome, y detrás de mí escuché la voz de Kai gritar mi nombre. Ese sonido me desgarró aún más, pero no me detuve. No podía. No quería que me viera así, rota.

Una vez dentro, me apoyé en la puerta intentando recuperar el aliento mientras me secaba las lágrimas. Necesitaba un refugio, un lugar seguro donde esconderme, donde huir del dolor. Más que nunca necesitaba un abrazo sincero, de esos que abrigan el alma, el que me habría dado mi madre si aún estuviera conmigo. Y solo una persona podía brindarme eso ahora. La necesitaba a ella. A Ava.

Golpeé en su puerta varias veces, insistente, sin embargo, nadie respondió. Entonces empujé la puerta y entré. Caminé hacia la cama y…

—Oh, Dios… —se me escapó en un susurro.

Ava estaba morada, le costaba respirar. Cada inhalación era un esfuerzo sobrehumano, como si luchara por no ahogarse.

—Ava, tranquila, respira —rogué junto a ella, y después corrí hasta la puerta gritando con todas mis fuerzas—. ¡KAI! ¡KAI, CORRE!

Regresé junto a su cama, intenté incorporarla un poco, pero no mejoraba. El pánico me atenazaba el pecho. Kai entró de golpe, y al verla se lanzó hacia nosotras.

—Abuela…, Dios, abuela, aguanta, por favor. —Su voz temblaba mientras cogía el teléfono, supuse que para llamar a una ambulancia. Yo apenas podía apartar la mirada de ella. De esa mujer que me había abierto las puertas de su casa desde el primer día, que me había regalado cariño y momentos que jamás olvidaría.

—Por favor, sé fuerte… —sollocé, aferrando sus manos con desesperación—. Vas a salir de esta, pronto estarás en el hospital y todo estará bien…

Pero el color morado de su piel no disminuía, y aquello se parecía demasiado a la pesadilla que ya había vivido con mi madre.

—Ava…, te quiero tanto —le recordé, reflejando mi desesperación mientras agachaba la cabeza—. No puedes abandonarme como ella, no puedes.

Sentí entonces que Kai se sentaba del otro lado de la cama. Sus manos envolvieron las mías y las de Ava. Nuestros ojos se buscaron: también lloraba. En los suyos vi reflejado el mismo terror que me consumía, el miedo a perderla.

Y fue en ese instante cuando Madison apareció detrás de él, lo rodeó con sus brazos, tiró de su cabeza contra su pecho y le besó el cabello. Vi cómo los ojos de Ava se desviaban hacia ellos, cómo una lágrima se deslizaba por su rostro antes de volver a mirarme. Y en su mirada había pena. Una pena que me partió el alma.

Me puse en pie bruscamente, rompiendo el contacto con ambos.

—Voy a esperar a la ambulancia en la entrada —murmuré, huyendo de allí antes de que mis piernas me fallaran.

Salí al exterior y, bajo la lluvia, solté un grito que me desgarraba la garganta.

Ese día no solo había perdido a Kai. También estaba perdiendo a Ava, la abuela que me había regalado la vida. Y yo no estaba lista para decirle adiós. No otra vez. No a ella.

***

Kai no dejaba de caminar de un lado a otro, inquieto, desesperado, como un animal enjaulado en aquella sala de espera demasiado pequeña para contenerlo. Su recorrido era repetitivo, marcando un ritmo frenético: pasos, manos en el pelo, otro giro y una nueva patada al suelo. Yo lo observaba desde mi asiento, abrazada a mis piernas, intentando controlar los temblores. No era por la lluvia que todavía empapaba mi ropa, sino por los nervios, por la ansiedad, por los sollozos que llevaba horas tragándome.

Madison apareció delante de mí con dos cafés humeantes. La seguí con la mirada, quizá demasiado. Su caminar era elegante, igual que su ropa, igual que todo en ella. Su melena rubia seguía perfecta, con esas ondas que ni la lluvia había logrado estropear cuando abrazó a Kai en la entrada. Alta, con un cuerpo de infarto, imposible no quedarse mirándola. Y entonces lo vi claro. Lo de Kai fue amor a primera vista. Ella no solo era perfecta. Era peor: difícil de olvidar.

—Cariño, tómate esto caliente, necesitas entrar en calor —dijo ofreciéndole el vaso.

—No me apetece, Mad. Y no insistas, por favor.

Ya no era Madison: era Mad otra vez. Cerré los ojos, contuve las lágrimas y me abracé más fuerte a las piernas.

—Amor, ven —le pidió, posó los cafés en una mesita y lo llevó hasta los asientos más alejados de mí. Aun así, podía verlos desde la esquina. Y escucharlos. Eso era lo peor: escucharlos—. Kai, cielo, Ava va a salir de esta. Es fuerte, ya lo verás —le susurraba, acariciándole el pelo, besándole la cabeza.

—Mad, se está muriendo, joder —sollozó en sus brazos.

Se me partió el alma. Ella era la que lo consolaba, en sus brazos se rompía él. Y no iba a mentir: deseaba ser yo. Quería abrazarlo, llorar con él, que ese dolor nos perteneciera a los dos. Pero ese lugar ya no me correspondía. Quizá nunca lo hizo. Aun así, en silencio, recé para que ella sí pudiera sostenerlo, porque él no

merecía sufrir, merecía ser feliz aunque yo no entrara en esa ecuación.

—Nunca debí irme de vacaciones, fueron un puto error. Si me hubiera quedado, si la hubiera traído antes, no habría tenido que verla ahogándose delante de mí, sin poder hacer nada. Nada, joder.

Y ahí me rompí. «Vacaciones». «Error». Sus palabras me perforaron el pecho. Pero no habían sido sus vacaciones el problema. Había sido yo. El error se llamaba Mischa Williams. Nunca debí aceptar ir. Tenía que estar con Ava, cuidarla, no viviendo una vida que no me pertenecía.

—Eh, Mischa. —Una voz suave me arrancó del vacío. Sentí un ligero zarandeo y levanté la cara. Frente a mí estaba River, agachada, con esa expresión preocupada que conocía tan bien—. Pequeñaja, ¿cómo está Ava?

—Mal. —Negué con la cabeza—. Desde que entró nadie nos ha dicho nada, pero está muy mal, River, mucho… —Las lágrimas me vencieron y me derrumbé en su abrazo. Ella se sentó a mi lado y me envolvió fuerte, como si pudiera sostenerme entera.

—Caden, amor, llama a Liam. Que traiga ropa seca. Está empapada y a Kai también si va a pasar la noche aquí.

—¿Dónde está? —preguntó Hughes con el ceño fruncido—. ¿Por qué no estás con él? ¿Lo has dejado solo en estos momentos? —Su tono era más preocupación que reproche.

—Kai no está solo —aclaré tragando saliva, sintiendo el nudo en la garganta—. Está con ella.

—¿Con ella? —repitió Caden.

—Sí, con su mujer.

La palabra me desgarró al salir. Sentí que River, al ver a Madison, se levantaba despacio, como a cámara lenta. Pasó por detrás de Hughes y avanzó hacia ellos, ignorando las llamadas de su marido. Caminaba como en trance. Caden fue tras ella, y yo también los seguí. Algo no estaba bien. No era normal. No era River.

—¡Madison! —gritó mi amiga con los puños apretados. Hughes y yo cruzamos la mirada, y luego vimos cómo Kai se apartaba de su mujer, igual de sorprendido, para fijarse también en River.

Madison se giró, y al reconocerla se puso en pie de golpe, con la mandíbula desencajada.

—River… —balbuceó, como si necesitara asegurarse de que no era una ilusión.

Plah. La bofetada resonó en la sala. Nadie se la esperaba; no era propio de River actuar así. Madison se llevó la mano a la cara, tambaleante, mientras Kai acudía a su lado y Hughes sujetaba a su chica por los hombros, conteniéndola, porque estaba claro que iba a lanzarse de nuevo.

—¡¿Qué haces aquí?! —vociferó River—. ¿Qué buscas? ¿Quieres terminar lo que Mark no consiguió?

—¿De qué demonios hablas? —replicó Madison, desconcertada—. Yo no sabía que ibas a estar aquí. ¡Y no tengo nada que ver con Mark! ¿Te has vuelto loca?

—No te creo. Sé lo que hiciste, él mismo me lo confesó antes de morir.

—¿Morir? ¿Mark está muerto? —repitió Madison, cada vez más perdida.

—Sí. Muerto, joder. ¿No lo sabías? Vaya, qué pena, seguro que te duele, con lo «cercanos» que erais.

—¡Basta, River! No sé qué te contó, pero es mentira. Yo era tu amiga, ¿recuerdas? Siempre estuve de tu lado, intenté que lo dejaras.

«¿Amigas? ¿River y Madison?». Sentí que estaba viendo una película en otro idioma, entendiéndola solo a medias. Kai estaba igual de perdido que yo; el único que parecía tener alguna idea era Hughes, aunque la tensión en su mandíbula demostraba que no estaba nada tranquilo.

—¡Mentirosa! —la acusó River, temblando—. Jamás fuiste mi amiga. Te lo tirabas a mis espaldas mientras conquistabas a tu profesor. Nunca tuviste límites: pisas a quien haga falta con tal de conseguir lo que quieres.

—¡Cállate! —La voz de Madison se endureció—. No voy a permitir que me insultes. Y no tienes derecho a reclamarme nada cuando un día simplemente desapareciste y me dejaste fuera de tu vida.

—Lo hice porque estaba embarazada. Mi hijo era mi prioridad. ¿Cómo iba a confiar en ti? Si Mark te buscaba, tú, en uno de tus «días de fiesta», terminarías contándole dónde estaba. ¿Y sabes qué? Fue lo mejor que hice. Porque cuando descubriste mi paradero en Chicago, corriste a contárselo a él. Eso jamás te lo voy a perdonar, Madison. No solo pusiste mi vida en riesgo. Pusiste en peligro la de mi hijo.

Reinó un silencio incómodo. Kai se dejó caer en el asiento con la mirada perdida, todo lo dicho parecía haberlo derrumbado. River se aferró a Hughes, temblando, y yo solo podía observar a esa mujer que había irrumpido como un tornado, arrasándolo todo.

—Quiero que te vayas. No vuelvas a acercarte ni a mí ni a mi familia. No respondo de mí, Madison —le advirtió River, sonaba implacable—. Ya no soy la chica ingenua de la universidad; hoy no tengo límites cuando se trata de proteger a los míos.

—Lo siento, cielo, pero no puedo complacerte —respondió ella con calma, señalando la salida—. Si tanto te molesta mi presencia, ya sabes dónde está la puerta. Yo no pienso moverme. Mi lugar es junto a mi marido.

Boom. Aquello cayó como otra bomba. River se giró hacia Kai, buscando que lo negara, aunque su silencio fue suficiente confirmación.

—¿Tu marido? —River casi no pudo disimular el cabreo en su voz —. ¿Hablas del hombre al que abandonaste durante meses? Ese al que destrozaste, reabriéndole el trauma hasta dejarlo hecho mierda.

—Tú sabes lo de…

—Sé que eres una sinvergüenza —la cortó River con rabia—. Que no mereces a un hombre como Kai. Así que hazle un favor: vete, desaparece. Porque todo lo que tocas, se pudre.

—¡Basta ya las dos! —estalló Kai, poniéndose en pie de golpe—. ¡Mi abuela se muere ahí dentro y vosotras traéis toda esta mierda aquí! No quiero escuchar nada más. Quiero que os larguéis todos. ¡Quiero estar solo!

River dio un paso atrás, rota.

—Lo siento, Kai… —musitó antes de girarse hacia la entrada.

Hughes lo abrazó con fuerza.

—Tío, llámame y vengo corriendo. Te quiero.

Caden siguió a su chica, poniendo un brazo sobre sus hombros. Yo observé a Kai, esperando… ¿qué? Ni idea. Algo. Solo algo. Por un instante correspondió a mi mirada, a continuación, dejó caer los hombros, enterrando el rostro entre las manos. Suficiente señal de que yo también sobraba.

Alcancé a los demás cuando salimos al exterior. River se apoyó en Hughes y comenzó a llorar; yo le tomé la mano.

—Caden, esta pesadilla no termina, verla es como traer de vuelta mi pasado.

—Tranquila, nena. Nadie volverá a hacerte daño, ni a ti ni a mis hijos. Estoy contigo y no pienso permitir que nos arrebaten nuestra felicidad. Esa gente no tiene más poder, y tú no se lo vas a dar, ¿me oyes? —Tomó su rostro entre las manos.

Se me partió el alma al verla tan vulnerable, y también me conmovió ver a Caden cuidándola, queriéndola, protegiéndola con tanto amor.

—Cielo, no estoy preocupada por nosotros. Pero sí por Kai, jamás imaginé que la Madison de la que hablaba fuera la misma que yo conocía. Joder, lo va a destrozar. Si ha vuelto, es porque ve que lo pierde o porque tiene algún plan y ella nunca se rinde, siempre gana.

—Confiemos en él. Es más fuerte de lo que crees.

—Caden…, está roto, y Madison sabrá aprovecharlo, créeme.

—Nena, estaremos ahí para él. Y no olvides a Mischa, ella es la clave.

—Oh, Mischa. —River me abrazó y Caden puso una mano sobre mi hombro. Ese gesto de consuelo no presagiaba nada bueno—. Tienes que estar destrozada, pequeñaja.

—Estoy bien —intenté asegurar, aunque sonó más a mentira que a certeza.

River compartió una mirada cómplice con su marido y se volvió hacia mí.

—No tienes que fingir. Somos tus amigos y siempre lo seremos, ¿vale? Ahora vienes a casa con nosotros. Allí podrás descansar y hablaremos con calma.

—No. No puedo irme. Sé que Kai no quiere a nadie y no voy a molestarlo ni notará que estoy allí. Pero no voy a abandonar a Ava; ha sido como una abuela para mí, y nadie me va a separar de ella.

—Está bien que te quedes, es comprensible. Conozco a Kai, y cuando sepa que estás aquí, se alegrará —aseguró Caden, apoyando mi decisión.

—¿Pero Madison? La aplastará como a un insecto, sobre todo si sabe que hay algo entre ella y Kai. No podemos dejarla sola.

—River, confía en mí —afirmé—. Soy insignificante para Madison; ni siquiera sabe que existo. Pero si intenta lastimarme, se las verá conmigo. Sobreviví años bajo el mismo techo que un borracho; puedo con ella también.

—Mischa, a veces las palabras duelen más que los golpes. Ella sabe jugar muy bien sus cartas.

—Estaré bien —repetí—. Ava es lo único que importa ahora.

—Vámonos, nena. Tienes que descansar, y el bebé también. Han sido demasiadas emociones juntas. —Caden le abrió la puerta del coche—. Mischa, mantennos informados, ¿vale? Cualquier cosa, llámanos o ven a casa.

—De acuerdo. Y, por favor, avisad a Liam y Conor de que no vengan; será mejor que esperen a mañana.

Asintió. Vi cómo el vehículo salía del aparcamiento. Froté mis brazos por el frío y tomé un café caliente de la máquina de la entrada. Necesitaba algo que reconfortara mi cuerpo. Mientras miraba mi reflejo, me aterrorizó lo que vi: el pelo enmarañado, los ojos hinchados de llorar… Me veía rota, completamente rota.

Con el café en mano, me dirigí a la sala contigua, donde podría escuchar a Kai cuando los médicos lo informaran. Me acomodé en un asiento, abrazándome de nuevo las piernas y sosteniendo la bebida caliente.

No pasó mucho hasta que centré mi oído en unas voces. Kai. Sin duda alguna. Agudicé la escucha:

—Cuando dije que quiero estar solo, es porque quiero estar solo. ¿Qué parte no entiendes, Madison?

—Kai, no lo pagues conmigo. Lo que dijo River es un error. No sé qué le contó Mark, pero ese tipo estaba loco, no se le puede creer

nada. Yo no soy así, me conoces.

—Ya no te conozco. Ni siquiera sé si alguna vez lo hice. Y me importa muy poco toda esta mierda. Solo quiero saber cómo está mi abuela. Así que lárgate, porque esta aparición sorpresa no está ayudando en nada.

—Kai, cariño, permíteme estar a tu lado.

Silencio. Más silencio. Hasta que sentí pasos acercarse. Kai, fuera de sí, tiraba de Madison hacia la salida. Nunca lo había visto así: enfurecido, destrozado.

Yo me quedé quieta, inmóvil, agradecida de que nadie me viera. No iba a irme; tendría que acampar en la puerta si hacía falta. Estaría ahí para Ava, le gustara o no.

Mis ojos se perdieron en el vaivén del café, mientras mi mente volaba hacia ella. ¿Cómo estaría? ¿Qué pasaba ahí dentro para que tardaran tanto? Ese silencio… Esa incertidumbre era horrorosa. Aunque luego pensé: mientras exista la duda, hay esperanza. El problema llega cuando sabes la verdad y te enfrentas a ella, porque puede traer alivio, pero también destrozarte por completo, como me pasó con mi madre.

—¿Mischa? —la pregunta de Kai me sobresaltó. Parte del café se derramó; lo deposité en la mesa de al lado y me limpié torpemente con las manos. Al levantar la mirada y ponerme de pie, intenté quedar a su altura, aunque era casi imposible por la diferencia—. ¿Qué haces aquí? Pensé que te habías ido con los chicos.

—Mira, Kai, entiendo perfectamente que quieras estar solo. Créeme que no pretendo molestarte ni incomodarte. Aunque no voy a complacerte, porque no me voy a separar de Ava. No sin verla y menos sin saber cómo está. Es tu abuela, lo sé, pero yo también la quiero como si fuera mía, y en estos momentos no pienso abandonarla, siento que mi decisión abra una brecha entre nosotros.

—Ven —entrelazó su mano con la mía—, vamos a la otra sala, no te quedes aquí.

Y así, sin reproches, sin que me invitara a marcharme, me llevó con él. Sentir nuestras manos unidas me devolvió un poco del calor que ni el café había conseguido darme. Nos sentamos uno junto al otro en silencio. Yo estaba rígida como un palo, sin saber si debía

hablar o callar. La verdad es que no quería que me apartara, aunque tampoco sabía qué esperaba de mí.

Se giró hacia mí, colocándose de lado. Yo lo imité, doblando una pierna sobre el asiento. Sus manos rozaron mi rostro, empapado de lágrimas. Me secó con cuidado, cerró los ojos y apoyó su frente en la mía. Sentí cómo se derrumbaba. Llevé mis manos a sus mejillas y las acaricié. Alcé un poco la barbilla y besé primero su nariz, después su frente.

—Mischa, cuando estoy jodido y te miro a esos preciosos ojos verdes, veo luz. Cuando me sonríes, siento que el alma se me calienta, y cuando estás cerca me vuelvo más fuerte. Te necesito, pequeña. No te haces una idea de cuánto.

—Kai, siempre voy a estar para ti. Siempre.

Nada más decirlo, tiró de mí y me apretó contra su pecho en un abrazo desesperado. Yo lo correspondí, llorando con él contra su cuello.

—¿Crees que mi abuela estará bien?

—Eso es lo que deseo.

—Tú no me mientes como los demás, con palabras vacías y falsas esperanzas. Eso me encanta de ti: que eres transparente, sincera. Que cuando intentas fingir se te nota demasiado, porque todo en ti es verdad. Y eso me gusta. Me gusta demasiado. Tu pureza, tu nobleza, ese amor verdadero que desprendes, es simplemente admirable. Todavía no entiendo cómo alguien como tú pudo fijarse en alguien como yo.

—Kai —me aparté lo justo para mirarlo a los ojos—, todo lo que veo en ti me fascina. No hay nada que cambiaría, porque te quiero tal y como eres: con tus virtudes, con tus defectos, con todo. Para mí no hay nadie mejor que tú en este mundo.

Su respiración y la mía se entrecortaban. Sus manos en mi cabeza, las mías en sus mejillas, nuestros rostros a centímetros. Su rostro se inclinó y yo cerré los ojos, disfrutando del roce de su aliento acercándose a mis labios.

—Familiares de la señora Jones. —Una voz grave y masculina nos sacó del trance. Ambos nos separamos de golpe y nos pusimos en pie. Kai tomó mi mano, y los dos la apretamos con fuerza.

—¡Sí! —respondió él con ansiedad—. ¿Cómo está mi abuela?

—En este momento está estable. Le hemos administrado oxígeno y su respiración se ha normalizado, pero necesito ser completamente claro: lo que ha sucedido hoy no es un hecho aislado, va a repetirse. Es probable que ya llevara tiempo presentando episodios más leves que pasaron desapercibidos.

El médico sostuvo la mirada de Kai antes de continuar:

—El problema está en la válvula aórtica. La suya está muy deteriorada: se ha estrechado de tal forma que apenas permite el paso de sangre desde el corazón hacia el resto del cuerpo. A esto lo llamamos estenosis aórtica severa. Cada vez que la válvula no logra abrirse bien, la sangre se queda retenida en el corazón y no llega suficiente oxígeno a los órganos. Ella lo percibe como una sensación de ahogo muy intensa.

Se detuvo un segundo, buscando palabras más amables.

—En otras circunstancias, lo ideal sería una intervención quirúrgica o un recambio valvular. Sin embargo, en su caso, por la edad y la fragilidad de su estado general, no es posible. No hay una solución curativa. Lo único que podemos hacer es proporcionarle oxígeno y medicación para aliviarle los síntomas, para que no sufra tanto en cada episodio.

Bajó la voz, con un deje de compasión.

—Pero deben saberlo: cada crisis de este tipo le provoca un gran desgaste y, tarde o temprano, su corazón dejará de resistir. No sé cuándo ocurrirá, es solo cuestión de tiempo.

—Dios, no… —Se abrazó a mí con tanta fuerza que sentí que se me rompía el alma. Yo también me derrumbé, llorando sin consuelo, porque lo entendía: íbamos a verla morir sin poder hacer nada—. ¿Ella lo sabe? —preguntó sin soltarme, con la garganta quebrada.

—Ava es una mujer muy inteligente. Hace tiempo que es consciente de que su cuenta atrás ha comenzado.

—¿Podemos verla? —logré decir entre sollozos—. Por favor.

—Ahora mismo un celador los llevará a la habitación donde la instalaremos. En unos minutos podrán reunirse con ella. Está medicada y tranquila, solo les pido que no la agiten, ¿de acuerdo? —

Nos apretó los hombros con un gesto cercano, casi paternal, antes de llamar al celador.

No recuerdo qué dijo el hombre después. Mi mente estaba en otro lugar, atrapada entre el dolor presente y los recuerdos del pasado: mi madre, su vacío, aquel mismo terror clavado en el pecho. Lo único que me mantenía allí era la presión de Kai contra mí, nuestros cuerpos aferrados como si uno sostuviera al otro para no caer.

Al entrar en la habitación me invadió un *déjà vu*: el mismo tono de las paredes, el mismo olor a desinfectante, la misma frialdad de clínica que me había acompañado la última vez que estuve allí. Kai y yo nos sentamos en el sofá. Él estaba rígido, ido, deshecho. Tiré de él suavemente hasta que su cabeza reposó en mi regazo. Le acaricié el cabello y lloramos juntos en silencio. No hacían falta palabras: ninguna podría cambiar la realidad ni devolvernos lo que pronto perderíamos.

Kai, agotado de tanto llorar, acabó quedándose dormido. Aproveché ese instante para enviar un mensaje rápido a los chicos, contándoles la situación. Respondieron de inmediato, querían venir, pero les pedí que no lo hicieran todavía. Kai necesitaba un respiro antes de enfrentarse otra vez al abismo. Mejor mañana, cuando tuviera unas horas para asimilar lo inevitable.

El chirrido de la puerta lo despertó. Se incorporó de golpe al ver cómo entraban con Ava en la camilla. Apenas la acomodaron en la cama, Kai corrió hacia ella, se sentó a su lado y hundió la cabeza en su pecho, llorando como un niño mientras ella le acariciaba el pelo. Alzó su otra mano hacia mí. La tomé, la llevé a mi corazón y después a mis labios, devolviéndole ese gesto cargado de amor.

—Mis pequeños, no me gusta veros así —susurró Ava con ternura. Kai se incorporó un poco para mirarla entre lágrimas. Ella lo observaba con la serenidad de quien había aceptado su destino—. Mi tiempo aquí se agota, pero que no esté no significa que deje de vivir en vosotros.

—Sí, Ava, siempre estarás aquí. —Señalé mi pecho, la mano temblorosa—. Junto a mi madre, siempre. —Vi a Kai torcer el rostro

para ocultar las lágrimas. Llevé su mano al pecho de él y la cubrí con la mía—. Y aquí también tendrás tu lugar especial.

—Mi niña —sonrió débilmente—, has sido una bendición. Llegaste y transformaste nuestras vidas. No puedo estar más agradecida por los momentos hermosos que me regalaste. Hiciste que volviera a sentir cosas que creía perdidas. Nunca permitas que nadie apague esa luz tuya, esa que ilumina todo a tu alrededor.

»Y tú, cariño —acarició la cara de Kai con infinita ternura—, has sido mi mayor alegría. Estoy tremendamente orgullosa de ti, de todo lo que has logrado, de tu fortaleza, de tu nobleza. Siempre tan generoso, tan leal, tan tierno… Ese corazón tuyo que se desvive por los demás es lo más hermoso que tienes. No eres la versión oscura que crees haber construido tras lo de Londres. Esa persona no existe. No tengas miedo. Tú eres esto: mi nieto, mi orgullo, mi amor.

—Abuela —se quebró Kai, derrumbándose otra vez contra su pecho, mientras ella lo abrazaba haciéndole sentir que todavía podía protegerlo del mundo.

La puerta se abrió y la habitación se llenó de luz. Varias enfermeras y sanitarios entraron, y Kai y yo nos apartamos para dejarles trabajar. Moviéndose con calma, le administraron medicación mientras le hablaban con suavidad. Antes de marcharse, una de las enfermeras se acercó a nosotros.

—Es mejor que la dejemos descansar, la medicación hará efecto enseguida. Ustedes también deberían hacerlo. Si deciden quedarse aquí, pueden usar la cama adyacente o el sofá. En ese armario encontrarán lo que necesiten y, si requieren algo más, avísennos. De todos modos, volveremos a pasar en un rato.

Nos quedamos en silencio, observando cómo recogían y se iban retirando de la habitación.

—Kai, acuéstate en la cama. Lo necesitas. Van a ser días muy duros, sé de lo que hablo. Yo me quedaré en el sofá.

—No. No quiero que duermas allí.

—No vamos a discutir ahora por eso —suspiré, señalando el sofá —. Tú ahí no entras, pasarías la noche encogido.

—No me he explicado bien. —Se acercó a la cama, se quitó los zapatos y se tumbó, haciendo un hueco a su lado—. Lo que quiero

decir es que descansemos aquí los dos. Necesito tenerte cerca; solo tú puedes calmarme.

Nada deseaba más que estar con Kai. Fui hasta él, me deshice de las deportivas y me recosté a su lado. Tomé una mantita, nos cubrí con ella y sentí cómo su brazo quedaba bajo mi cuello, su pecho pegado a mi espalda y su otro brazo rodeándome la cintura, como si quisiera asegurarse de que no me alejara.

—Gracias por estar conmigo. Me habría vuelto loco sin ti aquí —murmuró antes de besarme suavemente el cuello.

—Siempre voy a estar cuando me necesites, Kai —susurré, besando su antebrazo. Mi mano se entrelazó con la suya y así, unidos, permitimos que el cansancio nos venciera.

CAPÍTULO 19

MISCHA

Me pasé buena parte del vuelo escuchando a Elijah desmenuzar estrategias de comunicación para los jugadores: cómo manejar entrevistas incómodas, qué decir cuando te preguntan por un partido perdido y, sobre todo, cómo evitar incendiar las redes con una frase mal sacada de contexto. Mitchell, que estaba sentado justo al lado, se metió en la conversación y acabó hablando de mi trabajo. Me aseguró que el contenido que estaba subiendo al TikTok del equipo —clips de entrenamientos con micrófonos, reacciones del vestuario después de los partidos, bromas internas— estaba funcionando muy bien. Elijah asintió, le dio su visto bueno y añadió que seguía impresionado con lo rápido que había pillado el tono del club. A mí se me iluminó la cara; no era lo mismo gestionar mi cuenta personal que la de un equipo entero, donde todo el mundo espera algo de ti y cada *post* lleva una presión silenciosa.

Desde que volví a Seattle, mis seguidores se habían quejado de que ya no subía tanto ni el mismo tipo de contenido que antes. Y estaban en lo cierto. No me alcanzaba la vida. Había tenido que rechazar colaboraciones, viajes, campañas con marcas. Mis amigos, mi gente… y él… eran lo primero.

Y si todo lo de Kai me descolocó por completo fue, en parte, porque mi intención al regresar no era reabrir nada. Creía que esos sentimientos estaban dormidos. Pero no lo estaban. Solo se habían quedado escondidos. Mucho menos esperaba verlo tan roto. En el pasado ya lo acosaban fantasmas; ahora parecían haberlo poseído entero. Quedaba muy poco de aquel chico que me había regalado vida y amor. Aun así, yo sabía que, bajo todo ese dolor, su esencia seguía intacta.

Verlo alejarse y buscar excusas para apartarme «por mi bien» tuvo justo el efecto contrario. Me hizo reaccionar. Me hizo olvidar cada momento de sufrimiento y querer pelear por él. Quedarme para ese hombre que, un día, también me salvó a mí.

Si de algo estaba segura era de esto: aunque él se hubiera rendido, yo no lo haría. Lucharía por los dos si hacía falta. Porque ya no era aquella niña destrozada que se marchó a Londres.

—Mischa, Mischa… —La voz de Elijah me sacó de mis pensamientos—. ¿Me dejas pasar? Tengo que hablar con Juraj un minuto; a ese muchacho hay que ponerle un freno a la lengua. Cada vez que habla con la prensa suelta algo que parece un *uppercut* y más tarde tenemos que apagar incendios. —Apartó mis piernas con cuidado para abrirse paso por el pasillo.

Mitchell, puso una mano sobre la mía. Yo la cubrí con la otra, en un gesto automático.

—Cielo, ¿cómo estás? —preguntó bajito—. Me preocupa verte solo en el trabajo. Desde que llegaste apenas coincidimos para comer.

—Ay, perdón por tenerte tan abandonado —resoplé—. No doy abasto, Mitch. Intento adaptarme a mi vida aquí y seguir gestionando la otra allí. Es complicado. Pero estoy contenta de estar en los Rift; todo el mundo es increíble y los chicos se apuntan a casi todo lo que propongo. Bueno, casi todos… —sonreí pensando en Kai, que huía de las redes, y en Hughes, que tampoco era precisamente entusiasta.

—Mischaaa —Mitchell arqueó las cejas—, no me respondas con lo que ya sé. Lo que me interesa es lo que pasa fuera del equipo. Vives con Jones y, después de todo lo que pasó entre vosotros, no me voy a hacer el tonto. Sé que tienes una vida estable y que, aunque me pongas cincuenta excusas para estar de prácticas aquí, el motivo real de tu cambio fue él. —Me había pillado en esa mentira; yo solo sonreí, admitiendo la verdad sin palabras—. Me da miedo que vuelvas a romperte y te marches huyendo otra vez.

Le di unas palmaditas en la mano.

—Estate tranquilo. Superé todo aquello, Mitch. Por ese motivo regresé de Londres en su día. Todo eso me sirvió para conocerme y

saber quién soy de verdad. Kai siempre insistía en que debía volar, que tenía que vivir y ver más allá. Tenía razón. Mi perspectiva cambió y ahora soy más fuerte y tengo las cosas claras. Y, por favor, dejemos de hablar de mí. Te prometo que, si algo no va bien, te lo contaré; acudiré a ti como lo he hecho durante estos últimos años, ¿vale?

—Está bien, no insistiré con el tema —suspiró—, pero que conste que esta situación no me tranquiliza en absoluto.

—De verdad, no te preocupes. Y ahora cuéntame, ¿qué tal te fue en la reunión con los abogados?

—*Puf* —soltó en un bufido—. Mal. La sanguijuela de mi mujer se aferró, pero bien, a mi dinero. La única manera de que no se quede con una parte de las participaciones de los Rift es que lleguemos a un acuerdo, y es evidente que ella no quiere hacerlo.

—No lo comprendo. ¿Qué interés puede tener Vera en el hockey? Me has contado que nunca va por allí, y desde hace unos años evita casi todos los eventos.

—Eso me pregunto yo. Le ofrecí cantidades desorbitadas de dinero y no aceptó. Por alguna razón se está aferrando a los Rift. Tengo que descubrir qué se trae entre manos.

—¿Estará asesorada por su hijo?

—El bueno de Cole… —ironizó poniendo los ojos en blanco—. Lo único que hace últimamente es meterse en líos de deudas que me veo obligado a cubrir para no quedar expuesto yo también. Dudo mucho que tenga la cabeza para planear algo tan complicado con tanto exceso. Además, Vera siempre ha sido la cabeza pensante: bella, inteligente y despiadada.

—Es extraño, la verdad. —Apreté su mano en un gesto de apoyo —. No te desesperes; hallarás la manera de separarte y mantener a salvo al equipo.

—Seguiremos con la conversación en una de nuestras comidas. Por ahí viene Elijah, y no quiero que, además de Hughes y de ti, nadie más se entere de esta situación. Lo último que necesito es que la junta se preocupe y me presione de algún modo.

Asentí y sonreí.

Me levanté para dejar pasar a Elijah hasta su asiento y aproveché ese instante para ir al baño. De camino, vi a Kai sonreírme desde su sitio junto a Liam. River charlaba con Conor unas filas más atrás, y Hughes se había cambiado al asiento de al lado de Juraj. Estaba serio, con ese gesto de capitán que siempre sacaba cuando algo no iba bien; debía de estar soltándole unas cuantas verdades al delantero. Desde que volví, Juraj parecía otro: más apagado, más distante. Y en los pocos partidos que había visto, apenas rendía lo suficiente. Para alguien con su talento, eso era poco; y, con su carácter, le estaba pasando factura.

Mi amiga, al cruzar el pasillo, me apretó la mano y yo le devolví una sonrisa. Todos ellos eran un reflejo de cómo estábamos viviendo desde hacía dos semanas, desde la noche del accidente. Conor se había instalado en la casita de invitados con nosotros. Kai y yo nos turnábamos para dormir en la casa principal con Liam, como dos padres divorciados repartiéndose los días de custodia. River y Hughes hacían lo mismo: quedadas intercaladas, ratos a medias. Un auténtico desastre.

Nuestro grupo estaba fracturado. Aquellos dos, tan obstinados, habían decidido no hablarse después de todas las idioteces que se lanzaron borrachos. Prescott y Jordan andaban desesperados por no poder venir; Nathan tenía la agenda tan llena que apenas podía respirar y mi amiga, desde que empezó las prácticas de medicina deportiva, viajaba con menos frecuencia.

En menos de tres semanas sería su cumpleaños y lo celebraríamos todos en Seattle; por primera vez estaríamos juntos. Quería creer que esos dos cabezotas dejarían el drama y acudirían, al menos por ella, su mejor amiga. Para mí también sería especial porque Kelsey asistiría. Ella y Jordan se habían hecho inseparables desde que las presenté: se entendieron como si se conocieran de toda la vida.

Ahora, volaban a menudo para verse. Me alegraba por ellas. Ambas se sentían un poco solas aunque siempre tuvieran gente alrededor. Jordan extrañaba Seattle, su casa, sus amigos; y Kelsey, a mí. Pero sus parejas estaban en otras ciudades y les tocaba vivir con la distancia.

Cerré el grifo del lavabo y permití que el agua resbalara entre mis dedos unos segundos antes de secarlos. Me recogí el pelo en una coleta alta, me froté la cara y solté un suspiro largo, esperando que con él pudiera expulsar el cansancio. Al abrir la puerta, me topé de golpe con esos ojos negros. Seguían teniendo algo hipnótico, aunque ahora parecían más apagados, daba la impresión de que la tormenta de los últimos meses hubiera arrasado parte de su luz.

—Hola, Kai —saludé, sintiéndome absurda en cuanto salió de mi boca.

—Hola, Mischa —respondió con la misma torpeza. Y los dos estallamos en una risa nerviosa que rompió un poco la tensión.

Desde aquella noche en la cocina, desde aquel beso que todavía sentía en los labios cuando cerraba los ojos, no habíamos vuelto a estar solos. Todo a nuestro alrededor se había desmoronado, aunque de alguna manera seguíamos en pie, como dos supervivientes agarrados a tablas diferentes en medio del mismo mar. Él había pasado semanas metido en el hielo y el gimnasio, preparándose para volver a ser titular, entrenando hasta la extenuación. Y yo, con ese papel raro de madre divorciada compartiendo custodia con él, casi no lo veía.

Aun así, siempre encontrábamos huecos para buscarnos. Un mensaje con cualquier excusa. Un FaceTime cada noche «para hablar de Liam o de Conor» que acababa en conversaciones largas, llenas de confesiones pequeñas, silencios y risas tontas. Yo me quedaba con una sonrisa idiota en la cara y, más de una vez, uno de los dos se quedaba dormido con el móvil en la mano.

Desde fuera parecía ridículo. Dormíamos en casas contiguas, separados por un jardín y, sin embargo, elegíamos vernos solo en la pantalla. Pero era muy consciente de que él necesitaba tiempo y espacio para pelear con sus demonios. Estar conectados así, ya era un paso enorme. Kai marcaba el ritmo y yo lo respetaba.

—Eh, yo… —balbuceó de pronto, rascándose la nuca. Sus ojos se desviaron un segundo antes de volver a mí. Entonces me tomó suavemente del brazo y me apartó, llevándome hacia la zona de la salida, detrás de las cortinas recogidas junto al baño.

Seguí su mirada y lo entendí. Juraj se había levantado y miraba en nuestra dirección, aunque se detuvo en el pasillo para hablar con River. El corazón me dio un vuelco. Estar tan cerca de Kai, escondidos, con todo ese pasado hirviendo entre nosotros, era como sostener la respiración justo antes de lanzarse al agua.

—Mischa, estos días no he parado de pensar en lo que sucedió. —Se pasó la mano por el pelo con ese gesto tan particular que conocía demasiado bien: remordimiento.

No lo dejé continuar; apoyé un dedo sobre sus labios y guardamos silencio.

—*Shh*, Kai. Detén esa cabeza un segundo —le susurré—. No pienses si está bien o mal, no calcules cuánto me vas a herir ni intentes apartarme. Frena un poco. Sí, nos besamos. Y yo, mientras lo hacía, no sentí que el mundo se acabara. Sentí que volvía a empezar.

Le enmarqué la cara con las manos. Mis dedos se hundieron en sus rizos, su piel caliente contra mis palmas.

—No espero nada, no te exijo nada —seguí—. No tenemos que ponerle nombre ni diseccionarlo. Lo único que tienes que saber es que estoy aquí. Y no voy a irme otra vez.

—Pero yo no puedo retenerte —habló con voz rota—. No puedo pedirte que me esperes hasta que mi vida y mi cabeza dejen de ser un agujero negro.

—Kai, no me pides nada —respiré hondo—, lo decido yo. Si se trata de ti, estoy dispuesta a entrar en cualquier guerra, aunque me destroce.

Sus ojos se cerraron un instante, y cuando volvió a abrirlos ya no eran negros: eran fuego.

—Joder, Mischa, no sé qué ves en mí —dijo, su aliento chocaba con mi boca—. Soy defectuoso.

—Podría hacerte una lista interminable de todo lo bueno que veo en ti —susurré, y mi pulgar le rozó el labio inferior—. No me gusta esta versión tuya destruida, porque sé que debajo de ese dolor sigue estando el hombre del que me enamoré nada más cruzar su puerta.

—No sé si queda algo de él…

—Kai, tu cabeza es tu peor enemiga. Permítete respirar.

—¿Y qué hago, Mischa? —Sus manos cayeron a ambos lados de mis hombros, dejando descansar su frente sobre la mía—. Cuando intento lo que me pides acabo refugiándome en la bebida.

—Entonces apóyate en otra cosa —musité, y acerqué mi boca a su oreja—. Algo que te haga bien. Algo que no te rompa.

Se echó hacia atrás y sus ojos se tornaron más oscuros. Más profundos.

—No había nada hasta que llegaste tú… —Su voz temblaba—. Hasta que nos besamos.

—Pues bésame. —La palabra salió como un reto.

Abrió los ojos, sorprendido.

—¿Así de fácil? ¿Cuando me ahogue te beso y ya está?

—Sí. —Mis labios rozaron los suyos—. Así de fácil.

—¿Y si me acostumbro y después no quiero parar?

—Entonces —murmuré pegando mi cuerpo al suyo— seguiremos besándonos.

No esperó más. Sus manos me agarraron de la cintura y me apretaron contra la pared. Su boca cayó sobre la mía, caliente, ansiosa. Sentí su lengua abrir camino, su aliento mezclarse con el mío y la descarga subirme desde el estómago hasta las puntas de los dedos. Cada beso era más profundo, más desesperado; me mordía suavemente el labio y después lo calmaba con su lengua, y yo solo podía agarrarme a sus hombros para no desplomarme.

—No sé qué me haces —afirmó él contra mi oído—. Me siento a punto de romperme, pero también a punto de volver a ser yo.

Acaricié su nuca con la yema de los dedos, bajando por su cuello, queriendo calmar ese temblor.

—No tienes que ser nadie todavía. Solo siente. Déjame tenerte así.

Me miró, los ojos brillantes y húmedos, y rozó mi boca con la suya sin llegar a besarme.

—Me das miedo, Mischa… Tengo miedo de necesitarte demasiado —confesó—. Miedo de no poder devolverte nada.

Le puse las manos en las mejillas, obligándolo a mirarme de frente.

—Yo también tengo miedo —admití—. Pero no vine aquí a que me devolvieras nada. Vine porque no quiero perderte.

Kai tragó saliva y recorrió con su pulgar la comisura de mis labios.

—No sé cuánto puedo prometerte.

—No tienes que prometerme nada —le interrumpí—. Solo esto. Ahora.

Sus labios se apretaron contra los míos con avidez. La lengua se deslizó en mi boca, cálida, urgente, y me arrancó un gemido que ni yo sabía que tenía dentro. Lo agarré por la nuca, enredando mis dedos en su cabello para acercarlo más, más, más. Joder, me sabía a recuerdo y a presente al mismo tiempo.

El calor me subía por la espalda, los músculos tensos, las piernas temblándome. Cada vez que su lengua buscaba la mía era como un latigazo que me recorría entera. Creí volver a esos días en los que me miraba como si fuera lo único que importaba, cuando aún los fantasmas no habían ganado terreno.

Me empotró contra la pared de enfrente con las caderas, sin apartar su boca de la mía, y yo respondí arqueando el cuerpo, pegándome a él. Sentí su erección y una corriente me llegó hasta mi bajo vientre. Él gruñó contra mis labios y descendió por mi cuello, mordiéndolo y lamiéndolo después, dejando mi piel ardiendo. Yo le agarré la camiseta y la subí hasta colar las manos por debajo; necesitaba sentir su piel, su calor.

El avión se volvió una caja de zapatos: solo su boca y mi boca, su respiración en mi cuello, mis caderas empujando inconscientemente contra las suyas. Y ese pensamiento fugaz: «si esto es caer, que no acabe nunca».

***

Volver a ver a Kai sobre el hielo había sido como un subidón de adrenalina. Hacía meses que no jugaba como portero titular y, aun así, en cuanto se colocó la máscara y se arrodilló en la portería, parecía que nunca se había ido. Sus reflejos eran de otro mundo: cada disparo detenido, cada salto para cubrir un hueco, cada movimiento de guante arrancaba un murmullo del público. Era el Kai que yo había conocido al principio, el que hacía que la gente se pusiera de pie sin darse cuenta.

Yo estaba en la zona de prensa, con la acreditación colgando del cuello y el móvil en la mano. Desde que me convertí en ayudante del jefe de relaciones públicas me pasaba la vida entre reuniones con patrocinadores, notas de prensa y organizar eventos para que los jugadores se mostraran más «cercanos». Hoy me tocaba controlar que todo el *merchandising* estuviera visible en las zonas VIP, coordinar con la tele local y mandar un par de clips a las redes sociales. Básicamente, que todo brillara tanto como el hielo.

Pero, por mucho que intentara parecer profesional, mi vista se escapaba una y otra vez hasta la pista. Kai paraba el *puck* con el guante, se levantaba ágil, ordenaba a la defensa con un gesto y la grada animaba. No recordaba haberlo visto tan concentrado, ni tan dueño de sí mismo. Y yo sentía un orgullo ridículo, porque el que estaba ahí abajo era mi portero.

En ese momento empezó a vibrar mi teléfono. Era un FaceTime de Kelsey.

—Ay, Kels —murmuré, apartándome de la zona de prensa y caminando hacia el pasillo que daba al túnel de vestuarios—. Siempre me llamas cuando más ruido hay.

Acepté la videollamada y la sonrisa de mi amiga llenó la pantalla.

—¡Mischaaaa! —chilló Kelsey en cuanto le salió mi imagen—. Por fin das señales de vida. Para enterarme de algo tuyo tengo que preguntarle a Jordan, que a su vez le pregunta a su amiga River. Llegaste a Seattle y parece que solo tienes ojos para el Innombrable.

—No seas boba —me reí—. Te juro que mi vida es un caos. Ni tiempo tengo para estar con Kai, y deja de llamarlo Innombrable. Ya se puede decir su nombre sin que tiemble la tierra.

—Vaya, así que hemos avanzado con el morenazo.

—Venga ya, ¿ahora también lo vas a llamar así? Estás fatal, Kels.

—No te vayas por las ramas y dime cómo estás. Jordan y yo estamos preocupadas.

—Estoy bien. Con él… las cosas van poco a poco. Está más roto de lo que pensaba, aunque al menos ya no me aleja. Y sí, antes de que te emociones: solo nos besamos un par de veces. Nada más.

—Bueno, no quiero sonar aguafiestas, pero eso, avanzar avanzar… no es. Son pasitos de hormiga.

—Uf, para qué te cuento nada. No son de hormiga, son de elefante. No tienes ni idea de la situación.

Desvié la mirada, intentando que no notara cómo se me humedecían los ojos.

—Pecas, ¿qué me estás ocultando? Algo te ronda la cabeza.

—La verdad es que sí. Cuando vino Landon y me confesó que le había dolido que me fuera sin despedirme, me hizo reflexionar. Y no pude evitar pensar en Kai y en cómo me marché a Londres sin siquiera hablar con él. No le di ni la oportunidad de explicarse.

—A ver, tía. Hay que ponerse en tu lugar. Te fuiste porque el mundo que conocías se cayó en mil pedazos. Tampoco es para rifarse las culpas: primero él, ahora tú. Escúchame: quizá en estos momentos no actuarías igual y él tampoco, pero sois humanos. Hicisteis lo que pudisteis.

—Es que tengo miedo de haber colaborado para que él esté así. Quizá si lo hubiera visto en estos tres años…

—Ya basta, Mischa. Lo que pasó, pasó. No podemos vivir en el «y si…». Estás ahí ahora, ¿no? Bueno, pues enfoca tu energía en este momento.

—Tienes razón.

—Siempre la tengo.

—Mentira. Yo soy la sensata.

—Sí, ya veo. Mucha sensatez la tuya: de la noche a la mañana cambiaste de estado y de costa como una heroína de película.

Me robó una carcajada. Me fijé en el fondo de su pantalla; aquello parecía un castillo europeo.

—Oye, ¿se puede saber dónde estás?

—Me voy a ofender, ¿eh? Eres una amiga pésima. El otro día te lo conté y ni caso. Tus sentidos solo funcionan con el morenazo.

—Kels, el morenazo, como tú lo llamas, tiene mis sentidos y mi corazón.

—Oh, Dios, qué bonito —se burló dejándose caer sobre una cama enorme, con dosel y cortinas de terciopelo—. Ahora solo falta que se apodere de tu cuerpo.

—Voy a colgarte, boba. Dime, ¿qué es ese lugar?

—Es mi *château*. Siempre te dije que pertenecía a la realeza francesa y no me creías. Aquí tienes la prueba: soy pariente de Luis, ese Luis que no estaba del todo cuerdo, pero, bueno, sangre real al fin y al cabo.

Me reí; era cierto. En sus redes se divertía jugando a ser la dueña de un castillo y a tener una ama de llaves, Mia —en realidad, la mujer que la había criado—. Juntas arrasaban en los vídeos, combinando su humor con ropa tan excéntrica que nadie se atrevería a llevarla en la calle. Así que sí, lo que compartían con la realeza francesa era ese toque de locura.

—Kels —le advertí, y comencé a contar—. Una. Dos…

—Vale, vale. Asher, Owen y yo tuvimos algunos eventos en Londres y también en Francia. Ahora estamos grabando unos vídeos aquí, bastante significativos, para dejar entrever que estamos juntos.

—¡Nooo! —fue lo único que salió de mi boca antes de pensar bien mis palabras—. ¿Estás segura de esto?

—Sí…, creo.

—Joder, Kels, ¿cómo que «creo»? Una vez eso salga en redes, va a estallar. ¿Sois conscientes de que lo primero que pensarán vuestros seguidores es que es *queerbaiting*? Espero que lo hayáis sopesado todo muy bien, porque no hay vuelta atrás.

—Lo hicimos. Solo ponte contenta por nosotros. Es un paso más. Y dejemos de hablar de mí. A ver, cambia la cámara y enséñame al morenazo.

Sacudí la cabeza y lo hice. La conocía demasiado bien. Estaba intentando zanjar el tema porque, en realidad, no estaba nada segura de dar ese paso. Tras unos segundos enfocando la pista, volví a apuntar la cámara hacia mi rostro.

—Oye, ¿quién es el número 20? ¿El guapísimo al que le han dado con una cuchilla en la cara?

Mierda. Miré hacia el hielo y vi a Juraj salir con un corte en el rostro.

—Te tengo que colgar, debo volver al trabajo.

—¡Eh, no me dejes así…!

Corté la llamada y caminé deprisa hacia donde estaban los chicos.

CAPÍTULO 20

MISCHA

Tres años antes…

Me estaba secando la cara en el baño cuando escuché voces en el cuarto. Se habían llevado a Ava para hacerle unas pruebas y Kai estaba tan rendido que ni se enteró. No quise despertarlo: no había pegado ojo en toda la noche. Yo tampoco, para qué engañarnos, pero mi cuerpo estaba acostumbrado a vivir en alerta, así que el insomnio ya no me resultaba extraño.

Cuando abrí la puerta pensé que podía encontrarme a cualquiera en esa habitación, pero ni por un segundo imaginé que sería ella. Esa mujer perfecta. La vi acercarse a él, tocarlo. A su marido. Sí, suyo.

Respiré hondo, armándome de valor antes de hacer acto de presencia. Kai fue el primero en verme y se levantó de inmediato, corriendo hacia mí.

—¿Dónde está mi abuela? ¿Ha pasado algo?

—No, tranquilo —dije sonriendo para intentar calmarlo—. Solo le están haciendo una prueba.

Suspiró aliviado, apoyándose en el piecero de la cama. Entonces escuché el repiqueteo de unos tacones acercándose. Dios, era altísima, imponente y bellísima.

—¿Se puede saber qué haces tú aquí? —la voz de Madison cortó el aire.

—¡Madison! ¿Qué crees que estás haciendo? —Kai intercedió, aunque su tono no logró apaciguarla.

—Amor —habló con calma, posando la mirada sobre mí como si yo fuera lo más desagradable que había visto en su vida—, me gustaría entender por qué esta niña está aquí contigo cuando dejaste claro que querías estar solo.

—Yo no estoy con él. Estoy con Ava —respondí, incapaz de contener la rabia que me carcomía por dentro—. Me contrataron para cuidarla, y eso es exactamente lo que hago.

—Pues, cielo, dedícate a otra cosa. Porque está claro que no estás a la altura de ese puesto. Cuando llegué a la casa, tú no estabas. Ah, no, espera…, te habías ido a disfrutar de unas vacaciones con mi marido y sus amigos. Quizá en el contrato también entraban cuidados especiales con él.

No lo pensé. Plaf.

La bofetada resonó en todo el cuarto. Y, por primera vez, entendí a River.

—¡Madison! ¿Qué demonios dices? —Kai la fulminó con la mirada —. ¿Cómo te atreves a ofenderla así? Mischa no merece que le hables de ese modo. Mi abuela y yo le debemos demasiado.

—Yo también soy parte de esta familia, cariño. Y tu empleada acaba de pegarme. Es una salvaje sin modales y todavía la defiendes. ¿Desde cuándo, Kai? ¿Desde cuándo te rebajas a esto?

Cada palabra era más cruel que la anterior. Mi garganta ardía, los ojos me escocían. Si me quedaba un segundo más allí iba a romperme. Y no pensaba regalarle a ella el espectáculo de mis lágrimas.

Recogí mis cosas a toda prisa, me calcé las deportivas y caminé hacia la puerta. Kai me detuvo, sus dedos aferrando mi brazo con desesperación.

—¿A dónde vas? No tienes que irte, Mischa.

—Necesito darme una ducha y cambiarme, además, tengo algo importante que hacer. Volveré más tarde, porque, le pese a quien le pese, no pienso dejar a Ava.

—Eso lo tendrías que haber pensado antes de irte de vacaciones —contraatacó de nuevo Madison.

Tragué saliva, obligando a mi voz a no quebrarse.

—Tienes razón. Nunca debí apartarme de su lado. Y cargaré con ese error siempre.

Me solté del agarre de Kai y cerré la puerta tras de mí. Corrí por el pasillo como si huyera del fuego. Bajé dos pisos por las escaleras y, en un descansillo, aún temblando, marqué el número de River.

Uno, dos tonos…

—¿Mischa? ¿Pasó algo con Ava? ¿Está bien?

—Por ahora está estable, pero te llamo por otra cosa. Necesito tu ayuda.

—Dime, ¿qué sucede?

—Voy ahora a casa de Kai a recoger mis cosas. No tiene sentido que siga allí si Ava no va a estar. Mi trabajo se ha terminado.

—¿Y Kai?

—Él tiene a su mujer, River.

—Te ha dicho algo Madison, ¿verdad?

—No importa lo que diga. La realidad es esta y tengo que aceptarla. Kai me advirtió mil veces, y yo elegí seguir mi corazón. Este es el precio. Necesito que me ayudes. Que me acojas unos días hasta que encuentre dónde ir.

—Puedes quedarte el tiempo que quieras. Esta también es tu casa. Seany se pondrá feliz de tenerte cerca. ¿Quieres que te acompañe? No es bueno que estés a solas con ella.

—No, qué va. Ahora mismo está en el hospital, así que no hay problema.

—Vale, hagamos una cosa: cuando termines pásate por el estadio, dejamos todo en casa y vamos juntas a ver a Ava.

—Sí, gracias, River.

—No es nada, boba.

—Claro que lo es. Te quiero mucho, siempre has sido muy buena conmigo, y Jordan también. No sé qué haría sin vosotras.

—Ay, pequeñaja, no me digas esas cosas, que con el embarazo estoy demasiado sensible y voy a terminar hecha un mar de lágrimas aquí mismo. Y no sería la primera vez que algún compañero de Caden me tiene que consolar.

Aquello me sacó una sonrisa.

***

Tan pronto como crucé la puerta de la mansión, una oleada de pena me sacudió entera. Miré hacia la cocina y de inmediato recordé las mañanas con Ava, riendo entre tazas de café. Fui hasta su cuarto y pude imaginármela allí, sentada en su sillón favorito, escuchando *jazz* mientras hojeaba un libro. Desde esa ventana se veía la piscina,

ese lugar donde Kai y yo habíamos pasado tantas horas, donde incluso lo había besado por primera vez.

Bajé a la planta inferior. Pasé por el cuarto de música y acaricié con ternura la batería, como si al hacerlo pudiera devolverme algún fragmento de los días felices. Crucé el cine, ese espacio en el que compartimos tantas películas de terror que a mí me fascinaban y a él le horrorizaban, aunque siempre me complacía. El garaje también me trajo recuerdos: allí estaba mi coche, su moto. Todo seguía en su sitio, menos nosotros.

Sequé mis lágrimas con el antebrazo y regresé a la planta superior. Entré en su habitación. El golpe fue bestial. Mis ojos se fueron directos a la cama. Esa cama en la que lo veía dormir cada noche cuando yo despertaba entre sobresaltos. Ahora, en cambio, había ropa de mujer esparcida, maquillaje abierto sobre la mesilla y un perfume ajeno impregnándolo todo: Madison. Ese cuarto, esa casa, volvían a ser suyos, y yo no era más que una intrusa que se había ilusionado pensando que aquel podía ser su hogar.

Abrí las maletas sobre la cama de mi habitación. Metí la ropa, la mayoría regalos suyos o de las chicas. Al doblar una camiseta recordé nuestra primera salida de compras; al ver las bragas de algodón blancas no pude evitar reír entre sollozos, porque todavía escuchaba sus burlas cariñosas en mi cabeza. Guardé también su *puck*, el perrito de peluche que había rescatado para mí y las fotos: mi madre, Ava, él y yo juntos en mi cumpleaños, en aquel partido. Cerré la última maleta con dolor en el pecho.

Me metí en la ducha y permití que el agua caliente cayera sobre mí, tratando de recomponerme. Fue inútil. El vacío en el pecho casi no me dejaba respirar. Había perdido a mi madre, pronto perdería a Ava y a él realmente nunca lo tuve. Aunque eso no hacía que doliera menos.

Cerré el grifo, me vestí con ropa limpia y, con desgana, me sequé el pelo. Ni siquiera quise mirarme al espejo empañado: ¿para qué? Mi reflejo no podía mostrar nada más que la pena que ya me consumía por dentro.

Al abrir la puerta del baño, me detuve en seco. Mi sorpresa fue mayúscula: Madison estaba allí, sentada en la butaca, jugueteando

con su móvil. No dije nada. Pasé de largo, recogí mi neceser de la mesita junto a ella, lo guardé en mi mochila y me la colgué al hombro.

—Eres una chica lista, Mischa. Ese es tu nombre, ¿no? —No esperó respuesta, porque continuó de inmediato; estaba claro que lo sabía demasiado bien—. Tu tiempo aquí se ha acabado. Siento que te hicieras ilusiones con todo esto —afirmó, poniéndose de pie y señalando la habitación con gesto triunfal—. Tanto esta casa como Kai solo tienen una dueña. Y esa soy yo.

Juro que mi intención era tomar las maletas y marcharme sin liarla, pero la arrogancia y la crueldad de esa mujer me atravesaron como un puñal.

—Vaya, parece que vienes con las ideas claras después de tomarte unas vacaciones en tu relación. Pero te confundes de destinatario, Madison… Ese era tu nombre, ¿verdad? —repetí con ironía sus propias palabras—. Eso díselo a Kai, no a mí.

—Mocosa… —Me agarró del brazo con fuerza, apretando hasta doler—. Porque hayas sido el entretenimiento de mi marido en mi ausencia, ¿te crees que tienes algún derecho? Déjame decirte algo: no eres nada.

—Yo no soy el pasatiempo de nadie —me defendí soltándome de un tirón—. Y Kai jamás me utilizó, porque si tuvo la oportunidad de tocarme, no lo hizo.

Su risa fue tan fuerte y cruel que me arrepentí al instante de lo que había dicho. «Mischa, eres una idiota».

—Oh, el bueno de Kai… —Su burla se volvió hiriente—. Siempre preocupado por los demás. Esa virtud que, para mí, es más un defecto. Empatiza demasiado, siempre quiere salvar a todos. —Con la mano me levantó el mentón, tirando de él con fingida ternura—. Pobrecita, ¿te enamoraste del chico rico con buen corazón? Lo siento, cielo, él solo te habrá cogido cariño. ¿Mujer? Nunca te vio como tal. Créeme, ningún hombre por más noble que sea reprime sus instintos si realmente lo desea. Un consejo gratis: no te arrastres ante un hombre que solo te ve como a un cachorrito adorable.

—Vete a la mierda —espeté, y me dirigí a las maletas.

—*Uf*, así no. Esa boquita. Ahora entiendo por qué Kai nunca reparó en ti. No solo porque tienes el cuerpo de una niña de catorce años, sino porque además careces de modales.

Y ahí estallé. No iba a permitir que siguiera pisoteándome.

—Dime una cosa, Madison. —Mi voz temblaba, pero no me detuve—. ¿Tienes algo más que ofrecer aparte de tu físico? Sí, imponente, lo reconozco. Pero desaparecer durante meses y dejar a tu pareja destrozada… no es precisamente de buena persona. ¿Quieres que siga? Porque también podríamos hablar de tus «cualidades» como amiga. —Hice una pausa intencionada—. ¿Le preguntamos a River?

Su rostro cambió en un segundo. La burla desapareció, y por primera vez vi un destello de incomodidad.

—Niña, no te metas en terrenos que desconoces. Estoy segura de que Kai no te contó por qué me fui. No tiene el valor. Y ¿sabes por qué? Porque él no es ese héroe perfecto que te inventaste. Su pasado está marcado por una desgracia. Una de la que él fue parte. Si supieras la verdad, saldrías huyendo como hice yo. Así que agradécelo. Al menos no llevas esa imagen grabada en la cabeza. Yo tardé meses en asimilarlo.

—Si es tan terrible, ¿por qué estás aquí?

—Porque lo amo. Y él me ama a mí. —Sus ojos brillaron con un fuego casi enfermizo—. He venido para darnos otra oportunidad, sin secretos de por medio. Y lo que no voy a permitir es que una niñita enamoradiza interfiera en mi matrimonio.

Respiré hondo.

—Espero, de verdad, que esta vez lo hagas bien. Que él sea feliz a tu lado. Por mí no te preocupes. Como bien apuntaste antes, nunca se interesó en mí de ese modo. Y yo solo permaneceré cerca mientras esté Ava. De ella no me pienso separar, te guste o no.

Tomé las maletas con torpeza, tres de golpe. Al llegar a las escaleras se me resbalaron, rodaron con estrépito hasta la planta baja. Corrí tras ellas, las recogí a trompicones, con las lágrimas nublándome la vista. Crucé la puerta sin mirar atrás. Solo me detuve cuando llegué al camino. Allí, derrotada y con las manos temblorosas, llamé a un Uber.

CAPÍTULO 21

KAI

Tres años antes…

—Gracias, Hughes.

—No hay de qué, tío. Me gusta ser tu chófer personal —bromeó sin apartar la vista de la carretera.

—No me refiero a eso y lo sabes. Hablo de estar aquí, y de que tanto tú como River le dierais a mi abuela la oportunidad de despedirse de Seany. ¿Viste su cara de emoción? —No pude seguir, solo recordar cómo se le llenaron los ojitos de lágrimas al ver al pequeñín fue tan tierno como demoledor.

—Kai, eres mi mejor amigo, tu abuela es como la mía. River y Sean han pasado mucho tiempo con ella últimamente y, joder, todos la queremos. Así que no tienes nada que agradecer. —Me dio un golpecito en la pierna con la palma de la mano.

—Oye, quiero disculparme por mi comportamiento de la otra noche cuando os eché del hospital. Te juro que sentía que me estaba volviendo loco. Saber que River y Madison se conocían y escuchar todas aquellas acusaciones fue demasiado para mí, y más con los nervios por lo de mi abuela. Perdí los papeles.

—No tienes por qué disculparte, Kai. Yo habría actuado igual o peor. River se sintió fatal después. Ya sabes que anda más sensible con lo del embarazo y le cuesta reprimir las emociones. La vio y, claro, todo el pasado le llegó de golpe, se olvidó de lo demás.

—Sé cómo es tu chica. Y si para nosotros fue impactante, para ella mucho más. Joder, es fuerte, ¿no? Que fueran amigas, tío.

—¿Y tú cómo estás llevando el temita? Porque imagino que lo de tu mujer desaparecida apareciendo en tu casa de la noche a la mañana, debe de ser un bombazo. ¿Te ha dicho algo?

—Qué va. Todo pasó tan rápido que todavía no lo proceso. Ahora mismo solo quiero estar centrado en mi abuela. Madison ha quedado relegada a un segundo plano. Y, sinceramente, no es un asunto que me interese abordar en estos momentos. No tengo ni fuerzas ni humor. Porque sé que, en cuanto toquemos el tema, saldrá lo de Londres. Joder, puto Londres.

—Eso va a ser inevitable. Pero podrás con ello, estoy convencido. Además, creo que ella te debe unas cuantas explicaciones: dónde estuvo, qué hizo y, sobre todo, por qué regresó de repente.

—No me vas a creer lo que te voy a decir… hasta yo me sorprendo. Cuando la vi allí de pie, en el porche, me quedé petrificado, sentí muchas cosas, pero había una que dominaba sobre todas: fastidio.

—Ja, ¿en serio? ¿Fastidio? Pensé que ibas a soltar algo más… impactante. O al menos poético. Pero no esa mierda.

—Sí, tío, fastidio. Como un «ME CAGO EN MI MALA SUERTE». Tenía a Mischa parada bajo la lluvia, preciosa, con los labios húmedos, los ojos verdes brillando, su cuerpo temblando… Joder, parecía un ser salido de un sueño. Momentos antes, en el coche, había sido tan valiente, tan sincera…, me demostró otra vez lo grande que era su amor, a pesar de lo joven que es. No pude resistirme más. Ya no quería seguir negando lo que siento, que la quiero. Y justo cuando por fin me había decidido…, ¡*boom*!, aparece Madison.

—Eso se llama tener un sentido de la oportunidad de la hostia.

—Demasiado oportuno, diría yo. No sé, tío. A veces pienso que fue lo mejor, que quizá habría sido un error. Aunque otras, como ayer, me doy cuenta de que Mischa es la única en la que encuentro consuelo. La necesito a mi lado, abrazarla, olerla, sentir su calor. Estoy hecho un lío, te juro que no sé qué pensar ni cómo actuar con ninguna. Aunque ahora mismo mi cabeza solo está en mi abuela, ella es mi prioridad.

Hughes se acercó al cierre de mi casa y marcó los números del código. La puerta se abrió lentamente. Me miró, apoyó una mano en mi hombro y apretó con suavidad.

—Tío, no te exijas tanto. Lidia con los problemas uno por uno. Nadie espera que los resuelvas hoy, y menos estando en medio de todo esto. —Volvió a tomar el volante—. Por cierto, ¿quieres que te venga a buscar más tarde para llevarte al hospital?

—No, tranquilo. Gracias, llevaré mi coche. Y tú vete con River. Tu mujer, aunque imbatible, está embarazada. Llévala a descansar.

—Sí, no para ni un segundo. Te juro que a veces me dan ganas de atarla a la cama, aunque luego me viene esa imagen tan tentadora a la cabeza y la descarto de inmediato.

—No tienes remedio, colega.

—¿Para qué negarlo? Esa mujer se ha convertido en mi perdición: bonita, tremendamente *sexy*, adorable…

—Vale, vale, para, que ya me hago una idea de las virtudes de River. Recuerda que… —No me dejó terminar pegándome un guantazo.

—Como acabes esa frase, te aseguro, Romeo, que estar entre dos mujeres va a ser el menor de tus problemas, porque no vas a tener instrumento con que contentarlas.

—Qué mal pensado, iba a decir que es mi mejor amiga.

—Ya, claro. —Detuvo el coche y, cuando abrí la puerta para bajar, me sujetó del brazo—. Oye, no tengas prisa por volver al hospital. Necesitas descansar un poco, tío. Frena, porque lo que viene va a ser duro y, además, ahora mismo no haces falta.

—Vaya, gracias.

—Sabes a lo que me refiero. River está allí con Conor y Liam, y Mitchell se pasará un poco más tarde. Mis padres no sé si irán hoy o mañana. Pero lo que quiero decirte es que no estás solo. Y, te lo aseguro, Ava va a estar más que entretenida como para echar de menos a su nieto predilecto. Y ni hablemos de la pequeñaja, que no se aleja de ella ni a tiros.

—Lo sé, y de verdad no puedo estar más agradecido por teneros en mi vida a todos. Pero no quiero separarme, Hughes. Cada momento cuenta, y no voy a desperdiciarlo. Me ducharé, porque debo de oler fatal, comeré algo y prepararé una muda para Mischa y para mí. Estoy convencido de que también pasará allí la noche.

—En cuanto a eso… —se rascó la nuca, evitando mirarme—, no creo que sea necesario que te preocupes por llevarle ropa limpia a la pequeñaja porque…

—Hughes, ¿puedes continuar?

—… porque ha llevado todas sus pertenencias a mi casa.

—¿Qué? ¿Esto es una broma? ¿Por qué Mischa haría algo así?

—No me jodas, Kai. No es tan difícil de entender. Madison ha vuelto. Esa mujer que todavía figura como tu esposa. ¿Pretendes que Mischa se quede viviendo aquí con vosotros dos? ¿En calidad de qué lo haría si tu abuela no está?

—No sé, tío, buscaría una solución. Pero no quiero ni pensar que no va a estar cuando llegue a casa. Que no la voy a volver a ver saltando en mi cama por las mañanas, o viendo pelis malas conmigo por las noches, o nadando juntos… Ella era la luz de este lugar.

—Kai, Mischa hizo lo correcto. Esta es la casa que compartes con Madison. Y, aunque sea una mierda y esa tía me caiga fatal, todavía estáis casados. Arregla lo que tengas que arreglar, decide lo que tengas que decidir, pero mantenla al margen.

Tenía razón. Y todos mis miedos, esos que siempre usaba para alejar a Mischa de mi caótica vida, ahora estaban frente a mí, levantados como muros infranqueables.

—Ey —me reclamó desde dentro, antes de que cerrara la puerta —. Ella estará bien. Todos la cuidaremos.

Asentí y caminé hacia la casa.

Al abrir la puerta, un escalofrío recorrió mi cuerpo. Miré a mi alrededor: aquel lugar que hasta hace apenas unos días estaba lleno de risas, de la voz dulce de mi abuela y de las carcajadas de Mischa, ahora se encontraba sumido en un silencio absoluto. Un vacío tan grande que era como si la casa hubiera perdido el alma.

Subí las escaleras despacio, cada paso era más pesado que el anterior. A medida que ascendía, un aroma comenzó a impregnar mis fosas nasales. No me era desconocido…, era el perfume de Madison, la mujer a la que un día había amado con locura. Otra vez su presencia lo invadía todo, reclamando cada rincón de mi vida.

Al llegar a la habitación de Mischa me detuve en seco. Una de las empleadas estaba allí, borrando cada rastro de ella. Los productos

de limpieza humedecían el aire, las sábanas estaban levantadas, los cojines fuera de lugar. Apreté los puños, sintiendo cómo la furia me recorría entero.

—¡Fuera de aquí! —troné.

La mujer dio un respingo.

—Perdón, señor, yo solo estaba alistando el cuarto, como me pidió la señora.

—No quiero que nadie vuelva a entrar en esta habitación. Nunca más. ¿Ha quedado claro?

—Sí, por supuesto. Entonces me retiraré y me pondré con la de su abuela…

—¡NO! Esa tampoco. —El grito me salió áspero, desgarrado—. Y ahora vete. Tu jornada ha terminado.

Me aparté para dejarla pasar. Creo que jamás me había visto de esa manera; pero solo de pensar que borrarían cualquier rastro de ellas dos, algo dentro de mí se rompía.

Entré en el cuarto de Mischa. Había llegado tarde. El lugar estaba ya casi despojado, como si nadie hubiera habitado allí en los últimos meses. Vacío. Carente de vida.

Me dejé caer en la cama y me froté el rostro con ambas manos.

¿En qué momento mi vida entera se había venido abajo?

—Cariño, escuché tus gritos mientras estaba en una llamada de trabajo. —Sentí cómo el colchón se hundía ligeramente con el peso de Madison—. Toma, te he preparado una copa, te vendrá bien. —Retiró mis manos de mi rostro, me puso el vaso entre ellas y comenzó a acariciarme la espalda.

Cerré los ojos y apreté con fuerza la bebida mientras sentía las caricias de la que una vez había sido mi mujer. Esa misma que un día se marchó y que ahora estaba ahí, a mi lado, como si nada hubiera pasado.

—Relájate, cielo. Estás muy tenso. Permíteme cuidarte —ronroneó, besando mi hombro.

Y ahí estallé. Igual que el vaso que se hizo añicos contra la pared. Me moví en la cama, dejando espacio entre nosotros, mientras ella daba un respingo por el susto.

—No me digas que me relaje. No me cuides. Y no tomes decisiones en esta casa como borrar el recuerdo de Mischa o de mi abuela, porque no tienes derecho a nada, Madison. Lo perdiste el día que saliste por esa puerta hace casi un año.

—Amor, creí que te estaba ayudando encargándome de reorganizar los cuartos. Sé lo duro que es lo de tu abuela, y no quería que fueras tú quien tuviera que lidiar con sus cosas. Y en cuanto a esta habitación… lo lógico era ordenarla y acomodarla tras la salida de esa niñita.

—No me llames amor, cielo o cariño. Me cabrea. Y deja de fingir que entre nosotros todo está bien, como si no hubieran pasado meses sin saber nada de ti, como si no te hubieras esfumado, como si no me hubieras puesto a tu maldito abogado de intermediario. ¡Joder! —Me levanté, llevándome las manos a la cabeza y revolviendo mis rizos.

»Te fuiste. Y te esperé. Y en ese proceso me rompí. Cuando decidí avanzar y seguir adelante, te pedí el divorcio y te negaste a firmarlo. Y ahora, aquí estás, plantada como si nada, irrumpiendo en mi vida y poniendo todo patas arriba.

—Kai —se puso frente a mí—, no tienes derecho a recriminarme nada. Tú me ocultaste durante años un secreto que yo merecía saber. Tenía que haber podido elegir, y no me diste esa opción. ¿Cómo pretendías que reaccionara cuando descubrí ese suceso horrible digno de una docuserie de gente trastornada? Me asusté, sí. Dudé de quién eras realmente; incluso me replanteé este matrimonio. Tomar distancia fue lo único que me pareció sensato.

—No me jodas. Esa decisión fue egoísta. Porque lo único que conseguiste al marcharte fue reabrir esa pesadilla, hacerme sentir defectuoso y roto.

—Kai, yo no pretendía lastimarte. He lidiado con esto como he podido.

—Quizá no lo pretendías, pero lo hiciste. Y dime, ¿qué ha cambiado en todo este tiempo? Mi pasado sigue ahí, lo que hice no desapareció, al igual que la sangre de mis padres que corre por mis venas.

—Lo que no cambió fue mi amor. Porque, a pesar de todo, no hubo ni un solo día en que dejara de amarte. Por eso he vuelto. Quiero que lo intentemos, que retomemos nuestra relación o empezarla de cero, no sé. Lo único que sé es que aquí es donde quiero estar.

—Guau —reí sin humor—. Escucharte decir esas palabras hace meses me hubiera hecho el hombre más feliz del mundo. ¿Pero sabes lo que pasa? Que hoy no siento nada, Madison. Cero. Vacío. Frío. Indiferencia. Porque el hombre que fui ya no existe, tú lo destruiste.

—Cielo… —Se acercó y colocó las manos en mi pecho. Con cuidado, las retiré—. Estás dolido, y ahora mismo sufres por lo de tu abuela. No piensas con claridad. Estoy segura de que recordarás lo que fuimos.

—Es cierto. Te amé con locura. Fue verte y me quedé prendado de ti; eras como una fantasía, mi fantasía. Te amé más que a mí mismo, más que a mi abuela, más que a todo el maldito mundo. Y cuando te fuiste, además del sufrimiento, también llegó algo más: me reencontré conmigo mismo. Vi más allá de ti y de lo que creía amor. Porque lo nuestro, al menos para mí, ya no era bueno.

»Necesito a alguien que me acompañe, que me valore, que esté a mi lado incluso con mis defectos. Que me ame con sinceridad. Que me demuestre, día a día, que yo también importo.

—Esto es por ella, ¿verdad? Por la mocosa que vivía aquí.

—No.

«Sí».

—Te conozco demasiado bien, Kai. Esa niñita es bastante más que la cuidadora de Ava. ¿Y sabes lo que pienso? Que inconscientemente la estás utilizando.

—Yo no estoy haciendo tal cosa.

—Permíteme explicarme. Has sido su protector y ella está impresionada contigo. Te gusta esa sensación de admiración, esa fascinación que tiene hacia ti, te hace sentir bien y te has aferrado a eso. Pero te estás engañando: eso no es amor. Con el tiempo te darás cuenta de que hay muchas cosas que ella no podrá darte, ni tú a ella.

—No hables de lo que no sabes.

—Sé que es joven, que tendrá amigos, que irá de fiesta, que se emborrachará y está bien, es lo normal, así debe ser. ¿Y qué harás tú cuando la prensa diga que la vieron ebria? ¿O cuando la fotografíen demasiado cerca de un compañero y lo pinten como infidelidad? ¿La aislarás del mundo? ¿La encerrarás en tu burbuja y la sacarás solo en eventos? ¿O la dejarás vivir y tú cargarás con el acoso? Kai, no hay futuro entre una jovencita que apenas tiene edad legal para beber y tú.

—¿Qué pretendes con todo esto? ¿Ahora vas a ser mi psicóloga?

—No. Soy tu esposa, la que todavía te ama y está intentando que no cometas un error monumental. Todavía hay esperanza para nosotros. Pero con ella no. Y si de verdad confías en esa relación, solo te haré un planteamiento: ¿le vas a contar lo de tu pasado? ¿O también se lo ocultarás como hiciste conmigo? No hace falta que me contestes, porque ya sé cuál es la respuesta. La dejarás seguir construyendo una imagen idealizada de ti, hasta que todo explote y se estrelle contra la realidad. ¿Qué piensas que hará entonces?

—No todos son como tú, Madison.

—No. Está claro. Pero quizá te enfrentes a algo peor: tu conciencia. Ella habrá perdido sus mejores años a tu lado viviendo una mentira. Y Kai, ocultar parte de lo que somos también es un engaño.

—Paso. No quiero escucharte más. Estoy demasiado cansado para toda esta mierda. Mi abuela es mi prioridad ahora. —Crucé por su lado, me dirigí a mi habitación y me encerré en el baño. Me desprendí de la ropa, abrí el grifo y permití que el agua helada me empapara. Apoyé las manos en la pared mientras la cascada me caía encima.

Madison no estaba pensando en mí, ni en Mischa, con sus palabras. Aunque no podía negar que, más de una vez o tal vez todas, esa maldita duda me había martillado la cabeza. Era cierto: yo no era la mejor opción para ella, quizá nunca lo sería.

Pero si algo había en todo aquello era que me había enamorado. Sin planearlo. Sin esperarlo. Y no sabía en qué momento pasó. Pero pasó.

Golpeé la pared con el puño. Una vez. Otra. Otra más. Las últimas sin fuerza. Y entonces lo sentí: una mano recorriéndome el pecho. El cuerpo desnudo de Madison se pegó a mi espalda y sus dedos descendieron por mi abdomen hasta el bajo vientre.

Le sujeté la muñeca, rompiendo el contacto. Sin soltarla, me giré y la arrastré contra la pared de enfrente. Mis ojos la perforaron, furioso.

—¿Qué pretendes? ¿Qué quieres de mí?

—Que me recuerdes. Que recuerdes lo que éramos y lo que todavía podemos ser. Porque ahora lo sé todo, y aun así te elijo, Kai. Ya no hay más secretos. —Se puso de puntillas y acercó su boca a la mía.

—Madison, un polvo no va a cambiar nada. Los sentimientos están o no están.

—Los sentimientos están. Solo que tú te has empeñado en esconderlos. Y yo estoy dispuesta a sacarlos a la luz otra vez. Cielo, te haré revivir lo que éramos —musitó, llevando su otra mano a mi entrepierna y deslizándola suavemente sobre mi semirrígida erección.

CAPÍTULO 22

MISCHA

Tres años antes…

—Estás comiendo muy poco y no te puedes permitir perder el peso que habías ganado. Estoy convencido de que, si yo no te obligo a almorzar o los Hughes a cenar, hasta olvidarías hacerlo —me recriminó Mitchell mientras presionaba el botón del ascensor del hospital. En el último mes había venido todos los días para llevarme a comer y ver a Ava, salvo cuando viajaba por los partidos amistosos.

—No te preocupes tanto, me estoy alimentando. Solo que con todo esto de Ava tengo el estómago cerrado… Pero te juro que también cojo cosas de las máquinas y de la cafetería.

—Comer porquerías no se puede considerar alimentarse bien. Así que, Mischa, tienes que hacer un esfuerzo. —Colocó la mano en mi espalda y me guio hacia el interior del ascensor cuando las puertas se abrieron.

—Gracias, Mitchell, por estar ahí, tanto para Kai como para mí.

—No hay nada que agradecer. Yo le prometí a Liv que cuidaría de ti y eso voy a hacer. Y en cuanto a Jones, quiero que sienta que no está solo. Los Rift somos una familia dentro y fuera del hielo. Además, es imposible no apreciar a Ava.

La verdad es que en eso tenía razón. Él, los padres de Caden, los amigos de Kai…, todos, incluso Jordan y Prescott, que habían volado dos veces hasta aquí y no dejaban de llamar cada día. No eran solo amigos, eran más que eso: una familia. Y, de alguna forma, me habían hecho sentir parte de ella.

Vivía con los Hughes, y tanto River como Caden —y sus padres— me habían acogido como si fuera una más. Y qué decir de Seany…, ese precioso niño me había robado el corazón: su sonrisa, su

ternura, sus abrazos que me derretían por dentro. Lo quería tanto que, a veces, pensaba que ni aunque River tuviera diez hijos más sería capaz de amar a otro igual. Cuando sus padres viajaban, se quedaba conmigo a dormir en vez de con los abuelos. Era nuestra «noche especial».

Otros días, Liam y Conor me invitaban a su casa. Yo aceptaba, no porque tuviera mucho ánimo para cenas, pelis o charlas, sino porque sabía que los Hughes también necesitaban su espacio. Entre el embarazo, el niño y ahora yo, casi no les quedaba tiempo para ellos dos.

Y Jordan, ella hablaba conmigo cada día en el chat que teníamos con River. La verdad es que no podía pedir mejores amigas. En ese aspecto sí que me sentía afortunada. Y más desde que Kai y yo…

—Mischa, ya hemos llegado —anunció, y me dio un leve empujoncito para que saliera—. Se te ve agotada, muchacha.

—Estoy bien, no te preocupes.

—Sí que me preocupo. —Me detuvo en el pasillo e insistió—: Está claro que todo esto te está superando.

—A ver, es normal. Ava cada día está peor. Mírala, se pasa las horas con los ojos cerrados, medio ida, apenas interactúa con nadie. Y los ataques son más frecuentes. Esto es el final, y duele. Mucho. Es como revivir lo de mi madre, ver cómo alguien a quien quieres se apaga y no puedes hacer nada, salvo esperar.

—Cielo, créeme que soy muy consciente de lo dura que es esta situación, pero no hablo de eso. Ese golpe será inevitable. Yo me refiero al otro asuntillo: tu relación con Kai.

—¿Mi relación con Kai? —repetí, sintiendo que me ardían las mejillas. ¿Cuánto sabía él? Aunque en realidad no había mucho que contar. Nuestro trato era casi inexistente. Apenas cruzábamos dos palabras, las justas.

Todo cambió desde el día que me fui de su casa. Esa noche llegó de madrugada oliendo a alcohol. En vez de tumbarse conmigo en la cama, tomó asiento en el sofá, se frotó la cara y se quedó con la cabeza apoyada hacia atrás. Ahí supe que algo no andaba bien.

Yo, ilusa, pensé que estaba molesto porque me había marchado sin avisar. Quise explicarle mis motivos, cortar ese frío glacial que se

había instalado entre nosotros, pero él evitaba mi mirada, mi roce, incluso las palabras cariñosas con las que siempre se dirigía a mí.

Cuando reuní el valor para comunicarle que lo más apropiado era quedarme en casa de River y Caden, su respuesta fue un «con ellos estarás muy bien». Así de seca. Dura. Helada. Y para rematar, me informó que a partir de entonces solo se quedaría él por las noches con Ava, que yo podía seguir visitándola todo lo que quisiera, pero que era innecesario que dos personas no descansaran bien. Excusas. Claramente, me estaba alejando. Y esa razón tenía nombre y unas piernas de infarto.

River también estaba convencida de que Madison tenía algo que ver en todo aquello. No pudimos comprobarlo, porque cada vez que Ava la veía se alteraba tanto que Kai le pidió que no volviera al hospital. Aun así, mi amiga sospechaba que Caden sabía más de lo que decía. Él aseguró que ya no estaban juntos, pero también insinuó que, mientras no hubiera un divorcio, seguirían ligados de alguna forma.

A mí todo eso me sonaba raro. Hughes se ponía demasiado nervioso cada vez que salía el tema, y su actitud no ayudaba a confiar en él.

Sin embargo, lo que más me preocupaba era Kai. Quería ayudarlo y no me lo permitía. Había levantado un muro tan alto que era imposible cruzarlo. A veces era más cercano con cualquier enfermera que conmigo. Parecía que entre nosotros nunca hubiera existido nada, que todo hubiera sido producto de mi imaginación. Y dolía. Dolía tanto que, cuando lo tenía cerca y actuaba como si no me conociera, sentía que me faltaba el aire.

—Mischa, hija, ¿qué piensas? Otra vez te has desconectado. Tu cuerpo está aquí, pero tu mente no sé a dónde vuela. Y no debe de ser un lugar agradable, porque siempre que te ocurre, tus ojos se ponen vidriosos —indicó, acariciándome la mejilla con suavidad—. ¿Qué sucede con ese muchacho? Os miro y no sois los mismos de antes. Siempre estabais juntos, riendo, tú lo mirabas con esos ojitos de enamorada del primer amor, y él… siempre pendiente, preocupado, defendiéndote. Hasta llegó a enfrentarse conmigo un par de veces. No sabía si era un suicida o si admirarlo por el valor

que tuvo. Pero una cosa me quedó clara: le importabas y quería protegerte. Eso me gustó.

—No, no. Entre nosotros no ha pasado nada, Mitchell. Él siempre fue sincero conmigo, jamás me confesó que sintiera algo por mí. Eso solo estaba en mi cabeza, ilusiones tontas, nada más. Y me vas a perdonar, pero esta conversación me resulta un tanto incómoda. No sé, no te veo como a River o Jordan…, más bien como una figura paternal.

—¡Ja! —soltó en una carcajada—. Me alegro de que no me veas como a ellas. Lo de la figura paternal suena bastante bien. —Me guio con la mano en el hombro por el pasillo.

Antes de abrir la puerta, me sujetó con firmeza para que lo mirara.

—Hija, pase lo que pase, yo siempre voy a estar aquí para ti. No dudes en acudir a mí si necesitas algo. Te aseguro que movería el mundo entero con tal de verte feliz.

Sus palabras fueron tan sinceras que me sonaron como si las hubiera dicho mi madre. Lo abracé por la cintura y apoyé la cabeza en su pecho. Él me correspondió besando mi frente.

Tras separarnos, tocamos a la puerta. Desde dentro se oyó la voz de Kai, y entramos. Para nuestra sorpresa, Ava estaba despierta. Él sostenía su mano y la cubría de pequeños besos. Aquella imagen fue un milagro: parecía imposible que la mujer que llevaba días sumida en un sueño profundo fuera ahora la misma que nos miraba. Corrí hacia la cama, sonriente, y besé su frente. Ella respondió con un sonido parecido a una risita. Miré a Kai, emocionada, sin embargo, él no se inmutó. Aun así, pude ver que lloraba en silencio. ¿Qué había pasado allí?

—Ava, te veo estupendamente —rompió el incómodo momento Mitchell.

—Davenport, si no fuera porque puedo tener la edad de tu madre, diría que estás ligando conmigo —bromeó ella, logrando que todos sonriéramos, excepto Kai.

—No me tientes, que mi matrimonio no pasa por su mejor momento y quizá ya es hora de buscarme una mujer que sepa lo que quiere —continuó el juego Mitchell, y ahí Kai se levantó, furioso.

—¿Creéis que esto es divertido? ¿Consideráis que este es un buen momento para bromear con estupideces? Porque a mí me parece de muy mal gusto. Estaré fuera. Cuando terminéis de fingir que todo está bien, avisadme, por favor.

Cerró la puerta de golpe tras salir. No pude evitar seguirlo. Un impulso mayor me empujó hasta él. Lo vi al fondo del pasillo, junto a una ventana. Caminé rápido y me coloqué a su lado.

—Kai, nadie se lo está tomando a broma. Todos somos conscientes de lo que sucede, pero creo que ellos solo intentaban aliviar la tensión.

—Mischa —dijo girándose hacia mí. Por primera vez en más de un mes me miró directamente a los ojos, y sentí que el corazón me latía tan fuerte que se me iba a salir del pecho—. Mi abuela se muere. No va a aguantar mucho más. Esta mañana hablé con los médicos sobre su aparente mejoría y me aseguraron que es clínicamente imposible, que las pruebas son muy malas. Algunos creen que estas mejorías llegan justo antes del final.

Una lágrima rodó por su mejilla. La sequé con mis dedos, porque sabía perfectamente de lo que hablaba.

Entonces vi cómo su mano buscaba la mía. Pensé que iba a apartarla, pero no. La cubrió con la suya y la besó.

—Ella también lo sabe —murmuró con la voz rota—. Ha estado hablándome… Se despidió, Mischa. Se despidió, pequeña.

Me rodeó la cintura y me abrazó con fuerza. Acabó derrumbándose en mis brazos.

—Kai… Puede que haya llegado el momento, pero aprovecha cada instante. No permitas que se vaya sin una sonrisa.

—Chicos —la voz de Mitchell carraspeó a nuestro lado—. Ava quiere hablar contigo, Mischa, a solas. Y me ha pedido que a ti, muchacho, te obligue a comer algo. Si no lo haces, se va a enfadar, no solo contigo, sino conmigo por no cumplir con su encargo. Y no pienso fallarle. Así que tú y yo nos vamos, y dejamos a las chicas solas.

Kai me volvió a mirar. Esta vez, como antes, sentí un aleteo en el estómago, sobre todo cuando su mano recorrió mi brazo hasta entrelazar mis dedos con un apretón leve.

Mitchell tiró de él y los vi desaparecer por el pasillo. Antes de girar hacia los ascensores, Kai volvió la cabeza y me miró una última vez.

Abrí la puerta del cuarto con cuidado. Los ojitos arrugados y dulces de Ava se posaron en mí, y con un leve gesto de su mano me señaló la cama. Me senté junto a ella, flexionando las piernas. Con suavidad aparté un mechón de su cabello rizado, pero ella atrapó mi mano, la llevó a sus labios y la besó con ternura antes de depositarla, unidas, sobre su corazón.

—Mi niña preciosa, tú has sido un regalo para nosotros. Casi un milagro. En poco tiempo vi cómo, solo con tu presencia, se iba deshaciendo el dolor que otros le habían causado a mi muchacho. Y no voy a mentirte, a ti no. En estos últimos meses he estado pletórica porque, por fin, veía que mi niño iba a ser feliz.

»Pero ahora, con la vuelta de Madison, temo que esa luz que lo inundaba se apague de nuevo. —Hizo una pausa, su mirada se volvió más sombría—. Él no la ama, de eso estoy segura. Pero ella conoce sus puntos débiles y sabe cómo usarlos.

»Hija, sé lo que sientes por mi nieto. Y también sé que él está librando una guerra entre su cabeza y su corazón. Tengo muy claro quién ganará, aunque a él le llevará más tiempo que a otros darse cuenta. Vive con miedo de hacer daño a las personas que quiere, y su forma de protegerlas es apartándolas. Siempre siente que no es lo bastante bueno para nadie.

—Pero eso no es así. Kai es especial, es la persona más generosa y cariñosa que he conocido.

—Lo sabemos tú, yo, sus amigos, todos menos él. Por eso, y porque sé cuánto lo amas, quiero pedirte dos cosas: que no te rindas y que no lo dejes caer.

—Ava, yo daría lo que fuera por estar siempre a su lado. Lo amo con locura, para mí es mi héroe. Aunque no lo conseguiré si él me aparta de su vida. Lo único que puedo prometerte es que, siempre que él me necesite, allí estaré.

—Es más que suficiente, mi niña. —Acarició mis dedos con ternura—. Y ahora hablemos de ti. No sé qué pasará a partir de ahora, y como no voy a estar aquí para verlo, quiero asegurarme de

que estés bien. Por eso te he dejado mis ahorros. Deseo que los uses para ti, para invertir en tu futuro.

—No, Ava, no puedo aceptarlo. Deben ser para Kai, no para mí.

—Cielo, mi nieto ya lo sabe y está de acuerdo. Ese dinero para él no supone nada, no lo necesita. En cambio, a ti te vendrá bien. Por favor, acéptalo. Es mi deseo.

—Ava, no me hagas esto…

—No puedes negarte, no sería justo dadas las circunstancias. Y ahora ven, túmbate al lado de esta vieja.

Obedecí con cuidado, rodeándola por la cintura. Ella jugó con mis rizos como si quisiera grabar ese instante en la eternidad.

—Te quiero, Ava —susurré entre sollozos.

—Y yo también, cariño.

Cuando abrí los ojos, Kai ya estaba en la habitación, sentado en una butaca, con la cabeza apoyada sobre la de su abuela y su brazo descansando por encima del mío. Nuestros ojos se encontraron y permanecimos así, en silencio, mientras Ava nos acariciaba el cabello. Era un momento único, verdadero, en el que las palabras sobraban.

Hasta que, de pronto, ya no hubo más caricias. Sus manos cayeron a plomo, y la máquina comenzó a pitar. Nos miramos antes de clavar la vista en ella. Se estaba yendo. Ese estridente sonido era la alarma del fin.

Los médicos irrumpieron en la habitación y nos apartaron. Afuera, Kai y yo nos abrazamos llorando, con el alma desgarrada. Y, de golpe, todo acabó cuando uno de los doctores salió e hizo un gesto de negación con la cabeza.

CAPÍTULO 23

KAI

Una y otra vez volvía a abrir sus vídeos. No solo los suyos: me había aprendido los nombres, las caras y los perfiles de toda la gente que rondaba a Mischa. Era patético. Los *stalkeaba* a todos, como si en algún momento tras tanto mirar fuera a encontrar una imperfección en ese mundo que a mí me resultaba tan ajeno. Ese universo de sonrisas perfectas, planes «supuestamente» improvisados y cámaras encendidas. Un escenario que, sinceramente, me repateaba.

Si había algo que odiaba del hockey era la exposición. Las fotos, las notas, los focos. Y ahora me estaba acechando por partida doble, porque Mischa brillaba justo ahí, donde yo me apagaba.

No iba a mentir: me daba miedo. Me aterraba ese mundo que la adoraba y la hacía feliz. Pero jamás se lo confesaría. No me atrevería a interferir en nada que a ella le hiciera sonreír. Era evidente que se sentía cómoda allí, con esa gente. Y cuanto más vídeos veía, más claro tenía que ella había pausado una vida por venir aquí. Por mí. Joder. Por mí.

Y yo, en vez de disfrutarla, me martirizaba. Me repetía que no tenía nada para darle. Que era un puto agujero negro tragándoselo todo. En ocasiones mi cabeza viajaba directa a la noche en la que murieron mis padres y pensaba que ojalá me hubiera ido con ellos. Esfumarse de la faz de la Tierra habría sido lo más sencillo. Lo mejor. Así no estaría colándome en la vida de mis amigos, ni en la de ella. Así no habría dolor.

Cada vez que ponía en bucle aquel vídeo en el que ella estaba con su ex, más consciente era de mis propias debilidades. Las etiquetas que yo le ponía al chaval eran solo excusas para mí. Sí, era guapo. Sí, tenía buen cuerpo. Sí, estaba más cerca de su edad. Pero sobre todo… él la hacía reír. Yo solo le regalaba ansiedad, silencios y

un corazón marchito. Ese tipo no funcionaba a medias. ¿Y yo qué era? Un tío con la cabeza rota, la polla defectuosa y un historial de joderlo todo.

Por eso estaba ahí, tirado en mi cama, con el móvil en la mano, esperando el FaceTime con Mischa. Y todo porque no me atrevía a tenerla al lado. No porque no la quisiera —joder, la quería más que a nada—, sino porque temía perder el control, que las cosas fueran demasiado lejos y ella descubriera la verdad sobre mi cuerpo.

Era triste, pero mi vida con Mischa se había reducido a eso: a verla a través de una pantalla, a rezar en silencio para que mi polla funcionara otra vez antes de que nos acostáramos juntos.

No iba a mentir: más de una vez pensé en fingir, en disimular. Aunque era inútil; mi cuerpo me traicionaba, entraba en modo pánico y me delataba. Y ahí estaba yo, un fraude, una decepción, se mirara por donde se mirara.

La pregunta que me rondaba cada noche era la misma: ¿hasta cuándo iba a poder sostener aquello? No tenía ni puta idea. Aunque sí era consciente de que, tarde o temprano, se iba a terminar. Que ella se cansaría. Que se iría. Y tendría motivos más que evidentes.

Mientras tanto, yo me aferraba. Me aferraba a ella, a esa luz que me calentaba el pecho y que, por unos minutos, me hacía creer que todavía había esperanza.

Volví a darle al vídeo. Risas. Juegos. Bailes. Abrazos. Y ese ligero beso con su ex que no podía quitarme de la cabeza.

Exasperado, lancé el móvil bien lejos. Chocó contra la puerta con un golpe seco. Inmediatamente, unos toques suaves y una vocecilla resonaron al otro lado.

—Kai. —Mischa abrió la puerta con la frente arrugada de preocupación. Primero me observó a mí, y cuando comprobó que seguía entero, soltó un suspiro. Joder, eso era lo que provocaba yo en la gente: preocupación. Después vio el móvil tirado en el suelo, lo recogió y lo giró en la mano.

«Genial, la cara del idiota en pantalla», gruñí por dentro al ver a su ex. Menos mal que ella todavía no se había fijado, porque tenía el teléfono al revés.

—¿Y esto?

—Se me cayó. —Sí, esas fueron las únicas palabras que se me ocurrieron. Muy original, ¿verdad?

—Ya veo. —Entornó los ojos hacia la pantalla y levantó una ceja —. Yo más bien diría que mandaste volar a Landon porque estabas celosillo.

—¿Yo? ¿Celoso? Para nada. —Chasqueé la lengua y arqueé las cejas, lo que provocó que ella me regalara una de esas sonrisas capaces de desarmar a cualquiera—. Porque no debería estarlo, ¿o sí?

Silencio. Y ese silencio me inquietó. ¿Por qué no respondía? ¿Seguía sintiendo algo por él? Estaba a un paso de autodestruirme cuando, de repente, emitió una carcajada. Me estaba vacilando.

—Vale, vale, lo siento. No te enfades ni frunzas el ceño. Es que estabas tan mono celoso que tenía que disfrutarlo un poquito. Siempre intentas controlarte, y es genial cuando te dejas llevar. Y no tienes por qué estarlo, Kai. Tú eres mi chico.

Lo dijo tan tranquila, como si no acabara de dinamitarme el pecho con esas dos palabras: *mi chico*.

Después se metió al vestidor, sin más. Ese cuarto que era suyo y que ahora compartíamos —ya que Conor se había instalado en el mío—. Como cada día uno de nosotros dormía en la casa grande, vivíamos en ese baile absurdo provocado por esos dos obstinados.

Aun así, no todo era tan malo. Me tocara donde me tocara, cuando me recostaba en cualquiera de las camas, siempre olía a ella…, a *mi chica*.

—Kai —me gritó desde dentro—, siento molestarte a estas horas, pero Elijah me ha mandado un correo hace un rato. Mañana tengo que salir antes, tenemos una reunión para la jornada con los patrocinadores en el Seattle Golf Club. Fotos, entrevistas, un poco de golf para aparentar…, ya sabes, ese circo.

—Mischa, si quieres duerme tú aquí esta noche, así tienes todo a mano.

—No, qué va, ya tengo lo que necesito. —Apareció de nuevo cargada de ropa, y con la camiseta que usaba para dormir subida hasta medio muslo. Tuve que tragar saliva antes de soltar, casi sin pensar:

—Ya que estás aquí… podríamos ver una peli. —Sabía que era un terreno seguro. Una película no nos llevaría a ningún lugar peligroso.

—Me encantaría, pero… —«No, un "pero" no, por favor», supliqué en silencio—, como te comenté, madrugo y debería acostarme. Quizá lo podemos posponer para mañana.

—Sí, quizá. —Dejé caer la cabeza contra el cabecero, sintiéndome decepcionado.

—A no ser…

Me incorporé como un *stick*.

—¿A no ser qué?

—A no ser que me hagas un hueco en la cama y durmamos juntos.

«Virgen Santa…». Una parte de mí gritaba: «No, Kai, no lo hagas. Sabes lo que pasa cuando está cerca: tu cerebro se apaga, tu cuerpo se calienta y acabas metido en un lío».

La otra voz respondía: «Es solo dormir, joder. Ella madruga, no va a pasar nada».

Y yo, en medio, como un imbécil debatiendo conmigo mismo.

—Lo siento, no quería ponerte en un aprieto. Mejor me voy. —Se giró hacia la puerta y, en ese instante, la decisión fue clara.

—Espera. Quédate aquí conmigo. —Le señalé la cama. «Allá vamos», pensé.

Lo depositó todo sobre el diván junto a la ventana y se tumbó, dándome la espalda.

«Perfecto. Todo bajo control. Nada que temer».

Me recosté a su lado y la abracé por detrás, pegándola contra mi pecho. Sentí su calor, su respiración agitada y ese aroma suyo que me enloquecía cada vez que me acercaba. Mi nariz se enterró en su cuello y aspiré hondo, quería poder retener cada molécula de ella.

—Mischa…, tenerte aquí y sentirte… es como volver a casa —confesé con la voz cargada de algo que no podía controlar—. Joder, no sabes lo mucho que me has hecho falta, pequeña.

Giró el rostro hacia mí y me regaló una de esas sonrisas que te hacen creer que todavía hay luz en el mundo.

—Kai, yo también te he extrañado tanto, que me dan ganas de encerrarnos aquí para siempre y pedirles a nuestros amigos que nos

dejen comida en la puerta —declaró, con un hilo de risa que me alcanzó como un disparo directo al corazón.

—Mmm, apoyo tu propuesta —respondí, rozando su nariz y mordisqueando suavemente su labio inferior. Un gemido suave escapó de ella, y mi cuerpo se endureció al instante.

Había sido un idiota al pensar que dormiríamos juntos y que podría mantener la cordura. Cada fibra de mí la deseaba, cada centímetro de su piel reclamaba atención, y mi cabeza solo encontraba excusas para ignorar el mundo exterior. La tenía ahí, conmigo, y quería devorarla.

—Kai, mi Kai —ronroneó, presionando su trasero contra mi entrepierna, reclamándome, luego retiró mis calzoncillos hacia abajo con una clara intención.

Respiré hondo, los dientes apretados, y recorrí su piel con la mano, sintiendo cómo cada reacción suya me quemaba por dentro. Cada gemido, cada temblor de su cuerpo eran un aviso de que no había vuelta atrás.

—Diooos…, te deseo tanto —susurró, separando un poco los muslos para dejarme espacio. Tomé eso como señal, aparté sus bragas y metí la punta de mi miembro entre sus nalgas, sintiendo su calor y suavidad. Me aferré a su pecho y atrapé su pezón entre el pulgar y el índice.

Su trasero estaba tan cerca que parte de mi polla desapareció casi entera entre sus nalgas. Maldita sea. Quería darle la vuelta, devorarla a besos, perderme en ella sin límite, pero no iba a poder.

Colé la mano bajo la tela de sus bragas y tracé círculos en su clítoris, sintiendo cómo se tensaba y se aferraba a mí. Su cuerpo gritaba lo que su voz no decía, y yo lo escuchaba todo, lo sentía todo. Egoístamente, apagué el interruptor de mi mente y me concentré únicamente en ella.

—Córrete, pequeña —gruñí cerca de su oído, embistiéndola con un par de dedos, sintiendo su respuesta temblar contra mi miembro —. Vamos…, te quiero.

Su orgasmo explotó en mi mano, y el sonido de su deseo atravesó la habitación. Entreabrió los labios, y tuve que cubrirlos con mi antebrazo para silenciarla. La provocación en sus ojos, la forma en

que se restregaba contra mí, era un fuego que no podía apagar. Sin previo aviso, se giró y se sentó a horcajadas sobre mí, desafiándome, reclamándome.

Tenía los ojos vidriosos, los labios rojos y la boca entreabierta, se movía sobre mí, rozando mi miembro con su sexo de manera provocativa. La deseaba con todas mis fuerzas, salvaje y urgente, aunque había algo más, un peso en el pecho que me paralizaba.

—Kai, tomo pastillas anticonceptivas, tranquilo —aclaró, guiando mi polla hacia su entrada. Solo esas palabras hicieron que mi cabeza explotara. Me faltó el aire, cerré los ojos un segundo y la sujeté por la cadera para calmarme.

—¡Kai, mírame! —Su voz sonaba lejana—. ¿Qué pasa?

Abrí los ojos y la vi: tan preciosa, tan intensa, y aun así con miedo en la mirada. Mi pecho se encogió.

—No, no puedo hacer esto —musité, apartándome un poco, apoyándome contra el cabecero. Observé que había apretado demasiado sus caderas y me dolió ver en su piel la marca de mi desesperación—. Perdóname, Mischa…

—No es nada. No te preocupes.

—No… Sí… —Tragando saliva, sentí el pánico instalado todavía en mí—. Vete, no te acerques. No soy bueno para ti.

Ella me observó fijamente, clavando sus ojos en los míos, atravesando mi coraza.

—Kai, sí que lo eres. Eres todo lo que quiero y necesito. No me vuelvas a alejar. Pase lo que pase, deseo estar a tu lado.

—Mischa, no puedo darte algo normal, ¿vale? Mi cuerpo, mi cabeza…, todo está jodido. ¿No lo ves?

—Yo lo que veo es a un hombre que está pasando por un mal momento, nada más. Y que cuando todo esto transcurra, volverá a ser el de antes.

—No me jodas, Mischa —escupí con amargura—. Ese hombre del que te enamoraste ya no existe. Se acabó.

—Pues yo creo que sigue ahí dentro, escondido, y que eres tú el que lo mantiene encerrado. Y te aviso, Kai Jones: pienso sacarlo, cueste lo que cueste.

—Mischa, no sé si eres más ilusa ahora con veintiún años que con dieciocho —le solté, casi sin aire—. ¿No ves nada de lo que pasa? Joder, ¡si es que ni siquiera puedo follar! ¿Qué esperas de mí?

—Uf, venga ya, Kai. Otra vez con tus ataques para empujarme lejos. No va a funcionar. No era idiota antes, cuando veía que algo te lastimaba. No lo soy ahora, que veo que en estos tres años pasó algo más. Que te refugiaste en la bebida y tocaste fondo. Y juro que nada me gustaría más que me contaras qué es eso que te está devorando, porque así podría ayudarte. Y tú te resistes, te castigas, prefieres enterrarlo. Vale, perfecto. No te voy a obligar. Pero que te quede claro: con o sin respuestas, yo no me voy a mover de aquí. Así que ve haciéndote a la idea.

Esa determinación me golpeaba tanto como me emocionaba. Que no se rindiera conmigo, que todavía quisiera luchar a mi lado. Aunque ¿hasta cuándo podría aguantar? Nadie aguantaría una vida entera en guerra.

—Kai. —Su tono se alzó de repente, sacándome de mis pensamientos—. Te voy a decir algo más: hace ya un tiempo que sé que tienes un bloqueo mental que te impide disfrutar de la intimidad. Y si estás pensando que Conor te delató, te diré que no; os escuché hablar de casualidad, cuando iba a grabar un vídeo para redes.

Sentí un puñetazo en el estómago. Intenté hablar, pero las palabras se me quedaron atascadas. El corazón me retumbaba en las sienes.

—Joder…, fantástico. Pues ya está, ya lo sabes. Esto es lo que soy ahora. ¿Contenta?

Y entonces me vino la imagen, como un *flash*. Sentí que algo se me rompía dentro.

—Espera, esa noche te encontré en el salón, intentando ocultar unas lágrimas mientras fingías ver una película. Así que todo era por mí, porque sentiste pena, ¿no?

—Dios, Kai, ¿es que vas a sacarlo todo de contexto? —bufó, negando con la cabeza—. Sí, lloraba por ti. Pero no por pena. Era por culpa. Porque estuve ausente. Porque no sé qué demonios te ha pasado en estos tres años, lo único que está claro es que no fue

nada bueno. Porque debí mantener el contacto o darte la oportunidad de hablar antes de irme.

Vi cómo las lágrimas le inundaban los ojos. Sin pensarlo, tiré de ella y la apreté contra mi pecho.

—¡Me cago en mi vida! —murmuré contra su pelo—. Lo que me faltaba es que tú pienses que tienes culpa de algo de lo que me pasa. Fui yo quien lo jodió todo… —Le besé la frente—. Lo siento, pequeña. No quiero lastimarte, pero parece que es lo único que sé hacer.

—Kai —susurró ella, aún temblando—. Yo ya dejé atrás todo lo que sucedió. He pasado página. No pienso cargar toda la vida con un peso que me ancla al dolor. Y tú, algún día, harás lo mismo. Y cuando eso suceda, seremos felices. Y no me digas que es un sueño demasiado optimista.

—Solo digo —me quedé en silencio un instante, tragando saliva— que ojalá se cumpla, pequeña.

Mischa empezó a acariciarme el pecho con las yemas de los dedos, como si quisiera relajarme. Y al principio lo consiguió, hasta que su aliento caliente se coló en mi piel y sus manos bajaron peligrosamente cerca del calzoncillo. Mi erección volvió a despertar con fuerza.

—Creo que es mejor que nos echemos a dormir, ¿te parece? —intenté salir del lío como pude.

—Espera… —Apoyó la barbilla en mi pecho para mirarme con esos ojos verdes que no perdonaban nada—. ¿Y qué haces cuando te pasa esto? —preguntó señalando descarada hacia mi entrepierna—. Me refiero… ¿alguna manera de, bueno, ya sabes?

—Virgen santa, ¿de verdad hace falta que te lo explique? —bufé, rodando los ojos. Ella asintió, muerta de risa—. Pues lo que hace todo el mundo cuando está solo, Mischa.

—¿Y hoy qué vas a hacer estando yo aquí?

«La hostia, esta tía me quiere matar».

—Dormir con la polla tiesa toda la noche. ¿He sido claro?

—¡Bah, menuda tontería! —Se incorporó, sentándose sobre los talones con esa carita traviesa que me volvía loco—. Puedes

masturbarte, ¿eh? Por mí no te cortes. Y si quieres, me doy la vuelta o me voy.

—No es necesario. Estoy perfecto.

—Perfecto, dice… Lo que estás es empalmado.

—Buena observación —gruñí, mordiéndome la lengua—, pero no me voy a tocar.

—Pues entonces lo haré yo. ¿Tienes algún problema con eso?

Me quedé en blanco.

—No, no tengo ningún problema. Ya sabes que lo que me bloquea es otro tipo de intimidad.

—Genial —sonrió con esa seguridad suya—. Pues empezaremos por aquí.

—¿Cómo que…? —No me dio tiempo a terminar. Me retiró un poco el calzoncillo con un movimiento lento y me acarició la dureza, subiendo despacio, tan despacio que me sacó un gruñido desde lo más hondo. La miré, estaba concentrada, disfrutando. Y joder, yo también. Me estaba gustando demasiado.

—¿Puedo chupártela?

Me quedé quieto, con la polla desbocada, notando cómo la sangre me martilleaba con fuerza.

—¿Qué?

—Quiero que te subas encima de mí, sobre mi cara —repitió, los ojos brillantes—. Que uses mi boca.

«Joder, ni en mis mejores fantasías», pensé.

—Mischa, no creo que sea buena idea, además, seguramente tampoco pueda, ya sabes…

—Kai, es solo mi boca. Nada más. Disfruta. Y si en algún momento te sientes incómodo, lo dejamos, ¿vale? Nos echaremos a dormir abrazados y será genial también.

Dios. No podía ser más bonita. Había que estar loco para no enamorarse de ella.

Mischa se quitó la camiseta sin apartar la mirada de mí y se quedó desnuda, todavía vibrante del orgasmo que acababa de tener. Yo la miraba con deseo y miedo. Quería devorarla, hundirme en ella, follarla sin parar, pero todo eso sonaba a utopía con mis puñeteras

circunstancias. Seguro que con el idiota de su ex tenía una vida sexual plena, no esta mierda que yo podía ofrecer.

Ella, viéndome dudar, se tumbó sobre la almohada con una sonrisa demasiado entusiasta que poco a poco se fue volviendo más oscura, más intensa. Yo me quité el calzoncillo y lo abandoné a un lado antes de ponerme encima de ella, una rodilla a cada lado de su cabeza. La tenía atrapada bajo mi cuerpo.

—¿Estás segura? —pregunté, la voz excitada.

—Muy segura. No hay nada que desee más.

Sacó la lengua y me la pasó por el glande.

—La hostia… —exhalé, apoyando las manos en el cabecero—. Me vas a hacer dependiente de ti.

Ella sonrió más aún.

—Mmmm, quiero ser tu adicción, Kai.

Llevó las manos a mis nalgas y tiró de mí hacia abajo, acercando mi miembro a su boca.

—Hazlo, Kai —suplicó.

Cerré los ojos, dejé caer la cabeza contra el cabecero y empecé a moverme como me había pedido. Escuché un leve jadeo; giré la cara y la vi tocándose en su centro, justo donde yo acababa de presionarla.

«Me cago en mi vida, no puede ser más endiabladamente *sexy*».

Más excitado que en mucho tiempo, me dejé llevar. Disfruté de ese momento, de la mujer que amaba y que, pese a mi resistencia, no me soltaba. Sí, joder. La amaba y la deseaba como un loco.

Ya fuera de control, seguí mirándola a esos preciosos ojos verdes mientras la embestía. La escuché gemir, su cuerpo temblaba…, otra vez. Y aquello fue el detonante: el mío empezó a responder, a convulsionar como hacía tiempo que no lo hacía. Sentí mi polla tensarse, la sangre caliente.

—Mischa, creo que me voy a correr —logré decir, intentando apartarme.

Ella me sujetó con fuerza por el trasero y me apretó en su boca. Y así, ya no pude más. Estaba perdido: por ella, por lo que me hacía sentir, por ese orgasmo. Todo estalló en mil colores, pero uno brilló por encima de todos: el verde de sus ojos.

Me dejé caer a su lado, la atraje hacia mí y la besé con los ojos húmedos. Ella me llenó de besos por la cara, contenta, hasta que se quedó apoyada en su brazo para mirarme.

—Kai, estoy muy orgullosa. Lo has hecho.

—Bueno, digamos que tuve una pequeña ayudita —bromeé, tocándole la nariz y robándole un beso—. Pero no nos emocionemos. El problema real está en otro lado, y me aterra el día en que lo intentemos de nuevo y descubras que sigue sin funcionar.

—Venga ya, Kai. No vamos a dar un paso atrás. Iremos poco a poco, las veces que haga falta. No nos vamos a rendir, ni en esto ni en nada. —Se inclinó y me acarició la mejilla—. Ahora quiero que me beses hasta que me duerma en tus brazos. ¿Podrás hacerlo?

—Ya lo creo, pequeña —aseguré antes de atrapar su labio con mis dientes.

Bzzz, bzzz. El teléfono comenzó a vibrar. Estiré la mano, lo tomé de la mesa donde Mischa lo había dejado y lo acerqué a nosotros. En la pantalla apareció un nombre: Dra. Spencer. Fue suficiente para que todo mi cuerpo se tensara y la breve calma que Mischa me había regalado se desvaneciera.

—Kai, ¿qué sucede? ¿Por qué no contestas? ¿Quién es ella? —señaló el móvil.

—Es la psiquiatra que ha estado tratando a Madison todos estos años. Que me llame no augura nada bueno.

CAPÍTULO 24

KAI

Tres años antes…

Solo veía al equipo de los Rift, la tumba. Luego a mis amigos, la tumba. A Madison, la tumba. Otra vez la tumba. Gente, más gente. La tumba. Hughes, la tumba. ¿Y ella? ¿Dónde estaba ella? La tumba. Allí, con River y Jordan. La tumba. La gente se movía, se acercaba. Demasiado ruido, demasiadas voces, no cesaban. Yo solo quería silencio. Quería quedarme allí con ella. Llorar. Gritar. Pero no podía: todos estaban alrededor, gente, más gente.

—Eh, vámonos. Estás muy pálido, tío —me susurró Hughes al oído—. Necesitas descansar. Vente con nosotros a casa.

—No, por favor. Quiero que todos se marchen. Sácalos de aquí. Necesito quedarme un poco más con ella, decirle adiós.

—Está bien. Pero no estaremos lejos, ¿vale? No vamos a dejarte solo. Tómate tu tiempo, al otro lado estarán tus amigos —aseguró.

Asentí y lo vi dirigirse al grupo. Con esa manera, directa y sin rodeos, logró disolver el corrillo y las voces en cuestión de minutos.

—Cariño, no creo que sea buena idea que permanezcas aquí. A Ava no le gustaría verte así. Solo te estás haciendo más daño —intentó convencerme Madison.

—Tú no tienes ni idea de lo que le gustaba a mi abuela. Nunca te has molestado en conocerla, siempre fue un estorbo para ti. Así que cierra la puñetera boca y vete.

Giró sobre sus talones, ofendida. No añadió nada más. Madison, en público, siempre mantenía las formas, jamás perdía la compostura. Y así se fue, con esa elegancia innata que tanto la caracterizaba.

Vi a Mischa caminar con Jordan y no sé qué pasó por mi cabeza, pero no pude evitar gritar su nombre. Ella y su amiga se giraron,

igual que Madison y algunos de mis amigos que todavía permanecían allí.

—Tú no. Quédate conmigo —solté, al fin.

La sorprendí. Miró a Jordan, y esta, con una leve sonrisa, asintió. Entonces se acercó a mí. Cuando estuvo a mi altura, entrelacé mi mano con la suya y permanecimos en silencio. Creo que ambos le hablábamos, los dos nos despedíamos. Estoy convencido de que vernos juntos era justo lo que ella quería.

—Gracias, pequeña. Necesitaba este momento con ella. Y que tú estuvieras a mi lado para decirle adiós. Sé que esto es lo que le hubiera gustado, te adoraba.

—Y yo a ella. Para mí, Ava fue refugio. Fue hogar. —Desvió la mirada, se mordió el labio, nerviosa. Y a continuación, con voz bajita, añadió—: ¿Me abrazas, Kai?

—Joder, nada me gustaría más.

Tiré de ella y la envolví entre mis brazos. Dios…, cada vez que la tenía cerca, un calorcito me encendía el pecho. Siempre había en ella un halo de esperanza, de luz. Y entonces comenzó a llover, a caer agua sobre nosotros. Pero eso no fue razón suficiente para soltarnos. Ninguno quería romper ese contacto. Porque hacerlo nos obligaría a volver a la realidad, a un mundo en el que había un muro entre los dos.

—¡Kai, cariño! Vámonos a casa.

La voz de Madison cayó como una losa sobre nosotros. Mischa se apartó de golpe, como si yo le quemara, con los ojos vidriosos.

—Lo siento. No debí pedirte esto. Vete con tu mujer, te está esperando. —Señaló la entrada, antes de girarse y huir a paso rápido por el cementerio.

La vi perderse sin rumbo, sin ser consciente de hacia dónde la llevaban sus pies. Miré a Madison y de mi boca salió:

—Adelántate tú. Tengo algo importante que hacer.

Eché a correr tras Mischa por ese lugar laberíntico, mirando de un lado a otro, hasta que la encontré.

—¡Pequeña, espera! —grité, sin embargo, ella no se detuvo. Caminaba aún más deprisa—. ¡Para, por favor!

Ni caso.

—¡Testaruda! —bramé, acelerando hasta alcanzarla.

La cogí por el brazo y la obligué a detenerse.

—¿Puedes parar un momento?

—¡No, no puedo y no quiero! —Su voz se quebró bajo mi agarre —. Esto me está destrozando, Kai. Un día te acercas, al otro te alejas. Un día escucho palabras bonitas, al siguiente solo silencio. Me abrazas, me besas y después me dices que está mal, que no puede ser. Lloras en mi hombro, pero vives con ella.

—Mischa, por favor…

—¡Mischa, nada! —vociferó entre sollozos—. Ya no hay más Mischa. Kai, no tienes que preocuparte por mí, y yo no deseo que lo hagas. Sigue con tu vida… que yo intentaré hacer lo mismo con la mía. Pero esto se acaba aquí. No puedo seguir fingiendo que no me afecta, que soy lo bastante madura como para entenderlo, ni que tengo la capacidad de ser tu amiga. Engaños. Más engaños. Porque la única verdad es que te amo. Y jamás podré verte de otra manera.

Comenzó a forcejear para liberarse, aunque la apreté contra mi cuerpo para inmovilizarla. Estaba enfadada, y al mismo tiempo más hermosa que nunca: el ceño fruncido, los labios apretados, esa mirada capaz de fulminarme mientras la lluvia la empapaba.

Y entonces lo supe. No quedaba un rincón para la duda ni un refugio para las excusas. Quererla era condenarla, arrastrarla conmigo al borde del precipicio. Sí, la heriría. Sí, la destrozaría. Porque jamás fui lo mejor para ella.

Pero, aun así, iba a hacerlo.

Porque la amaba. Y contra eso no había defensa posible.

—¡Detente un segundo y escúchame!

—¡No quiero oírte! —chilló entre lágrimas, forcejeando con desesperación—. Siempre es lo mismo, siempre las mismas palabras.

Intentó soltarse de nuevo, pero cuanto más lo hacía, más quedaba atrapada contra mi cuerpo.

—Pues vas a escucharme, quieras o no —advertí con voz ronca, sin apartar mis ojos de los suyos—. No pienso soltarte hasta que termine.

Su respiración estaba tan agitada como la mía, nuestros pechos subiendo y bajando al mismo ritmo frenético bajo el aguacero.

—La noche que mis padres murieron —comencé, sintiendo un nudo en la garganta—, no solo los perdí a ellos. También se llevaron una parte de mí. Destruyeron lo más bonito que puede tener un niño: su inocencia, su pureza. Y en su lugar quedó un vacío, un hueco oscuro y doloroso que ni mi abuela, con todo su amor, ni mis amigos y, obviamente, ni siquiera Madison pudieron llenar.

Tragué saliva, mis palabras salían entrecortadas, pero no podía detenerme.

—Hasta que llegaste tú. Con esa forma tan única de querer, empezaste a llenar cada rincón desierto de mi vida de luz. Y entonces me asusté. Porque eras tan inocente, tan llena de vida, tan especial… Me lo dabas todo sin pedir nada a cambio, y yo pensé que lo mejor era alejarte. Poner barreras para cuidarte y protegerte de mí.

Ella parpadeaba, las gotas de lluvia resbalaban por sus mejillas mezclándose con lágrimas.

—No quería lastimarte, Mischa. Porque siempre supe que yo no era bueno para ti. Y te juro que lo intenté todo para frenar lo que sentía. Lo intenté con todas mis fuerzas. Aunque no ha servido de nada, porque no puedo dejar de quererte.

Sus labios se entreabrieron, temblorosos.

—Cuando te tengo cerca, cuando te abrazo, cuando te beso y me miras con esos ojos como si yo fuera alguien bueno, por un instante me lo creo. Por un instante siento que puedo dejarlo todo atrás y ser mejor persona.

Una lágrima cálida se mezcló con el agua fría en mi rostro.

—Te amo, Mischa. Te amo, joder.

Ella me miró, con los ojos vidriosos, el pecho agitándose al compás del mío. Entonces sujetó mi rostro con ambas manos y me besó con desesperación, como si en ese instante nos jugáramos la vida entera.

Mis manos se enredaron en su cabello con una urgencia que no dejaba de crecer. La arrastré hasta un árbol y la aprisioné con mi cuerpo contra el tronco mientras nuestras bocas se fundían en un beso desesperado, de esos que queman.

Mis labios se movían sobre los suyos, la necesitaba para seguir respirando. Para mí, besarla era lo único que aún tenía sentido en el mundo. Ella respondió con la misma hambre: las manos aferradas a mi nuca, el cuerpo pegado al mío sin la menor duda, sin reservas.

Su lengua rozó la mía, tímida al principio, y luego segura, valiente, sabiendo exactamente lo que ansiaba. Mi piel ardía, mi mente se apagó y mi corazón…, joder, mi corazón latía queriendo estallar en mi pecho.

—Kai, no deberíamos… —murmuró con los labios pegados a los míos—. Es un cementerio.

—Lo sé —jadeé, rozando su boca—. ¿Quieres que me detenga?

—No lo hagas —susurró, y me atrapó en otro beso—. Nunca dejes de besarme.

Y ahí perdí la cabeza.

Esas palabras fueron gasolina directa a las llamas. Volví a hundirme en su piel, besándola, mordiéndola, bebiendo de esa boca dulce que me estaba volviendo loco. Su lengua atrapó la mía con ferocidad. Ya no era un beso: era una explosión salvaje, ardiente, capaz de arrasar con cualquier resistencia.

Mis manos bajaron a su cadera, acariciando hasta atraparla por el trasero. La levanté sin dejar de besarla y ella se aferró a mí en un gesto instintivo, enroscando sus piernas alrededor de mi cintura. La apreté más contra mí, aunque no bastaba. Nada bastaba.

Habíamos cruzado la línea. Íbamos directos hacia el abismo, pero ya no había retorno. Era una caída inevitable.

—¡Sinvergüenzas! —exclamó una voz algo lejana—. ¡Voy a llamar a la policía!

La deposité en el suelo y ambos miramos hacia atrás. El guardia de seguridad. Joder…, y con razón: se nos había ido la olla por completo.

—¡Corre! —grité al tiempo que enredaba su mano con la mía y tiraba de ella hacia una de las salidas laterales.

Eso hicimos. No tardamos en llegar al coche: abrí de golpe la puerta del copiloto y casi la metí dentro de un empujón. A continuación, me lancé al asiento del conductor, arranqué a toda prisa y salí por la parte trasera del cementerio. Tenía claro que en la

otra entrada estarían mis amigos, y posiblemente Madison, aunque no iba a permitir que nadie me detuviera en aquella locura.

—Joder, cómo la hemos liado, ¿estás bien? —La observé de reojo, todavía acelerado, y de repente comenzó a reírse. Dios, qué sonido más maravilloso. Se partía de la risa, y al final acabó contagiándome.

—Ay, me duele la tripa, Kai —soltó entre carcajadas—. Fue increíble. Me has dicho que me querías… ¡Que me quieres! ¿Te das cuenta? ¡Tú me quieres a mí! —Se inclinó hacia mí, estirándose en el asiento para alcanzar mi mejilla con un beso. Giré rápido la cabeza y sus labios terminaron rozando los míos. Soltó otra carcajada encantadora.

—Sí, Mischa, te amo. Dios, qué alivio es poder decirlo en voz alta. ¡Te amo! No, qué digo, te adoro.

—Espera. —Bajó la ventanilla y sacó medio cuerpo afuera antes de gritar—: ¡Que todo el mundo se entere, Kai Jones me ama a mí!

—¡Estás loca! —reí mientras intentaba hacerla volver a entrar—. Cierra eso antes de que nos persiga también un coche de policía. No tentemos más a la suerte, pequeña.

—Oye, Kai —dijo, y su tono se volvió más serio—. ¿Crees que tu abuela estaría molesta por lo que hicimos? No sé…, el día de su entierro y nosotros besándonos ahí.

—No, Mischa —negué con firmeza—. Mi abuela estaría feliz, de eso estoy convencido. Pero no quiero hablar de ella ahora, porque me pongo triste y siento un vacío en el pecho. Me gustaría olvidarme del mundo, del dolor, de las responsabilidades, solo tú y yo. ¿Qué dices? ¿Huimos juntos?

—Claro que sí. Eso ni se pregunta. Contigo iría hasta el fin del mundo.

—Te juro que, si no hiciera este tiempo de mierda y hubiera podido organizar algo, te llevaría a una montaña. Solo los dos, en una tienda, una cámper o una cabaña; me daría igual mientras no hubiera nadie cerca que pudiera estropear nuestro momento.

—Espera, tengo una idea. ¿Confías en mí? Yo me encargo de encontrar ese lugar.

—Siempre he confiado en ti. Así que dime hacia dónde tiro, porque cualquier sitio será perfecto si tú estás a mi lado.

—Primera parada: la casa de los Hughes. Necesito tomar prestadas unas cosas y, de paso, escribirles una nota para que sepan que estamos bien. Así me ahorro el interrogatorio de las chicas por teléfono.

—Me parece una buena estrategia. —Sonreí y le pasé mi móvil—. Tómalo y apágalo, guárdalo en la guantera. Hoy no estoy para el resto del mundo. Solo para ti.

***

—Pequeña, dime que esto no es una broma. Cuando te dije que cualquier lugar me parecía perfecto si estaba contigo… no era para que lo tomaras al pie de la letra. —Señalé a nuestro alrededor, estábamos en la casa adyacente a la iglesia que Liam y Conor rehabilitaban. El sitio parecía sacado de otra época: paredes blancas desconchadas, muebles inexistentes y un generador vacío en lo que fue la cocina. Era como un escenario barato de una de esas pelis de terror que tanto le gustaban a Mischa.

—Ven, Kai —me llamó desde uno de los cuartos, lo que en su día debió de ser…, no sé, sala de penitencias o de torturas porque el lugar era un espanto—. Aquí nos quedamos, hay chimenea.

—Guau, creo que voy a llorar de la emoción. Al fin algo rescatable en este sitio.

—No seas bobo, es genial. Confía en mí.

—Pequeña, mi idea de estar contigo incluía, yo qué sé…, un sofá, tal vez. Porque viendo el panorama casi prefiero quedarme en el coche. Lo de allanamiento de iglesias no sé si me motiva mucho.

—No estamos en la iglesia, Kai. Es la casita de al lado.

—Oh, vaya. —La atraje entre mis brazos y susurré en su oído—. Mucho mejor: no profanamos un lugar sagrado, solo nos colamos en la casa de un pastor.

—Ja, de un sacerdote —me corrigió, riendo al tiempo que pasaba sus manos por mi cuello y rozaba mi nariz con la suya—. Y tranquilo, está muerto, dudo que le importe.

—Esto mejora: no solo allanamos propiedad privada, sino que pertenecía a un pastor muerto.

—Sacerdote, Kai. Sacerdote.

—Da igual, nena. Entre lo del cementerio y esto, los que han cruzado al otro lado deben de estar encantados con nosotros.

Mischa soltó una carcajada, se puso de puntillas y rozó mis labios antes de darme un azote en el culo y apartarse.

—Guapo, esta noche lo descubriremos. Confía en mí, tengo un plan. Este sitio es ideal. Piensa: mañana los chicos tienen un amistoso de la pretemporada, y en dos días Liam y Conor viajan con Jordan y Prescott a Chicago por lo de la adopción. Los obreros no volverán hasta la próxima semana porque falta una licencia. Y las llaves, que antes estaban en casa de los Hughes, ahora las tengo yo. ¿No lo ves? Este lugar es todo nuestro. Es perfecto.

—No sé si «perfecto» es el término que utilizaría —negué agitando la cabeza. Con Mischa todo era impredecible: una locura, sí, pero también excitante, como volver a hacerlo todo por primera vez.

—Anda, ve a por leña —ordenó con una sonrisita—. Está detrás de la casa, trae bastante, quiero que la chimenea nos dure toda la noche. Mientras tanto, permíteme obrar mi magia. Te va a encantar.

—¿Seguro que quieres quedarte sola? ¿Y si aparece el pastor?

—Sacerdote, Kai. Madre mía —rio—. Y no, no me da miedo. Recuerda que amo las pelis de terror.

—Cómo olvidarlas, eran malísimas. ¿Cómo se llamaba aquella: *Las ovejas asesinas*? Dios, sigo traumatizado.

—Sí —soltó en una carcajada—, era horrible, pero divertida. Y ahora lárgate, que tengo trabajo.

Me empujó hasta la entrada, rozó mi mejilla con un beso suave y acto seguido me cerró la puerta en las narices, muerta de risa.

CAPÍTULO 25

KAI

Tres años antes…

La chimenea, tras innumerables intentos, por fin parecía que tiraba, aunque la sala seguía envuelta en humo. Me giré para mirarla. Allí estaba Mischa, tarareando bajito mientras terminaba de colocar las cosas. Entonces comprendí el misterio de aquellas bolsas que tanto se empeñó en cargar desde la casa de Caden y River: colchonetas, sacos, linternas, hasta un pequeño altavoz con sonidos de la naturaleza. No era la montaña, no sonaba un río cerca, no teníamos hoguera, pero sí la lluvia golpeando los cristales, una chimenea improvisada y un techo que alguna vez perteneció a un hombre de fe. Había puesto todo su empeño en recrear la escapada que me hubiera gustado hacer con ella. ¿Cómo no iba a estar perdidamente enamorado de esa muchachita que parecía capaz de inventar mundos enteros solo para mí?

—Creo que ahora está listo, ¿qué te parece? —preguntó, frotándose los brazos cuando un temblor la recorrió. Se acercó a cerrar la vieja ventana.

—Tenías razón, pequeña. —La atraje de un tirón, hundiéndola contra mi pecho—. Es perfecto.

La besé y noté su ropa húmeda pegada a la piel. Igual que la mía.

—Mischa, no puedes seguir así, te vas a enfermar.

—Tú tampoco, pero tranquilo, pensé en todo. —Se inclinó sobre una de las bolsas y sacó ropa seca—. Tengo para mí y también para ti.

—¿Y se puede saber de dónde sacaste la mía?

—Digamos que… la tomé prestada de la lavandería de los Hughes —murmuró, mordiéndose el labio—. Meterme en el vestidor de

Caden me parecía demasiado, así que tendrás que ponerte algo sin planchar.

Solté una carcajada. Solo ella podía robarle ropa a mi mejor amigo y hacerlo parecer adorable.

—Pequeña delincuente, pásame esos modelitos.

Me lanzó la bolsa y la coloqué a un lado. Cuando alcé la vista, se estaba desnudando. Mi respiración se agitó al instante. Una oleada de calor me recorrió entero mientras mis manos buscaban deshacerme de las prendas empapadas. Ella forcejeaba con sus pantalones pegados a la piel, evitando mirarme, insegura. Pero no por estar desnuda, sino por la eterna lucha con sus propios complejos.

Me descalcé de un tirón y me quedé en *boxers*. Crucé hacia ella y tomé su mentón con firmeza, obligándola a alzar la vista.

—Pequeña, conmigo no tienes que sentir vergüenza —susurré, deslizando mis manos hasta los botones de su camisa, abriéndolos despacio, uno a uno—. Eres preciosa.

La tela cayó por sus hombros hasta el suelo. Mi mirada recorrió cada línea de su cuerpo mientras mis dedos bajaron con lentitud entre sus pechos y por su abdomen, que se contraía tras cada caricia, hasta detenerse contra la tela ligera de su ropa interior. Mischa soltó un suspiro tembloroso.

—¿Tienes frío? —La envolví contra mí, buscando reconfortarla.

—No… —murmuró, apretándose a mí, con las uñas rozándome la espalda—. Es calor. Y nervios. No lo controlo.

—No quiero que estés nerviosa. No tiene que pasar nada. No te pedí que huyéramos juntos para acostarnos, Mischa. No tengo ninguna prisa. Con tenerte a mi lado, abrazarte, dormir contigo pegada a mi pecho y perderme en tus besos, me basta.

—Kai, pero yo sí quiero que suceda. Hace mucho tiempo que lo deseo. Solo… me asusta no estar a la altura.

Tomé su rostro entre mis manos, acariciando sus mejillas con mis pulgares.

—No hay metas que alcanzar. No hay expectativas que cumplir. Solo sentir, ¿vale?

Ella sonrió con ternura, los ojos brillantes.

—Entonces… serás el primero. Como siempre lo soñé.

Tragué saliva, sintiendo la presión crecer en mi pecho.

—Pues ahora soy yo el que está nervioso… porque, nena, voy a hacer todo lo posible para que tu primera vez sea lo más hermoso y placentero de tu vida. Porque para mí, Mischa, ya es un maldito sueño.

La agarré de la cintura y la llevé conmigo hasta la cama improvisada en el suelo, depositándola a horcajadas sobre mi regazo.

Recorrí con las manos toda su espalda, apretándola mientras ella rozaba sus labios contra mi boca y se frotaba sobre mi erección, lo cual me la endurecía dolorosamente.

Deslicé mi mano por el interior de sus braguitas, descendiendo con lentitud por sus nalgas, sintiendo cómo su respiración se entrecortaba en un suave jadeo.

Bajé mis labios por su cuello en un rastro pausado y suave, rozando su barbilla, hasta que mi boca encontró sus pequeños y firmes pezones.

—Kai —ronroneó, estremeciéndose bajo mis labios. Mi boca recorría la piel de sus senos, mi lengua dibujaba líneas húmedas sobre ella. Succioné un pequeño pezón y posteriormente cambié al otro, dejando un mordisco leve que le hizo arquear la espalda. Sus dedos se enredaron en mi cabello, tirando con fuerza.

—Me gusta… Esto que me haces es… —Volví a morder, esta vez con más intensidad—. Mmm, increíble… —balbuceó al mismo tiempo que sus manos me apretaban con desesperación.

«Me cago en mi vida», gruñí por dentro, porque aquello me estaba volviendo loco. Ella me estaba volviendo loco.

—Kai —jadeó otra vez, incapaz de abrir los ojos—. Quiero probarlo todo contigo.

«Virgen santa, o se calla o voy a tener que amordazarla», pensé mientras una punzada sacudía mi polla. No era consciente de lo que provocaban esas palabras en mi cuerpo. Intentaba contenerme, ir despacio, darle algo especial, único. Pero con cada gemido, con cada roce, la línea se volvía más delgada.

La rodeé por la cintura y giré, tumbándola debajo de mí, sobre el saco. Tenía que recuperar el control.

Me arrodillé entre sus piernas, incorporándome un poco. La luz de la chimenea iluminaba cada curva de su cuerpo desnudo. Estaba tan hermosa que dolía mirarla. Un maldito sueño hecho carne y hueso. Mi sueño.

Con suavidad, me deshice de su ropa interior. Levanté sus piernas hasta mis hombros y dejé su pequeña espalda descansando sobre mis muslos. Y, sin perder un segundo, hundí mi cara en ella, permitiendo que mi boca alcanzara su sexo. Cerré los ojos un instante, inhalando su aroma. Mierda. Decir que me estaba poniendo malo se quedaba corto.

—¡Oh, Dios! —gimió, apretando la tela del saco con las manos mientras empujaba hacia adelante con su pelvis, dándome más acceso.

Deslicé la lengua por su clítoris, sintiendo la textura suave y húmeda, dejando que su sabor envolviera mi boca. Cada movimiento era una explosión en su cuerpo. Repetí la acción una y otra vez, disfrutando del placer de sus jadeos, sintiéndome más y más satisfecho con cada segundo que pasaba.

—¡Ay, madre! Creo que me voy a morir aquí mismo —balbuceó con el cuerpo tensionado.

Así que, sintiendo que estaba tan cerca de alcanzar el clímax, con mi lengua la seguí embistiendo, más hambriento que nunca.

Volví a su centro, trazando círculos, succionando y mordisqueando, mientras mis dedos jugueteaban con su entrada.

Su cuerpo perdió el control y, en un soplo, sentí cómo se corría emitiendo un delicioso gemido.

Bajé sus piernas con cuidado y me recosté sobre ella para besarla. Mischa correspondió aún jadeante, con los labios entreabiertos y los ojos brillantes.

—Oh, Kai, ¿qué ha sido eso que hiciste? Fue… fue, *uf*, una locura —aseguró incorporándose, y a mí se me escapaba una sonrisa. Era tan bonita que me parecía una fantasía ver cómo cada pequeña cosa que descubría, que sentía, para ella era tan valiosa e importante—. Mira —señaló sus manos temblorosas—, así está todo mi cuerpo.

—Me alegra saber que lo disfrutaste. Podemos repetirlo cuantas veces quieras, yo siempre estaré dispuesto, pequeña. —Le guiñé un ojo cómplice.

—¿En serio? ¿Cuando yo quiera? —preguntó, poniéndose de rodillas frente a mí. Yo asentí divertido.

—Vale, genial. Pero… quizá más tarde. Ahora quiero seguir descubriendo cosas nuevas, como esas que vi en las pelis o leí en los libros. Ya sabes…

Me descojoné. Y juro que no mentiría si asegurara que aquel instante se estaba convirtiendo en uno de los mejores de mi vida.

—No sé, dime tú qué es eso que quieres probar, yo estoy abierto a todo.

Y me arrepentí de mis últimas palabras cuando me relató sus intenciones. Ahora sí estaba bien jodido.

—Vale, bien… Enséñame cómo se hace una… una mamada. —Bajó la voz en la última palabra y yo casi me atraganté con mi propia saliva. «¿Esas palabras han salido de su boca de verdad? Ay, por su cara parece que va muy en serio. Joder… con la pequeñaja y su aprendizaje».

—Mischa. —Levanté su mentón y lo acaricié suavemente—. No tenemos por qué hacer todo esta noche. Hay muchísimos más días. Podemos tomarnos esto con calma.

Vi cómo su mirada se ensombrecía y su rostro, radiante hasta el momento, se apagaba.

—Ya sé lo que pasa: no te fías de mí y tienes miedo de que te muerda ahí abajo.

La hostia. ¿Acababa de decir eso? La solté de golpe, estiré el brazo, alcancé la botella de agua, desenrosqué el tapón y le di un buen trago.

—Entiendo que tengas cierto recelo, pero podemos practicar antes con tus dedos. —Cogió mi mano e introdujo un par de ellos en su boca. El agua se me quedó atorada en la garganta y tuve que hacer un esfuerzo para tragar.

«No, no puede estar haciendo esto… Ah, sí, lo está haciendo. La madre que me parió, este es mi final».

La observé mientras los deslizaba sobre su cálida lengua, adelante y atrás, con los ojos clavados en los míos. Y, para añadir más fuego al asunto, una de sus pequeñas manos acabó sobre mi erección, envolviéndola a través de la tela. Tuve que cerrar los ojos, y un gruñido involuntario salió de mi garganta. Esa pequeñaja no tenía ni idea del error que acababa de cometer.

—Kai, dime qué más hago —balbuceó con los dedos obstruyéndole la boca.

«Mischa, la has jodido. Si quieres jugar más fuerte, hagámoslo».

—Mueve la lengua, acarícialos, recórrelos por toda su longitud, y préstale más atención a la yema. —Tuve que carraspear antes de continuar y tomar aire. Ella obedecía cada indicación mientras su mano masajeaba con cuidado mi polla.

—¿Así? —preguntó con las pupilas dilatadas, ahora succionando los dedos.

—Sí —logré decir, justo cuando la vi sacar mi miembro de los calzoncillos y envolverlo por completo—. Vale, definitivamente me has convencido. Dejemos los dedos y pasemos directamente a mi polla.

Mischa sonrió satisfecha al ver cómo me deshacía de la ropa interior y exponía toda mi longitud para ella.

Se acercó un poco más y su boca se pegó a la mía; lamió y mordisqueó mis labios. A continuación, bajó a mi cuello, jugueteando hasta que sentí cómo lo succionaba.

«Espera… ¿está haciendo lo que creo que está haciendo?».

Se detuvo, descendió un poco más, pasando al otro lado y… otra vez: me estaba haciendo un chupetón.

«Pero ¿qué coño?». La cogí por los hombros y la aparté un poco. Vi una sonrisa triunfal en su rostro. Por un momento pensé que lo había hecho de manera inocente, pero me quedó claro que no fue así.

—¿Se puede saber qué significa esto? —pregunté—. Me estás marcando, lo sabes, ¿no?

Se encogió de hombros sin dejar de acariciar mi pecho, y llevó su boca hasta un pezón, dándole un mordisquito.

«Joder…, pero ¿qué le han dado?». Levantó la vista y sonrió. Debería haberme molestado; con cualquier otra persona lo hubiera hecho, pero con ella hasta me había puesto más cachondo.

Y entonces dijo:

—Mío.

No me esperaba nada de aquello y, por cómo pintaba el asunto, Mischa y yo íbamos a entendernos muy bien en la cama. Joder, ya lo creía.

Continuó su descenso de besos por mis oblicuos, mientras sus manos exploraban mis muslos con insistencia. Se recolocó sobre sus rodillas, y un gemido abrupto salió de mi garganta cuando rodeó mi glande con sus labios. En ese instante, todo mi campo de visión y mi cordura se redujeron únicamente a ella y a la sensación de su boca sobre mí.

Me apretó la base de la polla y bajó la cabeza para introducir más centímetros de mí en su cálida humedad. Se deslizó más y más hacia abajo, abriendo mucho sus labios para cubrirla casi entera. Jadeé cuando comenzó a trazar círculos con la lengua, una y otra vez. Estaba completamente perdido. Demasiado excitado, y si seguíamos con el «aprendizaje», iba a aguantar una mierda. Eso me quedó clarísimo cuando succionó con las mejillas al bajar de nuevo por mi longitud.

—Para, para —supliqué, agitado, tirando de ella para incorporarla —. Te juro que lo estás haciendo de diez; aprendes demasiado rápido y mi cuerpo está al límite. Así que continuaremos con la práctica en otro momento, porque ahora lo que necesito, más que respirar, es estar dentro de ti, pequeña.

Ella me regaló una amplia sonrisa antes de lanzarse a besarme. Le correspondí mientras estiraba la mano para alcanzar los pantalones mojados que estaban cerca de la chimenea. Sin cortar el contacto, llegué a un trozo de tela, tiré de ella con rapidez y palpé el tejido buscando mi cartera.

La lengua de Mischa estaba enroscada en la mía y, si no la encontraba pronto, se me iba a ir la olla. No podía ser tan difícil: el

pantalón solo tenía dos malditos bolsillos… y mierda, allí no había nada. Corté el beso abruptamente y los revisé desesperado.

Ahí estaba: se había caído al suelo. La recogí a toda prisa, saqué el preservativo, lo llevé a la boca, rasgué el borde con los dientes y lo desplegué alrededor de mi erección.

Mischa me miraba tensa mientras se recostaba y yo me inclinaba sobre ella. Sus piernas estaban ligeramente separadas, invitándome sin palabras, y mi cuerpo reaccionó antes de que mi mente pudiera razonar. Pero frené, necesitaba escuchar su confirmación. Un solo atisbo de duda y me detendría.

Apoyé mis antebrazos a ambos lados de su cabeza y permití que mis dedos jugaran entre su cabello, deslizándose por su nuca. Incliné mi rostro y la besé lentamente, dejando que la presión de mis labios le hiciera estremecerse.

—Pequeña, quiero que lo pienses bien. No tenemos que hacer esto hoy, ni mañana. Será cuando tú estés lista. No hay prisa, ¿vale?

—Kai —dijo, con la voz firme pero dulce—. No tengo ninguna duda. Esto es lo que quiero. Te quiero a ti.

—Yo también te quiero y te deseo, pequeñaja. —Sonreí mientras bajaba un poco más la frente contra la suya—. Pero si en algún momento estás incómoda o sientes molestias, me lo tienes que decir, Mischa. Entonces paramos, sin preguntas.

Asintió, nerviosa. Se mordía el labio inferior y sus ojos brillaban con un atisbo de excitación y confianza que me volvía loco.

Acerqué la mano a su sexo y me perdí entre sus pliegues. Acaricié su clítoris mientras inclinaba la cadera hacia delante para situar la polla justo en su entrada.

—Relájate, pequeña. —Moví la pelvis y le metí la punta.

La saqué lo suficiente para empaparme con su humedad antes de empujar y ganar algún centímetro más.

—Hazlo, Kai…, de una vez. —Se removió, con un suspiro que delataba incomodidad y deseo.

—Joder —gruñí mientas me hundía más y más, intentando ir con mucho cuidado y manteniendo a raya mi desesperación al sentirla tan cerrada.

Mischa abrió los ojos, apretó los labios con fuerza y arqueó la cabeza hacia atrás, ofreciéndome su cuello en una mueca de dolor.

—Joder —gruñí, al sentir la rigidez de su cuerpo. Quería que esto fuera lo menos molesto posible, pero por más que intentara aligerar el momento, era inevitable—. Tranquila, preciosa. —Acaricié su mejilla, siguiendo la línea de su mandíbula—. Lo peor ya pasó; te prometo que esto mejorará

Ella volvió la vista hacia mí y me regaló una leve sonrisa.

—¿Te sientes mejor?

Meneó la cabeza antes de contestar:

—Depende… ¿sigo entera?

Se me escapó una carcajada.

—Creo que sí —respondí, sin moverme, dejando que su cuerpo se acomodara y aceptara mi polla.

—Entonces estoy bien —me sonrió de nuevo, y no podía ser más bonita.

—Te aseguro que, si hubiera alguna forma de evitar esta incomodidad, lo haría —dije—. Pero no hay otra manera posible. Lo que sí te puedo prometer es que este pequeño mal rato merecerá la pena.

Mis labios vagaron por su piel antes de fundirse con los suyos en un beso profundo, hambriento, antes de descender lentamente, besando su cuello, rozando sus hombros, deteniéndome un instante en sus pechos, dejando que mis labios y mi lengua marcaran cada centímetro. Volví a ascender, rozando su oreja con un suave mordisco, y con la voz baja y ronca le susurré: «Mía», exactamente como ella lo había hecho antes, sintiendo cómo cada uno de sus temblores me encendía aún más.

La saqué un poco y, acto seguido, me deslicé con una acometida profunda que la hizo gemir y contraerse al mismo tiempo.

Incliné la cabeza hacia adelante y le mordí un pezón. Siseó al notar la presión de mi boca sobre su pecho. Se estremeció y comencé a mover las caderas con más intensidad.

Jadeó más fuerte, se retorció y comenzó a corresponder a mis envites. La forma en que me envolvía la polla iba a provocarme la

mayor corrida de mi vida. Me eché atrás lo suficiente para ver cómo nuestros cuerpos se unían, y me deleité con esa imagen.

—¡Me muero! —gimió, enroscando sus piernas alrededor de mí y estirando los brazos para aferrarse con fuerza al saco, acercándose peligrosamente al clímax.

Deslicé una mano por su vientre, y con cuidado le acaricié el clítoris mientras levantaba un poco mi cadera para introducirme más en ella. Se corrió gritando, bramando mi nombre y me apretó tanto el miembro que apenas me podía mover.

Tan pronto como se recuperó un poco del orgasmo, la saqué y la giré boca abajo, para volver a embestirla desde atrás. Ella abrió los ojos de par en par y se aferró con fuerza al saco, arqueando la espalda bajo el impulso.

—Creo… creo que acabo de conocer el verdadero significado de morirse de placer, Kai —jadeó, abriendo la boca en un gemido ahogado cuando la saqué para volver a hundirme en ella con fuerza.

—Y apenas es el comienzo, pequeña. Tengo tantos planes para los dos que vas a suplicar que nunca acaben.

—Si siempre va a ser así, Kai Jones, firmo ahora mismo.

Aceleré mis movimientos, golpeando justo en el punto exacto que la hizo estrangular la almohada y retorcerse debajo de mí. Estaba de nuevo al borde; Mischa tenía una facilidad casi diabólica para alcanzar el orgasmo y me volvía loco. Me gustaba demasiado verla así, deshaciéndose conmigo.

Mis pelotas se tensaron justo cuando ella levantó un poco el trasero para recibirme más profundo.

—Kai… No puede ser… Otra vez, ¡ay, Dios!

Nos puse de lado, pegando su espalda a mi pecho, alzándole una pierna y pasándola por encima de mí. La abrí por completo para hundirme más profundo en ella, mientras mis dedos buscaban su clítoris y mis caderas embestían con un ritmo frenético. Quizá para una primera vez era demasiado, pero ninguno de los dos podía detenerse, era como si estuviéramos completamente poseídos. Apenas unos minutos después, su interior volvió a estrujarme con fuerza, arrancándome un gemido ronco. Giró el rostro y nuestros ojos se encontraron justo en el instante en que mi miembro se

hinchó dentro de ella. Fue entonces cuando mi pequeña pelirroja me arrastró consigo a un orgasmo descomunal que nos dejó temblando a ambos.

Me dejé caer de espaldas, con la respiración agitada. Me quité el preservativo justo cuando Mischa me dio un beso suave en los labios antes de ponerse de pie y caminar hacia el baño. Fue en ese instante cuando me golpeó de lleno la realidad: hoy había sido uno de los días más increíbles de mi vida o quizá el mejor. Y, al mismo tiempo, el más triste. Tenía a la persona que amaba a mi lado, pero había perdido a la que más me quiso, la que me lo dio todo, la que me salvó incluso de mí mismo cuando era un niño. Dios, cuánto iba a extrañarla. Y ahora era consciente de lo mucho que me haría falta. Me habría encantado que estuviera allí. No en ese momento exacto, pero sí en mi vida, para que viera que, por fin, Mischa y yo estábamos juntos.

—Kai, amor, ¿estás bien? —Sentí su pequeño cuerpo volver a acurrucarse contra mí. La rodeé con un brazo y la atraje hacia mi pecho.

—Sí. Mejor que nunca —afirmé, y evité hablarle de mi abuela; no quería entristecerla también—. Pero esa pregunta debería hacértela yo a ti. No sé si con la emoción me he dejado llevar demasiado, ¿cómo te sientes?

—Feliz. Y con ganas de repetir.

No pude evitar reír y besarle los labios.

—Lo haremos cuantas veces quieras, pero hoy no. Creo que ya fue suficiente para una primera vez.

—Kai, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Sí, claro. Dime.

—¿Te arrepientes? —curioseó bajito, mordiéndose el labio—. Es que todas las veces que nos hemos acercado un poco, después te entraba el pánico. Y tengo miedo de que lo de hoy solo haya pasado porque estabas más sensible por lo de Ava y te dejaras llevar sin pensarlo tanto…, ya sabes, sin darle esas mil vueltas que siempre le das. Y que en cualquier momento me digas esas horribles palabras de que ha sido un error.

—Nooo, para nada —negué enseguida, rozando su nariz con la mía—. Es verdad que lo de mi abuela me ha removido, y puede que siga un poco en *shock*, intentando asumir lo que significa su ausencia, pero eso no tiene nada que ver contigo. En el cementerio, cuando rompiste el contacto y saliste corriendo, mis pies simplemente te siguieron. Y cuando soltaste todo aquello que sonaba a despedida, lo vi claro: ya había perdido a una persona que amaba, y no pensaba perder a otra por seguir negando lo que siento.

»Quizá fue la primera vez que he sido egoísta en mi vida, Mischa. Porque me dejé llevar por lo que yo quería. Así que no, jamás podría arrepentirme. Has conseguido que el peor día se convirtiera también en el mejor, aunque suene irónico.

—Buf —resopló, aliviada—. Te juro que si llegas a soltar una de tus frases filosóficas de «esto no debería haber pasado», me destrozas. Porque, para mí, este ha sido el mejor momento de mi vida. Sentí que, por fin, había un «nosotros».

—Siempre hubo un nosotros, solo que yo tardé un poco más en darme cuenta. Aun así, me hubiera gustado hacer ciertas cosas de otro modo.

—¿Cómo qué? —Se incorporó de golpe, con los ojos muy abiertos.

Sonreí y la atraje de nuevo hacia mí, pegándola contra mi pecho.

—Por ejemplo, que la primera vez que te confesé que te amaba no fuera en un cementerio. O que tu primera vez no sucediera en una casa medio en ruinas, sobre un saco en el suelo. Tendría que haber cuidado esos detalles, porque tú te mereces más que esto.

—No, Kai —me interrumpió, acariciándome la mejilla—. No lo cambiaría por nada. Ha sido perfecto. Inolvidable.

—La perfecta eres tú, y estar contigo sí que es inolvidable.

—¿Lo dices en serio?

—Muy en serio. Has estado increíble, te lo juro.

—Tengo al mejor maestro. Definitivamente, creo que el sexo se va a convertir en mi asignatura favorita.

—¿Ah, sí? —Arqueé una ceja, divertido—. Vaya, no me digas que eres de esas alumnas que acaban superando al maestro.

—Ja —rio, besándome en los labios—. No, no pretendo superarlo. Mi objetivo es estar a su nivel.

—Oh, esa respuesta sí que es tranquilizadora —bromeé, rozando su nariz con la mía.

—Kai. —Se apoyó en un codo y me miró con esos ojitos llenos de picardía—. Tengo curiosidad. ¿Puedo hacerte otra pregunta?

—Creo que voy a decir que no…, me dan miedo tus preguntas.

—Esta es fácil. ¿Tu primera vez fue así de memorable?

—Vaya, parece que vamos a viajar en el tiempo. Pequeña, mejor olvídala.

—¿Por qué? ¿Cuándo fue? ¿Con quién?

—Jesús, ¿alguna pregunta más? No te cortes.

—Por ahora no. Pero si me acuerdo de algo, te lo haré saber —se burló, haciéndonos reír a los dos.

—Hablar de sexo con otras personas mientras estoy aquí, contigo, en la cama —bueno, en el saco— es rarísimo, de cojones, pero sé que no pararás hasta que te lo cuente. Así que te lo resumo: tenía dieciséis años, iba ebrio y terminé con una chica dos cursos mayor. Fue en su coche… básicamente meterla y correrme. Así de triste. Nunca volvió a hablarme, y casi mejor, porque si lo hubiera hecho, seguramente habría sido motivo de burla.

—Qué dulce.

—¿Dulce? Joder, Mischa, me hablas como si fuera un cachorrillo. Lo empeoras, nena.

—No tienes de qué avergonzarte, guapo. Ahora tienes bastante más resistencia, diría que demasiada. Por un momento, con lo menuda que soy, pensé que me ibas a partir en dos.

—Pero no lo hice. Aquí estás.

—Sí, aquí estoy —ronroneó, cerrando los ojitos mientras su boca rozaba la mía—. Aquí estamos, Kai. Juntos.

CAPÍTULO 26

MISCHA

Tres años antes…

Abrí el chat con River y Jordan: doscientas veinte notificaciones. Definitivamente, iba a pasar de leerlas. Me fijé en las últimas; básicamente, estaban comentando mi huida con Kai y bromeando. Entre los mensajes, apareció el nombre de Madison. Deslicé rápido la pantalla; solo leerlo me erizaba la piel. ¿Por qué me afectaba tanto si ahora Kai estaba conmigo? Porque sí…, estábamos juntos, ¿no? Ay, Dios…, ese tema todavía no lo habíamos tocado.

De repente, la realidad me llegó de golpe: él seguía casado. Y yo… yo vendría siendo la amante. Entonces, ¿tendríamos que escondernos? Quizá sí. Posiblemente era lo mejor… ¿o no? Después de todo, ella se había marchado. Lo había abandonado.

—Mischa, ¿sucede algo? —La voz de Kai me sacó de mis cavilaciones justo cuando se metía en el coche.

—No, nada… Todo bien, más que bien. Estaba mirando el chat con las chicas. Ahora mismo les escribo para que se queden tranquilas.

Yo

Chicas, no he podido leer todo el manuscrito que escribisteis en el chat, pero como imagino que Kai y yo éramos el tema principal, os lo resumo: estamos bien. No voy a negar que hay momentos en los que Ava me viene a la cabeza y se me parte el corazón, y sé que a Kai le pasa igual, aunque no lo diga. Y además… también tengo que contaros que al fin pasó.

Vi a Jordan conectada; fue la primera en escribir.

Jordan

¿Te lo has tirado?

Yo
Eso también, pero lo importante es que reconoció al fin que me quiere. Creo que vamos a estar juntos.
Jordan
¡Dios, qué fuerte! Nuestra pequeñaja ya no es virgen, ja, ja, ja, ja.
Sentí cómo los colores me subían al rostro de golpe al recordar ese momento. Desde que conocí a Kai siempre supe que quería que fuera él. Intenté, en algunos instantes, fingir seguridad, aparentar que no era una cría y que podía comportarme como cualquier otra chica con la que él había estado, pero en cuanto llegó el momento y sentí esa sacudida eléctrica entre las piernas, pensé que no iba a ser capaz de seguir.
Y entonces él hizo lo que siempre supo hacer: me calmó, me guio, me cuidó. Todo mejoró, y de qué manera. El placer eclipsó cualquier molestia, y aunque quizás no sería «la mejor vez» de mi vida, se convirtió en algo inolvidable, especial, porque él hizo que así fuera. Cada gesto, cada mirada, cada caricia… todo fue mágico.

Y, aunque todavía sentía un poco de incomodidad, moría de ganas de repetirlo otra vez.

Me fijé de nuevo en el chat: River estaba en línea, aunque no decía nada. Esa ausencia empezaba a inquietarme.
Yo
La virginidad está sobrevalorada, ja, ja, ja.
Jordan
Muy cierto. River, tía, sabemos que estás ahí. ¿No vas a manifestarte?
River
Sí… No… No sé qué decir de la emoción, solo que estoy llorando. Malditas hormonas. ¿Por qué me pasa esto? Es horrible.
Jordan
Se llama embarazo. Y te recuerdo que no eres novata en esto. Quizá para una tercera vez te lo piensas mejor, porque solo de verte a mí ya se me quitan las ganas de pasar por eso algún día.
River
Jordan, no lo estás mejorando. Cuando me pasa esto necesito que me digan cosas bonitas y me acaricien.

Yo

Como lo hizo Novák, ja, ja, ja.

Jordan

Me parto, ese momento fue épico. Pobre chaval.

No pude evitar sonreír al recordar la escena de la que todo el mundo hablaba. Durante una de sus sesiones de fisioterapia, River estaba tratando la lesión de Juraj cuando, de repente, ella empezó a llorar sin poder detenerse. Y no hablamos de cualquiera: Novák tenía fama de ser distante y borde. Sus compañeros lo describían como un idiota integral que necesitaba madurar, aunque ni River ni yo compartíamos esa impresión.

El caso es que ella acabó moqueando en su camiseta técnica de los Rift, y el muchacho, en vez de apartarse, se dedicó a consolarla y a darle pastelitos para que se calmara. Cuando Hughes los vio, pensó que él era el causante de sus lágrimas y casi le parte la cara. El delantero, furioso, los acusó de estar completamente locos.

Reí de nuevo, y al volver a mirar la pantalla había mensajes nuevos.

River

Os estáis pasando las dos. Además, ¿por qué el tema se ha desviado hacia mí?

Jordan

Tienes razón. Centrémonos en lo importante: Mischa y su primera vez. ¿Cómo fue? ¿Se portó bien nuestro Kai?

Yo

Sí, bien, muy bien… No, genial. Qué digo, ha sido la leche. Aunque, bueno, no tengo con qué comparar, pero estoy convencida de que no hay nadie que pueda superarlo.

Jordan

Pues parece que se le da bien la cosa. Aunque también podemos pedirle la opinión a River…, ella sí que tiene con qué comparar. Bueno, claro, que teniendo en cuenta con lo que carga su chico entre las piernas, casi mejor no hacerlo.

River

Eres una idiota, ja, ja, ja. Y no, no puedo dar mi opinión porque yo no llegué a eso con él, listilla.

Jordan
Bueno, pero más o menos… Por lo que cataste, sabrás cómo se maneja el muchacho.
River
¿Tú te crees que es normal esta conversación? Tía, es que no puedo contigo, ja, ja, ja.
Jordan
Normal, lo que se dice normal, no es. Pero, chicas, un poco os lo merecíais: me habéis acribillado con lo de Conor, Liam y Nate, así que ahora os tocaba a vosotras.
River
Muy cierto, es justo.
Jordan
El caso, pequeñaja, es que nunca hay que creerse que en el sexo lo que tenemos es lo mejor, porque siempre hay alguien que hace algo que lo supera.

Se hizo silencio. Tanto River como yo nos quedamos sin palabras ante semejante comentario. Creo que las dos pensamos lo mismo, aunque fue ella la que se animó a decirlo primero.

River
¿Nos estamos perdiendo algo? ¿Pasa algo con Nathan?
Jordan
No, chicas, estáis locas. Minnesota es el mejor, único, inigualable, ja, ja, ja.
Yo
Bah, venga ya.
River
¿Seguro? Entonces, ¿por qué has dicho eso?
Jordan
No he sido yo, es una frase de Liam.

Si había salido de la boca de Liam, solo había una respuesta posible.

River
Amén.
Yo
Amén.

*Chicas, sabéis que me encanta hablar con vosotras, pero ahora tengo que ocuparme de asuntos más importantes***.**

Jordan

¿Asuntos más importantes… o un morenazo de ojos negros?

Yo

Ja, ja, ja, entre otras cosas. No, en serio, necesito el móvil porque vamos a buscar un sitio donde quedarnos y, si puede ser, que no sea un hotel.

River

Por cierto, ¿dónde pasasteis la noche?

Yo:

Mejor no preguntes…

Jordan

Mischa, se me acaba de ocurrir: podéis veniros a mi casa. En dos días volvemos a Chicago y va a estar vacía. Ahí tendréis toda la intimidad del mundo. Usadla sin miedo.

La idea no era mala, nada mala. Esa mañana, cuando nos levantamos, descubrimos que la magia de la acampada se había esfumado: la casa estaba en unas condiciones… digamos mejorables. Solo había agua fría —dato importante— y, para rematar, no teníamos preservativos. Así que, después de unos cuantos arrumacos, decidimos enfrentarnos al mundo exterior y buscar un sitio que al menos tuviera una cama decente.

La propuesta de Jordan sonaba perfecta: Kai y yo tendríamos nuestro propio espacio, sin que fuera la impersonal habitación de un hotel.

Yo

Gracias, chicas. Se lo comentaré a Kai; estoy segura de que le encantará la idea tanto como a mí. Os quiero.

Ah, y me olvidaba de un pequeño detalle: River, tuve que tomar prestada ropa de Hughes para Kai.

¡Chaooo!

Corté muerta de la risa.

—¿Qué es eso tan gracioso de lo que estabais hablando? Espero que no fuera sobre mí —indagó Kai con una sonrisa traviesa.

Me sonrojé al instante. Si él supiera…

—Para nada, Jones, no eres el ombligo del mundo —chasqueé la lengua—, solo el mío.

—Ah, bueno, con eso me conformo —rio, tirando suavemente de mi mejilla—. Pero no te creo. Primero, porque conozco a esas dos, y segundo, porque tienes cara de estar ocultándome algo.

—Pues te equivocas —respondí, fingiendo dignidad—. Hablábamos de nuestro próximo destino. Ya sé dónde vamos a quedarnos.

—Ay, no. Lo siento, nena, pero mi espalda no aguanta otra noche en el suelo de una casa espeluznante.

—Ja, Kai, si te encantó. No lo niegues.

—Me encantas tú, no ocupar casas de pastores fantasmas —bromeó, riéndose.

—Kai, por favor, ¡sacerdote! —solté en una carcajada—. Esta vez no nos colaremos a escondidas.

—Uf, menos mal, así me quedo mucho más tranquilo. Si tiene un sofá, ya es para celebrarlo. Y con agua caliente, ni te cuento: eso sí que es un lujo.

—Pues prepárate para flipar, señor exigente: tiene sofá, ducha caliente y más. Es la casa de Jordan. Se van en dos días y nos la deja. Dime que no es el plan perfecto, Kai Jones.

—Cualquier plan contigo lo es.

Plin, plin. El sonido del móvil me hizo mirar de reojo. Un mensaje. En la pantalla, la primera frase: soy Madison. Me aparté de Kai de un salto y desbloqueé el teléfono.

—Es ella, Kai. Madison.

—¿Qué? ¿Por qué te escribiría a ti?

No respondí. Abrí directamente el mensaje:

Hola, soy Madison. He intentado comunicarme con MI MARIDO en numerosas ocasiones, pero tiene el teléfono apagado. El caso es que no lo estoy buscando a él, sino a ti. Le pregunté a una de las empleadas si conocía tu número y me lo facilitó, porque esto es una emergencia. Tengo en mi casa a un borracho que dice ser tu padre y está soltando una sarta de cosas que me están asustando. No puedo

llamar a la policía porque amenaza con montar un escándalo, y lo último que necesita Kai en estos momentos es verse envuelto en algo así. Por eso, si te importa, ven a sacar a este hombre de mi casa, porque mi paciencia está llegando a su límite.

—Mierda… Vamos, Kai. Mi padrastro está ahí. Dios, ¿ahora qué querrá? Ya no puede llevarme con él, soy mayor de edad.

—Tranquila. —Me sujetó de la nuca y me besó suavemente en los labios—. Yo me encargo. No tengas miedo. Ese hombre no volverá a acercarse.

—No tengo miedo por mí, sino por ti. No quiero que mis problemas te salpiquen.

—Nena, tus problemas son también los míos. Siempre lo han sido desde que entraste en mi casa, y ahora, con más razón, porque eres mi chica. Sea lo que sea, lo afrontaremos juntos.

Encendió el coche y colocó su mano sobre la mía, que descansaba en mi muslo. Ese contacto me reconfortó, me dio calor y una falsa sensación de calma. Pero, en el fondo, algo se removía en mí, un presentimiento oscuro, una certeza casi visceral de que aquello no iba a acabar bien.

***

Mis pulsaciones se aceleraban a medida que nos acercábamos a la casa. Algo dentro de mí me gritaba que diéramos media vuelta; una punzada amarga en el estómago me advertía de que debía obedecer a ese instinto. Miré a Kai. Él iba concentrado en la carretera, aunque también noté cierta tensión en sus hombros. Incluso reducía la velocidad, como si quisiera retrasar lo inevitable.

Al llegar a la verja se inclinó para marcar el código. En ese momento me desabroché el cinturón, solté también el suyo y me subí a horcajadas sobre él.

—Eh, pequeña…, ¿qué pasa? —preguntó suave, enfocando toda su atención en mí.

—Solo abrázame, Kai. —Me hundí contra su cuello, donde aún se notaba la marca que le había dejado la noche anterior. En otro momento me habría hecho sonreír, pero ahora solo me provocaba un nudo en el pecho—. Muy fuerte, por favor. Que no pueda pensar.

Él me rodeó con los brazos y me apretó con todo. Por unos segundos permanecimos así, pegados, mientras mis lágrimas mojaban su piel. Yo solo quería quedarme ahí para siempre.

—Ey, ¿estás llorando? —Me enjugó las lágrimas con las yemas de los dedos—. Dime qué te sucede.

—Tengo miedo, Kai. Siento que esto es un sueño que va a romperse en cualquier momento. Que todo se convertirá en una maldita calabaza. Pienso en lo que dijiste, en los obstáculos, y me asusta que un día te canses, que decidas que no vale la pena luchar tanto para estar conmigo.

Él soltó una risa breve, incrédula.

—Punto número uno: tú no eres Cenicienta. Punto número dos: lo nuestro no es ninguna calabaza. Y punto número tres: sé que no va a ser fácil, aunque podría vivir en guerra con el mundo entero mientras tú estés conmigo. Lo que no puedo hacer, Mischa, es renunciar a ti. Me costó aceptarlo, sí, pero ahora que lo hice…, cariño, no voy a retroceder. Te amo.

Un sollozo se me escapó convertido en risa nerviosa.

—Yo también te amo, Kai. Y siempre lo voy a hacer.

—¿Siempre? —repitió arqueando una ceja—. Eso es mucho tiempo.

—Siempre —susurré antes de besarlo despacio, saboreando la palabra.

—Siempre, Mischa —murmuró él, enredando los dedos en mi pelo y tirando suavemente para profundizar el beso. Su boca era fuego contra la mía, hambrienta, desesperada, queriendo grabar con ella su amor en mi piel. Gemí entre sus labios y el calor nos recorrió a ambos.

De pronto, se detuvo con la frente pegada a la mía, respirando agitado.

—Espera, tenemos que parar. Se me está complicando la situación aquí abajo, y no pienso enfrentarme a tu padrastro con una erección.

Solté una carcajada nerviosa.

—Vale, tienes razón. —Le di un beso rápido en la mejilla.

Él se golpeó la cara con la palma, fingiendo fastidio.

—Eso no vale. Repite, pero aquí. —Giró la cabeza y yo choqué de lleno con su boca, riéndome contra sus labios.

Me deslicé de su regazo de nuevo al asiento. Nos miramos una última vez, como buscando valor, y entonces Kai arrancó el coche y cruzamos el cierre.

No había detenido el vehículo cuando la imagen de mi padrastro, sentado en el porche con una botella en la mano, se me clavó en la retina. En cuanto Kai frenó, abrí la puerta de golpe y caminé hacia él, hacia ese hombre que había convertido diecisiete años de mi vida en una tortura: golpes, miedo, miseria, hambre…, todo por su maldito alcoholismo.

Con rabia, le arranqué la botella, la lancé al suelo y lo miré de frente. Sus ojos vidriosos intentaron enfocarme, se puso en pie tambaleándose y terminó cayendo de nuevo.

—No sé qué pretendes viniendo aquí, pero no vas a lograr nada de lo que buscas —arrojé con rabia—. Soy mayor de edad, tus amenazas ya no funcionan, no puedes llevarme contigo.

—Vaya, mírala —se rio con desprecio, intentando mantenerse en pie—. Se cree que, porque ahora se codea con esta gente, ya es una de ellos. No seas ridícula, Mischa. No he venido por ti. No me importas, nunca me importaste. Tuve que aguantarte porque venías en el paquete con Olivia, nada más. Siempre has sido un estorbo, un recordatorio de ese hombre.

—¡Basta! —Kai se adelantó, me rodeó la cintura con su brazo y su voz fue una advertencia—. No voy a consentir que vengas a mi casa a insultarla. Aquí no eres bienvenido. Y si insistes, tus nuevos vecinos serán los de una celda.

—Así que era eso… —se carcajeó, torpe—. Veo que Davenport te ha usado como regalito para uno de sus jugadores. Dime, muchacho, ¿cómo las prefieres? ¿Tiernas, menores, dóciles y …?

No llegó a terminar la frase. Kai le estampó un puñetazo que lo lanzó contra las escaleras y, sin pensarlo, comenzó a golpearlo una y otra vez. Yo me quedé paralizada, incapaz de reaccionar. Sus palabras seguían retumbando en mi cabeza, tan viles, tan venenosas… Y un pensamiento siniestro cruzó mi mente: ¿y si otros

también llegaban a pensar lo mismo de Kai? ¿Y si, por estar conmigo, iba a cargar con comentarios tan injustos, tan crueles?

Sacudí la cabeza y corrí hacia ellos.

—¡Kai, para! —Le sujeté el rostro con las manos, obligándolo a mirarme—. No te metas en un problema por esta persona que no vale nada.

Él se quedó jadeando, la mirada oscura. Mi padrastro, tirado con el labio partido, sonreía de forma ruin.

—Sinceramente. —Tosió y escupió sangre—. Hoy he venido a reclamar más dinero. Como ya te dije cuando fuiste a mi casa y me agrediste, lo que me dio Davenport por ella no es suficiente. Mi silencio vale más. Pero lo que no esperaba era encontrarla aquí contigo. ¿Y esa mujer? —preguntó señalando a Madison con una mueca asquerosa—. ¿También forma parte de la diversión con mi muchacha?

Kai iba a golpearlo de nuevo, pero Madison lo sujetó a tiempo. Yo, en cambio, no sabía ni cómo me mantenía en pie. Kai había estado antes con él, cuando fue a recoger mis cosas, y me había mentido diciendo que no lo había visto. Y ahora… ¿por qué Mitchell le había pagado?

—Te has equivocado de lugar si pensabas que aquí ibas a sacar dinero. —Kai mantuvo firme su postura—. Davenport nunca debió ofrecerte nada; cualquier juez te habría quitado la custodia de Mischa en un segundo.

Me quedé helada. ¿Custodia?

—Está claro por qué no la solicitó —rio mi padrastro, escupiendo otra vez—. Los trámites llevan tiempo, y con dinero todo se acelera. La primera entrega fue por permitir que se la llevara. La segunda, y las que vengan, son por guardar el secreto de quién es en realidad su padre. —Con esfuerzo se irguió—. Davenport. Ese hombre intachable. El que dejó embarazada a la criada y la abandonó a su suerte con un bebé.

Mi corazón se desbocó.

—¡Para! —Corrí hacia Kai, que lo arrastraba ya hacia la entrada—. ¿Qué es eso de que Mitchell es mi padre?

Mi padrastro sonrió, como si aquel detalle le diera todavía más fuerza para llevar a cabo sus planes.

—Así que ella no sabe nada —dedujo, y soltó una carcajada cruel —. Muchacha, sí. Davenport es tu padre biológico. El que abandonó a tu madre y nunca miró atrás.

Me faltó el aire. El corazón se me detuvo un segundo y, de pronto, todo se volvió negro. Retrocedí tambaleándome, hasta que mi espalda chocó contra el coche. Me apoyé en él, llevándome la mano al pecho e intentando recordar cómo se respiraba.

Mientras tanto, Kai lo echaba a empujones fuera de la casa. Madison lo alcanzó y se interpuso, su voz alzada resonaba en fragmentos que apenas podía descifrar:

—¿La metiste en nuestra casa cuando todavía era menor? ¿Y encima te enredaste con ella? ¡Has perdido la cabeza, Kai! Tú no eres así. Mira en lo que te estás convirtiendo.

—Déjame en paz. No te metas en lo que no sabes —le respondió él con la mandíbula apretada.

Intentó acercarse a mí, pero Madison lo detuvo.

—Toda una vida repudiando la conducta de tus padres, odiando lo que fueron y lo que te hicieron ser… para terminar siendo tan repugnante como ellos. Dime, Kai, ¿qué será lo siguiente?

Su rostro se descompuso al instante: la piel se le puso pálida, los ojos se le oscurecieron y cerró con fuerza los párpados mientras sus puños se tensaban. La mandíbula le temblaba, dura como piedra. Esas palabras lo habían destrozado.

Permaneció así unos segundos, prisionero de ese dolor. Y, cuando por fin abrió los ojos, no comentó nada. Ni la miró. La esquivó. Y siguió caminando, directo hacia mí, como si yo fuera lo único que lo mantenía en pie, su único foco en medio del desastre.

—Pequeña. —Kai me tomó el rostro entre sus manos—. Mírame, por favor.

Lo ignoré, con la vista clavada a un lado.

—Cielo, no le hagas caso a tu padrastro —insistió—, no sabe ni lo que dice.

Me solté de su contacto echando la cara hacia atrás. Lo miré, como él quería, pero con toda la rabia que hervía dentro de mí.

—Has estado con él antes y no es la primera vez que escuchas lo de Mitchell. ¿Por qué me lo ocultaste? ¡¿Por qué, Kai?!

—Porque él es así, Mischa —intervino Madison antes de que pudiera contestar—. Cuando no sabe cómo afrontar algo, lo esconde hasta que explota de la peor forma posible.

—¡Que te largues, joder! —vociferó Kai, girándose hacia ella—. Esto no va contigo, no te metas donde nadie te ha llamado.

—Pero sí que va conmigo —ataqué, desafiante—, y te lo has callado.

Kai apretó los dientes, luego volvió a mirarme.

—Vale, Mischa. No te dije que lo había visto porque no quería preocuparte con sus putas amenazas. Y en cuanto a lo de Davenport…, lo enfrenté. Me contó toda la historia y, no, no es tu padre.

—¿Y no pensaste que yo tenía derecho a saberlo? ¡Es mi vida, Kai!

Bajó un poco la voz, como si intentara calmarme.

—Lo sé, pequeña. Créeme que cuando lo descubrí no supe qué hacer. Tu madre no quería que te enteraras, Davenport pretendía cumplir su deseo y yo no tenía ni idea de cómo manejarlo. En ese momento aún tenías tus pesadillas, estabas intentando adaptarte. Pensé esperar… Iba a contártelo después de las vacaciones, pero pasó lo de mi abuela y todo se torció.

Madison bufó con ironía.

—Bravo, Kai. Siempre tienes una excusa. Nunca lo haces con mala intención, ¿verdad? Sin embargo, al final terminas destrozando a todos los que te rodean: primero Hughes, después yo y ahora ella.

—Ya basta, Madison —rugió él, con el ceño fruncido—. Sé que estás cabreada conmigo, pero no metas más leña al fuego. ¿No ves que lo está pasando mal?

Ella dio un paso hacia mí, su mirada fría clavada en la mía.

—Escúchame, niña. El hombre del que te enamoraste no existe. No conoces al verdadero Kai Jones. ¿Alguna vez te habló de Jake Blackwell? —Esbozó una sonrisa fingida—. Quizá, si de verdad quieres algo con él, deberías empezar por preguntarle quién demonios es.

—¡Cállate, joder! —estalló Kai—. ¿Qué coño buscas, Madison? ¿Qué pretendes? ¡Dímelo!

Dios mío, todo mi cuerpo temblaba. No sabía dónde estaba parada, quién era Kai, quién era yo, qué era verdad en mi vida y qué me habían estado ocultando. Mi madre, sí, ella también. Todos.

Comencé a caminar tambaleándome, medio mareada. Kai enseguida se dio cuenta y me alcanzó.

—Ey, Mischa, cariño. —Me sostuvo por la espalda, preocupado—. No estás bien. Vamos a salir de aquí, ¿vale? Tranquilízate y después hablamos los dos, a solas. —Le lanzó una mirada helada a Madison.

Me guio hacia el coche. Su mano firme me hacía sentir un poco más segura, aunque mis piernas seguían temblando. Abrí la puerta con torpeza, deseando que alguien borrara aquel día de mi vida, que todo volviera a ser como unas horas antes.

Y justo cuando ya estaba a punto de subir, explotó la bomba.

—¿De verdad, Kai? —nos detuvo Madison de nuevo. Lo agarró del brazo, obligándolo a girarse—. ¿Así quieres terminarlo todo? ¿Tirar a la basura lo nuestro por un puñetero calentón con una adolescente? Adelante. Pero no te equivoques: no te lo voy a poner fácil. Vas a pagar un precio muy alto.

—Me importa una mierda el dinero. Quédate con todo, Madison. Es tuyo. ¿Contenta?

—No hablo de lo material. Hablo del bebé que llevo dentro. El hijo que, si me abandonas, me encargaré de que no llegues a ver jamás. Y teniendo en cuenta tus últimas «actuaciones cuestionables», ¿piensas que un juez estaría de tu parte?

—¿Qué coño estás diciendo? ¡Eso es imposible, no puedes estar embarazada!

—Los resultados dicen lo contrario. ¿Quieres verlos, amor?

—¡Mientes! —negó Kai con desesperación—. Tú te cuidabas; nunca estuvo en nuestros planes ser padres.

—Dejé de hacerlo el día que decidí apostar por ti. Por nosotros.

—¡Me cago en la puta! —Kai se llevó las manos a la cabeza, desesperado—. ¿Y no crees que me lo deberías haber consultado? ¡No podías decidirlo sola, joder! No tenías derecho.

—Ay, por favor. —Madison bufó con ironía—. Pudiste haber frenado cuando quisieras, Kai. Y no lo hiciste. Sabías, igual que yo, que no estábamos usando nada.

—Yo confié en ti. ¡Ni siquiera quería tener sexo! —La miró con odio—. Tú insististe, tú me comiste la puta cabeza…

—Escúchame bien —lo cortó ella, firme, disfrutando de cada palabra—. Excúsate todo lo que quieras, si eso te hace sentir mejor. Aunque nada cambia el hecho de que estoy esperando un hijo tuyo. Así que ahora ya lo sabes: o ella… —me señaló con un gesto cruel— o tu familia.

Aquello tenía que ser una broma. Tenía que serlo, porque Kai no haría algo así, ¿verdad? Me quería a mí, me lo había dicho, no podía ser todo mentira… o quizá sí, todo él era un engaño.

Sus ojos se clavaron en los míos, y por un instante vi sus intenciones de acercarse. Rápidamente me subí al coche y cerré las puertas. Apreté los ojos, intentando contener el ataque de pánico, controlando mi respiración. Su voz se filtraba por el cristal:

—Mischa, abre, por favor, hablemos. Te lo contaré todo. Pequeña, la he cagado, vale, lo sé. Solo pasó una vez, te lo juro… Fue el día que te fuiste. Llegué a casa y vi que ni tú ni mi abuela ibais a estar allí, me rompí. Después hablé con ella y entendí que lo mejor era alejarme de ti. No veía nada claro, y quizá quise olvidarte con ella, ahogar lo que sentía. Lo siento, Mischa. Me arrepentí al instante, pero ya estaba hecho. No pude mirarte cuando regresé al hospital; cada intento de acercarme a ti me destrozaba por dentro.

Lo miré a los ojos, vidriosos, cargados de dolor y desesperación, y por un instante quise creerle. Pero ya era tarde. Su amor llegó cuando ya no quedaba esperanza para un nosotros, y lo nuestro apenas coincidió en unas pocas horas, intensas y únicas, tan hermosas como fugaces, que se esfumaron para siempre.

Me cambié al asiento del conductor, me abroché el cinturón y agarré el volante con fuerza.

—Mischa, ¿qué haces? No sabes conducir bien. Bájate, por favor. Te llevaré a donde quieras, y si no deseas verme, me iré. Pero no hagas una locura, vas a tener un accidente.

—¡Apártate! —grité, y él no se movió. Encendí el motor de todos modos. Bajé un poco la ventanilla y volví a insistir—. Kai, retírate a un lado, no soporto ni un minuto más estar aquí, tenerte delante, es que no puedo.

—Déjala, la estás poniendo más nerviosa. Este no es su lugar, Kai; este es el de nuestra familia —dictó Madison, tirando de él.

Aproveché el impulso y pisé el acelerador. En mi cabeza, una voz repetía una y otra vez: «nuestra familia», «familia». Miré por el retrovisor y lo vi correr tras de mí. Se dejó caer de rodillas, soltando un grito desgarrador que perforó mi alma.

Y en ese instante comprendí algo que me dolió hasta los huesos: nunca más volvería a ser la misma. Nunca nadie podría ocupar el lugar que él había dejado en mí. Nunca nadie me haría sentir como él me hacía sentir. Y aunque todavía lo amara, aunque mi corazón gritara su nombre, también supe que una parte de mí se había ido para siempre con él, con ese grito y con ese dolor.

CAPÍTULO 27

KAI

Mischa me tomó el rostro con ambas manos y lo acarició con suavidad mientras yo respiraba hondo, intentando calmar el temblor del cuerpo.

—Kai, no tienes por qué hacerlo. No le debes nada a esa mujer. Si está ingresada es porque está enferma o porque jugó al límite para conseguir lo que quería. En cualquier caso, la decisión siempre fue suya.

Era muy consciente de que Mischa tenía razón. Yo no había metido la droga en el cuerpo de Madison. Y, aun así, cuando la doctora Spencer me llamó, sentí un pinchazo de culpabilidad en el pecho. Hasta ese momento no le había contado casi nada de lo que fueron esos tres años de mi vida, pero por alguna razón, sentí la necesidad de tocar el tema de que Madison era adicta a ciertas sustancias. El motivo que la llevó a ese mundo me lo guardé; otro secreto más que, dadas las circunstancias, ya no podría sostener por mucho tiempo.

Le confesé también que el día que abandoné la casa ella intentó chantajearme con el tema de las drogas para que no me fuera. Mischa me escuchó en silencio, sin interrumpirme, y después me abrazó. Encontró las palabras justas para consolarme, y eso me hizo bien. Me hacía bien ella.

—Si decides ir, yo te acompañaré. No estás solo; afrontaremos todo lo que venga juntos.

Y posteriormente añadió algo que yo mismo le había dicho tiempo atrás:

—Tus problemas son mis problemas desde el momento en que te metiste en mi corazón.

Ahí comprendí lo real y grande que era el amor de Mischa hacia mí. Nunca se rindió, ni en el pasado ni ahora. Luchaba con todas sus fuerzas por quienes quería —como había hecho con su madre— y ahora conmigo. Y, además, hizo algo que yo no merecía: me perdonó. Abandonó el rencor, dejó atrás el dolor que yo le pude causar y eligió amarme. Joder, eso no lo hacía cualquiera. Lo que Mischa me daba era tan grande que, solo por eso, debía intentar salir del agujero en el que estaba. Porque, si fuera por mí, ya me habría rendido. Solo quería que todo se parara, desaparecer.

La miré. Esos preciosos ojos verdes me hipnotizaban. Con los pulgares acaricié sus mejillas, enredé los dedos en sus rizos y la besé despacio, antes de apretarla contra mi pecho y perderme en su abrazo.

—Mischa, debo hacerlo. Tengo que enfrentarla y dejarle claro que, si esto lo ha hecho con alguna segunda intención, le salió mal. No voy a cambiar de decisión. Y, pase lo que pase, esta será la última vez que me llamen y acuda a su lado.

—Si es lo que necesitas —se apartó un poco, sin soltarme—, aquí estaré esperándote cuando salgas.

—Te quiero, pequeña. Gracias por estar conmigo.

—Siempre. ¿Te acuerdas?

—Siempre —repetí, dándole un leve beso en la frente antes de cruzar las puertas automáticas del hospital. Me giré para mirarla una última vez y, con una ligera sonrisa, asintió como dándome fuerza.

Esperé en recepción, con las manos entrelazadas, hasta que me autorizaron el paso. Un enfermero apareció y me condujo por un pasillo interminable, lleno de puertas blancas que se abrían solo con una tarjeta. Cada clic me hacía sentir que cruzaba a otro mundo. Era la primera vez que accedía a esa zona: otras veces, Madison entraba por su propio pie y era la doctora Spencer quien nos recibía en su despacho. Esta vez no. Esta vez yo estaba entrando en la parte oculta del infierno de las adicciones, esa que conocí como acompañante y en la que estuve a punto de convertirme en paciente. El pensamiento me erizó la piel tanto como la luz fría y excesiva que lo bañaba todo.

—Está aquí, puede pasar. La doctora Spencer vendrá en un momento —anunció el enfermero.

Asentí y di un paso dentro. La habitación parecía encogerse a medida que me acercaba a Madison. Ella estaba allí, con los ojos cerrados y un gesto sereno que rara vez le vi. Su rostro, sin embargo, estaba apagado; los brazos, demasiado delgados. Sentí que el corazón se me hacía pequeño. Por mucho que me repitiera —y me repitieran— que nada de eso era culpa mía, en el fondo era muy consciente de que sí.

—Kai, amor, ¿has venido? Sabía que no me ibas a abandonar.

Pum. Sus palabras fueron un puñetazo directo al estómago.

—¿Por qué has hecho esto? —pregunté con dureza—. ¿Querías demostrarme que ibas a cumplir tu amenaza?

—No, lo hice porque, si tú no estás a mi lado, no tengo ningún motivo para pelear.

—Joder —gruñí, me aparté de la cama y me revolví el pelo—. Estás mintiendo. Me estás manipulando. Hasta ahora nunca habías llegado tan lejos, y eso solo demuestra que lo has hecho de forma deliberada.

—¿Piensas que es la primera vez que acabo en un hospital?

Dejé caer los brazos, atónito.

—Que tú no lo hayas visto no significa que no haya pasado. Cuando no estás, me cuesta demasiado resistir las ganas de consumir.

—Madison, no me lo puedo creer. He pasado tres años, tres putos años, luchando a tu lado mientras tú seguías colocándote a escondidas. Jamás estuvo en tus planes dejarlo, ¿no?

—Ahora sí, Kai. Te juro que me he asustado de verdad. Llegué en un estado crítico y estoy aquí gracias a la empleada. ¿Te das cuenta de lo que habría pasado si ella no me hubiera encontrado? Me habrían hallado muerta. Sola. En nuestra casa.

—No. Ya sé por dónde vas. Estás intentando hacerme responsable por haberme ido. Y basta. Porque este machaque diario, este recordarme mis peores pesadillas, me ha llevado a un agujero del que no sé si seré capaz de salir. Porque, sí, estoy tan jodido como

tú. Mi cabeza es un coladero de pensamientos de mierda. Así que tranquila: estoy pagando con creces cada cosa que hice mal.

—Cielo. —Alargó la mano para tocarme, pero no me moví. Me limité a secarme las lágrimas con el antebrazo—. Démonos otra oportunidad. Saldremos juntos de esta.

—No —negué despacio—. Tú y yo juntos no vamos a salir de nada; solo terminaríamos de hundirnos. Por eso estoy aquí, para decirte que, si pensaste que con esto iba a cambiar mi decisión sobre el divorcio, no. Así que no lo hagas más. Esta es la última vez que voy a acudir a una llamada de la doctora Spencer. Si mis sospechas sobre tus actos son infundadas, te aconsejo que te ingreses y pelees por tu vida, porque esta mierda te va a matar.

—Es por ella, ¿verdad? Ha vuelto, te ha engatusado con cuatro palabras y ahora crees que puedes desecharme por otra con menos problemas. Esto no funciona así, Kai.

—Sigues sin entender nada, joder. Esto no es por Mischa, es por mí. He tocado fondo. Estoy intentando salvarme… si es que todavía queda algo dentro de mí que pueda rescatarse.

—Te conozco demasiado bien, Kai. Me di cuenta de cómo la mirabas el día que fui a la empresa… del mismo modo en que lo hacías conmigo cuando nos conocimos.

—Madison, nada de lo que vivo, siento o tengo con ella se parece a lo que tuve contigo. Mischa no es como tú ni como yo. Ella es luz.

—Pues ten cuidado de que esa luciérnaga no se te escape —espetó, con un brillo malévolo en los ojos que me heló la sangre.

—No sé qué estás intentando decir, ni me gustan tus acertijos ni tus juegos. Pero te advierto algo: con ella no te metas. No tiene nada que ver con lo que pasa entre tú y yo. Y si lo haces, Madison, te aseguro que vas a ver mi peor cara.

—Oh, ¿me vas a mostrar al asesino que llevas dentro?

Apreté los puños. Cerré los ojos. Quería salir de esa habitación. Huir. Dejar de escucharla. Pero mis pies no se movían.

—No se lo has contado, ¿verdad? Va a ser muy duro cuando se entere. Aunque, por ahora, te guardaré el secreto porque sé que al final la acabarás olvidando. ¿A que sí?

La miré con rabia, con odio, con dolor.

—No. Nunca. Y si quieres contárselo, adelante. No te lo voy a impedir.

—Oh, vaya. Así que estás enamorado de verdad. Bueno, pues lo siento por ti: la ruptura será más dolorosa. Resulta que tengo en mi poder unos vídeos muy interesantes de su padrastro hablando de ella, de Davenport y de tu relación con una menor.

Me quedé blanco.

—No lo entiendo. ¿Qué relación tenías tú con el padrastro de Mischa?

—¿Yo? Ninguna. ¿Por quién me tomas, Kai?

—¿Entonces? ¡Habla, joder!

—Ese asqueroso borracho me estuvo chantajeando con una serie de vídeos que pensaba sacar a la luz si no le daba dinero. Y, como comprenderás, no iba a permitir que se hicieran públicos: la imagen de nuestra familia quedaría destrozada.

—¿Esta es otra de tus artimañas para retenerme? Porque esa historia que me cuentas tiene demasiados agujeros. Por ejemplo, ¿cómo pudo ese hombre contactar contigo?

—Mi número lo consiguió a través de una de las empleadas, ¿te acuerdas de la cubana que estuvo poco tiempo? Pues esa lo escuchó todo cuando él se presentó en nuestra casa. Quiso hacerse la lista para sacar un extra. Cuando salió de su turno se lo encontró borracho tirado en la carretera, y así lo idearon todo.

—¿Por qué cojones no me lo contaste?

—Porque tú te enfrentarías a él. Y estoy segura de que no le habrías dado un dólar. Ese hombre habría hecho lo que fuera por dinero. Una vez probó la sensación de tener los bolsillos llenos, no iba a dejarla pasar.

—Claro que no hubiera aceptado ese chantaje. Jamás.

—Pues ahí tienes la respuesta. Tú no piensas en lo que es mejor. No analizas nada a tu alrededor. A diferencia de ti, yo lo hago. Y pude mantenernos a salvo.

—Vaya, a costa de pagar dinero. Te aplaudo.

—Ese hombre se estaba muriendo, Kai. El día que vino a montar el escándalo a casa vi cómo tosía sangre. ¿Cuánto crees que le quedaba? Nada. Así que, con las manos llenas, bebió a su antojo y

ese proceso se aceleró. Al final sucedió: dos pagos y se fue. Y la idiota de su socia me la quité de encima invitándola a casa y poniéndole un cebo que no pudo resistir. Las cámaras la grabaron y fue sencillo.

—Joder, te escucho hablar y me das miedo. ¿Qué clase de persona eres?

—Una persona pragmática, que controla su entorno y lo mantiene a salvo.

—Dios… Cuanto más te oigo, más cosas descubro de ti y más me doy cuenta de que no sé quién cojones eres. Viví con una fantasía que creé en mi cabeza, con una ilusión que tú construiste, pero no eras real.

—Siempre haciéndote el digno. Deberías darme las gracias. Te salvé el culo.

—No lo hiciste por mí.

—Fue por los dos. Aunque, ahora que ya no somos pareja, no veo por qué tengo que seguir protegiéndote. Es hora de que salgan a la luz esos vídeos. Seguro que se hacen virales teniendo en cuenta que es la reina de internet. ¿Qué dirán sus seguidores cuando conozcan la verdadera historia de Mischa?

—¿Por qué la lastimas a ella? Hazme daño a mí.

—Yo no le voy a hacer nada. Vas a ser tú con tu decisión de estar a su lado.

De repente, la puerta se abrió de golpe. La doctora Spencer entró como un huracán, con el rostro endurecido.

—Se acabó la visita. Kai, acompáñame, por favor.

—Un momento, todavía no hemos terminado —protestó Madison.

—Ya has dicho más que suficiente, ¿no crees? —respondió la doctora, tirando de mí. La seguí en silencio, arrastrando los pies.

Me llevó hasta su despacho y me indicó que me sentara en uno de los sofás. Cogió una botella de agua y me la tendió junto con una pastilla. Me negué a tomarla. Le di un trago al agua y la deposité en la mesita, junto a la pastilla blanca que resaltaba sobre la madera color cerezo.

—Desde que Madison despertó —comenzó a decir, sentándose justo enfrente de mí— no le quité la vista de encima. Y lo que acabo

de ver entre vosotros a través de la cámara, ha sido muy revelador. No solo porque he podido mirar más allá de la paciente que venía a mis consultas con su papel perfectamente aprendido, sino porque también te he visto a ti. Y, por primera vez, me he dado cuenta de la magnitud del asunto, Kai: llevas todo este tiempo intentando salvarla a costa de tu propia salud mental.

Hizo una pausa breve, respiró hondo y bajó el tono.

—Si te pedí que vinieras es porque quiero saber qué sientes de verdad. Qué callas. Estoy segura de que hay mucho más de lo que contaste en las sesiones conjuntas.

Lo pensé un instante. Además de abrirme a trozos con mis amigos, nunca llegué a mostrar el dolor real que sentía. Lo ocultaba, no quería cargarles más con mis problemas ni interferir en sus vidas. Pero ahora estaba Mischa, y todo lo que guardaba también le afectaba a ella. Así que sí, acepté.

Antes de empezar, envié un mensaje rápido a mi chica para avisarle de que me iba a retrasar y que podía irse; tenía temprano su reunión de trabajo y no quería que llegara tarde por mi culpa.

Cuando terminé la botella de agua, comencé a contar mi historia desde el principio, desde ese momento que me marcó para siempre. Hablé y hablé más de una hora; las palabras salían solas, como las lágrimas. Era la primera vez que no se me atascaban en la garganta. Cuando terminé, me sentía más revuelto que nunca, como si me hubieran arrancado algo de dentro.

—Kai, jamás imaginé que cargaras con tanto dolor. Llevas años luchando contra demonios gigantescos, y la culpa los ha ido alimentando. Para tu desgracia, la persona con la que convivías también les daba de comer.

Se detuvo un segundo, bebió de su propia botella de agua y siguió:

—Hoy has dado un gran paso contándomelo. Pero no te voy a mentir: te espera un proceso de sanación largo y duro. La única forma de enfrentarlo es sacando a la luz esos demonios y, sobre todo, esos miedos. Cuando los nombras, se hacen más pequeños. Un día te darás cuenta de que los has vencido. No será hoy ni mañana, pero pasará.

Me miró con calidez.

—Fuiste víctima de las circunstancias y de personas que no supieron quererte: tus padres, Madison… Es fundamental que no alejes a quienes sí lo hacen. Apóyate en tus amigos, en esa chica, Mischa. Cuéntales cómo te sientes. Disfruta de los pequeños momentos buenos. No te niegues a vivir ni a sentir.

—Es fácil decirlo, pero muy difícil hacerlo. Siento que vivo en una guerra constante con mi cabeza. Y que no puedo ganar.

—Yo no he dicho que lo fuera. Por eso… —sacó su móvil, tecleó algo y al instante el mío se iluminó con su nombre— me gustaría que llamaras a este colega. Es un gran psiquiatra. Yo no puedo llevarte porque no sería ético, Madison sigue siendo mi paciente. Pero él te va a ayudar. Ya no puedes con todo esto tú solo.

—Lo haré. Te lo prometo.

—Y Kai —añadió, su tono se suavizó aún más—, tienes que ser sincero con esa chica. Se ve que le importas. Nadie renuncia a una vida como la suya sin ni tan siquiera dudarlo.

—La voy a lastimar.

—Tu silencio ya la está lastimando, Kai. Hazme caso: llama a mi colega. Necesitas un respiro. Descansar. Son muchos años de lucha. Y ahora… —se levantó— ¿me das un abrazo?

Me incorporé y le correspondí con fuerza.

—Mírame —dijo, moviendo su teléfono entre las manos—. Quiero que me escribas el día en que esos demonios ya no te acechen, ¿vale? Voy a estar esperando ese mensaje.

Asentí, tragando saliva.

—Gracias por todo —murmuré, antes de abrir la puerta.

—Sé feliz, Kai Jones. Te lo mereces más que nadie.

Fueron sus últimas palabras antes de salir. El aire fresco me acarició la cara y unas gotas de lluvia me hicieron levantar la vista. Respiré. Entonces reparé en mi coche y en Mischa saliendo de él. Había estado todo el tiempo esperándome allí.

En cuanto la vi venir hacia mí, mis piernas se movieron solas. Nos encontramos a medio camino y la besé sin pensar, como si lo hubiera estado esperando desde siempre. Y, de repente, todo dentro de mí se calmó.

—¿Qué haces aquí? ¿Y la reunión?

—Te dije que estaría cuando me necesitaras. Acostúmbrate. ¿Recuerdas que me llamabas *koalita*? Pues eso soy: me voy a aferrar a este árbol. —Su comentario me arrancó una sonrisa.

—Me encanta ser tu árbol, aunque no está bien que faltes al trabajo ni que te metas en líos por mí. Vamos.

—Eh, no será necesario —me sonrió con esa cara de niña traviesa.

—¿Por qué?

—Porque los he llamado y les he dicho que estamos enfermos. Que comimos algo que nos sentó mal y no paramos de ir al baño.

—¿Les has mentido? —La risa me explotó en la garganta.

—Sí. Fue lo primero que se me ocurrió. Así que ahora tenemos el día libre.

—Estás fatal, ¿lo sabías?

—Sí, pero te encanta.

—Sí, siempre me has encantado —afirmé, jugando con sus propias palabras mientras le pasaba un brazo por los hombros y la acercaba a mí, guiándola de vuelta al coche.

***

Mischa aparcó en Alki Beach Park y, sin esperar a que yo reaccionara, salió disparada hacia un puesto callejero. Pidió de todo —literalmente de todo— y no dejó de sonreír de forma traviesa al meterse en la arena mojada como si nada.

—Vamos, Kai —me apremió, agitando una mano.

—Mischa, ¿se puede saber qué estamos haciendo aquí?

—Comer frente al mar, ¿no te parece un planazo?

—Mira, el plan es bueno, no digo que no, pero chispea y la arena está empapada —me quejé, aunque de sobra sabía que con ella mis protestas no tenían efecto.

—Para eso está la sudadera que te mandé traer. Extiéndela y ya. Y en cuanto a las gotitas… míralas como nuestras aliadas. ¡La playa entera solo para nosotros! ¿No te parece genial?

Tuve que sonreír; imposible no hacerlo con esa loquita de ojos verdes y cabello de fuego. Me senté a su lado y ella empezó a pasarme comida. Virgen santa, había pedido suficiente para

alimentar a medio equipo de los Rift. Así no me extrañaba que hubiera subido de peso, aunque estaba más guapa que nunca.

—¿Kai?

—¿Mischa?

—No me imites, bobo. —Me lanzó una patata y luego le dio un mordisco a otra—. ¿Te acuerdas de este lugar?

—Cómo olvidarlo. La noche de tu dieciocho cumpleaños. Fue un día muy especial.

—Lo fue —asintió, bajando la mirada a la arena—. Desde que regresé a Seattle, cada vez que tengo un ratito vengo aquí. Me siento en el mismo sitio y lo recuerdo todo.

—Yo también lo recuerdo. Y siempre llego a la misma conclusión: jamás debí frenar lo que sentía por ti con moralismos estúpidos. Si no lo hubiera hecho, quizá las cosas no habrían acabado así. Aunque sé que igual nos habríamos enfrentado a otras, pero juntos.

—Kai, tenía que ser así. Si no hubiera ocurrido algo tan fuerte que me obligara a alejarme de ti, nunca lo habría hecho. Tenías razón: necesitaba vivir, descubrir quién era. No te voy a negar que hubo momentos muy duros, pero también me enseñaron mucho. Y si algo tengo claro es que mi amor por ti siempre ha permanecido intacto.

—Así que ya no te impresiono como antes —bromeé, alzando una ceja.

—Ja. Siempre estaré fascinada por ti —afirmó, y me recorrió con la mirada, descarada—. ¿Acaso no ves cómo te miro? Pero aprendí que yo también puedo ser mi propia superheroína, la única capaz de salvarme de cualquier adversidad.

—En algo coincidimos. Tú también eres mi superheroína.

Ella soltó una carcajada, me metió otra patata en la boca y apoyó la cabeza en mi hombro.

—¿Ves por qué somos la pareja perfecta? Porque somos el héroe que el otro necesita en los momentos malos. Tenemos un poder mágico: se llama amor.

—Me gusta nuestro superpoder, pero has dicho «somos una pareja», así, como Batman y Robin. —Y le guiñé un ojo.

—Idiota, no. Me refería a… a…, bah, da igual. Pareja de amigos, de compañeros de casa…

—¿Pareja de amantes? —la provoqué.

—¿Somos eso, Kai?

—¿Lo somos, Mischa?

—Ay, deja de responder con preguntas —exclamó, girándose hacia el mar con un bufido mientras aplastaba la patata entre los dedos—. Kai Jones, dime ahora mismo qué somos.

—Nosotros.

—Paso de ti. —Se cruzó de brazos, manteniendo la vista perdida en el horizonte.

No pude evitar sonreír. Me acerqué a su oreja y le susurré:

—Lo somos todo. Nosotros juntos siempre lo hemos sido todo. Ponerle un nombre a esto es quedarse corto, pero si quieres que lo bautice, diré «inevitables». Eso es lo que somos.

Giró la cabeza. Sus labios quedaron a escasos centímetros de los míos.

—¿Por qué?

—Porque, aunque lo intentemos, nunca podremos evitar lo que sentimos el uno por el otro.

—Ay, qué mono —rio, y de repente saltó sobre mí, tirándome en la arena. Las patatas quedaron esparcidas por mi abdomen, pero pasaron a segundo plano cuando ella me besó. Lo que empezó dulce se volvió intenso; devoré sus labios y me colé en su boca, girándola para quedar yo encima. Su pelo rojo se extendió sobre la arena húmeda mientras ella se apretaba contra mí.

Sentí su piel bajo mi mano, colándome por debajo de su jersey hasta acariciar sus pechos. Pellizqué sus pezones; seguía sin sujetador. Y, joder, me gustaba. Me gustaba mucho.

—Kai, entonces… ¿yo soy tu chica y tú eres mi chico? ¿De verdad?

—Sí —respondí sin titubear antes de besarla de nuevo.

—Todo será perfecto —murmuró contra mi boca.

Desgraciadamente, en ese instante, las palabras de Madison irrumpieron en mi cabeza como una corriente fría. Me había olvidado por completo de ella estando con Mischa, aunque la amenaza seguía ahí. Me aparté despacio, me senté y fijé la vista en el mar, intentando ordenar las ideas.

—Ay, no, Kai… —Mischa se inclinó un poco y volvió a dejarse caer boca arriba sobre la arena—. Dime que no vamos a caer otra vez en los arrepentimientos o en los «peros».

—No es eso, pequeña —suspiré—. No tengo ninguna duda de lo que siento ni de que quiero estar contigo. Pero…

—Ahí está el «pero» —recalcó, y se incorporó mirándome a los ojos—. Cada vez que lo mencionas no presagia nada bueno. ¿Podemos aplazarlo hasta mañana?

—Ojalá pudiera retrasarlo. Sin embargo, podría ser demasiado tarde. Y no quiero que pienses que te oculto algo, como en el pasado, con lo de Davenport.

Su rostro cambió; ahora estaba alerta.

—Vale, dime. Me estás preocupando, te has puesto muy serio.

—Es que el tema lo es. Entre toda la mierda de la que hablé con Madison hubo algo que me inquietó. Una amenaza. No quiere que yo esté contigo y está dispuesta a todo para separarnos.

Mischa apretó la mandíbula.

—Pues que se aguante. Si cree que voy a renunciar a ti por una de sus estúpidas amenazas, que las cumpla.

—Ey, calma —le pedí, rozando su brazo—. Escúchame primero. Esto es algo que debes meditar. Ella tiene unos vídeos que le mandó tu padrastro para chantajearla. El caso es que él está muerto, no sé si lo sabías.

—Sí, me enteré —asintió con frialdad—. Cuando murió me dejó una serie de problemas con la casa de Beacon Hill.

—El caso es que en ellos se habla de ti, de tu historia, de tu vínculo con Davenport y de mi relación con una menor.

—Oh, Dios. —Sus ojos se abrieron, pero no con pánico, sino con rabia—. ¿Tienes miedo de las barbaridades que puedan decir, no?

—¿Qué? No, Mischa —negué rápido—. Que digan lo que quieran de mí. No hice nada malo. Enamorarme de ti es lo más bonito que me ha pasado, y no pienso pedir perdón por ello. Lo que me preocupa eres tú. Toda tu historia saldrá a la luz, descubrirán tu vínculo con Davenport. Y con lo que generas en redes, con quién es él, conmigo… Todo puede explotar, y vas a estar muy expuesta.

—Kai, que lo haga. Nunca he hablado de mi familia y no voy a empezar ahora. Pero si Madison cree que por eso me voy a apartar de ti, está más loca de lo que pensaba. Nadie tiene el poder de alejarme de ti, excepto tú.

Sentí que esa frase me llegaba muy adentro.

—Entonces lo afrontaremos juntos.

—Mmm, me gusta cómo suena eso —sonrió, volviendo a ser ella misma—. Aunque tengo que avisar a Mitch. Él también va a salir salpicado con este asunto y merece estar al tanto.

—Llámalo, yo también voy a aprovechar para contactar con una persona.

—Qué misterioso, señor Jones —bromeó Mischa poniéndose en pie con una media sonrisa—. ¿Debería ponerme celosa?

—Quizá sí, porque vas a tener que compartirme con esa persona. Digamos que vamos a establecer una relación muy íntima, demasiado para mi gusto.

—Ay, Kai. —Frunció el ceño, aunque seguía sonriendo—. Déjate de juegos, que ya me estoy imaginando cosas.

—Tontita —me defendí apretándole el muslo—. Voy a pedir cita con el psiquiatra que me recomendó la doctora Spencer. Creo que es hora de enfrentarme a mis demonios.

El brillo de sus ojos se suavizó de golpe.

—Oh, Kai. —Se lanzó a abrazarme con tanta fuerza que nos hizo caer sobre la arena—. Estoy tan orgullosa de ti.

—Mischa —le aseguré acariciándole la mejilla—, quiero estar bien por ti, por mí, por nosotros.

—Y lo vas a estar, guapo —susurró antes de besarme rápido y apartarse para hacer su llamada. Yo hice lo mismo.

Al terminar, la vi volver hacia mí con una sonrisa radiante. Quería verla siempre así, no apagada por mi culpa. Me puse en pie sacudiendo la arena.

—¿Y? ¿Qué dijo?

—«Maldita mujer» —se rio—. Esas fueron sus primeras palabras. Pero después me aclaró que no tiene ningún problema en que todo salga a la luz. Dice que lleva demasiados años con una verdad enterrada que nunca debió estarlo. Y en cuanto a ti, que no te

preocupes, que, si alguien hace una acusación malintencionada, él hablará y explicará cómo ha sido todo. No va a permitir que te ensucien porque no te lo mereces.

Sentí que algo se aflojaba dentro de mí.

—Bueno, entonces ahora solo toca esperar.

—Por cierto —me miró con un brillo travieso—, ¿qué te ha dicho el psiquiatra?

—Que tengo esta misma tarde la primera sesión. La doctora Spencer ya había hablado con él.

—Perfecto. Nos da tiempo.

—¿Tiempo a qué? —Arqueé una ceja.

—A nuestra primera vez.

—¿Qué vas a hacer, un vídeo para redes?

—No, tonto. Solo nuestra. Vamos a hacer paracaidismo en un túnel de viento.

—¿Quéééé? —me salió del alma.

—¿No te estarás acobardando? —me retó, inclinando la cabeza.

—Nooo, si me gusta… Lo que pasa es que me ha cogido desprevenido. ¿Cuándo has planeado todo esto?

—Mientras te esperaba. Pensé que necesitabas liberar tensión, así que vamos a tachar algo más de nuestra lista.

—¿Qué lista?

—La que vamos a hacer juntos.

—Eres increíble, pequeña. —Le puse el brazo alrededor del cuello y la atraje para besarla mientras ella se aferraba a mi cintura.

—Mischa, una pregunta: ¿por qué le pusiste «Mi primera vez» a tus redes?

Ella bajó un poco la mirada antes de responder con una voz dulce:

—Porque los momentos más bonitos de mi vida los viví en cada primera vez que descubrí algo a tu lado. Y quise recordarlo. Al principio la sensación no era la misma, porque tú no estabas, sin embargo, pronto aprendí a imaginarte en mi cabeza, a sentir que estabas allí conmigo. Y era mágico. Era como tenerte, aunque fuera un ratito.

—Dios, pequeña, cuánto te amo —confesé con los ojos vidriosos antes de besarla de nuevo.

CAPÍTULO 28

MISCHA

Tres años antes…

—¿Quién es esa joven, Mitchell? ¿Por qué te habla con tanta familiaridad?

—Vera, deja el interrogatorio para más tarde. Necesito reunirme con ella.

La discusión de Mitchell y su esposa se colaba hasta el despacho donde me había hecho pasar. Temblorosa, llevé el vaso de agua a los labios mientras los gritos seguían al otro lado de la puerta.

—¿Crees que soy idiota? —replicó ella—. Llevas meses raro, con escapadas que no son normales en ti, repitiendo que debemos darnos un tiempo. Ahora entiendo por qué. Es por ella, ¿verdad? ¿Es tu amante?

—¡Por Dios, Vera! ¿Qué dices? Mischa podría ser mi hija. ¿No ves que es una cría?

—Ya… Los hombres, cuando llegan a cierta edad, necesitan a mujeres jóvenes para sentirse todavía útiles.

—Voy a ignorar ese comentario tan poco afortunado. No es el momento para una de tus escenas. Hablaremos más tarde, ahora no.

La puerta se abrió de golpe. Mitchell entró, cerró tras de sí y se acercó a la mesita de café frente a mí. Me quitó el vaso de las manos y lo dejó a un lado. Después, tomó las mías entre las suyas, dándome un calor que no lograba calmarme.

—Cielo, cuéntame…, ¿qué ha pasado para que vinieras hasta aquí en ese estado? ¿Tiene que ver con Jones?

Levanté la mirada. El rostro de ese hombre… ¿podría ser realmente mi…? Retiré mis manos con brusquedad y murmuré casi sin voz:

—Él me mintió. Tú también. Hasta mi madre. Ya no sé quién soy ni qué es verdad. Todos decís quererme, pero solo me herís, me rompéis.

—Mischa…, hija, ¿qué sucede? Me estás asustando.

—¿Hija? —repetí con pena—. ¿Lo soy? ¿Eres mi padre?

—¿Qué? ¿De dónde sacas eso?

—Mi padrastro me lo dijo. Kai asegura que está equivocado, aunque ya no confío en su palabra. Me ocultó cosas, cosas que lo cambian todo.

Mitchell inspiró hondo, como si cargara con un dolor de años.

—Escúchame bien, Mischa. Jones te dijo la verdad. Yo no soy tu padre. Nada me hubiera gustado más, pero no lo soy.

Se levantó, caminó hacia la licorera y se sirvió un vaso de *bourbon*. Se lo bebió de un trago largo y, con el segundo en la mano, habló con la voz más grave que le había escuchado nunca:

—Hay algo que no sabes. En su lecho de muerte, tu madre me pidió que guardara silencio. Aseguró que esa verdad te destrozaría. Jones, por culpa de tu padrastro, también llegó a la misma conclusión que tú. Y por más que intenté evitarlo, terminé contándoselo. Ese muchacho ha cargado con un secreto que no le correspondía. No lo castigues por ello. Solo intentaba protegerte, esperar el momento adecuado, aunque tal vez ese momento no exista.

Acabó el vaso de un trago. Después volvió a la mesa y se frotó las manos, incapaz de sostener mi mirada.

—Liv y yo crecimos juntos. Tus abuelos trabajaban para mis padres. Liv era tres años menor, aunque eso nunca importó; siempre fuimos los mejores amigos. Al principio, no pusieron objeción a nuestra relación, pero cuando nos hicimos adolescentes, nos prohibieron estar juntos.

»Aun así, nosotros no dejamos de vernos. Nos escapábamos a la casita del árbol para estar solos. Ella era mi persona favorita en el mundo, la única que iluminaba mis días, la que me demostraba amor y cariño como nadie más, algo que nunca tuve ni con mis padres ni con mi hermano, diez años mayor. Así que, como puedes imaginar, no fue difícil enamorarme de tu madre.

»El último verano antes de ir a la universidad, me atreví a confesar mis sentimientos y ¿sabes lo que me respondió? «Cuánto has tardado en llegar aquí, pensé que nos iban a salir canas antes de que te atrevieras». Y después me besó. Un beso tímido, nuestro primer beso. Yo tenía dieciocho años, pero, para mí, la única chica que existía era ella. Nunca hubo nadie más. Solo mi Liv.

No pude evitar esbozar una pequeña sonrisa al escucharlo hablar con tanto cariño mientras una lágrima resbalaba por mi rostro.

—Ella todavía era menor de edad —continuó, tomando aire—, así que planeamos que cuando cumpliera dieciocho nos iríamos juntos y nadie podría detenernos. Durante los tres años que estudié fuera, mantuvimos nuestra relación en secreto, deseando que llegaran las vacaciones para vernos y estar juntos.

Su tono se tornó sombrío y su mirada se perdió en el recuerdo.

—Era la última semana de clases, y yo iba a regresar a casa, feliz porque ese verano tu madre sería mayor de edad, y yo pasaría mi último año universitario con ella a mi lado. Viviríamos todo lo que habíamos soñado, pero cuando llegué, todo había cambiado. No me recibió, ni esa noche ni las siguientes. La casita del árbol estaba vacía. Supe que se hallaba en la mansión, aunque me decían que estaba enferma. No pude aguantar más y me colé en la casa donde vivían todos los empleados. Cuando abrió la puerta de su habitación, no vi a la joven que había dejado meses atrás…, su luz había desaparecido.

—¿Mi madre estaba enferma?

—No, Mischa, tu madre estaba destrozada.

—¿Qué le sucedía?

—Tardé en entenderlo —indicó, apretando las manos sobre sus piernas—. Ese día la abracé, y al principio me correspondió, aunque después se alejó. Me aseguró que no quería estar conmigo, que se había dado cuenta de que no me amaba y que todo había sido una tontería de niños. Me rompió el corazón. Durante días estuve hecho polvo, sin embargo, algo no encajaba. Volví decidido a que me contara toda la verdad y fue entonces cuando escuché a tu abuela decirle que debía abortar de inmediato. Sentí un dolor tan grande que creí que me moría, me había engañado con otro.

Podía empatizar con cada palabra de su relato, recordando el mismo vacío que había sentido con Kai cuando descubrí lo de Madison. Él era un hombre libre, pero el dolor, aunque distinto, lo vivía igual de intenso.

—Hice lo que mis padres quisieron: me fui de vacaciones con unos amigos suyos y su hija. Estaban empeñados en emparejarnos, todo por negocios, ya sabes. Aunque cuanto más tiempo pasaba con ella, más se colaba Liv en mi cabeza. No podía olvidarla, no dejaba de amarla.

—Mitchell, ¿por qué no hablaste con ella? ¿Nunca te planteaste que ese hijo podía ser tuyo?

—Mischa, no era capaz de escucharla decir que amaba a alguien más. Simplemente no lo soportaría. Y no, yo sabía que ese hijo no era mío, porque jamás me acosté con ella. Deseábamos que fuera especial, no a escondidas en la cabaña del árbol. Ambos queríamos dormir y despertarnos juntos… por eso estábamos esperando el momento de huir de allí.

—No lo comprendo, ¿por qué mi madre haría algo así? No era propio de ella actuar de esa manera, bueno, al menos eso pensaba. Ahora ya no sé quién era.

—Para, cielo. Tu madre siempre ha sido la misma: una gran mujer. No tengas duda alguna. Cuando termine la historia, lo entenderás todo mejor.

Asentí, ansiosa por que continuara.

—Durante esas vacaciones obligadas recibí una llamada: mi hermano mayor había tenido un accidente. Se había comprado un deportivo nuevo, estaba borracho tras una de sus fiestas y se mató. Después de lo ocurrido, mis padres lo encubrieron para proteger la imagen de la familia.

Hizo una pausa, respirando hondo, antes de seguir:

—Tras unos días oscuros en casa, mi madre llamó a Liv y a sus padres. Estaban sentados en una de las salas… y fue la primera vez que veía a empleados domésticos tomando café en nuestros sofás. Todo muy extraño para mí. Y entonces escuché cómo mi madre le decía que, ya que no había abortado, le darían una suma generosa de dinero con la que podría vivir cómodamente a cambio del bebé.

Mi padre puso un cheque delante de ellos. Vi el brillo en los ojos de tus abuelos, pero también la tristeza en los de Liv.

Se frotó la frente, como si tratara de ordenar los recuerdos:

—Cada vez estaba más perdido, ¿por qué mis padres harían algo así? La respuesta era sencilla: el hijo que tu madre esperaba era de mi hermano. Y al perderlo, querían algo suyo.

—¡Oh, Dios! Mi madre y tu hermano… Entonces tú… tú…

—Yo soy tu tío, Mischa.

Esta vez fui yo quien tomó sus manos entre las mías, sintiendo el dolor de su confesión.

—Mitchell, eres un buen hombre. A pesar de todo lo que tuviste que pasar, la ayudaste a ella y también a mí. Eso te honra.

—No, cariño, no hay nada que me haga honorable —respondió con un hilo de voz—. Mi mayor error fue no hablar con Liv directamente, no haber seguido mi corazón cuando me gritaba que algo no estaba bien. Si lo hubiera hecho, ella no habría tenido que huir. Yo podría haberos cuidado a las dos y no lo hice. Por eso acabó en Beacon Hill. Su embarazo se complicó, vino a pedirme ayuda, a contármelo todo y yo me estaba casando. No le quedó otra que aceptar la única oportunidad que le daba la vida para que tú nacieras.

—Dios…, mi madre se sacrificó por mí —sollocé, con un nudo en la garganta—. Estando con ese hombre, lo hizo por mí. Vivió un infierno, ¿sabes? La golpeaba, la trataba mal y no quiero ni imaginar qué más pasó.

—Ven aquí. —Me abrazó mientras permitía que mi llanto saliera—. Pero hay más, Mischa. De lo que te voy a contar ahora me enteré el día que me citó en vuestra casa. Cielo, tienes que ser fuerte, ¿vale?

Asentí, secándome las lágrimas con la manga.

—Tu madre nunca me fue infiel. Jamás dejó de quererme. Ella… ella… Dios, no soy capaz ni de hablar. —Tragó saliva con dificultad—. Fue víctima de mi hermano. Una noche, borracho, la encontró en la cocina… Joder, no puedo ni decirlo. Mi propio hermano le hizo eso a la mujer que amaba, y yo llorando su muerte… Hoy escupiría en su tumba.

Todo se nubló. Mitchell desaparecía ante mí, su voz se volvía lejana, su rostro borroso y en mi cabeza solo aparecía la imagen de mi madre: esa mujer que lo fue todo para mí, que me dio amor y jamás me vio como el resultado de una…

—Mischa, hija…

Esas fueron las últimas palabras que escuché antes de abrir los ojos de nuevo, el lugar no era el mismo y yo estaba recostada en un cuarto elegante y luminoso. Mitchell permanecía en un sillón a mi lado, con mi mano entre las suyas, dejando pequeños besos sobre ella.

—Eh, cielo, ¿cómo te sientes?

—Por extraño que parezca, no siento nada y eso me asusta —susurré.

—Lo sé —respondió Mitchell con suavidad—. Lo que te conté es un golpe muy duro, pero necesito que me prestes atención un momento. No son palabras mías: son las que tu madre me confió antes de morir.

Alcé los ojos.

—Para ella, tú fuiste su vida, su mejor regalo. Me confesó que nunca había sentido un amor tan grande por nadie, ni siquiera por mí. Hija, no lo olvides nunca: jamás se arrepintió de tenerte. Nunca, ni un solo segundo, te vio como fruto de lo que pasó aquella noche. Es más, ¿quieres saber algo que lo demuestra?

—Sí —respondí apenas en un susurro.

—Tu nombre viene de mí. Para ella, eras amor, igual que el que siempre sintió por mí. Nuestros nombres tienen orígenes distintos, aunque significan lo mismo.

—Vaya. —Sentí un calor inesperado en el pecho—. No lo había pensado. Es bonito, me gusta mi nombre y que venga de ti, de alguien que ella recordaba con cariño.

—Liv era una mujer única, muy especial. Como tú —declaró Mitchell, bajando la vista un instante—. Y después de ella no hubo nadie más. Me casé con la persona que eligieron mis padres, sin embargo, duró poco. Años más tarde volví a emparejarme, esta vez con alguien del servicio; en realidad fue casi una venganza, una forma de rebelarme. Pensé que con Vera tendría por fin una

oportunidad de ser feliz, que Cole sería como un hijo para mí, pero nada más lejos de la realidad. Me refugié en el hockey y en mis chicos. Y ahora estás tú, mi sobrina, la hija de la única mujer que amé, y una joven a la que he aprendido a querer con todo mi corazón. Ojalá algún día puedas verme más allá de «el amigo de tu madre».

—Mitchell, tú siempre has sido mucho más que eso. Si no nos hubieras sacado de esa casa, quizá yo habría corrido la misma suerte. Mi padrastro… Él intentó… —Mi voz se quebró.

—Ya, hija —me interrumpió, acariciándome la mejilla—. No pienses más en eso. No pasó. Y no va a pasar.

La puerta se abrió de golpe. Vera, la esposa de Mitchell, era imponente: bellísima, elegante y de modales afilados.

—Mitchell, la casa está llena de gente entrando y saliendo, todos descompuestos. ¡Por favor, soluciona esto ya! —espetó con el tono crispado—. Abajo está Kai bastante sobresaltado. Atiéndelo de una vez y que se vaya; sabes que no los quiero ni a él ni a Caden en esta casa después de lo que mi pobre hijo tuvo que sufrir por su culpa.

—No voy a discutir contigo ahora mismo la conducta de Cole —apretó los puños—, pero te sugiero que no sigas por ese camino. Tienes mucho que perder.

Un portazo seco fue la respuesta de su esposa.

—Cielo, ¿quieres que le diga que suba? —indagó en un tono suave, dirigiéndose a mí.

—¡No! —Le agarré la muñeca con fuerza—. No puedo, no quiero verlo. Ahora no. Eso me haría demasiado daño.

Él asintió sin insistir.

—Está bien, hija. Como tú digas. —Se inclinó, me besó la cabeza y, antes de salir, se giró una última vez—. Descansa un poco. Yo me encargo.

Y en ese instante lo supe. No podía quedarme allí. No solo era Kai: era Mitchell, era mi madre, era todo lo vivido. Estaba atrapada entre fantasmas. Todo eso era demasiado. Ese día. Mi vida. Mi historia. Mis sentimientos. Y yo ya no sabía ni dónde estaba parada.

Me calcé deprisa, abrí la puerta con cuidado y bajé las escaleras. Asomé la cabeza: ni Kai ni Mitchell a la vista. No lo dudé. Corrí. En el

pasillo vi de reojo a Vera y a una empleada, que me miraban como si hubiera perdido la cabeza.

El portón principal estaba cerrado; si intentaba coger un coche no saldría del recinto, ellas ya estarían avisando de mi huida. Seguí corriendo hacia la puerta peatonal. Crucé como si mi vida dependiera de ello. El corazón me golpeaba el pecho, los pulmones me ardían, aunque no podía parar. Tenía que salir de esa urbanización laberíntica.

No miré al atravesar la calle. Un coche frenó de golpe, a un palmo de mí. El conductor se bajó furioso.

—¿Es que no miras al cruzar? ¡Podía haberte atropellado! —gruñó acercándose.

Me giré. Y nos quedamos paralizados los dos. No podía ser. Parpadeé un par de veces, dudando de si era una alucinación. Llevaba tantas imágenes mezcladas en mi cabeza que ya no distinguía lo real de lo imaginario.

Pero no. Era real. Y lo supe cuando Juraj me sujetó por los hombros.

—¿Mischa? ¿Estás bien?

—Por favor, sácame de aquí. Rápido.

—Mi casa está cerca, ¿te vale?

—Sí, sí. Cualquier lugar.

Corrí hasta el asiento del copiloto y me dejé caer dentro. Él me imitó, arrancó sin perder tiempo. Miré una última vez hacia atrás, temiendo verlos salir detrás. Pero no había rastro. Suspiré y me hundí en el asiento, agotada.

CAPÍTULO 29

MISCHA

Tres años antes…

No sé cuánto tiempo pasó —si fue mucho o poco— porque mi cabeza voló, voló tan lejos que me perdí. Cuando regresé al presente estaba teniendo un ataque de pánico. Hiperventilaba. Juraj me hablaba, me pedía que lo mirara. Me levantó el rostro y me giró en el asiento para ponerme frente a él. Suplicaba una y otra vez que siguiera su respiración.

Mis manos estaban rígidas, apretadas con tanta fuerza que dolían; lo supe cuando él intentó separarlas y yo no podía soltarlas. Al final lo consiguió y sentí que apretaba las suyas. Obedecí sus órdenes, me concentré en cómo aspiraba y exhalaba. Al principio lo imitaba torpemente, aunque poco a poco logré seguir su ritmo.

—¿Mejor? —preguntó con preocupación.

—No —solté, antes de cubrirme el rostro y echarme a llorar.

Tiró de mí y me abrazó contra su pecho, acunándome despacio mientras yo intentaba hablar.

—Quiero que mi cabeza se detenga, que las imágenes paren y las voces… No quiero pensar. No quiero sentir. No quiero que este día exista.

—Me queda claro que hay muchas cosas que no quieres. ¿Y si mejor empezamos por lo que sí deseas?

—Desaparecer. No existir. Eso es lo que deseo.

—Uf, son palabras mayores… ¿Tan grave es lo que te ha pasado para que estés así? A veces les damos más importancia a las cosas de la que realmente tienen; construimos un mundo alrededor de ellas y, más tarde, el tiempo se encarga de demostrarnos que no era para tanto.

Noté cómo la rabia se apoderaba de mí. Justo él, que solamente era un par de años mayor que yo, me trataba como a una cría con un berrinche. Corté el abrazo y lo encaré.

—No sé, dime tú qué tan grave es enterarte de que Mitchell es tu tío, de que su hermano abusó de mi madre y que yo soy fruto de esa violación; que ella tuvo que renunciar a su gran amor y condenarse a vivir con un borracho que le hacía de todo menos tratarla bien, solo para que yo naciera. Y eso no fue todo: pasó sus últimos años enferma, en una casa que se caía a pedazos, sin apenas comida. ¿Cómo lo ves? ¿Te parece una tontería lo que me pasa? ¿Crees que no tengo derecho a sentirme destrozada? Porque yo cargo con la culpa de todo lo que vivió. ¿Pero qué sabrás tú?

—Puedo hacerme una idea —murmuró, más para sí que para mí. Iba a abrir la puerta del coche, pero él tiró de mí para detenerme.

—Mischa, tenía claro que lo que te ocurrió no era una broma. Cuando te abrazaba sentí que te estaba dando otro ataque, así que te provoqué un poco para que soltaras eso que te está haciendo tanto daño. No hay nada mejor que dejar salir la rabia. Además —me enseñó sus manos, con arañazos de mis uñas— quería evitar esto. Van a pensar que me peleé con un gato. ¿Te imaginas? Un hombre de más de metro noventa vencido por un dulce gatito…

Bromeó, y yo, sin querer, sonreí. En el fondo le agradecía lo que había hecho. Me sentía… no bien, pero sí algo más ligera.

—Lo siento mucho, Dios, perdóname. —Tomé sus manos para revisarlas.

—No es nada, sobreviviré —afirmó, y me guiñó un ojo.

—River tenía razón cuando decía que eras un buen tío, que no eras la persona que quieres hacer ver a todos.

—Vaya, voy a empezar a preocuparme. Al final la fisioterapeuta va a destrozar la imagen que tanto me costó construir. Pero no os emocionéis ninguna de las dos, sigo siendo un gilipollas.

—Pues a mí no me lo parece.

—Lo que pasa es que tengo un problema con ver a la gente llorar. No lo soporto. Y menos si son mujeres.

—Así que esa es la kriptonita de Juraj Novák…

—Posiblemente. Confío en ti, espero que mantengas el secreto —sonrió.

—Es lo mínimo que puedo hacer después de que me ayudaras.

—¿Quieres que llamemos a Kai?

—No. Ahora no quiero ver a nadie. No tengo fuerzas para enfrentarme a nada más.

—¿River?

Negué.

—Es decir, que no tienes ningún plan.

Negué de nuevo. Tenía razón. ¿Qué iba a hacer?

—Bueno, pues ya que estamos en mi dulce hogar, ¿qué te parece si te relajas? Aunque eso es mucho decir… Quédate con nosotros hasta que tomes una decisión coherente.

—Gracias, eres muy amable, pero no quiero molestar. Mírame, ¿cómo voy a presentarme así en casa de nadie? —señalé el desastre en que me había convertido.

—No voy a mentirte diciendo que estás estupenda, porque la verdad es que estás hecha una mierda. Así que: te das una ducha, bajas una marcha y conoces a mis maravillosos hermanos, que seguro serán una motivación para que quieras salir huyendo de aquí cuanto antes.

Me hizo un gesto con la cabeza mientras abría la puerta del coche. Lo imité. Subimos las escaleras del garaje que daban directamente a la cocina y, a medida que avanzábamos, se oían voces. Al entrar, nos encontramos con dos jóvenes —no mayores de catorce años— peleando por una caja de cartón.

—Bienvenida a mi hogar. Esos dos son los mellizos, Anica y Matej. —Los señaló y a continuación, carraspeó.

Los chicos se quedaron quietos, se miraron y, al mismo tiempo, soltaron lo que tenían en las manos, que cayó al suelo.

—Muy bonito, así que comiendo cereales a estas horas. ¿Qué os he dicho de picotear antes de la cena? —Silencio—. Vale, no hay respuesta, como siempre. Después dejáis la comida que hace Amelia.

—Juraj, es intragable. Además, necesitamos azúcar, una buena dosis de hidratos de carbono para ser eficientes en los estudios —

replicó Matej.

—Matej, no culpes a la comida de tus pésimos resultados académicos. Más bien, culpa a tu vagancia.

—Uf, qué lata. Eres peor que un sargento —protestó el hermano pequeño.

—Pues este «sargento» os ordena a ambos que recojáis todo este desastre y pongáis la mesa para la cena. Hoy tenemos una invitada. Ella es Mischa.

—Hola, Mischa, encantada —saludó entusiasmada la hermana—. ¿Eres su novia?

«Nooo», grité para mis adentros y lo miré. Él negó con la cabeza.

—No, no lo es.

—¿Entonces quién es? —continuó su hermana—. Porque tú no traes chicas a casa.

—Esto es una excepción, Anica.

—Soy su amiga —intervine yo—. Y tu hermano me está ayudando con un problema, por eso estoy aquí.

—Qué mierda —soltó Matej—. Ojalá fueras su chica, a ver si así se relaja un poco. Es que no hay manera de tener una vida sin que él lo controle todo.

—Ya vale, chicos, hasta aquí la conversación. Ya sabéis lo que tenéis que hacer. Anica, préstale algo de tu ropa a Mischa para que esté cómoda.

En ese momento sentí cómo se me subían los colores a la cara. Iba a usar ropa de una chavalita y lo peor era que seguramente hasta me quedara grande. En mi defensa diré que en esa familia todos estaban muy desarrollados y eran muy altos. Y aunque no lo fueran, Madison tuvo razón el día que dijo que mi cuerpo era como el de una niña. Otro latigazo de dolor me recorrió el pecho al pensar en ella, en Kai, en el bebé.

Juraj se dio cuenta de que empezaba a tensarme; me cogió de la mano y tiró de mí a través de la cocina. Antes de salir, se giró un momento para mirar a los chicos.

—¿Andrej está en su cuarto?

Por un momento hubo un largo silencio, hasta que Anica, finalmente, se animó a hablar.

—No. Me mandó un mensaje de WhatsApp cuando salí del entrenamiento de hockey y me dijo que no le daba tiempo a venir a recogerme, pero no te preocupes: me trajo la madre de una compañera del equipo.

—Esto es increíble, es que no puedo contar con él para nada. Solo un poco de ayuda, nada más —gruñó, apretando mi mano y conteniendo su enfado—. Llamad a vuestro hermano, porque a mí no me va a atender el teléfono, y decidle que venga ya para casa. Es una orden.

En silencio continuamos subiendo y me llevó al que debía de ser su cuarto. Posteriormente me condujo hasta un lujoso baño en tonos oscuros. Yo acepté ese ofrecimiento; necesitaba una ducha más que nada.

Permití que el agua me empapara entera. Que arrastrara mis lágrimas, mis recuerdos y cada rincón de mi piel que había sido tocada, besada, adorada por Kai. Todo lo que quedaba de aquellas horas en que lo nuestro existió de verdad se deslizaba ahora por el desagüe, sustituido por el olor neutro del gel: diferente, ajeno, como un presagio de la vida que me esperaba.

Y lloré. Lloré hasta apoyar la frente contra la pared de la ducha y golpearla con suavidad, impotente. Lloré por Ava, por mi madre, por mi historia, por Kai, por el amor perdido y, sobre todo, por mí. Porque ya no sabía quién era yo.

Unos golpecitos en la puerta me hicieron detenerme. La voz de Anica se filtró, suave, desde el otro lado.

—Mischa, te dejo aquí la ropa. Te espero fuera. Mi hermano te ha preparado un té.

—Gracias. Voy enseguida.

Respiré hondo. Quedarme bajo el agua lamentándome no iba a solucionar nada. Los muertos no iban a volver, y a los vivos, como Kai, también tenía que enterrarlos en mi interior. Me tocaba aprender a vivir con las pérdidas.

Me sequé rápido y cogí la ropa que Anica me había dejado: un chándal, y, sí, me quedaba enorme. Doblé varias veces el pantalón en la cintura y, al menos así, disimulaba algo. La camiseta —seguramente corta en ella— a mí me llegaba por las caderas y me

cubría casi hasta los codos. Terminé de asearme con un cepillo de dientes y un peine antes de salir.

Anica estaba tumbada sobre la cama de su hermano, hablando por teléfono.

—Andrej, tienes que venir. Es una orden de Juraj. Está enfadado porque no me recogiste. Siempre me dejas plantada. Si no es por los padres de mis compañeras, me quedo allí sola como aquella vez que tampoco apareciste y ni te molestaste en avisar. Te cubrí, y Matej también, porque cree que eres el hermano enrollado y no lo eres. Pasas de todo.

»No quiero tus disculpas —siguió, con la voz más tensa—. Quiero que hagas las cosas bien. Últimamente no te estás juntando con buena gente, y Juraj no se merece cargar con más problemas.

Se calló un instante y luego remató, con enfado:

—No, no se trata de que sea mi hermano favorito. Es la persona que siempre nos cuidó a los tres, acuérdate. Él también merece un respiro, ¿no crees? Y tú no se lo estás dando. Ni Matej, liándola en el colegio, tampoco. ¿Vas a venir a cenar?

Debió de haberse negado, y entonces ella explotó:

—Muy bien. Pero haber cumplido dieciocho no es excusa para ser tan capullo. ¡Que te den!

Colgó el teléfono, lo posó sobre la cama y se frotó la cara. Cuando apartó las manos, me vio.

—Lo siento, no quería escuchar tu conversación —me senté a su lado—, aunque era imposible no oírla. ¿Estás bien?

Sonrió sin ganas.

—Tiene gracia que tú te preocupes por mí cuando se te nota a kilómetros que estás hecha polvo. Y no, no estoy bien. Estoy cabreada. Andrej se comporta como un capullo desde que es mayor de edad. Nadie lo para, y encima arrastra a mi mellizo a hacer el idiota. No es justo.

—Perdona, es que estoy un poco perdida. Desde que entré en esta casa tengo la impresión de que Juraj es como el adulto responsable. ¿Dónde están vuestros padres?

—Vaya, veo que no te contó nada. No tenemos padres. Murieron hace años. Juraj se hizo cargo de todos.

Me quedé muda.

—Guau, nunca lo hubiera sospechado. En el hielo parece el típico chico de veinte con ego y club de fans. No me imaginaba que detrás hubiera todo esto.

—Se comporta así para mantener a la gente lejos. No le gusta crear vínculos. Se hizo cargo de nosotros con trece años, cuando mi madre murió y mi padre no estaba presente. Cometió varios delitos financieros junto a su socio estadounidense, con quien terminó huyendo. Durante años Juraj se las ingenió para que no nos llevaran a un centro y pudiéramos seguir juntos. No fue fácil. Luchó mucho. Aprovechó su talento en el hockey para sacarnos adelante y mudarnos a EE. UU. Nadie ve lo que sacrificó por nosotros. Nadie ve que no solo fue nuestro hermano: hizo de padre y de madre. Jamás faltó un regalo en un cumpleaños ni en Navidad, ni dejó de pagar el colegio. Él se encargó de todo sin pedir nada a cambio. Pero… creo que se está perdiendo a sí mismo por el camino. Matej, en eso, tiene razón: su carácter está cambiando. Está más ausente, hace menos cosas con nosotros. Parece cansado. Y suena a chiste decir eso de un chico de veinte años.

—Es comprensible. Y admirable. Un niño cuidando de otros niños como un adulto.

—Mischa, por favor…, no le digas nada de lo que te he contado. No le gusta que sientan lástima por él. Eso lo hace sentirse débil.

—Tranquila. Será nuestro secreto.

—Vamos, nos estarán esperando para cenar —dijo cogiendo la taza—. Mierda, está fría. Voy a tirarla.

—No importa. —Se la quité y me la bebí de un trago—. Perfecta.

Durante la cena todo transcurrió en un ambiente familiar: charlas sobre el colegio, actividades extraescolares, bromas entre hermanos y alguna que otra regañina de Juraj. Me sorprendía —y me conmovía — ver cómo aquel chico, que a simple vista podía parecer un niñato arrogante, había conseguido construir un hogar tan estable y convertirse en el pilar de su familia. Lo vi sonreír varias veces, atender con interés a cada cosa que contaban sus hermanos y preocuparse por los pequeños detalles, por ellos y hasta por mí.

Cuando salió el tema de dónde dormir, algo en lo que yo ni siquiera había pensado, él ya daba por hecho que me quedaría allí hasta aclarar mis ideas. Anica, sin dudar, se ofreció a compartir su cuarto conmigo. Juraj estuvo a punto de oponerse —quería darme mi espacio—, pero no le di tiempo: acepté enseguida. Dormir con ella era justo lo que necesitaba. No quería estar sola. Con todo lo que había descubierto sobre mi madre, el miedo con el que había vivido en el pasado junto a mi padrastro volvía a acecharme. La noche, la maldita noche, revivía. Estar con Anica me pareció la mejor opción; además, era charlatana y me distraería.

Tan pronto como ella se retiró a su cuarto, la seguí. Estaba agotada, aunque sabía que no pegaría ojo. Al menos mi cuerpo podría descansar un poco. Y así fue: vueltas y más vueltas, la mirada fija en el techo, hasta que unas voces en el pasillo empezaron a reclamar mi atención.

—Tío, si te avisé de que Mischa estaba aquí fue porque pensé que estarías preocupado, no para que te plantes en mi casa a estas horas. Está durmiendo con mi hermana y, como las despiertes, te enteras. A ver cómo demonios le explico yo todo esto —susurró Juraj. Mi corazón empezó a latir con fuerza al imaginar quién era el destinatario de sus palabras.

—Solo quiero verla. Ha estado huyendo de mí todo el día… Joder, mírame, estoy destrozado.

Tuve que tragar saliva, llevarme una mano al pecho y girarme de lado, de espaldas a la puerta. Cerré los ojos con fuerza, intentando que ninguna lágrima se escapara.

—Te salva que estás roto, porque después de entrar en mi casa y soltar que yo intentaba aprovecharme de la situación, estuve a punto de partirte la cara. No le piso la polla a mis compañeros; lo he dicho un millón de veces —gruñó Juraj en voz baja.

—Lo siento, tienes razón. He sido un imbécil. Estoy desesperado, tío. No sabes lo que ha sido este día…, todo lo que ha descubierto Mischa. Y que yo no pueda estar a su lado, y, peor aún, saber que soy parte de ese sufrimiento me mata —confesó Kai con la voz quebrándose.

—Venga, pasa. Este es su cuarto. Pero no las despiertes —le señaló Juraj.

La puerta se abrió y una franja de luz se coló en la habitación. Cerré los ojos suavemente, fingiendo dormir, escondiendo la cara en la almohada para que no vieran mi expresión. Sentí unos pasos acercándose, estaba ahí. Su olor me llegó, me temblaron las manos. Una caricia en el pelo, un roce en la mejilla. Ese gesto dolía tanto que apenas podía contener las lágrimas.

—Vamos, colega, déjala descansar. Lo necesita. Ya la viste, está bien —murmuró Juraj.

Los pasos se alejaron. La puerta se cerró y la oscuridad volvió. Las lágrimas me salieron todas de golpe; ahogué un sollozo contra la almohada. Sin pensarlo, me incorporé y salí tras él.

Al llegar a las escaleras, me detuve en seco: estaba en la entrada, hablando con Juraj. Y ahí fui muy consciente de que jamás lo iba a olvidar. Pasaran los años que pasaran, siempre lo querría a él, al hombre que me había dado los momentos más hermosos de mi vida y también los más dolorosos. Siempre tuvo razón: lo nuestro no era, y nunca sería. Pero yo no quise verlo.

Justo cuando la puerta se cerró y su imagen desapareció, supe que ese instante era una despedida. El cierre silencioso de nuestra no-historia de amor.

Caminé hasta el baño y cerré la puerta con llave. Tenía una única idea rondándome en la cabeza, urgente y clara.

CAPÍTULO 30

MISCHA

—Gracias por estar conmigo en cada sesión —indicó Kai, soltando una mano del volante para posar los dedos sobre mi muslo y darme un leve apretón—. Cada vez que entro en ese despacho siento que me rompo un poco más. Es como adentrarse en una sala de tortura voluntariamente. Pero cuando termina, y te veo ahí esperándome con ese abrazo con el que me recibes…, todo ese dolor, de pronto, parece tener sentido.

—Estoy muy orgullosa de ti, Kai. Todos lo estamos. —Envolví su mano con la mía, apretándola suavemente—. Ya verás cómo poco a poco esa carga se va aligerando. Además, no me importa acompañarte, así tengo la excusa perfecta para faltar al trabajo —bromeé, intentando aliviar la tensión.

—Eres una descarada —rio, y me miró de reojo—. Te aprovechas de tu vínculo con el presidente de los Rift para hacer lo que te da la gana. Poco ético, señorita.

—Digamos que los lazos de sangre me dan cierta ventaja, aunque, siendo sincera, creo que Mitch lo aprueba por lo mucho que te aprecia.

—Ja, el presi haría un pacto con el diablo si eso garantizara que no vuelvo a fallarle al equipo —me siguió el juego.

—Qué injusto eres. Sabes perfectamente que para él las personas siempre van primero. Y más aún si las quiere.

—Sí, tienes razón. Davenport es un tipo cojonudo. Tenemos mucha suerte de contar con él.

—Sí —asentí, más seria—. En estos años ha sido un apoyo constante. Me telefoneaba casi a diario, viajaba para verme, estaba siempre pendiente… Aunque no puedo llamarle «tío», porque hacerlo sería reconocer que su hermano, ese hombre despreciable,

es parte de mí. No quiero, no puedo. Mitch es mi familia por elección, no por sangre. Lo es porque mi corazón lo grita, y eso vale más que cualquier lazo biológico.

—Pequeña —Kai llevó su mano a mi mejilla y me limpió una lágrima con el pulgar—, no llores, ¿sí? Nada me gusta más que verte sonreír.

Había aprendido a convivir con esa verdad. Cada vez que la tristeza intentaba apoderarse de mí, recordaba el acto de amor de mi madre. Me repetía una y otra vez: «Mischa, vive. Esa será la mejor recompensa a su sacrificio».

Y eso hacía: vivir. Con dolor, sí, pero también con esperanza. Porque junto a Mitch, y ahora junto a Kai, había descubierto que el cariño —el de verdad— puede aliviar incluso las heridas más profundas.

—Hoy no deberías haber venido conmigo. Llegaban Jordan y Kelsey, seguro que te mueres de ganas de verlas.

Kai cambió de tema enseguida, como siempre que rozábamos una conversación que podía lastimar. Era su manera de protegerse. De protegernos, quizá. Evitar hablar del dolor no lo borraba, aunque a él le servía para seguir respirando.

Yo lo observaba todo el tiempo. Buscaba comprenderlo. Cada movimiento suyo era una pista de cómo estaba realmente, de cuánto podía soportar ese día. Pero seguía sin dejarme entrar. Guardaba sus pensamientos bajo llave, como si ponerlos en voz alta fuera a hacerlos más reales.

Con todos fingía. Se reía, bromeaba, se mostraba atento. Y aunque los demás creyeran esa versión suya, yo sabía que era solo eso: una versión. Detrás de la sonrisa, había cansancio. Una especie de tristeza continua. Lo percibía en su mirada, en la forma en que se forzaba a estar bien. A veces pensaba que, si pudiera, se aislaría del mundo y se quedaría en silencio.

Solo lo veía relajarse cuando hacíamos algo que le frenaba el pensamiento. Cualquier cosa que implicara movimiento, riesgo, adrenalina. Entonces sí, por un instante era él. Su risa salía sin esfuerzo. Aunque duraba poco. Después, todo volvía a su sitio.

Con Juraj era diferente. Kai con él no fingía. Se entendían sin hablar, dos hombres callados, exhaustos. Un día le pregunté al delantero cómo lograba llegar a esa parte de Kai que a mí se me escapaba. Me miró y solo contestó:

—Conmigo no tiene que demostrar nada. No espero nada de él.

Ahí lo comprendí. Ese era su mayor miedo: fallar. No decepcionarme, no lastimar a nadie más. Vivía en tensión, pensando que cualquier paso en falso podía despedazarlo todo.

Y esa batalla se reflejaba también en la intimidad. Quería complacerme, compensar algo que solo él creía que me debía. A veces lo hacía con ternura; otras, con un esfuerzo que me dolía mirar. No lo hacía por deseo, sino por culpa. Por miedo a que yo pensara que no era suficiente.

Después de cada encuentro, me quedaba vacía. No por él, sino por la impotencia. Quería gritarle que no tenía que probarme nada, que solo me bastaba con tenerlo cerca. Sin embargo, temía que al hacerlo lo empujara más hondo en sus miedos. Así que disimulaba no notar cuando se tensaba y me acurrucaba en su pecho, esperando que el silencio lo calmara un poco.

Era muy consciente de que el camino era largo. Que habría recaídas, días oscuros, noches de miedo. Aunque no pensaba rendirme. Él estaba peleando por salir de ese lugar, y yo estaría ahí, con él. Siempre.

—¿Mischa? ¿Me estás escuchando? —Me tocó el muslo y el roce me devolvió a la realidad.

—Eh…, sí, perdón. Me hablabas de las chicas. No te preocupes, las veré ahora. Se retrasaron por un problema con el equipaje de Jordan. River pasará a buscarnos para ir de compras.

Kai sonrió.

—Va a estar bien que nos reunamos todos por algo bueno por fin. Y ojalá esto sirva para que Liam y Conor hagan las paces.

—Seguro que sí. Jordan está emocionada, y Kels también, sobre todo porque va a conocerte. Te va a encantar.

—No lo dudo. Aunque algún día tendrás que contarme eso de «experimentar cosas» con ella.

—Ay, Dios —reí bajito—. Llámalo curiosidad, o necesidad de cariño. Fueron muchas cosas juntas, pero fue bonito.

—Descubrirse sexualmente está bien. —Su voz se fue apagando en ese instante, como si el tema lo arrastrara de nuevo hacia dentro de sus propios pantalones.

El silencio se instaló entre nosotros. Ese silencio espeso, incómodo, lleno de todo lo que ninguno se atrevía a decir. Caminábamos con cuidado alrededor del dolor, temiendo despertarlo.

—Mira, ahí está Prescott con los chicos —rompió él el mutismo mientras aparcábamos—. Parece que les está echando la bronca.

—Sí, eso parece. —Me sequé los ojos antes de que lo notara—. Vamos, a ver qué nos estamos perdiendo.

Abrí la puerta deprisa, buscando aire, buscando cualquier cosa que me apartara de esa tristeza que no se iba, que seguía ahí, pegada a mí igual que el amor que sentía por él.

—¿Hasta cuándo vais a seguir así? ¿No veis que estáis llevando esto demasiado lejos? —los increpó Prescott, cruzándose de brazos —. De verdad, ya nos tenéis a todos un poco hartos con esta guerra de orgullo. Porque, sí, de eso va todo esto: de ver quién cede primero. Si alguno tuviera intención real de romper la relación, no estaríais viviendo puerta con puerta.

—No tienes ni puta idea de nada, no vives con nosotros para saber lo que pasa —le espetó Conor, desafiante.

—Menos mal —replicó Prescott, sin perder la calma—. Porque si lo hiciera, os daba un par de hostias a cada uno. He visto en Toronto cómo luchabais por ese amor cuando todo el mundo estaba en contra, y aun así os elegisteis. ¿Y ahora, dos adultos hechos y derechos no pueden sentarse a hablar como personas civilizadas?

—Que no sirva de precedente —intervino Liam con molestia—, pero pienso como Conor: no puedes venir a darnos una charla como si fuéramos parte de tu equipo de hockey.

—Pues si no queréis «charlitas», empezad por no meter a todo el mundo en vuestras movidas —bufó Prescott—. Hughes y River tienen dos críos pequeños, no están para hacer de mediadores cada vez que os cruzáis. Y por si eso no bastara, parecéis un maldito

condón entre Jones y Mischa. Se acaban de reencontrar, tienen bastante con lo suyo, y vosotros, en lugar de ayudar, los estáis separando. Así que, Conor, vete de la casa de invitados y dales intimidad. Y tú, Liam, deja de comportarte como si necesitaras niñera. Ya está bien, chicos.

—¿Has terminado? —lo retó Conor, alzando una ceja.

—Hablo muy en serio —continuó Prescott, mirándolos uno a uno —. Si se os ocurre fastidiar el cumpleaños de Jordan, os juro que os vais a enterar. Nos ha costado un mundo cuadrar agendas para venir aquí.

—Es mi mejor amiga, jamás haría algo que la lastimara —se defendió Liam, encarándolo.

Prescott se acercó un paso más.

—Perfecto. Entonces esta noche salimos los cuatro, como ella planeó. Está convencida de que esto puede arreglarse. No le quitéis la ilusión.

Giró la cabeza y fue entonces cuando nos vio. Kai fue el primero en abrazarlo, con esa sinceridad que solo mostraba con los suyos. A continuación, vino hacia mí, me saludó también y me susurró al oído:

—Estás haciendo un gran trabajo.

Le sonreí con ternura, y justo entonces aparecieron Jordan y Kels desde la casa principal. En cuanto me vieron, echaron a correr y me envolvieron entre risas y abrazos. Las dos hablaban al mismo tiempo, y yo ni siquiera intenté entenderlas; solo disfrutaba de tenerlas allí, de sentirme otra vez completa.

Pero, claro, Kels levantó la vista y supe al instante a quién había visto. Antes de poder frenarla, ya estaba delante de Kai.

—Tú debes de ser el morenazo, ¿no?

«Perfecto. Empezábamos bien», pensé con ironía, agarrándola del brazo.

—¿Morenazo? —repitió Kai, mirándome divertido.

—Sí, ese es tu nuevo nombre —aclaró Kels con total naturalidad —, y sinceramente no te hace justicia.

Kai soltó una carcajada. Yo, muerta de la vergüenza, le di un manotazo en el brazo.

—Vaya, no sé si debería preguntar cuál era el anterior. —Alzó una ceja, con esa sonrisa medio divertida que lo delataba.

—Nada importante —corté rápido—. Cosas de Kels, tonterías nuestras, ¿verdad? —Le lancé una mirada asesina, esperando que entendiera la indirecta.

Pero Kels, por supuesto, me ignoró.

—En realidad, no te llamábamos. Nos referíamos a ti como el Innombrable.

Kai soltó una carcajada grave.

—Guau, pequeña. Se nota el cariño que me tenías.

Justo en ese momento vimos el coche de River entrando al recinto.

—Venga, nos vamos —dije, y empujé a Kels mientras ella se despedía con un gesto exagerado.

—Ha sido un placer, Kai.

—Lo mismo digo. Y, por cierto, me gustó eso de «morenazo».

Me acerqué para despedirme con un beso, sin embargo, dudé a medio camino. Desde que habíamos vuelto, los besos eran solo cosa de la intimidad, y no sabía si estaba bien hacerlo allí, delante de todos. Pero Kai me tomó de la muñeca, tiró suavemente de mí hasta que choqué contra su pecho y me besó. Así, sin más. Frente a todos.

Una oleada de calor me recorrió entera. Ese beso, sencillo aunque valiente, significaba mucho más de lo que nadie podía imaginar: era su manera de decir «estamos juntos y no pienso esconderlo más».

Aún con las piernas temblorosas, sentí unas manitas abrazándome los muslos. Mi pequeño Seany. Lo levanté entre risas, aunque ya pesaba lo suyo, y me regaló su clásico «guapa».

—Guapo tú —le respondí, apretándolo contra mi pecho.

Cuando alcé la vista, Kai nos observaba con el ceño fruncido y la mirada ensombrecida. No supe bien por qué, pero cada vez que me veía jugar con los niños, algo en él se tensaba. Tal vez miedo. Tal vez dolor.

Después de las presentaciones entre Kels, River y Caden, nos fuimos las chicas. Y el trayecto en coche fue justo lo que necesitaba: risas, música, confidencias. Kels grabó un vídeo para redes, Jordan y

River se unieron, y por un momento todo volvió a ser como antes. Sin dramas. Solo amistad, complicidad y aire fresco.

***

Desde el *jacuzzi* de la casa de Liam y Conor observaba cómo mi amiga descorchaba una botella de champán. Esa bebida burbujeante, con sabor a rayos y resacas infernales, se había convertido en su compañera ideal para una velada perfecta —según ella, claro—.

Esa noche era nuestra, la única que tendríamos para estar a solas. Jordan y Nathan estaban cenando con los Hughes y con los padres de Caden —que para ella eran como una segunda familia—, y después se reunirían con Conor y Liam para una reunión «especial». No de las de siempre, sino una de esas donde pretendían hacer de mediadores entre esos dos cabezotas incapaces de sentarse a hablar sin acabar discutiendo.

Mientras tanto, Kai y Juraj habían quedado con unos compañeros para jugar unos dobles. Mi chico también quería regalarme un rato de desconexión con mi mejor amiga.

—Pecas, toma —dijo, y me tendió una copa antes de meterse en el agua—. Por nuestro reencuentro y por Seattle, esa ciudad que siempre me pareció un horror, pero a la que estoy empezando a verle su lado bueno —bromeó, alzando su bebida para chocar con la mía.

—No será tan bonita como otras, pero es mi ciudad —añadí con orgullo—, y no la cambio por nada.

—Nah, lo que no cambias tú es al morenazo que vive contigo. Si él estuviera plantado en una escombrera, te parecería el lugar más maravilloso del mundo —se carcajeó, y terminé riendo con ella. Tenía razón, un poco.

—Venga ya, que a ti te pasa igual —contraataqué—. ¿Crees que no me he dado cuenta de que ese viajecito de «trabajo» con Owen y Asher por Europa no es solo por los desfiles?

Su sonrisa se desdibujó y supe que había dado en el clavo.

—Ay, Kels, algo está pasando, ¿verdad? Esa relación poliamorosa tan idílica que vendisteis en redes no es tan perfecta como parecía. ¿Me equivoco?

—Pecas, lo que viste fue real —me aseguró enseguida—. Te juro que los vídeos eran auténticos. Lo disfrutamos los tres, aunque nos acusaran de montaje y de querer más popularidad. Solo que…, ya sabes, como en cualquier relación, necesitamos un periodo de adaptación.

—Kels, os quiero mucho a los tres, pero creo que te has metido en un terreno complicado —comenté despacio, sin juzgarla—. Por mucho que ames a Owen con locura, no puedes forzarte a sentir o no sentir. No hay un interruptor para eso, y tú lo sabes.

—Ya, Pecas. Estoy bien, te lo prometo. Simplemente es… eso, adaptación.

Mentía. La conocía demasiado. No estaba bien, solo intentaba convencerse de que lo estaba.

Mi móvil vibró desde el borde del *jacuzzi*. Era un mensaje de Kai:

«Voy de camino a casa. Quédate con tu amiga, nos vemos más tarde en la cama».

Sonreí sin poder evitarlo. Aquel mensaje simple bastó para que mi pecho se llenara de una calma tibia, esa que solo él sabía darme.

—¡Oh, qué bonito! Un «te espero en cama», muy tierno —se burló Kels, leyendo por encima de mi hombro.

—¡Oye! —Le di un manotazo que la salpicó de agua mientras reíamos—. Cotilla, ya te vale.

—Solo me preocupo por mi amiga —se disculpó con fingida inocencia—. Quiero asegurarme de que el morenazo te trata como mereces. Y, por lo que veo, todo va más que bien. Me alegra, Pecas. Ya sabes que Landon nunca me convenció. Le gustaba demasiado gustar. Lo único que me tranquilizaba era saber que no podría romperte el corazón porque tú no lo amabas.

—A ver, Landon tenía sus cosas buenas. Era una relación cómoda, sencilla. Todo surgía según lo planeado.

—Uf, eso suena a aburrido. En cambio, con el morenazo vives en una montaña rusa.

—Con Kai es como estar al borde de un precipicio con los ojos cerrados —confesé—. Da miedo, porque sabes que si das un paso en falso puedes caer. Pero a la vez es adictivo. Y peligroso.

—¿Mischa, está pasando algo que no me hayas contado?

—Digamos que también estamos aprendiendo a acomodarnos, a ir día a día.

—Ey, cielo —se acercó y me abrazó—, ¿qué sucede?

—No sé, Kels. Siento que no soy capaz de llegar a él. Que no confía en mí o que lo que hago nunca es suficiente.

—Deja de soltar tonterías, ¿me oyes? —me pidió limpiándome las lágrimas con delicadeza—. Esta tarde lo dijo River: él está volviendo a ser él, gracias a ti.

—Pero…

—Nada de peros. Solo me bastó verlo un minuto para darme cuenta de lo enamorado que está de ti. Vais a estar bien. Solo necesita tiempo.

—Kels —respiré hondo—, estuve pensando, y creo que sé cómo ayudarlo. Aunque para eso necesito que tú colabores.

—Por supuesto. No tienes ni que pedírmelo.

—Primero escúchame y después decides, ¿vale?

—Dios, Mischa, hablas como si fuéramos a cometer un asesinato —bromeó, aunque su curiosidad era evidente.

Silencio.

Más silencio.

—¡Pecas! ¡Habla ya! Me estás asustando.

—Necesito que nos enrollemos —espeté de golpe.

Kels escupió el champán. Literalmente.

—Espera, espera, ¿que tú… que yo… que *nosotras*? —Nos señaló, con los ojos muy abiertos—. No, no, no, esto tiene que ser una broma. ¿Verdad?

—Sé que suena raro…

—No suena raro, es raro, Mischa.

—Ay, déjame explicarte. —Tomé aire y bebí un sorbo yo también —. Necesito que nos liemos. Como cuando nos conocimos.

—Ay, Dios. Has perdido la cabeza. Sé que soy irresistible, que el sexo entre nosotras fue bueno y que quizá me extrañas, pero… ¿esto? ¿Tía, me estás proponiendo ponerles los cuernos a nuestras parejas? ¿Estás fumando algo?

—No, ¿estás loca? No es eso.

—Pues no sé si eres la mejor persona para hablar de cordura ahora mismo, teniendo en cuenta lo que me acabas de proponer.

—Bah, olvídalo. No comprendes nada. No quiero engañar a nadie. Amo a Kai, y si te lo pido, es por él.

—Para, porque cada vez entiendo menos. ¿Tiene algún fetiche del que debería preocuparme?

—¡Uf, no! Nada de eso. Solo… necesito tu ayuda para que Kai se ponga, digamos, muy muy…

—¿Cachondo? —interrumpió, arqueando una ceja.

—Exacto. Que pierda el control. Que se deje llevar. Y pensé que, si nos ve juntas, quizá funcione.

—Madre mía, esto mejora por segundos —se rio—. A ver, Pecas, ¿de verdad no tienes recursos suficientes para poner cachondo a tu novio que me necesitas a mí? Algo aquí no cuadra.

—Olvídalo. Fue una tontería.

—Eh, mírame —tomó mi rostro con ambas manos—, nada de lo que te pase es una tontería para mí. Habla claro.

—Lo haría, aunque no puedo. No se trata solo de mí, es algo de él. Entiéndeme. —Bajé la mirada, sintiéndome culpable—. Lo siento, es que estoy desesperada.

—Vale, vale. No puedo verte así. No sé qué está pasando, pero si te duele, lo afronto contigo. Enrollémonos.

—¿Qué? —pregunté incrédula.

—He dicho que lo haremos —repitió con una media sonrisa, aunque parecía arrepentirse al instante—. Pero solo tú y yo. Si él entra en el juego, yo me salgo. Una cosa es ayudarte, y otra muy distinta es montarme un trío. Ya voy más que servida con las experiencias a tres por una buena temporada.

—Gracias, Kels —afirmé, y la abracé con fuerza—. Solo tú harías algo así por mí. Y te lo juro: no va a pasar nada con Kai. Yo tampoco estoy lista para verlo con otra mujer.

Después de eso intentamos relajarnos y la mejor manera, obviamente, fue bebiendo champán.

Creo que las dos necesitábamos un empujoncito. Esto no se parecía en nada a lo que habíamos vivido cuando nos conocimos; en

aquel tiempo todo surgió de forma natural, entre risas, caricias y esa necesidad mutua de sentirnos queridas.

Esta vez era distinto. Más forzado. Pero si servía para que Kai dejara atrás sus fantasmas y se soltara un poco, valdría la pena.

Solo esperaba no cagarla.

De repente, vimos los focos de un coche adentrándose en el terreno. El vehículo giró hacia la derecha, así que no había duda: era Kai.

Nos miramos y, sin decir palabra, las dos nos abalanzamos sobre la botella de champán al mismo tiempo, provocándonos una carcajada.

Cogí el teléfono y le mandé un mensaje: «Ven a la piscina cubierta».

—Vale, está avisado, viene para aquí —informé a Kels, intentando que no se me notaran los nervios—. ¿Lista?

—Supongo que sí… ¿Qué hacemos?

—No sé… podríamos empezar por besarnos.

—Buena idea. ¿Cómo nos colocamos?

—Ay, Kels, ¡qué más da! Me estás poniendo más nerviosa.

—Pues aparca los nervios, cariño, que te recuerdo dos cosas: una, esta idea suicida fue tuya; y dos, así, con esa cara de susto, no le subimos la libido ni a un cactus.

—Venga, quítate la parte de arriba del bikini —ordené, haciendo lo mismo.

Mi amiga se quedó paralizada, con los ojos muy abiertos.

—No me digas que ahora te da reparo enseñar las tetas —reí—. Si vivías en bragas por casa, tía.

El sonido de la puerta al abrirse nos hizo sobresaltarnos.

Kels se soltó el tirante, dejó caer la parte de arriba y, sin pensarlo, la besé.

Aquel contacto no me resultaba desconocido. Recordaba perfectamente la suavidad de sus labios, la calidez, el sabor dulce del champán mezclado con su piel.

No era un beso apasionado ni romántico. Era más bien bonito. Cómplice.

Su lengua y la mía se entrelazaron con un ritmo lento, casi ensayado.

Sus manos recorrieron mi espalda, las mías se deslizaron por su cintura. Todo era ligero, natural, hasta que la miré. Y vi algo en su expresión que me heló la sangre.

Seguí su mirada, y ahí estaban.

Kai. Y a su lado, Juraj.

El primero con el rostro endurecido, los ojos oscuros y fijos en mí.

El segundo, sonriendo como si aquello fuera la mejor película de su vida.

—¡Joder, que hay otro tío, Mischa! —susurró Kels contra mi cuello, pegando un respingo.

—Tú sigue, no pares —alcancé a decirle al oído, sin abandonar los ojos de Kai.

Podía ver cómo su mandíbula se tensaba, cómo sus puños se cerraban a los lados. Nada que ver con Juraj, que parecía encantado con el espectáculo.

Y, de repente, me invadieron las dudas.

¿Y si Kels tenía razón?

¿Y si esto había sido una idea horrible?

¿Y si Kai pensaba que le estaba poniendo los cuernos?

—Qué suerte, colega —soltó Juraj entre risas—. Que te reciban así al llegar a casa. Eres un puto privilegiado.

Kai me clavó la mirada. Oscura. Herida. Furiosa.

A continuación, se dio la vuelta y salió sin decir palabra.

—Mierda —susurré. Me aparté de Kels de golpe, me puse la camiseta a toda prisa y busqué mis sandalias.

—¡Mischa, espera! —la escuché protestar detrás de mí, pero ya corría hacia la puerta.

Sentía culpa por abandonarla allí, sola, en esa situación tan incómoda.

Aunque en ese momento solo existía una persona en mi cabeza.

Kai.

CAPÍTULO 31

KAI

Cerré la puerta del cuarto de un golpe.

Fui directo al estante, agarré el *puck* y lo lancé con toda mi rabia contra el suelo. El sonido seco retumbó en la habitación. Mis ojos, nublados por las lágrimas, se clavaron en la foto que Mischa había puesto del día que saltamos en paracaídas. Pasé los dedos por su rostro, le di la vuelta y me senté en la cama, derrotado. Me incliné hacia adelante, cubrí mi cara con las manos y lloré.

Escuché pasos en la escalera. La puerta se abrió sin que hiciera falta mirar. Sabía perfectamente quién era.

Aun así, no levanté la cabeza.

—Kai, lo siento —susurró ella, agachándose hasta apoyarse en mis piernas—. No era mi intención lastimarte. Solo quería ayudar y me equivoqué. Kels tenía razón, fue una idea horrible, pero yo… yo creí… —su argumento perdió fuerza— creí que…

—¿Qué creíste, Mischa? —Alcé la cabeza. Permití que me viera roto. Total, ya no tenía sentido fingir.

—Creí —repitió con la voz ahogada— que, si revivías algo parecido a lo que tuviste con River y Hughes, te ayudaría a soltarte. Me contaste una vez que fue liberador para los tres y pensé que…

—¡Joder, Mischa! —grité temblando de dolor—. ¿De verdad no ves que no es lo mismo? ¡Ni tú eres River, ni Kels es Hughes, ni yo soy aquel hombre! No puedo creer que algo así te pareciera una buena idea.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Se dejó caer al suelo, como si el cuerpo ya no le respondiera.

—Me has visto sufrir, Kai. Has visto cómo me rompo intentando ayudarte, cómo me quedo sin recursos —balbuceó entre sollozos—. Y, aun así, lo único que se te ocurre es gritarme.

—¿Ayudarme? ¿Así? ¿Montándotelo con tu amiga? ¿Qué cojones te pasa, Mischa?

Ella retrocedió un paso, dolida, y de pronto su voz se endureció.

—Vale. Perfecto. Soy una imbécil. Arrastré a mi mejor amiga a una locura porque cada día me parto la cabeza buscando una forma, cualquier forma, de que vuelvas a ser tú. Pero no sé con qué lucho, Kai. No me permites entrar, no confías en mí.

—¡¡No hagas nada, joder!!

—¡Eso también lo hago! —gritó ella de vuelta, pero su rabia se diluyó al instante—. Me callo cuando te observo en tu mundo. Hago como que no noto tus sonrisas vacías. Cuando cambias de tema al borde del dolor, finjo que no lo veo. Cuando me tocas forzado, guardo silencio y ahogo las lágrimas.

—Mischa —sostuve, aturdido—. Yo nunca te he tocado por obligación.

—Kai, percibo cómo te tensas, cómo tu cuerpo se encoge. Y me duele. Porque algo que debería nacer del deseo y del amor, nace del miedo. Y ese miedo tuyo también me está destruyendo. —Respiró hondo—. No puedo más. No necesito sexo, Kai. *Te necesito a ti*. Pero ni siquiera te tengo. Y esa distancia que había entre nosotros al principio sigue ahí, inamovible. Esta noche solo he abierto los ojos. Haga lo que haga, no basta.

Me puse de pie y la alcé del suelo. Tomé su rostro entre mis manos y apoyé mi frente en la suya.

—Pequeña, no te rindas. Por favor, no lo hagas. Te quiero.

—No me rindo. Pero siento que he perdido la batalla. Que no soy suficiente para ti.

—No digas eso nunca más. Eres todo lo que necesito, Mischa. Eres la única luz que tengo. —Roce sus labios con los míos—. Perdóname. No sabía que lo estabas pasando tan mal. A veces me pierdo en mi cabeza y no veo más allá, aunque quiero que entiendas algo: jamás te he tocado por compromiso. Te deseo. Te deseo con locura. Me muero por ti, sin embargo, cuando llega el momento, algo se apaga dentro de mí. Mi cuerpo y mi mente colapsan. Pero nunca, jamás, fue por falta de deseo.

Ella asintió, con lágrimas silenciosas.

—Kai, lo de esta noche…, lo siento. No sé en qué estaba pensando.

—Yo sí lo sé, Mischa. Querías ayudarme, así que el que debería pedir perdón soy yo. Te estoy arrastrando conmigo, y eso no puedo permitirlo.

—No digas eso —le pedí, temblando—. No me alejes otra vez para protegerme, no lo soportaría.

Le deposité un dedo en los labios.

—No podría hacerlo por más que quisiera. Aunque seguramente seas tú quien decida irse cuando te cuente lo que realmente me sucede. No voy a continuar ocultándolo. Mis fantasmas nos están destruyendo a los dos.

Entrelacé sus dedos con los míos y la guie hasta la cama. Me recosté primero, apoyándome en el cabecero. Ella me siguió y se acurrucó contra mi pecho.

—Kai, ¿estás seguro?

—No —respondí con honestidad—. Pero es lo correcto.

Solté el aire y la abracé más fuerte. Mischa comenzó a acariciarme el pecho, despacio, como si intentara así calmar a una bestia herida. Permanecí en silencio, buscando el valor entre los besos que dejaba caer sobre su piel.

—El día que todo estalló entre nosotros —comencé con voz temblorosa— creí que me iba a volver loco. Verte así, destrozada por mi culpa, me estaba matando. Te busqué desesperado, primero en casa de Davenport, después en la de Juraj cuando me avisó. Estabas dormida… tan frágil, tan pequeñita, que solo quería abrazarte y decirte que te amaba. Decírtelo tantas veces que compensara todo el tiempo que lo callé. Pero ni siquiera tenía derecho a hacerlo.

—Estaba despierta, Kai —señaló Mischa, la voz desgarrada—. Sentí cómo me tocabas y cuando saliste de la habitación, te seguí. Sin embargo, al llegar al pie de las escaleras, me di cuenta de que no podía enfrentarte. Todo había sacudido mi vida de tal manera que apenas me mantenía en pie. Por eso te dejé ir. Te dije adiós en silencio —sollozó al recordarlo.

—Yo supe que te había perdido desde el momento en que arrancaste el coche. Aunque me negaba a creerlo. No podía

aceptarlo. Por eso volví a casa y me enfrenté a Madison. Le dejé claro que no iba a volver con ella, y que, si realmente estaba embarazada de mi hijo, me haría cargo. Pero que entre nosotros todo había terminado.

—Ella te amenazó delante de mí con quitarte la custodia. Ese era otro de los motivos que nos separaban.

—Sí. Me volvió a chantajear con eso. Aunque le advertí que pelearía por él, y que, de llegar ante un juez, ella también tendría que rendir cuentas. Porque se quedó embarazada engañándome. —Me llevé una mano al rostro, apretando los ojos, conteniendo la rabia—. No voy a justificarme diciendo que estaba hecho mierda por lo de mi abuela, ni que me volví loco al ver la casa vacía, sin rastro de ninguna de vosotras. Tampoco voy a excusarme en su manipulación. Porque tuve la oportunidad de detenerlo y no lo hice. Me pudo la ira. Soy responsable de lo que pasó ese día. Pero también es verdad que ella lo planeó. Estaba al corriente de que quería el divorcio, sabía que los hijos no entraban en mis planes.

—Sé que tú y yo no estábamos juntos —irrumpió, tragando saliva —, y puedo entender que recayeras con tu ex. Pero dolió. Dolió como una traición, aunque sabía que no tenía derecho a sentirla.

—Y yo fui muy consciente de que te fallé, que te desilusioné. Porque habíamos estado juntos y lo ensucié todo. Había arruinado uno de los mejores momentos de mi vida. Por eso, cuando salí de allí, estaba desesperado. Roto. No tenía valor para enfrentarme a mis amigos, ni siquiera a Caden porque con él también guardé silencio cuando no debía. Lo lastimé, igual que a ti. Repetí la historia. Y con River, con ella solo había visto la decepción en sus ojos al enterarse de lo de Madison. Así que hice lo más cobarde que podía hacer: me fui a un bar.

Respiré hondo, con picor en los ojos, la voz más baja.

—Esa fue la primera noche que me ahogué en alcohol. La primera vez que perdí la conciencia. Me desperté tirado en una esquina, cubierto de frío y vergüenza. Así de triste. Así de patético. Y fue entonces cuando pensé en tu padrastro y en ti.

Reparé en cómo temblaba. Lloraba sin control, aferrada a mi pecho, y noté sus lágrimas empapando mi camiseta. Tomé aire,

limpié mi rostro con el antebrazo y continué.

—Cuando llegué a casa de Juraj todavía estaba medio ebrio. Monté un escándalo. Asusté a sus hermanos. Él los mandó al colegio y se quedó conmigo. Me metió bajo la ducha, me acostó… Fue patético, vergonzoso —repitió, con la voz rota.

»Al despertar, River y Hughes estaban allí. Me contaron que te habías ido con Jordan y Prescott a Chicago. Que necesitabas asimilarlo todo. Que te diera espacio. Que esperara a que volvieras para las clases.

Inspiré con fuerza, tratando de calmar el temblor de mis labios. Ella levantó la cabeza, los ojos hinchados, y me besó. Un beso triste, desesperado.

Dios, revivir aquello nos estaba destrozando, a los dos.

Exhalé.

—Esos días en los que tú no estabas, acompañé a Madison al médico. Y sí, estaba embarazada. Los tiempos coincidían. No puedo decir que me alegrara ni que me hiciera ilusión. No era así. Yo no quería a ese bebé, Mischa. No deseaba traer al mundo a alguien que llevara mi sangre ni la de mis padres. Intenté convencerla de que abortara, le recordé lo de Londres, pero le dio igual. Se aferraba a ese hijo creyendo que con eso podría retenerme. Y entonces solo sentí pena. Pena por ese ser que iba a llegar al mundo con una mierda de padres.

—Kai, no digas eso. Si hay algo que tengo claro es que jamás serías un mal padre. Eres la persona más generosa que conozco. Cuidas y amas a los demás por encima de ti mismo. No te permito que pienses algo así.

—Esa es la imagen que tú tienes de mí. Aunque la realidad es otra. Yo destruyo todo lo que amo, Mischa. No soy bueno para nadie. Cualquiera que se me acerca termina herido.

Tomé aire, buscando valor. Porque lo que venía a continuación me mostraría ante ella tal como era: roto, imperfecto, culpable.

—A los pocos días de la visita médica, Madison empezó a sentirse mal. Le diagnosticaron una amenaza de aborto. Debía guardar reposo absoluto. Y cuando el médico nos informó, sentí que me desmoronaba. Porque no había querido a ese niño y ahora su vida

corría peligro. Fue como si el universo me castigara por mis propios pensamientos.

—Eso no funciona así, Kai —declaró ella, acariciando mi brazo—. No eres un monstruo por haber dudado. No todos los embarazos son buscados o deseados. Es normal sentirse perdido, asustado, frustrado.

—Gracias, nena —le rocé la mejilla con el pulgar—, sé que intentas hacerme sentir mejor. Aunque nada de lo que vino después me libera de la culpa.

»Contraté personal para cuidarla, para que no le faltara nada. Me quedé en casa hasta que todo se estabilizó un poco. Pero enseguida comenzaron las clases, y tú no regresabas. Esperé dos días. Luego tres. Una semana. Hablaba con Prescott todas las noches. Siempre me decía lo mismo: que estabas intentando asimilarlo todo. Sin embargo, poco a poco su discurso cambió. «Dale tiempo, Kai. Ella volverá cuando esté preparada. Mientras tanto, céntrate en resolver tus problemas». Era como un mensaje en clave. Parecía pedirme que te olvidara. Que lo aceptara. Y no podía. Así que, sin pensarlo dos veces, volé a Chicago. ¿Mi sorpresa? Que te habías marchado hacía más de una semana a Londres. El único puto lugar del mundo que sabías que yo no pisaría.

Mischa suspiró. Se pasó las manos por la cara y me miró con los ojos rojos, vidriosos.

—Kai, había caído en un abismo. Pensé que tomarme unos días me ayudaría, aunque fue lo contrario. Me estaba hundiendo más. No sabía quién era. Solo pensar en volver a Seattle me enfermaba. No podía enfrentarme ni a ti ni a Mitch. Sentía un dolor tan grande en el pecho que me costaba respirar.

»Vosotros erais un recordatorio constante de todo lo que me dolía. Así que llamé a Mitch. Le expliqué cómo me sentía. Él no era culpable de lo que había pasado; también sufrió lo suyo. Sin embargo, su sola presencia evocaba lo que su hermano le hizo… y todo el infierno que vivió mi madre con mi padrastro. Necesitaba huir. Irme a un lugar donde pudiera empezar de cero. Sanar. Londres fue mi elección. Para ti era el infierno, para mí, en cambio, era un lugar seguro.

»Mitch me ayudó a entrar en una universidad, a prepararlo todo. Y cuando llegó el día, antes de subir al avión, grabé un vídeo de despedida para los chicos. Me costó mucho hacerlo, no podía parar de llorar. No era justo marcharme así, pero temía que, si te avisaban, aparecieras. Y si lo hacías, no habría tenido fuerzas para irme.

—Cuando me enteré, me volví loco. Me peleé con todos: con los chicos, con Davenport. Los culpé a ellos, aunque sabía que el único responsable era yo. Me hundí otra vez en el alcohol. Porque tú no estabas. Porque Madison no paraba de llamar, recordándome la vida que me esperaba. Una que no quería y para la que no estaba preparado.

»Pasé tres días vagando sin rumbo. Hasta que, al fin, toqué fondo. Y decidí que debía hacerlo bien. No te tenía a ti, pero venía alguien en camino que dependía de mí. Que merecía que fuera mejor. Así que te bloqueé, en mi cabeza y en mi corazón, Mischa. Me obligué a hacerlo. Me centré en ese bebé inocente, aunque ya era tarde. Ese viaje lo cambió todo.

Me recoloqué en la cama, todavía llorando. Cambiamos de posición; apoyé la cabeza en su regazo, evitando mirarla. Ella se recostó contra el cabecero y empezó a acariciarme el cabello en silencio.

—Kai, sé lo que pasó y cómo cambiaste después de aquel suceso.

—No, Mischa —negué con un hilo de voz—, no tienes ni puñetera idea. Mi vida se convirtió en una pesadilla. Una de esas que te despiertan con el corazón desbocado y el alma hecha trizas.

»Cuando regresé y abrí la puerta de casa, me encontré a Madison esperándome con una sonrisa. No me reclamó nada por haber desaparecido días. Cocinaba, decía que estaba aprendiendo porque quería ser ella quien preparara la comida del bebé. Había música sonando, llevaba vaqueros, una camiseta básica, sin una gota de maquillaje, jamás la había visto así. Al principio pensé que era una estrategia, una de sus formas de reconquistarme, sin embargo, con el paso del tiempo seguía igual: feliz, serena, fingiendo normalidad.

—¿Pero no tenía riesgo de aborto? —preguntó Mischa, con el ceño fruncido.

—Sí, pero me explicó que el último chequeo había salido bien, que podía hacer vida normal mientras evitara el estrés. La veía sonreír, acariciar su vientre, hablarle al bebé, comprar ropa, imaginar nombres. Y cuanto más feliz parecía ella, más me hundía yo. No era capaz de compartir esa alegría. Me ahogaba. Me sentía prisionero en mi propia casa, respiraba solo cuando salía a entrenar. Pero al volver, allí estaba la esposa perfecta, representando una vida perfecta.

»Un día no pude más. Me senté a su lado y le hablé claro. Le dije que no había cambiado de opinión, que lo nuestro había terminado, que quería el divorcio. Ella se quedó muda. A continuación, se levantó, fue al cuarto y al rato escuché un grito. Cuando llegué, lloraba desconsolada. Me enseñó la mano. Estaba llena de sangre.

—Oh, Dios mío. —Mischa se llevó una mano a la boca—. Ahí fue cuando lo perdió, ¿verdad? Y tú crees que fue por lo que le dijiste.

Negué despacio, con la garganta cerrada. Mis ojos ardían.

—No lo perdió, Mischa. No había bebé. Esa sangre, era su menstruación.

—¿Qué? —parpadeó, incrédula—. No, no entiendo, ¿estuvo fingiendo todo ese tiempo?

—Algo así. Cuando fui a buscarte a Chicago, ella no paraba de llamarme, pero la ignoré. No se encontraba bien, algo iba mal con el embarazo, hasta que todo se torció. Abortó sola, en el baño de casa. —Tragué saliva, la voz hecha pedazos—. Luego su mente lo bloqueó, lo borró por completo. Hasta que en el hospital la realidad la trajo de vuelta. Se volvió loca. Tuvieron que sedarla. Estuvo ingresada una semana. Cada vez que las pastillas dejaban de hacer efecto, gritaba, me insultaba, me culpaba. Me acusaba de que yo los había abandonado, que condené a nuestro hijo… Y lo peor es que tenía razón. No estuve allí. No la ayudé. No fui lo que debía ser.

Rompí a llorar.

Mischa me abrazó con fuerza, apretando mi cabeza contra su pecho.

—No, Kai, no. No puedes cargar con eso. Se dieron mil circunstancias que tú no controlabas. No sabes si habría sucedido lo mismo aunque hubieras estado ahí. No asumas culpas que no te corresponden.

—Me quedé a su lado porque la destruí —murmuré, roto—. Y tenía que intentar reparar el daño. Madison cayó en una depresión bestial. No comía, no hablaba, no se levantaba de la cama. Fueron meses oscuros. Cuando por fin regresó al trabajo después de un viaje a Arizona volvió convertida en la misma mujer que conocí, como si todo lo anterior no hubiera existido. Ni tristeza ni culpa, nada. Vacía.

—Qué extraño todo eso…

—Sí. Lo fue. Y pronto comprendí por qué. Una noche la encontré metiéndose una raya de coca en la encimera de la cocina. Perdí el control. Tiré el resto por el fregadero. Se volvió loca. Me gritó, me culpó, aseguró que era mi responsabilidad que estuviera así, que yo la había llevado a ese punto. Y lo peor es que creí cada palabra. Así que me quedé. Le prometí que, si se trataba y buscaba ayuda, yo estaría ahí. Pero no cumplió. Cada cierto tiempo encontraba rastros de polvo, bolsas escondidas. Siempre la misma historia, una y otra vez.

»Y en ese proceso, yo también me hundí. Empecé a beber. Al principio para dormir, luego para no pensar. Quería apagar mi cabeza, dejar de sentir culpa. —Me rompí—. No deseaba existir, Mischa. Porque cada trago era un castigo. Cada resaca, un recordatorio. Quizá si hubiera hecho las cosas de otra manera, ese bebé estaría vivo. Y Madison no sería adicta.

Mischa me sostuvo el rostro entre sus manos, obligándome a mirarla.

—Kai, tú tampoco estabas bien. Perdiste a tu abuela, luego a mí y después a ese bebé que nunca llegó. Todo tu mundo se vino abajo. Y aun así seguiste cuidando a los demás. Ella tomó decisiones. Nadie la obligó a consumir. Nadie te dio ese poder sobre ella. No puedes seguir pagando por los errores de todos.

—¿Y no te repugna saber todo esto? —pregunté entre lágrimas—. ¿No me ves distinto ahora?

—No —aseguró, con los ojos empapados—. Sigo viendo al hombre del que me enamoré. El que me enseñó a nadar, el que me llevó a patinar, el que me dio mi primer beso y me ofreció un hogar cuando no tenía a nadie. El que siempre prioriza a los demás antes

que a sí mismo. Pero eso se acabó, Kai. Ahora te toca dejar que alguien te cuide a ti.

»Te quiero, Kai Jones.

Se inclinó y me besó los labios, suave, temblando, mientras ambos llorábamos.

La aparté un segundo, con la voz despedazada:

—Espera —susurré—. Hay algo más que debes saber. Tras el aborto, me hice una vasectomía. Era eso o arrancarme la polla. Y aunque pudiera revertirlo, no lo haría. No quiero tener hijos.

Me fijé en su rostro, buscando alguna señal de lo que pasaba por su cabeza. Esperaba ver decepción, pena, algo. Pero no. Mischa solo me miraba con esos ojos verdes llenos de calma y atención.

—El psiquiatra cree que arrastro un trauma profundo por lo que viví con mis padres. Dice que mi mente asocia la idea de tener hijos con algo peligroso, algo que no debería repetirse. Como si mis genes fueran una maldición que tiene que morir conmigo. Cuando ocurrió lo del embarazo, tan inesperado y con todo lo que vino después, mi cabeza lo grabó para siempre. Asocié el sexo con la reproducción, y la reproducción con la culpa, el dolor y la pérdida.

»Según él, desarrollé una especie de bloqueo psicógeno, una disociación entre el deseo y la respuesta física. Mi cuerpo reacciona, pero mi mente lo interrumpe. Es como si en el último segundo algo dentro de mí tirara del freno. No eyaculo, no llego al clímax. Y no es físico. Es mental. Es miedo. Culpa. Rechazo. Todo mezclado.

—Kai… —murmuró ella, pero no me detuvo.

—Dice que solo cuando hay emociones más fuertes que ese miedo, algo que lo anule, puedo funcionar con normalidad. ¿Te acuerdas de aquella vez en la cocina? Cuando nos besamos por primera vez. No lo planeé, ni siquiera lo pensé. Estaba enfadado, confundido, desesperado por ti y en ese momento no existía nada más. Por eso no me bloqueé. Pero después, cuando todo volvió a ser más previsible, cuando ya sabía que podía pasar algo entre nosotros, todo se vino abajo. Mi cabeza volvía a recordármelo: el sexo lleva a la reproducción, la reproducción al dolor y el dolor a perderlo todo.

Bajé la mirada, incapaz de sostener sus ojos.

—Por eso estoy roto, Mischa. Porque incluso cuando te tengo cerca, mi cuerpo teme hacer daño.

—Kai, cariño —enredó sus dedos en mi pelo y me miró con una ternura que me llegó al alma—, esto pasará. Date tiempo, no te exijas. Cuando entiendas que lo nuestro es algo bonito, algo limpio, vas a volver a sentir. Y te prometo los mejores orgasmos de tu vida —bromeó, intentando restarle importancia.

Joder, no la merecía. ¿Cómo una chica como ella podía amar a alguien como yo, que iba a medias por la vida?

—Eres increíble —aseguré abrazándola con fuerza—. Te quiero. Te quiero con locura. Y por eso, Mischa… —la aparté suavemente, colocando un mechón de su cabello detrás de la oreja mientras reunía valor para seguir—, necesitas tomarte un tiempo y pensar en lo que te he dicho. No has comentado nada sobre la vasectomía, y eso no es algo que se cure con terapia: es una realidad. Te he visto con Seany, cómo lo miras, la ternura, el amor. No quiero que renuncies a eso por mí. No voy a darte hijos, y mereces decidir si eso es algo con lo que puedes vivir.

—Uf, Kai —bufó apartando mi mano con un gesto de fastidio—. Soy muy joven para pensar en hijos, sinceramente. Y lo de la maternidad… no lo termino de ver. Y si algún día eso cambia, pues igual que yo respeto tu decisión, tú respetarás la mía. Podría ser perfectamente madre y padre de un niño, llegado el caso.

—Espera —sonreí con incredulidad—. ¿Crees que eso que planteas podría funcionar?

—Claro que sí. Nos adaptaríamos, como siempre.

—Ya estás escurriendo el bulto, y lo sabes.

—Lo que estoy haciendo es no tomar decisiones hipotéticas de un futuro hipotético —replicó, levantando la barbilla—. Intento que entiendas que no tengo problema con tu decisión. Eres tú el que busca grietas en cada palabra que digo.

—No es eso, testaruda. Solo es que… te vi con Sean y no quiero que descartes la idea de ser madre por mi culpa.

—Yo. No. Descarto. Nada. Porque no hay nada que descartar —remarcó cada palabra—. Y en cuanto a Seany, lo amo. Ese niño y yo tenemos una conexión desde que era un bebé. Siempre supo

cuándo estaba triste. Me abrazaba, me acariciaba como si entendiera todo sin decir una palabra. Así que, Kai Jones, siento decírtelo, pero ese peque siempre va a tener un pedacito de mi corazón.

Se inclinó hacia mí con una sonrisa pícara.

»Y, además, estás dando por hecho que voy a pasar toda mi vida contigo, quién sabe, igual me canso cuando seas un viejecito, y me busco a uno más joven, más guapo —dibujó la línea de mi mandíbula con su dedo y bajó por mi pecho—, con mejor cuerpo… y menos plomazo. —Terminó dándome una palmada y echándose a reír.

—Quizá tenga que esforzarme más —murmuré, tirando de ella para hacerla caer sobre mí—, y demostrarte que no vas a encontrar a nadie que te quiera como yo.

—Deberías —rio—. Y más ahora que trabajo en el equipo y estoy rodeada de chicos guapos. Como, no sé…, ¿Juraj, por ejemplo?

—¿Cómo? —Me lancé a hacerle cosquillas mientras ella gritaba entre risas—. ¡Retíralo!

—¡Nunca! —me provocó, carcajeándose.

La besé con fuerza, con hambre, con ese fuego que solo ella sabía despertar en mí. Me respondió igual, hasta que tuve que separarme para recuperar el aliento.

—Retíralo —exigí, fingiendo seriedad.

—Jamás —repitió con una sonrisa desafiante.

La volví a besar, más lento, más profundo. Cuando nuestras respiraciones se mezclaron, me aparté y caí de espaldas junto a ella.

—Vale, entonces no me queda otra que deshacerme del eslovaco.

Ella soltó una carcajada, se apoyó en un codo y empezó a dibujar círculos con su dedo sobre mi pecho. A continuación, acercó su boca a mi oído.

—Te recuerdo que aún queda el resto de la plantilla.

—Pues me los cargaré a todos, uno por uno —reí, imitándola—. Hasta que solo quede el portero y no tengas más opción que elegirlo a él.

—¿Sabes qué pasa? —preguntó rozando mis labios—. Que el portero nunca tuvo que competir con nadie. Porque desde el primer

momento mi corazón ya era suyo.

Me estremecí. Tiré de ella hasta colocarla sobre mí y la besé despacio, sintiendo cómo me llenaba de calma.

—Kai —apoyó la barbilla sobre mi pecho. Hacía ese gesto con la nariz y la boca, como un ratoncillo curioso, y juro que me pareció encantador—, ¿te molesta que me quede así? Es que, desde las vacaciones en el barco de Prescott, no volvimos a dormir en esta postura.

—Nada me gustaría más. —Besé su cabeza, acariciándole la espalda con los dedos.

Y esa noche, por primera vez en mucho tiempo, sentí paz.

Porque estaba ahí, con ella.

Porque mi mente no se iba a ningún otro lugar.

Porque ella ya lo sabía casi todo, y, aun así, se había quedado.

Me había elegido.

Nos había elegido.

CAPÍTULO 32

MISCHA

Los aplausos resonaron en la sala cuando Jordan sopló las velas de la tarta. Prescott, con ayuda de Kels y Liam, había organizado una fiesta increíble. No solo estábamos los amigos más cercanos y los padres de Hughes, sino que esa misma tarde habían llegado, en avión privado, varios compañeros de Nathan y Jordan desde Chicago.

Fue una sorpresa total. Ella estaba radiante, feliz de tenernos a todos allí, en Seattle.

Kai me rodeaba con un brazo mientras bromeaba con Peter, el padre de Caden, que no paraba de decir lo orgulloso que estaba de que su nieto, Sean, siguiera sus pasos en la música. Vi a Kels acercarse. Desde la noche anterior no habíamos hablado de lo que había pasado. Era una pésima amiga, lo sabía. Pero en mi defensa… no tuve tiempo. Me dediqué a vivir. A ser feliz.

Esa madrugada, Kai me despertó antes de que amaneciera. El loco insistía en llevarme a un sitio. Entre protestas y risas, consiguió sacarme de la cama y vestirme. Se agenció la moto de Conor y rodamos casi cincuenta kilómetros hasta llegar a Whidbey Island.

Cogió una mochila y caminamos un rato hasta que encontró el «lugar perfecto» —según él— para ver el amanecer. Extendió una manta, se sentó y me acomodó entre sus piernas, envolviéndonos a los dos con otra. Me pasó un café caliente. Compartimos los sorbos y el silencio.

Podía ser el paisaje más hermoso del mundo, pero nada se comparaba con él. Con esa paz en los ojos que hacía demasiado que no veía. Había extrañado eso: su calma, su risa, su piel. Y por primera vez en mucho tiempo, todo estaba donde tenía que estar.

Después de caminar, correr y acabar empapados de tanto jugar, volvimos a casa muertos de frío. Me metí en la ducha temblando y, para mi sorpresa, él se unió. No hice nada. Lo dejé hacer. Me enjabonó despacio, me lavó el pelo, me acariciaba mientras sus labios recorrían mi cuello. Lo observé buscando esa tensión que antes lo habitaba —la mandíbula apretada, los hombros rígidos—, pero no estaba.

Así que continué yo. Lo toqué con cuidado, con cariño, sin prisas. No quería romper ese equilibrio frágil. Pero fue él quien guio mi mano hacia su polla, quien me alentó a seguir, porque ya no había miedo. Envolví su miembro con suavidad, presionando lo justo, deslizándola lentamente de una manera castigadora. Cerró los ojos, apoyó sus manos contra la pared detrás de mi cabeza y dejó caer su frente contra la mía. Su respiración estaba agitada, así que aumenté el ritmo de mis movimientos y llevé mi boca a su oreja, lamí su lóbulo y besé su cuello en un rastro húmedo, presionando con mis dientes su piel. Soltó un leve gruñido mientras mi mano libre recorría su cuerpo con suaves caricias, contrastando con los movimientos desenfrenados de la otra.

Llegué hasta su trasero y lo apreté con fuerza; otro gruñido escapó de sus labios. Me miró con los ojos más oscuros que la noche y enredó sus manos en mi cabello. Antes de besarme, suplicó: «No pares». Su boca atrapó la mía, colando su lengua en mi interior para enroscarla mientras sus gemidos se ahogaban en mi garganta. Y cuando se entregó por completo, cuando sus besos se volvieron desesperados, sentí que no solo se liberaba él… también lo hacía yo.

Nos reímos entre besos, aún con el agua cayendo sobre nosotros. Y cuando me apoyó contra la pared, cuando su boca descendió por mi cuerpo hasta llegar a mi sexo, me arrancó un jadeo. Se arrodilló y separó mis piernas hasta colocar una por encima de su hombro. Su boca se deslizó por mis pliegues, su lengua encontró mi centro y me embistió con ella. Tuve que poner los brazos en cruz para sujetarme y apoyar mi cabeza contra la pared mientras el agua corría por mis pechos.

Su boca mordisqueó y succionó mi clítoris, y sus dedos ocuparon el lugar que había abandonado su lengua. No me dio tregua; en

cada movimiento había desesperación, necesidad de volverme loca, de hacerme vibrar, de transmitirme lo que sentía al tocarme, cuánto me deseaba. Y mientras gritaba su nombre, perdida en lo que me provocaba, entendí que aquello no era sexo: era reconexión, era amor, era volver a encontrarnos.

Entre risas, nos secamos el uno al otro y volvimos a la cama, desnudos, abrazados, mientras el sueño nos envolvía como lo hacían nuestros cuerpos.

Y sí, probablemente Kels me odiara por no contestar sus mensajes, pero lo cierto era que, por primera vez en mucho tiempo, nada me importó.

—Hola —saludó Kels con voz tímida, casi avergonzada, al llegar a nuestra altura, evitando mirar a Kai. Sin embargo, cuando sus ojos se cruzaron con los míos, vi dos llamas encendidas.

«Oh, oh…, esto no pinta bien», pensé.

Antes de que pudiera saludarla, se giró hacia mí con los brazos cruzados.

—Y tú, traidora, ni me hables. Estoy muy cabreada contigo. Y no solo por el ridículo que hicimos con tu brillante plan, sino porque me dejaste plantada en la piscina… digamos que con poca ropa… y con el idiota arrogante de casi dos metros.

Miré a Kai. El muy canalla se estaba aguantando la risa.

—Kels, lo siento, de verdad. —Puse carita de pena—. Perdóname, amiga.

—Ya te puedes ir currando la disculpa, Pecas. Porque cuando saliste corriendo detrás de *este* —remarcó con el dedo—, diste tal portazo que se cayó la manilla. Resultado: me quedé encerrada con el puñetero Thor del hielo.

Kai soltó una carcajada.

—¿Thor del hielo? Ese que cambió el martillo por el *stick*, ¿no?

No pude evitar desternillarme también. Juraj medía un poco más de metro noventa y era una masa de músculos. El apodo le venía que ni pintado.

—Me alegro de que os haga tanta gracia —refunfuñó Kels—, porque la que tuvo que soportarlo fui yo.

—No es mal tipo —aclaró Kai con esa preciosa sonrisa que me derretía.

—Pues lo disimula muy bien —contraatacó ella con dramatismo, arrancándonos otra carcajada.

Pero de repente se puso más seria.

—Oye, Kai. Sé que no nos conocemos mucho y que ayer di una imagen horrible. Lo que viste no es lo que parece. Solo quería decirte que lo siento si te ofendimos. En serio, nunca pretendimos incomodarte.

Kai le puso una mano en el hombro. Me encantó ese gesto.

—Olvídalo —respondió él con un guiño cómplice hacia mí—. A veces mi chica tiene ideas un poco locas. Pero sé que lo hacíais con buena intención, y os lo agradezco. Eso sí, la próxima vez que te proponga algo que me involucre, huye. ¿Vale?

Kels levantó una mano como si hiciera un juramento.

—Te doy mi palabra. No volveré a hacerle caso. Qué vergüenza contigo y con el Thor del hielo.

Se cubrió la cara, aunque Kai le apartó las manos y fingió susurrarle al oído:

—Estabais espectaculares en el agua. Aunque no se lo digas a mi chica… Si esa escena me pilla en otros tiempos, igual la habría disfrutado tanto como el tal Thor.

—Ay, por favor —resopló Kels apartándose—. No me hables de ese insoportable. Solo de pensarlo me cabreo. ¿Cómo puede alguien ser tan guapo y a la vez tan estúpido?

Kai se reía sin parar mientras ella seguía despotricando. Era extraño verla así. Kels no solía darle tantas vueltas a un tío… salvo que le interesara. Intenté apartar la idea. Seguro que solo hablaba de Juraj para romper el hielo con Kai. Nada más.

En ese momento llegó River, avisando a Kels de que Jordan la buscaba para montar las cámaras de los vídeos para redes. Mi amiga se despidió con un beso de reconciliación en la mejilla —nunca lográbamos enfadarnos más de cinco minutos—.

Cuando se fue, desvié la mirada hacia Kai y River. Se estaban mirando con la misma complicidad que tenían tiempo atrás.

—Reina, estás preciosa —expresó Kai con una sonrisa, usando el apodo de siempre.

—Tú tampoco estás mal —contestó ella, divertida.

—Te he echado mucho de menos. —La abrazó con fuerza y ella le devolvió el gesto, apretándolo aún más.

—Yo también extrañé a mi mejor amigo. Mucho.

Verlos me emocionó. Habían sido inseparables, sin embargo, desde que Madison apareció, su amistad se había enfriado. Kai se había distanciado de todos, pero especialmente de River. Siempre pensé que, en el fondo, sentía que estar con su mujer era una forma de traicionar a su mejor amiga. Y ahí estaban otra vez, riendo, recuperando algo que parecía perdido. Y eso me alegraba el alma.

—AC/DC trae la gira *Power Up* al Northwest —informó Kai—. ¿Te apetece una noche de *rock* con un viejo amigo?

—Me encantaría, Slash —aceptó River al instante.

—¿Me he perdido algo por aquí? —preguntó Caden, rodeándome los hombros con un brazo mientras los observaba curioso.

—Nada importante —le aclaré sonriendo—. Solo que las viejas leyendas del *rock* están resucitando.

Todos reímos.

—Podéis acompañarnos si queréis también —añadió Kai—. Bueno, espera… Mischa, tú sí puedes venir, pero este capullo no —señaló a Caden—. La última vez que lo llevamos, nos arruinó el concierto quejándose de la voz de Axl Rose.

—Nunca dejarán de echármelo en cara —protestó Caden, negando con la cabeza—. Como si hubiera cometido un delito imperdonable.

Inmediatamente me miró y añadió:

—Mischa, tú te vienes conmigo y con los chicos. Haremos noche de pelis. Palomitas, risas…, lo de siempre.

—Me gusta el plan —asentí, todavía con su brazo sobre mis hombros.

—Aprovecha, cielo —intervino River con una sonrisa traviesa—. Disfruta las noches de peli con tu hijo, porque cuando crezca, ya sabemos que se unirá al *team* de Kai y mío y acabará en los conciertos con nosotros.

—Sí, sí, lo que tú digas —chasqueó la lengua Caden—. Tengo claro que ya he perdido a mi hijo entre mi padre y tú, pero siempre me quedará mi pequeña…, la que lleva el hockey en la sangre.

—Si es que no cambia de opinión y nos sale fisioterapeuta como la madre —soltó Kai, provocando las risas de todos.

—Cállate, capullo —lanzó Caden dándole un manotazo—. Mi pequeña va a ser una reina del hielo.

—¡Venga, vamos! —gritó Jordan, agitando los brazos para que la siguiéramos hasta la pista, donde la música ya retumbaba con fuerza.

Kels tiró de River y de mí, y en un segundo estábamos las cuatro saltando, cantando a grito pelado y riendo sin parar mientras ella lo grababa todo con el móvil.

Mis ojos se cruzaron con los de Kai, que nos observaba divertido desde la barra. Kels, ni corta ni perezosa, lo agarró del brazo y lo arrastró con nosotras, junto al resto de los chicos. Por primera vez en mucho tiempo todos parecíamos felices, como si la vida nos diera un respiro y los problemas se hubieran quedado en pausa.

Liam y Conor, después del intento fallido de Jordan y Prescott por reconciliarlos, estaban sorprendentemente tranquilos. Bueno, tranquilos para ellos. Se lanzaban miradas de vez en cuando, fingiendo indiferencia, pero se notaba que no podían evitar vigilarse mutuamente. Ninguno lo admitiría en voz alta, claro.

River y Caden seguían siendo los más estables del grupo, aunque su vida de tranquila tenía poco. Con dos hijos —y sobre todo con la pequeña Summer—, la palabra «descanso» no figuraba en su vocabulario. Jordan y Nathan, por su parte, estaban hasta arriba de trabajo. Convertirse en «leyenda» no era tarea fácil, y entre entrenamientos, viajes y compromisos, apenas tenían tiempo para respirar. Jordan echaba de menos Seattle, su casa, su gente. Aprovechaba cada rato libre para estudiar, avanzar en su carrera y, sobre todo, esperar las visitas de Kels y del resto de sus amigos.

Mi loca Kels… Últimamente la notaba diferente. No me contaba gran cosa sobre su «relación especial» y, aunque intentara disimularlo, yo sabía que algo no marchaba bien. Pero también era

muy consciente de que no quería preocuparme, viendo todo lo que estaba pasando con Kai.

¿Y Kai y yo? Podría decir que la noche anterior había sido liberadora, que por fin sentía que respirábamos. Aunque tenía claro que no todos los días serían tan soleados como ese. Aun así, prefería creer que cuando llegaran las tormentas, aprenderíamos a refugiarnos bajo la misma lluvia, juntos.

Sentí sus brazos rodearme por detrás y sus labios rozar mi cuello. Me estremecí. Por un segundo quise dejarme llevar, pero la cámara de Kels apuntando hacia nosotros me hizo reaccionar. Me aparté un poco, intentando disimular, aunque Kai no tardó en volver a atraerme hacia él, pegando mi espalda a su pecho mientras seguíamos el ritmo de la música.

Volví a escabullirme con una sonrisa nerviosa. Vi cómo fruncía el ceño justo antes de inclinarse hacia mi oído para susurrarme algo.

—Llámame loco, pero me está dando la impresión de que estás huyendo de mí y sinceramente, no lo pillo, Mischa.

—Kai —le respondí en el mismo tono—, están grabando vídeos para redes. Sé que odias todo eso y solo intento que no se note, ya sabes, *lo nuestro*.

No había terminado de hablar cuando me sujetó por la cintura y me giró hasta quedar frente a él, pecho contra pecho.

—¿Por qué? —preguntó, serio.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué quieres ocultarlo? ¿Es por tus seguidores? Porque con tu ex no parecía molestarte que te grabaran abrazadita, bailando o dándote algún que otro besito.

Solté una carcajada incrédula.

—¿En serio me estás haciendo una escena de celos? ¿Kai Jones celoso? ¡Esto sí que es histórico!

—¿Y se puede saber qué cojones tiene de gracioso? —Arrugó el entrecejo—. Mira mi cara, ¿ves que me ría? No.

Le agarré el rostro con ambas manos y jugueteé con sus rizos.

—Guapo, yo no tengo ningún problema en que el mundo sepa que te amo. Si quieres, lo grito ahora mismo.

—Entonces…

—Lo hago por ti —le interrumpí suavemente—. No te gusta la exposición, y además está el tema de *la Innombrable*.

Su expresión cambió; se le escapó una media sonrisa.

—En serio, Kai. Está lo del divorcio, la prensa… No quiero exponerte más. No quiero que te hagan daño.

Inmediatamente él me tomó por la nuca con una mano y por la cadera con la otra, acercándome hasta que casi no podía respirar.

—Me importa una mierda lo que diga el mundo —murmuró, mirándome a los ojos—. No voy a esconderte. Ni a ti ni lo que siento.

Y me besó. Allí, en medio de la pista, con todos mirándonos: amigos, cámaras, el mundo entero. Y yo lo correspondí sin reservas. No era un beso cualquiera; era amor, puro y auténtico.

—Eh, parejita —nos interrumpió Kels entre carraspeos—, el «besito» se os estaba yendo un poquito de las manos. Lo digo por vosotros, ¿eh? A mí me encanta veros felices, que conste.

Kelsey, siempre preocupada por todos. A veces me recordaba a Kai en eso.

—No tenemos nada que esconder —replicó él, dándome una palmada disimulada en el trasero. Me sobresalté y le lancé una mirada fulminante mientras él sonreía, encantado de sí mismo.

—Morenazo, ya que te veo tan generoso y teniendo en cuenta que ayer fui una amiga maravillosa y no os molesté para que me rescatarais de la piscina donde estaba encerrada con el insoportable Thor del hielo, creo que me merezco una recompensa.

—Qué morro tienes, tía —me reí—. Kai, ni caso. Está tramando algo. No caigas.

Pero él solo se encogió de hombros y aceptó.

—Este tío me cae bien —comentó Kels—. No como *el otro*.

—Estoy contigo, Kelsey —apoyó Kai con tono burlón—. Ese tipo con aires de *skater* era un idiota.

Los dos estallaron en risas.

—Vale, vamos a hacer un *trend*.

—Ay, no. Kai, ni caso a esta loca.

—Puede estar bien —me sorprendió al decirlo. Me apretó la mano y añadió—: Mischa, tranquila. Este es tu mundo. Puedo adaptarme.

Kelsey sonrió satisfecha y nos colocó espalda con espalda. Sonaba *Iris* de Goo Goo Dolls. En el vídeo, los tres echamos la cabeza hacia atrás, la de Kai quedando entre la nuestra a la inversa, y al final Kels y yo girábamos para darle un beso en cada mejilla.

Cuando nos enseñó el resultado, me quedé sin palabras. Había quedado precioso, aunque lo mejor del vídeo era él.

—No me puedo creer lo que acabas de hacer —le confesé emocionada.

—Una cosa menos que tachar de nuestra lista —verbalizó mis propias palabras de un tiempo atrás.

—Esa lista va a ser infinita —susurré antes de besarlo—. Porque siempre voy a querer hacerlo todo contigo.

—Siempre —repitió él.

Nos íbamos a besar de nuevo cuando alguien nos agarró de las manos y nos arrastró al centro para seguir bailando. Pero, aunque nos separaran, nuestras miradas siguieron unidas. Para nosotros, el resto del mundo se había borrado.

CAPÍTULO 33

MISCHA

Compartía un café con River en el despacho de la sala de fisio mientras me contaba lo bien que se lo habían pasado en el concierto de AC/DC con Kai. La escuchaba hablar, con esa sonrisa traviesa que se le escapaba cada vez que recordaba algún momento divertido.

—Fue brutal —afirmó, y le dio un sorbo al café—. Por un rato sentí que volvíamos atrás en el tiempo, cuando Madison todavía no había aparecido para arruinarlo todo.

Asentí, entendiendo perfectamente lo que quería decir.

—Después del concierto vinimos aquí —añadió, y percibí cómo se me tensaba todo el cuerpo. La última vez que habían hecho ese mismo recorrido, acabaron jugando a «tres», y no precisamente con un *stick*. Pero antes de que pudiera decir nada, River se echó a reír.

»Borra esa cara de susto, anda. —Se reía tanto que casi acabó tirando el café—. Caden tuvo exactamente la misma reacción cuando se lo conté. No vinimos a rememorar viejos tiempos, solo pasamos porque me acordé de que no había enviado unos informes del departamento médico al coordinador de rendimiento físico del equipo. Tenían que entregarlos antes de primera hora.

—Menos mal —resoplé, dejando salir por fin el aire.

—El caso es que estábamos aquí sentados, justo donde tú estás —continuó, más seria—, y me contó todo lo que había vivido con Madison durante estos tres años. Te juro que me dieron ganas de matarla. Si ya la odiaba por lo que me hizo a mí, ahora la detesto más por cómo ha destrozado a Kai. Le dio justo donde más le dolía, usó su trauma para hacerlo más grande, para hacerle creer que era malo. Lo dejó roto, Mischa.

Me quedé un momento en silencio. Saber que Kai se estaba abriendo, que por fin hablaba de lo que sentía, me aliviaba. Era una

buena señal.

—También estoy muy cabreada con Caden —continuó River.

—¿Por?

—Lo sabía todo y no me dijo ni una palabra. Kai también es mi mejor amigo.

Tras acostar a los niños, Hughes y yo habíamos hablado de ese tema. De cómo Madison tenía un poder enfermizo sobre Kai, y también sobre River. Me confesó que había respirado cuando volví a Seattle, porque Kai estaba fuera de sí, y River empezaba a recaer con sus viejos miedos.

—No te enfades con él. —Estiré el brazo sobre la mesa para acariciarle el antebrazo—. Solo intentaba protegerte.

—Ya, pero ignorar que Madison existe no hace que desaparezca. Esa tía está pegada a Kai como una maldita garrapata venenosa, de esas que te infectan la sangre. Hasta que no desaparezca por completo, no voy a estar en paz.

—Eh —le apreté suavemente la mano—, tranquila. Muy pronto Madison será solo un mal recuerdo. Hoy no le queda otra que firmar el divorcio.

River soltó un resoplido escéptico.

—Discúlpame si no soy tan optimista, pero ya lo intentó aplazar varias veces. Dudo que esta vez sea distinto.

—Mira esto. —Saqué el móvil y busqué unas capturas—. Alegó que no estaba en condiciones mentales de firmar por culpa de su «episodio» —hice las comillas con los dedos—, aunque los informes psiquiátricos y médicos han salido todos a favor de Kai. Ya no tiene nada a lo que agarrarse. Y para rematar, la muy lista se fue a Florida a trabajar y estuvo en varios eventos de su empresa. Mira, no parece precisamente una persona «inestable».

River abrió los ojos como si acabara de ver un fantasma. Sin decir palabra, me arrancó el móvil de las manos y amplió una de las fotos.

—No, no, no… No puede ser —repetía una y otra vez mientras pasaba al resto de las imágenes.

Cuando terminó, se giró hacia su ordenador, escribió algo con los dedos temblando y amplió el logo de la clínica que aparecía en una

de las fotos. Copió el texto en el buscador y empezó a saltar de página en página, de imagen en imagen.

—River… —empecé a decir, pero nada. Estaba pálida, concentrada, murmurando entre dientes.

Cada clic que daba me ponía más nerviosa. Buscaba fotos, artículos, nombres, y de repente se centró en un hombre que podría tener la edad de Mitch, con pinta de tipo importante.

—River, ¿qué está pasando? —insistí.

Silencio.

—River, me estás asustando.

Más silencio. Era como si hubiera entrado en trance.

Le toqué el brazo y el movimiento hizo que el ratón cambiara de pantalla. Fue ahí cuando la escuché murmurar, más para sí misma que para mí:

—Sigue con él. Nunca lo ha dejado.

—¿De quién hablas? —pregunté, completamente perdida.

—Del profesor.

—¿El profesor? —repetí frunciendo el ceño.

Giró la pantalla hacia mí y me mostró la foto del hombre que la tenía tan alterada.

—River, tía, no estoy entendiendo nada y me estás empezando a preocupar. ¿Puedes hablarme claro?

Ella se recostó en la silla, se pasó las manos por el rostro y me miró con expresión seria.

—Madison fue amante de este hombre. Era su profesor en la universidad. Estaba casado, con hijos, y su suegro era, nada más y nada menos, que el primer ministro de aquel entonces. Imagínate tú, el escándalo. Él nunca iba a dejar a su mujer por ella, pero Madison se obsesionó.

Yo me quedé callada, procesando. River siguió:

—Y tanta fue su obsesión, que acabó metida en un mundo bastante turbio. Fiestas exclusivas, gente con mucho dinero, acuerdos raros… Digamos que este tipo la ofrecía a otros, y ella, por seguir teniéndolo cerca, lo aceptaba. Al principio lloraba después de cada noche, me llamaba destrozada, aunque con el tiempo…, se acostumbró.

—Madre mía… —susurré.

—Cuando me marché a Toronto, todavía estaban juntos. Madison seguía convencida de que él lo abandonaría todo por ella. A veces me llamaba desde yates o *resorts* mientras disfrutaba de fiestas privadas. Y ahora, viendo estas fotos, me doy cuenta de que sigue con él. O, al menos, sigue trabajando para él.

De pronto, se quedó inmóvil.

—No puede ser… —murmuró.

—¿Qué no puede ser ahora? —pregunté, ya con el corazón a punto de salírseme del pecho.

—Este es Ryan.

—¿Ryan? —Arqueé una ceja—. Venga, River, esto parece un acertijo. ¿Quién es Ryan?

—Un compañero de la universidad. Estuvo trabajando con ella.

—Vale, y… ¿a dónde nos lleva todo esto? —tanteé, intentando seguirle el hilo.

—Buena pregunta —contestó, apoyando el codo en la mesa y rascándose la sien—. No lo sé, pero no perdemos nada por averiguarlo. Ryan podría saber algo más sobre Madison y el profesor.

—Ya, claro, y seguro que te lo va a contar tan tranquilamente.

—Mira esto. —Señaló la pantalla—. En las fotos del personal de la clínica, Ryan solo aparece en esta. Después, se evapora.

—Vale, esto empieza a darme muy mala espina.

River asintió sin apartar la vista del monitor.

—A mí también.

Mi teléfono empezó a vibrar. Me fijé en la pantalla: era Kai. Se lo mostré a River en un gesto rápido.

—Atiende, pero no le digas nada por ahora.

Asentí y me fui a la sala de máquinas. Obviamente, no tenía intención de contarle que estábamos jugando a los detectives, y que la única conclusión a la que habíamos llegado era tener más preguntas que respuestas mientras nuestras mentes ya divagaban hacia cualquier lado.

—Hola, pequeña.

—Hola, guapo. Se te nota de buen humor.

Se río, y su voz sonó extrañamente ligera.

—Es que lo estoy. Soy oficialmente un hombre libre. Se acabó lo de Madison.

Suspiré y cerré los ojos; una lágrima solitaria recorrió mi mejilla. Sentí una paz extraña, como un peso que se aligeraba.

—¿No vas a decir nada? —cuestionó—. Pensé que te alegrarías. Tenía un plan para celebrarlo, pero, bueno, olvídalo.

—No seas bobo —le corté, riendo—. Claro que me alegro. Estoy pletórica. No me lo creo ni yo.

—¿Entonces? —insistió—. ¿Te recojo al salir y lo celebramos en un sitio que llevo tiempo queriéndote mostrar?

—Sí —contesté sin dudar—. Siempre. A todo, a ti.

Vi a River al fondo, colgando y volviendo a llamar. Estaba nerviosa; se le notaba en la tensión de los hombros.

—Mischa, cielo —oí de nuevo la voz de Kai, tranquila—, ahora todo solo puede ir a mejor, ¿no?

Se me partió el pecho al escucharlo tan vulnerable, como si necesitara que alguien le recordara que aún quedaban cosas buenas.

—Sí, Kai —le prometí—. Y si nos encontramos alguna piedra en el camino, la saltaremos juntos.

—Siempre. Te amo.

—Y yo a ti. Siempre —respondí—. Nos vemos en un rato, guapo.

Al entrar otra vez en el despacho, me hizo un gesto apremiante con la mano para que me sentara y puso el teléfono en manos libres. La voz de un chico resonó al otro lado.

—River, no sé qué quieres saber de ellos, pero no te metas con esa gente; son poderosos. Trabajar para ellos fue lo peor que pude hacer: se me cerraron todas las puertas en cualquier clínica de fisioterapia. Ahora vivo en Colorado y me dedico a ayudar en las reservas, esa es mi vida, pero soy feliz con mi pareja y estoy tranquilo.

—No me interesan tus excusas, Ryan. Solo te estoy pidiendo información sobre Madison; no te niegues antes de escucharme, ¿vale?

Silencio, por lo que River lo interpretó como una afirmación para continuar.

—Cuando estábamos en la universidad, ella y Mark estaban juntos; se acostaban. Sabía perfectamente lo que yo estaba viviendo a su lado y me lo ocultó.

—A ver, River —contestó él—, Madison te envidiaba, siempre lo hizo. Tus amigos no se alejaron por Mark, sino por lo que ella iba contando de ti. Sabía que a mí me gustabas, que yo estaba pilladísimo por ti, y en innumerables ocasiones intentó tener algo conmigo, aunque siempre la rechacé. Hasta que, hará algo más de tres años, nos encontramos en una conferencia: ella estaba dolida porque había descubierto un secreto espantoso de su marido, le tenía miedo y había huido de él. —Tras esas palabras, River y yo nos miramos; estaba hablando de Kai—. La consolé y una cosa llevó a otra: durante unos meses salimos, y así fue como terminé trabajando en su clínica.

Sentí el corazón latiéndome con fuerza: cuando me fui a vivir con Kai y él estaba destrozado porque Madison lo había abandonado, ella se estaba divirtiendo de lo lindo con ese tal Ryan.

—¿Y? Continúa —lo apremió River.

—Da igual, no puedo. No entenderías nada. Además, no es algo de lo que me sienta orgulloso; quiero olvidarlo.

—Yo también quiero olvidar muchas cosas —contraatacó mi amiga, furiosa—, aunque no puedo porque tengo a esa mujer metida en mi vida y en la de mis amigos.

—Lo siento; te has confundido de persona.

—Nunca pensé que fueras tan cobarde. Está claro que no eres el mismo chico que me atraía en Montreal. Pero solo te diré una cosa: no eres mejor que ella, porque esa mujer que proteges con tu silencio puso la vida de mi hijo y la mía en peligro gracias a su vínculo con Mark. Y ahora se ha convertido en una sanguijuela que le está robando hasta la última gota de sangre a mi mejor amigo. Pero no te preocupes, saldremos adelante; siempre lo hacemos —finalizó, ya a punto de colgar cuando él interrumpió en el último momento.

—Espera, te lo contaré, pero prométeme que no mencionarás mi nombre jamás.

—Te lo juro.

—Esas famosas clínicas deportivas son una tapadera —añadió él—. Funcionaban como un club selecto: gente influyente, fiestas privadas y personal elegido para ciertos «servicios». Madison supervisaba varios de esos centros y al personal que formaba parte de esos «juegos». A mí me introdujo en ese mundo; no quería, aunque no podía salir. Te ofrecen de todo: cantidades de dinero desorbitadas, sustancias…

Rápidamente cogí el móvil, le escribí a River y se lo mostré; ella asintió.

—Siento que pasaras por todo esto, pero necesito hacerte una pregunta: ¿hay alguna posibilidad de que Madison pudiera estar embarazada de ti o del profesor? Ya sabes a quién me refiero; lo reconocí en las fotos.

—No —respondió con rotundidad—. Allí hay controles exhaustivos y normas: ella debía llevar DIU, así que yo no la embaracé. Y en cuanto al «profesor», te aseguro que no la ha tocado; su fetiche era observar, no mantener relaciones. Además, ella ya no participa en esos «juegos»: hace tiempo que ascendió a un nivel superior.

River me miraba; yo la miraba a ella, y creo que las dos pensamos lo mismo: se dejó de cuidar en cuanto quiso recuperar a Kai.

—Ya he hablado demasiado, y sinceramente no sé de qué te puede valer todo esto, así que hasta aquí llega la conversación.

—Espera, solo una cosa más. Te juro que no te volveré a molestar, por favor, Ryan.

—La última.

—¿Viste consumir a Madison algún tipo de droga, no sé, cocaína?

—Joder —protestó él—, ya lo hacía en la universidad; siempre le fueron esas movidas.

—Sí, pero lo que quiero saber es si notaste cierto enganche cuando estuviste con ella.

—Madison, cuando salimos juntos, era como una aspiradora humana, entre otras cosas. ¿Conforme?

—No sabes cuánto —murmuró River para sí, mirándome, y las dos asentimos sabiendo lo que eso significaba.

—Cuídate y aléjate de ella; no es buena persona, es peligrosa.

—Gracias, Ryan, por confiar en mí. Solo espero que seas feliz.

—Yo también te deseo lo mismo, River Crawford.

—Ahora soy River Hughes —aclaró ella con orgullo antes de cortar el teléfono.

—Te juro que la voy a matar con mis propias manos por lo que le hizo a Kai; no tiene perdón. —Me levanté y vi a River imitarme.

—Vamos, yo te ayudo.

Y ahí me di cuenta de que era una idea pésima. No podía arrastrar a River al pasado: nada bueno podía salir de un enfrentamiento entre ellas, y ni Kai, ni Caden ni yo misma nos lo perdonaríamos si ella acababa lastimada de nuevo. Así que me acerqué a la puerta, cogí la llave y la cerré por fuera.

—¡¿Qué estás haciendo, Mischa?!

—Lo siento, River. Te quiero demasiado como para permitir que te hagan daño.

No tenía mucho tiempo; con ese mismo manojo de llaves cerré la puerta principal de la sala de fisioterapia y salí corriendo mientras telefoneaba a Caden. Eso no la iba a retener mucho tiempo: necesitaba refuerzos, pero de los de verdad.

CAPÍTULO 34

KAI

River relataba todo de manera agitada, caótica, como si necesitara soltar aquella información rápido, antes de que se esfumara o se perdiera. Caden, con cada palabra, apretaba más el volante, y con cada confesión de su chica —que iba sentada detrás de mí, abrazándome a través del asiento del copiloto— me miraba de reojo para comprobar que estuviera bien.

Lo esperado hubiera sido que me derrumbara, o que me enfadara de forma sobrehumana al descubrir que había vivido años en una mentira, que había amado a una mujer a la que en realidad no conocía. Después de tanto tiempo, por fin descubría cuál era su verdadero trabajo y el motivo de sus viajes. Debería haberme roto al entender que no la arrastré a las drogas, como me hizo creer, sino que ya era adicta antes. Incluso podría haber sentido cierto alivio al pensar que, tal vez, el aborto que sufrió fue consecuencia de esa adicción.

Pero no sentía nada. Absolutamente nada.

Y eso era lo que más me preocupaba y asustaba a la vez: ¿qué tan jodido estaba que ya ni siquiera era capaz de procesar el dolor? Parecía que poco a poco partes de mí se iban apagando para no volver a encenderse jamás.

Al llegar al camino de la mansión vimos el coche de Mischa atravesado justo en la entrada, y enfrente, el de Madison. Supuse que se habían cruzado entrando y saliendo, y que alguna de las dos lo había dejado así. En ese instante volví a sentir algo: preocupación y miedo por Mischa, por lo que pudiera estar ocurriendo con mi ex.

A medida que nos acercábamos, las voces se volvían más claras. En realidad, ya no hablaban, estaban gritando.

—¡Le has jodido la vida! ¿Qué clase de persona eres? ¿Es que no tienes corazón? Has jugado con él y con su cabeza todo este tiempo. Mentiras con el aborto, con tu adicción, con todo lo que te rodea. Siempre le hiciste creer que era el malo, pero aquí solo hubo un monstruo, y ese monstruo eres tú. Pero ahora se acabó. Y no porque por fin haya podido separarse de ti, sino porque se te cayó la máscara.

Cuando llegamos a la entrada y las vislumbramos, Mischa estaba tensa, con los puños apretados, y Madison se reía como si todo aquello fuera gracioso. Cualquiera diría que el tormento de mi vida le resultaba divertido.

Caden murmuró entre dientes:

—Maldita mujer…

—Debería sacarte a patadas de mi propiedad —soltó Madison con voz firme, sin moverse un paso—. Y hasta podría cerrarte la boca mostrándote los vídeos tan jugosos que me dejó tu padrastro en herencia. Pero, ¿sabes qué?, no voy a tener que esforzarme lo más mínimo. Ese sueño que tienes de una vida perfecta con Kai es eso, un sueño, uno que jamás vas a alcanzar.

—Déjalo ya, Madison —intervino River, captando su atención. Su tensión era clara, no por verla a ella, sino por verme a mí—. Se acabó tu juego.

Caden se acercó a River, temiendo que perdiera el control, aunque ella se apartó un paso y le hizo un gesto con la cabeza.

—Te juro que de camino aquí pensé en todo lo que te diría —continuó—, porque tu traición fue mucho más allá de Mark. Pero, adivina, ya no me importa. Al final, todas esas malas experiencias fueron las que me trajeron hasta este lugar —afirmó, y se abrazó a Caden—. Y ahora tengo más de lo que jamás imaginé. En cambio, tú…, mírate. Sola. Podrida por dentro. Tus obsesiones no te permitieron disfrutar de las cosas buenas que la vida te ofrecía. Me das pena, Madison. Tiene que ser horrible ser tú.

La escuché hablar y, por un momento, sentí orgullo. River había cerrado por fin el capítulo más oscuro de su vida, y verlo me llenó de una paz extraña. Se merecía ser feliz, más que nadie.

Mis ojos se desviaron hacia Mischa, que me observaba en silencio, pendiente de cuál sería mi siguiente paso.

Y lo tenía claro, más claro que nunca.

Caminé hacia ella y la abracé con fuerza. Sentí cómo exhalaba, aferrándose a mí.

—Kai, yo he venido porque… —su voz tembló—, Dios, no podía quedarme de brazos cruzados cuando me enteré de todo esto. Yo…

—*Shhh*, ya está, ¿sí? —Tomé su rostro entre las manos y le aparté el cabello de la cara—. ¿Qué tal si nos vamos a casa? Va siendo hora de centrarnos en nosotros, ¿no crees? Demasiado tiempo perdido.

Ella me regaló una sonrisa, dulce, cansada pero sincera, mientras sus brazos seguían rodeando mi cintura.

—Me gusta el plan —susurró—. Suena tentador.

Le pasé el brazo por los hombros y, sin mirar atrás, la giré hacia la salida.

Aquel lugar había sido mi celda durante los últimos años.

Y por fin era libre.

Libre de verdad.

O eso creía hasta que noté la mano de Madison sujetándome del antebrazo.

—Kai —murmuró, y sentí una punzada en el estómago solo con oír mi nombre salir de su boca. Traición, engaño, dolor, más dolor. Eso había sido mi vida a su lado.

»Sé que no tengo derecho a pedirte nada, pero, por favor, escúchame. Yo te quiero.

Pum. Esas palabras me dolieron más que un golpe en las pelotas, más que cualquier insulto. Giré el rostro, solo para comprobar cómo tenía la cara de soltar semejante embuste. Ella no amaba, no sabía hacerlo. O al menos, no conmigo.

—Ahórrate cualquier comentario, discurso o mentira. Ya lo sé todo. Y quizá haya mucho más de lo que nunca me enteraré…, aunque, sinceramente, ya te di más que suficiente. Te quedaste con demasiadas partes de mí. Así que no pienso seguir regalándote mi tiempo, porque no hay nada que justifique lo que hiciste.

—Lo sé, vale —cedió bajando la mirada—. En algunos momentos no me he comportado del todo bien.

La risa incrédula de Caden resonó en el ambiente, y yo sentía los dedos de Mischa aferrarse con fuerza a mi cintura.

—Bueno, yo diría que nunca lo has hecho. Ni siquiera al principio. Joder, Madison, ¿no pudiste buscarte a otro a quien arruinarle la vida? ¿Por qué yo?

—Porque fue lo fácil, ¿vale? —explotó—. Tú te habías enamorado de mí, y yo creí que casándome contigo haría reaccionar a la persona que realmente amaba. Aunque no fue así.

—Genial. Te casaste conmigo para darle celos a otro. Ese profesor, ¿no?

Asintió.

—Dime una cosa entonces… ¿por qué, después de abandonarme tras lo de Londres, y teniendo en cuenta que durante ese tiempo estuviste bien arropada, no me concediste el divorcio?

—Porque te amaba.

Se escuchó un bufido de Caden. Ella le lanzó una mirada de advertencia, aunque siguió hablando. No quería hacerlo allí, no delante de todos, pero sabía que no le quedaba otra alternativa.

—Kai, yo no fui consciente de que tus atenciones, tu forma de cuidarme, tu amor…, me fueron ganando. Hasta que me enamoré de ti. Lo supe cuando mi abogado me avisó de que querías separarte. Ahí lo comprendí, lo tuve claro.

—Vaya —lancé con cinismo—. ¿Y esa revelación te llegó mientras estabas en la cama con tu amante o con algún cliente?

—Kai, dejé de estar con otros. Solo mantuve una aventura, y fue cuando rompimos.

—Ah, perdón —proferí con sarcasmo—, me he perdido… ¿Rompimos? Primera noticia. Porque tus palabras fueron «necesito un tiempo sola para procesar todo esto». Eso dijiste, textualmente. Aunque con el transcurso de los días, eso se transformó en abandono.

—Estaba confundida, te juro que no lo pasé bien, ¿vale? Me asusté cuando descubrí tu pasado, no es fácil de digerir. Pero el amor que sentía pesaba más. Me volví loca al pensar que te habías olvidado de mí.

—Ya. Por eso lo del embarazo. No solo eras consciente de que no quería tener hijos, sino que además decidiste hacerlo sabiendo que consumías y que no pensabas dejarlo. Joder, Madison eres una puta egoísta. Todo para conseguir lo que te proponías. Es que no tienes límites.

—Kai, no es así del todo. Sí, busqué ese embarazo porque sentía que te perdía. Y todo coincidió, simplemente se dio. Creí que podríamos retomar nuestra historia, que podría abandonar las drogas. Pero te necesitaba. Necesitaba tenerte cerca para aguantar. Aunque tú no estabas. Ni siquiera sentado a mi lado en el sofá. Siempre pensando en ella. No lo soportaba. Y en el momento en que te fuiste a Chicago, me volví loca.

—Y le diste bien al tema —gruñí—. Tanto que te provocaste un aborto. Y no conforme con eso, me culpaste a mí. ¿Tienes idea de lo que me hiciste pasar? ¿Eres consciente del daño que causaste?

—Cielo, no estaba bien. Cuando me di cuenta de lo que había sucedido, ya era tarde. Sabes que perdí la cabeza. Todo se borró. Y al regresar a la realidad, no lo soporté. Sí, fui culpable. Aunque tú también. Si no me hubieras dejado sola, si me hubieras cuidado, si hubieras estado conmigo y con el bebé…

—¡Basta ya! —interrumpió Mischa—. Para de culparlo. Siempre buscas algo para hacerlo sentir mal. Tú fuiste la responsable. Tú acabaste con esa vida. Solo tú.

Me giró el rostro con suavidad para que la mirara.

—No la sigas escuchando. Nada de lo que diga va a cambiar lo que sucedió. Vámonos a casa.

Asentí, entrelazando mis dedos con los suyos. Giramos juntos, con River y Caden siguiéndonos.

—Jake Blackwell.

Su voz me alcanzó como un disparo por la espalda. Ese nombre.

Todo mi cuerpo se tensó. Desde que abandoné Londres, nadie me había vuelto a llamar así.

Esa persona ya no existía.

Yo era Kai Jones.

—No eres mejor que yo… —continuó ella con la voz cruda—. Tú también destruyes vidas y mientes. Y algún día, el mundo entero y

ella verán tu verdadero rostro.

—¡Cállate, joder! —gritó Caden, furioso.

Mischa tiraba de mí, aunque mis pies no se movían. Sentí la mano de River en mi hombro.

—No la escuches —susurró—. Solo quiere lastimarte. Todos los que te queremos sabemos quién eres.

La miré, y a continuación, desvié los ojos hacia Mischa. Un par de lágrimas rodaban por sus mejillas.

Y, por un instante, me dolió admitirlo, pero Madison tenía razón.

Yo también era una mentira.

***

The London Herald

Disparo en Belgravia: diseñadora de renombre y compositor hallados muertos en su lujosa mansión.

Daily Voice

The Blood Boy, cubierto de sangre junto a los cuerpos de sus padres, ahora bajo custodia de su abuela.

Evening Gazette

La diseñadora y el compositor asesinados en un final sangriento.

The Sunlight Post

Hijo de millonarios víctima de secta: ¿heredará la locura de sus padres?

Sunday Mirar Review

La Redención Divina y su líder bajo arresto; la sociedad exige culpables.

Redes sociales

«The Blood Boy nunca será normal, imagina lo que vio a los ocho años…».

«¿Quién cuidará a The Blood Boy después de ver la muerte de sus padres con sus propios ojos?».

«Sectas y niños traumatizados, Londres está perdiendo la cabeza».

Columnas de artículos sensacionalistas

«Niños que presencian violencia extrema, sectas y engaños: un ejemplo de cómo la sociedad falla al protegerlos».

«Cada vez que vemos una imagen de The Blood Boy, sentimos la mezcla de horror y fascinación que la prensa sabe explotar».

«El impacto psicológico de ser testigo de un crimen familiar a esa edad no tiene precedentes en el Londres actual».

***

—¿Quieres saber qué pasó? —pregunté, con la mirada fija en el mar y el cuerpo de Mischa junto al mío, en la arena, en nuestra playa.

No esperé respuesta. Supongo que necesitaba decirlo, más que ella escucharlo.

Nunca supe exactamente en qué momento mi madre empezó a enfermar. De niño solo veía a una mujer que hablaba más rápido de lo normal, que dormía poco y que de repente tenía una alegría que contagiaba a todos. Era como si todo el mundo girara a su alrededor. Aunque después venían los días grises, los silencios, las lágrimas sin motivo. Yo pensaba que era normal, que todas las madres eran así, un poco de sol, un poco de sombra.

Mucho después descubrí que a eso lo llamaban bipolaridad, y que lo que ella sentía no era solo alegría, sino una especie de fuego por dentro que no la dejaba en paz. En esas fases, según decía mi padre, no podía parar. Compraba cosas, hacía planes desmedidos y también buscaba a hombres. Cada mirada, cada cuerpo, cada roce le servía para calmar algo que ardía en su cabeza. Él lo vivía como una traición; yo, como un misterio.

La llevaron a médicos. Le recetaron pastillas. Aseguraban que la medicación la estabilizaba, aunque a ella la asfixiaba. «Me matan el alma», repetía. Y cuando se sentía bien, las abandonaba. Decía que no las necesitaba, que estaba curada. Pero al poco tiempo volvía el descontrol, la urgencia, la necesidad de sentirse viva, deseada, tocada. A mí me daba miedo verla así, tan diferente, tan lejana.

Un día conoció a un grupo que decía que ayudaban a «equilibrar la energía sexual». Lo llamaban terapia, aunque era una especie de secta espiritual dirigida por un hombre que prometía paz interior y terminaba metiéndose en las camas de todas las mujeres que

acudían desesperadas. Mi madre lo siguió como si fuera su salvador. Aseguraba que por fin alguien la comprendía.

Y por un tiempo, parecía cierto. Sonreía otra vez, hablaba de curación, de amor universal. Hasta que mi padre descubrió que estaba embarazada. Y no era de él.

A partir de ahí, todo se rompió. Él dejó de dormir. La controlaba de manera obsesiva. Recuerdo los gritos, las discusiones, el miedo. Esa noche, la noche en que todo terminó, todavía la revivo en mis pesadillas. Yo estaba en casa. Oí el golpe. Oí el silencio después. No quiero recordarlo, pero lo hago igual.

Viene a mi memoria aquel día como si me lo hubieran tatuado con fuego. El ruido fue lo primero. Un estallido seco que cortó el aire. Corrí hasta la habitación de mis padres y el mundo se deshizo frente a mí.

Mi madre estaba en el suelo, inmóvil, y mi padre sostenía el arma. Lloraba. No gritaba, solo lloraba, con los ojos perdidos, parecía que ya no estaba del todo allí.

Cuando me vio, me llamó. Me dijo que tenía que ayudarlo. Que, si él se quitaba la vida, nunca volvería a estar con ella. Decía cosas que yo no entendía, cosas sobre el grupo, sobre promesas y destinos.

Yo solo quería que soltara el arma. Pero él me la puso en las manos. Me temblaban tanto que casi se me cayó. Me decía que tenía que hacerlo, que era lo correcto, que así los ayudaría a los dos. Yo lloraba. No podía moverme.

Y entonces lo hizo él. Su mano cubrió la mía. Yo sentí el metal frío, el peso, el dedo que no era el mío presionando el gatillo. El sonido volvió a estallar. Después vino el silencio, un silencio que todavía me persigue.

Caí de rodillas y todo era rojo y confuso. No recuerdo cuánto tiempo pasé allí, entre sus cuerpos, esperando que alguien los despertara. Cuando llegaron los policías, me encontraron así, cubierto de sangre, sin poder hablar.

Durante semanas no pronuncié una palabra. Me llamaban The Blood Boy en los periódicos. Decían que había sobrevivido a la tragedia de la secta de la Redención Divina. Yo no leía nada, pero

escuchaba los murmullos, las miradas. En Londres todo el mundo sabía quién era yo, aunque fingieran no reconocerme.

Viví un tiempo con mi abuela. Ella fue la única que no me tuvo miedo. Decidió que lo mejor era marcharnos. «Londres te va a devorar, Jake», me decía.

Antes de irnos, me cambió el nombre. Dejé atrás el apellido de mi padre y tomé el de mi abuelo. Así nació Kai Jones, un nombre nuevo para alguien que ya no era un niño.

Nos vinimos a Estados Unidos. Aquí empecé otra vida, o al menos eso intenté. Mi abuela me metió en el hockey, decía que el deporte curaba lo que las palabras no podían. Al principio odiaba el ruido del hielo, los golpes, la presión. Aunque con el tiempo empecé a sentir algo parecido a la calma. El contacto, el esfuerzo, el sudor… eran una forma de olvidar.

A veces, cuando el frío del hielo me rozaba la cara, pensaba que quizá era lo más cerca que estaría nunca de la paz.

—Y ese soy yo, Mischa…, Jake Blackwell. El niño que intenté enterrar junto a mis padres, pero que sigue persiguiéndome —concluí sin atreverme a mirarla, secándome las lágrimas con la manga. No tenía valor para hacerlo, porque en el momento en que la mirara solo vería dos cosas reflejadas en su rostro: repulsión o pena. Y esa imagen, precisamente de ella, era algo que no quería guardar en mi cabeza.

—Kai —susurró con la voz rota. Esperé a que continuara, pero lo único que vino fue el silencio. Ese maldito silencio, peor que cualquier palabra. Reuní el valor y giré el rostro. Sus mejillas estaban empapadas, los ojos enrojecidos. No me había dado cuenta de su estado; estaba tan metido en mi maldita historia que mi cerebro me había aislado del mundo.

—Mischa, entiendo que después de todo lo que te he contado me veas como un monstruo y que estés enfadada por haberte ocultado esta realidad. Y aunque quisiera justificarme, no hay excusa. Fui un cobarde, un egoísta, un idiota que quiso jugar a ser un hombre normal cuando no lo era. Solo quería disfrutar de cada momento contigo antes de que huyeras. Y créeme, entiendo que lo hagas. —Meneé la cabeza, intentando no romperme—. Te advertí que no era

bueno para ti, y ahora puedes ver por qué. Debería haberme resistido, haber controlado lo que sentía, no arrastrarte a este infierno que es mi mundo, pero no lo hice. Y de nuevo te lastimo. Así que vete, Mischa. Ódiame si eso te ayuda, aférrate a esa decepción y olvídame. Sigue con tu vida.

Mischa llevó las manos a mi rostro, secó mis lágrimas con sus dedos, apartó mis rizos y apoyó su frente contra la mía. No me lo esperaba. Eso no tenía que estar pasando. ¿Por qué no me gritaba? ¿Por qué no me decía lo horrible que era? ¿Por qué no huía?

—Vete, aléjate de mí. —Mi voz tembló, quebrándose por dentro—. Ahora ya lo sabes: por mis venas corre la sangre de un asesino y de alguien con una enfermedad mental que nadie descubrió a tiempo. Y por cómo funciona mi cabeza, tengo todas las papeletas para convertirme en uno de ellos.

—No me voy a ir a ningún lado, Kai. —Su respuesta fue firme, sin un solo titubeo—. Tú no fuiste, ni eres, ni serás como tus padres. Mírate. Eres un superviviente.

—No, no, no… —negué una y otra vez, sintiendo cómo me faltaba el aire—. ¿Es que no lo ves? ¡Tenía el arma en la mano y el dedo en el gatillo! ¡Yo formé parte de ese disparo que acabó con todo, fui cómplice de su muerte!

—Cielo, eso no es así. —Sus dedos se deslizaron por mis mejillas, secando mis lágrimas—. Tus manos siempre fueron inocentes.

—Mischa —aparté el rostro, rompiendo el contacto—, creo que todavía no has procesado la magnitud de todo esto, pero cuando lo hagas, te darás cuenta de que te he estado ocultando algo terrible, un suceso con el que, de algún modo, también estoy vinculado.

—Lo que creo, Kai, es que ya va siendo hora de que reinicies ese disco duro tuyo y asimiles que no eres ese monstruo que te has inventado a raíz de aquel hecho traumático. Has permitido que creciera dentro de ti, y otros lo han alimentado. Pero míranos: todos los que sabemos la verdad seguimos aquí. Nadie ha huido, nadie te mira con lástima ni con repulsión, como tú crees. Te miramos con admiración, porque salir adelante después de vivir algo así siendo un niño… eso sí que es difícil.

—Mischa —la miré desconcertado—, ¿cómo sabes que hay más gente que está al tanto de mi secreto? ¿Fueron los Hughes quienes te lo contaron?

—Nadie te delató. Caden y River siempre te fueron leales. Jamás, escúchame bien, jamás te traicionarían.

Sentí una punzada de alivio. Ellos eran mis mejores amigos, las únicas personas en las que confiaba ciegamente.

—Entonces… ¿cómo lo supiste? ¿Fue Madison? ¿Lo hizo para alejarte de mí?

—No. Lo descubrí sola. —Sus palabras me dejaron claramente confundido—. Cuando estaba en Londres, me había convertido en un puñetero fantasma. Intentaba seguir con mi vida, aunque daba igual a dónde fuera o qué hiciera: siempre pensaba en ti. En cómo habías sido de niño, en qué te había ocurrido en esa ciudad gris, llena de gente fría y desagradable.

»Y una noche, en una de esas pesadillas que se repetían sobre el día en que todo terminó, apareció Madison. Mencionaba una y otra vez el nombre: Jake Blackwell. No sé por qué lo hice, pero abrí el ordenador y lo busqué. Sinceramente, no esperaba encontrar nada. Pero entonces apareció ante mí un mundo entero de titulares, de noticias, de programas sensacionalistas, de redes sociales llenas de morbo. Y allí, entre todo ese caos, te vi. A ese niño del que todos hablaban. A ti. Y a Ava a tu lado.

»Me pasé dos días sin salir de mi habitación, sin ir a clase, sin comer apenas. Quería entenderlo todo, saber hasta el último detalle, aunque cada línea que leía me destrozaba un poco más. Fue desgarrador, Kai. Y, al final, comprendí por qué Ava te alejó de allí. Nadie pensó en ti, en el niño que también fue una víctima. Solo querían exprimir la historia, escarbar en el morbo, exponer la secta y los nombres importantes relacionados con ella. Sin embargo, a ti nadie te vio. Nadie te escuchó.

Las lágrimas me dominaron. No esas que se escapan rápido, sino las que nacen desde dentro y te rompen en dos. Mischa me abrazó con fuerza, me acunó contra su pecho y también lloró conmigo. No sé cuánto tiempo estuvimos así, aunque pareció una eternidad suspendida entre el dolor y el alivio. Fue como si, por fin, el niño que

había sido —el de ocho años, el que quedó enterrado bajo el miedo y la culpa— saliera a la superficie. Y creo que, en ese momento, por primera vez desde que me fui de Londres, volví a ser Jake Blackwell.

Aún sin soltarla, con la cabeza apoyada sobre su pecho que subía y bajaba con el temblor del llanto, respiré hondo. Sentí que algo dentro de mí se aflojaba, y por fin, después de tanto tiempo, podía empezar a respirar.

—Me volví loca, Kai. Cuando entendí todo lo que habías pasado, cuando fui realmente consciente del dolor con el que habías cargado todo este tiempo… recordé nuestros comienzos. Aquellos días en los que me instalé en tu casa y tú me cuidaste. Fuiste mi refugio cuando estaba llena de miedo. Me hiciste reír, soñar otra vez, creer en cosas en las que tú ya habías dejado de hacerlo.

»En ese momento te amé más. Por cómo me quisiste: de una forma tan auténtica, tan generosa… Y sí, también estaba lo otro, lo de Madison, lo de mi padrastro. Tuve que elegir, Kai: quedarme anclada a ese dolor o seguir lo que dictaba mi corazón. Y eso hice.

»Después de hablar con River y contarle todo lo que había descubierto, estaba decidida a regresar. Ella me apoyó, aunque también me puso los pies en la tierra. Me pidió que terminara mis exámenes antes de hacerlo, que no quedaba mucho para acabar el curso. Y seguí su consejo, aunque no te voy a mentir, mi cabeza estaba contigo.

—¿Volviste por mí? —murmuré, sin atreverme a creerlo del todo.

—Sí. Lo hice. Y cuando fui a buscarte, te vi frente a la casa, metiendo un par de maletas en el coche. Mi corazón latía con la misma fuerza que meses atrás, pero ese aleteo pronto se convirtió en un desgarro cuando Madison apareció y os fundisteis en un abrazo. En ese instante sentí que ya no había espacio para mí en tu vida. Por eso me instalé en Nueva York.

—Lo interpretaste mal. Porque, por lo que me cuentas, y con las maletas de por medio, seguramente la estaba llevando a la clínica para que se internara unos días. Tenías que haberme llamado, Mischa.

—Puede ser —asintió con una media sonrisa triste—, aunque tú y yo nunca hemos sido buenos tomando decisiones. Aun así, siempre

te seguí la pista, bueno, lo intenté. Llegó un momento en el que nadie sabía nada de ti, solo que estabas cayendo en picado.

—Y entonces decidiste regresar a Seattle —completé por ella.

—Exacto. Podía soportar cualquier cosa: que me odiaras, que no me amaras, incluso que fueras feliz con otra persona, pero no podía quedarme de brazos cruzados viendo cómo te destruías.

—Convirtiéndome en alguien como tu padrastro —añadí, bajando la voz—. Y sí, puedes decirlo. Ese hubiera sido mi destino si mis amigos y tú no hubierais estado a mi lado.

—Pero eso no pasó, Kai —negó, acariciándome la mejilla. Apartó mis rizos y rozó mis labios con un beso suave—. Estás aquí, luchando. Intentando poner en orden tu vida.

—¿Por qué no me contaste nunca que sabías lo de Londres? —cuestioné, buscando sus ojos—. Vale, entiendo que al principio yo no te lo puse fácil, pero más tarde nos acercamos y me viste luchar.

—Pensaba hacerlo. Te lo juro. Estuve a punto muchas veces, aunque cada vez que te veía tan al límite, el miedo me paralizaba. No sabía si contártelo te aliviaría o si te rompería aún más. Hablé con River, y ella me aconsejó que lo consultara con tu terapeuta.

—¿Fuiste a ver a mi psiquiatra?

—Sí. Le relaté todo: mis temores, lo perdida que me sentía, la impotencia de no poder ayudarte. Y me hizo bien, Kai. Me aseguró que lo más importante era que supieras que no estabas solo, que tenías personas que te querían y que estarían ahí para ti. Y que sería mejor que fueras tú quien me hablara del tema cuando te sintieras preparado. Por eso me lo guardé.

—Dios. —Me pasé las manos por el pelo, frustrado—. No tenía ni idea. En mi intento de protegerte, de esconderte mi peor parte, lo único que hice fue herirte. —Apoyé mi frente en la suya, sujetando su rostro entre mis manos—. Perdóname, de verdad. Tendría que haber sido honesto desde el principio. No hago más que cagarla y siempre eres tú quien termina herida.

—No me pidas perdón —rogó enredando sus dedos en mi cabello, sin apartar la mirada—. Kai… —besó mis labios— yo… —otro beso, más profundo— te… —un último beso, suave y prolongado— amo.

La abracé con fuerza, pegando su cuerpo al mío. Necesitaba sentirla, comprobar que era real, que no era otra maldita ilusión. Que, por una vez, la vida me estaba dando un respiro.

CAPÍTULO 35

MISCHA

Las dos últimas semanas fueron… intensas. Al principio un poco complicadas, sobre todo para Kai. Necesitaba tiempo para asimilarlo todo, para enfrentarse a su pasado sin esconderse. Era la primera vez que lo hacía con la gente que lo quería sabiendo toda la verdad.

El psiquiatra propuso que yo también asistiera a las sesiones, y acepté. Fui con él un par de veces, y fue duro. Muy duro. Verlo romperse mientras hablaba de todo lo que llevaba años guardando dentro me partía el alma. Cada sesión era como abrir una herida distinta. Y, aun así, no se rendía.

Hablamos de todo: de su infancia, de sus miedos, de la frustración que siempre sintió al pensar en hijos, de ese bloqueo con el sexo que nació primero de lo que vivió con sus padres y después con su exmujer. Pero lo que más me conmovió fue escuchar su mayor miedo: convertirse en ellos. Temía perder el control, heredar la enfermedad mental de su madre o ser obsesivo como su padre.

El doctor lo tranquilizó. Le explicó que no mostraba síntomas de ninguna enfermedad, solo el agotamiento y la tristeza acumulada de tantos años reprimiendo lo que sentía. Le aclaró que había estado demasiado tiempo bajo presión, y que su mente, en algún punto, simplemente se bloqueó. Pero que eso tenía tratamiento. Que podía superarlo, vivir una vida plena y apoyarse en los que lo amábamos.

Y, poco a poco, empecé a verlo cambiar.

Salíamos más, reíamos más. Volvió a jugar al tenis con los chicos, quedábamos con todos nuestros amigos, y hasta regresaron las bromas de siempre. Era como si, por fin, empezara a salir de la oscuridad.

En cuanto al sexo, bueno, seguíamos yendo con calma. No hubo grandes cambios, aunque sí se notaba más relajado, más presente.

Ya no se forzaba ni se castigaba por no estar preparado para ir más allá. Tocarnos, besarnos, dormir juntos era suficiente. Y, sinceramente, no necesitaba más. Sentía que avanzábamos, y eso bastaba.

Esa noche había partido. Uno importante. El estadio al completo, y Kai tenía ese brillo en los ojos que siempre me dejaba sin aire. Justo antes de entrar a la pista, me buscó con la mirada.

—¿Lista para verme ganar? —bromeó con esa media sonrisa que usaba para disimular los nervios.

—Depende —respondí, acercándome un poco más—. Si ganas, quizá tengas tu recompensa esta noche en la piscina.

Él soltó una carcajada, de esas que le salían del pecho, y se inclinó para besarme. Fue un beso breve, aunque intenso.

—Con esa motivación, prometo dejarme la piel en la pista.

—Más te vale —susurré contra sus labios—, porque si pierdes…, ya sabes.

—¿Me castigarás? —preguntó, fingiendo inocencia.

—Oh, sí —le aseguré con una sonrisa traviesa—. Pero dudo que te disguste. En resumen, Jones, tú siempre acabas ganando.

Se rio, negando despacio, y me dio un último beso antes de girarse hacia la pista. Lo vi alejarse con el casco en la mano, el número 30 en la espalda y esa seguridad que estaba regresando.

Yo me dirigí a la zona de patrocinadores, donde tenía que trabajar durante el partido. Y mientras lo veía prepararse desde lejos, sentí algo cálido dentro de mí: paz. Por primera vez en mucho tiempo, tuve la sensación de que todo empezaba a ir bien.

Bueno, pensar eso fue, digamos, demasiado optimista, teniendo en cuenta nuestra historia. Y comprendí lo equivocada que estaba en el momento en que mi teléfono empezó a vibrar, una y otra vez, con decenas de notificaciones.

Daily Chronicle

Escándalo en los Rift: el portero Kai Jones, acusado de manipular a una menor con la ayuda del presidente del club.

Según varias fuentes, entre ellas su exmujer, Jones habría alojado durante meses a una joven vinculada al entorno del presidente de los Rift.

La relación entre ambos habría comenzado cuando él aún estaba casado y la joven era menor de edad. Según varios testimonios —entre ellos, una declaración del padrastro de ella antes de su muerte—, el propio presidente habría facilitado el contacto entre ambos.

The Mirror Seattle

De la tragedia al escándalo: la doble vida de The Blood Boy.
Fue el niño que todos querían olvidar: el pequeño testigo de uno de los crímenes más impactantes de Londres.
Hoy, convertido en estrella del hockey bajo el nombre de Kai Jones, vuelve a ser el centro de atención.
Imágenes filtradas, mensajes ambiguos y supuestos vídeos lo señalan por mantener una relación inapropiada con una joven protegida del presidente del equipo.
El pasado vuelve a golpear con fuerza. ¿Un héroe roto o un monstruo?

Trending Topic en X

#BloodBoy #KaiJones #RiftScandal #MischaWilliams

@IceQueen94: «Siempre supe que Kai escondía algo. Nadie cambia de nombre así por nada. #BloodBoy».

@SportsLeakWestCoast: «Fuentes internas confirman que el presidente de los Rift habría alojado a su hija secreta en casa de Jones. Esto huele realmente mal».

@SkaterSoul: «Pobre chico, sobrevivió a lo peor y ahora lo destruyen de nuevo. A veces la prensa no aprende».

@TheRealHockeyTalk: «¿Cómo sigue jugando un tipo así mientras todo esto explota? El público debería saber a quién está animando».

Extracto de noticiario deportivo – Canal 5 News (USA)

Última hora en el mundo del hockey: Kai Jones, portero estrella de los Rift, se encuentra en el centro de una investigación mediática tras filtrarse documentos que revelan su verdadera identidad.
Jones, antes conocido como «The Blood Boy» por su trágico pasado en Londres, habría mantenido contacto con una joven vinculada al entorno del presidente del club.

Las redes sociales arden mientras los Rift intentan contener la crisis. Desde el estadio, los aficionados reaccionan con abucheos y pancartas. La tensión es palpable.

Comentario viral en TikTok

«Dicen que Kai Jones, el portero de los Rift, no solo ocultó su verdadera identidad, sino que además se aprovechó de una menor que vivía con él, y que fue el propio presidente del club quien la puso allí. ¿Qué clase de telenovela enferma es esta? #BloodBoy #RiftDrama».

El ruido del estadio resonaba desde todos los rincones, pero yo apenas podía escucharlo. Estaba pendiente de las redes y, de repente, me di cuenta de que los murmullos sobre Kai empezaban a explotar. Comentarios sobre su infancia, sobre nuestra relación, cosas sacadas de contexto que se viralizaban en cuestión de segundos.

Corrí hacia el palco donde estaba el presidente, casi sin aliento.

—¡Mitch! —exclamé—. Tenemos un problema. La gente está hablando de Kai, esto se nos está yendo de las manos.

Él frunció el ceño, serio, y asintió.

—¿Qué pasa exactamente? —preguntó, preocupado.

—No hay tiempo para explicártelo todo —respondí, respirando rápido—. Lo están matando en redes, necesitamos sacarlo de la pista cuanto antes. Luego te cuento todo.

Juntos nos dirigimos al nivel inferior. Conor estaba allí, tan confundido como Kai cuando intenté avisarle.

—Conor, tienes que sacarlo del hielo—solicité, urgente—. Es una orden de Mitch.

Kai nos miraba desconcertado, sin comprender nada. Los abucheos del público, los murmullos que se filtraban desde la grada. Lo tomé de la mano con cuidado, tratando de transmitirle algo de calma.

—Kai, escucha, todo va a estar bien. Ve a cambiarte; te prometo que en unos minutos te lo cuento todo, ¿vale?

—Mischa, ¿qué está sucediendo? ¿Por qué tengo que huir como si hubiera hecho algo malo?

Le acaricié la cara, apartando sus rizos, intentando transmitirle un poco de calma.

—Solo es un malentendido, lo solucionaremos —le aseguré—. Pero ahora debemos irnos. En casa te lo explicaré todo con más detalle. Confía en mí, por favor.

Él asintió, todavía con miedo, y se dirigió a los vestuarios. Yo regresé con Mitch y Elijah, que estaban entrando en pánico. Le mostré todo lo que estaba circulando en redes y en los medios. Aquello se había ido de las manos: rumores sobre su pasado, fotos fuera de contexto, nuestra relación convertida en carne de titular… y su imagen y la del presidente de los Rift hechas trizas.

—Tenemos que sacarlo del estadio cuanto antes —indicó Elijah, empezando a organizar medidas de emergencia.

—Voy a hablar con él —respondí, corriendo hacia los vestuarios.

Pero cuando llegué, el lugar estaba vacío; solo quedaba su equipación tirada en el suelo. Mi pecho se encogió. Salí corriendo hacia el aparcamiento y vi que el coche tampoco estaba. Todo mi miedo se volvió real.

River apareció a mi lado, alarmada.

—¡Kai no está! —grité, desesperada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, intentando comprender algo.

—Madison le ha soltado todo a la prensa —expliqué, presa del pánico—. Lo del pasado de Kai, lo nuestro… Ha destrozado su imagen públicamente. ¡Se ha marchado! Tengo que ir a buscarlo.

—Voy contigo —añadió River inmediatamente.

Primero fuimos a casa, pero no había ni rastro de él. Después pasamos por el cementerio, donde estaba enterrada Ava, pensando que quizá habría ido allí…, nada. Seguimos buscándolo por todas partes, cada vez con más angustia.

Mientras tanto, nuestros amigos habían terminado el partido y estaban peinando todo el maldito Seattle. Mitch estaba en contacto constante conmigo: los periodistas estaban fuera de control, nadie podía dar declaraciones y la tensión aumentaba minuto a minuto.

Pero Kai simplemente no aparecía. Cada segundo que pasaba aumentaba mi desesperación. Tenía que encontrarlo antes de que algo peor sucediera.

***

Dos malditos días.

Dos días sin saber nada de Kai.

Sin una llamada, sin un mensaje, sin una señal. Nada.

No habló con sus amigos ni con su psiquiatra ni conmigo. Y eso dolía. Dolía como una herida vieja que vuelve a abrirse. Otra vez se alejaba. De nuevo levantaba muros para mantenernos fuera de su batalla. Y lo peor era saber que no lo hacía por egoísmo, sino por culpa. Porque, según su médico, esa era su forma de protegernos.

Kai siempre cargaba con el peso del mundo como si fuera suyo. Se culpaba por todo, incluso por lo que no podía controlar. Y la vida, cruel y repetitiva, parecía empeñada en recordárselo. Lo acusaban, lo juzgaban, lo condenaban… una y otra vez. La gente opinaba sin saber, sin pensar en el daño que podían causar. Porque hablar es fácil cuando no eres tú el que se desangra.

Y mientras tanto, él volvía a ser el centro del huracán. Otra vez el nombre de Kai Jones en todos los titulares. Otra vez el monstruo, el polémico, el roto. Tenía que ser demoledor ser él. Sentir cómo el mundo entero te señala, te disecciona, te arranca la dignidad con cada palabra.

Caden lo expresó mejor que nadie: «No cualquiera tiene tanta resistencia. Muchos nos habríamos rendido hace tiempo».

Pero él no.

Él seguía de pie, aunque jodido y partido por dentro, siempre poniendo a los demás primero.

Y ahí estaba el miedo. Porque cuando alguien como él —el que siempre sostiene, el que nunca se quiebra— por fin toca fondo, nadie sabe qué puede ocurrir. La reacción humana ante el abismo es impredecible. Y yo temía, con todo mi ser, que Kai hubiera llegado a ese punto. Porque si de verdad había bajado los brazos… entonces no habría nada que hacer.

Dos días.

Dos malditos días viendo cómo la esperanza se deshacía entre las manos, como arena.

Solo quedaban las lágrimas, la impotencia y el miedo.

Hasta que sonó el teléfono.

El agente de Kai pidió una reunión urgente con Mitch.

Y allí fuimos todos, sin pensarlo, como un batallón respondiendo a la última llamada.

No recuerdo si alguien respiró durante esos minutos.

El despacho de Davenport estaba lleno, aunque el silencio era el gran protagonista. Podías oír el tic-tac del reloj de pared como si marcara el ritmo de nuestra angustia.

Juraj. Caden. River. Liam. Conor. El propio Davenport.

Todos allí, quietos, con los nervios a flor de piel, esperando una noticia que ojalá no fuera la peor.

El agente de Kai entró con gesto tenso, sujetando una carpeta.

—Ha mandado un comunicado a la prensa —lanzó a modo de saludo—. Yo no estaba al tanto, me enteré cuando ya estaba publicado.

Nadie se movió. Davenport frunció el ceño, Caden apoyó los puños en la mesa y River se llevó las manos a la boca.

El agente desplegó las hojas y empezó a leer.

Comunicado Oficial de Kai Jones

A todos los miembros del equipo, aficionados y medios de comunicación:

Quiero dirigirme a ustedes para aclarar ciertos hechos y evitar cualquier malentendido respecto a las recientes circunstancias.

Primero, deseo dejar constancia que Mitchell Davenport, presidente de los Rift, es un hombre íntegro, comprometido con su equipo y con todos los jugadores. Ha actuado siempre de manera humana, justa y responsable, protegiendo a quienes dependen de él, y no merece que su nombre se vea cuestionado por hechos que escapan a su control.

Asimismo, quiero liberar a Mischa Williams de toda responsabilidad. Ella nunca ha tenido culpa alguna en nada de lo que ha sucedido. No voy a pedir perdón por haberla amado, porque

lo que sentimos fue verdadero, puro y sincero. Nada de ese amor es reprochable, aunque se interprete de otra manera por la exposición de mi pasado como «The Blood Boy». Si alguien debe asumir la culpa por todo lo ocurrido ese alguien soy yo. Ella es inocente en todos los sentidos.

Quiero también pedir disculpas al equipo y a los aficionados por haberse visto involucrados en esta situación, y anunciar que, tras meditarlo profundamente, he decidido rescindir mi contrato con los Seattle Rift y abandonar el hockey profesional. Esta decisión no afecta al compromiso ni a la trayectoria del equipo, sino que busca protegerlos de cualquier repercusión que mi situación personal pueda generar.

Agradezco el apoyo a todos los que han formado parte de mi vida deportiva y personal, y espero que esta medida ayude a mantener intacta la integridad y la reputación del equipo.

Kai Jones

Ahí fue cuando noté el primer temblor en mi pecho.

Aunque inmediatamente el agente sacó un sobre. Un sobre blanco, cerrado, con mi nombre escrito con su letra.

—Dejó esto para ti —me dijo.

No sé cómo lo abrí.

Las manos me temblaban.

Y dentro estaba su carta.

Mischa:

No sé cómo empezar algo que suena tanto a final. Supongo que solo siendo honesto, como tú siempre me pediste.

Llegaste a mi vida y rompiste todas las defensas que había levantado. Me robaste el corazón sin quererlo, sin planearlo, y me enseñaste lo que era el amor de verdad. Un amor bonito, puro, sincero, generoso.

Por más que intenté resistirme, era imposible no sentirlo por ti.

Gracias por regalarme tanto. Por los momentos felices, por las primeras veces, por esa luz tuya que llenó toda la oscuridad que llevaba dentro.

Gracias por haber dejado tu vida atrás, por arriesgarte, por estar a mi lado siempre, sin dudar ni un segundo.

Gracias por pelear conmigo incluso cuando lo más sensato era alejarte.

Pero mis fantasmas son míos. Y me doy cuenta de que están empezando a arrastrarte también a ti. Todo lo que hago, todo lo que soy, al final te lastima.

Y tú no te mereces esto.

No mereces vivir con un hombre roto que apenas sabe sostenerse, que arrastra una historia que pesa demasiado.

Así que tengo que hacerlo solo. Debo enfrentarme a todo esto, aunque me duela más que nada.

No sé si algún día podré lograrlo. No sé si alguna vez podré estar bien, pero, si lo consigo, quiero hacerlo sin hacerte daño.

No me esperes, Mischa.

Sigue con tu vida. Sé feliz, por los dos.

Si alguna vez quieres recordarme, hazlo como algo bonito, como un pedazo de luz que pasó por tu vida y no como una sombra que te ancló.

Olvídame, aunque me duela pedirte eso. Porque tú mereces brillar, no quedarte en la oscuridad conmigo.

Diles a los chicos que los quiero. A todos.

Han sido mi familia junto a mi abuela, los que me cuidaron cuando no quedaba nadie.

A Liam y a Conor, diles que se arreglen. Que no dejen que el orgullo o las discusiones destruyan lo que tienen. Su amor está por encima de todo y no deberían perder algo tan grande.

A Hughes, dile que siempre será mi hermano de la vida, y a River…, gracias por devolverme a mi hermano, por cuidarme, por ser mi mejor amiga. Si alguna vez le fallé, lo siento.

Al resto, diles que los quiero mucho y que sean muy felices.

Y a ti, Mischa…

A ti te voy a amar siempre.

Siempre.

Kai

Cuando terminé de leer, no podía articular palabra.

El papel se me escurría de las manos, y todo aquel silencio dolía.

Caden golpeó la mesa, furioso. Davenport se levantó y le arrancó los papeles al agente.

—Me niego a aceptarlo —exclamó rompiendo los documentos—. Si Kai quiere renunciar, que lo haga dando la cara.

Yo lo observaba todo sin poder reaccionar. Las palabras de Kai seguían repitiéndose en mi cabeza, una tras otra.

«No me esperes».

«Sé feliz».

«Siempre».

Jamás.

Ni de broma iba a aceptar eso.

Me limpié las lágrimas con el dorso de la mano y respiré hondo.

—No pienso rendirme —anuncié con la voz temblorosa—. No voy a dejar que se pierda solo.

—Mischa… —intentó decir Davenport.

—No, Mitch. No esta vez. Él fue el que me salvó a mí años atrás, y ahora me toca salvarlo a él.

Caden asintió, golpeando el puño contra su pecho.

—Vamos a traerlo de vuelta.

—Todos —añadió Liam—. No lo dejaremos solo.

Los miré uno a uno. Mis amigos. Su familia.

Y en ese instante, lo supe: Por más lejos que Kai creyera que podía huir de nosotros, íbamos a encontrarlo.

Aunque tuviera que atravesar el mundo entero, lo haría.

Porque el amor, el de verdad, no se abandona.

No se rinde.

Nunca.

CAPÍTULO 36

KAI

Volver a Londres fue como reabrir una herida que nunca terminó de cerrar.

Crees que el tiempo la curó, que el dolor es solamente un recuerdo, pero basta con un roce para que vuelva a sangrar.

El aire seguía oliendo igual: a lluvia, a humo, a pasado.

No le informé a nadie de que venía.

Ni a mis amigos ni a Mischa.

Solo desaparecí.

Tenía muy claro que, si lo pensaba demasiado, no hallaría el valor de hacerlo.

El cementerio de Brompton estaba casi vacío.

Las lápidas grises se camuflaban entre los árboles.

Ahí estaban ellos: Margaret y Thomas Blackwell.

Sus nombres grabados en piedra, limpios, fríos, perfectos.

Como si el mármol pudiera borrar la locura, el miedo, la sangre.

Me quedé un rato frente a la tumba, sin hablar.

No llevaba flores.

Solo una botella cerrada, la misma que tantas veces tuve entre las manos en los últimos días, y todo lo que nunca me atreví a decir.

—He vuelto —murmuré—. Supongo que al final tenía que hacerlo.

El aire era tan frío que dolía respirar.

Había pasado media vida intentando perdonarlos, sin embargo, lo único que logré fue sentirme vacío.

—Mamá, todavía tengo miedo de heredar tu enfermedad. De que un día algo en mi cabeza se rompa y lastime a Mischa. De repetir vuestra historia sin quererlo. A veces pienso que lo mejor sería alejarme de todos, desaparecer antes de hacer daño. Quizá ese sea

mi destino: quedarme solo. Por seguridad. Por castigo. O porque ya no sé hacer nada bien.

Tragué saliva.

—Y tú, papá, me jodiste la vida. Me robaste la infancia, me hiciste cargar con algo que ningún niño debería soportar. Te lo llevaste todo, incluso lo poco que yo era. Y lo que dejaste dentro… fue un infierno de culpa.

Me quedé allí hasta que cayó la noche. Frente a aquella piedra fría que apenas reflejaba algo de luz. ¿Y por qué? Porque esperaba sentir algo. Lo que fuera. Rabia, dolor, frustración, enfado, cualquier mierda que me hiciera sentir vivo. Incluso una lágrima me habría bastado. Pero nada. Ellos se habían encargado de arrancar eso de mí aquella maldita noche.

Al final, deposité la botella sobre la tumba. No como distinción, sino como un símbolo. El precio que tuve que pagar por su egoísmo.

—Esto se queda con vosotros. La mejor ofrenda que puedo regalaros. Pero para mí… se acabó.

Y por primera vez lo sentí de verdad: la presión en mi pecho se aflojó, el aire volvió a entrar. Sentí que, al fin, podía respirar sin el peso de ellos encima. Decirles adiós, cerrar esa herida, fue como recoger el alma que me habían arrebatado años atrás.

Esa noche caminé hasta Belgravia. La casa seguía allí, en Eaton Square, luminosa, llena de vida. Detrás de los ventanales, una familia cenaba: dos niños riendo, una mujer sirviendo vino, un hombre hablándoles entre risas. Todo nuevo. Todo perfecto. Y, aun así, podía oler el perfume de mi madre, escuchar el piano de mi padre, sentir el eco de los gritos que un día lo rompieron todo.

Me quedé en la acera, observando, como si el pasado se reflejara en ese cristal. Pensé que ojalá esa familia tuviera más suerte, que nunca supieran lo que se siente cuando el lugar donde creces se convierte en el sitio del que solo quieres escapar. No toqué al timbre; solo deposité una nota en el buzón: «Ya no tengo miedo».

Esa noche dormí en The Goring Hotel, a pocas calles de allí. Una habitación elegante, demasiado lujosa, demasiado perfecta para alguien que solo quería desaparecer. Cerré las cortinas, me tumbé y

escuché el suave murmullo del aire. Por primera vez en mucho tiempo, no soñé.

A la mañana siguiente salí sin rumbo. Caminé por Eaton Terrace, crucé Sloane Square, hasta que una voz me detuvo.

—¿Kai?

Me giré y ahí estaba Kelsey. Empapada por la lluvia, con los ojos muy abiertos, como si no terminara de creerse que era yo. Mi corazón dio un vuelco; ver una cara conocida era lo último que esperaba. Abrí la boca para decir algo —no sé, un «hola», tal vez—, pero las palabras se quedaron atascadas en algún punto entre la garganta y el cerebro. Tampoco tuve mucho tiempo para procesarlo: en dos zancadas ya me estaba abrazando, rodeándome el cuello con fuerza.

En cualquier otra circunstancia habría sido un gesto raro —tampoco éramos tan cercanos—, sin embargo, había algo tan real, tan genuino en ese abrazo, que me salió devolverlo sin pensarlo. Y, joder, se sintió bien. Cálido, familiar. Como volver a tocar un trocito de mi vida, esa que claramente no estaba en el húmedo Londres.

—Kai, no me lo puedo creer —murmuró sin soltarme—. ¿Estás bien?

Lo dijo más como para convencerse ella misma que como una pregunta para mí.

—Yo también me alegro de verte —respondí, acariciándole la espalda con torpeza.

De golpe se apartó un poco. Su expresión cambió, sus manos —que hacía un segundo estaban en mi cuello— me dieron un par de golpecitos en el pecho.

—¿Te parece normal tenernos a todos con el corazón en un puño? —soltó sin respirar—. ¿Sabes el caos que has dejado atrás? Y no hablo de las gilipolleces que dice la prensa, sino de la gente que te quiere. ¡Estamos todos como locos! Y tú aquí, paseando bajo la lluvia tan tranquilo.

«Guau, qué carácter», pensé. «Lo mismo te suelta un abrazo que te lanza un misil».

—No estoy de vacaciones —intenté justificarme—. He venido para enfrentarme a mis demon…

No me dio ni tiempo a terminar.

—Sí, sí, lo que tú digas —me interrumpió, fulminándome con la mirada—. Pero eso no justifica que no dieras señales de vida. Y, sobre todo, que no llamaras a Mischa. Eres un capullo, Kai. Está destrozada. Y no se lo merece.

Solo con mencionarla, una náusea horrible me subió por el estómago. Puede que marcharme así no fuera lo más correcto ni lo más comprensible, pero cuando hui del estadio no podía pensar en nada. Solo venían a mi mente Londres, la sangre, mis padres, el disparo y, sobre todo, esa culpa asfixiante. Culpa por haberla arrastrado a ella y a Davenport a mi propio caos. Intenté liberarlos de todo con ese comunicado y despedirme con la carta. Porque, por más que la quisiera —y la quería—, por más que ella me correspondiera del mismo modo, alguien tenía que parar aquello. No era justo que ella cargara con mis sombras sin ver nunca las luces.

Así que me armé de valor y vine a esta maldita ciudad para enfrentarme a mis recuerdos. Lo hice sin tener ni idea de cómo saldría de todo esto, temiendo que, después de pisar el cementerio, acabara borracho o cometiendo cualquier estupidez. Por eso me alejé: no quería que nadie presenciara mi caída.

—Solo intenté protegerla de mí —dije en voz baja—. Tenía que…

—Uf, Kai —me interrumpió Kelsey de nuevo, negando con la cabeza—. No la estás protegiendo de nada. La estás destruyendo. ¿Sabes todo lo que hemos hecho para encontrarte? Hemos movido cielo y tierra, como locos, solo para saber si estabas de una pieza. Y tú…, ni un mísero mensaje, ni una llamada. ¡Nada! —Su voz se quebró un segundo antes de endurecerse de nuevo—. Llevamos más de una semana sin saber de ti.

—¿De qué estás hablando? —pregunté, totalmente desconcertado.

—¿No miras internet? —insistió con los brazos en jarra.

—No, obviamente no. ¿Para qué? ¿Para leer todas las barbaridades que dicen sobre mí? No, gracias. Ya pasé por eso una vez y no pienso volver a permitir que un montón de desconocidos me destruyan con sus opiniones.

Se rascó la barbilla, como si comprendiera lo que decía, pero enseguida volvió al ataque. Dios, era imparable.

—Vale, te lo concedo. Pero eso no justifica que no respondieras a nadie.

—No tengo teléfono. Me deshice de él. No quería hacer ninguna tontería… ni emborracharme y llamar a alguien. Y porque tenerlo en las manos era una tentación demasiado grande.

El silencio reinó entre nosotros por un momento. Kelsey suspiró, y a continuación, rebuscó en su bolso y me tendió el móvil.

—Escribe la dirección donde te estás quedando. Ahora tengo que irme, me esperan para un desfile. —Señaló un coche aparcado a pocos metros—. Pero cuando termine, tú y yo vamos a tener una conversación, Kai Jones.

Mientras escribía, vi que volvía a hurgar en el bolso. Esta vez sacó un iPad, lo desbloqueó y me lo puso en las manos.

—Toma, quédatelo. Entra en internet y mira lo que ha pasado estos días. Hay una campaña entera por ti. Toda la gente que te quiere ha estado ahí: tus amigos, Mischa, incluso los Rift. Han movido el mundo entero para encontrarte. Así que, tío, espabílate. Puede que hayas vivido un infierno, pero tienes algo que muchos matarían por tener: amor. Personas que te quieren de verdad. Y déjame decirte algo: eres un privilegiado, aunque todavía no lo veas.

Su voz bajó de tono al final. Intentaba sonar firme, aunque se le notaba la emoción. Pena, cariño, tristeza, todo mezclado. Posteriormente, como si quisiera romper el momento, sonrió y volvió a abrazarme, aplastando el iPad entre nosotros.

—Me alegro de verte.

Y sonó jodidamente sincera. Kelsey era así: real, cercana, con una energía desbordante que te contagiaba incluso en medio del caos. Se apartó, caminó hacia el coche y antes de subir, me lanzó desde la distancia:

—Ah, y vete preparando un discurso mejor que el que me has dado a mí para los chicos y para Mischa.

—¡Si no me has dejado ni hablar! —protesté, negando con la cabeza—. Ibas cuesta abajo y sin frenos.

—Excusas, Kai, excusas —sonrió antes de entrar al coche.

Y por primera vez en días, también yo sonreí.

***

El reloj marcaba las tres de la tarde. Llevaba más de una hora con el iPad entre las manos, temeroso de desbloquearlo y asomarme a ese mundo llamado internet. Me aterraba la idea de entrar ahí, donde un ejército de desconocidos estaría esperando para destrozarme sin piedad. Aun así, las palabras de Kelsey resonaban en mi cabeza. Su insistencia, su tono casi desafiante y la incertidumbre por saber qué había pasado con la gente que quería, me dieron el empujón que necesitaba. Respiré hondo, toqué la pantalla y, con los dedos temblando, escribí mi nombre en el buscador.

Y ahí estaba: **Davenport y Mischa aclaran su vínculo familiar.**

Mi pecho se tensó.

Abrí el vídeo sin pensarlo.

Davenport aparecía frente a un atril, elegante como siempre, con Mischa a su lado. Ella llevaba el pelo suelto, el rostro sereno, aunque conocía bien ese brillo en sus ojos: estaba reteniendo las lágrimas.

—Hace años —decía él—, le pedí a Jones que cuidara de Mischa cuando más lo necesitaba. Ella es mi sobrina y la persona que más quiero en el mundo.

Me quedé paralizado. Ni siquiera imaginé que harían eso.

—Jones no solo fue su apoyo —continuó Davenport—, fue su familia. Jamás hizo nada fuera de lugar. Es un hombre honorable, un jugador ejemplar y, sobre todo, un ser humano que no merece lo que está viviendo.

Mischa asintió y tomó el micrófono.

—Yo soy quien le debe todo —dijo—. Cuando mi vida se derrumbaba, Kai me dio un techo, una abuela, una familia. Me enseñó lo bonita que puede ser la vida. Nunca me tocó cuando era menor, jamás cruzó una línea, aunque yo, que ya sabía perfectamente lo que sentía, estaba deseando que lo hiciera, porque incluso entonces tenía claro que él era el hombre de mi vida. Si hoy soy quien soy es gracias a él.

Sus palabras me calentaron el pecho. Durante años pensé que solo sabía causar daño, que todo lo que tocaba terminaba roto. Y,

sin embargo, allí estaba ella, defendiéndome ante el mundo, sin soltarme jamás la mano.

«¿Qué has visto en mí, Mischa?».

Pasaron unos minutos antes de que entrara en un *hashtag* que me descolocó por completo.

#WePlayForKai.

Era un vídeo. Los Rift estaban sobre el hielo, listos para jugar, aunque nadie se movía. El árbitro silbó, el público gritó, pero ellos permanecieron inmóviles. Entonces, uno a uno, se quitaron los cascos.

Conor, con el micrófono en la mano, habló frente a todos:

—No se jugará ningún partido hasta que no se detenga el acoso contra Kai Jones.

Me quedé mirándolos, atónito, con los ojos vidriosos.

Caden golpeó su *stick* contra el hielo y Juraj levantó el puño. River y el resto del cuerpo técnico estaban allí, apoyando a los chicos. El estadio entero aplaudía. Y yo, solo, en esa habitación de hotel, me derrumbé.

Kelsey también había subido varios vídeos.

Ella había hecho un montaje junto a Jordan, Liam, Prescott, River y todos los demás. Todos llevaban camisetas blancas con el mensaje: «We believe in Kai».

Entre risas, hablaban de mí, de los momentos que habíamos compartido. Había fotos antiguas, vídeos y frases que me mataban y me salvaban al mismo tiempo.

«Es el tipo de persona que se queda cuando todos se van», decía Juraj.

«Mi hermano», continuó Caden.

«Mi familia», remataba River.

A continuación, vi a Conor y a Davenport en una rueda de prensa.

—Estamos orgullosos del equipo y de Jones —decía Davenport—. Este club no se rinde con los suyos. Cuando él esté listo, su lugar seguirá esperándolo.

Me froté los ojos. No sabía si llorar o reír.

Por primera vez, no me sentí un monstruo.

Y entonces apareció ella.

El perfil de Mischa: Mi primera vez.

Su voz cálida llenó la habitación.

—Esta cuenta nació por él —dijo—. Cada «primera vez» que compartía era una primera vez vivida a su lado. La primera vez que confié, que sonreí, que no tuve miedo.

Limpié las lágrimas que se deslizaban por mi cara.

—Kai fue la persona que me cuidó cuando mi vida se vino abajo. Crecí en un hogar roto, con un padrastro alcohólico. Y cuando todo se volvió insoportable, él y su abuela me abrieron las puertas de su casa y me dieron una familia.

Nunca cruzó una línea. Me trató con respeto, con ternura, como nadie lo había hecho antes. Y, sí, después llegó el amor. Pero fue un amor bonito. Limpio. De esos que te curan, no de los que te rompen.

Cerró los ojos un segundo antes de seguir:

—Así que cierro esta cuenta. Ya no habrá más «primeras veces» aquí. Si las hay, solo serán con él.

»Y si algún día ve esto, quiero que sepa que sigo esperándolo y que nunca dejaré de hacerlo.

El vídeo terminó.

No sé cuánto tiempo estuve quieto.

Solo recuerdo el brillo de la pantalla apagándose y mi reflejo en ella.

Algo dentro de mí se removió.

Algo que no sentía desde hacía tiempo.

Por primera vez, tuve la certeza de que no todo estaba perdido.

Que tal vez todavía quedaba un camino para volver, y que esta vez no lo recorrería solo.

***

A medida que Seattle transcurría al otro lado de la ventanilla del *transfer*, una sensación reconfortante me recorrió el cuerpo. Estaba en casa. No habían pasado ni dos semanas desde que me fui, aunque me parecieron una eternidad. En ese momento lo comprendí: mi hogar no era una ciudad, era la gente que me quería y a la que yo quería.

Nunca imaginé cómo se iban a volcar conmigo. Ninguno se rindió, ni siquiera cuando yo sí lo hice.

La tarde que Kelsey apareció en mi hotel me trajo dos regalos: unos billetes de vuelta a Estados Unidos —sabía perfectamente que, después de ver los vídeos, mi decisión sería esa— y un teléfono nuevo. Joder, cuánto me alegré de tener uno entre las manos.

Esa misma noche, después de cenar *sushi*, telefoneé a todos mis amigos uno por uno. Incluso a Davenport. Las llamadas se parecían todas: primero gritos, emoción, palabras de cariño… y luego, claro, la correspondiente bronca. Al final, otro baño de afecto.

Con todos fue igual. Menos con Mischa.

No la llamé.

¿Y por qué? Porque quería hacerlo en persona. Quería mirarla a esos ojos verdes y decirle que la amaba, que me perdonara, que iba a pasarme la vida compensando cada mal momento que le hice vivir. Podía sonar a penitencia, pero era el castigo más dulce del mundo. Amarla. Cuidarla. Tratarla como la reina que era, la reina de mi corazón.

Y con esas palabras conseguí que todos se convirtieran en mis cómplices.

Kelsey, en cambio, aunque sonreía y fingía entusiasmo, no estaba bien. Lo supe al instante. Conocía demasiado bien esa máscara: yo también la llevé durante años. Las llamadas constantes de un tal Owen —que supuse era el novio y amigo de Mischa— que ella cortaba una y otra vez, y el hecho de que me pidiera dormir en el sofá de mi habitación, me confirmaron que algo no iba bien. No quise presionarla, solo la acompañé en lo que decidiera.

El vuelo fue directo a Nueva York. Pasé una noche en su casa, la misma que en su día había sido de Mischa. Dormí en su habitación, y no sé si fue buena idea. Quedaban cosas suyas por todas partes. Fotos con su ex, ese rubio que parecía incapaz de ponerse una camiseta. Cuanto más las miraba, más me hervía la sangre. Me tumbé en su cama y solo podía pensar en cuántas veces habría estado él ahí. Los celos me carcomían.

No debía sentirlos, lo tenía claro. Ella me había elegido a mí, aunque, joder, era inevitable. Así que salí de la habitación antes de

volverme loco.

En el salón estaba Kelsey, abrazada a sus piernas, con cara de no haber pegado ojo. Me senté a su lado. Estaba tan apagada que decidí romper el hielo contándole que el «*skater* sin camiseta» de las fotos me había causado insomnio y que estuve a punto de arrancar todas y cada una de esas imágenes. Se echó a reír con fuerza. Su risa aligeró la tensión.

A continuación, me enseñó una imagen en su móvil, y casi me caigo de culo. El idiota había ido a Seattle al enterarse de lo que había pasado con Mischa y, para «ayudar», subió una foto juntos a redes, donde ella aparecía detrás. Me levanté de golpe, furioso, maldiciendo en idiomas que ni conocía. Kelsey me hizo sentar de nuevo y me explicó que lo había hecho para desviar la atención de Mischa, pero que ella se había enfadado con él y lo había echado.

—Ese iba buscando un acercamiento —aseguró—, un capullo que quería aprovecharse del momento de vulnerabilidad.

Brillante Kelsey. Cada vez me caía mejor.

Luego añadió:

—Pero se estampó contra un muro. Mi amiga solo tiene ojos para ti, morenazo.

No pude evitar sonreír.

Aun así, la idea de ese idiota rondándola me revolvía el estómago. Y en parte me estaba bien. No había estado cuidando lo que era mío como se merecía.

El teléfono de Kelsey volvió a sonar. Era Owen otra vez. Cortó la llamada. Después vibró con el nombre de Asher, el amigo londinense de Mischa, y directamente lanzó el móvil al sofá.

«Sí, definitivamente está hecha polvo», pensé. Por poco que la conocía, ese comportamiento no era propio de ella.

Le pregunté qué le pasaba. Le restó importancia, aseguró que solo estaba cansada del vuelo, que había sido una época intensa. Aunque ese «estoy bien» sonó a «estoy destrozada».

Así que cambié el tono.

—Sé que no somos íntimos, pero, después de todo lo que hiciste por mí, ya no eres solo la amiga de mi chica, también eres la mía. Y te lo noto, Kels. Estás escondiendo algo. Si quieres, puedes contar

conmigo. Mischa una vez me preguntó por qué tenía tanta conexión con Juraj. ¿Te acuerdas? Ese al que llamaste «Thor del hielo».

Ella sonrió de verdad, sin fingir.

—Y la respuesta era muy sencilla: porque él no esperaba nada de mí. Podía mostrarme tal cual era. Fue liberador. Así que tú puedes hacer lo mismo conmigo.

Le apreté la mano y, entonces, se derrumbó. Se echó a llorar y supe que acababa de abrir esa parte que todos intentamos ocultar.

Al día siguiente, yo volé hacia Seattle y ella hacia Chicago. Iba a pasar unos días con Jordan antes de unirse a nosotros. Quería darme tiempo con Mischa, dejar que volviéramos a reencontrarnos sin distracciones.

Era una buena tía. Mucho. Una nueva amiga.

—Ya hemos llegado —señaló el conductor, sacándome de mis pensamientos.

—Vengo ahora, no tardo.

Salí del coche y me quedé un momento mirando la puerta de hierro del cementerio. La última vez que estuve allí fue antes de marcharme a Londres. Me colé de noche y me quedé sentado junto a la tumba de mi abuela hasta que amaneció y tuve que ir al aeropuerto. No le hablé, no solté ni una palabra. Solo lloré y cerré los ojos, intentando imaginar que sus brazos me envolvían una vez más.

Caminé despacio hasta donde estaba enterrada. Deposité las flores que había comprado de camino desde el aeropuerto y las coloqué con cuidado. Tenía contratado a alguien que se encargaba de mantenerlo todo limpio y con flores frescas, pero aun así siempre quería traerle las mías. No soportaba la idea de que, aunque ya no estuviera, le faltara algo.

Me senté a su lado. Besé mi mano y la apoyé sobre la fría piedra.

Qué diferente era estar allí, comparado con cuando visité la tumba de mis padres. Con ellos todo era tormento, culpa… y con ella era otra cosa. Dolía, sí, aunque era un dolor suave, de esos que nacen de la añoranza. La echaba de menos. Siempre lo haría.

Ella fue mi madre, mi padre, mi familia. Mi todo. Me amó como nadie lo hizo, sin condiciones, sin juicios, con paciencia infinita.

Desde que se fue, una parte de mí se quedó vacía. Sus palabras, sus consejos, su cariño…, todo eso era mi guía.

—Abuela, he vuelto. Y estoy entero, que ya es mucho decir. No se me fue la cabeza en Londres, aunque por momentos rozó el límite. Por fin me despedí de ellos, y en cierto modo me siento aliviado. No te voy a mentir, sé que aún me queda un largo camino, pero lo recorreré, te lo prometo. Tengo mucha gente que me quiere de verdad. Y si todo lo que pasó sirvió para algo fue para abrirme los ojos y darme cuenta de que tengo mil razones para seguir adelante. Y una en especial: la chica de los ojos verdes.

Sonreí.

—Si la vieras, está más guapa que nunca. Tiene una fuerza, una seguridad…, bueno, creo que siempre la tuvo. Cumplió la promesa que te hizo, ¿sabes? Nunca me abandonó. La amo, abuela, y voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que nuestra historia valga la pena. Pero, antes de ver a nadie, tenía que venir aquí, a darte las gracias. Por todo. Por quererme como lo hiciste, por cuidarme, por no rendirte conmigo, por enseñarme a ser mejor persona. No tuve buenos padres, aunque tuve a la mejor abuela del mundo.

Me puse en pie, sin soltar la piedra.

—Prometo venir más a menudo. Y la próxima vez, lo haré acompañado. Con la pequeñaja. Aunque… antes tengo que arreglar el caos que dejé aquí.

Caminé hacia la salida. Antes de cruzar la puerta, me giré y sonreí, como si ella pudiera verme.

Recordé una de sus frases favoritas: «A veces perderse es el primer paso para encontrar el camino correcto, porque el verdadero amor llega después de todas las caídas».

Tenía razón. Como siempre.

CAPÍTULO 37

KAI

Mi corazón martillaba con fuerza en cuanto crucé la verja de la casa. Liam me estaba esperando fuera. Durante todo el trayecto habíamos estado hablando por teléfono; él se había encargado de estar con Mischa hasta ese momento. Era clave que todo saliera perfecto, sin imprevistos, para llevar a cabo la sorpresa.

En cuanto me despedí del conductor del *transfer*, vi a Liam haciendo un gesto con su cabeza para que lo siguiera hacia el lateral de la vivienda, lejos de la entrada principal. No había llegado ni a su altura cuando me soltó un puñetazo directo a la mandíbula.

«Me cago en todo, menudo recibimiento, joder…». Lo miré con cara de pocos amigos, masajeándome el rostro.

—Te lo merecías, capullo. Nos lo hiciste pasar fatal. —Abrió y cerró el puño como si le doliera—. Como se te ocurra hacer una gilipollez igual, la próxima vez te parto las piernas para que no te muevas del sitio.

—Joder, Liam…

—Ven aquí, anda. —Tiró de mí y me abrazó con fuerza.

—Lo siento. —Le devolví el abrazo emocionado.

Se apartó un poco, me sostuvo la cara entre las manos y me miró con cariño.

—Lo importante es que ya estás en casa, imbécil. Ahora entra ahí, arregla las cosas y sé feliz de una puta vez.

Asentí. Abandoné las maletas en la entrada —me importaban una mierda— y abrí la puerta.

Un calor me recorrió el cuerpo. No era por la calefacción ni por la chimenea encendida, era por ella. Porque Mischa era eso: la temperatura justa de mi vida. La que podía calmarme, calentarme o, si quería, apagarme por completo.

Llegué hasta el umbral de la sala. Estaba agachada frente al fuego, moviendo las brasas con el atizador, vestida solo con una camiseta grande y esos calcetines largos que siempre me provocaban mucho morbo. El pelo despeinado, la piel iluminada por el fuego y yo, ahí de pie, mirándola, pensando que no había nada más bonito en el jodido mundo. Ni lo habría.

—¿Liam trajiste…? —Mischa se detuvo en seco al alzar la mirada y verme a mí en lugar de a mi amigo.

El atizador cayó al suelo mientras ella se ponía de pie, despacio, como si no creyera lo que veía. Sus ojos se llenaron de lágrimas y, joder, sentí una punzada en el pecho.

—Kai… —balbuceó antes de lanzarse a mis brazos.

Dios, esa sensación. Bajé la cabeza y respiré su olor a cítricos, ese que siempre quedaba impregnado en las almohadas. El calor de su cuerpo traspasó la tela y sentí su corazón latiendo contra el mío, rápido, desesperado. La abracé más fuerte, tanto que probablemente le dolía, pero no se quejaba. Estaba seguro de que también necesitaba comprobar que yo era real.

—He vuelto, pequeña. Ya estoy en casa. —Su cuerpo se tensó entre mis brazos y, poco a poco, se separó. Su rostro, antes lleno de emoción, se endureció; el entrecejo se frunció y supe que lo que venía no iba a ser bueno.

»Cielo, me costó encontrarme, pero ahora que lo hice, nada me va a separar de ti. Ni siquiera yo mismo.

¡Plaf! La bofetada me pilló tan de sorpresa que casi me caigo.

«Perfecto. Otro recibimiento de película. A este paso, mi cara va a parecer un arcoíris».

—Bien —soltó y aplaudió con sarcasmo—. Guau, Kai Jones en persona. ¡Qué honor! Deberíamos sentirnos bendecidos. —Empezó a caminar nerviosa por la sala.

La sujeté del brazo.

—Mischa, nena…

—Uf, suéltame. No me toques. —Se liberó de golpe—. No quiero acostumbrarme a ti para que cuando te dé otro de tus ataques, te largues. ¿Sabes qué? Ya no quiero acostumbrarme a nada tuyo.

Me encaró, con la barbilla alzada y los ojos brillando. Me dio un par de golpecitos en el pecho. Tenía que agachar la cabeza para que no pareciera que le hablaba al techo.

—Así que no quieres nada mío, ¿no? Ni siquiera a mí —insistí, y di un paso hacia ella, haciéndola retroceder.

—Exacto. Estoy harta, Kai. Harta de que me dejes fuera de tu vida, de que siempre me apartes cuando más lo necesitas.

—Lo sé, joder, lo sé. Lo siento. Pero tenía que hacerlo solo. Fui a Londres a ver a mis padres y no sabía cómo iba a salir de eso…

—Ya. Y mírate, entero, perfecto. Parece que te fue genial sin mí.

—No digas tonterías, Mischa. Eres mi mundo, joder. Desde que te conocí, has sido la única puta luz en mi vida.

—Pues para ser tu luz, me tienes bien apagada.

—Mischa…

—Kai…

Que dijera mi nombre así… no era precisamente el momento para que me calentara, pero mi cuerpo no opinaba lo mismo. La estaba acorralando contra la pared, era muy consciente de ello, sin embargo, no podía evitarlo. Cada vez que la miraba, el cuerpo me ardía. Quería besarla, morder esos labios, perderme en ella.

—Me estaba volviendo loco —confesé con la voz ronca—. Cada día que pasa te arrastro más a mis mierdas, y cuando vi que te metías en medio de mi pasado, creí que…

—Que me estabas protegiendo. Sí, esa frase me la sé de memoria, Kai. Y siempre acaba igual: decides por mí. Estoy cansada.

—¿Qué significa eso? —pregunté, la voz más baja, notando cómo el aire se tensaba entre nosotros.

—Significa que necesito un respiro. Un tiempo para mí. Igual me voy unos días con Jordan, o con Kels.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Hablo muy en serio. Además, tú no estás en condiciones de reclamarme nada. —Alzó la cara, pegando su pecho al mío. El calor entre los dos era una maldita hoguera; no sabía si era rabia o deseo, pero me estaba abrasando por dentro.

—Es por el capullo de tu ex, ¿verdad? —solté entre dientes—. Ya me enteré de que estuvo aquí. ¿Te removió algo?

—¿Qué? ¿Cómo sabes que vino?

—Eso ahora no importa. Respóndeme: ¿sentiste algo al verlo? ¿Crees que con él vas a ser más feliz que conmigo?

Mischa me miró con los ojos muy abiertos, la boca entreabierta, como si las palabras se le hubieran quedado atascadas. Lo intentó, pero nada. Así que seguí yo.

—Hice escala en Nueva York y Kelsey me acogió en la que fue vuestra casa. Sorpresa: intenté dormir en tu habitación y no pude. ¿Quieres saber por qué? Porque estaba llena de fotos tuyas con ese idiota. Solo de pensar que ese imbécil estuvo tumbado en la misma cama en la que tú… —Me pasé una mano por la cara—. Joder, ni siquiera quiero decirlo en voz alta.

—Eres un maldito cenutrio. —Me empujó con fuerza en el pecho —. Landon fue parte de mi vida, como el resto de mis amigos. Y si me acosté con él… ¿qué? ¿Quieres que te pida perdón por seguir adelante? Lo fuerte es que después de desaparecer como un capullo vengas aquí a montarme una escena de celos por unas fotos del pasado.

—No son solo las fotos, Mischa. ¡Estuvo aquí! En *nuestro* lugar. No tenía derecho.

—¿Y por qué no? —quiso saber pegando la palma de su mano contra mi pecho—. A lo mejor él sí sabe lo que quiere y lucha por ello.

—No me jodas, Mischa. Ese tío jamás te va a amar como yo te amo. Ni tú lo vas a amar como me amas a mí.

—Te odio, Kai Jones —afirmó, pero su voz cedió—. Maldigo el día en que me fijé en ti.

—Mientes. —Acorté la distancia hasta pegarme a ella, haciéndola chocar contra la pared—. No podrías odiarme. No tú. No a mí. Porque me amas. Niégalo.

—Odio… —Tragó saliva, respirando agitada, con los ojos clavados en los míos—. Odio tener sentimientos por ti. Odio quererte como te quiero. Odio no poder arrancarte de dentro. Y ojalá pudiera sentir algo por Landon, de verdad, porque todo sería más fácil. Menos doloroso. No viviría con este miedo constante a perderte.

—Mischa —susurré apoyando mi frente en la suya, acariciándole la mejilla con la mano—. Lo siento, nena. Tienes todo el derecho a estar enfadada. Fui un idiota, ciego de todas las formas posibles. Pero mírame —le rogué mientras ansiaba su mirada—. No voy a volver a separarme de ti. Quiero compensarte por todo, por cada maldito error. Deseo que seamos felices. Y sé que podemos lograrlo, pero solo si estás conmigo en esta batalla.

—Kai —declaró ella con la voz temblorosa—. ¿Es que no te das cuenta de que yo jamás dejé de estarlo?

La atraje de golpe, una mano en su nuca, la otra en su cintura, y la besé.

Fue una maldita implosión. No hubo ternura, solo la necesidad de sacarnos de dentro todo lo que dolía.

Ella me respondió con la misma furia, tirando de mis rizos, empujándome contra la mesa de la sala.

El golpe resonó, aunque me dio igual. Todo me daba igual.

Sus dedos se enredaron en mi pelo, los míos bajaron por su espalda hasta que la tuve completamente pegada a mí.

Sus labios estaban hambrientos. Mordían, reclamaban, temblaban.

Cada vez que intentaba respirar, ella volvía a buscarme, a devorarme.

Y yo, joder, no podía parar.

—No sabes lo que me haces… —murmuré contra su boca, la garganta áspera, rota.

Su cuerpo encajó con el mío, perfecto, como si cada milímetro recordara exactamente dónde ir.

Y en medio de todo ese caos, entendí que la odiaba por hacerme sentir tanto y que la amaba justo por lo mismo.

La sujeté del rostro, nuestras frentes se chocaron, los dos jadeando, sin saber si íbamos a besarnos otra vez o a gritarnos.

—No vuelvas a irte —musitó, casi suplicando.

—Jamás. —Lamí su mandíbula, descendiendo por su cuello mientras hablaba—. Y no quiero a ese tío aquí. Este es nuestro lugar, solo nuestro. Esta es mi ciudad, esta es mi casa. —Levanté la vista y

tomé su mentón, acercando nuestros labios hasta que casi no quedaba espacio entre nosotros—. Y tú eres mi chica. Mía.

La miré con los ojos ardiendo, y volví a besarla. En ese instante supe que ya estaba perdido.

Ella bajó hacia mi cuello, rozando mi piel con los labios, con la lengua… «Virgen santa». Se me escapó un sonido gutural cuando succionó mi piel y luego volvió a morderme el labio inferior.

—Mío —repitió, igual que la primera vez. No tenía duda de que me había marcado, pero, joder, por alguna razón me encantaba que lo hiciera.

—Siempre. —Moví las caderas, pegando su cuerpo más al mío. Mis ojos se cruzaron con los suyos, llenos de amor, de lujuria. Se frotó contra mi entrepierna, hasta que sentí que iba a estallar, con la cabeza y el cuerpo en total desacuerdo.

—No… pares… —suplicó, me agarró por la nuca y me tiró del pelo.

Me dejé llevar por el ritmo, moviéndome contra ella, con mi polla rozando su sexo, hasta que mi dolorosa erección se tensó contra mis pantalones.

—No pienso hacerlo, pequeña.

Le arranqué la camiseta con torpeza, sin dejar de buscar su boca. Ella me imitó, tirando de mi sudadera, y pronto los pantalones y el resto de la ropa cayeron al suelo, hasta que nos quedamos completamente desnudos.

Me acerqué, la agarré por el trasero, pegándola a mí para que sintiera lo que provocaba en mi cuerpo, y la besé como si me fuera la vida en ello. Mi lengua se enroscó en la suya y luché con ella por el control, por la cordura que me había ido quitando capa a capa.

Mi mano ascendió hacia su costado, palpándole y explorándole el pecho y la espalda, y no pude evitar el siseo que se le escapó cuando le atrapé la lengua con los dientes.

—Kai —jadeó contra mis labios, deteniendo mi otra mano que se acercaba a su sexo—. Ahora mismo no quiero estos juegos. Sabes que me encantan, pero te necesito a ti por completo. ¿Tú no? Dime que no lo deseas tanto como yo.

Joder, claro que sí. Durante todo ese tiempo había deseado repetir lo de aquella primera vez, hacía más de tres años. Me moría por sentirla mía, sin embargo, siempre me paralizaba el pánico. Quizá esa vez no fuera diferente, pero debía intentarlo, porque aquello estaba siendo una tortura para los dos.

Miré esos preciosos ojos verdes, llenos de amor y deseo, y sobre todo diciéndome sin palabras que confiara en ella. Así que eso iba a hacer. Porque Mischa no era como mi madre ni como Madison, y yo no era como mi padre. Me cortaría un brazo antes que lastimarla.

Adoraba a esa mujer que tenía frente a mí, con el cuerpo desnudo, bañada por la luz cálida del fuego de la chimenea. Y esa noche iba a demostrárselo. Además, tenía a mis dos enemigos, con las defensas debilitadas, mis pelotas al límite y la cabeza completamente sumida en un estado de euforia.

—Lo siento, Kai, no pretendía presionarte —dijo temblando, y en sus ojos había tristeza. Al principio no comprendí qué pasaba, hasta que caí en la cuenta: me había quedado rígido, completamente inmóvil, perdido en mi cabeza. Y ella, claro, pensó que estaba entrando en pánico otra vez.

Joder y por primera vez vi el daño real que causaba esa maldita barrera que yo mismo me había construido.

Vi cómo se apartaba y todo dentro de mí gritó «mierda, no la dejes ir. ¿A qué esperas, Kai? La deseas. Ella te desea. Está aquí, contigo».

Extendí el brazo y tiré de ella con fuerza. Su espalda chocó contra mi pecho, la rodeé con ambos brazos y la apreté contra mí. Ella intentó zafarse, aunque llevé mis labios a su cuello, rozando su piel caliente, y subí una mano por su pecho, pellizcando suavemente su pezón mientras le susurraba:

—No puedo prometerte que logre llegar al final, pero te juro que lo intentaré cuantas veces sean necesarias. Porque peor que el miedo es no poder tenerte.

La incliné sobre la mesa, sus senos quedaron aplastados contra la madera y su cabeza se ladeó, con el cabello cayéndole como una cascada de fuego.

—No tienes que hacerlo, Kai —murmuró, escasamente audible—. Podemos esperar.

—Ya hemos esperado demasiado —gemí al ver sus nalgas prietas y redondeadas—. Y hoy no es solo deseo, Mischa. Es necesidad. De ti.

Me coloqué detrás de ella, con la polla entre sus pliegues, y puse una mano al lado de su hombro. Le besé el cuello y atrapé el lóbulo de su oreja con los labios.

Separó las piernas, alentándome, y llevé mi mano para introducirla entre sus muslos. Estaba mojada, siempre estaba lista para mí. Acaricié con los dedos su sexo hasta llegar al clítoris y tracé círculos a su alrededor mientras me inclinaba hacia delante, para situar la polla en su entrada.

Deslicé la mano desde su centro hasta su cadera, mientras la otra la llevé a su cuello, inmovilizándola con firmeza. Sin previo aviso, empujé mi miembro hasta la mitad.

Ella siseó. Acto seguido, subió los brazos, aferró las manos a los bordes de la mesa y respiró hondo.

Se la retiré lo suficiente para adelantar las caderas y empujar para metérsela casi entera. Uf, qué estrecha era.

—Hazlo, Kai.

El poco control que me quedaba se esfumó. Me recoloqué, la saqué y, acto seguido, me hundí con una embestida firme que la hizo gemir y arquearse al mismo tiempo.

Me quedé inmóvil, con la respiración entrecortada. El primer paso estaba hecho y me sentía bien…, qué digo, más que bien: jodidamente bien.

—No pares —me exigió, apretándome la polla con los músculos internos.

Le solté el cuello y me aferré a su cadera mientras comenzaba un ritmo constante. Mischa también se movía, empujando su trasero hacia atrás para recibir cada embestida. Estaba tan dentro de ella que lo sentí como si nuestros cuerpos fueran uno solo, igual que si hubiésemos sido siempre el uno para el otro.

Me había pedido que no me detuviera, así que me incliné hacia delante y le mordí el hombro. Ella gimoteó antes de estremecerse y

mover las caderas con más intensidad incluso que antes. La inmovilicé con el peso de mi cuerpo y me adueñé de toda ella.

—Mía —murmuré, echándome hacia atrás lo justo mientras le levantaba un poco más el trasero.

—Sí —gimió.

—Vamos, pequeña, regálame un orgasmo.

—No, si tú no lo tienes conmigo —intentó resistirse, frenando sus movimientos.

«Testaruda». La incorporé, pegándola contra mi pecho mientras seguía moviendo mi polla en su interior. No pensaba permitir que no disfrutara de aquel momento como se merecía. Aunque mi cuerpo no reaccionara al final, lo estaba disfrutando y mucho. Más de lo que ella podía imaginar. Mi cabeza había pasado a un segundo plano, sin control alguno sobre mí.

Tiré suavemente de su mentón y la besé, devorando su boca con la mía. Con la misma mano que la sujetaba, bajé por su pecho, deleitándome con sus pezones mientras ella se rendía al instante. Seguí descendiendo hasta deslizar mis dedos entre sus pliegues, torturando su clítoris con desesperación. Mischa jadeó, empujó hacia atrás y tensó la espalda al tiempo que deslizaba las manos hacia mi nuca mientras se liberaba gritando.

En cuanto se recuperó del orgasmo, salí de ella y la giré para besarla. Ella me devolvió el beso, sin embargo, algo en él era distinto, faltaba esa chispa, ese fuego que siempre ardía cuando la tocaba. Rompí el contacto, confuso, y vi cómo agachaba la cabeza. Sus brazos cayeron pesados a los lados, como si de pronto se hubiera quedado sin fuerzas.

«Pero qué cojones…». Le levanté el mentón con suavidad y entonces lo vi: sus pupilas ya no estaban dilatadas, el brillo de la excitación se había apagado.

—Ey, ¿qué pasa, pequeña? —pregunté, buscando sus ojos—. ¿He hecho algo mal?

—No —negó despacio, con la voz temblorosa—. Tú nunca haces nada mal. Al contrario, cada vez que me tocas, que me miras, que me besas, me haces sentir única. Lo que pasa es que… —Y calló, bajando otra vez la mirada.

—Mischa —musité, esta vez sujetando su cara entre mis manos—, venga, ya no más secretos. Dímelo, por favor.

Tragó saliva, los ojos vidriosos.

—Porque no quiero esto, Kai. No quiero acostarme contigo si tú no vas a disfrutar igual que yo. Me duele demasiado pensar que quizá lo haces solo por mí. Me siento egoísta, como si estuviera usando tu cuerpo para mi placer.

—Virgen santa —bufé, llevándome las manos al pelo mientras me contenía las ganas de gritarme a mí mismo—. Mischa, cariño, no digas eso. Estás totalmente equivocada. Tu placer es mi placer, joder. Y créeme, lo estaba disfrutando. Me olvidé del mundo, de todo. Solo existías tú. Y no he terminado todavía —señalé mi miembro aún erecto con una media sonrisa.

Ella se cubrió el rostro, avergonzada, y no pude evitar reír por lo bajo.

—Oh, vaya, yo pensé que… —murmuró, roja como una fresa.

Dios, era preciosa. En ese instante volví a ver a la chica de hacía tres años, la que me había robado el corazón sin pedir permiso. Esa parte suya que creí perdida seguía ahí, brillando. Y yo, joder, iba a hacer todo lo posible por traerla de vuelta.

Sin pensarlo dos veces, la levanté. Mischa se aferró a mí con fuerza, rodeándome el cuerpo con los brazos y las piernas. Caminé hasta la chimenea sin soltarla. Con una mano libre, lancé al suelo varios cojines y una manta. Ella me miró entre divertida y alucinada, con esa sonrisa traviesa que intentaba disimular sin éxito. Me agaché y la recosté conmigo sobre la alfombra.

—¿Recuerdas este lugar? —Dejé un rastro de besos por su piel. La única respuesta que obtuve fue un gemido ahogado. Perfecto, justo lo que quería oír. Deslicé mis labios hacia su sexo, jugando peligrosamente cerca de su centro, mientras ella se retorcía debajo de mí.

»No me has contestado, Mischa —insistí antes de atrapar su clítoris entre mis dientes.

—Sí… sí, claro que me acuerdo —jadeó entre suspiros—. Cómo iba a olvidar uno de los momentos más felices de mi vida, el momento en que, por unas horas, existió un nosotros.

—Yo lo tengo grabado en la retina. —Lamí su sexo con suavidad —. Allanamos una propiedad privada y nos acostamos por primera vez justo aquí, en el suelo de la casa en ruinas de un pastor…

—Sacerdote, Kai, era un sacerdote —balbuceó entre risas, y no pude evitar sonreír.

—Esa noche fue muy especial —confesé, ascendiendo de nuevo, depositando besos por el camino inverso que había recorrido.

—Mi primera vez… —musitó, tirando de mis rizos mientras yo atrapaba un pezón entre los labios.

—Nuestra primera vez, Mischa. Porque todo lo que vivo contigo siempre es nuevo, diferente… —Apoyé los antebrazos en el suelo antes de rozar su boca con la mía—. Por eso, hoy, en este mismo lugar, quiero vivir la primera vez del resto de nuestra vida juntos.

Sus ojos se llenaron de lágrimas justo cuando la embestí. Y esa mezcla —fuego y ternura, deseo y amor— fue, sin duda, lo más real que había sentido jamás.

Estiró los brazos y se aferró a mis nalgas justo antes de que se la retirara y se la hundiera de nuevo.

—¡Dios! Repite eso otra vez —me pidió. Imité el gesto, y los dos gemimos cuando ella vino a mi encuentro con un movimiento de su pelvis.

—Pequeña sigue apretándome así. Oh, joder…, creo que voy a correrme —le advertí echando la cabeza hacia atrás.

Moví las caderas para tocar ese punto en su interior que la llevó a arañarme la espalda y retorcerse.

—Ay, Dios, Kai, ¿qué está pasando? —Enroscó sus piernas alrededor de mi cadera, clavándome los talones en el trasero.

No sabía en qué momento habíamos llegado a ese punto, a esa increíble sensación de placer. Hasta hacía un segundo todo se movía despacio, profundo…, pero con una intensidad que no entendía de dónde demonios había salido. Solo sabía que ahí estaba, creciendo, consumiéndome.

Era una locura, una de esas que quieres que no acaben nunca, aunque era muy consciente de que no iba a poder contenerme mucho más. Estaba al límite. La tensión en mis pelotas me tenía en alerta y, en cualquier otro momento, quizá me habría preocupado.

Pero no ahora. Ahora solo pensaba en estallar. En sentir cómo mi cuerpo se liberaba por completo.

Dios…, aquello era un puñetero regalo.

—Nena, pórtate bien y regálame otro orgasmo.

Aquella última frase la hizo arquear la espalda y sacudir las caderas con un ritmo frenético, que seguí mientras me estrangulaba la polla.

—Kai —gimió.

—Joder, nena, joder —gruñí al sentir a Mischa estallar con tanta fuerza que me arrastró con ella, haciéndome perder el control y correrme como un animal.

Me desplomé sobre ella, sin fuerzas, con el corazón desbocado y el cuerpo aún temblando, mientras la sentía relajarse poco a poco bajo mi peso.

—Pequeña, lo hicimos, por fin pude tenerte otra vez. —Atrapé su labio inferior justo cuando se curvaba en una sonrisa. Le di un beso lento, de esos que se saborean, y luego me tumbé de lado, tirando de ella hasta acunarla contra mi pecho.

—¿Sabes, Kai? Yo estaba segura de que esto iba a pasar. O, al menos, lo deseé tanto que acabé convenciéndome de ello.

—Me fascina cómo nunca dejaste de creer en mí, en nosotros, en lo que podríamos ser. Ni siquiera cuando yo mismo levanté muros para alejarte. Aun así, elegiste quedarte. Elegiste amarme por encima de todo y de todos.

—Bueno, se supone que así es el amor, ¿no? —respondió encogiéndose de hombros con una media sonrisa—. No tengo mucha experiencia en eso, porque tú eres la única persona de la que me he enamorado, pero todo lo que soy, lo que hago, nace de lo que siento por ti. ¿A ti no te pasa lo mismo?

—Ay, Mischa —suspiré, acariciando su mejilla—. He luchado tanto. Primero por no sentir nada por ti, y fue un desastre monumental. Cuanto más intentaba controlarlo, más me pillaba. Después quise olvidarte, porque dolía demasiado no tenerte. Y cuando ya estaba perdido, aparecías en mi cabeza, en cada maldito recuerdo, yo me aferraba a ellos. Y entonces volviste, y todo explotó dentro de mí.

Sentí que ese amor me desbordaba, pero también sabía que estaba roto, y por eso…

—Intentabas alejarte —completó ella, con una sonrisa comprensiva.

—Sí, aunque lo hacía para protegerte. Lo sabes, ¿verdad?

—Claro que lo sé. Pero el que no se daba cuenta de que yo no iba a rendirme eras tú —aseguró, antes de besarme, dulce y segura.

—Bueno, ya está. Lo has conseguido. —Levanté las manos, riendo —. Me rindo. Soy todo tuyo. Puedes hacer conmigo lo que quieras, no pienso volver a separarme de ti.

—Mmm, eso me gusta —susurró, juguetona. A continuación, se incorporó sobre un codo, mirándome con los ojos entrecerrados—. Pero espera, desde que llegaste no has parado de distraerme, y todavía no me has contado qué demonios ha sucedido estos días. Y te aviso, por mucho que me haya encantado esto —nos señaló con fingida indignación—, no compensa lo mal que lo pasé. Así que más te vale tener una buena historia.

Solté una carcajada. Estaba preciosa. Viva. Jodidamente viva. Me giré y la arrastré conmigo, colocándome encima de ella.

—Vale, tienes razón, y te lo contaré todo. Pero no hoy, porque ahora mismo solo tengo un plan: compensarte por cada uno de esos días lejos de ti —señalé antes de besarla con calma.

Ella jadeó, me empujó con una sonrisa pícara y se colocó sobre mí, a horcajadas, mirándome como si fuera su siguiente reto.

—Kai Jones —rozó mi boca con la suya—, vas a tener que esforzarte más. Me debes tres años lejos de ti. TRES años.

Sonreí, enredé mis manos en su cabello y la atraje hacia mí.

—Pues prepárate, pequeña —murmuré contra su piel—, porque pienso compensarte como mereces… hasta el último segundo.

CAPÍTULO 38

MISCHA

Tres días. Tres noches. Eso fue lo que pasamos encerrados Kai y yo en la casa, sin ver a nadie. Y no, no pensaba quejarme. Tendría que haber estado loca para hacerlo. Lo necesitábamos. Lo necesitábamos de verdad.

Fueron tres días intensos. Hablamos sin filtros de todo: de lo que había sucedido, de su enfrentamiento con el pasado, de lo cerca que estuvo de beber y de cómo al final no lo hizo. Me sentí increíblemente orgullosa de él. Pese a toda la presión, a la guerra interna con sus demonios, llevaba meses sin probar una sola gota de alcohol. Era un avance enorme. Kai, por fin, se enfrentaba a sus miedos sin esconderse detrás de una botella.

Según él, su nueva adicción era yo. Y, para qué negarlo, me encantaba serlo. Me hacía sentir importante, necesaria, viva. Aquel hombre al que había amado desde el primer instante en que lo vi —empapado, recién salido de la piscina, con esa sonrisa peligrosa— estaba allí, frente a mí, por fin en paz.

También hicimos planes. Kai cogió una libreta y la tituló «Nuestra primera vez». Ahí escribimos todo lo que soñábamos hacer juntos: comprar una furgoneta, recorrer el mundo, probar deportes absurdos, cometer locuras. La lista no tenía fin. Cada idea era un pedacito del futuro que imaginábamos.

Aquello nos llevó a hablar de mi perfil en redes. Le conté que no pensaba reabrirlo. Me miró como si acabara de decirle que iba a arrancarme un brazo. Me suplicó que no lo hiciera, que no renunciara a nada que me hiciera feliz. Fue tierno. Muy él. Aunque ya lo tenía decidido. En su momento, las redes me habían ayudado a sentirme acompañada, comprendida, incluso querida, pero esa etapa había terminado. Al volver a Seattle me di cuenta de que mi

atención estaba en otro lugar, en otras personas. Cerrarlo fue liberador.

Ahora solo deseaba disfrutar de mis amigos, de mi trabajo en los Seattle Rift, que adoraba, y sobre todo construir una vida tranquila y real junto al hombre que amaba.

Y, bueno…, contado así parecía que habíamos pasado los tres días planeando el futuro y cerrando heridas. Y, sí, lo hicimos. Aunque también estuvimos *juntos*. Muy juntos.

No importa cuántas veces hicimos el amor, cada una quedó grabada en mi piel. Obviamente, no todo fue perfecto, claro. En una de esas veces, Kai comenzó a bloquearse. Me entró el pánico. Temía que aquello lo hiciera retroceder. Así que improvisé: lo provoqué. Le monté una escena, lo desafié, lo saqué de su cabeza a base de rabia y deseo. Y, santo cielo, funcionó. Vaya si funcionó. Fue el sexo más salvaje y más placentero de mi vida. No había visto nunca esa versión de Kai, y me enloqueció.

Después, tras hablar de su pasado y acurrucarnos, volvió a suceder. Se bloqueó otra vez. Sin embargo, esa vez no quise enfadarlo; simplemente lo llevé al límite. Lo torturé con mi boca, mis manos, con todo mi cuerpo, deteniéndome justo en el momento perfecto. Lo vi perder el control, hasta que me tomó con una intensidad que me dejó el cuerpo temblando por un buen rato.

Así que, sí, se podía decir que empezábamos a funcionar. No solo como pareja, sino como un verdadero equipo. Confiábamos el uno en el otro, aprendiendo a saltar cada obstáculo de la mano.

Kai comenzaba a entender algo que yo ya sabía: que no estaba solo. Que no podía seguir actuando por su cuenta, porque en el proceso también hería a los que lo queríamos.

Y justo cuando todo parecía calmarse, sus amigos —nuestros amigos— organizaron un viaje a Aspen, Colorado. Tres días. Por temas de agenda no podían ser más. Pero era el momento. El reencuentro con su gente, con su otra familia.

Los primeros con los que nos cruzamos fueron Liam y Conor. Este último, que aún no había visto a Kai desde su regreso, lo abrazó con fuerza y acto seguido le soltó una colleja en toda la cabeza. No pude evitar emitir una carcajada. A esas alturas, parecía que ese era el

protocolo oficial para recibir a Kai: abrazo y golpe. Al menos esta vez su preciosa cara no se llevaría más daños.

—Gracias, tío. De verdad. Por todo el apoyo —expresó Kai, devolviéndole el abrazo con una palmada en la espalda.

—Te queremos, colega —respondió Conor, apretándolo más—. Y que te quede claro: jamás, pero jamás, ninguno de nosotros te dará la espalda. Así que, antes de volver a cometer una locura como desaparecer, para y piensa en nosotros.

Liam se unió al abrazo y yo, que estaba observando la escena con una sonrisa boba, sentí de pronto una mano que me tiraba hacia el grupo. Acabé metida en medio del apretujón, riendo.

Ya en el coche, de camino al aeropuerto, Kai se fijó en cómo Liam le ponía la mano en la pierna a Conor. Me miró buscando confirmación.

Yo sonreí y asentí.

—¿Se puede saber en qué momento habéis vuelto vosotros dos? —rompió el silencio Kai.

—Cuando tú te fuiste —contestó Liam sin inmutarse.

—Ah, mira, ni tan mal. Al menos mi huida sirvió para algo bueno.

—No, tío —intervino Conor—, no trajo nada bueno. Fue una cagada monumental. Pero… tus palabras en esa carta de mierda nos hicieron pensar. Hablamos, largo y tendido.

Liam le dio un leve codazo y añadió:

—Y llegamos a la conclusión de que nos amamos y que somos una familia. Creo que me obsesioné con la idea de demostrar que podía ser un buen padre. Quería restregarles a los míos que podían irse al infierno, que sería mejor que ellos, que mis hijos crecerían en un hogar feliz. —Todavía se reflejaba en sus ojos el dolor de un rechazo que llevaba demasiado tiempo cargando.

Conor le apretó la mano.

—Algún día sucederá, cariño. Estamos en las listas, así que ya llegará ese momento. Pero no tienes que demostrarle nada a nadie. Eres increíble y cualquier niño sería afortunado de tenerte como padre.

Liam sonrió, con los ojos húmedos.

—Y si no hay hijos, tampoco pasa nada. Porque ya te tengo a ti. Eres mi familia, mi hogar. Mi todo. —Le besó la mejilla.

Kai los miraba con ternura. Me buscó la mano y la entrelazó con la suya.

—Me alegra veros así. Esto es como tenía que ser —manifestó.

Liam se rascó la nuca, incómodo.

—Vale, creo que nos toca pedir disculpas por haberos metido en medio de nuestras pequeñas broncas de pareja.

—¿Por las «pequeñas broncas»? —Kai alzó una ceja—. Vamos, eso no fueron broncas; fue el mismísimo fin del mundo.

Conor soltó una risita.

—Sí, bueno, se nos fue un poquito de las manos.

—¿Un «poquito»? —imité a Kai.

—Vale, bastante. —Conor se rindió—. Perdimos la cabeza. Arrastramos a todos a nuestro drama, incluso a vosotros, justo cuando más necesitabais centraros el uno en el otro. Como dice Prescott, fuimos como un maldito preservativo: estábamos donde no tocaba.

—Y no solo eso —añadió Liam—. No estuvimos a la altura como amigos. Estábamos tan absortos en nuestras disputas que no fuimos conscientes de cómo te sentías tú, Kai. Perdónanos.

Kai negó con la cabeza.

—Ey, no digáis tonterías. No hay nada que perdonar. Tampoco se lo puse fácil a nadie. Os alejé a todos.

—Doy fe —intervine, haciéndolos reír.

Kai se giró hacia mí, me sujetó el mentón entre los dedos y sonrió con esa mirada penetrante.

—¿Vas a echármelo siempre en cara, pequeña?

—Solo hasta que me lo compenses tanto, pero tanto, que se me olvide.

—Tendré que aplicarme, entonces. —Rozó mis labios.

—Mucho, Kai. Mucho. —Y antes de que pudiera decir nada más, ya me estaba devorando la boca con esos labios carnosos.

***

Al llegar a la pista, el avión privado nos estaba esperando con nuestros amigos reunidos cerca de las escaleras, a excepción de

Prescott, Jordan y Kels, que volarían desde Chicago.

El primero en recibirlo fue Caden, que lo apretó con tanta fuerza que casi lo dejó sin aire, le despeinó el pelo y le soltó un pequeño puñetazo en el estómago. Luego, sin poder contener la emoción, le sujetó la cara entre las manos, apoyó su frente contra la suya y lo abrazó otra vez. Hablo por todos cuando digo que aquel momento fue brutalmente emotivo. Les brillaban los ojos a ambos.

—Maldito cabrón —gruñó Caden sin soltarlo—, como se te ocurra volver a hacer una tontería así, te mato. Y hablo muy en serio. Lo hemos pasado fatal.

No exageraba. Daba fe de que Caden se volvió loco buscándolo, recorriendo todos los sitios en los que creía que podía estar, llamando a hospitales, comisarías… Kai era para él como una extensión de sí mismo. Se culpaba por no haber estado más atento, aunque no tenía razón: tenía una familia, unos niños pequeños que dependían de él. Era un buen hombre, y tanto para él como para River, mi chico era alguien muy especial.

River se lanzó a sus brazos. Kai la apretó fuerte contra su pecho y besó su cabeza. Unos segundos después se escucharon sollozos; él la separó un poco y le secó las lágrimas.

—¿Tú no me vas a pegar también? —intentó bromear, pero ella negó con la cabeza y volvió a abrazarlo.

—Lo siento, Kai, por no entender tus silencios como tú entendiste los míos.

—Ey, reina, mírame —le levantó la barbilla—, el que tiene que disculparse soy yo. No sabes cuánto me dolió apartarme de vosotros estos tres años. Te eché muchísimo de menos.

—Y yo a ti. Pero prométeme que no volverás a irte. No estás solo, Kai. Nos tienes a todos.

—Lo sé —susurró él antes de besarle la frente.

Juraj observaba la escena desde un lado, con su típica pose de tipo duro y cara de póker, aunque todos sabíamos que debajo de esa coraza había un corazón enorme. River lo había descubierto primero —ella siempre veía más allá—, y después yo, cuando me acogió en su casa y observé cómo cuidaba de sus hermanos. También Kai descubrió esa parte suya: pasaban mucho tiempo juntos y se

entendían sin hablar, como dos reflejos. Fue su apoyo silencioso, el que estaba ahí sin exigirle nada.

Cuando todo lo de Kai explotó, Juraj fue el primero en proponer paralizar los partidos en señal de protesta, y el equipo entero lo siguió. Pocos harían algo así en plena carrera ascendente. Podría haber sido el heredero natural de Prescott, pero, por alguna razón, rechazaba las ofertas de los grandes equipos. Había algo más detrás, algo que ninguno de nosotros lograba descifrar.

—Gracias, tío —dijo Kai abrazándolo—. Sé todo lo que hiciste por mí.

—No fue nada. Lo haría por cualquier compañero —mintió descaradamente.

Kai soltó una carcajada.

—Venga ya, deja esa pose de tipo duro, porque ya es tarde: todos sabemos que tienes corazón.

—Uf, eso ha dolido —bufó Juraj—. La culpa de mi mala fama es de la fisioterapeuta. —Le lanzó una mirada a River, que le respondió con una sonrisa enorme—. Pero no te creas todo lo que dicen, sigo siendo un capullo.

—Vale, entonces tengo un amigo capullo —replicó Kai.

Juraj arqueó las cejas.

—Sí, has oído bien. Asimílalo: somos amigos. Porque lo que hiciste por mí solo lo hace alguien a quien le importas —añadió Kai con una sonrisa.

Juraj se giró como si nada, aunque antes de irse le soltó:

—Oye, Jones…, se me olvidaba algo. Como tu amigo… —¡Plaf! Puñetazo directo a la cara—. Bienvenido a casa.

Y así, entre risas, abrazos y alguna que otra colleja, subimos al avión.

***

La mansión en Aspen era una locura. Tenía ventanales enormes con vistas a las montañas nevadas, una chimenea de piedra que parecía sacada de un anuncio de Navidad y un *jacuzzi* exterior desde el que podías ver las estrellas.

Nos repartimos enseguida. Los chicos se fueron a pasar la tarde fuera —léase: esquiar y competir por quién se mataba primero en

una pendiente— mientras nosotras aprovechábamos el *spa*, el vino y las charlas sin interrupciones. No me importó no estar con Kai. Ya lo había tenido para mí sola durante unos días y creo que mis músculos necesitaban un descanso. Además, también echaba de menos reírme con los demás.

Por la noche, nos esperaba una cena espectacular. Mesa larga, luces cálidas y ese ambiente que solo se crea cuando los amigos que son familia vuelven a estar juntos. Entre bromas, brindis y alguna que otra confesión vergonzosa, todo eran risas hasta que River soltó la bomba.

—Estoy embarazada otra vez.

Silencio. Dos segundos de *shock* y, a continuación, una explosión de carcajadas. Caden, en cambio, sonreía de oreja a oreja como si hubiera ganado la lotería, mientras ella ponía cara de «sí, ríete, que tú duermes en el sofá esta noche».

—Como no te hagas la vasectomía, no volvemos a tener sexo —le advirtió señalándolo con el tenedor.

—¡La hostia, River! —Liam se atragantó con una carcajada—. Este hombre es inmune a los anticonceptivos.

—Bah, ni la vasectomía le salva —añadió Conor, muerto de risa—. Lo único que le queda es cortarse la polla.

Y ya estábamos todos llorando de la risa.

River rodó los ojos y suspiró.

—Espero que este salga como Seany, porque si me toca otra Summer, no sobrevivimos.

Era cierto: la pequeña era una bomba de energía. En cambio, Sean era pura calma y ternura.

Entonces Caden levantó la copa y soltó otra de las grandes:

—Si es niño, se llamará Kai.

Silencio total. Kai se quedó mirándolo, completamente descolocado.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque no hay nadie a quien admire más —declaró Caden, sin apartar la mirada—. Y porque tienes el corazón más grande que he visto en mi puñetera vida.

Kai no supo qué decir. Solo lo abrazó con fuerza. Y River, con una sonrisa emocionada, le besó la mano a mi chico. Fue uno de esos momentos que te llegan muy adentro, porque Kai necesitaba eso: saber que era querido, que importaba, que su presencia hacía mejores nuestras vidas.

El ambiente se volvió tierno, hasta que de pronto escuchamos unos sollozos. Jordan.

Nos giramos todos, preocupados.

—¿Qué pasa, JoJo? —preguntó Kels.

—Estoy… —tomó aire entre lágrimas— embarazada también.

Un murmullo recorrió la mesa, y ella continuó:

—Y me arrepiento de haberme metido con River cuando se quejaba del cansancio. Ahora entiendo perfectamente eso de «lo quiero todo, pero no puedo con nada».

Juraj no tardó en saltar:

—¡Oh, no! Menos mal que tú vives en Chicago, porque con una embarazada hormonal ya tengo suficiente. Esto es contagioso, por el amor de Dios.

—Sí, sí, ríete —respondió Jordan, señalando a Nathan, que se partía de risa con el comentario del eslovaco—. ¡Tú, traidor, ni se te ocurra acercarte! Mira lo que has hecho.

El pobre puso cara de cachorro asustado, y todos rompimos a reír otra vez.

Kels tiró de ella y la abrazó.

—Tranquila, estamos contigo en esto. Vas a ser una madre increíble.

—Es que no sé si estoy lista —balbuceó Jordan entre lágrimas y risas—. Solo fue un día, uno, y ya ves…

—Pues parece que ese día fue muy productivo —saltó Liam con su humor de siempre, y las carcajadas volvieron a llenar la sala.

En ese momento me di cuenta de algo: nuestra familia crecía, literal y emocionalmente. Y aunque el caos nos perseguía allá donde fuéramos, también lo hacía el amor.

De repente, pensé en Mitch. Me levanté de la mesa, disculpándome, y fui a la cocina a llamarlo.

Un tono. Dos. Y por fin, su voz al otro lado.

—Cariño, ¿va todo bien en Aspen?

—Sí, todo bien —respondí enseguida—. No te preocupes, solo… me apetecía llamarte. Es que yo… yo…

—¿Pasa algo?

—No, nada malo. Es solo que, estando aquí con todos ellos, me he sentido en familia. Y me acordé de ti, tío.

Lo dije. «Tío». Por primera vez en años.

Al otro lado, silencio. Y luego el sonido claro de alguien tragando saliva.

—Me acabas de dejar sin palabras, cielo —contestó al fin, con la voz algo temblorosa—. Pero no quiero que te sientas obligada, ¿de acuerdo? Tío o Mitch, eso no cambia lo que somos. Nuestro vínculo va mucho más allá de un nombre.

—Lo sé. Pero quiero hacerlo. Ya es hora de que la sombra de tu hermano deje de pesar entre nosotros. Porque tú siempre has estado ahí, desde el principio, apoyándome sin condiciones. Y quiero que sepas que me siento feliz de ser tu sobrina, aunque, si pudiera elegir, me habría encantado ser tu hija.

Hubo otro silencio lleno de emoción antes de que respondiera.

—Mischa, para mí eres mi hija —aseveró con firmeza—. Y estoy realmente orgulloso de ti. De la mujer en la que te has convertido. Has tenido el valor de luchar por lo que amas, sin rendirte nunca. Ojalá yo hubiera tenido ese coraje con Liv…, las cosas habrían sido muy distintas para los tres.

—Ey, nada de culpas, ¿vale? —le interrumpí con los ojos húmedos —. Mamá no querría que pensaras así. Estoy segura de que estaría pletórica de ver la relación tan bonita que tenemos. Además, tío, todavía eres joven. Aún puedes encontrar a alguien que te haga feliz.

—Eso es más complicado… —rio, aunque sonaba cansado—. Vera tiene bien apretadas las riendas de este matrimonio. Y encima ahora estoy pagando las deudas del inútil de su hijo, con tal de que no vuelva a Seattle. Ese chico está lleno de rencor y no quiero que se acerque a ninguno de los chicos, ni a Kai ni a River, y mucho menos a Hughes.

—Eres demasiado bueno, por eso te quieren tanto. Has hecho de los Rift algo más que un equipo, una familia.

—Anda, deja la charla sentimental —sollozó, pero fingió que tosía para disimular—. Vuelve con tus amigos. Cuando regreséis, nos vemos, y me debes una cena formal con Jones, ¿eh? No soy tan moderno como para esperar una videollamada.

—Trato hecho —acepté—. Te quiero, tío.

—Yo también, hija. Mucho.

—Mmm… una llamada misteriosa —murmuró Kai al entrar en la cocina, haciéndome dar un respingo—. A escondidas… —Me atrapó por la cintura y bajó la voz con dramatismo—. Y con un «te quiero» final. Muy sospechoso. ¿Debería preocuparme?

—Ja, no seas tonto —repliqué girándome hacia él—. Seguro que has escuchado perfectamente cómo decía «tío». Por fin lo he llamado así. Esta noche me he dado cuenta de que también es mi familia, y quería que lo supiera.

—Ajá…, entonces, si tú estás conmigo, ¿yo también tengo que llamarlo «tío»?

—Qué simpático estás, Kai Jones.

—Lo que estoy es feliz —afirmó, apartándome un mechón de pelo —. Y, además, te he echado mucho de menos esta tarde. Solo tenía pensamientos terribles.

—¿Terribles? —Alcé una ceja.

—Sí, como secuestrarte en nuestro cuarto, quitarte ese vestido que debería estar prohibido, cerrar la puerta y no salir hasta que despeguemos.

—Eres un acaparador.

—Contigo, siempre —aceptó, y me guiñó un ojo—. ¿Y tú? ¿Ni un poquito me has echado de menos?

Negué con aparente indiferencia, aunque por dentro me moría por besarlo.

—Ah, vale —me soltó con fingida ofensa—. Entonces sigue con tu diversión, no quiero interrumpir tu gran noche.

Me mordí el labio al verlo tan guapo, con esos ojos oscuros llenos de brillo y esa sonrisa que me encendía por completo. En ese

momento, mientras él se hacía el ofendido, vi la puerta del fondo de la cocina. Y se me ocurrió una idea.

Sin pensarlo, entrelacé mi mano con la suya y tiré de él hacia allí.

—¿A dónde vamos? —preguntó divertido.

—A comprobar lo mucho que me extrañaste.

Cerré la puerta tras nosotros —una lavandería, al parecer—, lo empujé suavemente contra un armario y me pegué a su cuerpo.

—Kai Jones —susurré contra sus labios—, no solo te echo de menos cada minuto, te necesito cada segundo.

Levanté la mirada y le lamí lentamente el lóbulo de la oreja, mi nariz se deslizaba por su piel, absorbiendo su aroma, grabándolo en mí. Le eché la cabeza hacia atrás y recorrí su mandíbula con la punta de la lengua, despacio, saboreando cada centímetro.

—Joder, nena —gruñó, antes de levantarme con un movimiento firme y empotrarme contra la puerta.

Colocó la mano entre nuestros cuerpos y solté un gemido ahogado, arqueando la espalda contra la madera para darle espacio, deseando sentirlo. Lo vi desabrocharse el cinturón con urgencia, seguido de los pantalones, mientras el deseo entre nosotros no dejaba de crecer.

Con una mano solté el broche del cuello de mi vestido, y la tela cayó hasta mi cintura, dejando mis pechos al descubierto.

Lo agarré por el cuello con más fuerza, apretando mi pecho desnudo contra su camisa medio abierta, buscando sentirlo. Kai, con la respiración entrecortada, deslizó su mano bajo las diminutas braguitas y las retiró con un movimiento firme. A continuación, bajó su bóxer y llevó su miembro a mi sexo, acariciándolo con suavidad antes de embestirme.

—Ay, Dios —jadeé.

Le clavé los talones en las nalgas, aferrándome a él mientras hacía presión con mi cuerpo para mantenerlo pegado a mí. Empezó a moverse despacio, siguiendo un ritmo delicioso, adaptándome a sus empellones, una y otra vez, como si no pudiera parar, como si no quisiera hacerlo.

—Esto es una tortura —murmuré, mordiéndome el labio inferior.

—Pequeña, estaría así contigo toda la noche —balbuceó entrecortado—, pero tenemos que darnos prisa, nos están esperando.

Continuó embistiéndome con fuerza, chocando contra mí una y otra vez, empotrándome contra la puerta sin darme respiro. Yo me aferré a su cuerpo, perdida en cada uno de sus movimientos, mientras el placer que me otorgaba su miembro me consumía sin piedad.

Me arrastró con fuerza hasta sentarme en el borde de una lavadora industrial, acercándome aún más a él. Sus movimientos se aceleraron, cada vez más rápidos, cada vez más profundos. Le hundí la boca en el cuello, mordiendo su piel, dejándome llevar por la excitación.

—Mmm, pequeña ya no aguanto más —gimió agarrándome el culo con fuerza para embestirme todavía más duro y con la frente pegada a la mía.

—¡Joder, Kai! ¡Joder! —grité al notar su miembro aún más enterrado en mí.

Sentí un calor abrasador en el estómago y supe que estaba a punto de irme.

—Oh, Dios… —gemí, moviendo las caderas para seguir su ritmo.

Nuestros jadeos, nuestros gemidos y el golpeteo de su cuerpo contra el mío resonaban por toda la lavandería.

Sentí cómo el placer me invadía, intenso y palpitante entre las piernas, y el ardor en mis músculos me hizo cerrar los ojos con fuerza, dejándome arrastrar por la sacudida de Kai hasta que me alcanzó el clímax.

—Te amo con locura —susurró entre jadeos, la respiración aún desbocada, mientras su dedo delineaba mis labios.

—Y yo te amo más allá del infinito.

—Eso suena… inmenso, ¿no?

—No, Kai. Lo nuestro no cabe en palabras. Es más grande que el mundo, más recóndito que el tiempo —permití que mi corazón hablara por mí.

—Oh, nena… —murmuró antes de besarme, un beso lleno de ternura, de amor real, de esos que prometen quedarse para

siempre.

EPÍLOGO

KAI

El ruido procedente de la pista llegó hasta los vestuarios. Cuanto más se acercaba el momento, más nervioso me sentía. Mis compañeros bromeaban, se daban palmadas en la espalda, todos cargados de energía por el primer partido de la temporada y por mi regreso.

Sí. Mi regreso.

No jugaba desde aquel maldito día en que todo se vino abajo. En que sentí que el mundo entero me señalaba, me juzgaba y me diseccionaba. No estaba listo entonces. Ni mi cabeza ni mi cuerpo lo estaban. Así que esa vez hice lo que debía haber hecho hace mucho: parar.

Pensar en mí.

Cuidarme.

Repararme.

La terapia, los entrenamientos, mis amigos y, sobre todo, ella, mi chica, fueron mi salvavidas. No fue fácil. Cerré capítulos, rompí con lo que me hundía, aprendí a respirar sin miedo. Madison y yo no volvimos a hablar, y mejor así. Los abogados se encargaron de todo, y cada uno siguió su camino.

Pero había un lugar al que aún debía volver: mi antigua casa.

Esa donde lo dejé enterrado todo. Donde creí que nunca más podría entrar sin sentir cómo me asfixiaba el recuerdo.

Y, sin embargo, lo hice.

No iba a mentir, al cruzar esa puerta sentí que todo el pasado me golpeaba de nuevo: las discusiones, su adicción, las botellas vacías, los gritos… Pero entonces ella apretó mi mano.

Mischa.

Su voz suave fue borrando cada sombra.

«¿Te acuerdas?», decía mientras recorríamos la casa.

El cine, la piscina, la habitación de mi abuela, la batería que terminamos llevándonos con nosotros… Cada rincón tenía una historia, un pedacito de lo que fuimos antes del caos.

Y me di cuenta de algo: ese lugar me había quitado mucho, sí. Aunque también me había dado lo mejor de mi vida.

A ella.

La luz que me sacó de la oscuridad.

La razón por la que estaba allí, de nuevo sobre el hielo, respirando profundo, preparado para empezar de nuevo.

—Ey, tío, ¿estás bien? —La voz de Caden me sacó de mis pensamientos. Miré alrededor: el vestuario estaba casi vacío, solo quedábamos nosotros, los de siempre.

—Sí, nervioso, pero bien —afirmé, y le di un golpe en la espalda, intentando sonar más tranquilo de lo que me sentía.

—Cabrón —Conor me sujetó la cara entre las manos—, esta noche sales ahí y le recuerdas al mundo quién demonios es Kai Jones. El portero que todos temen y admiran, ¿queda claro?

—Estamos contigo, no lo olvides —añadió Liam, dándome un golpe con el *stick* en el trasero.

Juraj se acercó. Todos esperábamos alguna de sus frases típicas, esas de tipo duro que ya nadie se tomaba en serio. Pero, para sorpresa de todos, esbozó una sonrisa y dijo:

—Eres grande, Kai. Jodidamente grande. No dejes que nadie te haga creer lo contrario. Bienvenido de nuevo a los Rift. Te echábamos de menos, tío.

Me quedé mirándolo, sin saber qué decir.

«Virgen santa», pensé. Si Juraj se ponía sentimental, aquello sí que era un signo del Apocalipsis. Liam tiró de todos y terminamos envueltos en un abrazo colectivo.

Joder, no podía tener mejores amigos ni compañeros. Cuando decidí dejar el hielo, ninguno me dio la espalda. Me apoyaron sin condiciones. Y fue entrenando con ellos, poco a poco, cuando recordé por qué amaba tanto este deporte. Por qué el hielo siempre sería mi hogar.

Ahora tocaba enfrentarme a la otra parte del juego: el público.

Salimos del vestuario y allí estaban Mischa, River y Davenport. El primero en acercarse fue nuestro presidente.

—¿Listo, muchacho?

Asentí.

—Sal ahí y brilla.

—Sí, tío Davenport —lo provoqué, y las risas no se hicieron esperar. Davenport fingió indignación, como siempre que lo llamaba así.

—Ya te lo he dicho, no puedes dirigirte a mí de esa forma hasta que te cases con mi sobrina —replicó con una sonrisa cómplice.

Era muy consciente de que lo decía en broma. Mischa y yo no necesitábamos papeles. Nuestro compromiso era el que construíamos día a día, sin promesas huecas, solo hechos.

River sonreía, embarazadísima. Mi mejor amiga era una *superwoman*. Seguía trabajando como si nada, irradiando fuerza y ternura al mismo tiempo. Siempre pensé que ella y Caden tenían algún superpoder: con todo lo que tenían encima, seguían enamorados como adolescentes.

Me acerqué y le rodeé la cintura con cuidado.

—¿Cómo está el bebé? —pregunté, apoyando la mano enguantada sobre su vientre. Iba a ser un niño. Mi pequeño Kai.

—Bien —respondió con una sonrisa serena—, aunque bastante inquieto. Creo que sabe que hoy es un día importante para ti.

La abracé un instante más.

—Gracias, reina, por este regalo —dije, refiriéndome claramente al bebé—. Esta vez prometo ser un tío presente.

—Lo sé, Slash. Ahora sal y demuestra la estrella que eres.

River se apartó y entonces solo quedaba ella.

Mischa.

Me miraba con esos ojos verdes que parecían ver directamente dentro de mí. Tiré de ella y la besé. Santo Dios…, cómo la amaba.

Me separé apenas un centímetro, esperando que me dijera algo, cualquier frase motivadora o dulce. Sin embargo, ella solo acarició mi rostro.

—¿No me vas a decir nada?

—Sí —sonrió con picardía—: que salgas ahí y los aplastes.

Fruncí el ceño, divertido.

—No sé, algo más personal, ¿no?

—Guapo, no necesito darte ánimos ni desearte suerte. No la necesitas. Estoy segura de que vas a salir ahí, vas a parar cada disco y vas a hacer que todo el estadio se levante contigo. Porque eso es lo que haces, Kai: haces que a todos se nos acelere el corazón. Así que permite que el mundo vea quién eres de verdad: el hombre que solo unos pocos tenemos el privilegio de conocer, ese que nos enamora a todos.

Y, antes de que pudiera responder, me dio una palmada en el trasero.

—Ahora sí, ve y aplástalos.

Con ella de la mano, rodeado de las personas más importantes de mi vida, caminé hacia la pista.

El bullicio del público se mezclaba con los latidos de mi propio corazón.

Miré a los lados y vi rostros conocidos entre el público: los padres de Caden, sonriendo orgullosos; Kelsey, que había venido solo para ver mi regreso —qué gran tía—, una auténtica bendición habérmela cruzado en Londres. Cambió mi vida sin proponérselo.

Junto a ella estaban Jordan y Prescott, instalados ya en Seattle.

Durante las vacaciones de verano, cuando todos nos reunimos —menos Juraj, que tuvo que viajar a Eslovaquia por un asunto familiar urgente, y Kels, que también tenía que resolver cosas importantes—, Jordan empezó a encontrarse mal.

Su embarazo estaba siendo complicado. Estaba tan delgada que solo se le notaba la barriga, y los médicos decidieron que lo mejor era que no viajara. Así que se quedó en Seattle, cuidada por los padres de Hughes y, sobre todo, por Nathan.

Nathan…, ese tipo sí que me dejó sin palabras. Cuando supo que iba a ser padre, no renovó su contrato. Tenía una carrera brillante por delante, sin embargo, renunció al hielo sin mirar atrás. «Mi familia primero», dijo, y lo cumplió. Así que sí, ese día también era especial para él: su primer partido desde las gradas, no desde la pista.

Y ahí estábamos los dos, cada uno viviendo un nuevo comienzo.

Él cerrando una etapa, yo abriendo otra.

Las luces del estadio se apagaron. Las pantallas gigantes comenzaron a proyectar imágenes. Y entonces sonó mi nombre.

—¡Con el número 30…, Kai Jones!

El estadio explotó. Los focos me cegaron un instante, pero lo que realmente me dejó sin aire fue el sonido. Miles de voces coreando mi nombre, aplaudiendo, vitoreando.

Sentí un nudo en el estómago, las manos me temblaban dentro de los guantes. Durante un segundo pensé que iba a romper a llorar allí mismo.

Pero no lo hice. Sonreí, respiré hondo y me deslicé por el hielo.

Era mi regreso.

Los primeros minutos fueron pura adrenalina: el olor del hielo, el sonido de las cuchillas, el golpe seco del disco al chocar contra mi *stick*. Todo eso que había extrañado tanto.

Y lo mejor: ellos.

Caden y Liam estaban imparables en la defensa, anticipándose a cada movimiento rival. Juraj estaba desatado en la delantera, dejándonos a todos boquiabiertos con sus jugadas.

Los Rift estábamos de vuelta.

Más fuertes. Más unidos.

El rival —Los Angeles— era duro, como siempre, aunque no había nada que nos detuviera. La coordinación era perfecta, casi como si pudiéramos leernos la mente.

Y cuando el último disco se detuvo bajo mi guante, con el marcador 3-1 a nuestro favor, el estadio entero se levantó.

Los gritos. Los abrazos. El hielo cubierto de cascos, *sticks* y risas.

En el vestuario, el ambiente era una locura. Todos riendo, lanzándose agua, felicitándonos una y otra vez.

Y después llegó la rueda de prensa.

Micrófonos. *Flashes*. Preguntas.

—Jones, ¿cómo te sientes al volver después de tanto tiempo fuera del hielo?

—Feliz. Feliz de verdad —respondí sonriendo—. Feliz de volver al hockey, pero sobre todo de volver a casa. Porque eso son los Rift

para mí: mi casa, mi familia.

—¿Y cómo has llevado todo lo que se dijo sobre ti, sobre tu pasado? ¿No temes que al volver se reabra esa herida?

Respiré hondo. No quería evitar la pregunta, aunque tampoco darle más poder del que merecía.

—Miren, siempre van a hablar. Es inevitable. Sin embargo, lo duro no fue lo que dijeron de mí ahora, sino lo que se dijo cuando yo tenía ocho años. Cuando un niño, que apenas entendía lo que pasaba en su casa, que tuvo que escuchar juicios y acusaciones, cargar con culpas que no le correspondían. Eso… eso sí fue jodido. —Hice una pausa—. Pero incluso entonces, tuve a mi abuela, que fue mi pilar. Y ahora tengo a mis compañeros, a mis amigos, a mi familia y a mi chica. —Desvié la mirada hacia Mischa, que me observaba desde el fondo con los ojos brillando—. Ella nunca se rindió conmigo, ni cuando yo estaba tan roto que no tenía nada que ofrecerle.

Sonreí.

—Así que pueden decir lo que quieran. Yo solo sé una cosa: los tengo a ellos. Y con eso me basta. Y esta será la primera y última vez que hable de ese tema. A partir de ahora, solo responderé preguntas sobre mi juego. Nada más.

La noche terminó en una celebración pequeña.

Jordan se retiró pronto, agotada, y Nathan la acompañó —no estaba siendo un embarazo fácil, pero le agradecía infinito que hubiese venido a apoyarme—.

Los siguientes en irse fueron River y Caden. «Mañana te llamamos, campeón», me gritó ella entre risas mientras se sujetaba la barriga.

Nos quedamos el resto. Mischa estaba radiante: reía, bailaba, brindaba con Kelsey y Liam, que ya iban algo perjudicados. Me encantaba verla así, libre, feliz.

Al principio, cuando todos evitaban beber delante de mí, me daba rabia. Con el tiempo se dieron cuenta de que ya no era necesario. No es que no pudiera tomar alcohol —podía—, pero simplemente no lo necesitaba. Lo asociaba con lo peor de mí, con mis días más oscuros, y no quería volver ahí.

No fue de un momento para otro.

Salir del pozo llevó tiempo.

Desde luego, cada día era un paso más hacia la luz, y lo importante era eso: seguir caminando.

Continuaba en terapia, claro. Tomé medicación los meses que no jugué, y pensé que lo echaría de menos, pero no. Porque la verdadera medicina estaba en casa.

Tenía nombre, tenía risa y tenía unos ojos verdes que podían curar cualquier herida.

Mientras la música seguía sonando, noté cómo Mischa se acurrucaba contra mí.

Sonreí. Era mi señal.

—Hora de irnos —le susurré al oído.

Tenía una sorpresa preparada, y no quería que se durmiera antes de verla.

Nos despedimos de todos. Kelsey se quedaba en casa de Jordan, que con la nueva mansión habían construido un auténtico palacio. Liam bromeaba diciendo que quería opacarle su «lugar sagrado», o como todos lo llamábamos, la iglesia del pecado. —Otro nivel de extravagancia—.

Salimos al frío de la noche.

Mischa se subió al coche y, en cuanto lo encendí, puso la música a todo volumen. Empezó a cantar como si estuviera en un concierto… desafinando a lo grande, por cierto.

«Jesús, no daría una nota bien ni aunque le pagaran».

—¡Venga, canta conmigo! —gritaba sobre la melodía, agitando los brazos como si lleváramos una banda entera detrás.

La canción era *I Don't Want to Miss a Thing* de Aerosmith. Y mientras ella hacía su particular versión, yo pensaba que tenía razón: ni el sueño más dulce podía compararse con la realidad de tenerla a mi lado.

Cuando la canción terminó, apoyó la cabeza en mi hombro, con esa sonrisa que me volvía loco.

—Te amo, Kai. Te amo tanto…

—Y yo a ti, pequeña —le respondí, sin poder borrar la cara de tonto que tenía.

Al llegar a casa, bajó descalza del coche. En algún punto del trayecto había decidido deshacerse de los tacones y de un par de prendas también.

—No pienso ponerme los zapatos otra vez —anunció riendo, y yo me agachaba para que subiera a mi espalda.

Intenté abrir la puerta con ella encima, besándome por todas partes, ahogándome entre risas y brazos moviéndose, con los malditos zapatos golpeándome la cara.

Fue toda una odisea.

Por fin la puerta se abrió, las luces automáticas se encendieron y, de repente, un guau resonó en la entrada.

Mischa aflojó el agarre y se frotó los ojos, confundida, mientras yo intentaba —sin mucho éxito— aguantarme la risa.

—Ay, Kai…, creo que estoy muy pero muy muy borracha. Te juro que estoy alucinando con un perro. ¡Y leches, si se mueve!

Me costó la vida aguantar la carcajada.

—Bueno, mientras veas un cachorro, todo bien. Sería preocupante que vieras al pastor que vivía en esta casa.

—Sacerdote, Kai, sacerdote —me corrigió, tambaleándose un poco antes de inclinar la cabeza hacia delante—. ¿Y cómo sabes que es un cachorro? Yo solo he dicho que estoy viendo un perro, no he especificado tamaño.

—Pequeña, será porque yo también lo estoy viendo.

Ahí ya no pude contenerme más y estallé en risas. Mischa se soltó de un brinco, asustando al animal, que retrocedió unos pasos.

—¡Chiquitín, ven aquí! —le pidió agachándose, con voz dulce—. Tranquilo, no te voy a hacer nada.

El cachorro, con paso tímido, se acercó hasta ella. En cuanto lo acarició, el pequeño se tumbó panza arriba, pidiendo más mimos. Los ojos de Mischa brillaban de emoción y una sonrisa enorme le iluminaba el rostro.

—Kai…, ¿qué es esto?

—Un perro —contesté con toda la seriedad del mundo.

—Bobo, qué gracioso. —Me dio un manotazo en la pierna y se levantó—. ¿Pero qué hace aquí? ¿De dónde ha salido?

—Lo adopté. Recuerdo que cuando nos conocimos dijiste que te hacía mucha ilusión tener uno. Pues aquí lo tienes. Esta vez nadie te lo arrebatará.

Se lanzó a mis brazos, abrazándome con fuerza.

—¿Te acordaste de eso? —se sorprendió, mirándome con esos ojos que siempre me dejaban sin aire.

—Nena, nunca olvidaría nada que tenga que ver contigo.

Se puso de puntillas y me besó. Sabía a alcohol y a amor. Ese sabor cálido que me hacía sentir a salvo, como si no existiera tormenta capaz de alcanzarme.

—Ven, tengo otra sorpresa para ti —le anuncié entrelazando nuestros dedos.

La guie hasta la sala. Se sentó, con el cachorro en el regazo, mientras yo le entregaba una carpeta y un bolígrafo.

—¿Qué es esto? —preguntó, hojeando los papeles—. Espera, este plano es de esta casa. No entiendo, Kai.

—He pensado que podríamos hacer de este lugar algo oficialmente nuestro. Llevamos meses aquí, y ninguno ha querido buscar otro espacio. Este sitio nos representa: es sencillo, acogedor y ha sido nuestro hogar. Aquí vivimos uno de los momentos más importantes de nuestras vidas: la primera vez que estuvimos juntos.

—¿Esto es en serio? ¿Y Liam y Conor están de acuerdo con que nos quedemos con una parte de su terreno?

—Sí. Según Liam, es perfecto tenernos cerca por si entran en otra crisis matrimonial —reímos los dos—. Así que están felices con la idea. Además de la casa, hay algo más de terreno en los documentos por si algún día queremos ampliarla.

»¿Qué me dices, Mischa Davenport? —Ahora ese era su apellido, y sonaba perfecto—. ¿Firmarías conmigo para que esto sea, por fin, nuestro hogar?

—¡Sí! ¡Sí, claro que sí! —gritó, lanzándose encima de mí, besándome por toda la cara.

Y justo en ese momento, sentí otra lengua distinta a la suya. Virgen santa, el perro. Dejé caer la cabeza hacia atrás, rendido, mientras ella reía a carcajadas.

—Estoy tan feliz… —aseguró, apoyando la barbilla en mi pecho—. ¿Cómo se llama el perrito?

—No sé. Como tú quieras.

—No, Kai —me señaló, muy seria pese a la bebida—, es responsabilidad de los dos. Así que, como sus padres, tenemos que elegirlo juntos.

Si no estuviera bajo los efectos del alcohol, probablemente jamás habría usado la palabra «padres». Pero sonó bien.

Ese pequeño cachorro también era parte de nuestra familia. Un nuevo comienzo.

—Como padre, acepto lo que decidas, madre —declaré divertido.

—Oooh…, ¿y si lo llamamos Hope? —propuso—. Por todo lo que hemos pasado, por lo que superaste, por lo que somos. Porque siempre hay esperanza, ¿no?

—Me parece perfecto.

Ella sonrió todavía más y me entregó al cachorro, que se acomodó plácidamente en mi regazo. A continuación, tomó los papeles y los firmó.

Se recostó sobre el sofá, apoyó la cabeza en mi pecho y empezó a acariciar a Hope mientras sus párpados caían lentamente.

En ese instante comprendí que la felicidad no se encuentra en un lugar, sino en un instante.

Y aquel instante era este: ella, nuestro perro, nuestro hogar.

Por fin, la vida tenía sentido. Todo encajaba, y por primera vez sentí que estábamos realmente completos.

FIN.

ADELANTO EXCLUSIVO

KELSEY

Cuando levanté la vista, él ya me había estado observando.

Esa mirada suya. Esa mirada que me erizó la piel, me sacudió y me enfureció a la vez. Ámbar intenso, como *bourbon* viejo: cálida, seductora y peligrosa.

Mi corazón dio un salto que me negué en redondo a admitir.

—Vaya, mira quién nos honra con su presencia: «la princesa de los *followers*».

Perfecto. Ya había empezado.

—Suéltame, idiota —gruñí, intentando separarme.

Sin embargo, él no se movió. Al contrario: bajó la cabeza, acercándose a mi oído. Tuve que cerrar los ojos un segundo porque aquello me puso más nerviosa de lo que quería.

—Por lo que veo, Seattle te gustó tanto que hasta has decidido dejar tu castillo perfecto de la Gran Manzana —arrastró las palabras —. Esta ciudad es más divertida. Aunque eso tú ya lo sabes.

Eso.

El subtexto.

El pasado.

El maldito error… o errores.

Lo empujé, con toda la rabia acumulada. Esta vez sí se dejó mover un paso atrás, sonriendo como si yo fuera un chiste.

—No tienes ni idea de por qué estoy aquí —espeté—. Pero si las circunstancias no me obligaran, jamás cambiaría Nueva York por Seattle. Odio esta ciudad.

No hablaba de ciudades. Y él era muy consciente de ello. Ese era el problema: siempre sabíamos exactamente de qué hablábamos, aunque usáramos cualquier excusa para no nombrar lo sucedido.

Juraj dio dos pasos lentos hacia mí. Dos pasos enormes, porque él era enorme. Terminó de nuevo demasiado cerca, su pecho rozando el mío. Su sombra cubriéndome. Su calor pegado a mi piel.

Pero yo no retrocedí.

Nunca retrocedía con él.

Ese era mi error.

AGRADECIMIENTOS

A ti, lector.

Gracias por estar aquí, de verdad. Sea este tu primer libro mío o lleves tiempo acompañándome, te lo agradezco muchísimo. Cada vez que abres una de mis historias, le das sentido a todo esto. Gracias por tu tiempo, por tu curiosidad y por quedarte conmigo una página más.

Y ahora sí, toca hablar de la gente que ha estado a mi lado mientras este libro tomaba forma, porque sin ellas esto no habría salido igual.

A mis lectoras beta, a mis chicas: gracias por cada comentario, cada audio, cada «oye, esto no me cuadra», cada grito de emoción… todo. Sois las mejores.

Siena Bastida, qué decirte que no sepas. Eres una autora increíble y una persona aún mejor. Hemos vivido de todo en este camino —lo bueno, lo regular y los dramas literarios que solo nosotras entendemos— y aun así aquí seguimos, creciendo juntas. Gracias por estar y por recordarme que esto, al final, también es divertido.

Débora (@aidilibros), tenerte conmigo es un lujo. Lees más que diez vidas juntas, analizas como si tuvieras un superpoder y encima eres divertidísima, aunque tengas esa carita de «soy muy seria». Me encanta leer contigo, comentar libros, series y, por supuesto, nuestras fotos de tazas jajaja. Y sí, eres oficialmente la responsable de que ahora sea fan del BL, que lo sepas.

Marina (@mimamifriki_marinabooks), eres la alegría personificada. Mi lectora beta más romántica —y eso se nota en todo lo que lees, porque te devoras el romance como nadie— y también la más graciosa. Da igual lo dramática que sea una escena: tú siempre

consigues que termine riéndome. Tienes un corazón enorme y una forma preciosa de ver las historias. Qué suerte tuve de encontrarte.

Rocío (@rorroman5.books), la última en llegar y, aun así, imprescindible desde el minuto uno. No sé si tienes ojos o escáneres, porque no se te escapa nada. Ni una coma. Ni el más mínimo detalle. Y lo agradezco más de lo que puedo decir. Además, eres dulce, sincera y tienes una sensibilidad que hace que cualquier escena, después de comentarla contigo, parezca aún más bonita de lo que es. Llegaste por casualidad, pero te quedas porque eres increíble.

A las tres: gracias por todo lo que hacéis por mí y por tantos autores autopublicados. De verdad, sois un regalo.

Y también quiero mencionar a Francine J. C., que siempre ha estado ahí.

A Alicia Rodríguez (Booktwins_58), por su apoyo y por esos maravillosos fanarts que está creando para esta serie.

Y, por supuesto, a Tania Huelga Bardo, autora y maquetadora, que no solo hace un trabajo excepcional con el diseño de mis libros, sino que además es una persona increíble con la que puedo hablar de todo. Gracias por acompañarme en este camino.

Por supuesto, gracias a mi familia. Y, en especial, a mi marido: por aguantarme cuando estoy hasta arriba, por levantarme cuando me hundo y por creer en mí incluso en los días en los que ni yo misma lo hago. No sé qué haría sin ti.

Y gracias a ti, que ahora mismo estás leyendo esto. Este libro existe porque le das un lugar, ya sea en tu estantería o en tu dispositivo electrónico, y, sobre todo, en tu tiempo.

Gracias por acompañarme.

CORAZONES EN JUEGO

Una serie de sport romance donde el hockey sobre hielo lo cambia todo… incluso el corazón.

En esta serie, cada libro cuenta la historia de una pareja. Distintas voces, diferentes pasados… pero todos forman parte de un mismo grupo de amigos que se cruzan una y otra vez dentro y fuera de la pista.

Con dos líneas temporales en cada historia, irás descubriendo no solo cómo se enamoran, sino también qué arrastran, qué esconden y qué tuvieron que vivir para llegar hasta ahí. Historias contadas desde varias perspectivas, con emociones a flor de piel, momentos que duelen y otros que curan.

Entre los reflejos del hielo, hay amistades que lo cambian todo, amores inesperados, y también espacio para hablar de identidad, de orgullo y de amor en todas sus formas. La serie incluye representación LGTBIQ+ y trata cada historia con el respeto, la emoción y la fuerza que se merece.

Pasión, heridas por cerrar, química explosiva y el tipo de amor que llega cuando menos lo esperas…
Bienvenid@ a Corazones en juego. Aquí, cada jugada puede ser la definitiva.

Una Jugada Inesperada

Jordan Callahan juró no volver a Toronto. Allí lo había perdido todo. Allí había dejado de ser ella.

Sin embargo, el destino la llevó de vuelta… aunque fuera por unos meses. Solo quería terminar sus prácticas de Fisioterapia, mantener un perfil bajo y marcharse lo antes posible. Ese era el plan.

Hasta que apareció Nathan Prescott.

Capitán del equipo de hockey, ídolo nacional. Nathan lo tenía todo…, excepto paz. Detrás del número 17 se escondía una culpa que lo perseguía en silencio y un pasado que nadie conocía.

Jordan no buscaba complicaciones. Nathan no estaba dispuesto a abrirse.
Pero cuando dos personas rotas se cruzan, a veces lo último que esperan es justo lo que más necesitan.

Sin Plan De Juego

River Crawford vivía atrapada en una relación que no había elegido, una vida que la mantenía atada y sin salida.

Caden Hughes era defensa en la NHL, exitoso y admirado, pero su confianza se había roto tras una traición que lo había marcado.

Cuando se cruzaron, la chispa surgió en un encuentro explosivo, aunque ninguno estaba preparado para las consecuencias que eso traería.

River luchaba por seguir adelante, pese al miedo que la perseguía. Caden se resistía a dejar entrar a alguien en su mundo.

El Último Cambio

Mischa no sabía lo que era el amor hasta que conoció a Kai.
Su vida se había venido abajo y pensaba que nada podría arreglarla, pero él apareció para demostrarle que aún quedaban cosas bonitas. Con él aprendió a reír, a soñar y, por primera vez, a sentir que formaba parte de un hogar.

Kai no creía que quedara espacio para el amor en su vida.
Demasiados fantasmas, demasiados errores, demasiado dolor.
Pero Mischa irrumpió como un destello en medio de su tormenta. No hizo que el pasado desapareciera, pero le dio una razón para enfrentarlo. Amarse fue la parte sencilla; luchar contra todo lo que amenazaba con destruirlos, la verdadera prueba.

A veces, perderse es el primer paso para encontrar el camino correcto, porque el verdadero amor llega después de todas las caídas.

LIBROS DE ESTE AUTOR

Donde Nacen Las Mentiras: Un Matrimonio Por Venganza, Una Gran Firma De Moda Y Un Amor Que Nunca Estuvo En Los Planes. (Bajo El Cielo De Milán Nº 1)

Donde Mueren Los Secretos: Un Matrimonio Por Venganza, Una Gran Firma De Moda Y Un Amor Que Nunca Estuvo En Los Planes. (Bajo El Cielo De Milán Nº 2)

Equivócate Conmigo: Sin Redención: Mafia Romance I

Arriésgate Conmigo : Sin Redención: Mafia Romance II

La Rosa De Skye: Amor, Secretos Y Pasión En Las Tierras Altas Escocesas